

«Una fiesta para lectores
clásicos, lectores de fondo
y espíritus inquietos.»

El País

ISAAC
BASHEVIS
SINGER

SOMBRAS SOBRE **EL HUDSON**



se

Lectulandia

En Nueva York, un grupo de judíos polacos huidos del nazismo se reúne periódicamente en casa del próspero Boris Makaver. Algunos apenas han superado la experiencia de la guerra; otros, más jóvenes, perciben un futuro esperanzador en un país en el que echar raíces. Los defensores del comunismo discuten con los partidarios del capitalismo, mientras que las opiniones divergen con respecto a si conservar las antiguas tradiciones o adoptar nuevos modelos de conducta.

El Nobel de Literatura I. B. Singer muestra una galería de personajes - místicos, pragmáticos, filósofos, comerciantes, individuos histriónicos y aprovechados, seres más generosos y comprensivos- y entrelaza sus vidas en esta obra rica en matices y observaciones sobre la condición humana.

Lectulandia

Isaac Bashevis Singer

Sombras sobre el Hudson

ePub r1.0

German25 19.08.17

Título original: *Shotens báim Hodson*
Isaac Bashevis Singer, 1958
Traducción: Rhoda Henelde & Jacob Abecassis

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Se ha escrito tanto sobre los judíos que padecieron la persecución de Hitler que casi todo el mundo cree tener una idea de lo que fueron y de lo que les sucedió. Basta, sin embargo, una pequeña reflexión para caer en la cuenta de cuán superficial y *exterior* es dicho conocimiento, en cuanto se parece al de esos viajeros que, de paso por cien naciones, encuentran en la realidad justo lo que presumían, lo que ellos ya traían en su mente. Al cabo, si nos preguntaran, ¿qué podríamos decir del Holocausto y de los que lo sufrieron? Sabemos que fueron millones los que, con cálculo y crueldad, fueron asesinados en Auschwitz y otros campos de exterminio, pero ¿qué ocurrió con los supervivientes? ¿Cómo se extendió la herida después de los años de la guerra? ¿Qué fue de los que consiguieron huir de los dominios de aquella Alemania donde la Muerte, como escribió Paul Celan, ejerció su magisterio? No lo sabemos, o mejor dicho, somos legión los que no podríamos ir más allá de ese Lugar Común donde chapotean la mayor parte de las palabras de este mundo; los que, por esa misma razón —la ignorancia y el humanismo no casan bien— necesitaríamos leer los libros de los escritores que podríamos llamar *interiores*; las confesiones o invenciones de quienes, como Primo Levi, Georges Perec o el propio Isaac Bashevis Singer pertenecieron a la comunidad perseguida y perdieron familiares, amigos, o incluso su propia vida. Sólo a través de ellos podremos enfrentarnos a esa realidad y prepararnos para conocer otras igualmente complejas, alejándonos de lo convencional y lo simple, arrinconando actitudes que, como el arriero que puso el carro por delante de los bueyes, se preocupan más de las respuestas que de las preguntas.

La novela *Sombras sobre el Hudson* resulta, en el sentido expuesto, singularmente necesaria. No sólo por haber sido creada por un escritor tan *interior*, tan ligado a la cultura y las vivencias de su comunidad como Singer, sino también por el hecho de haber sido originalmente publicada en el periódico *Der Forverts*, referencia obligada de todos los judíos que habían emigrado de Alemania y Polonia a Estados Unidos y tenían por primera lengua el yiddish; una circunstancia que convertía a Singer en un autor bajo *vigilancia*, presionado por los miles de lectores que, episodio tras episodio, juzgaban lo que él iba escribiendo y ejercían —con sus cartas al director, por ejemplo— la llamada «censura creativa». Cuentan que Bertold Brecht solía gritar a sus actores: «¡Eso no se lo creo!». Lo mismo podrían haberle dicho sus lectores a Singer de haberles fallado, aunque expresándolo de otra manera: «¡Ni yo ni mi gente nos vemos reflejados en sus historias!». Sin embargo, a juzgar por la admiración que los lectores en lengua yiddish siguen teniendo por Singer, tal desajuste nunca ocurrió, y sus textos poseen, además de otros valores literarios, la verdad del documento.

Pasando ahora a un terreno más concreto, ¿cuáles son las interioridades que se nos muestran en *Sombras sobre el Hudson*?, ¿qué encontramos a lo largo de las casi seiscientas páginas del libro? Pues muchas cosas, desde luego, pero sobre todo

personajes —personas—, cuya vida quedó marcada por el Holocausto y que, refugiadas en Nueva York, sienten en su carne, en todos y cada uno de los actos de la vida, su condición de emigrantes inadaptados, incapaces de aceptar las costumbres de su nuevo país e incapaces, asimismo, de mantenerse en su ser anterior; individuos como Hertz Grein, Anna Makaver o Jacob Anfang, angustiados y dolientes, que hablan largamente de política y de religión, de amor y de muerte, de su antiguo país y del nuevo, y que cuando lo hacen parecen pájaros batiendo sus alas para escapar de un cepo, de la trampa a la que han sido empujados.

Abramos las páginas del libro al azar, escuchemos por un instante a esos personajes. Dice uno de ellos citando a Heine: «Corazón, mi corazón, no estés afligido y soporta tu destino». Dice un segundo: «Yo vi con estos ojos a judíos que cavaban su propia fosa. Miraba al cielo, pero éste conservaba su color azul mientras el sol seguía brillando. Reinaba la paz. Los ángeles no lloraban. El Señor del universo guardaba silencio. ¡Ay! ¡Ay! ¿Qué sabes tú de eso? ¿Qué sabes tú? No esperaba que los judíos lo olvidaran tan pronto». Y dice, piensa, un tercero: «Allí los niños crecían sin ningún patrimonio cultural. Sus padres espirituales eran los personajes de Hollywood, los de las novelas basura, los de la prensa amarilla. ¿Hasta cuándo duraría todo eso?».

El lector que se encuentra con estas expresiones, y con otras cien, otras mil, similares, comprende lo duro que debió de resultar para los supervivientes la constatación de lo que en realidad les estaba sucediendo; no ya lo que María Wine expresó en uno de sus poemas, la indiferencia de la naturaleza ante la tragedia —«no puedo soportar que tras tu muerte el sol siga brillando»—, sino el ver que la vida, incluso entre los propios judíos, seguía su curso, que todo volvía a ser lo que siempre había sido la vida corriente, una suma de actos vulgares, una espuma hecha de pequeñas urgencias donde, ¡ay!, todo recuerdo acaba borrándose. Pero, pensándolo mejor, más duro debió de resultar aún, para esas víctimas que habían salvado la vida —aunque sólo eso, la vida—, observar el comportamiento de las nuevas generaciones, de los jóvenes que, como dice el aforismo, «siempre se parecen más a su época que a sus padres» y que, como el sobrino de Boris Makaver, los hijos de Hertz Grein y otros jóvenes, habían abandonado el judaísmo para abrazar el comunismo u otras causas.

No son, las interioridades citadas, las únicas que el lector encontrará en el libro, pues éste habla también —con la inteligencia y el arte característicos de Singer— del amor entre hombres y mujeres; pero subrayo aquéllas por ser, quizá, las que menos tienen que ver con el famoso Lugar Común. Al cabo, en lo que se insiste casi siempre es en lo de la terca memoria del pueblo judío, en la heroica lucha de los supervivientes contra el olvido. Pero no. Es más plausible, más humano, más real lo que cuenta *Sombras sobre el Hudson*. Y también más ético.

Singer admiraba a Tolstói, y esta última novela suya podría ser una creación del siglo XIX, sobre todo por su voluntad de contar todo y de levantar una suerte de

acta notarial de las penas y alegrías de su comunidad. Esta apreciación se vería reforzada, además, por su estructura, deudora de su publicación por episodios, y también por la forma naturalista en que están perfilados los personajes. Sin embargo, el espíritu que aflora en cada una de sus páginas, el de los Salmos de destierro —«Nos sentábamos a llorar en las orillas del río de Babilonia acordándonos de Sión»— lo rescata para nuestro tiempo: porque también los de hoy son tiempos de destierro, y porque son muchos los que, en el vacío que dejaron los espantosos acontecimientos del siglo XX, viven perdidos; tan perdidos como los personajes — las personas— que llenan las páginas de este libro.

BERNARDO ATXAGA

Nota de la traductora

La aparición en castellano de *Sombras sobre el Hudson*, una de las obras más extensas dentro de la producción literaria de Isaac Bashevis Singer, está condicionada por dos circunstancias de excepción. En primer lugar, su llegada al gran público anglófono en 1998, transcurridos siete años desde el fallecimiento del autor y nada menos que cuarenta después de publicado el original por entregas, hecho habitual en la trayectoria del autor, en el diario neoyorquino en lengua yiddish *Der Forverts*, cada viernes y sábado, entre enero de 1957 y enero de 1958.

En segundo lugar, la particularidad de ser la primera de sus novelas que se traduce al castellano desde el original yiddish. Las obras de Singer han sido siempre vertidas a otros idiomas partiendo de la traducción inglesa que, en su día, había dirigido el propio autor asistido por excelentes traductores, revisores y editores, en muchos casos incluso desconocedores de la lengua yiddish. Así el autor aseguraba la fidelidad al texto, al tiempo que adaptaba el formato de serial al de libro, convirtiendo la traducción inglesa en su «segundo original», según sus propias palabras. *Sombras sobre el Hudson*, una de las pocas novelas cuya acción transcurre en Estados Unidos, concretamente en el período 1947-1949, no gozó de este privilegio. Ello explica y justifica la decisión de partir directamente, en esta ocasión, de las ya amarillentas y casi descompuestas páginas del periódico original, dificultosamente fotocopiadas, para hacer llegar el texto yiddish al lector en castellano con un máximo de fidelidad y pureza.

Antes de entrar en más comentarios sobre la traducción, tal vez convenga presentar una breve sinopsis histórica del idioma que Singer definió como «una lengua de exilio, que no está ligada a un país; una lengua sin fronteras, que no cuenta con el apoyo de ningún gobierno; un idioma desprovisto de términos para designar las diferentes clases de armas, municiones, ejercicios militares o tácticas de guerra». Un idioma, habría que añadir hoy, borrado del mapa europeo a raíz de la barbarie nazi, y cuyo uso actual se debe al empeño de pequeños grupos ubicados en Norteamérica, Israel y contados países de Europa y Suramérica.

El yiddish nace a principios del siglo X en la zona de Alsacia. Desde su origen fue una lengua mestiza, en la que se fusionaban el alto alemán medio, el hebreo y la lengua romance que tiempo atrás los judíos habían traído en su peregrinar por tierras europeas. En el siglo XII, a raíz de su expulsión de varias ciudades alemanas y austríacas, los judíos se establecen en Polonia, donde el yiddish se consolida definitivamente e incorpora su cuarto componente, el eslavo.

Aunque desde el principio fue una lengua escrita, a lo largo de los siglos mantuvo su carácter de lengua popular, utilizada en la vida diaria por la gente sencilla. Tal vez por ello fue descuidada por los gramáticos y desdeñosamente olvidada por los intelectuales judíos (como el propio Singer da a entender en su novela), que la consideraban una especie de alemán mal hablado. Sin embargo, en el año 1864, un

escritor ya consagrado, Shólem Abrámovich, consciente de que sus escritos en hebreo sólo llegaban a una ínfima parte de los once millones de hablantes de yiddish, publicó su primer cuento en esta lengua, eso sí, con todo sigilo, bajo el seudónimo de Méndele Móijer Sfórim (Méndele, el vendedor de libros), para no convertirse en el hazmerreír del mundillo literario de su entorno. Fue el paso decisivo que señaló la entrada del yiddish en la gran literatura, el descubrimiento de que se había convertido en un medio de expresión rico, de excepcional plasticidad, repleto de giros, matices y sorprendentes metáforas. A partir de ese momento, surgen numerosos escritores de talento (Shólem Aléijem, conocido por su *El violinista en el tejado*, I. L. Peretz, Shólem Ash, etc.) y se desarrolla una rica literatura yiddish que alcanza su cima en la obra de Isaac Bashevis Singer.

Volviendo ahora a *Sombras sobre el Hudson*, no es práctica habitual en el ámbito de la traducción literaria que ésta se acometa desde la lengua materna del traductor a una lengua adquirida, aunque exista una escuela de teóricos de la traducción que lo defienda. Sin embargo, cabe decir que en este caso era un camino obligado a fin de evitar, en ausencia del autor, errores posteriormente incorregibles en la interpretación precisa de ciertos pasajes, así como en la transmisión de las numerosas expresiones y giros idiomáticos presentes en los diálogos. Aunque el yiddish se halla actualmente incluido en los programas de diversas universidades de prestigio, ya casi no existe la posibilidad de practicar la lengua viva en su hábitat natural.

La versión inglesa ha constituido una valiosa ayuda a la hora de descifrar y cotejar determinados pasajes oscuros o completar las partes del texto cuya lectura directa en las vetustas páginas del periódico se hacía particularmente difícil, aun cuando la interpretación del original no haya sido siempre totalmente coincidente en las dos versiones.

Se ha estimado conveniente incorporar un glosario al final de la novela, a fin de esclarecer el significado de los términos en yiddish o en hebreo que utiliza el autor. Asimismo, mediante la adición de notas a pie de página se han señalado las referencias de las frecuentes citas bíblicas que aparecen en el texto y que, en el original, no sólo figuran en hebreo sino además en forma abreviada, pues se suponía que el lector de *Der Forverts* podría identificar sin dificultad la referencia completa.

En el traslado al español del yiddish directo y llano de Singer, con su insólita mezcla de fino humor y alta seriedad, se ha procurado guardar las expresiones, dichos y metáforas tal cual las utiliza el autor, aun cuando existiesen equivalentes en castellano. Por otra parte, esta lengua resultó ser una gran aliada en cuanto a su disponibilidad de recursos, entre los cuales destaca la flexibilidad en la construcción de las frases, especialmente importante a la hora de conservar la frescura e inflexiones del habla yiddish en los diálogos y soliloquios, así como la posibilidad de reflejar la correcta pronunciación de términos yiddish y hebreos.

Pese a sus cincuenta y seis años de residencia en Estados Unidos, Singer nunca dejó de escribir en yiddish, incluso a partir de la trágica y casi total desaparición de su

público lector en Europa en esta lengua. En la concesión del premio Nobel quiso ver el reconocimiento del yiddish como lengua europea y a ello dedicó gran parte de su discurso de aceptación. Traducir a este autor desde su lengua materna es aproximarse a su voz más íntima y espontánea y, al mismo tiempo, dar fe de que «el único premio Nobel que no deja sucesores», según él mismo se definió, al menos no quedó sin traductores.

RHODA HENELDE ABECASSIS

Madrid, diciembre 1999

PRIMERA PARTE

Aquella tarde los invitados se reunieron en el nuevo piso de Bóruj Makaver, Boris en Estados Unidos. El bloque de apartamentos al que acababa de trasladarse le recordaba Varsovia. Estaba construido alrededor de un enorme patio con dos portales, uno de los cuales conducía a Broadway y el otro a West End Avenue. En el *cabinet* —que su hija Anna llamaba «estudio»— había una ventana que daba al patio, y cuando Boris se asomaba al exterior casi podía imaginar que estaba de nuevo en Varsovia. Abajo, en el jardincillo cercado por una valla, siempre reinaba el silencio. De día, el sol trepaba lentamente por el muro que se alzaba en el lado opuesto. Grupos de niños correteaban sobre el asfalto, el humo subía desde la chimenea, los gorriones revoloteaban gorjeando de tejado en tejado. Sólo parecía faltar un buhonero con su saco de artículos usados, o un titiritero con su loro y su organillo. El patio era propiedad de la comunidad de vecinos y de cada uno de ellos, un trozo de Europa en el corazón de Nueva York. Cuando lo contemplaba y escuchaba su silencio, Boris sentía que le abandonaba el ímpetu de América y le invadían pensamientos europeos, pausados, sin rumbo fijo, cargados de añoranzas de juventud.

No tenía más que entrar en el *salón* —la sala de estar— para oír el bullicio de Broadway, que resonaba incluso allí, catorce pisos por encima de la calle. Al observar desde arriba los ruidosos coches, autobuses y camiones, y percibir el rugido del metro que se elevaba desde las rejas metálicas, los pensamientos se agolpaban en su mente. De pronto recordó todos sus negocios y pensó en telefonar a su agente de bolsa y fijar una cita con su contable. El día se le había hecho demasiado corto y sintió la necesidad de hacer cálculos, de sacar la estilográfica y ponerse a garabatear en su cuaderno. En tales ocasiones, Boris pensaba en el versículo bíblico «Mas Dios no estaba en el terremoto»^[1].

Sin embargo, hasta Broadway resultaba acogedor cuando nevaba. Puesto que era pleno invierno, las ventanas se hallaban firmemente cerradas, protegidas con postigos y cubiertas por cortinas.

Era una noche de ésas. Boris había invitado a cenar a su hija Anna y su yerno Stanislaw Luria, así como a Herman Makaver, su sobrino, que había conseguido salvarse del Holocausto. Herman había abandonado Polonia para luchar junto a las tropas republicanas en España; más tarde dirigió sus pasos a Argel y desde allí, con la ayuda de Boris, a Estados Unidos. Los otros invitados eran el profesor Shrage, Hertz

Dovid Grein, el doctor Solomon Margolin —un amigo de los tiempos en que Boris estudiaba en la *yeshivá* de Guer— y el doctor Zadok Halperin con su hermana Frieda Tamar.

Antes de comer, Boris se cubrió la cabeza con un *yármulke* y se lavó las manos mientras recitaba la plegaria preceptiva. También lo hizo Frieda Tamar, viuda de un rabino alemán y mujer muy culta, autora de un libro en inglés acerca del papel de la mujer en el judaísmo. Los demás invitados, sin embargo, no eran practicantes. Siendo Boris viudo, había preparado la cena Reytze, una pariente lejana que se ocupaba de la casa desde la muerte de la esposa, acaecida veintitrés años atrás. Boris la había llevado con él en todas sus mudanzas y vagabundeos: de Varsovia a Berlín y, después de la subida de Hitler al poder, de París a Casablanca, La Habana y finalmente Nueva York.

Después de la cena, todos pasaron a la sala de estar. Boris había amueblado su nuevo piso a semejanza de sus antiguos apartamentos de Varsovia y Berlín, con pesados muebles de caoba, lámparas de techo con lágrimas de cristal, sofás y sillones tapizados en lujoso terciopelo, adornados con tapetes de encaje y cubiertos por fundas orladas de flecos. En Estados Unidos había ido adquiriendo regularmente muchos volúmenes de estudios rabínicos, así como antigüedades judías: toda clase de lámparas de Januccá, relojes con la numeración en hebreo, bandejas para el Séder Pésaj, candelabros para el *shabbat* y los petos, coronas y punteros que adornan los rollos de la Torá. Incluso había instalado un pequeño oratorio en una habitación: había en ella dos candelabros de cobre, un Arca Sagrada, un atril y una placa mural con un versículo de los Salmos que invitaba a la reflexión y la meditación. Aunque de joven había cambiado su nombre, Bóruj, por Boris —pensando en los negocios— nunca abandonó su apego al judaísmo. Y después de las masacres de Hitler, volvió a despertar en él su religiosidad de antaño. Cada día laborable, con su taled y sus filacterias, rezaba la plegaria matinal, y nunca faltaba a las oraciones de la tarde y de la noche. En Williamsburg había localizado a un rabino jasídico a cuyo padre había visitado en una ocasión reb Menajem Makaver, el padre de Boris. Además, aún recordaba una o dos páginas de la Guemará.

En ese momento, en la sala de estar, Boris estaba citando uno de los aforismos de otro rabino.

—«Puesto que los gentiles igual nos quieren matar, nuestros nombres judíos debemos conservar». Si de todas formas, hagamos lo que hagamos, acaban golpeándonos, ¿por qué habríamos de elegir morir como nación? Al menos mantengámonos judíos con firmeza, y no seamos asimilacionistas.

El doctor Margolin esbozó una mueca de desacuerdo.

—Para ti, Bóruj, quien no sigue hasta el más nimio precepto de un rabino cualquiera es un asimilacionista. Créeme, si resucitara Moisés nuestro maestro y observara a esos escandalosos vestidos de negro de Williamsburg, los maldeciría. Recuerda, Moisés fue un príncipe de Egipto, no un *shmequegue* con tirabuzones.

Según Freud, era tan egipcio como el que más.

—¡Cállate, Shlóimele, cállate ya! Freud era un canalla, un maldito alemán. De nuestro maestro Moisés sólo sabemos lo que está escrito en la Torá.

—Moisés tenía dos esposas: una era la hija de un sacerdote medianita y la otra era negra. Aquí en Nueva York tendría que vivir con ella en Harlem.

—¡No me vengas con payasadas y cuida tu lengua! ¿Qué sabemos de los tiempos antiguos? Cada generación tiene sus propias costumbres.

—Te han convencido de que los judíos tienen joroba y toman rapé, y no consigues librarte de esa imagen. Para ti, los únicos judíos son los *jasidim* polacos que visten primitivos gabanes rusos y arrebatan sobras de comida de las mesas de algún rabino de tres al cuarto. ¿Qué me dices de los judíos de España? ¿Y los de Italia? ¿Acaso no era judío Manoello Giudeo? ¿Y rabí Moshe Jaím Luzzatto? ¿Y Yosef Shlomo de Candia? ¿Y rabí Leone de Módena? Si hubieras aprendido un poco de historia, no te habrías vuelto tan fanático.

—¡Qué historia ni qué zarandajas! ¿Qué demuestra eso? Yo sólo sé una cosa, Shlóimele: nuestros padres fueron judíos íntegros, nosotros ya somos sólo medio judíos y nuestros hijos son..., bueno, de eso mejor no hablar. Que haya jóvenes judíos capaces de alistarse en la GPU^[2] y disparar sobre las personas es el fin del mundo. Debemos rasgarnos las vestiduras en señal de luto y guardar *shivá* no durante siete días, sino toda una vida.

—Pues guarda luto. La forma de ser judío de tu padre y de tu abuelo ya no existe ni volverá a existir. Fue un breve episodio en la historia judía.

—¡Todavía existe, y seguirá existiendo! —gritó Boris Makaver. Ayer mismo compré un libro sagrado que imprimieron unos estudiantes de *yeshivá* en Shanghai. Nos moríamos de hambre y seguíamos imprimiendo libros sagrados. Huíamos de Hitler y de Stalin, y en plena fuga publicamos los comentarios de Rashba^[3]. ¿Y dónde? ¡En China! Té lo juro, Shlóimele, mil años después de que nos hayamos olvidado de todos tus intelectuales, aún estaremos estudiando la Guemará y sus comentarios.

—Bueno, si lo juras, no hay más que añadir.

La misma conversación, las mismas discusiones, se repetían con todas las variaciones imaginables cada vez que se reunían, pero ni Boris ni sus invitados se cansaban de estos debates. La velada invernal acababa de empezar. De los siete hombres allí presentes, cinco iban sin pareja. Solomon Margolin, doctor en Medicina, se había casado en Berlín veinte años antes con una muchacha alemana. En 1938 ella lo abandonó para irse a vivir con un nazi, llevándose a su hijita, Mitzi. La mujer del profesor Shrage había perecido en el gueto de Varsovia. Herman no se había casado. Hertz Grein sí tenía familia, pero pertenecía a esa clase de hombres que nunca van de visita acompañados de su esposa. Estaba sentado en una *chaise longue*, charlando con la hija de Boris Makaver, Anna, esposa de Stanislaw Luria.

—Ya están otra vez con la cuestión judía —le murmuró confidencialmente.

—He oído la misma conversación desde que era una niña así de alta —contestó Anna, indicando con la mano la altura que tenía en esos tiempos. En uno de sus dedos, un enorme anillo de diamantes destellaba a la luz de la lámpara con todos los colores del arco iris.

II

Stanislaw Luria, el yerno de Boris, estaba tratando de convencer a Herman, sobrino de su anfitrión. Herman seguía siendo un ferviente comunista, mientras que Luria se declaraba encarnizado enemigo del comunismo. Tenía una única queja contra Estados Unidos: que no hubiera lanzado la bomba atómica sobre Moscú en lugar de hacerlo sobre Hiroshima. Luria y Herman compartían, sin embargo, una característica: ambos hablaban un excelente polaco. Luria se había formado como abogado en Varsovia y Herman había estudiado en la facultad de Derecho antes de partir a la defensa de Madrid.

—*Prosze, pana*, sé perfectamente lo que estás pensando —argumentaba Luria. Tengo más conocimientos sobre marxismo que todos los marxistas juntos. Para mi desgracia, también yo hice el tonto en algún momento. Hubo un tiempo en que incluso creía en Lenin. En fin, durante la juventud hay que cometer errores. Cuando un joven no se equivoca, es que algo malo le pasa. Pero en una cosa estarás de acuerdo conmigo: sin la ayuda del Tío Sam, sin la Ley de Préstamo y Arriendo^[4], tu camarada Stalin nunca habría marchado sobre Berlín. Supongo que hasta el más ardiente estalinista lo admitiría...

Luria hablaba como si estuviera rogándole a Herman que entrase en razón. Ya cincuentón, Luria era bajo de estatura y ancho de hombros, tenía una cabeza enorme, casi sin cuello, con una despeinada pelambreira de color castaño vetado de gris, y el rostro abotargado. Sus cejas eran espesas y bajo los ojos casi amarillos colgaban dos bolsas azuladas, que parecían cubiertas por una especie de musgo. Su nariz tenía unas fosas excepcionalmente grandes. Había algo pesado y salvaje en ese hombre que, no obstante, siempre parecía medio dormido. Una profunda hendidura, que no podría decirse si era una arruga o una cicatriz, recorría su estrecha frente.

A sus treinta y tres años recién cumplidos, Herman aparentaba más edad. Era de la misma estatura que su tío, pero carecía de su campechanía. Tenía la cabeza cuadrada, con el cabello cortado al estilo militar —en España había sido ascendido al rango de capitán o comandante— y, tras unas gafas, ojos fríos de un gris metálico. Herman hablaba pausadamente, con la prudencia de un diplomático que sopesa cada palabra. Su voz sonaba como la madera al golpear.

—Nadie puede saber lo que habría ocurrido sin la Ley de Préstamo y Arriendo; ésa es una cuestión académica. Lo que sí es un hecho es que Estados Unidos aplazó la apertura de un segundo frente hasta que la Unión Soviética estuvo al borde de una victoria decisiva.

—¿Estás insinuando que la invasión de Francia no era necesaria? —insistió Luria.

—El poder de los fascistas ya había sido aplastado.

—Si permitiéramos que Stalin escribiera la historia mundial, seguro que mandaría poner que los aliados lucharon en el bando de Hitler —replicó amargamente Luria.

—Hasta lo de Stalingrado, los aliados mantenían la esperanza de una derrota

soviética.

Luria enarcó las cejas. Sus ojos amarillos lanzaron una mirada furiosa. Su mano derecha —ancha, pesada, con las venas hinchadas y uñas como garras— se crispó como si estuviera a punto de propinar un bofetón, pero no abandonó la rodilla.

—¡Oh, Dios, qué grande es la fuerza de la mentira! —se limitó a decir. ¡Qué increíblemente vasta y poderosa es! Y tan profunda como un abismo.

Boris Makaver no era un intelectual ni mucho menos un erudito, pero amaba tanto la Torá como los conocimientos en general. Pese a su éxito en los negocios, más de una vez lamentó no haberse hecho rabino o estudioso, o simplemente ser un hombre que viviera de su pluma. Bajito, corpulento, con los pies y las manos demasiado grandes para su escasa estatura, los ojos también grandes y negros, una nariz ganchuda y gruesos labios, llevaba perilla y hablaba con voz tonante. Había vivido muchos años en Alemania, pero continuaba hablando el yiddish de Varsovia. Nunca llegó a dominar el alemán ni el inglés. Aunque podía leer una página entera de la Guemará, cuando se enfrentaba a la necesidad de escribir una carta en la lengua sagrada cometía cientos de errores. Boris poseía una destreza especial en un ámbito: el comercio. Era capaz de olfatear un buen negocio a la legua. Cuando llegó a Nueva York desde La Habana no entendía una sola palabra de inglés, pero tras haber vagabundado cuatro semanas por la ciudad, sabía exactamente dónde se hallaba el dinero. No obstante, ¿acaso constituía una gran hazaña enriquecerse en aquellos años? Washington estaba derrochando miles de millones. Boris se convirtió en socio de una fábrica de artículos de cuero. En Estados Unidos conocía a hombres de negocios con quienes había tratado cuando aún se encontraba en Berlín, así que fácilmente obtuvo créditos, estableció contactos y firmó contratos. Boris solía señalar que en el mundo de los negocios, como en todos los ámbitos, hay muchas rutas tortuosas y un solo camino recto. Sencillamente, hay que optar por la rectitud.

Ahora bien, los libros, tanto los sagrados como los profanos, eran otro asunto. Contenían un océano en el cual navegar toda una vida sin llegar nunca al puerto del entendimiento. Muchas veces había oído a rabinos, catedráticos y eruditos insultarse entre sí, tildándose de ignorantes y mentecatos. Por mucho que un hombre haya desentrañado los misterios del saber, siempre existirá otro que lo mire por encima del hombro.

A Boris le encantaba escuchar a estos intelectuales cuando hablaban, reñían, se ridiculizaban y hasta se difamaban a espaldas de sus colegas. Zadok Halperin, por ejemplo, era una de las personas a las que Boris había apoyado estando todavía en Berlín. A Halperin se le consideraba algo así como una celebridad. Se había titulado en Filosofía en Suiza y, durante algún tiempo, había enseñado en la Universidad de Berna. Los trabajos de Halperin en alemán sobre Kant, Shlomo Maimón y Hermann Cohen eran citados en los libros de texto de filosofía. Había escrito monografías en

hebreo, que se estudiaban en la Universidad de Jerusalén, y la profundidad de sus conocimientos en el campo de la Mishná y otros escritos sagrados no conocía límites. Cuando se le desafiaba, era capaz de recitar cualquier pasaje de memoria. Sin embargo, nunca había logrado ganarse la vida mediante esta prodigiosa habilidad. En ese momento se hallaba sentado en un sillón, en la sala de estar de Boris. Bajo, robusto, de prominente barriga, tenía el cabello blanco y unos bigotes espesos que le conferían cierto parecido con Nietzsche. Bajo sus pobladas cejas asomaban unos ojos medio risueños e inflamados de rebeldía juvenil. Cuanto más generoso se mostraba Boris en su ayuda a Halperin, tanto más le contrariaba éste. Halperin seguía siendo un *maskil* y detestaba la religión. Como de costumbre, la conversación giraba alrededor de la condición judía.

—¿Qué quiere usted, mi querido *herr* Makaver? —apuntó Halperin en su gangoso yiddish germanizado. No se puede invertir el curso de la historia. ¿Acaso debe el mundo regresar a la Edad Media sólo porque Hitler era un demente, un psicópata...? ¡Tonterías! Solamente existe una fuente de conocimiento: la experiencia, la vieja y buena experiencia de John Locke y de David Hume. Todo lo demás son necedades. Yo voy aún más lejos que Hume: para mí el único criterio válido es la matemática empírica. Si no hubiera líneas rectas, si todas las líneas tuviesen joroba, entonces existiría otra geometría.

—Es que ya existe —interrumpió Margolin. ¿No has oído hablar de Lobachevski y Riemann?

—Ya sé, ya sé. Sin embargo, mantengo que la geometría euclidiana nunca quedará obsoleta, mientras que las demás no serán más que simples juegos. Llámame hereje si quieres, pero tampoco me gusta la teoría de Einstein.

—Para que a uno le disguste algo, primero tiene que haberlo comprendido —replicó Margolin.

—Así es, y por eso me disgusta. Aquello que no se puede comprender es, *a priori*, simple basura. Yo conozco a Einstein, lo conozco bien. Mantuve muchas charlas con él en Berlín y, con perdón, ese hombre está fuera de la realidad.

—Un hombre fuera de la realidad a quien debemos la bomba atómica.

—También sin Einstein se habría inventado la bomba atómica.

—Bueno, bueno, ¡ya empiezan! —intervino Boris. Esto es lo que se llama un diálogo de sordos. Einstein es un genio, y vosotros también lo sois. No os peleéis; no hay que ser, cómo diríamos... envidiosos. ¿Acaso porque Rockefeller sea millonario no puede aparecer otro millonario mañana? Hay dinero suficiente para ambos. Lo mismo ocurre con el conocimiento... Reytze, ¡trae el té! Doctor, pruebe usted este *strudel*. No soy ningún experto en Einstein pero puedo afirmar sin miedo a que me contradigan que el *strudel* de Reytze sabe a gloria. El que hacen en este país más vale ni probarlo.

—Sí señor, el *strudel* es un asunto de peso —afirmó Halperin con una sonrisa, mostrando una dentadura renegrada parcheada aquí y allá con pequeñas piezas de oro.

Pese a tener a su alcance un tenedor, prefería comer con las manos. Sus dedos eran cortos, cubiertos de vello y con las uñas mordidas. Además de comer muchísimo, era capaz de pasarse todo el día fumando puros. Boris solía decir que Halperin no fumaba puros, sino que los tragaba, y debido a este hábito tenía las yemas de los dedos y las uñas amarillentas. Como iba dejando continuamente montículos de ceniza a su alrededor, Reytze le seguía con un cenicero y no le quitaba ojo para evitar que quemara los muebles. Su traje negro, que usaba en cualquier estación del año y para todas las ocasiones, estaba irremediadamente manchado. De sus orejas y de sus fosas nasales sobresalían matas de vello. Incluso en Estados Unidos se empeñaba en vestir al estilo europeo, con cuello duro, corbatas anchas y puños postizos. Sus amigos tenían que rebuscar por todo Nueva York para encontrar botines con suela de goma, ya que se negaba a usar cualquier otra clase de calzado. En el bolsillo del chaleco llevaba un reloj cerrado con tres tapas. Margolin siempre decía que, espiritual y físicamente, Halperin se había quedado en el siglo XIX.

De todos los hombres allí presentes el doctor Margolin era el más alto. Si se mantenía erguido, como solía hacer, medía más de un metro ochenta. Tenía el rostro severo y alargado, los fríos ojos grises de un junker^[5] prusiano y siempre iba vestido a la última moda, con el pelo recortado y las uñas bien cuidadas. En Alemania hasta usaba monóculo. Se rumoreaba que se había enriquecido practicando abortos ilegales. Resultaba difícil creer que Margolin hubiese sido, cuarenta años atrás, estudiante de la *yeshivá* de Guer. Hablaba ruso como un moscovita, alemán como un berlinés e inglés con acento de Oxford. Durante toda su vida fue aficionado a los deportes elitistas, gracias a lo cual en Berlín había llegado a tener una clientela aristocrática. En Nueva York pertenecía a todo tipo de clubes de gentiles. No obstante, tanto en Berlín como en Nueva York había conservado una estrecha amistad con Boris Makaver. Acudía a todas sus cenas con invitados, era su médico de cabecera y, en las raras ocasiones en que la memoria del doctor Halperin fallaba al recitar pasajes de la *Guemará*, era Solomon Margolin quien le apuntaba. También era quien cazaba sus errores en latín. «¿Tú crees que lo que tienes es una cabeza? —Solía provocarle Boris. Ni mucho menos; es un instrumento musical. ¡Oh! Shlóimele, si no te hubieras dejado seducir por toda esa tontería, ahora los habrías dejado a todos atrás».

—Hazme caso, Shlóimele, y toma un trozo de *strudel* —se limitó a decirle entonces. No te hará ningún daño. Todas esas bobadas sobre las dietas no valen ni un kópek.

—No quiero llegar a tener tanta barriga como tú —replicó el doctor Margolin, dirigiéndole una gélida mirada.

III

El profesor Shrage estaba sentado en una silla con respaldo de mimbre. Era un hombrecillo de enrojecidos ojos azules, cejas rebeldes, blancas como la barba, y cara arrugada. El pelo cano asomaba en su calvicie como la hierba en un páramo. David Shrage, que también había estudiado en Suiza, descendía de *jasidim* de Varsovia, gente ilustrada y rica. Diez años mayor que el doctor Halperin, se consideraba perteneciente a una generación anterior. Cuando todavía era alumno del científico Jaím Zélig Slonimski, fue uno de los primeros jóvenes *jasidim* de Polonia que estudiaron en Suiza. Shrage era matemático, y durante algún tiempo había sido profesor de esta disciplina en la Universidad de Varsovia. En los últimos veinte años el profesor se había dedicado a la investigación de lo sobrenatural e incluso había aplicado a este campo sus conocimientos matemáticos. En Polonia estuvo durante algún tiempo estrechamente vinculado al famoso médium Kluski. El profesor Shrage había llegado a Estados Unidos en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, pero su esposa Edzhe había sucumbido a manos de los nazis. Desde entonces continuaba guardando luto por ella e insistía en establecer contacto con su espíritu en el otro mundo. El profesor rara vez tomaba parte en las discusiones de la casa de Boris Makaver. Padecía cierta sordera y, por otra parte, su voz era tan débil que apenas se entendía lo que decía. No podía ni quería hablar más alto que el doctor Halperin. Y en todo caso, qué objeto tenía discutir con un fanático atrapado en la peor de las redes, la del convencimiento de la supremacía de la razón humana. En ese momento, el profesor mostraba la expresión de quien está sufriendo y se esfuerza por disimularlo. No soportaba esas conversaciones a gritos ni el hedor de los puros, y ni siquiera probaba el refrigerio que se le servía. En realidad sólo hacía acto de presencia porque Boris le mantenía.

Sentada a su lado estaba Frieda Tamar, la hermana menor del doctor Halperin. Era una mujer de unos cuarenta años, de tez clara y dulces ojos negros. Llevaba el pelo recogido en un moño clásico, un vestido negro de manga larga y el cuello tan alto que le ocultaba por completo la garganta. Frieda era hermanastra de Zadok por parte de padre, el rabino de Grawicz, quien se había vuelto a casar en la vejez y cuya segunda esposa pertenecía a una ilustre familia. Mientras estudiaba en Alemania, Frieda conoció al doctor Tamar, un rabino no ortodoxo de Magdeburgo, y se casó con él. El rabino había muerto en Auschwitz, pero Frieda sobrevivió y más tarde consiguió un visado para entrar en Estados Unidos. Rezaba tres veces al día. Escribía artículos para revistas religiosas y por esta razón se la solía ver en la biblioteca pública de la calle Cuarenta y dos, absorta en algún libro de estudios rabínicos. Frieda tenía de callada lo que Halperin de ruidoso. Quería a su hermano mayor, pero rara vez compartía sus opiniones. En cuanto él empezaba a hablar, Frieda movía la cabeza en señal de desaprobación. Se decía que Boris pensaba casarse con Frieda. Ya le había hecho una propuesta formal hacía algún tiempo, pero ella no se había decidido. En ese

momento, inclinada hacia delante, con las manos sobre el bolso, el vestido estirado hasta los tobillos y los labios sin pintar, irradiaba una serenidad que a Boris le recordaba aquellas veneradas mujeres de antaño sobre las que había leído en los libros sagrados. De vez en cuando apartaba con la mano las bocanadas de humo que su hermano le soplaban a la cara.

—Frieda, querida, si lo desea abriré una ventana —murmuró Boris. Su hermano fuma como una chimenea.

—No, gracias. ¿Qué más da un poquito de humo? No es para tanto.

Por un instante frunció el ceño y de pronto Boris comprendió lo que había pasado por su mente, como si leyera sus pensamientos: el humo de Auschwitz había sido mucho peor.

IV

Solomon Margolin apenas usaba su monóculo desde que vivía en Estados Unidos. En aquel momento, sin embargo, sentado en la sala de estar de Boris y mirando fijamente adelante con un solo ojo, parecía llevarlo puesto. Daba la impresión de estar concentrado en un único pensamiento.

En efecto, Margolin estaba reflexionando que Boris era todo un genio a la hora de conseguir créditos, comprar casas a precios de saldo o levantar prósperas empresas de la nada más absoluta, en cambio era totalmente incapaz de ver lo que ocurría en su propia casa, delante de sus narices. Su bien amada Anna, su única hija, por quien Boris había entregado su vida, no se contentaba con haber cometido dos errores, sino que estaba a punto de cometer un tercero, y éste sería el más grave de todos.

El primer error de Anna fue casarse con el cómico de Galitzia Yasha Kotik. Kotik había sido un famoso actor en Berlín, cuyo punto fuerte era burlarse de los judíos llegados de Europa del Este. Parodiaba su mal alemán, aun cuando él mismo apenas lo hablaba mejor. Rodeado de escándalos, el matrimonio duró un año escaso y Anna salió destrozada por la experiencia. Enfermó y entró en una profunda depresión. Margolin la trató en ese período y estuvo al corriente de todos sus secretos.

Años más tarde, huyendo de Hitler, Anna cometió otro enorme disparate: se enamoró de Stanislaw Luria, un hombre que ya había tenido mujer y dos hijos, veinte años mayor que ella y, además, un individuo desgraciado, mentiroso, violento y enfermizo. Su familia fue aniquilada por Hitler. Aunque Luria se salvó, luego no supo hallar un medio de ganarse la vida. Aparte de hablar un florido polaco y de jactarse de toda clase de heroísmos inexistentes, no servía para nada. En Varsovia nunca llegó a tener la licencia para ejercer de abogado, así que no pasó de un eterno aspirante y tuvo que ser su mujer quien obtuviera un puesto de trabajo. En Nueva York vivía a costa de Boris, y Margolin había aconsejado sin rodeos a Anna que se deshiciera de aquel personaje si no quería terminar en un manicomio. Sin embargo, ya antes de librarse de Luria, la hija de Boris estaba preparándose para cometer una tercera locura. Allí mismo, en el salón de la casa de su padre, coqueteaba abiertamente con Hertz Grein, un hombre casado y padre de hijos crecidos. Salvo Boris, todo el mundo advertía lo que estaba ocurriendo. Anna se movía y mariposeaba alrededor de Grein. Primero se sentó junto a él en la *chaise longue* y le murmuró algún secreto al oído; a continuación le mostró una fotografía, y finalmente se colocó justo frente a él, echándole miradas y sonriéndole con el descaro de quien se deja arrastrar ciegamente por la pasión. De cuando en cuando, Luria clavaba sus ojos amarillos en ella. Frieda se mordía los labios. Hasta el viejo profesor Shrage sonreía escudado en su barba blanca. Con frecuencia Margolin había aconsejado a Boris que no invitara más a Grein, y le había advertido que Anna estaba comportándose erróneamente, pero Boris se lo tomaba a la ligera.

—Son imaginaciones tuyas, Shlóimele. ¡Qué cosas se te ocurren! Él no significa

nada para ella.

Y cada vez volvía a invitarlo.

Tanto Boris como Margolin habían conocido a Hertz Dovid Grein en Varsovia, cuando ellos ya eran muchachos jóvenes. Pese a tener sólo cinco o seis años, Grein no era un crío cualquiera, sino un niño prodigio. Sabía calcular en un momento en qué fecha había caído cualquier fiesta judía cien años atrás. En cuestión de segundos realizaba operaciones aritméticas que hubiesen llevado horas o días enteros a expertos contables. A la edad de siete años había jugado al ajedrez en la Unión de Empleados de Comercio frente a veinticuatro veteranos ajedrecistas de Varsovia, y había ganado diecisiete partidas y empatado cuatro. Los periódicos, tanto en polaco como en yiddish, habían escrito artículos sobre él y publicado su fotografía. El profesor Samuel Dikstein, el conocido asimilacionista, había ido a visitar al padre del niño prodigio, un pobre escriba religioso que vivía en la calle Smocza. Desde entonces habían pasado casi cuarenta años. Por aquel tiempo, Solomon Margolin se fue a estudiar a Alemania y Bóruj Makaver —todavía no se había cambiado el nombre— se casó con la hija de una familia adinerada de Varsovia, hizo fortuna, perdió a su mujer y, a finales de 1924, dejó Varsovia para trasladarse a Alemania. Anna tenía por entonces once años.

Al llegar a Alemania, Boris contaba que Dawidek Grein (o Hercu's, como solían llamarle los periódicos polacos) había abandonado la Guemará para seguir estudios laicos en un instituto donde impartían las clases en yiddish y en polaco, y después se había matriculado en la Universidad de Varsovia. Se había convertido en un joven apuesto y visitaba a Boris con frecuencia en su casa de Varsovia. Durante algún tiempo, hasta ayudó a Anna con sus deberes escolares. Se alistó en el ejército como voluntario durante la guerra polaco-soviética de 1920, y fue ascendido al rango de suboficial. Más tarde se enamoró de una chica pobre de un *shtetl*, se marchó con ella a Viena y de allí a América. Aunque había prometido escribir, pasaron los años y nadie supo de él. Tuvo que aparecer Hitler para que Boris Makaver y Hertz Dovid Grein se vieran de nuevo. Incluso en Nueva York, no se habían encontrado hasta cuatro años después de la llegada de Boris a Estados Unidos.

Por la forma en que Boris había descrito entonces su encuentro con Grein, Margolin comprendió enseguida que aquello conduciría a un enredo. Anna no había olvidado a su antiguo tutor. En Berlín, después de su ruptura con Yasha Kotik, solía hablar de Grein a Margolin durante las sesiones de psicoanálisis. Conservaba, pegada en un álbum, una fotografía dedicada de Grein en la que éste había escrito irnos versos cariñosos de esos que los adultos dirigen a los niños. Por extraño que parezca, a lo largo de su espeluznante huida de Berlín a París, de París a África, de África a Cuba y de Cuba a Nueva York, Anna había atesorado aquel álbum y lo había llevado consigo. En Nueva York había aparecido de nuevo su «primer amor». Hertz Grein tenía entonces cuarenta y seis años, un hijo a punto de licenciarse en Ingeniería y una hija en edad universitaria. Durante años había sido maestro en un *Talmud Torá* de

Nueva York y había pasado por angustiosos apuros económicos. Más tarde se hizo agente de una empresa de inversiones de Wall Street. No obstante, todavía conservaba la apariencia de un muchacho joven: de buena estatura, delgado, con una cabellera dorada que cubría una incipiente calvicie, la frente alta y el mentón prominente. Su nariz arrancaba formando la curva de una nariz judía, aunque luego se lo había pensado mejor y se había enderezado. Tenía los labios finos y sus ojos azules revelaban una curiosa mezcla de timidez, agudeza y un algo más difícil de definir. Margolin solía describirlo como un estudiante de *yeshivá* escandinavo. Grein estudió Filosofía en Varsovia y Viena, y había intentado instalarse en Palestina. En Estados Unidos había aprendido el suficiente inglés para publicar de vez en cuando algún artículo en una revista de ajedrez, y hasta para escribir un minucioso estudio sobre un distinguido erudito judeopolaco asesinado por los nazis. Dedicaba su tiempo de ocio a las matemáticas, y en sus conversaciones con Margolin mostraba tal dominio de la nueva física que fácilmente habría podido convertirse en un maestro en ese campo. Mas Hertz Grein daba la impresión de estar decepcionado de sí mismo. Hablaba como lo haría un pesimista y un escéptico. Tras haber perdido a toda su familia en Polonia, se quebró su fe en la humanidad y en sus normas morales. Por pura casualidad se había hecho socio de un fondo de inversiones y ganó dinero vendiendo acciones. Su mujer abrió una tienda de antigüedades en la Tercera Avenida y también ella salió airoso. A la sazón, Grein vivía en un amplio apartamento en Central Park West, tenía un automóvil y Margolin había oído que mantenía a una querida.

En ese instante, Margolin estaba observando a Anna, que se deshacía en atenciones para con él. Se percataba también, con el distanciamiento de un científico, de que Anna estaba empezando a parecer más joven, como si Grein, al recordarla de niña, le hubiese devuelto misteriosamente su infancia. Se sonrojaba en su presencia y se divertía con él como una chiquilla. Sonreía y acto seguido estaba triste; tan pronto le saludaba con la mano en un gesto juguetón como le sacaba la lengua. Parecía haber olvidado que su marido se encontraba entre los invitados. Margolin la estudiaba con mirada de experto. Pese a que Anna había heredado la complexión de su padre, alguna fuerza oculta había corregido, o tal vez disimulado, los defectos físicos de éste. Era un poco más alta que él, de pecho alto, cintura estrecha y manos y pies pequeños, aunque sus pantorrillas eran gruesas. Como Boris, tenía los ojos negros y chispeantes bajo unas cejas que se juntaban; en cambio su nariz era casi recta. La boca, de labios carnosos, se contraía en un puchero similar al de un niño que se dispone a dar un beso. Su cabello era tan negro y lustroso como el terciopelo, aunque a diferencia de muchas personas de pelo oscuro, tenía el cutis claro.

Todavía conservaba cierto aire judeopolaco. A Solomon Margolin le traía el recuerdo de los bulevares de los alrededores de Varsovia y sus Jardines Sajones.

V

Hacía poco tiempo que un pintor llamado Jacob Anfang había terminado un retrato de Anna. Boris lo había encargado tan sólo porque Anfang, un refugiado judeopolaco de Alemania, se encontraba en un grave aprieto económico. Esa noche Anna se dispuso a acompañar a Grein al cuarto donde colgaba el cuadro, es decir, a su dormitorio de siempre, que continuaba utilizando cuando se quedaba en casa de su padre. Allí guardaba algunos libros y prendas de demasiada calidad para desprenderse de ellas. Al ver que Grein no se decidía a seguirla, temeroso de irritar al padre o al marido, ella le agarró por la manga y tiró de él a lo largo del pasillo. Abrió la puerta y al encender la luz reveló una habitación de jovencita con una cama individual, una estantería llena de libros, fotografías en las paredes, un florero vacío y una mesa redonda sobre la cual había un despertador. A pesar de que el retrato, con un marco de madera tallada, parecía fuera de lugar en aquella estancia, Boris se había vuelto tan devoto que se negaba a tener ningún cuadro cerca de él, por obediencia al mandamiento: «Y no te harás ídolos». Por añadidura, Jacob Anfang había pintado a Anna luciendo un vestido escotado. Grein se quedó mirando el lienzo durante un buen rato antes de murmurar:

—Sí, es un retrato muy conseguido.

—Papá dice que no se me parece.

—El artista ha captado tu carácter.

Los ojos de Anna se iluminaron por el comentario de Grein y aún más porque se dirigió a ella tuteándola.

—¿Y cuál es mi carácter? Me parece que, por regla general, no tengo carácter.

—Él comprendió que en lo esencial sigues siendo una jovencita, una impulsiva y temerosa alumna de instituto.

—¿Es ésa una virtud? Es cierto que estoy asustada porque la fatalidad me persigue, pero ya no soy tan joven. A menudo me siento vieja y deshecha.

—No se nota en tu cara.

Anna se mantenía a un lado para que Grein pudiese comparar el cuadro con el original. Se avergonzaba, mas no a la manera de los adultos. Era como si se hubiese acostado siendo una niña pequeña y hubiera despertado, por un milagro o arte de magia, como mujer madura. El encuentro con Grein, tras una separación de veintitrés años, le había traído tanta seguridad en sí misma como desconcierto. Las capas del tiempo habían sido invertidas y luego revueltas por una azada capaz de arar y remover edades y épocas. El antes y el después se habían difuminado en un todo ininteligible, una extravagante pesadilla de la que uno despierta sobresaltado una y otra vez. Primero le tuteaba y luego le trataba de usted; ora le hablaba en polaco, ora en alemán. A veces le parecía un pariente suyo, un tío o incluso un hermano mayor. Extrañamente, él le evocaba su Varsovia, los tiempos en que todavía tenía a su madre. El recuerdo de Grein la había ayudado a superar la época más trágica de su vida: los

años en Alemania. A su lado había vuelto a ser joven, vivaz, la hija única de antaño. Grein la miraba, primero a ella y después al cuadro, y Anna adoptaba el aire de una colegiala sumisa. Era como si todavía ejerciera su antiguo poder sobre ella, cuando él era el adulto y mantenía conversaciones de mayores con su madre gravemente enferma, a la que llevaba libros y flores. Entonces, la mandaba a ella, la niña, fuera de la habitación cuando quería tratar algún asunto privado.

Grein alzó las cejas.

—Bueno, tiene talento, pero ¿qué es el talento?

—Sí, ¿qué es? Yo no soy capaz de dibujar ni un pato.

—Dios otorga a cada persona su propio don.

—¿Usted también va a hablar de Dios? —exclamó Anna. ¡Oh!, no soporto que me hablen de Dios. Después de lo ocurrido en Europa, me indigna que se mencione esa palabra, porque si Dios realmente existe y permitió todo aquello, es aún peor que si no existiera.

—Ninguno de los dos casos es bueno.

—¡Mire, está nevando!

Anna corrió hacia la ventana con ímpetu infantil. Grein la siguió. Ella levantó la hoja inferior de la ventana y quedaron expuestos al aire invernal. El patio estaba blanco, igual que las ramas del árbol en el pequeño jardín. Sólo el cielo se cernía iluminado por el resplandor de Nueva York, mitad rojo mitad violeta, sin ninguna estrella, como si se reflejara en él una conflagración cósmica. Los copos de nieve caían acompasadamente, despacio, con una placidez invernal. El calor del radiador contrastaba con el frío del exterior. Anna se encontraba tan cerca de Grein que su hombro se apretaba contra el brazo de él. Durante un rato ambos contemplaron el paisaje en silencio, aturdidos, como si hubieran nacido en un país tropical y fuera la primera vez que veían una nevada. Una sensación de nostalgia invernal se apoderó de Grein, una añoranza que nunca antes había sentido, en la que se mezclaba el olor a Januccá, la Navidad, Varsovia. Deseó abrazar a Anna, pero se contuvo. Alargó una mano y un copo de nieve se posó en ella. Invadido por un regocijo juvenil, mantuvo por un momento la palma sobre el alféizar, como si quisiera enfriar el ardor que sentía en su interior.

—Todavía llegan los inviernos —murmuró.

—Sí. En ocasiones hasta me sorprende de que exista el mundo.

No podían permanecer allí por más tiempo. Stanislaw Luria era muy capaz de irrumpir en la habitación y armar un escándalo. Sin embargo, tampoco podían despegarse uno del otro ni del paisaje invernal. Cuando Grein llegó por primera vez a Nueva York, solía nevar con tanta intensidad que aunque uno paleara o barrierá la nieve a un lado tenía la sensación de que nunca conseguiría librarse de ella. En Brownsville, donde había sido maestro en un *Talmud Torá*, se apilaba por todas partes en enormes montones que le recordaban Polonia. Tenía que llevar chanclos sobre los zapatos, o incluso botas de nieve. En los últimos años, en cambio, la nieve se había

convertido en una rareza en Nueva York. Grein elevó su mirada para ver de dónde provenía. Los copos caían en espesas lentejuelas desde el rojo intenso, y revelaban durante una fracción de segundo su forma hexagonal, el eterno motivo de la nieve. Impulsados por alguna fuerza, los pensamientos de Grein se fundieron con los de Anna y él comprendió que ambos estaban experimentando exactamente lo mismo: el mismo deseo, el mismo estremecimiento. A través de la manga de seda del vestido de ella y de la manga de lana de la chaqueta de él pasó una corriente, una especie de magnetismo, imposible de aislar, que Grein sentía a menudo cuando estaba en su propia casa, en su propia cama. Por un momento permanecieron cautivados por esa extraña vibración que procedía tanto de su interior como del ambiente, esquiva como el inicio apenas consciente de un sueño.

De repente, Anna pareció asustarse y se alejó.

—Vamos.

Cerró la ventana y él se secó las manos con el pañuelo de su bolsillo. Una vez más se detuvieron frente al retrato.

—¿Todavía piensa que es bueno? —le preguntó.

—Sí, excelente. Aunque preferiría quedarme con el original.

—Sabe usted que es imposible —replicó Anna tras una pausa.

—No tienes más que decir que sí.

Anna se mordió el labio inferior y tragó saliva.

—Imagine que le digo que sí, ¿qué pasaría entonces? ¡Oh!, son ustedes tan cómicos, los hombres.

—Todavía existe el amor en el mundo.

—Ya. De todos modos, hay algo más fuerte que el amor.

—¿Y qué es?

—La pereza. El miedo a moverte de tu lugar.

—Sólo se necesita empezar.

—¿Adónde me llevaría usted?

—A un hotel.

—¿Y después?

—A Tasmania.

—¿Y por qué a Tasmania? De verdad que es usted cómico. Desde niña he soñado con el amor. Cuando vi el modo en que vivía mi padre, me prometí no seguir su ejemplo. Pero he cometido dos graves errores; más que suficiente para una vida.

—Sólo tienes que llenar una bolsa y partir.

—¡Qué fácil es todo para usted! Habla como un aventurero, aunque sospecho que está atado en cuerpo y alma a su familia. Se lo advierto: ándese con cuidado. Yo soy crédula por naturaleza y muy capaz de hacer justamente lo que me pide.

—Ése sería el día más feliz de mi vida.

—Vámonos, no podemos quedarnos aquí más tiempo. Sé que no es usted sincero, pero no consigo alejarle de mis pensamientos. Incluso sueño con usted por la noche.

—Ya es como si fueras mía.

Aquellas palabras inflamaron a Anna. Acalorada, le dirigió una mirada a un tiempo inquisitiva y reprobadora, como diciendo: «Si no hablas en serio, ¿por qué me torturas en vano?». Él quiso abrazarla, pero en ese momento Reytze abrió la puerta.

—Anna, tu padre te está buscando.

—¿Qué quiere? Bueno, ya voy.

—Panie Grein, venga a la cocina, que le enseñaré el nuevo frigorífico.

Reytze había encontrado un pretexto para impedir que los dos regresaran juntos. Estaba al tanto de todos los secretos. Al fin y al cabo, era ella quien había criado a Anna.

VI

Cuando Reytze le hubo enseñado el frigorífico, de camino a la sala de estar Grein se detuvo en el pasillo para contemplar un antiguo espejo allí colgado. Desde que su mujer Lea abriera la tienda en la Tercera Avenida, él mismo se había convertido casi en un experto anticuario. El marco del espejo consistía en un trenzado de flores, hojas y dragones, mientras que el cristal poseía el brillo azulado del agua en un pozo. Veía su imagen como si estuviera a una gran profundidad.

«¿Por qué me siento tan dichoso? —se preguntó. Todo esto no conduce a nada. Ella no dejará a su marido, ni yo a Lea. Bueno, y ¿qué hay de Ester? No voy a destrozarse a ninguna familia. Hay un Dios en el cielo y yo acabo de comprometerme a cumplir los Diez Mandamientos».

A pesar de estos pensamientos, permanecía en un estado de embriaguez. Mientras que sus primeros diez años en Estados Unidos fueron para él un inacabable rodar cuesta abajo, la segunda década había ido en continuo ascenso. Vivía en un amplio apartamento, tenía ahorros en el banco, vestía buenos trajes. Las acciones que él recomendaba del fondo de inversiones al que se había asociado subieron muchos puntos de la noche a la mañana. Ese mismo día, sin ir más lejos, había ganado más de trescientos dólares sin el menor esfuerzo. Hubo un tiempo en el que para conseguir esa suma tenía que consumirse en un aula durante dos meses enteros.

«Pero ella me quiere, ¡no cabe la menor duda! —pensó para sus adentros. ¿Cómo lo expresó? “Soy muy capaz de hacer justamente lo que me pide”».

Entró en la sala de estar y oyó al profesor Shrage tartamudear:

—¿Qué significa empírico? Todo depende de lo que se le pregunte a la Naturaleza. Mientras no nos cuestionábamos por qué razón la tapa de una olla salta cuando hierve el agua, la Naturaleza no nos contestaba y no existía la teoría cinética. El hombre de hoy ha dejado de plantear los interrogantes esenciales, ¿por qué entonces habríamos de darle una respuesta?

El doctor Halperin se sacó el cigarro de la boca.

—Y cuando sí preguntábamos, ¿acaso obtuvimos respuesta? Durante toda la Edad Media la gente se preocupaba por las llamadas ciencias ocultas y ¿qué descubrieron? ¿Cuántos demonios pueden sostenerse sobre la cabeza de un alfiler?

—La literatura medieval está plagada de hechos que prueban la existencia de poderes superiores... poderes espirituales. *Dibbiks* y duendes estaban a la orden del día, tanto entre los judíos como entre los gentiles.

—Perdóneme, profesor, está usted confundiendo folclore con ciencia.

—¿Qué es la ciencia? En cuanto algo puede repetirse pulsando un botón se convierte en científico, pero no todo es reproducible en un laboratorio. Las aguas del mar Rojo no se separan los lunes y jueves.

—¿Y sí sucedió una sola vez? ¿Qué prueba hay de ello? ¿El hecho de que está escrito en el Pentateuco? Por mi vida, profesor, simplifica usted demasiado. Todas las

religiones abundan en milagros, en todas las aldeas hay viejas que se sientan en el umbral de sus casas a contar historias sobre espíritus y duendes.

—Los espíritus y los duendes existen.

—¿Dónde están? ¿En el desván?

—Quizás estén aquí mismo.

—¿Dónde? ¿Bajo el sofá?

—¿Es que ve usted los protones? ¿Ve los rayos cósmicos? Tal vez ellos también estén debajo del sofá.

—¡Vaya comparación! ¡Está diciendo una sarta de bobadas! —Zadok Halperin comenzó a resoplar y a vociferar con vehemencia. «Un juez no tiene más que lo que ven sus ojos» —citó del Talmud. Ya puede usted repetir machaconamente que en el cielo hay un ferial, que mientras yo no compre allí un haz de leña o un saco de patatas, para mí no serán más que habladurías. En mis tiempos, la gente hacía el ridículo con tableros Ouija y creía en las pitonisas y en sus bolas de cristal. Los adivinadores que yo conocí eran todos unos charlatanes y además estaban medio locos. Conan Doyle era un idiota; Lombroso, con perdón, chocheaba; Oliver Lodge era un buen físico, pero de una simpleza pasmosa; a William James, en pocas palabras, le faltaba un tornillo. Los anglosajones sienten debilidad por esta clase de estupideces. Temen a la muerte, pobres diablos.

También Boris se sacó el cigarro de los labios.

—Shlóimele, ¿por qué estás tan callado?

Margolin no se inmutó.

—¿Y qué quieres que diga? Ésta no es mi especialidad. Aunque usted, doctor Halperin, habla como si todo se supiera y ya no existieran misterios. La telepatía es un hecho demostrado.

—Para mí no, para mí no lo es.

—¿Sabe por qué? Porque no tiene usted ninguna aventura amorosa. El amor se construye por entero sobre la telepatía. Las personas que se aman están en contacto telepático.

—¡Cierto, cierto! —exclamó Anna, mirando de reojo a Grein.

El doctor Halperin sacudió un sobrante de ceniza de su cigarro, que le cayó sobre la rodilla.

—Está bien, está bien, ustedes son jóvenes y lo saben mejor. Yo no he tenido una aventura amorosa desde hace mucho tiempo, je, je, mucho, mucho tiempo. Claro que, como pregunta el Talmud, «¿Qué tendrá que ver el barbecho con el monte Sinaí?». En cuanto dos tontos se enamoran, saben en qué piensan. ¿En qué piensan los hambrientos? En el pan. El mayor bien que atesora la humanidad continúa siendo la lógica. Alguna vez he echado un vistazo a las revistas de espiritismo. Te cuentan que el sordo escucha lo que el mudo le dice al ciego. Las vacas vuelan sobre los tejados y ponen huevos de latón. Hay que apoyarse siempre en un testimonio. Aquí tenemos una televisión; no hay más que girar un botón para ver más que todos los espiritistas

juntos.

Boris se tiró de las barbas.

—¿Qué puede verse en la televisión? Vanidad y estupidez.

—¿Y qué dicen los espíritus en las sesiones? Conjurando a las almas y éstas dicen las mismas bobadas que los médiums. Se dedican a hacer augurios. ¿Por qué, mejor que eso, no nos hablan del otro mundo? Cuando alguien viaja al Tíbet, escribe un libro de aventuras; en cambio, cuando invocan a un muerto que lleva ya trescientos años en el más allá, empieza a parlotear sobre cuánto necesitamos la paz en la tierra. Eso lo sabemos sin su consejo, je, je; en su lugar, que nos ofrezcan un poco de información. ¿Qué han estado haciendo allí en los últimos trescientos años? ¿Comer *blintzei*?

—Zadok, no olvides que la invocación a los muertos está citada en la Biblia —prorrumpió Frieda, su hermana. Saúl acudió a una mujer que tenía un espíritu en la familia y éste convocó al espectro de Samuel.

—No lo olvido, no lo olvido. Aunque eso sólo demuestra que se trata de una superstición antigua. El Eclesiastés dice algo diferente: «Los muertos no saben nada»^[6].

—¿Sabes cómo interpreta la Guemará ese versículo?

—Sé cómo todos interpretan todo, pero de lo único que me fío es de mis propios ojos y de los estudiosos que son capaces de respaldar sus palabras con hechos. Ha surgido una nueva moda, la religión. Religión de derechas y religión de izquierdas. ¿Qué es el comunismo? Una religión más. ¿No es así, Panie Herman?

Herman se quitó muy lentamente las gafas.

—Que yo sepa, Lenin era un científico, no un profeta —señaló.

—¿Qué clase de ciencia estableció? ¿Basada en qué? La sociología no es ninguna ciencia.

—Es la primera vez que oigo tal cosa.

La conversación se interrumpió por un momento y cada uno se concentró en sus propios pensamientos. «¿Es posible que el espíritu de Edzhe haya estado aquí escuchando toda esta cháchara? —se interrogó el profesor Shrage. Qué cómica debe de resultarle a un espíritu la palabrería de Halperin. Aunque seguramente a los espíritus no les estará permitido darse a conocer. Eliminaría la libertad de elección...». Boris miró de soslayo a Frieda y se preguntó: «Debería hablarle esta noche, pero ¿cómo? ¿La invito a pasar a otra habitación? Quizá le parezca ridículo. ¿Quién sabe lo que piensan las mujeres? Claro que ella es sensata, es inteligente. Lo que contó acerca de Saúl y la mujer con el espíritu en su familia era muy coherente...». Zadok Halperin había clavado la mirada en un trocito de *strudel*. «¿Debo comérmelo? ¿Qué daño va a hacerme? Con *strudel* o sin él mis arterias acabarán obstruidas. De todos modos, nunca lograré perder esos diez kilos. Además, los delgados acaban muriéndose. Todas esas estadísticas no valen un pimiento...». Se abalanzó sobre el trozo de *strudel* y se lo metió en la boca. Una miga quedó atrapada

en sus bigotes, pero la recogió con un hábil movimiento de la lengua. Al mismo tiempo, cruzó por su mente una idea: «¿Será ésta la finalidad última de la vida? ¿Atiborrarse de *strudel* y morir? Qué meta tan absurda...». Luria se enfrentaba mentalmente a Anna: «¡No creas que me estás engañando! Lo he visto todo. Lo has llevado a ver el retrato para así fijar un encuentro con él. ¡Putá barata! Aún viviré para vengarme de ti. No eres mejor que aquellas mujeres nazis». Aplastó el cigarro contra el borde del cenicero con tanta furia que hasta saltaron chispas.

Grein se situó junto a una ventana. Recogió las cortinas y se quedó un rato mirando hacia la calle, a Broadway. Los semáforos cambiaban del verde al rojo. Multitud de automóviles se apelotonaban en cada dirección. Desde esa posición parecían minúsculos, pero se percibía su potencia contenida, la impaciencia de los motores. «Sí, ¡ella me quiere! Es un amor auténtico. Por supuesto, Anna no es Ester. Por Anna tendría que renunciar a todo. ¿Y Luria? Eso le mataría. Significa que tendré que asesinar a un hombre, una buena acción más para añadir a mi cuenta. ¿Y cuánto tiempo duraría? Dentro de quince años ya seré viejo. Aquí las personas se mueren como moscas». De pronto, Grein levantó la mirada. Por encima de los muros, en un hueco entre dos nubes, brillaba una estrella. ¿Sería un planeta? ¿Una estrella fija? ¿Qué hacía ahí en el cielo? ¿Habría allí una inteligencia? ¿De veras miraba a la Tierra allá abajo, o no era más que un pedazo de materia? «¿Qué relevancia tiene la materia si todo es energía? La fórmula $E = mc^2$ desbarató todos los conceptos anteriores. Todo vibra y emite rayos, hasta un terrón de barro».

Anna hizo un amago de acercarse a su marido, como si quisiera decirle algo. No obstante, cuando lo miró y observó la furia en sus ojos amarillos, se retuvo. «¿Qué estará mirando Grein? ¿Qué debe de buscar ahí fuera? —se preguntó. Tampoco para él es fácil. Tengo que acabar con esta aventura antes de que sea demasiado tarde». Sus pensamientos se desviaron hacia Luria: «Él jamás me dará el divorcio. Es un enemigo implacable. ¿Y qué pensará mi padre? Sufrirá uno de sus ataques de hipertensión».

Anna oyó a su primo Herman decir:

—Después de todo, es un hecho que el capital tiende a concentrarse en pocas manos. Incluso las tierras de cultivo en América están cayendo bajo el control de las grandes empresas. Marx no previó todos los detalles, pero el orden capitalista está degenerándose cada vez más. Continuamente está necesitado de inyecciones, por así decirlo. ¿Acaso es normal que el Gobierno federal compre trigo, mantequilla y huevos a los agricultores? ¿Y le parece normal que Washington pague a los agricultores miles de millones de dólares para que no cultiven la tierra? Si tan bueno es el capitalismo, ¿por qué tiene que sobornar Washington a los Gobiernos europeos para que mantengan el sistema capitalista mediante el terror político? ¿Qué necesidad hay de comprar a la gente para que haga algo que revierte en su propio interés?

Luria saltó de la silla como un resorte. Apuntó con su grueso dedo índice manchado de tabaco e intervino, medio hablando y medio gritando, con una

cavernosa voz de bajo que parecía de ultratumba:

—¿Sabe por qué tienen que ser sobornados? ¡Porque Europa quiere cometer un suicidio! Existen unos animalitos (he olvidado cómo se llaman) que se reúnen por millones y recorren kilómetros hasta que se ahogan en el mar, creo que en algún lugar de Escandinavia. Hay peces que intencionadamente se dirigen a las playas para morir allí. El otro día vi a un hombre que estaba en lo alto de una azotea y gritaba que se iba a tirar. La gente se detenía y le rogaba que no lo hiciera. Por más que la policía le prometió dinero, un empleo, lo que quisiera, a cambio de que volviera a entrar en la casa, él se negó a escuchar. Se le había metido en la cabeza que ya se había hartado del mundo. Su foto salió después en los periódicos. Creo que era puertorriqueño o cubano.

—Si le hubieran dado el empleo antes, no habrían tenido que prometérselo después —dijo Herman. Probablemente habrá estado desempleado mucho tiempo.

—Esa gente también es perezosa —dejó caer Margolin.

—Usted, doctor, tampoco sería tan diligente si le pagaran dieciocho dólares por una semana de duro trabajo y encima le dedujeran los impuestos.

—Cuando yo estudiaba en Alemania, ganaba menos que el puertorriqueño o el negro peor pagados de este país. Sólo tenía pan remojado en la salmuera del arenque para comer, y encima siempre me quedaba con hambre.

—Sin embargo, usted tenía un objetivo claro.

—¿Quién les impide a ellos tener el suyo?

—Su tan querido sistema capitalista.

—Usted culpa de todo al capitalismo, hasta del tiempo que hace. He oído que las calles de Rusia están plagadas de borrachos y prostitutas. Si las masas invirtieran en educación la décima parte de lo que gastan en alcohol y en lascivia, el mundo sería un paraíso. Usted cita panfletos, yo hablo desde mi experiencia. Hay niñas de doce años que se quedan embarazadas; hombres que cobran sus salarios el sábado y se lo gastan todo en bebida, hasta el último centavo. Es ya una costumbre culpar a los gobernantes de todos nuestros pecados. Pero se lo aseguro, las masas no son menos corruptas que sus líderes. Quizás incluso más.

—Entonces, en su opinión, ¿qué debemos hacer con las masas? ¿Quemarlas en Treblinka?

—Ni quemarlas en Treblinka ni mandarlas a campos de trabajo en Siberia. Los criminales y los lunáticos deben ser esterilizados. Si no, nuestra civilización terminará como la de Roma. Si los intelectuales practican el control de natalidad mientras la chusma se multiplica sin freno, la catástrofe es tan inevitable como que la Luna provoque un eclipse solar.

—Perdóneme que le diga que sus palabras huelen a hitlerismo, doctor.

—Ya sabía yo que me vendría usted con ésas. ¿Por qué iba a ser hitleriano? ¿Porque Hitler asesinó a mi familia y me lo arrebató todo? Hitler y Stalin tenían un propósito común: terminar con la individualidad humana. Según usted y sus

panfletos, en el mundo está librándose una guerra de clases; en cambio para mí sólo existe una guerra: la de los genes.

—Ésa es una teoría racial apenas encubierta.

Frieda Tamar se incorporó en su silla e hizo un ligero movimiento con la mano. Al mismo tiempo, asomó a su rostro el peculiar rubor de las personas de mediana edad que son tímidas por naturaleza. La sangre le subió desde la garganta a la mandíbula y allí se detuvo, como frenada por un autocontrol más poderoso que cualquier emoción.

—¿Puedo decir algo?

Margolin asintió con la cabeza.

—Desde luego, señora. Ha sido muy paciente escuchando nuestro parloteo durante todo este tiempo.

—En mi opinión, la guerra de clases, o lo que usted llama la guerra de los genes, no está en nuestras manos... Depende de la Divina Providencia. ¿Cómo se ha desarrollado la humanidad hasta ahora? Todo esto está más allá de nuestras fuerzas... Cuando la humanidad se fija unos objetivos tan inmensos, es inevitable que fracase. Como si pretendiéramos secar el océano... Si aceptamos que Dios dirige el mundo (una verdad incontrovertible), ¿por qué habría de querer dominarlo la humanidad? Éste fue, en realidad, el pecado de la generación que construyó la torre de Babel. Entendido simbólicamente...

—Bravo, Frieda, ¡así se habla! —gritó Boris, aplaudiendo con sus manazas. ¡Me has quitado las palabras de la boca! Estaba a punto de decir lo mismo.

—No interrumpas, Bóruj —le reprochó Margolin.

Frieda bajó la cabeza.

—No, de hecho eso es todo lo que quería decir.

—¿Qué es en concreto lo que debemos hacer, señora? —le preguntó Margolin en un aparte, en voz baja, con cortesía. Se inclinó hacia ella y levantó una ceja, como un adulto que escucha a un niño.

Esta vez la cara de Frieda terminó de enrojecerse. En una fracción de segundo, el rubor le llegó hasta el nacimiento del pelo, donde dejó una raya extrañamente blanca. Pese a que movía los labios, no le salían las palabras.

—¡Debemos recitar los Salmos! —contestó por ella su hermano Zadok. Mi hermana ofrece el mismo remedio para todos los males, desde el dolor de muelas hasta el antisemitismo.

Y Halperin soltó una carcajada como un rebuzno, sacudiendo la ceniza de su cigarro sobre un vaso medio lleno de té con limón.

I

El reloj de sobremesa dio las doce y todos se levantaron para irse. Como solía ocurrir en tales ocasiones, Boris Makaver reprochó a sus invitados que se marchasen tan pronto, que se callaran súbitamente cuando más animada estaba la conversación y empezaran a ocuparse de los abrigos, las botas de agua y los paraguas. Estaba asombrado y no lo ocultaba: ¿para qué precisaban dormir tanto? A él le bastaba con echar una cabezadita. A menudo pasaba la noche en vela, absorto en la lectura de libros sagrados o meditando sobre la complejidad de la vida. Sin embargo, las súplicas eran en vano: cada cual esgrimía su excusa. El doctor Halperin escribía sus trabajos por las noches. Frieda tenía que madrugar para asistir a las plegarias matinales en la sinagoga Sha'arei Tzédek, antes de impartir clases de religión a un grupo de niñas. El doctor Margolin iba a una piscina cubierta; nadaba durante media hora y luego hacía pesas y trepaba por una escala de cuerda, todo ello para fortalecer unos músculos que ya eran tan duros como el acero. Hertz Grein había dejado en casa mujer e hijos. Herman era corrector de pruebas en una imprenta. En cuanto al profesor Shrage, no era dueño de su vida. Su casera, la señora Clark, una dentista chiflada, lo trataba como si fuera el chico de los recados. Anna se habría quedado hasta más tarde si el bruto de su marido, Stanislaw Luria, no se hubiera mostrado tan ansioso por regresar a su domicilio. «¿Y a qué viene tanta prisa? ¿Para qué se le hace tarde? —se preguntaba Boris. Al fin y al cabo, él no da golpe, lo único que hace es jactarse de las proezas que realizó en Varsovia». Hacía ya mucho tiempo que Boris se había percatado del grave error que había cometido: nunca debió permitir esa boda. Sin embargo, ¿cómo va uno a sopesar la conveniencia de un matrimonio cuando está huyendo de un país para salvar la vida y no sospecha las desgracias que le depara el siguiente día? Anna se equivocó no sólo una vez, sino dos. Su primer marido, aquel Yasha Kotik, era un cómico lunático, un granuja metomentodo a quien cabía aplicar literalmente las palabras de nuestros sabios: «No estaba hecho a semejanza de un ser humano». Fue un milagro que Anna escapara de sus garras. «Si aún está vivo en algún sitio, que sea víctima de una muerte violenta, y si ya no se encuentra en este mundo, que le castiguen con dureza en el más allá». Ahora bien, ¿cómo rezaba el dicho?; «Salir de una desgracia para caer en otra». Era evidente que Luria nunca se integraría y que seguiría aprovechándose de Boris.

—Buenas noches, señor Makaver.

—No tenga usted tanta prisa, panie Grein, y por favor no me llame «señor». ¿Qué clase de «señor» soy yo?

—¿Cómo debería dirigirme a usted? ¿Como reb Bóruj?

—¿Por qué no? Llámeme simplemente Bóruj. Si nuestros padres vieran lo que ha sido de nosotros, no darían crédito a sus ojos. Ahora bien, desde ahí arriba pueden abogar en favor de los que seguimos aquí. ¿Todavía lee de vez en cuando los libros sagrados, reb Hertz Dovid?

—Tengo toda una estantería llena.

—¿Es eso cierto? Aún me acuerdo de cuando los periódicos escribían sobre usted. ¡El niño prodigio de Varsovia! ¿Cuánto hace de eso? Usted es todavía un hombre joven. No tendrá más de cuarenta años.

—Cuarenta y seis.

—El tiempo vuela. Espera, Jánnale. —Boris se volvió hacia Anna. Espera, Grein os acompañará a casa en su coche. Vais en la misma dirección, ¿no es así? Aunque tenga que desviarse un poco del camino más recto. ¿De acuerdo, reb Hertz?

—Con sumo gusto.

—¿Y qué es lo que encuentra en los libros sagrados, panie Grein?

—Enseñanzas de provecho. Sólo que ¿dónde va uno a obtener la fe para creer que todo es tal como allí se cuenta?

—¿Y de qué otro modo podría ser, si no? ¿Acaso el mundo funciona de forma arbitraria?

—Arbitraria no, aunque ¿quién sabe qué fuerzas lo rigen? Existe un plan, pero no sabemos cuál es. Sospecho que hasta el propio autor de *La santificación de Levi*^[7] lo ignoraba.

—¿Y Einstein sí lo conoce?

—Einstein admite que no.

—¿Quién lo conoce, entonces?

—Dios, quizá.

—Así pues, ¿cree usted en Dios?

—A mi manera.

—¿Cuál es esa manera? ¡Oh hijos míos, me dais mucha pena! Los gentiles no necesitan tener fe. ¿Qué es la fe para ellos, si no paran de guerrear? En cambio los judíos necesitamos la fe. Mira lo que está ocurriendo en la tierra de Israel: jóvenes judíos convertidos en terroristas que ponen bombas en los hoteles. Hay chicos judíos que son miembros de la GPU en Rusia. Aquí, en Estados Unidos, hemos criado una generación de ignorantes. Por supuesto que quiero que mi Jánnale me haga abuelo. Ya que no tengo ningún hijo para que diga *kaddish* por mí, dejadme al menos nietos. Ahora bien, ¿qué clase de judíos son los niños norteamericanos? Desconocen por completo el significado de ser judío.

—Papá, no tienes de qué preocuparte. No voy a tener hijos.

—¿Por qué no? No eres tan vieja todavía, y tu marido tampoco ha cumplido los

cien.

—Suegro, a menudo siento que tengo doscientos años —observó Stanislaw Luria.

—¡Bobadas! ¿Qué opina usted, panie Grein? ¿Qué será de este mundo?

—No lo sé, panie Makaver. Justamente ayer vi en el museo el esqueleto de un animal que vivió cincuenta millones de años atrás. Así estaba escrito, en blanco sobre negro. La criatura semejava un elefante. Y si el Señor del mundo ha estado experimentando con elefantes durante tanto tiempo, igual puede haberlo hecho con el hombre.

—¿Está sugiriendo que el Señor del mundo se distrae jugando?

—A veces lo parece.

—¡Tonterías! Bueno, no conduzca demasiado rápido. No tengo más que a esta hijita, y cuídese usted también. ¿Sigue llevando su mujer la tienda de antigüedades?

—Ahora empieza a tener éxito. De la noche a la mañana se ha convertido en una experta.

—Bueno. Quizá pase a visitarla en alguna ocasión. Yo también admiro la belleza. ¿Sigue usted aún en Wall Street?

—No hable tan alto. Su sobrino podría oírnos.

—¿Herman? No, ya se ha marchado. Mire, para mí Wall Street no supone ninguna abominación. Los negocios son necesarios. Cuando el rey Salomón quiso elogiar a la mujer virtuosa, dijo de ella: «Es como los barcos del mercader... tejió sábanas y las vendió, y entregó el cinto al cananeo»^[8]. Sin el comercio, el mundo no sobreviviría. Todos los malvados intentan, antes de nada, abolir el comercio, igual los bolcheviques que los nazis, aniquilado sea su recuerdo. Nuestro padre Abraham también fue un mercader. Y las acciones, ¿están subiendo, eh?

—Pues sí. Hoy han vuelto a subir. Al menos, las que recomienda mi fondo de inversiones.

—Bueno, «unos dependen de otros» —observó Boris citando el Talmud—, después de todo, usted ejerció de profesor de hebreo. ¿Cómo fue que descubrió ese fondo de inversiones? Los agoreros vaticinan que se avecina un nuevo desastre similar al de 1929, aunque yo no lo creo. Roosevelt salvó a este país y al mundo entero. La situación ya está mejorando. Si aquí no se persigue a los judíos es porque esta sociedad vive para los negocios. Panie Grein, tenemos que reunimos algún día y charlar un rato. Me siento próximo a usted, muy próximo, como si fuera mi propio hijo...

De repente Boris Makaver guardó silencio. Él mismo apenas comprendía por qué había dicho aquello. Grein se sonrojó y sus ojos adquirieron un azul más intenso. Anna también se ruborizó. Bajó los párpados y murmuró algo. Stanislaw Luria esbozó una mueca, como si tuviera un gusto agrio en la boca, y cuando habló pareció atragantarse con sus propias palabras:

—¡Éste es un hombre con suerte! Amor por los cuatro costados... Pero se está haciendo tarde. Debemos irnos. Ni siquiera los escauceos amorosos pueden

prolongarse toda la noche; no a nuestra edad.

II

Los tres bajaron juntos en el ascensor. Anna vestía un abrigo azul con cuello de piel gris. Su sombrero parecía un *yármulke* moteado de plata. Su rostro tenía un leve aire aniñado que a Grein le recordaba vagamente a los muchachos de las sinagogas jasídicas de Varsovia. Acudió a su mente la opinión de Schopenhauer según la cual una mujer siempre conserva una parte de niña. Luria, tocado con un sombrero de felpa marrón, llevaba el abrigo de piel que había venido arrastrando desde Varsovia, a través de Francia, África y Cuba. No era más alto que Anna. Tenía los anchos hombros caídos y los pies enfundados en unas botas de goma extraordinariamente grandes.

—Vas embozado en piel como un oso —le comentó Anna.

—Soy un oso —contestó irritado.

La nieve había transformado Broadway. Pisoteada en el centro de la acera, se apilaba en blandos montículos junto a los bordillos y sobre los techos de los automóviles. Continuaban cayendo algunos copos y el aire era de una pureza inusual en Nueva York. Una sensación de solemnidad largamente olvidada emanaba de los comercios cerrados, de las calles laterales en las que la nieve permanecía virgen, de los escasos transeúntes que caminaban en silencio, envueltos en el misterio invernal. Se diría que la nieve había barrido las penas y había traído consigo algo de la quietud celestial: las farolas reproducían la luz brillante y acogedora de los bulevares europeos; el cielo enrojecía como el sol de medianoche en el Ártico, como si por alguna inversión cósmica estuviera a punto de amanecer. Grein inspiró profundamente, del mismo modo que un sediento apura su bebida. Creía percibir el tintineo de las campanillas de los trineos y en la brisa procedente del Hudson intuía el aroma del verano, como si la línea de separación entre las estaciones antípodas estuviera justo al otro lado del río, en las colinas de Nueva Jersey. Grein sólo llevaba un abrigo ligero desabrochado, y aun así tenía calor. «Esto es amor, amor —se dijo. Mi buena estrella parece no abandonarme nunca. Pero ¿cómo terminará esto? No quiero construir mi felicidad sobre la desgracia ajena».

El vehículo de Grein estaba aparcado en una calle lateral. Los tres caminaron hacia él en silencio, con la concentración propia de quienes se encuentran enredados en el amor. Aunque Grein tenía automóvil desde hacía algunos años, cada trayecto era una aventura. Siempre que conducía, temía una catástrofe. Abrió la puerta de atrás, para que marido y mujer se sentaran juntos; sin embargo, Anna dijo:

—Me sentaré junto a usted.

—Hay sitio para los tres delante —contestó Grein con voz temblorosa.

El hecho de que Boris Makaver hubiera reconocido que le quería como a un hijo y el deseo abiertamente expresado por Anna de sentarse junto a él habían embriagado a Grein hasta el punto de afectar sus movimientos. Se sentó al volante y Anna se le arrimó, como solía hacer cuando, de niña, viajaba con él en un carro de caballos. De

nuevo atravesó los abrigos de ambos esa sensación a la que ningún científico ha dado nombre, una sensación que inflama el corazón y la médula con una voluptuosidad y un deseo irresistibles. No obstante, él tenía que concentrarse en conducir, pues carecía de la soltura de quienes han aprendido a hacerlo en su juventud. Grein vivía en Central Park West y el apartamento de Stanislaw Luria estaba en la avenida Lexington.

Puesto que era imposible dar la vuelta en la estrecha calle lateral, puso rumbo a Riverside Drive.

Cuesta abajo, el coche zigzagueaba como si también él estuviera dominado por la agitación de su propietario, quien pese a llevar veinte años en Nueva York conservaba la capacidad de sorpresa de un inmigrante reciente y la curiosidad de un turista. Le maravillaba el chapotear del Hudson contra los pilotes como columnas de fuego de los muelles, la silueta de las fábricas de Nueva Jersey, iluminadas toda la noche y misteriosamente palpitantes de vida, los anuncios de neón, las torres de la radio. Le resultaba difícil comprender que a partir de esos esqueletos de hierro y de acero se difundieran ondas, cuya naturaleza nadie llegaba a entender por completo, ondas que rebotaban en los más elevados estratos de la atmósfera, todavía sin investigar, y que transmitían cancioncillas facilonas, cotilleo barato y publicidad vacía. Poco después Grein atravesaba Central Park. Allí la nieve caída intensificaba la luminosidad, como si los últimos restos del día hubiesen quedado atrapados en la noche. Los árboles parecían en flor. El semáforo se puso en rojo y el coche se detuvo junto a un embarrado camino de herradura. Grein percibía el olor a excremento de caballos. Respiró profundamente: el olor le trajo recuerdos de Varsovia, de su niñez, de un viaje en carreta de bueyes hasta un pueblecito para visitar a un pariente lejano. Se sentía desbordado por la añoranza. ¡Qué no hubiera dado por vivir con Anna en una granja y montar a caballo! ¡O escapar a Canadá y dejarse arrastrar en un trineo! Dios del cielo, cuántas oportunidades para el gozo se escondían entre las praderas, los bosques, los lagos y las casas de campo. Sin embargo, alguna fuerza se aseguraba de que siempre le faltara la pareja adecuada.

—¿Sabe montar? —preguntó Anna como si hubiese leído sus pensamientos.

—Si el caballo es bueno, como un ángel.

—*Prosze, pana*, hasta el mejor caballo se desboca en algún momento —exclamó Luria, con palabras cargadas de algún significado oculto que sonaron a advertencia.

—Sí, no hay nada seguro en este mundo —replicó Grein, sin saber él mismo adonde le conduciría su lengua. Los caballos se desbocan, las esperanzas se rompen, los años vuelan. Toda una generación ha sido destruida delante de nuestros ojos.

Extrañamente, sus palabras expresaban lo contrario que sus sentimientos, como si estuviera tratando de ocultar la confianza en sí mismo. Anna se le aproximó y él sintió su rodilla a través de los abrigos.

—No sea tan pesimista. La felicidad aguarda en alguna parte.

—Intenta alargar la mano para alcanzarla y las fuerzas del cielo y de la tierra

gritarán «¡No!». A menudo pienso que todas las instituciones humanas fueron creadas con el solo propósito de impedirnos disfrutar demasiado. Las personas temen a la felicidad más que a la muerte.

—¿De qué tienen miedo?

—De que los malos espíritus utilicen sus poderes malignos.

—¡Oh!, eso será una broma. Una nunca sabe cuando habla usted en serio —dijo Anna, entremezclando reproche y ternura. Nadie cree ya en los espíritus, ni en los buenos ni en los malos.

—En los buenos quizá no, pero desde luego sí se cree en los malos. Sólo hay una nación en el mundo que no tema a los malos espíritus, y es Estados Unidos. El Tío Sam es un racionalista empedernido, lo cual en sí mismo constituye un misterio.

—Aguarda, los malos espíritus aún no han dicho su última palabra —comentó Luria despacio, con voz ronca.

—Sí, es verdad. Ya estamos en la avenida Lexington.

—Yo seguiría viajando así toda la noche —señaló Anna en tono de provocación y rebeldía.

Luria tosió y refunfuñó a la vez.

—Bueno, si pan Grein quiere y tú estás dispuesta, adelante —dijo, midiendo sus palabras como para darles un doble sentido. Yo preferiría irme a dormir. Soy demasiado viejo para esas diversiones.

—Pan Grein tiene una esposa y unos hijos que le esperan.

Grein condujo en silencio hasta el bloque de apartamentos. Bajó del coche y Anna extendió deliberadamente su delicada mano, enfundada en un fino guante negro, para que la ayudara a bajar. Luria salió por el otro lado, y por un momento el coche formó una barrera entre él y ellos; en medio de la calle, intentó encender un cigarrillo. El viento apagó la cerilla y él probó con otra. Se rezagó, dejándolos solos, pero ninguno de los dos dijo nada. Permanecieron quietos el uno junto a la otra, en silencio, como quienes han estado buscándose mucho tiempo y se han encontrado finalmente. Poco después, Luria echó a andar hacia la acera, siguiendo un camino más largo de lo necesario por detrás del automóvil; su rostro mostraba la expresión grave de un hombre que observa, que se traga la ofensa porque sabe algo que los demás desconocen. Caminó con los pies separados y el andar descuidado de quien ya no necesita agradar a nadie. La única chispa de luz brillaba en su cigarrillo.

—Bueno, gracias por habernos traído. ¿Quizá le apetece subir? —dijo desde lo más profundo de su pecho, con audacia en la voz, como si de pronto hubiese vencido todas las debilidades humanas. Prepararemos café. Perder una noche de sueño no es ninguna tragedia, ¿no? De todas formas, yo no consigo dormir.

—¿Y qué hace usted toda la noche?

—Pienso.

—¿En qué piensa?

—Pienso en mujeres torturadas, en niños quemados. No me refiero al aspecto

moral del asunto, no soy tan ingenuo. Me interesa simplemente la psicología: ¿qué pasa por la mente de las personas cuando meten un niño en un horno? Algún pensamiento debe ocurrírseles, incluso deben encontrar alguna justificación, pero ¿qué cruza por sus mentes? Y más tarde, ¿qué cuentan a sus esposas, a sus novias, a sus padres? ¿Cómo regresa un hombre a casa y les dice a su mujer y a sus hijos: «Hoy he quemado cincuenta criaturas»? ¿Y qué le contesta su esposa? ¿En qué piensa una persona así, cuando por fin apoya la cabeza en la almohada? Simplemente deseo saber cómo funciona la mente de tales desalmados.

—¡Ya empiezas otra vez con las tragedias! ¿Cómo va a querer nadie subir a nuestro apartamento, si hablas de semejantes cuestiones? —se lamentó Anna. Todo el mundo sabe lo que ocurrió en Europa, no tienes por qué echar sal sobre la herida.

—Está bien, ya no hablaré más de ello. Pan Grein me preguntó, así que le contesté... Sí, suba. Le aseguro que la invitación es sincera. Todavía no es tan tarde. Y aunque lo fuera ¿qué importa? Desde un punto de vista filosófico, el concepto de temprano o tarde no existe...

—Sí, Grein, suba —interrumpió Anna a su marido. En una noche tan esplendorosa es imposible dormir. Aunque me acostara, no lograría pegar ojo.

Le dedicó a Grein una mirada entre suplicante y seductora, que parecía decirle: «No tienes que asustarte de él. Está al tanto de nuestros secretos y consiente».

Por unos instantes, Grein titubeó e intentó negarse, pero Luria le tiró de la manga y él entró en el vestíbulo. No sabía por qué aquel recinto, con sus oscuras paredes, sus lámparas de bronce y dos urnas sobre una mesa de caoba, le recordaba un salón funerario. En la estancia flotaba una especie de embelesamiento nocturno, similar al silencio que se produce en un lugar público cuando queda repentinamente vacío tras una jornada de tumulto y agitación. Grein comprendió que la visita era un error, pero ya no había remedio. Había caído, lo mismo que Anna, en ese estado de ánimo en el que uno pierde la iniciativa y los acontecimientos se desarrollan por sí solos.

Durante más de un año, había mantenido con Anna uno de esos flirteos sin meta alguna que no implican obligaciones ni prometen nada, esos que las Escrituras resumen en la frase: «Arroja tu pan sobre las aguas, que lo hallarás después de muchos días»^[9]. No había hecho ningún esfuerzo por encontrarse con ella. Rara vez la llamaba por teléfono. En casa de su padre, le hablaba sin pensar lo que decía. Manejaba los contactos entre ellos como si accionara un interruptor. Todavía consideraba la relación como la de un profesor con su alumna. No tenía necesidad de buscar las palabras adecuadas, podía charlar con ella sobre todo lo que se le ocurriera, con la seguridad de que ella llenaría de sentido cada expresión suya. El doctor Margolin estaba en lo cierto al afirmar que el amor se edifica sobre la telepatía. Su aventura con Anna transcurría en los dominios de la mente. Él pensaba en ella y, como respuesta, recibía señales de que ella estaba pensando en él. Cada vez que se encontraban, se acrecentaba su secreto y la distancia entre ambos se acortaba. Ella había empezado a mirarle a los ojos con claras muestras de deseo y de súplica, y

dejaba escapar palabras que la traicionaban. Su flirteo con Grein había dado paso a estados de irritación, de mal humor. Luria, que durante mucho tiempo había fingido indiferencia, comenzó a soltar indirectas. A causa de Grein, marido y mujer habían empezado a discutir. A solas en su alcoba intercambiaban las feas acusaciones que suelen cruzarse las parejas en tales casos. Y en ese momento, como si tal hecho careciera de importancia, Grein estaba a punto de visitarles en plena noche. En el ascensor se quitó el sombrero, a diferencia de su anfitrión. Cuando Luria sacó una llave del bolsillo trasero del pantalón, sus ojos amarillentos brillaban con la mirada de quien está buscando su propia ruina. Al rostro de Anna asomaba una expresión mezcla de seriedad y de truculencia propia de un niño, como si no le agradara el dulce que Luria le ofrecía e intuyera que estaba tendiéndole una trampa. Los tres mantenían el silencio de quienes actúan contra su voluntad, cual si las fuerzas que determinan las acciones humanas manifestaran, a esas horas intempestivas, el poder que normalmente ocultan.

Luria abrió la puerta del apartamento y encendió la luz del vestíbulo. Anna condujo a Grein a la sala de estar. ¡Qué diferente era del salón de Boris Makaver! En el apartamento de la avenida Lexington todo era luminoso y moderno. La moqueta beige se extendía de pared a pared. El empapelado también era de tonos claros. Volúmenes multicolores ocupaban las estanterías empotradas. Los sillones, el sofá, la mesa de centro... Todo había sido seleccionado pensando en la comodidad de unos invitados que fuman, beben y no permanecen mucho tiempo en los asientos que les han sido asignados. En las paredes colgaban varios cuadros y dibujos que Luria había comprado en La Habana y Nueva York: una mezcla de simbolismo, expresionismo y cualquier otro «ismo», entre los cuales destacaba una moderna representación de un andrógino. Incluso las lámparas habían sido diseñados no sólo para iluminar la habitación, sino para conseguir el efecto de unos focos: la vivienda convertida en escenario, y el marido y la mujer en actores. Luria se entretuvo con algo en el vestíbulo y Anna entró en la cocina para preparar el café. En plena noche, cada objeto cobraba vida con sus propios pensamientos, con su esencia vital al descubierto, como si unos intrusos los hubiesen sorprendido en medio de su furtiva actividad. Grein apoyó la cabeza y cerró los párpados: «Señor del mundo, ¿por qué voy arrastrándome a estas horas?, ¿qué es lo que quiero de esta pareja?, ¿por qué irrumpo en vidas ajenas?». De repente se acordó de las palabras de Stanislaw Luria acerca del niño empujado a un horno. No habían sido palabras huecas, le había ocurrido a su mujer y a sus hijos. Un escalofrío recorrió su cuerpo. «¿Es posible que yo quiera robarle la mujer a un hombre como éste? ¿Tan bajo he caído?».

—Bueno, póngase cómodo —dijo Luria al entrar. Pronto estará el café. Mi suegro piensa que el sueño es algo superfluo, y yo empiezo a estar de acuerdo con él. Es decir, el sueño es bueno, en realidad demasiado bueno. ¿Por qué las personas habrían de evadirse de la vida durante siete u ocho horas? Si tienen que sufrir, que sufran las veinticuatro horas del día.

—Por lo que a mí respecta, sufro más dormido que despierto. Padezco espantosas pesadillas —dijo Grein.

—¿Usted también? Yo, en el instante en que cierro los ojos, me veo en un búnker; los nazis intentan sacarme; me despierto gritando y mi mujer tiene que tranquilizarme. ¿Hay de qué sorprenderse? ¿Y usted con qué sueña?

—Yo estoy en una perpetua crisis, en un dilema. El Hacedor de Sueños es una especie de gran escritor, siempre tiene algo que contar. Cada noche se le ocurre una nueva historia, pero el tema principal es siempre el mismo: me veo atrapado en un conflicto.

—Debe de tratarse de un problema en su subconsciente.

—Yo no tengo que hurgar en mi subconsciente. La vida del hombre moderno ya es de por sí un conflicto.

—¿Por qué sólo la de un hombre moderno? No creo que sea nada nuevo. Ya existían nazis hace tres mil años, y hace seis mil. Sólo que recibían nombres diferentes, eso es todo. Y también había bolcheviques. ¿Quién era Gengis Kan? Mi suegro siempre intenta hacerme creer que los seres humanos de hoy tienen una personalidad dividida, mientras que los de épocas pasadas eran íntegros. Pero ¿qué significa «íntegros»? ¿Cómo puede una persona ser íntegra?

—Íntegra en el sentido de que dispone de capacidad para tomar una decisión y cumplirla. Hoy en día el hombre puede hacerlo todo, salvo tomar sus propias decisiones.

—¿Qué quiere decir? Eso es una paradoja.

—Le pondré un ejemplo. Nuestros padres y nuestros abuelos sabían que estaba prohibido codiciar la mujer de otro hombre, así que no la deseaban. Y si lo hacían, no lo expresaban de ningún modo, no prestaban sus cuerpos a la lujuria, y ésta poco a poco acababa remitiendo. Al hombre moderno, sin embargo, por mucho que le explique que algo le está prohibido, acabará haciéndolo de todas formas. Lo sé por propia experiencia —dijo Grein, asombrado ante sus palabras.

Se sintió visiblemente incómodo, como si lo que acababa de expresar no fuese un ejemplo de la falta de integridad de la sociedad moderna, sino más bien el dilema personal que le acechaba en sus sueños. Es más: había calificado de sueño la realidad que lo mantenía despierto cuando debería estar durmiendo. Su mente consciente y su subconsciente se habían fundido. Atónito, Luria le observaba con una expresión sombría bajo sus pobladas cejas.

—Bueno, éste es un excelente ejemplo. De todos modos, se explica simplemente porque nuestros padres tenían fe y nosotros no.

—La fe por sí sola no garantiza que una persona sea capaz de decidir.

—¿Qué más se necesita?

—Organización. Al igual que el patriotismo no es suficiente para ganar una guerra mundial, la fe no basta para imponerse en el conflicto con uno mismo. Hacen falta estrategias, tácticas, todo lo propio del mando militar. Nuestros padres y abuelos

no luchaban solos. De hecho, disponían de un ejército, con sus fortalezas, trincheras, comandantes y suboficiales. Hasta tenían sus uniformes.

—Si se refiere a los sombreros de piel, los tirabuzones y las casas de estudio, no estoy en absoluto de acuerdo con usted.

Anna entró con una cafetera.

—Caballeros —anunció—, el café está servido.

III

Cada uno tomó su café y una galleta. Anna les sirvió también fruta. Acercó una silla, se sentó enfrente de los hombres y cruzó las piernas. Grein lanzó una mirada a la ancha pantorrilla con media de nailon y a la rodilla, apenas cubierta por el dobladillo del vestido. Ella parecía consciente de que sus piernas le resultaban atractivas, pues se había subido la falda más de lo que requería la posición en que se hallaba sentada. Estaba claro que no se sentía violenta en presencia de su marido, sino más bien envalentonada, con la seguridad de una mujer a quien los hombres admiran. A Grein no se le escapaba que el placer que esperaba recibir del cuerpo de Anna nunca sería tan intenso como su deseo de él. Había tratado de analizar el placer sexual en numerosas ocasiones, pero nunca había descubierto cuánto tiempo dura la satisfacción. Todo se paralizaba ante el deseo. En ninguna otra área estaba demostrada de manera tan convincente la fórmula de Schopenhauer acerca de la voluntad y el hastío como en el deseo físico; las fuerzas de la biología ni siquiera se habían molestado en disimular el engaño. Con todo, la pierna de Anna atraía la mirada de Grein de forma irresistible, casi hipnótica. Un momento después, ella se bajó de un tirón el dobladillo del vestido, pero sólo un centímetro o dos, como una vendedora tacaña que añadiera una pizca al peso. Dirigió una mirada inquisitiva a su marido como si preguntara: «¿Por qué estará tan fascinado?, ¿es que no ha visto nunca una pierna de mujer?». Luria clavó la vista en la taza y bebió, igual que si sintiera frío y entrara en calor con cada sorbo. Entre sus labios se escondía una sonrisa que parecía decir: «Tú no puedes saber lo que yo sé». Apuró hasta la última gota y volvió a posar la taza en la mesa de centro.

—No sabía que tu amigo Grein fuera tan religioso —le comentó a Anna.

—¿Religioso? —replicó Anna con desdén.

—Yo no soy religioso, simplemente constato un hecho —se justificó Grein. Me refería a que en la religión, igual que en la guerra, hace falta organización. Uno no puede dominar a los instintos por sí solo. Para hacerlo hay que tener un plan de ataque, porque el enemigo está totalmente movilizad. No hubiera sido posible derrotar a Hitler sin un ejército, sin una armada, sin una estrategia, sin una maquinaria militar en toda regla.

—¿Por qué hay que vencer a los instintos? —inquirió Anna, dirigiéndose en parte a su marido y en parte a Grein.

—Él citó el ejemplo de un hombre que pretende robarle la mujer a otro —expuso Luria, en un tono delator. ¿Qué tiene eso que ver con la organización? Si un hombre quiere seducir y una mujer desea ser seducida, al final ocurre lo inevitable. Así de sencillo.

Luria sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno e invitó a los presentes. Grein le dio las gracias y declinó el ofrecimiento, pero Anna, tras un instante de vacilación, aceptó uno. Durante unos segundos la conversación se interrumpió, aunque Grein

sintió que debía una respuesta, que era su turno. En ese tira y afloja intelectual, Anna se había situado del lado de su marido. Luria le había puesto en ridículo.

—He dicho que, para dominar una pasión, pongamos como ejemplo la pasión por la mujer de otro hombre, no basta simplemente con adoptar la decisión de refrenarse en el momento crítico. Se requiere una disciplina que sólo está al alcance de quienes se han preparado desde la niñez, dominándose día y noche, tal como hacían nuestros abuelos. Ellos no miraban siquiera a una mujer, rezaban tres veces al día, estudiaban la Torá y se dedicaban a cumplir los preceptos. Yo diría que disponer de una máquina de guerra para luchar contra el diablo les permitía apuntarse victorias. Nosotros, el hombre de hoy, formamos parte del ejército de Satán. ¿Qué otra cosa son los libros profanos, los teatros, las exposiciones de arte y el resto de la parafernalia que conocemos por cultura contemporánea? No podemos vencer a Satán desde su mismo bando.

—En otras palabras, ¿está usted predicando que debemos dejarnos crecer barbas y tirabuzones y pasarnos el día inclinados sobre la Guemará! —dijo Luria, levantando la voz.

—No estoy predicando. Si así fuera llevaría mis ideas a la práctica —contestó Grein. Únicamente sostengo que ambas cuestiones están relacionadas. Es lo mismo que afirmar que si queremos preparar café tiene que haber en casa café, una cocina eléctrica o de gas y todo lo demás. En suma, hasta para cumplir los Diez Mandamientos es necesaria una compleja organización.

Anna dejó su taza sobre la mesa.

—¿No es la Iglesia una organización así?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo es que las naciones cristianas, desde la primera a la última, están permanentemente en guerra e incumplen los Diez Mandamientos?

—Eso demuestra que su organización no funciona.

—¿Y qué organización funciona? ¿La judía?

—Es un hecho que durante dos mil años los judíos han seguido los principios de su religión y la doctrina de Jesús; es decir: presentar la otra mejilla. Durante dos mil años hemos sido a un tiempo judíos y cristianos. Me refiero a los judíos practicantes, no a los que son como nosotros.

Luria enarcó las cejas.

—Nuestros padres no disputaron ninguna guerra, porque no tenían territorio.

—Sí, pero podrían fácilmente haberse convertido e integrado en otras naciones. Hasta ahora, los judíos son el único pueblo que ha estado exiliado durante dos mil años, y no ha perdido su identidad, su religión ni su idioma. Haga la prueba de diseminar a los alemanes por los cuatro rincones del planeta y comprobará durante cuánto tiempo continúan siendo alemanes.

—Está usted mezclando religión con nacionalidad.

—Entre los judíos han sido siempre una misma cosa.

Anna cruzó los brazos.

—Para mí ésas son cuestiones teóricas. Yo ni soy religiosa, ni quiero pertenecer a una organización religiosa. De que no se robe ni se asesine a nadie ya se ocupa, o debería ocuparse, la policía, y con eso me basta. Yo no puedo servir a un Dios sin una prueba de que existe y desea que le sirvamos. Y por lo que veo usted es de la misma opinión. De lo contrario, no estaría aquí sentado con nosotros.

—Sí, eso es verdad. O al menos en parte.

—¿Por qué sólo en parte? Han matado y quemado judíos durante dos mil años, y hasta hoy en día se les sigue matando y quemando. No recuerdo ni un solo caso en el que Dios se haya puesto de su lado.

—En otras palabras, si desea robarle a alguien su mujer, róbesela y no le dé más vueltas —soltó Luria. Había una expresión burlona en sus ojos amarillos.

Grein tenía el presentimiento de que marido y mujer le habían invitado a subir allí sólo para confundirle. Él mismo, con sus palabras, se había metido en una encerrona. Empezaba a sentirse acalorado y molesto. «Tengo que marcharme de inmediato» —decidió. Levantó la muñeca para mirar el reloj, pero el cristal estaba empañado o manchado. «Bueno, lo he estropeado todo. Lo he echado a perder de un plumazo». Algo le impulsaba a ponerse en pie, pero permaneció sentado. «En realidad no quería decir eso», pensó. Sintió vergüenza, no la vergüenza ostensible de la edad juvenil, cuando uno se sonroja, empieza a sudar y se queda sin habla; sino una profunda humillación interior. Tenía que añadir algo para explicarse, pero sabía de antemano que sólo lograría empeorar la situación, como si dentro de sí se ocultara un granuja, un rebelde que hacía lo contrario de cuanto le ordenaba. Se esforzó por recordar algún chiste con el que aligerar el tono de la conversación.

Anna se levantó.

—Voy a preparar más café.

—¿Qué opina de mi mujer? Ella habla con franqueza. A su padre le habla del mismo modo. No se salva nadie, yo el que menos. No falla; cuanto más fuerte es una persona, mayores son sus debilidades. Es, ¿cómo lo diría?, un principio universal de compensación. Quizá lo compruebe usted mismo.

—¿Cómo voy a comprobarlo? —respondió Grein, asustado ante su propia pregunta.

—¡Ah, nunca se sabe! Antes de la guerra, yo creía que la vida estaba regida por leyes y que la conducta humana se hallaba sujeta a cierto orden. Como usted sabe, yo era abogado y me guiaba según el código de mi profesión, una especie de Shulján Aruj profano, por así decirlo. Pero después de septiembre de 1939, comprendí que no existe ninguna barbarie que las personas no puedan perpetrar. Ni siquiera sé ya qué es lo que seré capaz de hacer mañana. Un íntimo amigo mío, de hecho alguien de la casa, se convirtió en un *kapo* a las órdenes de los nazis y ayudó a enviar a Majdanek a miembros de su propia familia. Otro conocido hizo lo mismo en Rusia. En alguna parte he leído que un hijo condujo a su padre al horno.

—Por medio del terror, es posible conseguir lo que sea. El Talmud nos cuenta que si Ananías, Misael y Azarías hubiesen sido torturados, habrían servido a los ídolos. Y fue a ellos a quienes Nabucodonosor mandó arrojar a los hornos^[10].

—Lo sé; antes siempre consultaba la Biblia. El terror adopta multitud de formas, pero la peor de todas es la compasión. Cuando amas a una persona y, además, sientes compasión por ella, puedes llegar a cometer las mayores atrocidades. No hace mucho los periódicos publicaron una noticia sobre un hombre que mató a su esposa de un disparo porque la mujer tenía cáncer. Para reducir su sufrimiento, se convirtió en un asesino y fue a la cárcel.

Anna entró con el café.

—Bueno, ¿a qué conclusión habéis llegado?

—Tu amigo Grein es un moralista. Hasta me ha citado la Biblia —respondió Luria con un destello en los ojos.

—No es ningún santo.

—Le estaba diciendo que mediante el uso del terror se puede obligar a cualquier persona a hacer lo peor, incluso a los santos —aclaró Grein.

—Los santos no existen. Sigue aferrado a conceptos pasados de moda. Si ve a alguien dispuesto a sacrificarse por usted, no le quepa la menor duda de que ello le produce el mayor de los placeres. Intente detenerle y le clavará un cuchillo.

—Si te refieres a mí, Anna —apuntó Luria—, estás en un gran error.

—No me refiero a ti.

—Bueno, yo me voy —dijo Grein, levantando la voz.

—Tómese el café, tómese el café —insistió Luria. Temprano, ya no va a llegar a estas alturas, y todo lo malo que pueda pensar su mujer de usted ya lo habrá pensado.

—No se vaya, quédese un poco más —terció Anna. Aprovechemos el ratito que nos queda de la noche.

—Sí, quédese. Me siento en un estado de ánimo que me permite hablar con franqueza. Mi mujer adora su compañía y yo adoro a mi mujer, de lo cual se deduce que yo también debo adorar su compañía. ¿O quizá no es éste un silogismo válido?

Anna se sonrojó y, acto seguido, se puso pálida.

—¿Estás borracho?

—A altas horas de la noche, me emborracho de repente.

Grein se levantó.

—Bien, buenas noches. También a mí me resulta grata su compañía. Buenas noches, señora Luria. Gracias por el café.

—¡Qué prisas! He preparado más café especialmente para usted y no puede rechazarlo sin más. Y, por favor, le ruego que no me llame señora Luria. A mi marido he ido acostumbrándome, pero a este apellido no me acostumbraré jamás.

—Es un apellido eminente. Por supuesto, sabrá usted de dónde procede.

—Mi esposa prefiere el apellido Kotik —intervino Luria con desdén.

Grein se lo quedó mirando. Los ojos amarillentos de Luria reían, pero la boca

denotaba su enfado. Por primera vez, Grein se fijó en dos profundas arrugas que bajaban desde las aletas de la nariz de Luria hasta su ancho mentón, en el centro del cual, al igual que en la frente, tenía una hendidura semejante a una cicatriz. Anna puso los ojos en blanco, un signo evidente de que se le estaba acabando la paciencia.

—Kotik es un apellido asqueroso, aunque perfecto para un cómico. Ese nombre convocó a un vasto público en Berlín. Dígase lo que se diga sobre Yasha Kotik, era un hombre de gran talento. En cambio el apellido Luria no evoca absolutamente nada.

—En fin, tendrán que seguir discutiendo sin mí. Buenas noches.

—Espere, Grein, no estamos discutiendo —dijo Anna. ¿Qué sacaría yo de una pelea con él? No hace más que hablar de su primera mujer día y noche. No pueden sentirse celos de un difunto, además, yo no estaría celosa ni aunque viviera y viniera aquí mañana. Le cedería mi lugar con el mayor de los placeres. Ésta es la amarga verdad.

—Si hablo de mi primera esposa es porque Hitler la redujo a ella y a nuestros hijos a un montón de cenizas. Eso no tiene nada que ver con el amor ni con el sexo, en el sentido que se da a estos términos. Tú, en cambio, hablas a todas horas de ese degenerado de Yasha Kotik y de nuestro amigo Grein, lo cual es algo bien diferente. Al menos deberías decidirte por uno de los dos.

Grein se dirigió a la puerta.

—Espere, Grein, espere. A mi marido le gusta tener público y usted no debe privarle de ese placer. Tendría que haber sido actor. En cualquier caso, no es abogado. En Varsovia nunca se le reconoció como tal, sino que siguió siendo un aspirante todos esos años. Y aquí en Nueva York no hace más que fanfarronear. —Anna cambió de tono de repente. Espere un segundo, voy con usted.

«Dios, cómo se semeja esto a mis fantasías —pensó Grein—, me parece haber vivido esta escena en un sueño premonitorio. Juraría que anoche mismo lo soñé...».

Sin embargo, allí, cuando estaba bien despierto, no existía ni turbación, ni dolor, ni remordimiento. Grein observó la palidez de su propio rostro en el espejo. Un extraño espíritu se había apoderado de él para sumirle en la más absoluta indiferencia, como si por arte de magia todas sus emociones se hubiesen disipado. Estaba demasiado cansado para avergonzarse. Se le ocurrió que eso mismo sentirían quienes cometen asesinatos y salvajadas.

—Se lo ruego, Anna, ahórreme este...

Sin embargo, no concluyó la frase.

—¿Qué es lo que debo ahorrarle? Me voy a casa de mi padre, no a la suya. Todavía no estoy tan desesperada. Resulta difícil encontrar un taxi a estas horas.

—No se lo impida, Grein. A una dama no hay que negarle nada. Llévela a donde ella quiera. Al fin y al cabo, antes dijo que le gustaría viajar con usted toda la noche —añadió Luria, sardónicamente.

Estaba de pie en medio de la habitación, con las piernas separadas, sujetando una taza de café por el asa, con una sonrisa entre sarcástica y hostil. De pronto, Grein

observó que aunque su cabellera era de color castaño, las raíces estaban encanecidas: por lo visto, se teñía el pelo. Le invadió la sospecha de que toda la escena había sido preparada conjuntamente por el matrimonio. «¿Es posible que Luria quiera librarse de ella? ¿O acaso pertenece a esa clase de hombres que están dispuestos a compartir a su esposa? Bueno, me da igual. Ya no le tengo miedo a nada», decía una voz en su interior. Le asaltó un sentimiento de coraje mezclado con temor, como si estuviera presenciando una obra teatral montada por duendes, o como si todo lo que estaba ocurriendo fuese una representación. No le abandonaba la sensación de haber pasado antes por la misma situación. ¿Cómo lo llamaban los franceses? *Déjà vu*. Anna se le acercó. En su mirada ardía la cólera y la pasión de quien se halla en el fragor de la batalla.

—Voy por mi abrigo. —Y salió apresuradamente al pasillo.

—Bien, aquí tiene usted un ejemplo de cómo forcejean dos almas en una jaula —dijo Luria, con el tono de un profesor o de un psiquiatra que está exponiendo un caso clínico.

De repente, su rostro se ensombreció y las bolsas azules que tenía bajo los ojos parecieron alargarse e hincharse. Su semblante reflejaba la decepción y la perplejidad de contemplar cómo se desmorona un concienzudo plan.

—De verdad, no deseo ser partícipe de esto —empezó Grein. Le juro que yo...

—Conque no quiere usted, ¿eh? Ella vive más en casa de su padre que en la mía. Sabe que dependo de ella y pretende vengarse. Llévela a donde le pida. Esto es, literalmente, lo que quiero decir. Tiene usted ante sí a un hombre muerto. Muerto en todos los sentidos, salvo que mi corazón todavía late, en vano y sin objeto alguno. Me quemaron junto con ellos. —Luria apuntó a algún lugar con el dedo índice.

Anna apareció, con el abrigo y el sombrero puestos.

—Bueno, vámonos.

—Espere, Anna, espere. ¡No podemos terminar esta noche así!

—¿Qué quiere usted? Nosotros terminamos muchas noches así. A menos que prefiera quedarse un rato más y divertirse con él. Yo encontraré un taxi, y ¡hasta soy capaz también de ir andando!

Anna abrió el bolso para sacar sus guantes. Lo revisó con la frente fruncida, examinando un billete, seguramente preparado para pagar el taxi en caso de que Grein se negase a llevarla en su coche. De improviso se precipitó hacia la puerta con el incontenible ímpetu de quien está decidido a hacer algo y ya ninguna fuerza es capaz de detenerlo.

IV

Grein esperaba el ascensor junto a Anna. «¿Se habrá encontrado alguna vez una persona en una situación semejante? —pensó. ¿O es éste el primer caso en la historia de la humanidad?». Allí estaba él en mitad de la noche con una mujer a la que deseaba desde hacía más de un año y cuyo marido acechaba al otro lado de la puerta. Su supuesta indiferencia se había desvanecido y se apoderó de él una suerte de pavor, el miedo de alguien a quien las fuerzas superiores le han concedido cuanto deseaba. Qué extraña había sido esa noche; ¡con qué finura había ido conduciendo la acción el director del drama humano para posibilitar lo imposible! ¿Qué estaría pensando Luria allí dentro? Grein lo imaginó pegado a la puerta, jadeando. Le sobrevino un sudor frío. ¡Quizás en el último segundo se abalanzaría sobre él con un cuchillo o le dispararía con una pistola! Las ideas más disparatadas se le enredaban en la mente. Como si lo hiciera a propósito, el ascensor no terminaba de llegar. Probablemente, el ascensorista se habría quedado dormido o se habría producido cualquier otro problema.

Grein estaba a punto de proponer que bajaran por la escalera cuando oyó el chirrido del ascensor. Anna se dirigió a él:

—Baje un piso. No quiero que nos vean juntos.

Grein buscó con cierta torpeza la puerta que conducía a las escaleras, mas parecía haber desaparecido. Anna le indicó dónde se hallaba y, al empujar la hoja, Grein volcó un cubo de basura que alguien había dejado en el rellano. Corrió para llegar una planta más abajo con tiempo suficiente para apretar el botón antes de que pasara el ascensor. Éste seguía atascado arriba. Grein oyó el timbre de llamada. «Qué raro que el ascensor se haya detenido tanto rato. ¿Se le habrá olvidado algo a Anna? ¿Se habrá arrepentido Luria en el último instante y la habrá llamado para que regrese? Si fuera así, la cabina no se habría quedado parada». Grein contuvo el aliento y aguzó el oído. ¿Quizá debería bajar todos los pisos a pie y esperarla en la entrada, o incluso en la calle? Advirtió que era presa del delirio. «¿Qué hago? ¿Qué hago? —se preguntó. Me estoy metiendo en un callejón sin salida. Esto no conduce a ninguna parte. Mejor que se quede allí arriba. ¡No quiero verme envuelto en estas indignidades!». En ese momento oyó que se cerraba la puerta del ascensor. Sin embargo, éste pasó de largo por su planta. Una vez más, Grein pulsó el timbre, que emitió un sonido corto y agudo. Ya había decidido bajar corriendo por las escaleras, hasta llegó a empujar la puerta del rellano, pero entonces advirtió que el ascensor volvía. ¿Estaría borracho? La puerta se abrió y Grein vio a Anna. Ella le dedicó una mirada burlona, como la que suscita alguien que está interrumpiendo la marcha de un vehículo público. Grein entró y el ascensorista le pidió disculpas.

—Perdóneme, señor. Ha sido sólo un descuido, señor.

—Está bien, no se preocupe —le tranquilizó Grein.

Por lo visto, el hombre tenía ganas de charlar y en lugar de abrir la puerta al llegar

a la planta baja retuvo a los pasajeros hasta decir lo que quería.

—Yo, señor, terminaba mi turno a las doce, pero quien tenía que reemplazarme no se ha presentado. Se habrá emborrachado o algo por el estilo, quién sabe. Hay mucha gente irresponsable. Llevo de pie casi doce horas, y las que me quedan... Y menuda broma si el que empieza el turno a las seis de la madrugada tampoco se presenta. Entonces, señor, tendré que sustituirle también a él.

—¡Vaya! Cuánto lo siento. —Grein sacó del bolsillo una moneda de cincuenta centavos y se la dio.

El hombre inició un gesto de rechazo, pero enseguida cambió de parecer.

—Se lo agradezco, señor. Gracias, muchas gracias. ¡Se lo agradezco de verdad!

El ascensorista abrió la puerta y Grein dejó que Anna saliera primero. Sólo entonces cayó en la cuenta de que aquella comedia que estaban interpretando era una completa estupidez, considerando que ese mismo ascensorista los había subido antes junto con Luria. Seguramente le había reconocido, porque la gente de ese oficio suele tener buen ojo. En vez de arreglar la situación, Grein no hacía más que complicarla. Claro que eso pasa con todos los errores... Grein alcanzó a Anna, y ya estaba abriendo la puerta de la calle cuando oyó un silbido. Era el supuestamente extenuado ascensorista, súbitamente reanimado. En su estridente silbido había un tono travieso e impertinente, como si dijera: «Sois muy torpes, no me engañáis con todos vuestros trucos».

Grein salió con Anna y caminaron un rato en silencio, separándose gradualmente, como si ambos temieran lo mismo: que el ascensorista estuviera espiándolos desde detrás de la puerta de cristal y les viera andar juntos. Llegaron hasta el final de la manzana. Todo estaba cubierto de escarcha y soplaban un viento helado y cortante desde el East River. La calle aparecía desierta y la nieve caída era fina y suelta como el polvo. De pronto Grein advirtió que habían dejado atrás su automóvil. Aunque llevaba años conduciendo, continuaba olvidándose del coche, y a menudo se preguntaba por el significado freudiano de tal olvido. ¿Tendría miedo al automóvil en su subconsciente?

—Espera aquí —indicó a Anna. Me acercaré en el coche.

Regresó hacia donde estaba aparcado el vehículo. «¿No sería absurdo si nos ocurriera una catástrofe y nos asesinaran a los dos? —pensó. ¡Qué satisfacción para Luria! ¿Quién sabe? Acaso éste sea el desenlace de toda la escena. Tal vez falte menos de un minuto para que caiga el telón. Bueno, en cualquier caso, la función debe seguir hasta el final».

Al entrar en el vehículo le asaltó el presentimiento de que el motor de arranque le causaría problemas; sin embargo, funcionó a la perfección. Echó un vistazo a la puerta de cristal de la casa; no, el ascensorista no estaba mirando. Grein condujo hasta la esquina y, cuando abrió la portezuela, Anna entró rápidamente y enseguida se arrojó a él. Sus movimientos tenían un aire mecánico, como si ambos fueran personajes de los bajos fondos y estuvieran a punto de perpetrar juntos un crimen

largamente planeado. Grein sabía que debía preguntarle adonde quería ir, porque para dejarla en casa de su padre estaba obligado a dar la vuelta. No obstante, anhelaba alejarse de allí cuanto antes. Aún cabía la posibilidad de que Luria saliera corriendo a detenerles... Por suerte, el semáforo estaba en verde y Grein recorrió un buen trecho hasta que se topó con una luz roja. Incluso sintió la tentación de saltársela, pues la calle estaba desierta. Una voz parecía susurrarle: «Puestos a transgredir, hagámoslo a lo grande: por qué no infringir todas las leyes...». Se sentía despreocupado y seguro de sí, rebosante de la impía alegría de quien confía en la ayuda de los poderes del mal. Había cobrado su presa y corría con ella como un zorro con su ganso... Le vinieron a la mente las palabras del Deuteronomio: «Cuando salieres a hacer la guerra contra tus enemigos... y les tomares cautivos...»^[11]. Sí, aquella belleza que tomaron cautiva también era la esposa de alguien, y no sólo mataron al marido, sino también a los padres de la mujer... Le concedieron un mes para llorarlos. Sus pensamientos se sucedían con una extraña rapidez, se encadenaban sin control alguno a través de disparatadas asociaciones, como las alucinaciones y el balbuceo de los sueños. Inspiró profundamente y se detuvo ante un semáforo en rojo.

—Bien, Anna...

—¿Hacia dónde va usted? —preguntó ella con voz tan sensual e íntima como inquietante.

—No lo sé, por la noche pierdo el sentido de la orientación por completo.

—Ahora vamos en dirección norte.

—Sí.

—¿Es que quiere llegar a Harlem? Dé la vuelta.

—Creí que estabas dispuesta a viajar conmigo toda la noche.

Anna permaneció en silencio, como quien está sumido en sus reflexiones. Mientras tanto, el semáforo cambió a verde y prosiguieron su camino. Grein había pensado en más de una ocasión que cuando un hombre está conduciendo un coche y habla con una mujer, se dirige a ella de soslayo como lo hacían los judíos devotos de antaño: manteniendo la mirada fija en cualquier otra parte. Así charlaba su padre, el escriba reb Jacob, con las mujeres que acudían a su casa para que les revisara la mezuzá.

Siguió por una calle transversal hasta la Quinta Avenida y enfiló hacia el centro.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Grein al detenerse de nuevo ante un semáforo en rojo.

Anna estaba levemente encorvada, como encogida en el asiento. Le alivió no tener que mirar a Grein a los ojos gracias a la oscuridad.

—Haga usted lo que quiera —respondió con cierta dificultad.

—Nuestro plan era ir primero a un hotel y después a Tasmania.

—Sí.

«Entonces, significa esto que...», musitaba una voz en el interior de él. Había conseguido un triunfo, quizás el mayor éxito amoroso de su vida, pero ¿dónde

estaban la alegría y el entusiasmo? En ese momento, hasta la pasión se había desvanecido. Todo había quedado reducido a un único objetivo: localizar, en plena noche, un hotel que aceptara parejas sin equipaje. En la Quinta Avenida no se encontraban establecimientos de estas características. Debía cruzar Central Park de nuevo y salir al oeste. ¿Habría un hotel así en la Tercera Avenida? No, allí todo estaba demasiado sucio. Se adentró en el parque. En el silencio del amanecer, el parque emergía como un palacio de cristal, sumido en su propia belleza, iluminado por una luz ajena a este mundo. El lago resplandecía como un espejo de cobre. El viento que entraba por la ventanilla traía fragancias de una helada primavera... Salió a Central Park West, casi al lado de su casa. Pronto se encontró en Broadway.

—A esta hora es un placer conducir —le dijo a Anna. Ojalá Nueva York fuera siempre así.

Anna no contestó y Grein siguió recorriendo Broadway despacio para ver si por allí daba con algún hotel. Anna también volvió la cabeza para buscar. Les adelantó un automóvil y vio que era de la policía. «¡Que no me detengan! ¿Qué sucedería si la policía nos parase? ¿Adónde debería decir que nos dirigimos?». Para su alivio, el coche patrulla no tardó en desaparecer. Grein divisó un hotel y se detuvo. Salió del coche y ayudó a Anna a descender. Un silencio se interpuso entre ambos, que parecían sumidos en un estado en el que las palabras sobran y las acciones bastan; tal como se comunican los animales y como seguramente se entendía el ser humano en la prehistoria: el hombre de Neanderthal, o incluso sus antepasados. Grein le abrió la puerta a Anna y los dos entraron en el vestíbulo de un hotel de baja categoría. Detrás del mostrador se hallaba sentado un viejo de cara rectangular, también larga nariz, con bolsas bajo los ojos y labios gruesos. Fijó en ellos la fatigada mirada gelatinosa de quien no duerme por las noches; toda su persona transmitía somnolencia. Su cráneo lleno de surcos y bultos le recordaba a Grein una calavera hecha de *kúquel*. Una infinita tristeza y hastío del mundo subyacía en su mirada, como si en lugar de recepcionista de hotel fuese un faquir que se limitase a permanecer ahí sentado, apartado de todas las vanidades mundanas y que, por mucho que le rodeasen las actividades del karma, estuviera profundamente sumido en el nirvana desde hacía tiempo.

—Quisiera una habitación doble con baño —dijo Grein.

El recepcionista no movió ni un músculo.

—Nueve dólares.

—¿Puedo dejar aquí mi coche?

—Bajo su responsabilidad.

—¿Dónde está la habitación?

—Debe pagar por adelantado.

Grein sacó un billete de diez dólares. El recepcionista extendió lentamente una mano tan tiesa como la de un robot.

—Quédese con el cambio —le dijo Grein.

—Gracias.

El hombre acercó a Grein un libro de registro, le entregó una llave y señaló hacia el ascensor, que era automático. Sólo entonces Grein miró a Anna, quien durante todo el proceso se había mantenido detrás de él, silenciosa como alguien que tiene motivos para avergonzarse, mas ha dejado de lado toda vergüenza. Su cara ya sólo expresaba la terquedad y la determinación de llevar a cabo lo que tanto había deseado. Avanzaron juntos hacia el ascensor y esperaron a que llegara. Subieron en silencio, como si la intimidad que habían alcanzado hubiera desaparecido misteriosamente, dejándoles tan distantes como al principio. Eran cómplices en una acción inesperada e innoble que estaban obligados a perpetrar porque ya no podían echarse atrás. Tal vez cuando dos asesinos intentan deshacerse de su víctima se comportan del mismo modo. El ascensor se detuvo y Grein dejó que Anna saliera primero. Junto a las paredes del oscuro pasillo se amontonaban sábanas y toallas. Grein buscó sin éxito el número de la habitación. Fue de un lado para otro mientras Anna se quedaba esperando con la inquieta paciencia de quien está preparado para cualquier eventualidad.

—¿Dónde estará la dichosa habitación? —murmuró Grein.

Mientras buscaba el número, le sobrecogió un temor que le había estado acechando desde el principio: ¿y si toda esa agitación le dejaba impotente? Sabía que era posible, incluso sentía que ya le estaba ocurriendo. Un enemigo interno, una fuerza que se burlaba de él y le sabotaba desde dentro, estaba a punto de gastarle una jugarreta, de convertir su triunfo en humo y de exponerle a la vergüenza y al ridículo. Grein se armó de coraje para resistirse a esa fuerza; la persona nunca sabe si se trata de su propio yo o de un segundo yo que apela a una instancia superior, a un juez final. «Tengo que mantener la calma —se previno a sí mismo. No debo perder el control». Sin embargo, sus movimientos ya mostraban todas las señas del nerviosismo. Corría de un lado a otro, acalorado, irritado. ¿Le habría engañado el recepcionista? ¿Se habían equivocado de planta? De repente, él y Anna descubrieron el número al mismo tiempo. Grein abrió la puerta y encendió la luz. Se encontraban en una típica habitación de hotel de tercera, con paredes verdes, una cama de matrimonio en medio, una alfombra desgastada y un sillón cubierto de manchas. El cuarto de baño era un sórdido cubículo con una arrugada cortina de ducha y un suelo de baldosas medio rotas.

—Bueno, pues aquí estamos —le dijo a Anna, sin dirigirse concretamente a ella.

—Ni siquiera me he traído cepillo de dientes —contestó. Espera un momento.

Entró en el baño sin quitarse el abrigo ni el sombrero y cerró la puerta. Hacía frío. Cuando Grein se acercó al radiador, descubrió un teléfono.

«¿Debería llamar a casa? —pensó. No le dije a Lea que no me esperara, pero despertarla a las cuatro de la madrugada, si es que duerme, tampoco tiene sentido. Además, el recepcionista puede escucharnos y este tipo de gente es capaz de hacer chantaje».

De pronto, Grein se acordó de Luria. «¿Lo habrá organizado todo a propósito? ¿O habrá querido, subconscientemente, acercarnos el uno al otro? ¿Existirá en todo esto algún plan, alguna trama? Bueno, ya estoy tan metido en el lío que nunca más podré salir. ¡Menudo embrollo!». Sin embargo, una parte de él se reía. ¡Qué fácil era hacerle caer en la red! ¡Qué infantiles eran éstos que se pretendían adultos! Ya que no disponía de cepillo de dientes, se puso a rebuscar en sus bolsillos, tratando en vano de encontrar un caramelo o un chicle que le sirviera para hacer más agradable su aliento. A falta de otro remedio, encendió un cigarrillo. De pie en medio de la habitación, inhaló a fondo el humo y cayó en la cuenta de que estaba preparándose para cometer una acción que iba en contra de sus intereses, en contra de toda ética, en contra de sus convicciones y principios. Se estaba preparando como un criminal para su crimen, conector de la ley y consciente de todas las consecuencias, tanto en este mundo como en el más allá. «Aquí no hay nada casual, todo es premeditado —pensó. ¿Cómo dice la Guemará? “Entregado al apetito...”. Hace apenas unas horas me he permitido disertar acerca de la religión y de la disciplina religiosa...». Extrañamente, le asaltó una especie de sentimiento de devoción, una necesidad de rogar a los poderes superiores, de rezar. Sin embargo, no se atrevió a dirigirse a Dios precisamente cuando estaba a punto de transgredir una de sus leyes más sagradas. Pensó que sus labios eran impuros. En ese estado, una persona no puede rogar. Su única esperanza residía en que el Dios de la misericordia quisiera mostrar su benevolencia sin necesidad de plegarias...

Boris Makaver se acostó alrededor de la una. En mitad de la noche se despertó sobresaltado. En la mesilla, un reloj con los números luminiscentes marcaba las cinco y media. «Bueno, ¡he dormido cuatro horas! —Al incorporarse sintió cierta pesadez en el estómago y la cabeza embotada. He soñado algo, pero ¿qué era?». No lograba recordar el sueño, que le había dejado una sensación de agitación e inquietud. «Dios mío, en los sueños se experimenta una vida completamente distinta», se dijo. Recordó lo que había oído en labios del doctor Halperin: la realidad también es un sueño, según un filósofo. «De acuerdo. Aun así, en la realidad, si uno compra una casa se tiene la casa y se cobra un alquiler. En cambio, de las casas que se adquieren en sueños no queda nada. Aunque, dándole la vuelta al asunto, siempre se puede soñar que se percibe el alquiler».

Boris se levantó de la cama y se metió en el baño. Con un cuenco de dos asas, se lavó las manos siguiendo el ritual: vertió tres chorros de agua sobre la mano derecha y tres sobre la izquierda. Luego se dirigió al pequeño cuarto donde tenía el Arca Sagrada y el atril, lo que él llamaba su «pequeño oratorio». Encendió la luz y empezó a andar de un lado a otro y a rezar mirando hacia el frente, pues sabía que antes de la salida del lucero del alba estaba permitido hacerlo así. Rezó las plegarias principales, «Escucha Israel» y las Dieciocho Bendiciones, y recitó en hebreo la oración de apertura del servicio de la mañana, traduciendo para sí al mismo tiempo: «*Ma tovu...*, cuán bellas son tus tiendas, oh Jacob, tus aposentos, oh Israel.

Y yo, con tu inmensa merced, vendré a tu mansión, me prosternaré con reverencia en el palacio de tu santidad»^[12].

Mientras rezaba, Boris se frotaba la frente: «¿Dónde están ellos, todos los justos, los santos, los puros que se entregaron por la santificación del nombre de Dios? ¿Dónde están ellos, los seis millones a quienes los nazis, borrado sea su nombre, quemaron, gasearon, colgaron, torturaron? Todos saben ya dónde se encuentran los asesinos: en Alemania sentados tan campantes en los bares, bebiendo cerveza y jactándose de sus atrocidades. Están reconstruyendo el país gracias a los miles de millones que les manda Estados Unidos. El mundo derrocha compasión por los alemanes, pobrecitos ellos. Incluso un par de periodistas judíos lloran el sino de Alemania y encuentran toda clase de excusas para esta nación. ¿Y qué? ¡Entre los judíos de hoy no falta la escoria! Por unos dólares, o por su vinculación a un partido, llegarían a justificar cualquier atrocidad. ¿Pero qué hay de las víctimas? ¡Están aquí, aquí mismo! —clamó Boris en su interior. Se encuentran todas en el paraíso, merecedoras de una luz que aquí, en la oscura materia de nuestro cuerpo, queda más allá de nuestro alcance. Porque si por un momento, no lo quiera Dios, aceptáramos que no ha ocurrido así, entonces no habría juicio ni juez, todo sería arbitrario y Hitler, borrado sea su nombre, habría estado en lo cierto: la fuerza otorga el derecho. En ese caso sí se podría jugar con cráneos de niños y ordenar a un padre que cavara una

tumba para él y su familia. Entonces, resultaría que el mismo Creador, borrado sea este pensamiento, sería un nazi».

Boris se obligó a abandonar estas extrañas reflexiones dándose varios golpes en la frente. «¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¿Cómo voy a vivir sabiendo que existen en la especie humana asesinos como éstos? Son ellos quienes deshonran la imagen de Dios». Qué poco faltó para que él y Anna, su pequeña Jánele, cayeran en las garras de aquellos malvados. Fue un milagro, un verdadero milagro, que escaparan con vida. «Pero ¿por qué quiso el destino que yo fuese preservado, mientras que inocentes niños judíos tenían que perecer y padecer sufrimientos tales que a su lado la muerte se presentaba como una merced?». Boris Makaver estaba demasiado apegado a las frivolidades del mundo, por eso no fue considerado digno de morir por la santificación del nombre de Dios ni de permanecer en la compañía de las almas puras. Él era un bruto obsesionado por el dinero, un glotón y un bebedor, por eso le entregaron un visado y lo mandaron a Estados Unidos a amasar una fortuna. «¡Atibórrate hasta que revientes! Tú, patán, no puedes estar junto a los hijos amados de Dios, a quienes Él mismo, si fuera posible concebirle, sentó alrededor de su Trono de la Gloria para revelarles los secretos de la Torá».

Una tristeza infinita le inundó el corazón, un llanto de duelo, un grito angustioso que le desgarraba las entrañas. Quería clamar al Señor del mundo, rugir como un león: «Dios mío, ¿cuánto tiempo mantendrás tu silencio? ¿Hasta cuándo, ¡oh, Señor!, hasta cuándo los malvados se regocijarán? ¿Hasta cuándo durará la oscuridad de Egipto?».

Boris apagó las luces y permaneció inmóvil en la negrura. «¡Que reine la oscuridad! ¿Para qué engañarnos con la iluminación eléctrica? ¿Qué clase de luz es ésta, que brilla sobre putas, asesinos y nazis?». Le resultaba de lo más extraño: de día se ocupaba de asuntos comerciales como cualquier hombre de negocios; sin embargo, por las noches le asaltaban sentimientos de culpa y un profundo arrepentimiento, una aflicción más fuerte que él le laceraba el corazón. «¿Qué hago? ¿Qué estoy haciendo? ¿Para qué tanto comprar y vender? Debería observar la *shivá* sentado en un taburete bajo y guardar luto, no durante siete días, sino para siempre jamás. Debería rasgarme las vestiduras en señal de duelo hasta mi muerte, tomar sólo un trocito de pan con agua una vez al día y dormir a ratos sobre un banco duro. ¿Qué pensarán aquellas almas, cuando miran desde el cielo y ven que los judíos se dedican a sus negocios como si tal cosa, como si no acabara de ocurrir la mayor devastación en la historia del pueblo judío. Sentirán vergüenza y quizás incluso maldecirán a este pueblo obstinado y retorcido, a estos hijos y hermanos que ni siquiera cumplen con los ritos del duelo? ¿Y quién sabe si los que escaparon no serán castigados por la frialdad de sus corazones? Acaso encuentren, Dios no lo quiera, un trágico fin. En el más allá, desde luego, no lo van a pasar por alto...».

En la impenetrable oscuridad, Boris encontró una silla, la puso del revés, como en Tishá B'Av, y se sentó. Comenzó a repasar mentalmente la lista de los miembros de

su familia exterminados en Polonia: su hermano Dovid Meir y sus dos hermanas, con sus respectivos hijos, nietos, yernos, nueras. Por otra parte, en Rusia, aquellos otros enemigos de Israel, los bolcheviques, mataron de un tiro a su hermano Mordecai. Sin freno alguno y sin escrúpulos, dispararon, ahorcaron, envenenaron, quemaron. Sólo él, el superviviente, se salvó para comunicar las noticias a Job. Pero ¿quién era Job? En vez de rasgarse las vestiduras, ceñirse con tela de sacos las espaldas, echar ceniza sobre su cabeza y tomar un cascote para arañarse las heridas, se dedica a construir otro edificio de oficinas en Nueva York y a decorar su salón. ¡Ay de ese Job, un necio que ni siquiera sabe que es un Job! A semejante Job no le hablaría Dios desde la tormenta...

De repente, Boris oyó el timbre del teléfono en su despacho. «¿Quién será a estas horas? —se preguntó. Seguramente alguien que se equivoca. El teléfono seguía sonando. ¿Y si ha sucedido alguna desgracia?». Se levantó para ir a su estudio. En el trayecto dio un traspié en la oscuridad y tropezó con una mesa y una silla. En aquella estancia había más luz, ya que las cortinas estaban descorridas. Sobre los tejados, el cielo había adquirido un tono cobrizo, como si la noche se iluminara con luz propia. Boris descolgó el auricular.

—¡Diga!

—Suegro, soy yo —dijo Stanislaw Luria.

—¿Qué ha pasado?

—Perdone que le llame, pero estoy muy preocupado. ¿Está Anna con usted?

—¿Anna? No. ¿Qué pasa?

—¿No fue a su casa a dormir? —preguntó Luria.

—No. Espera, que echaré un vistazo. A lo mejor ha venido y yo no la he oído. No cuelgues.

Boris se dirigió al cuarto de Anna. Sabía de antemano que no la encontraría allí, porque él tenía el sueño ligero y se despertaba al menor ruido. Le pesaban los pies. Abrió la puerta de la habitación de Anna y al encender la luz, el resplandor lo deslumbró. La cama estaba intacta.

—¿Qué clase de desgracia será ésta? —se preguntó en voz alta.

En el camino de vuelta al estudio, tropezó de nuevo con los muebles y se lastimó la rodilla. Tomó el auricular como si quemara.

—Mi hija no está. ¿Qué ha pasado?

—Se ha ido con Grein. Anna le pidió que la acercara a casa de usted, aunque yo sabía que Grein pensaba llevarla a un hotel.

Boris sintió que le abrasaba la garganta.

—¡Estás diciendo tonterías!

—No son tonterías. Tienen una aventura. Anna admitió abiertamente que le quiere.

—¿Cómo? Pero si él está casado y tiene hijos mayores.

—No le miento.

Boris permaneció en silencio. Sujetaba el auricular con una mano tan agarrotada que le dolía la muñeca.

—¿Subió Grein a vuestro apartamento?

—Anna le invitó a tomar un café. Después se fue con él.

—¿No habrán tenido un accidente, Dios no lo quiera?

—Nada de accidentes. Seguro que están en algún hotel.

De nuevo, Boris esperó un buen rato. En su interior, todo se había vuelto pesado y silencioso.

—Bueno, ¿qué puedo hacer yo? —contestó. Pensaba que tenía una hija; pero ya veo que no me queda ni eso.

—Suegro, ya se lo advertí.

—¿Cuándo? —Hizo una pausa. Yo creí que estabas, ¿cómo se dice?, dominado por los celos. Ella lo negó tajantemente. Yo no podía creerlo. Me lo tengo bien merecido...

Boris regresó a su pequeño oratorio con pasos silenciosos, tanteando el camino como un ciego, sumido en una oscuridad interior, un vacío que nunca había experimentado. Se le ocurrió que tal vez los judíos, en su camino hacia las cámaras de gas, se sintieron como él.

VI

Grein se despertó de golpe. Había soñado algo que no lograba recordar. Dios del cielo, si ni siquiera se acordaba de quién era. Algo en su cerebro había dejado de funcionar, y lo que estaba oyendo no era más que su propio olvido. El desconcierto duró tan sólo unos segundos, pero fue extraño y maravilloso. Era alguien y no sabía quién. Se encontraba en algún lugar y no entendía dónde. Por un momento, todo permaneció en un equilibrio inestable, como si despertara de un letargo. Extendió el brazo y palpó la espalda de una mujer. Al instante cobró conciencia de su propia identidad: era Grein. Sin embargo, sólo había superado su amnesia en parte. ¿Quién era la mujer? ¿Y dónde estaban? ¿En su casa? ¿Sería ella Ester? En aquella oscuridad, resultaba imposible saberlo. Tuvo que esperar unos segundos más para que asomara a la superficie lo que había quedado sumergido. Recordó el sueño. Había sido invitado a algún lugar y, con una pala o una azada, estaba lijando el suelo de la casa de su anfitrión. ¡Qué insensatez! Sin embargo, eso no era todo. Había otra persona y pasaba algo más, algo bárbaro, descontrolado, absurdo, algo que una vez despierto no podía ser recordado ni revocado, porque ya no encajaba en el recuerdo.

De repente, recuperó la memoria. ¡Era Anna! Estaba con ella en un hotel, en alguna parte de Broadway. Todos los detalles que se habían resistido cobraron forma de pronto. Dios del cielo, se había salido con la suya, había conseguido todo lo que tan sólo el día anterior no eran más que fantasías sobre lo inalcanzable. «Pero ¿ocurrió ayer? ¿Es esto ya mañana?». Su mente todavía bullía confusa y no se sentía seguro ni de la fecha. Pero ¿qué más daba? Había nacido de nuevo, por así decirlo: saciado, rebotante de temor y también de felicidad. No, no había fallado. Anna había despertado en él una virilidad desconocida, un vigor y un entusiasmo que le resultaban nuevos, nuevos...

Hizo un gesto para despertarla, pero Anna se agitó en sueños. Estaba demasiado cansada. Él también lo estaba, aunque se trataba de esa clase de agotamiento que impide dormir. Hacía frío en la habitación del hotel, y se percató de que sobre la manta había un abrigo, probablemente el suyo. Al extender el brazo en busca de algo, una silla o una pared, sólo halló el vacío. «¿Dónde estará la puerta? ¿Dónde estará la ventana?», se preguntó. Tenía la sensación infantil de despertarse sin saber si estaba acostado a lo largo de la cama o de través. La almohada no se apoyaba en nada.

«Bueno, ¡no debo despertarla!», decidió. Permaneció echado en silencio, rememorando el principio de la velada. ¿Cómo había llegado hasta allí? «Fui a cenar a casa de Boris Makaver. Después me acerqué con ellos a su casa y subí a tomar café... Discutieron. Pero ¿cómo? ¿Qué es lo que se dijeron? ¿Por qué se marchó ella?». Grein había perdido eslabones en la cadena de causas y efectos. Ocurrió y nada más. Algún poder, alguna combinación de fuerzas le llevó allí, y allí se encontraba en ese momento, junto a ella. «Pero ¿qué estará haciendo ahora Stanislaw Luria? ¿Creerá que Anna se halla en casa de su padre? ¿Habrà llamado a Boris

Makaver en plena noche? Vaya, se habrá armado un buen lío —se dijo Grein. Algo así debe de sentir un asesino después del crimen. —La idea se abrió paso en sus pensamientos. ¡Asesina y basta! Ya no es posible devolver la vida a la víctima. No queda más remedio que esconderse...».

Grein buscaba en su interior arrepentimiento, pero, como un criminal, no se arrepentía de nada. Tan sólo estaba sorprendido por el enredo que había organizado y algo asustado ante las consecuencias. «Boris Makaver se volverá loco... También Stanislaw Luria provocará un escándalo. Con Ester, de todas maneras las cosas no van bien. Lea...». Al pensar en Lea sus elucubraciones se detuvieron. Su nombre interponía una barrera en el libre discurrir de sus pensamientos. Con Lea se había portado mal todos esos años. Sin embargo, era la primera vez que no regresaba a dormir a casa sin presentar una excusa. En cierto modo, Lea ya estaba preparada para todos los pretextos y mentiras, pero no para la verdad al desnudo. Ésa sería la gota que colmaría el vaso..., lo que faltaba para destruir su hogar... Bueno, ¿y qué sería de Jack?, ¿y de Anita?, ¿y de los negocios? Pero ¿qué era todo eso comparado con Anna? Inclínándose hacia ella, se puso a besarla con exaltación infantil y con la despreocupación que sienten aquéllos para quienes los días y las noches se han invertido. Anna opuso resistencia un momento más, aferrándose a unos últimos instantes de sueño.

—¿Qué hora es? —preguntó, repentinamente consciente.

—No sé qué hora es. Sólo sé que soy feliz y que te quiero...

Anna se incorporó con sorprendente agilidad. Los muelles del somier vibraron debajo de ella con un sordo tañido. Le abrazó como una niña pequeña, igual que en un remoto pasado en Varsovia, cuando Grein le traía algún regalito y Anna saltaba sobre él con alegría. Todo había comenzado de nuevo.

La oscuridad adquiría un tono grisáceo. Al traspasarla un rayo de luz, se produjo lo que los físicos describen como una reacción en cadena: pequeños círculos blancos se unieron unos a otros salpicando la negrura, y Grein comprendió que estaba amaneciendo. Las paredes de la habitación se perfilaron en la penumbra y la puerta, las ventanas y una parte del sillón cobraron forma. Se volvió de espaldas a Anna y ella hizo otro tanto. Los cuerpos, al igual que las baterías, necesitan ser recargados. Sin embargo, entre ellos todo continuaba igual: el amor, el deseo, el temor al mañana. Grein tiró de la manta para cubrirse el rostro a la manera de los fieles en la sinagoga, cuando los *cohanim* bendicen a la congregación. No quería contemplar la salida del sol, la llegada del día. Cerró los ojos y se calentó con la tibieza de su propio cuerpo. Estaba consciente, mas el sueño, que se había interrumpido, intentaba recomponerse y seguir tejiendo su urdimbre con el movimiento rápido y silencioso de unas agujas invisibles. Lo que dormía, siguió dormido; y lo que estaba despierto, permaneció en vela. «¿Quién dice que no se puede estar dormido y despierto a la vez? ¿Dónde está

escrito que no se puede ser feliz y desgraciado al mismo tiempo? Lea es Lea, y Ester es Ester, y los hijos son los hijos. ¡Ah, qué frío hace! ¿Es que no hay calefacción en este hotel?». Aunque la ventana no daba a la calle, desde la habitación se oía el despertar de Nueva York. Un camión iba y venía; las aceleraciones de su motor, paj, paj, paj, imitaban las boqueadas de un monstruo cuya alma se encontrara suspendida entre la vida y la muerte. Un coche derrapó. ¿Existen pájaros en Nueva York? Sí, sí que existen. Un pájaro soltó un gorjeo aislado, un trino agudo que señalaba a toda la familia de las aves la llegada del día. «Sí, la quiero —pensó Grein. Todo esto es ineludible... Es el destino, es el destino...». Otra vez se vio en aquel apartamento y, absurdamente, de nuevo se halló raspando el suelo en casa de su amigo. Ya sabía quién era ese amigo y quería reírse en su propio sueño y de sus propias tonterías. «¿Qué me importa a mí su suelo? ¿Y cómo puede uno alisarlo sin un cepillo? ¡Qué ridiculez!».

Su estado consciente se volvía más y más borroso a medida que lo soñado lo inundaba todo, dejando un único punto, una sola gota de razón en medio de la corriente del absurdo. El suelo era irregular y necesitaba ser alisado. Pero ¿por qué precisamente él, Grein? ¿Acaso era ése su oficio? ¿Había terminado con Wall Street? Anna se dio la vuelta y arrastró una parte de la manta. Le golpeó una ráfaga del frío matinal. No iba a quedarse de brazos cruzados: el amor es el amor y el frío es el frío. Agarró un extremo de la manta y tiró de él hacia sí. Por un momento, estuvieron disputándose la como dos pajarillos por una pluma, hasta llegar a una especie de compromiso: un trozo para ti y otro para mí. Sin querer, ella le dio una patada. Él se rió para sus adentros: la batalla por la manta... De pronto, Anna se giró y se arrimó a él; le abrazó: si hay que congelarse, vamos a hacerlo juntos. Respiraba contra él con un ardor nuevo, diferente, desconocido. Ella le pertenecía; era suya.

I

Cuando el profesor Shrage dejó aquella noche la casa de Boris Makaver, no tenía ante sí un largo recorrido para llegar a su domicilio. Sólo había de cruzar al otro lado de Broadway y caminar en dirección a Central Park. La casa de la señora Clark, donde se hospedaba, quedaba entre la avenida Columbus y Central Park West, pero el camino le resultaba difícil de recordar. Llevaba en Nueva York desde 1939, pero aún no se orientaba del todo. Cuando deseaba encaminarse al este, tomaba la dirección contraria; no distinguía dónde quedaba el norte y dónde el sur de la ciudad. Sus conocidos llegados de Varsovia se burlaban de él: menudo profesor de matemáticas, que no se aclaraba con los números de las calles. Él, por su parte, argumentaba que su tendencia a extraviarse en Nueva York tenía una interpretación freudiana: guardaba relación con su subconsciente y sólo cabía atribuirle un significado simbólico. Por si fuera poco, el profesor Shrage estaba perdiendo vista. No se trataba de una enfermedad concreta, sino más bien de un proceso degenerativo. Incluso de día, veía como a través de una neblina y unos puntos negros le bailaban delante de los ojos. Por la noche, se quedaba medio ciego.

Las luces de los semáforos cambiaron tres veces antes de que se atreviera a cruzar la calle. Las hileras de automóviles a ambos lados silbaban, zumbaban y bramaban como si pretendieran atropellarle. Llegaba a sentir auténtico odio hacia los motores y los conductores que, sentados detrás del volante, esperaban la señal para lanzarse contra cuanto se interpusiera en su camino. Algunos vehículos no esperaban parados sino que se movían lentamente hacia delante, borboteando y chirriando con la malevolencia de unas bestias retenidas. El profesor Shrage arrastraba los pies, tanteando con su bastón como un ciego, y contenía el aliento para no respirar el hedor de la gasolina y el aceite. «Éstas no son personas que tienen prisa por llegar a sus casas —se decía—, sino malvadas gentes de Sodoma que aceleran sus máquinas por capricho, para precipitarse al infierno. Se ve que no tienen elección, porque en vísperas de cada día festivo los periódicos adelantan cuántos morirán, cuántos acabarán heridos y, a pesar de ello, salen a la carretera sin dudar, dominados por la locura de las prisas cual un ejército de demonios. Muchos de ellos se autodenominan judíos, envían dinero a Palestina y, con los rostros bien afeitados, se ponen *yármulkes* en la cabeza».

El profesor Shrage cruzó la calle y se detuvo un momento a descansar. Qué raro;

en Varsovia nunca se le había ocurrido pensar que él fuera menudo. Sin embargo, en Nueva York andaban sueltos verdaderos gigantes, como los hijos de Anak que, según se describe en los Números, veían a los espías enviados por Moisés cual si fueran meras langostas. Los golpes y los chirridos nunca cesaban, ni siquiera de madrugada. El profesor caminaba por la acera, pisando las rejillas iluminadas desde abajo, donde pasaban los trenes que circulaban sin descanso. Por encima de los tejados volaba un avión que hacía destellar sus luces y rugía con ferocidad. Había grupos de chicos que gritaban, jovencitas soltando carcajadas y, sobre las marquesinas de las salas de cine, carteles que se iluminaban intermitentemente con monstruos, putas y asesinos: ¡y a eso lo llamaban diversión! En la acera, a los lados de una máquina expendedora, la gente se agolpaba a empujones para obtener toda clase de bebidas, como aquellos que, conocedores de los secretos de la Cábala, extraían vino de las paredes. Al otro lado de la calle, una funeraria se anunciaba con chillones rótulos luminosos, como una tienda cualquiera. Así era América.

El profesor avanzaba apoyándose en su bastón. «¿Es de extrañar que el hombre se haya vuelto ciego a los asuntos más elevados? ¿Cómo van a subsistir los espíritus en medio de semejante bacanal? Las almas también necesitan un ambiente propicio. ¿Qué pensará, por ejemplo, alguien que ya haya pasado a mejor vida, de esta clase de negocio funerario? Bueno, sólo ruego a los poderes supremos no morir aquí, en este mundo caótico. Antes preferiría caer al mar».

El profesor Shrage disponía de una llave de la casa, pero siempre perdía mucho tiempo en encontrar el ojo de la cerradura. La ranura parecía esfumarse y, por mucho que tanteara, no hallaba ninguna abertura. Los objetos inanimados jugaban al escondite con el profesor, incomodándole. ¿Existían, pues, objetos sin alma? Todo tenía vida. Todo objeto guarda un espíritu en su interior: una llave, un picaporte, una estilográfica, una moneda. ¿Cuántas veces sucedía que sus zapatillas se hacían invisibles? Las buscaba diez veces debajo de la cama en vano, y a la undécima las encontraba delante de sus narices como si nada. Cada objeto, por tanto, tenía la facultad de esconderse y espiar sin ser visto. ¿Qué eran los rayos de luz? Vibraciones en el éter, o como quiera que lo llamaran. Se aceptaban dos teorías, la corpuscular de Newton y la de ondas de Huygens. Sin embargo, ¿cómo podían ambas ser verdaderas? Toda la cuestión de la luz era pura espiritualidad... El profesor encontró a tientas la cerradura e hizo girar la llave. La escalera estaba a oscuras. En algún sitio se encontraba el interruptor de la luz, pero el profesor tuvo que buscarlo a ciegas durante un buen rato. ¿Dónde había ido a parar? Siempre había estado a la izquierda, no obstante, la pared aparecía lisa. «¿Qué tienen contra mí todos estos artilugios? Es evidente que no les gusto. Bien, estos sentimientos suelen ser recíprocos: yo no los quiero a ellos y, por tanto, ellos no me quieren a mí... Bueno, me las arreglaré como pueda, a oscuras».

Aferrado a la barandilla, el profesor fue subiendo despacio. Aunque no soportaba los anuncios de neón de Nueva York, al mismo tiempo le atemorizaba sobremanera la

oscuridad. Sentía la presencia de espectros acechando en las tinieblas, listos para lastimar y asustar a los seres abatidos. ¿Cómo habrían conseguido los desalmados hacerse con el poder si no se hubiese hallado detrás de cada uno de ellos un demonio? Por cada Hitler, por cada nazi, por cada bolchevique, existían quién sabía cuántos malos espíritus infundiéndoles su fuerza bruta. Según la Cábala, el espíritu maligno aspira a lo máximo, pretende llegar hasta la Esfera Suprema. El profesor percibió un bisbiseo, un suave zumbido, como si una multitud de termitas estuviera carcomiendo la casa, minando sus cimientos. «¿Quién sabe? Tal vez en este mismo momento se esté partiendo el pilar sobre el que se asienta todo el edificio y esta misma noche acabe derrumbándose todo...».

Al llegar al rellano el profesor sacó otra llave, la del apartamento, pero por lo visto la señora Clark no estaba dormida y le abrió ella misma. Apareció en el umbral, vestida con una bata larga y zapatillas con borlas, con la cara untada de crema y el pelo teñido recogido bajo una red. Era bajita y rechoncha, con la frente y las mejillas surcadas de arrugas. Sobre la nariz achatada, unos ojillos negros y astutos le dirigieron una mirada significativa. Ya se había quitado la dentadura postiza, y detrás de sus gruesos labios se percibía el vacío.

Henrietta Clark, hija de un *shojet* y viuda de un aristócrata bostoniano que se había dedicado durante muchos años a la investigación psíquica, procedía de algún lugar de Galitzia o Bukovina. En 1939 el profesor Shrage se embarcó rumbo a América para visitar al difunto marido de Henrietta, Edwin Clark, quien le había enviado el necesario *affidavit*; pero mientras el profesor cruzaba el océano, Clark falleció sin hacer testamento y dejando hijos de un matrimonio anterior. A Henrietta le correspondió una mínima parte de la herencia, pero ella tenía un oficio: antes de casarse había cursado estudios de Odontología en Nueva York. Al enviudar se mudó de nuevo a la Gran Manzana, donde abrió una consulta y consiguió una clientela acomodada. En su tiempo de ocio se dedicaba, con la ayuda de su médium Midgy, a la escritura y pintura automáticas, además de organizar *séances*. Publicaba cartas en revistas de investigación psíquica y en toda clase de publicaciones ocultistas. Fue ella la que cuidó de Shrage durante los terribles años de la masacre de Hitler, cuando la esposa y toda la familia del profesor perecieron a manos de los nazis.

Henrietta se dirigía a su inquilino unas veces en inglés, otras en alemán, y en alguna ocasión en un vacilante yiddish.

—Ya empezaba a temer que se hubiera perdido.

—¿Perderme yo? No.

—¿Qué tal están sus amistades de Varsovia? ¿Siguen con sus discusiones?

—Sí, como siempre.

—Pase. Quítese el abrigo. He recibido un mensaje para usted.

Shrage sintió un estremecimiento.

—¿Cómo dice?

—A través de la escritura automática. También tengo una imagen de Edzhe.

—Bueno...

El profesor se despojó del abrigo, debatiéndose entre la curiosidad y la aversión. «Está jugando con mi vida», pensó. Entró con la mujer en el cuarto central, el *atelier* como ella lo llamaba. Encendió la única lámpara de una habitación espaciosa, cuyas cuatro paredes estaban cubiertas de pinturas de Henrietta. Por entre la penumbra emergían imágenes borrosas, con los rostros desdibujados, que arrastraban largas colas de cometa. Diablillos con cuernos y escamas tendían sus largos dedos de uñas afiladas. Varios ángeles desplegaron sus alas doradas. De las paredes colgaban cuadros relacionados con la teosofía: tumescencias invisibles, ruedas que simbolizaban diferentes clases de conciencia, además del Tercer Ojo, la Cuerda Plateada, las Espirales del Éxito y las Razas de Atlantis. Sobre un viejo escritorio cubierto de papeles, revistas, pinceles y pinturas, descansaba un cuaderno abierto y en él una docena de líneas en escritura invertida, con letra menuda. Henrietta se lo entregó:

—Vaya al espejo y léalo.

—Ya sabe que me cuesta mucho.

—Está bien. Yo se lo leeré:

Mi muy querido David, dentro de un mes se cumplirán treinta años desde que anudamos nuestras almas con un lazo que jamás se romperá. Los asesinos nazis quemaron mi cuerpo en un horno de cal, pero mi alma permanece con los seres más próximos y queridos, con mis padres y los tuyos, con mis hermanos y los tuyos. Los niños también están conmigo. Han crecido y han recibido una elevada educación. Son muy guapos y se enorgullecen de su amadísimo padre. Estamos todos juntos, formamos un corro feliz, y a menudo hablamos de tu situación. Sé fuerte; no pierdas la esperanza. Todavía te queda mucho por hacer en ese valle de lágrimas. Los Maestros te miran con amor y esperan de ti que reveles la verdad a quienes permanecen sumidos en la oscuridad.

—¿Es eso todo?

—Aquí tiene la imagen.

La señora Clark sacó de algún lugar una cartulina con una acuarela. En ella, una figura representaba supuestamente a la esposa del profesor Shrage, Edzhe, con una aureola alrededor de la cabeza y alas en la espalda, rodeada de franjas verdes y rojas, y lentejuelas de todos los colores. El profesor se acercó la hoja de papel a los ojos. No era Edzhe, aunque sin duda guardaba cierto parecido. Él sabía que la señora Clark tenía la fotografía de su mujer. Se quedó mirando la acuarela, respirando con dificultad por la nariz, como en un duermevela. «Todo es mentira, falsedad y embuste —pensó—, pero de ahí no se deduce que Edzhe esté ausente. ¿Acaso dejó de existir el polo Norte porque Frederick Cook mintiera cuando afirmó que lo había

descubierto? Ni mucho menos. El mismo deseo de engañar demuestra que detrás subyace una verdad. Los ídolos dan testimonio de la existencia de Dios».

Dejó la hoja de papel y se retiró a su habitación.

«Estoy cansado, muy cansado». De pronto le sobrevino un pensamiento: «¿Quién sabe? Quizás ésta sea mi última noche». El profesor Shrage se quitó un zapato, descansó, y luego se quitó el otro. En algún lugar tenía una percha para colgar el traje. «Si me muero, que no me entierren con la ropa arrugada...». En principio la percha siempre estaba colgada detrás de la puerta, pero no la hallaba. «Vaya, otra vez jugando al escondite», pensó, y decidió colocar el traje sobre una silla. En la habitación había luz eléctrica, pero no soportaba su brillo cegador. «Ya que voy perdiendo la vista, más vale que vaya acostumbrándome a desenvolverse en la oscuridad...». Se acostó y se cubrió con la manta. Recordó un versículo de Job: «Dormiría, y entonces encontraría descanso»^[13]. Todo estaba en la Biblia...

Oyó pasos. La señora Clark entreabrió la puerta.

—¿Ya duerme?

—No, sólo estoy descansando.

—¿Ha colgado el traje?

—No, no encontraba la percha.

—¡Qué tontería! Ya he dicho mil veces que cuelgue el traje. Mañana andará por ahí hecho un pordiosero.

—Lo he dejado bien dobladito encima de la silla.

—En fin, ya lo colgaré yo. Mi bendito Edwin también era científico, pero no he conocido a nadie más ordenado que él.

El profesor no contestó. Oyó que la señora Clark se sentaba en la silla, justo encima del traje que le había mandado cuidar.

—Profesor, ¿qué le pasa a usted?

—Nada, nada.

—Le doy un mensaje y usted no dice ni una palabra. ¿Está enfadado conmigo, o qué?

—¿Por qué iba a estar enfadado? Usted no sólo me salvó la vida, sino que me ha hecho incontables favores. Nunca podré compensarla por tanta generosidad.

—Pues por su comportamiento casi se diría que no ha recibido de mí más que ofensas.

—No, querida, sólo bondades. No obstante, hasta para demostrar agradecimiento es preciso tener fuerzas.

—Usted conoce todas las respuestas, sin embargo carece de voluntad para estar sano. Tras la muerte de Edwin, los médicos me daban poco tiempo de vida. Mis órganos vitales, del primero al último, estaban casi destrozados. Me aconsejaron que me operara de cálculos biliares, pero no me aseguraban que mi corazón aguantara la intervención. Con todo, yo decidí restablecerme. Sencillamente, tuve que construirlo todo de nuevo.

—Bueno, era usted más joven.

—Le falta fe, profesor, nada más. ¿Por qué hago todo esto por usted? La gente murmura y nos critica, pero usted sabe la verdad. Le ayudo, profesor, porque este mundo necesita personas como usted. Somos testigos del nacimiento de una nueva civilización. Precisamos gente culta que conozca la ley de las causas y los efectos, pues la del karma ya no basta. Por primera vez, el Ashram de Shambhala está descendiendo directamente sin seguir la jerarquía de los Maestros...

—Sí, sí.

—Profesor, sé lo que usted desea y pronto lo obtendrá.

—¿Qué es lo que deseo, si ni yo mismo lo sé?

—Edzhe aparecerá ante usted en carne y hueso. Usted le hablará y la abrazará como cuando estaba viva...

El profesor se quedó helado.

—¿Cuándo? ¿Es eso posible?

—Sí, se lo aseguro. Y ocurrirá antes de lo que se imagina...

I

Al alba cayó una nueva nevada y la mañana se presentó cubierta de escarcha y soleada. La luz se filtró en la inhóspita habitación del hotel, imprimiendo un resplandor matinal a la desordenada ropa de cama, la desgastada alfombra y el papel de la pared abombado en algunos puntos. El sol iluminó la cara de Anna, sus ojos y las motas plateadas de su sombrero de terciopelo. Se había sentado en el sillón, completamente vestida para salir, con abrigo y con botas. Grein también llevaba el abrigo y el sombrero, y estaba sentado, o más bien apoyado, en la cama.

—Sí —le dijo a Anna. Tenemos que hacerlo. En ninguna parte está escrito que se deba ser desgraciado toda la vida. Juntos seremos felices. Ahora ya no me cabe la menor duda.

—Tú y yo somos marido y mujer —dijo Anna tras una pausa. Ahora eres para mí la persona más importante del mundo. Tú y papá. —Hizo otra pausa y prosiguió—: Estoy segura de que él le ha telefoneado. En este momento, papá me estará echando las peores maldiciones, pero acabaremos haciendo las paces. Ayer mismo afirmó que te quiere como a un hijo, y no es hombre de hablar a la ligera. A sus ojos, si no conoces algo del Talmud, no eres una persona completa. Y algo más: a tu manera, tú eres piadoso, mientras que Luria siempre se jacta de su ateísmo.

—Lo que hemos hecho no es nada piadoso...

—Es cierto, pero nos casaremos. No es posible sujetar a una persona a la fuerza. Papá es rico, más rico de lo que imaginas, y todo lo suyo será nuestro. Ya verás, seremos felices durante muchos años.

Grein se levantó y Anna lo imitó. Se abrazaron y se besaron larga y apasionadamente. Ella le mordió, abriendo la boca con la voracidad de un animal que por mucho que devore no llega a saciarse. Su cansancio se había desvanecido en un instante y de nuevo permanecieron pegados uno al otro con el ensimismamiento de quienes se hallan totalmente consumidos por el deseo. Estrechándola contra sí, Grein se quedó extasiado. Lo que siempre le asombraba de la excitación sexual era que procedía al mismo tiempo del interior y del exterior de la persona. Socavaba todas sus fuerzas y Grein pensaba que a través de la voluptuosidad, una persona podía fundirse con *das Ding an sich*, con la misma esencia del ser, que se oculta tras la simple apariencia.

Para besar a Grein, Anna había tenido que ponerse de puntillas y él se inclinó

ligeramente. Por un momento, Grein se olvidó de la sucia habitación, de la noche que había pasado en vela, del pecado que había cometido contra el marido y contra el padre de Anna, contra su propia familia, contra Ester. El cuerpo actuaba por su propia voluntad, sin restricciones. A pesar de haber estado amándose toda la noche, en ese momento se deseaban de nuevo. Cuando Anna se despegó de él, sus labios estaban rojos y magullados como una flor abierta. Le recordaba una leona en el zoológico, levantando por un instante su boca del trozo de carne que le habían arrojado. Anna alzó los ojos, con una mirada inundada de amor.

—¡No podemos quedarnos aquí!

A Grein le pareció que sus palabras encerraban un significado oculto, como si en realidad quisiera decir: «Tenemos que abandonar este jardín del edén antes de que nos echen...». Aguardó un momento para calmar el deseo que hervía dentro de él. Se quedaron mirándose con el desánimo y la pena de dos criaturas que dependen por completo la una de la otra.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Grein.

—No te lo creerás, pero también tengo hambre, un hambre atroz.

—Para ti todo es atroz. Ven, enseguida comeremos.

—¿Qué piensas darme? ¡Ay! Te comería enterito.

—Vaya, como hacen muchas arañas.

—Ven, tomaremos un café. Después tendré que irme, con él o con papá. No importa adonde vaya, acabaré en el ojo del huracán.

—¿Y si nos marchamos directamente a alguna parte...?

—No puedo estar sin mi ropa, mis mudas. Tengo que ir a buscar mis cosas. Tú tampoco puedes huir sin más.

—No.

—Volveré a casa y que diga lo que tenga que decirme. No pienso negar nada porque nadie me da miedo. Ésta es la verdad.

—¿Cómo me pondré en contacto contigo?

—Llámame por teléfono.

—¿Y si contesta él? No lo soportaría.

—Háblale con franqueza. Di que nos queremos; no puede retenerme a la fuerza. En cuanto a cómo debes contárselo a tu mujer, eso ya es cosa tuya. Pero ten muy presente que para mí no existen las medias tintas: cuando amo a alguien, deseo que me pertenezca por completo.

Grein tomó a Anna del brazo y salieron juntos. No tenía nada que llevarse consigo, salvo la llave. Echó una mirada atrás: pronto cambiarían la ropa de cama, limpiarían el baño y no quedaría el menor rastro de la extraordinaria noche que habían vivido, excepto esos vestigios o reacciones químicas del cerebro que solemos llamar recuerdos. En el pasillo, una bombilla lucía a plena luz del día. El montón de sábanas y toallas continuaba en el mismo sitio que la noche anterior. Se cruzaron con una mujer negra que llevaba un cubo y una fregona. Al pasar, dirigió una mirada a

Grein y Anna como diciendo: «Todas las cosas se reiteran en su labor... Ni las primeras se recuerdan, ni de las últimas que vengan tampoco quedará el recuerdo»^[14].

Se abrió una puerta y salió otra pareja que también se encaminó al ascensor. El hombre llevaba una bolsa a franjas rojas y blancas; parecía suramericano. Tenía aspecto latino: cabello negro, bigote recortado y patillas, y llevaba un traje claro que sugería la brisa estival en países tropicales. Su acompañante, una mujer de rasgos indios, era menuda, con el busto alto y anchas caderas.

Llegó el ascensor y salió de él una camarera con una enorme bolsa de ropa para la colada. Los dos hombres vacilaron por un momento antes de entrar en primer lugar. En recepción, donde la noche anterior había estado sentado el viejo, había un chico de cabello rizado. Todo lo que el recepcionista de la noche tenía de engréido y distante, éste lo tenía de activo y confiado. Examinó de arriba abajo a las dos parejas con mirada experta, frunciendo los labios como para silbar. Sus ojos chispeantes parecían decir: «Comprendo, comprendo, aquí no ha pasado nada...».

Grein dejó la llave sin pronunciar palabra. Antes de abrir la puerta de la calle, miró a derecha e izquierda, por si pasaba algún conocido suyo o de Anna, ya que el hotel se encontraba a sólo algunas manzanas del edificio donde vivía Boris Makaver. Grein se acordó con cierta vergüenza de un versículo de los Proverbios: «Así es el camino de la mujer adúltera; come, se limpia la boca, y dice “No he hecho nada malo”»^[15]. Las palabras habían acudido a su mente por sí solas, sin que se produjera ninguna asociación de ideas, como los versículos que se recuerdan al despertar del sueño. Grein reconoció su coche. Estaba medio cubierto por una gruesa capa de nieve, como una reliquia de alguna civilización parcialmente sepultada.

II

Aunque el coche ansiaba arrancar, una de las ruedas prefirió quedarse allí clavada, girando velozmente sobre su eje, y un grupo de niños se congregó en torno al vehículo. Grein volvió al hotel a buscar una pala mientras Anna aguardaba sentada en el coche. Qué extraño resultaba encontrarse ahí paleando nieve, a escasa distancia del piso de Boris Makaver y a cuatro manzanas de Central Park West. No llevaba gafas de sol y la luz le deslumbraba. A pesar de que la escarcha brillaba a su alrededor, él tenía calor. Si no hacía mucho se había comportado como un auténtico héroe, la pala se encargó de revelar la cruda realidad: él era un hombre de mediana edad.

¡Qué cambiado estaba Broadway! Había caído una auténtica nevada que había formado montañas azuladas como en pleno campo, brillantes cual si albergasen piedras preciosas. De las cornisas y los aleros de los tejados colgaban carámbanos. Las máquinas apartaban la nieve y la apilaban en montones que luego eran cargados en camiones mediante grandes palas. El sol, de corona blanquecina y centro deslumbrante, ya se encontraba en su cénit; desde los blancos tejados se elevaba hacia él el humo de los edificios, como si fueran altares desde los cuales se le ofrecieran sacrificios. El aire pulsaba y se estremecía. Los automóviles ya no rugían al circular, sino que resonaban como trompetas con sordina. A lo lejos, el río Hudson fluía bajo una capa de hielo resplandeciente, pulido como un espejo, salpicado de oro y fuego.

Sobre la elevada ribera de Nueva Jersey, la luminosidad crepuscular bañaba el cielo de azul. Una fábrica de muros acristalados reflejaba la luz hacia la otra orilla: cristalina, traslúcida, pura, brillando en la neblina cual fugaz espejismo en un desierto imaginario...

Un empleado del hotel les facilitó una cuña de madera sobre la que apoyar la rueda. El coche arrancó bruscamente y empezó a avanzar. Grein ya no distinguía entre su pie izquierdo y el derecho, ni entre el acelerador y el freno. Anna se arrimó a él como había hecho la noche anterior y las rodillas de los dos se tocaron. «¡Cuidado, no vaya a matarla yo de tanta dicha!», se advirtió a sí mismo. Había pensado en dirigirse al norte, hacia la Universidad de Columbia; en cambio rodaba en dirección al centro. Al pasar por delante del edificio de Boris Makaver, el semáforo cambió a rojo y Grein lanzó una mirada al patio, con la sensación del criminal que regresa al lugar del crimen. El jardincillo estaba cubierto de blancura y la nieve formaba gruesas almohadas. Los postes de las vallas estaban tocados con gorritos blancos y de los árboles colgaban trozos de nieve en lugar de frutos. En cualquier momento podía aparecer Boris o Reytze. Un descaro infantil se apoderó de Grein: Dios había abandonado el mundo y éste se hallaba dominado por la idolatría...

El coche atravesó Lincoln Square y continuó su marcha por Broadway. Mas aquello ya no era Broadway, sino una avenida de las antiguas ciudades paganas:

Roma, Atenas, o incluso Cartago... Los ídolos poseían sus templos y sus sacerdotes. Las imágenes observaban desde los carteles ocultos a medias por la nieve: seres sanguinarios, asesinos, mujerzuelas desnudas. Delante de un teatro, una multitud de jovencitas se apelotonaba a empujones y codazos para esperar a su ídolo. En una vitrina, un hombre, todo él vestido de blanco y con una chistera igualmente blanca, asaba trozos de carne sobre rojas ascuas de carbón. En otro escaparate, enormes langostas se retorcían sobre bloques de hielo. A través de una puerta abierta estallaba una verdadera cacofonía de gritos lujuriosos y lamentos torturados. Por un muro trepaban figuras menudas ocupadas en pintar la imagen de una hembra colosal, cuyas piernas se alzaban hasta la cuarta planta del edificio. Junto a las puertas, un sacerdote hacía señales a los transeúntes invitándoles a entrar. El aire apestaba a humo y fritanga, a carnaval y fuego.

Grein no encontró estacionamiento. Quiso adelantarse para ocupar un hueco, pero un joven de cara rubicunda, con el blondo pelo tan erizado que recordaba un puerco espín, hizo sonar el claxon con fuerza y empezó a soltar improperios. Grein enfiló hacia un estacionamiento vigilado. Anna se agarraba a su brazo.

—Hoy comienza nuestra luna de miel.

Caminaron en busca de un restaurante. Grein abrió una puerta, se asomó y volvió a cerrarla. Por fin entraron en un establecimiento: una mezcla de bar y de restaurante. Del techo colgaban unos pocos focos que apenas si iluminaban la penumbra. Un bebedor solitario se apoyaba en la barra, balanceando un vaso vacío. Las mesas estaban puestas, pero sin comensales. Los espejos se reflejaban los unos en los otros. A Grein le asaltó una melancolía ya muy olvidada, la sensación de haber llegado al final del camino.

—Al menos aquí no encontraremos a tu padre... —le murmuró a Anna.

Se acomodaron en un rincón y encargaron la clase de platos que piden quienes han perdido la noción del normal discurrir del día y la noche. Pidieron zumo de naranja y coñac, tortilla y pollo... El camarero enseguida reparó en su fatiga y comenzó a atenderles. Encendió una lamparilla sobre su mesa, que más que luz difundía sombras. En silencio, como si hubieran agotado todas sus fuerzas, Grein y Anna comieron y bebieron.

Al poco la sala comenzó a llenarse y pasó del vacío al lleno total. Los hombres que iban entrando eran altos, corpulentos, musculosos, héroes escogidos como fieles guardianes de Baal y Ashtaroth. Traían consigo las vacas de Bashan que describió Amos, mujeres gordas y pecadoras, teñidas, pintadas, con las uñas de color rojo sangre. Apiñados, masticaban y bebían, fumaban y reían. Grein sirvió un poco de coñac para Anna y para sí mismo. Brindaron y ella encendió un cigarrillo, cuyo humo le envolvió la cara en una especie de velo.

—Si no soy feliz contigo, es que la felicidad no existe...

—Sí, seremos felices —repitió él, como un eco difundiendo sus palabras.

Grein apoyó la cabeza en la pared y sintió que los vapores del alcohol le subían

del estómago a la cabeza. De pronto todo se volvió confuso, vacilante, absurdo. ¿Estaba realmente dispuesto a dejar a Lea? ¿De verdad amaba tanto a Anna? ¿Acaso deseaba fundar un hogar con ella, tener otros hijos? ¿Cómo había ocurrido todo eso? ¿Cómo podían hacerse las cosas así, de manera tan precipitada? En aquel instante las fuerzas no le alcanzaban ni para asombrarse. Toda su vida había sido una larga improvisación. Había querido estudiar Ciencias Naturales, y se matriculó en la facultad de Filosofía. Había estado resuelto a permanecer soltero, y se casó con la primera muchacha que le besó. Se había propuesto asentarse en Palestina, y se fue a América. Había soñado con una carrera académica, y se convirtió en un agente comercial de Wall Street. Por último, sin el menor escrúpulo, acababa de quitarle la mujer a Stanislaw Luria y la hija a Boris Makaver. Ya había alguien que sufría por su culpa; alguien que le maldecía. Había anotado en su diario que quien infringe los Diez Mandamientos se coloca en el camino de su ruina física y espiritual, y pese a ello los estaba violando...

—¿En qué estás pensando, cariño?

—Oh, en nada...

—En algo será, amor mío. Créeme, para mí tampoco es fácil. Es más difícil de lo que te imaginas...

El camarero les llevó la cuenta. Grein dejó un dólar de propina, se levantó y ayudó a Anna a ponerse el abrigo. Sus piernas vacilaban, las paredes del restaurante se balanceaban como si estuviera a bordo de un barco. En la calle, el sol había desaparecido tras las nubes y los transeúntes habían pisoteado la nieve. Un día invernal, gris, frío y opresivo envolvía Nueva York, su abrumador estruendo, sus chirridos, su alboroto y sus prisas. Anna tomó del brazo a Grein y durante un rato caminaron en silencio.

—¡Todavía tengo mil cosas que hacer hoy! —dijo Anna. Será mejor que me marche a casa enseguida.

—Te acompañaré en coche.

—No. Tomaré un taxi. Llámame a las siete, estaré esperando al lado del teléfono.

—Sí, mi amor.

—Recuerda: no espero favores. Si consideras que lo sucedido es una simple aventura pasajera, no me arrastres por el barro.

—Querida, no seas tonta —contestó. Hoy es el día más feliz de mi vida...

Ella le dirigió una mirada furtiva, enjuiciándole, aquilatando sus palabras, preguntándose: «Si estuviera mintiendo, ¿qué conseguiría con ello?».

Aferrada al brazo de Grein con una firmeza desacostumbrada, hizo señas a varios taxis, pero ninguno se detuvo. Él se fijó en lo menuda que era. Incluso con zapatos y botas de nieve apenas le llegaba al hombro. Allí estaban esperando los dos juntos, a la vez cercanos y distantes, con el desasosiego de quienes han quedado enlazados por el destino. Un taxi se detuvo y Anna se separó de Grein.

—¡A las siete! —Y le envió un beso.

Grein siguió el taxi con la mirada mientras el vehículo se alejaba, acto seguido se encaminó hacia el estacionamiento donde había dejado el coche. Aunque tenía prisa avanzaba despacio, ensimismado, como quien actúa contra su voluntad, contra toda lógica, empujado por una mano ajena o una fuerza oculta.

III

Condujo hasta el edificio de apartamentos de Central Park West, donde, sorprendentemente, encontró estacionamiento. ¡Qué cortos eran los días en invierno! Acababa de levantarse y ya estaba atardeciendo. Tenía que haber ido al banco, pero ya era demasiado tarde. También se había propuesto telefonar a su oficina, mas se hallaba demasiado cansado. Aterido y con la nariz taponada, sentía la cabeza a punto de estallar. Todos sus miembros ansiaban relajarse, descansar, dormir. «¿Estaré poniéndome enfermo?», se preguntó. El viejo portero apartaba la nieve con una pala. A la entrada había colocado el felpudo que sacaba los días de lluvia. Grein esperó el ascensor en silencio y con la humildad que nace de una profunda preocupación. ¿Estaría Lea en casa? ¿Sabrían ya sus hijos lo sucedido? No era la primera vez que no dormía en su cama, pero en esta ocasión no tenía pretexto alguno, ni siquiera había llamado para advertir a su esposa. ¿De veras estaba dispuesto a abandonarla? ¿Quería destrozarse una vida sin más, avergonzarse a quienes le eran fieles? ¿Sería capaz de considerar justo lo injusto?

El ascensorista inició una charla sobre el tiempo: la radio había pronosticado nevadas, ventiscas, heladas. A pesar de lo temprano de la hora, el hombre ya estaba medio borracho. Grein abrió la puerta de su apartamento. El recibidor se hallaba a oscuras. Sobre la cómoda estaba su correo y lo ojeó en la penumbra: el *Wall Street Journal*, el índice Dow Jones, una revista de la sinagoga donde asistía a los servicios de las festividades solemnes de Año Nuevo y Yom Kippur, y una carta de alguna institución benéfica. «Bueno, ¿quién me iba a escribir a mí?», pensó para justificar su escasa correspondencia. Aguzó el oído y escuchó con atención. No, ni Lea ni Jack estaban en casa. Anita sin duda se encontraría en su habitación, pero de allí nunca salía ningún ruido. El apartamento olía a cerrado y a aire sobrecalentado, a comida y a la densa quietud de una vivienda habitada sólo por adultos. Grein pasó junto a la cocina y entró en el comedor. Sobre la mesa había un semanario izquierdista abierto con descuido. Por lo visto, Jack había pasado la noche y desayunado allí. Le resultó extraño que en pleno invierno hubiera una mosca viva en la habitación. La vio en el borde del azucarero, perdida en la abstracción de un ser que ha vivido más de lo que debía, y que ya debería estar muerto...

La ventana de la cocina daba al sur y desde allí se divisaban los edificios de Central Park South, los rascacielos del Rockefeller Center y el Empire State. La niebla se espesaba al anochecer. Alguna que otra ventana ya se había iluminado y la luz eléctrica penetraba la neblina con su brillo. Un avión solitario pasó volando y chillando como un enorme pájaro. El lago de Central Park semejaba un espejo de plata enmarcado por la nieve. A la hora del crepúsculo Nueva York parecía recobrar la calma. Blanca, lejana, una ciudad sin habitantes, un asentamiento abandonado, atrapado en el hielo a orillas del océano Ártico. Incluso en las filas de automóviles que serpenteaban por las calles de Central Park, había una actividad mecánica, como

si se tratara de juguetes a los que alguien había dado cuerda alguna vez y que desde entonces se movían automáticamente. Por la ventana entreabierta entraba una corriente de aire frío.

Grein fijó su mirada en el vacío, debatiéndose interiormente: ¿destrozar hogares, destruir personas? ¿Era ésa su misión en este mundo? Sintió la frialdad del aire y cerró la ventana. Estuvo un rato más deambulando por el pasillo. Quería encender la luz, pero no lo hizo. De pronto sintió la necesidad de hablar con alguien de la casa, aunque sólo fuera para demostrarse a sí mismo que aún pertenecía a ese hogar, que seguía siendo el cabeza de familia...

Llamó a la puerta de Anita, pero al no obtener contestación la abrió de un empujón. En la habitación reinaba un desorden matutino, como si Anita acabara de despertarse. La cama estaba deshecha; sobre la mesa, las sillas, el suelo, había libros tirados, ropa, revistas. En medio de todo aquello estaba Anita. De pie, con un pijama arrugado y zapatillas raídas: alta, angulosa, el pecho liso, el cabello castaño rojizo (heredado de su abuela) despeinado y la cara de rasgos marcados cubierta de pecas. Cada vez que Grein la veía se asombraba de que su hija no se pareciera a él ni a Lea. Siempre tenía la misma sensación: que los miembros de su cuerpo estaban consumiéndose como los de quien está en coma. Tenía las mejillas hundidas, la nariz afilada, la barbilla prominente y la frente alta. Sus ojos verdes le miraban con el temor de un animal sorprendido en su madriguera.

—¡Ah, padre!

—¿Por qué no has contestado cuando he llamado a la puerta?

—Sí que he contestado.

—¿Qué es todo este lío que tienes aquí?

Anita guardó silencio.

—¿Dónde está tu madre?

—En la tienda, como siempre.

Hacía ya algún tiempo, desde que Anita había dejado la universidad, que padre e hija se llevaban mal. A decir verdad, tampoco Jack le daba demasiadas alegrías. El joven era de extrema izquierda, un comunista convencido. Corría detrás de las chicas y entraba y salía de la casa como si de un hotel se tratara, pero al menos sabía defenderse y llegaría a algo en la vida. Estaba a punto de obtener el título de ingeniero y ya le habían ofrecido un trabajo. Anita no estudiaba, no buscaba ninguna ocupación, carecía de amistades. Tenía todos los defectos: era egoísta, melancólica, insolente y rebelde. Sin embargo, ¿qué pretendía?, ¿contra quién luchaba? Se pasaba los días enteros sola, leyendo noveluchas y escribiendo mala poesía que los editores siempre le devolvían. Se aislaba en casa como en una cárcel. Lea se lamentaba de que su hija padecía algún tipo de enfermedad mental y consideraba que debían llevarla a un psiquiatra. Sin embargo, ni Grein confiaba en los psiquiatras, ni Anita quería que la ayudaran. La muchacha, a sus diecinueve años, se encontraba en un callejón sin salida.

—¿Qué ha pasado con tu trabajo? —preguntó Grein, por decir algo.

Anita se puso alerta.

—Al final ha quedado en nada.

—¿Por qué?

—No quieren pagar como es debido.

Grein frunció el ceño. «¿Por qué iban a pagarle un buen sueldo? ¿Cuáles son sus aptitudes? ¿De dónde saca esta generación la idea de que hay que darles todo lo que piden?». Sintió el impulso de iniciar una discusión, pero se contuvo. No era el momento más adecuado para empezar una pelea.

—¿No piensas salir de casa?

—Hoy no.

—¿Y cuándo entonces?

—Cuando haga calor.

Anita siempre hablaba así, de forma que cualquier conversación con ella se agotaba por sí misma. Sus respuestas eran escuetas, cortantes, secas. Anita parecía tener un único deseo: que la dejaran en paz. Al cabo de un rato Grein cerró la puerta. «¿Sabrá que no he pasado aquí la noche? No, probablemente no».

En esa casa cada cual seguía su propio camino. Anita tendía a aislarse y se le escapaban palabras con resonancias místicas. Daba a entender a su padre que le había arrebatado su porción de vida en este mundo, que se había quedado demasiado para sí, sin dejar nada para ella. Jack se comportaba como si fuera un extraño. Lea, desde que abrió su negocio de antigüedades, se pasaba el día entre la tienda y las subastas. Además de los objetos de arte, también comerciaba con pieles que las señoras adineradas vendían al cabo de dos años de uso. Los tiempos en que Lea había dependido de su marido y buscaba su compañía habían quedado atrás. Grein estuvo rechazándola durante tantos años que Lea terminó por emprender su propio rumbo. A su manera, Lea también había demostrado cierto alejamiento, la resistencia pasiva de quien ama y no es correspondido.

Pese a que en ese hogar nadie seguía una rutina, se había instaurado cierto orden. La mujer de la limpieza tenía una llave del apartamento. Lea le dejaba su paga en un cajón y ella misma se servía la comida del frigorífico. Una vez por semana, Lea telefoneaba al supermercado y encargaba la compra. El ascensorista abría la puerta al chico de los recados y éste colocaba en la nevera los alimentos frescos: la mantequilla, el queso, la leche y la carne. Durante toda la semana, Lea preparaba una única comida al día: el desayuno. A mediodía y por la noche, tanto Grein como Jack y Lea iban a un restaurante. Anita se pasaba los días prácticamente en ayunas, contentándose con un huevo, un vaso de leche, un plátano. Hubo un tiempo en el que toda la familia salía los domingos a comer, pero en los últimos años Anita y Jack se escabullían también de los almuerzos dominicales.

Sí, era cierto que Grein no entendía su país de adopción. Siempre que tenía ocasión se quejaba de que allí las mentes funcionaban según unas categorías

diferentes de las europeas, de que existía una barrera biológica que separaba a los nacidos en América de los oriundos de Europa. No obstante, la americanidad había calado profundamente en él.

IV

Grein entró en el dormitorio. Sólo entonces reparó en lo cansado que estaba y sintió la necesidad de acostarse enseguida. Ni siquiera levantó la colcha de tafetán, ni se quitó la chaqueta ni los zapatos. Ya medio dormido se tendió, sumido en su propio agotamiento.

La convivencia con Lea había empezado a tambalearse ya hacía años. Él siempre había mantenido otras relaciones; además, en los últimos dos años y precisamente a causa de las infidelidades, Lea se había volcado con excesivo celo en su negocio y se había vuelto frígida. Por otra parte, ya no era joven. Grein sospechaba que era mayor que él. Los archivos del *shtetl* en el que ella nació se habían quemado durante la Primera Guerra Mundial y el certificado de nacimiento de Lea tuvo que basarse en la declaración de testigos. Grein nunca llegó a averiguar su edad exacta. Lea jamás celebraba sus cumpleaños ni soportaba ninguna ceremonia alrededor de su persona pues siempre había sido una mujer modesta, apegada a las viejas costumbres.

Su vida familiar se basaba en la tolerancia de Lea. Más de una vez, Grein había pensado que esta virtud era herencia de la matriarca Lea, la hija de Laban, quien dio a su esposo Jacob una concubina para que yaciera con ella y quien también, a cambio de las mandrágoras que su hijo Rubén había recogido, consiguió que su hermana Raquel le cediera a Jacob. En su esposa Lea se había sedimentado la mansedumbre de generaciones de esposas, la quintaesencia del saber ancestral de las bisabuelas que entendían que debido a la condición masculina la mujer que desee vivir en paz con un hombre ha de demostrar paciencia, devoción y humildad.

Durante los primeros años en Estados Unidos, las vecinas y amigas de su pueblo natal solían provocar a Lea, burlándose de la esposa recién llegada que trabajaba con ahínco, criaba a los hijos, apenas tenía un pedazo de pan que llevarse a la boca y permitía que su marido, el maestrillo del *Talmud Torá*, correteara detrás de otras mujeres. La informaron de que, en este país, la esposa podía llevar a su marido ante los tribunales, obtener de él una pensión alimenticia e incluso conseguir que lo encarcelaran. Le mostraron periódicos en yiddish donde publicaban los casos de taimadas mujercitas que engañaban a sus maridos y les sacaban el dinero, y luego tenían de su parte a los tribunales estadounidenses. Todo era en vano: estas incitaciones malintencionadas no influían en Lea. Amaba a Grein profundamente. No podía olvidar al alto y rubio estudiante de Filosofía que ella, una pueblerina bajita y morena, había conocido en Varsovia. Seguía sin comprender qué había visto Grein en ella para haber deseado casarse con tanta rapidez. Por más que el comportamiento de su esposo la avergonzaba, se había acostumbrado a sus devaneos como quien se habitúa a un defecto físico y se lo perdona todo. Lea argumentaba que el hecho de levantarse por las mañanas y verlo acostado en la cama de al lado para ella era suficiente recompensa. Más de una vez, de madrugada, se acercaba a su cama para darle un beso, arroparle y murmurar: «Duerme, amor mío, descansa tranquilo».

Grein se había prometido a sí mismo y también le había jurado a su mujer por lo más sagrado que, pasara lo que pasase, jamás se divorciaría. Lea era su ideal de esposa. Así habían sido también su madre y su abuela, cuya imagen trajo consigo desde su casa paterna como el modelo de la mujer virtuosa. En el fondo, detestaba y despreciaba a las mujeres libertinas. Pertenece a esa clase de hombres que fuera de casa transgreden todas las normas, pero que en su propio hogar exigen decencia. Llegaba al extremo de sentir celos de Lea cuando, en alguna fiesta familiar, besaba a un pariente. Más de una vez le habían reprochado esta doble moralidad, pero él buscaba apoyo en la más alta de las autoridades: la Biblia. ¿No habían tenido concubinas Abraham, Jacob, Moisés, David y Salomón? Para Grein las teorías sobre la emancipación de la mujer no eran más que palabrería de castrados espirituales. Muchas veces sostenía que el halago a las mujeres y el mimo a los retrasados acarrearía la destrucción de la civilización contemporánea y que las primeras víctimas serían aquéllos a quienes se pretendía servir. Según él, de esa forma se manifestaba la idolatría en la generación actual.

Sin embargo, la noche anterior también había adquirido un compromiso con Anna y, como consecuencia, ella ya había roto con su marido y quizá también con su padre. Pese al agotamiento, no lograba conciliar el sueño. En cuanto empezaba a adormilarse, se sobresaltaba y se desvelaba. «¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Por qué le habré dicho todas esas palabras?», se preguntaba. Se apoderó de él una especie de amnesia. Recordaba unos detalles, pero otros escapaban de su memoria dejando un vacío. Tenía frío y temblaba. «¿Por qué habré soltado en su casa tantas tonterías sobre la organización religiosa? ¿Qué clase de ejemplo tan absurdo les di? ¿Qué diablo habrá puesto en mi boca precisamente esas palabras en una noche así? De una cosa no cabe duda: estoy haciendo justamente lo contrario de lo que debería. ¿Cómo lo expresa la Guemará? “Aunque conoce a su Creador, desea rebelarse contra él”. Bueno, parezco borracho —se dijo—, he perdido interés en todo lo que no sea este asunto. Me he alejado de Dios, aun cuando aborrezco el mundo. Porque, a fin de cuentas, ¿qué ofrece el mundo? Poco más que una botella de whisky y una puta».

Grein siguió acostado, atormentado por la resaca y por alucinaciones pueriles. Quería dormir y pensar al mismo tiempo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sintió un pinchazo en la rodilla. Una sensación de aturdimiento silbaba en su interior, un silbido como el de esas caracolas que los colegiales se ponen en la oreja para oír el ruido del mar. «Bien, ¡me estoy matando! En todos los sentidos. Voy a perderlo todo: la salud, la familia, el trabajo. ¿Cómo lo expresó Luria? “Existen unos animalitos que buscan su propia muerte”».

Con la caída de la noche, el dormitorio quedó sumido en sombras. A través de la ventana se veía un cielo color violeta, iluminado por una estrella solitaria. Grein estaba postrado, casi febril. Pensaba en algo, pero no sabía en qué. Aunque mantenía abiertos los ojos, ya estaba soñando. En su mente se mezclaban palabras en yiddish, polaco, inglés, hebreo. Estaba al mismo tiempo en Nueva York y en Varsovia. En

virtud de algún ardid de su mente, Anna era a la vez ella misma y Ester. Grein se hallaba envuelto en una interminable discusión con alguien, una discusión sembrada de expresiones inconexas, imágenes borrosas, ejemplos sin sentido. Se espabiló por un momento y se burló de sus propias visiones deformadas, pero éstas tornaron de inmediato por obra del secreto poder de la alucinación y la locura.

Anna fue en taxi a su apartamento de la avenida Lexington. No llamó al timbre, sino que abrió la puerta con su llave. Estaba preparada para la tormenta, dispuesta a enfrentarse a Stanislaw Luria. Al llegar al umbral, la asaltó un pensamiento terrorífico: ¿y si se había ahorcado? Estaba preparada incluso para esta eventualidad. Recorrió el pasillo con pasos más decididos de lo habitual. «Si ha pasado algo, tendré que llamar enseguida a la policía». Entró en la sala de estar y lo descubrió. Estaba sentado, con las manos apoyadas en los brazos del sillón, en bata y zapatillas, sin afeitar. Tenía la barba canosa, cual si la vejez se hubiese desmoronado sobre él de la noche a la mañana. Las cejas parecían más pobladas, y debajo de éstas un par de pupilas negras como las de un erizo miraban desde el interior de dos cuencas. Más hinchadas y azules que nunca, las bolsas que colgaban bajo sus ojos habían adquirido un doble pliegue. Anna se detuvo un momento en el umbral. «Parece un cuerpo disecado —reaccionó una voz interior—, un espantapájaros viviente...». Se debatió entre el odio y la compasión. Habría querido provocar una pelea con él, no tanto para herirle como para dejar atrás el primer arranque de ira.

Tosió levemente y sonrió.

—Soy yo, Anna.

Luria no contestó.

—¿Estás muerto o paralizado?

Luria permaneció en silencio.

—Si estás muerto, llamaré a una funeraria; si vives, te advierto que sólo he venido para recoger mis cosas.

Luria no hizo el menor movimiento y Anna se quedó desorientada, sin saber qué hacer. ¿Sentía realmente una parálisis, o había perdido el habla? Había previsto que él la maldijera, que la insultara, que le pegara incluso; pero al parecer, se había jurado a sí mismo no pronunciar ni una sola palabra. Por la abertura de su bata sobresalía una gruesa pierna masculina cubierta de espeso vello, bajo el cual la piel adquiría una palidez cadavérica. Al cabo de unos instantes Anna advirtió que Luria respiraba: su barriga subía y bajaba despacio, como un fuelle. «Bueno, pase lo que pase ya he sufrido bastante por su culpa», decidió Anna, y entró en el dormitorio. En el trayecto tropezó con una rinconera y derribó un cenicero. «¡No me ha dado más que disgustos! —se justificó ante un interlocutor invisible. No sirve para marido, ni para traer dinero a casa ni siquiera como amigo. En realidad, continúa viviendo con la otra en Varsovia».

Cerró la puerta, echó el pestillo y comenzó a desnudarse. No había pegado ojo en toda la noche y necesitaba dormir un par de horas, pues ya no se tenía en pie.

Anna se metió bajo las mantas, bajo la sábana, hundió la cara en las almohadas y se acurrucó como un animalito.

V

Grein durmió y soñó que era una tarde de verano y que él se encontraba en un *shtetl* de la Europa oriental. Estaba en el patio de una sinagoga. En el interior rezaban, estaban siguiendo el ritual de la cuenta de los días que mediaban entre Pascua y Pentecostés, pero a él lo habían dejado fuera. Una enorme luna, tan grande como el sol, brillaba herida por extrañas sombras y cráteres. ¿Era su imaginación, o realmente se veía la otra cara de la luna? ¿Se había producido un cambio en la creación?

Un macho cabrío se acercaba a él, apuntándole directamente con sus cuernos retorcidos. Grein deseaba huir, pero no sabía adonde. «¿Debería meterme en el barril de agua? No, me ahogaría». Quiso entrar en la sinagoga, unirse a los fieles, pero de repente reparó en que estaba desnudo. «¿Dónde está mi ropa? ¿Qué hago desnudo en el patio de una sinagoga? ¡Han debido de robarme! Por otra parte tampoco puedo reclamar porque ¿es acaso más importante el mandamiento de “No robarás” que el de “No cometerás adulterio”? Incluso estaría permitido que me castigaran con la muerte. Dios no pondrá ninguna señal en los de mi ralea, como hizo con Caín...».

El macho cabrío lo enganchó con los cuernos, se lo montó en el lomo y echó a correr. ¿Dónde estarían las bridas? Sin duda tenía que haber unas bridas... De pronto se encendió la luz y Grein abrió los ojos. Era de noche y vio a Lea en la puerta, contemplándolo con la triste sonrisa de una madre cuyo hijo ha pecado gravemente: bajita y rechoncha, con el pelo recogido hacia atrás, la nariz menuda, el busto alto y los ojos algo rasgados; tenía cierto aire oriental. Aún no se había quitado el abrigo, señal de que acababa de llegar de la calle. Sus finos labios estaban ligeramente entreabiertos y dejaban a la vista unos dientes pequeños y regulares. Esas piezas marfileñas, enteras y blancas, sin un solo empaste ni mácula, eran para Lea auténticas joyas, con las que aún podía romper huesos de ciruela. A pesar de haber engordado cómo un tonel, su cara conservaba una dulzura juvenil. Grein la oyó preguntar:

—Bueno, ¿se te ha pasado con el sueño?

—¿Qué hora es?

Lea respondió aviesamente con otra pregunta:

—¿A qué hora tienes que llamarla?

Él echó un vistazo al despertador que había en la mesilla de noche. Sí, debía telefonar a Anna. Lea se puso repentinamente seria.

—Hertz, tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—Hertz, hoy a las seis de la mañana ha llamado un tal Stanislaw Luria. Ya sabes de quién se trata.

Grein no respondió. Sintió un regusto amargo.

—Hertz, esto es el fin.

—Bueno, pues si es el fin, que lo sea.

—Cuando se llega a estos extremos, todo lo demás carece de sentido —dijo Lea con sencillez, pausadamente, como si hablara de un asunto banal. Se dio la vuelta, abrió la puerta del armario y colgó el abrigo. Enderezó un vestido que estaba resbalando de la percha.

—¿Has tomado alguna decisión? —le preguntó él.

Lea se volvió de lado.

—No, pero es evidente que no podemos seguir viviendo juntos. Una hora después de que llamara Luria, telefoneó Boris Makaver y soltó tales voces que por poco me deja sorda. Qué vergüenza, y delante de los chicos.

—Bueno, me iré de casa —dijo Grein tras una pausa.

—No te estoy echando. Todo esto te pertenece. Pero tienes que buscar alguna solución.

Lea casi se metió en el armario y se puso a recolocar la ropa, a enderezar las perchas. Se estremecía, temblaba como si la avergonzara mostrar la cara. Grein se levantó y fue a su estudio a llamar por teléfono. De pronto, sus piernas parecían de algodón. Encendió la luz y cerró la puerta. «Bien, mejor así —pensó—, me ahorraré largas conversaciones». Casi cayó sobre la silla de su escritorio. Dudó por un momento antes de marcar el número de Anna. El sueño no le había proporcionado ningún descanso, de hecho se sentía más fatigado que antes. Le llevó más tiempo de lo normal marcar el número, y fue Luria quien contestó. Grein oyó el furioso y ronco grito de quien se ha visto interrumpido en medio de una violenta discusión.

—¡Diga!

Grein quiso contestar, pero no logró articular palabra. Intentó colgar, pero tampoco lo consiguió. Se quedó escuchando el pesado silencio que reinaba al otro lado de la línea. El mutismo duró un buen rato. Después Luria empezó a carraspear y a soltar bufidos, como un reloj antiguo antes de dar las horas.

—Panie Grein, sé que es usted —dijo en polaco. Mi mujer está en el baño, la avisaré enseguida. Pero antes le ruego que me escuche.

Grein no contestó.

—¡Oiga! No cuelgue. Si no quiere usted hablar conmigo, lo acepto, pero al menos escuche lo que tengo que decir.

—Sí, le oigo —consiguió articular Grein, en un ronco tartamudeo. Sólo entonces se dio cuenta de que tenía la garganta reseca.

—Panie Grein, le aseguro que, personalmente, no tengo nada contra usted, nada en absoluto. Desde mi punto de vista, es ella quien, como suele decirse, me juró fidelidad bajo el palio nupcial, no usted. En fin, en realidad tal vez no sea una costumbre judía eso de jurar fidelidad. Ya sabe usted que no soy gran conocedor de las leyes judías. En polaco, «boda» se llama *slub*, un término que también significa «juramento». No obstante, no es mi intención entrar en asuntos filológicos. Haya habido o no juramento, ella se convirtió en mi mujer por propia voluntad. Es cierto que soy mayor que ella y que lo he perdido todo, pero no vaya a creer que me

abalancé sobre ella. En primer lugar, porque este comportamiento no casa en absoluto con mi naturaleza. A mi manera, yo soy un aristócrata y, como reza el dicho, no tengo dinero pero sí honor. En segundo lugar, después de perder a toda mi familia, lo que más amaba en esta vida, yo no estaba en modo alguno en condiciones de comenzar una nueva existencia. Quiero que sepa que no le estoy mintiendo; en la situación en que me encuentro, uno no miente. La verdad es que ella se enamoró de mí, por más que sigo sin saber la razón, y de hecho fue ella quien corrió detrás de mí. No lo digo por denigrarla, Dios me libre, sino porque es un hecho, y mi suegro es consciente de ello. Llegó al punto de enviarme a su padre, como si fuera un casamentero. Podría decirse que literalmente me puso entre la espada y la pared, porque los hombres somos por naturaleza más tímidos que las mujeres y en cada uno de nosotros habita cierta caballerosidad, totalmente estúpida y nada práctica. Las mujeres no abrigan un sentimiento parecido, ellas no admiten nada que esté fuera de sus propios usos y necesidades. En fin, no quisiera embarcarme en un discurso machista. Simplemente, panie Grein, no quiero que se equivoque y piense que le mentí o algo por el estilo. Ella lo sabía todo acerca de mí, tanto mi edad como mi delicada situación física y psicológica. Porque yo soy un hombre roto, panie Grein, y cuando una persona se encuentra en estas circunstancias, no se comporta de forma sana ni normal. Sólo Dios sabe si no me habría convenido más permanecer en África o incluso en La Habana, donde un europeo culto puede arreglárselas mejor. Me gustaría añadir algo más, panie Grein, y no por venganza o porque quiera echar a perder su buena fortuna. Yo ya me he resignado y lo que pasó anoche ha terminado de matar, por sí solo, la poca entereza que conservara. Ya he olvidado lo que quería decirle. Habría sido mejor encontrarnos y hablar cara a cara, de hombre a hombre, como suele decirse. No tema: tenga por seguro que no pienso venir armado con un revólver o con una navaja, je, je. —Luria rió tristemente. Al menos en este punto me considero judío. Todo acto de violencia física me resulta ajeno y repulsivo. Podría decirle mucho más, pero Anna saldrá enseguida del cuarto de baño y nos va a interrumpir. Lo que quería explicarle tiene que ver con un aventura que ella tuvo antes de conocerme a mí, en el mismo lugar donde nos conocimos, en Casablanca. No trato de lanzar acusaciones contra ella, pero ya que está usted preparándose para unir su vida a la de Anna y destruir su hogar (hoy he hablado con su querida esposa, o quizá fue ayer; he perdido el sentido del tiempo), entonces, tal vez le interesaría que nos encontráramos en algún sitio. ¿Cuándo? ¿Dónde? Bueno, ya viene. Me llamará usted, ¿verdad? Espere un momento, aquí está mi esposa. Insisto, ¡le suplico que me llame! Bueno, adiós.

Luria calló. Grein lo oyó hablar, como si disputaran por algo. Parecía que Anna intentaba arrebatarse el auricular.

VI

Grein esperaba que Anna se pusiera al teléfono de inmediato, pero por lo visto alguien había colgado o se había cortado la conexión, ya que sólo se oía el tono de la línea desocupada. Tras un momento de vacilación, intentó volver a llamar, pero esta vez el teléfono comunicaba. Grein no entendía nada: «¿Estará hablando alguien?». Esperó algunos minutos, pero seguía comunicando. Tuvo la extraña sensación de que la línea permanecería ocupada indefinidamente; de hecho tenía la absoluta certeza, aunque ello desafiaba toda lógica. Y así fue. Esperó cinco minutos, diez minutos, pero la línea seguía igual. Se aproximó a la estantería y ojeó los lomos de los libros. Allí estaban todos: los *Diálogos* de Platón, algunos tratados de Aristóteles, la *Ética* de Spinoza, las obras escogidas de Locke, Hume, Kant, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche. Todos ellos tenían algo que enseñar; no obstante, ¿qué ayuda podían prestarle a Grein en la situación en la que se hallaba? Estaba lleno de temor. ¿Podría ser que no hubieran colgado y que Luria no la dejara hablar? ¿Habría cometido Luria algún acto violento? ¿O acaso Anna había cambiado de idea en el último momento? Grein recordó las palabras de Luria: ella había tenido un romance en Casablanca. «Desde luego, es una mujer muy apasionada, toda pasión», murmuró Grein para sí.

La revelación de Luria había surtido un doble efecto: lo veía como un mérito y al mismo tiempo como una falta. Se avergonzaba de la ambigüedad de sus propios sentimientos. Tiempo atrás, una acusación de ese calibre le habría causado repulsión, pero algo en su juicio moral se había trastocado. Anna le inspiraba una extraña mezcla de asco y atracción. «Al menos, no me aburriré en su compañía —trataba de justificarse. ¿Casarme con ella? Sencillamente, lo mejor será actuar de forma que Lea no pida el divorcio. He de tener un hogar al que volver». Intentó telefonar de nuevo a Anna, pero seguía comunicando. Sacó de la estantería la *Ética* de Spinoza y leyó unas líneas sobre el dominio de las emociones. «¿Para qué nos habrá dado Dios emociones, si debemos controlarlas continuamente? ¿Y cuál es, en definitiva, la finalidad biológica de este amor tardío? Ah, sí. La noche pasada Anna divagó acerca de la posibilidad de tener un hijo. ¡Quiere tener un hijo mío! Quizá sea esto lo que se esconde detrás de todo. Quizás en algún lugar de la cuarta dimensión esté formándose ya la imagen de nuestro hijo o hija y no nos quepa más salida que dar expresión física a lo que está predeterminado en otra esfera...».

Entró en la cocina y vio a Lea comiendo pan y pescado en escabeche. Ella dejó de masticar.

—¿Quieres que te prepare la cena?

—No, gracias.

—Siéntate un momento. Creo que merezco que te dignes hablar conmigo.

—Preferiría no molestarte mientras comes.

—¿Qué importancia tiene que yo esté comiendo? Hertz, respóndeme a una pregunta.

—Bueno, adelante.

—¿Qué te está pasando? ¿Por qué haces todo esto? Ya no eres un jovencito. Sabe Dios que siempre te lo he perdonado todo y que estoy dispuesta a seguir perdonándote, pero veo que ahora quieres echarlo todo a perder.

—Yo no puedo obligarte a pedir el divorcio. Si no quieres divorciarte continuarás siendo mi mujer.

—¿Qué sentido tiene seguir siendo tu esposa en estas circunstancias? Ésta no es una más de tus aventuras secretas, sino un escándalo. Ha llamado el padre, ha llamado el marido. El marido dijo que conseguiría que te deporten.

—¿Eso dijo?

—No te miento.

—Bueno...

—¿Qué está pasando aquí? ¿Tanto la quieres?

—Sólo sé una cosa: estoy aburrido, mortalmente aburrido. Hay días que de tanto aburrimiento me pegaría un tiro.

—¿A pesar de todas tus aventuras?

—Yo no tengo aventuras.

—¿Y qué hay de esa Ester?

Grein guardó silencio.

—¿Por qué te aburres tanto? Tienes familia e hijos, además de una casa preciosa. Gracias a Dios, disfrutamos de buenos ingresos e incluso algunos ahorros. ¿Has olvidado ya cómo luchaste en el *Talmud Torá* de Brownsville para salir adelante?

—No he olvidado nada.

—Al fin y al cabo, siempre dijiste que cuando consiguieras resolver la cuestión de ganarte la vida escribirías un libro.

—No tengo nada que escribir. ¿Qué sé yo que los demás no sepan? Me metí en un campo que estaba desahuciado de antemano. La filosofía lleva doscientos años muerta, incluso diría que nació cadáver. El enigma crece en lugar de disminuir, y no hay por donde empezar. No veo ningún rasgo de esperanza.

—¿Y la hija de Boris Makaver te lo va a aclarar todo?

—Con ella al menos puedo recurrir al olvido.

Lea apartó el plato de pescado.

—¿Y qué quieres que haga? Yo no sé distraerte. ¿Por qué te casaste conmigo si te parecía tan anodina?

—No me arrepiento, Lea. Te amaba entonces tanto como hoy. Eres la madre de mis hijos. Pero tienes que dejarme libre.

—Libre... ¿hasta qué punto? Más libre que tú no existe ningún hombre en Nueva York. Haces lo que te apetece y vas adonde te place. Créeme, no soy tan estúpida. Lo veo y lo sé todo, aunque en realidad ni siquiera te molestas en ocultármelo. Sin embargo, todo tiene un límite.

—El límite consiste en que, diga yo lo que diga o haga lo que haga, sigamos

siendo marido y mujer. Nada te obliga a divorciarte de mí. El tiempo no pasa en balde y si continuamos casados, tarde o temprano acabaremos juntos de nuevo.

—¿Cuándo? Tú no me engañas, Hertz. Como no piensas casarte con ella, quieres que yo siga siendo tu mujer. Pretendes tomarnos el pelo a las dos, a ella y a mí.

—Ya que hay que engañar, que sea a todos...

—En realidad sólo logras engañarte a ti mismo...

Él no contestó y Lea se acercó nuevamente el plato. Durante unos instantes, Grein se quedó contemplando la cabeza del pescado. Qué raro: ese pez había estado vivo, acaso también había sufrido. Si las almas vivían para siempre, como afirmaba el profesor Shrage, ese pez también debería recibir su cuota de inmortalidad. Grein observaba a Lea, siguiendo todos sus movimientos. Se sentía como un niño que admira a su madre. Cuánto tiempo había pasado desde su infancia. Su padre solía sentarse a la luz de la lamparilla de nafta a escribir con la pluma de ganso sobre un pergamino. Su madre, en paz descansara, pelaba patatas, raspaba zanahorias, amasaba la pasta para los fideos. Reinaba tal silencio en su ático que hasta se oía el rasgar de la pluma sobre el pergamino. Ellos dos, sin embargo, no eran ya más que polvo. Las llamas consumieron Varsovia, sus habitantes judíos acabaron en cenizas. Sólo quedó él, Hertz Dovid, un superviviente que ahogaba su pena en fantasías sexuales, palabras libertinas, deseos perversos. ¿Y qué otra cosa debía hacer? ¿Ponerse a rezar la plegaria de la tarde? ¿Alabar una vez más la misericordia de Dios y la merced que muestra hacia su pueblo de Israel?

Sonó el teléfono. «¡Es Anna!», exclamó una voz dentro de Grein. Se puso en pie de un salto, se golpeó la rodilla con una silla y ésta se volcó. Casi tropezó con la alfombra del pasillo. En su estudio reinaba la oscuridad y tardó unos momentos en encontrar el interruptor. Levantó el auricular con mano temblorosa y oyó una voz masculina que preguntaba por Anita. Grein se quedó perplejo. Era la primera vez que un hombre telefoneaba a Anita. «¿Ha llegado tan lejos? ¿Alguien quiere ya a mi hija?». Se dirigió a la habitación de Anita, pero estaba a oscuras y volvió para decirle a quien llamaba que ella no estaba en casa.

—¿Quizá quiere usted dejar algún mensaje? —preguntó.

—No, gracias.

El desconocido colgó. Grein se quedó un rato más con el auricular en la mano antes de volver a ponerlo en su sitio. No le había agradado ni la voz ni el comportamiento de la persona que había llamado. Le parecía que se trataba de un hombre de mediana edad y de personalidad dominante. Grein sonrió y sintió una especie de escalofrío: «Bueno, era inevitable... me pagan con la misma moneda...». Se sentó y observó fijamente el teléfono, como si intentara adivinar con sólo mirar el aparato si el de Anna estaba comunicando o si la línea había quedado libre. «No, está comunicando... Será mejor que espere... Contaré hasta cien...». Comenzó a contar, pero se interrumpió al llegar a veintitantos. «Vamos, tengo que ser paciente, paciente». Tiró del cajón y vio en su interior un manuscrito suyo, una de las

innumerables notas que había tomado mientras preparaba un libro sobre la Cábala.
Leyó:

El servicio a Dios implica en última instancia que Dios tiene necesidad del servicio del hombre. ¿Cómo concuerda esto con la integridad de Dios? Sólo existe una respuesta: por ilimitados que sean los poderes divinos, hay ciertas enmiendas que solamente el ser humano, dotado de libre albedrío, puede hacer a lo largo del tiempo. Porque el futuro pertenece al Ser Supremo tan sólo en potencia, no de hecho. Dios precisa del hombre para llevar a buen fin el drama del mundo...

«Sí, y todo eso ¿cómo concuerda con mis actos?». Levantó el auricular y de nuevo intentó ponerse en contacto con Anna. Fue en vano: la línea seguía ocupada. Le asaltó la extraña sospecha de que algún poder hostil mantenía ocupado el teléfono, una fuerza que deseaba destruirle, aniquilar todas sus alegrías, alejar a todos los que le eran más próximos. Se trataba del Enemigo que continuamente le saboteara, unas veces desde dentro y otras veces desde fuera.

VII

«Paciencia —se recomendaba Grein. Si no, me volveré loco del todo». Se dejó caer en el sillón, se puso cómodo e intentó relajarse, tanto en su interior como exteriormente. «Si la línea está ocupada, yo también estaré ocupado. Que sea lo que Dios quiera... Me imaginaré que soy un faquir y que esto es un árbol. He jurado quedarme aquí sentado hasta el fin de mis días; así, en serio. ¿Qué pasaría si me quedase en este sillón por siempre jamás? Al menos la lluvia no me mojaría. Incluso podría ganarme la vida desde aquí, el teléfono está cerca...». Grein cerró los ojos. Desde que era niño había jugueteado con estas fantasías. Siempre había querido esconderse en alguna parte: en una buhardilla, un sótano, una cueva, una isla. En los últimos años, había especulado con tener un yate amarrado en algún despoblado arrecife del Pacífico. Hubo un tiempo en el que habría deseado que Ester estuviera con él en aquel yate; en ese instante Anna había ocupado su lugar... «Oh, ¡ya estoy harto del invierno! Me gustaría viajar a un lugar de clima suave, cálido. Me tumbaría en una hamaca tendida entre dos higueras y leería un libro que explicase la esencia de las cosas, que aclarara los enigmas del ser, en vez de proponer todas esas vacuas teorías de la cognición que no conducen a nada...».

Sonó el teléfono y Grein se sobresaltó. Tenía la profunda convicción de que esta vez sería Anna. Se abalanzó sobre el auricular y lo descolgó de golpe. Por un momento perdió el aliento.

—¡Diga!

No hubo una respuesta inmediata y Grein empezó a gritar:

—¡Diga! ¡Diga! ¡Diga!

Reconoció la voz de Anna.

—Grein, ¿eres tú?

—Sí. Soy yo. —No logró añadir nada más.

—¿Puedo hablar contigo?

—Sí, habla con toda libertad.

—¿Estás solo?

—Sí.

—Deseo decirte que te quiero y que siempre te querré. —Anna hablaba con la brusquedad y la exasperación de quien tiene mucho que decir y poco tiempo para expresarse. No puedo encontrarme contigo hoy, pero soy tuya, tuya... Mañana iré a buscarte y ya no me separaré de ti...

Sus palabras se escurrían, como si alguien estuviera intentando interrumpirla o forzándola a alejarse del aparato.

—¿Por qué has colgado antes?

Anna guardó silencio durante unos segundos.

—Hertz, querido, no tienes ni idea de lo que está pasando aquí... Papá ha llegado... No sé cuándo volveré a estar libre esta noche...

—Bueno...

—Pero quiero que sepas una cosa: ni papá ni ninguna otra fuerza será capaz de retenerme.

—Tu teléfono ha estado comunicando todo este tiempo.

—Sí, ya lo sé. Papá ha estado hablando con el rebbe. Me están volviendo loca... Me encontraré contigo mañana por la mañana a las nueve. ¿Dónde? ¿Te parece bien Grand Central? No sé, tal vez podríamos irnos de Nueva York por unos días.

—Estoy a tu entera disposición.

—Espérame a las nueve. Si ves que no llego, ten por seguro que me he muerto.

—No digas tonterías.

—Esta situación de acoso tiene que acabar. Te quiero a ti y a nadie más. He de colgar. ¡A las nueve!

Se hizo el silencio.

Grein aún intentó decir una última palabra, pero oyó el zumbido del teléfono. Retuvo unos instantes el auricular junto al oído y luego colgó. «¿Qué estará pasando ahí? ¿Qué querrá Boris del rebbe?». Estaba de pie al lado de su escritorio, mirando a la pared. «¿No es extraño? Nunca me había fijado en el dibujo del empapelado; tiene rayas amarillas y marrones. Todo para contentar a la gente». Se le ocurrió que los adultos no recibían un trato distinto del de los niños: se les concedía toda clase de juguetes, menos lo que realmente deseaban. «Todo les está permitido: empapelados, alfombras, lámparas, cuadros, todo menos la mujer que aman». Echó una mirada al reloj. La espera hasta las nueve de la mañana siguiente le pareció despiadadamente larga. ¿Qué haría hasta entonces? Acababa de despertarse. ¿Leer? ¿Leer qué? ¿Ir al cine? La sola idea le produjo asco. Se acordó de Ester. Tenía que llamarla; debería haberla llamado el día anterior. No podía huir de ella sin más, como un ladrón. Pero ¿qué le diría? Se acercó a la puerta y la cerró. Al volver al escritorio, se detuvo junto a la estantería y se fijó de nuevo en los lomos de los libros, algunos profanos y otros sagrados. Todo estaba mezclado: una edición comentada de la Guemará, un diccionario alemán-inglés, una colección de fórmulas matemáticas del profesor Birklen, *La santificación de Levi*. «A propósito, ¿qué diría de todo esto rabí Levi Isaac de Berdichev?», se preguntó. Abrió el libro al azar y leyó: «He aquí que en el principio está el pensamiento y después viene el amor, y más tarde, cuando el amor ha cumplido su tarea, deja tras de sí una señal y una imagen...».

Grein frunció el ceño. ¿De qué clase de amor se estaba hablando? Desde luego, no de su amor por Anna. Aquellos judíos de los tiempos del rabí Levi conocían una única devoción, la inspirada por Dios. ¿Por qué amar a Anna cuando podía adorar al que la creó? ¿Por qué admirar una gota de agua cuando debajo de ella se extiende la inmensidad del mar? Ahora bien, cuando uno mismo no es más que una gota de agua, resulta difícil enamorarse de un océano; ése era el quid de la cuestión. Lo insignificante sólo puede amar aquello que también es insignificante...

Se acercó al escritorio y marcó el número de Ester, que enseguida atendió la

llamada.

—Ester, ¿qué haces esta noche? —le preguntó.

Ester tardó en contestar.

—Creí que ya habías olvidado que estoy en este mundo —dijo por fin.

—No olvido nada.

—Ibas a llamarme ayer.

—No pude.

—¿No hay teléfonos en Manhattan?

Grein permaneció en silencio.

—Bien, ¿qué quieres hacer? ¿Vendrás a verme?

—Sí.

—Bueno, pues ven. Espero que no hayas cenado todavía.

—Sí. No. Tardaré una hora. —Y colgó el auricular.

Empezó a deambular sin saber hacia dónde ni por qué. Se detuvo junto al armario empotrado y se puso a buscar una bolsa pequeña que le resultara fácil de llevar. Sabía perfectamente cómo iba a terminar la situación: si iba a casa de Ester, no volvería en toda la noche. Y como se había propuesto viajar con Anna a alguna parte, tenía que llevarse algunas cosillas. Al rebuscar entre las maletas, todas le parecieron demasiado grandes. Eligió la más pequeña, pero no estaba vacía. Contenía documentos y objetos que había perdido de vista, aunque no había echado en falta. Tiró de una corbata que había sido una de sus favoritas; también había una camisa limpia con el cuello arrugado y aplastado. Echó un rápido vistazo a los papeles y las cartas. «¿Cómo he podido olvidarme de todo esto?», se preguntaba asombrado. Vació la bolsa y metió algunas camisas recién lavadas, pañuelos, calcetines, un jersey. Sus actos eran inseguros, indecisos, similares a los de un actor que ensaya un papel que sólo más adelante tendrá que representar. «¿Es cierto que estoy abandonando mi hogar? ¿Es así como voy a romper con Lea? ¿Y qué sentido tiene esta visita a Ester? Esto ya es la locura absoluta...».

No obstante, recogió todo lo que consideraba necesario para un largo viaje: el talonario, la libreta del banco, el certificado de ciudadanía, la llave de la caja fuerte donde guardaba sus bonos y acciones. Se encaminó a la cocina, donde Lea ya había terminado de cenar y estaba fregando los platos. Se detuvo en el umbral.

—Lea, me voy.

La mujer volvió la cabeza. Muda, aturdida, le miraba con tristeza.

—¿Adónde vas? Piensas volver, ¿no?

—Sí, Lea. No seas tonta.

—Sí que soy tonta. ¿Qué debo decir si te llaman?

—Di que estoy de vacaciones.

—¿Por cuánto tiempo? Dios mío, estás destruyéndolo todo.

Y Lea volvió a sus platos en el fregadero. Él salió con la bolsa y cerró con suavidad la puerta del piso. «Bien, al menos no ha armado un escándalo —pensó.

Sintió una oleada de afecto por Lea y una profunda gratitud. ¡Ésta sí que es toda una mujer! ¡Una mujer como es debido! —clamó algo en su interior. ¡Nunca me divorciaré de ella! Éste es mi hogar, mi refugio». Llamó al ascensor, con la sensación de estar borracho o drogado. No, más bien era una especie de sonámbulo o una persona sumida en un trance hipnótico. Más allá de su sobriedad y de todos sus cálculos, siempre había algo acechando, algo irracional, desordenado, impuesto y, por lo tanto, imprevisto. Se dirigía a casa de Ester, sólo porque le aguardaba una larga noche invernal y no sabía cómo matar el tiempo...

En la calle hacía un frío terrible. El viento era cortante. ¿Debería tomar el coche? De repente le daba pereza conducir. Además, si Anna le había citado en Grand Central sin duda significaba que pretendía viajar en tren. Se subió el cuello del abrigo y corrió hacia el metro. Pensó que el asesino que pretende matar a su víctima o el suicida que va a acabar con su vida debían de encontrarse en un estado de ánimo similar.

VIII

Grein se asombraba de sus propios actos. Como si se hallara escindido y una mitad examinara a la otra. Una vez en la estación del metro, introdujo una moneda en la ranura y empujó el torno con el cuerpo. Las luces emitían un billón, un trillón de cuantos de energía que, tras golpear la retina de Grein, recorrían su nervio óptico y desencadenaban una reacción en las partículas de materia gris que llamamos cerebro. Los enormes titulares de la prensa nocturna con fecha del día siguiente divulgaban el caso de una joven que había muerto de un disparo el mismo día de su boda. Con su vestido de novia, su velo y su ramo de flores, embellecía la primera página. A su lado se hallaba la fotografía del perplejo acusado. Sus ojos saltones parecían preguntar: «¿Por qué me han convertido en un asesino? ¿Qué clase de papel es éste? Dios sabe que soy inocente».

Grein descendió por las escaleras y enseguida tomó el tren a Brighton. Qué familiar le resultaba todo: las sucias paredes verdes, las baldosas de color ladrillo rojizo, los papeles tirados por el suelo, las cáscaras de cacahuets, los deteriorados asientos de tela, las bombillas desnudas, los anuncios de calcetines, de sujetadores, de chocolate, de funerarias. Los pasajeros leían los periódicos recién impresos y mascaban chicle. Grein se veía atrapado en un sistema en el que todo estaba predeterminado. Se sabía el trayecto de memoria. En la calle Treinta y cuatro subirían a empujones grupos de mujeres que habrían estado a la caza de la ganga en los grandes almacenes, que esa noche cerraban tarde. En Union Square se produciría una nueva aglomeración. Pasado Canal Street, el tren emergería a la superficie durante algún tiempo y, a través de las ventanas oscurecidas por la noche, asomaría el lóbrego río, poblado de remolcadores que resoplarían cargados de carbón, piedras o camiones con mercancías. A lo lejos, vería pasar fábricas, salas de billar, aparcamientos. ¿No sería la vida entera un viaje como ése? ¿No sería Anna una estación de metro más en el ineludible recorrido por el tiempo?

Grein se fijó fugazmente en un hombre negro. Todo en él evidenciaba la irrevocabilidad de lo hereditario: la piel negra; la ancha nariz con fosas nasales amplias, adecuadas para respirar el aire húmedo de los trópicos; los gruesos labios; el cabello con rizos lanudos, como arbustos en un erial pedregoso. Su cuerpo estaba allí sentado, pero su espíritu paseaba por la selva africana. Observó a Grein con el mismo asombro espontáneo con el que sin duda sus antepasados habían contemplado a los negreros. Después, Grein examinó a una joven blanca que estaba leyendo y mascando chicle. El vestido se le había subido por encima de las rodillas. Aunque estaba más que saciado de amor y de sexo, Grein miró con insistencia aquella rodilla enfundada en una media de nailon, que la muchacha le servía en bandeja con provocativa indiferencia. De algún modo, se hacía la ilusión de que con ella el gozo sería diferente del que hasta entonces había experimentado con otras mujeres.

«¿Qué me está pasando? ¿Voy a seguir así hasta la muerte? —se preguntó. ¿Es

éste el máximo objetivo de mi vida?».

Alguien se levantó de un asiento situado en un rincón y Grein se apresuró a ocuparlo. Tenía que reconsiderar su situación. ¿Qué iba a decirle a Ester? ¿A qué acuerdo podía llegar con Anna? ¿Estaría dispuesta a ser sólo su amante y a llevar una vida parecida a la de Ester? Existía una gran diferencia entre las dos: Ester era bohemía por naturaleza, se había distanciado de sus parientes y se había ido a vivir a Brooklyn como quien se va a una isla. En cambio Anna tenía un padre, un marido, un entorno social. Las personas como ella solían provocar las más graves rupturas familiares.

Grein continuaba sentado en su rincón, entregado a sus elucubraciones. Su asiento estaba calentándose, porque habían encendido la calefacción en el vagón. Grein se imaginó acomodado junto a la estufa en el viejo *beit hamidrash*. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde sus días de estudiante de yeshivá? Los años se habían esfumado como un sueño. ¿Estaba seguro de que amaba a Anna? ¿Sabía alguien con certeza dónde termina el deseo y dónde empieza el amor? ¿No sería todo ese raciocinio una vulgar invención, un guiso de toda clase de hierbas, una mezcla de toda suerte de fantasías contadas y leídas?

El tren volvió a salir del túnel y pasó por encima de los patios interiores de Brooklyn: casitas, jardincillos nevados y farolas que resaltaban la oscuridad de la noche. Allí vivían y criaban a sus hijos personas de los más diversos grupos étnicos: judíos, italianos, polacos e irlandeses; negros y orientales. En esas viviendas, las culturas daban sus últimos coletazos y morían. Allí los niños crecían sin ningún patrimonio cultural, como Jack, como Anita. Sus padres espirituales eran los personajes de Hollywood, los de las novelas basura, los de la prensa amarilla. ¿Hasta cuándo duraría todo eso? ¿No iba a derretirse en el futuro el hielo de los casquetes polares elevando así decenas de metros el nivel de los océanos? ¿No desaparecería entonces toda la costa atlántica? Todo estaba construido sobre arena, sobre estratos inestables, sobre cimientos provisionales. En lo más profundo de Asia ya estaban poniéndose en movimiento nuevos bárbaros, tribus hambrientas dispuestas a devorar y a devastarlo todo a su paso.

«Pero ¿qué debo hacer yo? ¿Qué exige Dios a Hertz Dovid, el hijo del reb Jacob Moshe el Escriba? Mis hijos, Jack y Anita, ya están perdidos». Ni él les había enseñado los principios del judaísmo, ni ellos mostraban el menor interés en aprenderlos. Pronto se independizarían. Con Lea no tenía nada que comentar, salvo los pequeños detalles domésticos. Estaba totalmente absorbida por la tienda, las subastas, la búsqueda de buenos precios; por otra parte, sexualmente se mostraba fría hacia él. Grein se veía sumido en la cotidianidad, el materialismo y el aburrimiento. Creía en Dios, pero la fe no bastaba; le faltaba lo principal: la práctica ritual, el entorno apropiado, la disciplina de los abuelos y bisabuelos. No podía vivir sin Dios ni sabía cómo hacerlo con Él.

A un lado del tren apareció una avenida de Brooklyn, brillantemente iluminada,

con anuncios de neón, grandes almacenes con maniqués en los escaparates y riadas de automóviles. Al cabo de un momento aquel decorado desapareció y el tren se detuvo en la estación de Sheepshead Bay. Al bajar Grein, una fuerte ráfaga de viento le arrebató el sombrero y él logró cazarlo al vuelo. No podía ir a casa de Ester con su bolsa de viaje, así que la depositó en una consigna. Había pensado ir a pie, pero hacía demasiado frío y decidió tomar un taxi. La casa de Ester estaba cerca del Atlántico. Grein salió del taxi y pagó al conductor. En la semioscuridad, el mar emitía su eterno gemido, repetía su perpetuo flujo y reflujo. Las olas coronadas de espuma golpeaban el muelle, rompían y se retiraban con una tenacidad contra la cual el tiempo carece de poder, con la confianza de quien sabe que su victoria está asegurada.

La espuma saltó en el aire y Grein se limpió el agua salada de la cara. A lo lejos, en el horizonte, destellaba una luz. Desde Far Rockaway un faro proyectaba su rayo en la oscuridad. Grein miró fijamente una estrella solitaria que parpadeaba en el cielo. En contraste con él y con sus preocupaciones, la estrella representaba la eternidad. «Es una suerte que el cielo exista y que al menos podamos contemplar sus luces. Sin ellas los seres humanos quedarían sumidos en su insignificancia».

De la misma forma que no tenía claro por qué iba a casa de Ester, tampoco sabía muy bien qué le diría. ¿Debía revelarle la verdad? ¿Debía decirle que iba a despedirse? ¿Tan decidido estaba a romper esa relación? Había trastornado su vida: Ester podría haber encontrado un marido hacía tiempo de no haber sido por él. Grein había ido acostumbrándose a ella, tanto física como mentalmente. En los últimos tiempos su amor había entrado en crisis: se habían infiltrado en él la amargura, las quejas y las disputas de una pareja que no sabe vivir ni separada ni unida. Sin embargo, una cosa era discutir, hacer las paces y volver a pelearse, y otra muy diferente cortar por lo sano. Eso equivalía a la muerte. ¿Cómo romper, poner el punto final? Sólo Dios tenía fuerzas para ello.

Se detuvo a respirar el aire frío y salobre. Allí conocía cada edificio, cada árbol, cada arbusto. Con Anna en su propio apartamento de la avenida Lexington y él merodeando ante la casa de su antigua amante, Ester recobraba su protagonismo y Anna retrocedía al fondo de la memoria. Levantó la mirada al último piso y reconoció la silueta de Ester en la ventana iluminada, tras la persiana veneciana. Seguramente habría oído llegar al taxi y estaría esperándole, con la bendita fe de los engañados.

Grein no llamó al timbre, sino que abrió la puerta con su propia llave y entró. Enseguida la vio: estaba de pie, contemplándole con una mezcla de resentimiento y curiosidad. Ester, la culta hija de una ilustre familia de rabinos, nieta de sabios, toda una belleza que en su día había ganado premios en los bailes de sociedad, la exnuera de una familia rica, una mujer que pintaba, escribía poesía e incluso había intervenido en una obra teatral. Ester ya había cumplido cuarenta y tres años, pero conservaba toda su belleza. Seguía recogándose su sedoso pelo castaño en trenzas, y tenía el cutis pálido de una aristócrata rabínica, con una nariz clásica, grandes ojos grises que a veces se tornaban verdes, y un cuello que deslumbraba por su blancura y su

plenitud femenina. Aunque su busto era algo grande, su cintura seguía siendo estrecha. Aquella noche se había enroscado las trenzas, precozmente teñidas, alrededor de la cabeza; de sus orejas colgaban unos valiosos pendientes antiguos, herencia de su abuela. Un refinamiento y una gentileza poco frecuentes en esos días emanaban de su frente redondeada, de sus brillantes ojos y de su delicada boca, en la cual, incluso antes de que pronunciara palabra alguna, se apreciaba la finura de una mujer distinguida y de buen gusto. Grein suponía que Ester empezaría a quejarse, pues le había prometido que la llamaría y no lo había hecho. En cambio, Ester parecía hallarse en un estado de ánimo jovial.

—¡Ya está aquí el gran Casanova! Bueno, pequeño, acércate. No te quedes en la puerta, mamá no va a regañarte.

Se acercó a él y lo abrazó estrechamente para besarlo con avidez, como si nunca hubiese habido la menor rencilla entre ellos. Ester llevaba un vestido de seda y, encima, un delantal. En esto conservaba el estilo de su abuela, Ester Hadás, de la cual se contaba que solía envolver el *chólent* en un abrigo de piel atado con su pañuelo de cabeza a fin de mantenerlo caliente. Ester olía a cocina y a conserva de naranja. Levantó la mano y con destreza femenina quitó un pelo de la solapa de Grein sujetándolo entre el pulgar y el índice.

—¿Qué es esto? ¿Has estado con una morena?

—¿Ya empiezas de nuevo? ¡Tíralo!

—Veamos, veamos. Yo soy como Sherlock Holmes. No se me pueden ocultar todas las pistas.

Ester alzó el pelo para examinarlo a la luz de la lámpara. Grein se echó hacia atrás.

—¡Déjalo ya!

—Espera, espera. Negro como un cuervo. ¿Qué es eso? Una nueva amiga, ¿eh? Grein no contestó.

—Bien, sigamos adelante. Cuando me desperté esta mañana y vi la nieve, decidí prepararte avena según la receta de mi madre. Bajé expresamente para comprar champiñones secos. En Brighton no se consiguen; sólo hay una tienda que los venda. Tenías que llamarme ayer.

—Sí, ya lo sé.

—Claro que lo sabes. ¿Quién va a saberlo sino tú? Estuve todo el día esperándote. Cuando vi que anocheecía sin saber de ti empecé a preocuparme. De repente, a las siete, quizás incluso más tarde, vas y me llamas. Qué sentido tiene eso, ¿eh? Me has echado a perder el día.

—¿Y cómo estás?

—¿Que cómo estoy? No cambies de tema. Lo sé todo. Lo sé como si hubiese estado allí. Que no hayas encontrado tiempo ni para llamarme, es mala señal. Pero quítate el abrigo y siéntate a la mesa. Estás muy pálido. ¿Es que no has dormido esta noche? A mí, en cambio, en cuanto cierro los ojos me invaden los sueños. Apenas me

adormezco y ya estoy con mi padre. No lo entiendo. Yo quería también a mi madre, que en paz descansa. ¿Cómo no iba a quererla? Sin embargo, rara vez sueño con ella. Ya ves, siempre sueño con mi padre, en un día de fiesta, porque él lleva puesto el sombrero de piel y el gabán satinado. Me toma de la mano y habla conmigo de la Torá y de otros asuntos. Aunque luego no recuerdo sus palabras, conservo la sensación. Cuando intento acordarme, me vence de nuevo el sueño y él vuelve a estar conmigo. De verdad, Hertz, empiezo a pensar que todo esto no es simple casualidad. Tal vez ya haya llegado mi hora.

—No digas tonterías.

—¿Quieres lavarte las manos? Dame tu abrigo. No son tonterías. En mi familia morimos jóvenes. ¿Qué edad tenía mi hermana Royse? ¿Y mi hermano Jonathan? Sólo te pido una cosa, amor mío: que me incineren. No quiero descansar en un cementerio norteamericano. Mejor convertirse en cenizas.

—¿Qué te pasa Ester? Olvida todas estas monsergas.

—Siéntate. Empieza por el pomelo. ¿Para quién tendría yo que dejar un testamento? ¿Para mis hijos? A mi edad, mi madre ya tenía nietos; en cambio yo, desgraciada de mí, me entrego a aventuras amorosas. En cualquier caso, tú no me necesitas...

—De verdad, Ester. Si no paras de decir necedades me iré.

—Bueno, mejor dejamos el tema. Por ahora estoy viva. Estoy viva y siempre te echo de menos. Cuando me despierto por las noches daría cualquier cosa por que estuvieras acostado a mi lado. Sólo que hace tiempo que perdí las esperanzas. Entonces intento leer, aunque no hay nada que valga la pena. Antes un libro era un libro; en cambio ahora los escritores semejan troncos secos. Lo que escriben carece de interés, les falta lo esencial: el alma. Hertz, quiero decirte una cosa.

—¿De qué se trata?

—Que una mujer como yo, no la encontrarás nunca. Me echarás de menos, pero ya será demasiado tarde.

—¿Por qué hablas así?

—Porque sí. Soy la nieta de mi abuelo; también en mí hay un soplo del espíritu divino. Me buscarás, Hertz, pero no me encontrarás. Ambos procedemos de la misma raíz, y no nos podemos desarraigar. ¡El teléfono!

Ester corrió al aparato, que se encontraba en el dormitorio. Grein dejó la cucharilla y permaneció inmóvil, aturdido por las palabras de Ester. «No, no puedo decírselo; esta noche, no. Será mejor que le escriba una carta». Se levantó y se acercó a la ventana, desde donde se admiraba un jardín con tres árboles cubiertos de nieve. Un poco más allá, había otra casa con dos ventanas débilmente iluminadas: sus ocupantes estaban viendo la televisión. Sentadas en sillones, las figuras envueltas en sombras parecían totalmente absortas en la contemplación de la pantalla.

«He de tomar una decisión ahora mismo —se dijo Grein. Ester va a enterarse de todas formas. Esa amiga suya, Liuba, siempre está al corriente de todos los cotilleos.

¿Quién sabe si no está hablándole de eso en este momento? Y si es así, ¿qué debo hacer?, ¿negarlo? ¡Ay, ojalá no hubiese venido!».

Oyó que Ester se aproximaba.

—¿Qué haces ahí, junto a la ventana? ¿Qué estás mirando? Siéntate a la mesa. Ha llamado Liuba.

Grein sintió que de pronto se le secaba la garganta. Se volvió hacia Ester.

—¿Qué te ha contado?

—¿Qué? ¡Bah! Sus chismorreos de siempre. Quería empezar una larga charla, pero le dije que tenía que prepararte la cena. Cómete el pomelo. No es preciso que dejes restos en el plato para los discípulos, como si fueras un rebbe. ¿Qué te parece la nieve? Es un engorro, pero me encanta. Me trae recuerdos de casa, de la infancia, de todas las cosas buenas. En nuestra familia, las chicas también recibían monedas de Januccá. ¡Qué jaleo se armaba en nuestra casa por Januccá! Un festejo así no lo hay en el mundo entero. ¿Qué le ha pasado a la gente? ¿Dónde ha ido a parar aquella alegría?

—Se ha perdido; ya no existe.

—¿Por qué, amor mío? ¿Por qué? De vez en cuando ojeo la *Historia de los judíos* de Graetz. Allí se trata sólo de un asunto: persecuciones. Pero el mundo ha olvidado que los judíos también se regocijaban. Creo que si los judíos no hubieran sido un pueblo tan feliz, el mundo no les habría odiado tanto. Todo odio se origina en la envidia.

—Si eso fuera cierto, hoy en día tendrían que amarnos sin reserva.

—También en la actualidad son más felices los judíos que los gentiles. Algún resto de alegría ha quedado. Hertz, contéstame sin rodeos.

—¿Qué quieres preguntarme?

—¿Quién es ella? ¿Qué ha pasado? Ya no tengo edad para que me mientas.

—De verdad, Ester, no entiendo qué quieres decir.

—¿Ah, no? Bueno, de todas formas lo voy a averiguar. Una vez hicimos un trato: prometiste que, pasara lo que pasase, me contarías la verdad.

—No tengo nada que contarte.

—En ese caso, mi instinto me engaña. He preparado un caldo con arroz. A ti te gusta el arroz, ¿verdad?

—Sí.

—Otro día ya te prepararé la receta de mi madre.

IX

Después de comer, Ester sirvió dos vasitos de licor, uno para Grein y otro para ella, y encendió un cigarrillo. Hubo un tiempo en que no bebía ni fumaba, pero en los últimos años se había acostumbrado a fumar treinta cigarrillos al día y también tenía un pequeño bar con coñac, vinos y licores. En el pasado había asegurado que nunca bebería sola, pero también en esto había fracasado hacía tiempo.

Se sentó junto a Grein en el sofá con las piernas cruzadas, un cigarrillo en la boca y haciendo anillos de humo.

—¡Cuéntame un cuento! —le pidió a Grein de repente.

Grein sonrió.

—¿Otra vez un cuento?

—Sí, explícame algo. Vuelvo a la infancia y no puedo acostarme sin un cuentecito.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Algo que sea mordaz. ¡Que clave sus dientes en ti y te llegue al alma! Ya que Dios no creó nada bueno, tendremos que disfrutar de lo malo. ¿Quién sabe? Quizá lo malo es bueno. Hace unos días leí en una revista que un padre desnudaba cada noche a sus niños y les pegaba una paliza. No te lo creerás, Hertz, pero me excitó.

—Eres una sádica.

—Soy todo a la vez, una sádica y una masoquista. Si me ofrecieras un millón por ponerle la mano encima a un niño, no lo aceptaría. Para mí los niños son sagrados. Pero la mente humana es un mecanismo extraño. ¿De qué se nutre el hombre actual? Sólo del mal. En el cine hay disparos, en la radio se asesina, en las novelas se comete toda clase de atrocidades. La gente se acostumbra a ello, pero yo lo detesto. Me resulta odioso. Cuéntame algo picante.

—Más tarde.

—Más tarde no será lo mismo. ¿Qué habrías hecho si al abrir la puerta me hubieras encontrado muerta? Al fin y al cabo puede ocurrir. De hecho ocurre, aunque ojalá no fuera así.

—Me habría sentido muy desgraciado.

—No te pregunto acerca de tus sentimientos. ¿Cómo habrías reaccionado?

—Habría llamado a una ambulancia.

—¿Y qué habrías hecho en la noche de mi velatorio? ¿Con quién habrías estado? ¿Con tu esposa o con la otra?

—Ester, otra vez estás diciendo sandeces.

—No son sandeces. Las personas se mueren, caen como moscas todos los días. Cada mañana cuando me levanto me palpo los pechos para asegurarme de que no tengo ningún bulto. Mi madre murió de cáncer de mama, y éste será también mi fin. Lo sé con la misma certeza con que sé que ya ha caído la noche.

—¿Cómo estás tan segura? Te has vuelto hipocondríaca.

—Lo sé, lo sé. Cuando se está solo, pensando durante días enteros, es inevitable preguntarse acerca de la muerte. La mitad de mi familia falleció de muerte natural. La otra mitad fue asesinada por los nazis. En cualquier momento que te pares a pensar, te das de bruces con la muerte. A menudo me parece que yo también he muerto y que voy deambulando por el mundo de la ilusión.

—Ten cuidado, Ester, estás cayendo en una depresión.

—¿Qué es la depresión? La verdad es deprimente. Tú al menos te mueves; vas de aquí para allá. A mí me resulta difícil salir, me dan miedo las calles. Ya ni siquiera me gusta el mar. ¿Por qué ha estado oscilando adelante y atrás durante millones de años? ¿Cuánto tiempo va a seguir agitándose sin descanso? Yo también me doy cuenta de que regreso una y otra vez a los mismos pensamientos, y me avergüenzo de ello.

—¿Qué es lo que piensas, Ester? ¿Qué piensas?

—Oh, nada. Ideas descabelladas. Nos imagino yéndonos juntos a alguna isla; pienso que nos han mandado al exilio o algo así. Detesto el frío. Antes me gustaba el invierno, pero ya no lo soporto. Es mejor el calor. Realmente me gusta leer, pero los escritores de hoy tienen miedo a decir la verdad. ¿Por qué temen tanto a la verdad, eh?

—La verdad es horrorosa.

—¿Y no son las mentiras igual de horrorosas? Sé exactamente cómo actúas. Después de decirme a mí palabras dulces y cariñosas te vas con otra, y a ella le repites lo mismo o con ligeras variaciones. Te comportas así porque te aburres; sólo que yo estaría más aburrída con dos que con uno. Te lo pregunto por última vez: ¿quién es ella?

—Te lo ruego, Ester. Déjame en paz.

—Bien, un no es un no. Pero de todos modos lo averiguaré. ¿Qué hay de Boris Makaver?

—Lo de siempre. Es religioso y gana dinero.

—¿Y qué? Eso es ser listo: consigue lo mejor de este mundo y del otro. ¿Y su hija? ¿Estás embarcado en una aventura con ella, eh?

—¿Por qué precisamente con ella?

—¿Por qué no? La conociste cuando era una niña. No es feliz en su matrimonio y a sus ojos eres todo un héroe. En cuanto a ti, la pereza te impide buscar en otro lugar porque siempre te limitas a la ley del mínimo esfuerzo. Debería estar enfadada contigo, Hertz. Debería ser tu peor enemiga por todo el daño que me has hecho. Me has destrozado, pero me es imposible odiarte. No eres más que un niño grande y desamparado. Pisoteas a las personas como un chiquillo a los sapos o los gusanos. Tienes una mente lúcida y un día fuiste un niño prodigio, pero creo que piensas con un solo lado del cerebro. Al igual que es posible ver con un solo ojo, también se puede pensar con un solo hemisferio. Yo por mi parte, únicamente temo a una cosa: a la edad. No me refiero a los ochenta años. Para mí incluso tener cincuenta es ser vieja. Me gustaría vivir cinco años más, pero que fueran buenos. ¡Otra vez el

teléfono!

Ester abandonó la sala de estar. Estirándose sobre el sofá, Grein tomó el vaso de Ester y apuró el licor, al tiempo que terminaba de fumarse el cigarrillo. Luego cerró los ojos y se quedó quieto, sin pensar en nada.

«Bueno, seguro que la situación se resolverá por sí sola —pensó. El tiempo dirá. Un día los físicos descubrirán que el tiempo es una fuerza como la gravedad».

De pronto se echó a reír: cada vez que iba allí se repetía la misma escena. Ester iba poniéndose cada vez más melancólica, y se metían en la cama totalmente dominados por el pesimismo. Sin embargo, en cuanto se apagaban las luces, sus espíritus se reanimaban, como si fueran seres sólo capaces de vivir en la oscuridad. Empezaban los besos, las caricias, las palabras sensuales y la excitación: una intensa pasión rayana en la locura. Incluso la conversación sobre la muerte avivaba la llama. Aquel día, no obstante, Grein había dado un paso decisivo: había sentenciado a muerte un gran amor o una intensa atracción física.

Ester habló largo y tendido. Grein no alcanzó a seguir la conversación, ya que era sobre todo el interlocutor quien hablaba. Ester sólo dejaba escapar alguna exclamación, asentía, suspiraba o pronunciaba alguna palabra suelta. Aunque ella solía quejarse de su soledad, se relacionaba en Nueva York con personas de su confianza, amigos de su país de origen y allegados a los que la unían todo tipo de vínculos familiares. Recibía y hacía regalos y la invitaban a celebraciones. No, ni mucho menos estaba tan aislada de todo y de todos como quería darle a entender antes de acostarse. De hecho, ella era mucho más sociable que él. Sin embargo, su vínculo con Grein la había conducido a un callejón sin salida.

«Sí, tiene razón —reflexionó Grein. Yo pienso sólo con una parte de mi cerebro, podría decirse que en una sola dimensión. Mis planes nunca van más allá de un día».

Se le ocurrió apagar la luz. Ester era capaz de seguir charlando durante una hora entera, y en ese tiempo él podía echar un sueñecito; además, la luz era totalmente innecesaria. Se levantó y al pulsar el interruptor, la habitación resultó más acogedora. Oyó el bisbiseo del radiador, el murmullo del mar. En la ventana se reflejaba, blanca y rojiza, luminosa y oscura a la vez, la nieve del exterior. Grein se tumbó de nuevo en el sofá y permaneció en un duermevela, en la inmovilidad silenciosa de un animal al que se le hubiera liberado del yugo.

Debió de caer dormido, porque al entrar Ester se sobresaltó. Por un momento perdió la noción de dónde estaba.

Oyó la voz de Ester.

—¿Por qué has apagado la luz? ¿Te has dormido, eh?

—He echado un sueñecito.

—Bien, es lo mejor que se puede hacer. En la Biblia en yiddish de mi madre en uno de los comentarios se mencionaba que el sueño de los malvados es bueno para ellos y también para el resto del mundo.

Grein se puso inmediatamente en guardia.

—¿Así me he convertido también en un malvado?

—Sí, querido, un malvado. Más aún, un malvado que se precie no hace tales cosas.

En la oscuridad, Grein sintió que había palidecido.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué tenía que pasar? Pues que ya lo sé todo, todos tus tejemanejes. ¿Qué creías? ¿Que guardarías el secreto? ¿Que ibas a robar esa única noche para ti? Liuba ha vuelto a llamar. Todo el mundo habla de ti. Todo Nueva York, todo nuestro círculo, se entiende, está cotilleando sobre ti. Así es. —Y Ester se calló.

Grein no veía dónde estaba ella, si al lado de la puerta o sentada en un sillón. Le sobrevino la calma que sigue al final de una crisis. Al cabo de algún tiempo intuyó la silueta de Ester, petrificada en el umbral como una sombra, una imagen espectral semejante a las que seguramente invocaban los espiritistas y los médiums. La observaba con una mezcla de curiosidad y temor. Esa mancha en la que se entrelazaban las acusaciones, el desprecio y quizás el odio era Ester. Hizo amago de incorporarse, pero su cabeza, apoyada en el cojín del sofá, le pesaba extraordinariamente, como si hubiese sufrido una apoplejía.

—Qué, ¿no dices nada? —le preguntó ella.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Has abandonado a tu familia, ¿eh?

—Sí.

—Perfecto, enhorabuena. Durante años has alegado que no podías dejar a Lea, que le habías hecho un juramento o algo así. Y ahora resulta que ya te está permitido. ¿Quién te levantó el juramento? ¿Su padre?

—Esto no tiene nada que ver con su padre.

—Desde luego, eres aún más canalla de lo que yo pensaba.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Grein tras un breve silencio.

—¡Sí, vete! ¡Largo de aquí! Espera un momento, vuelvo enseguida.

Oyó que Ester entraba en el cuarto de baño dando un portazo. Escuchó atentamente. «¡Que no intente hacerse daño, no pido nada más!». Le llegaban el ruido del agua corriendo y el de una respiración entrecortada, como si Ester estuviera haciendo gárgaras tras la puerta. Luego reinó el silencio. Se quedó tumbado, mudo, tenso, vacío, expectante sin esperar nada, aun cuando la misma espera llenase el fluir del tiempo. Sus ojos iban acostumbrándose a la oscuridad y reconoció los contornos del escritorio, de la lámpara de pie, de los marcos de los cuadros. Nada le resultaba extraño. La mayor parte de los objetos eran regalos suyos. «¿Qué estará haciendo ahí dentro? ¿Por qué tarda tanto?», se preguntó. Quería levantarse, llamar a la puerta del cuarto de baño, reprender a Ester, pero sintió que le pesaban las piernas. Durante los minutos en que había dormitado, mientras Ester hablaba por teléfono, sus últimas fuerzas le habían abandonado. Apenas si conseguía mantener los ojos abiertos. Una idea cruzó por su mente: «Ésta sería una buena ocasión para morir». La puerta del

cuarto de baño se abrió y Ester se situó de nuevo frente a él.

—Hertz, esta noticia me cae como un hachazo.

Grein pareció encogerse.

—Te lo ruego, Ester, espera un momento.

—¿Qué es lo que debo esperar? Bueno, voy a lavar los platos. —Y entró en la cocina.

«¡Qué raras son las mujeres! —pensó. ¿Ahora se va a fregar los platos?». Sin embargo, no le había mentado. Estaba colocando ruidosamente la vajilla bajo el agua del grifo. Grein cerró los ojos. «Que se haga el silencio, el silencio. Que siga fregando así los cacharros durante setenta años, como aquel judío de los cuentos fantásticos». Soñaba despierto y acudió a su mente la idea de que, por más que estuviera en una habitación a oscuras con los ojos cerrados, seguía llegando demasiada luz. ¿O acaso ese brillo procedía de su interior? El bisbiseo del vapor del radiador se convirtió en un canturreo. El calor le envolvía como una manta. Ante sus ojos algo se movía, temblaba, intentaba tomar la forma de una pequeña bola surgida del caos original, la primera molécula que puso en marcha el universo. Se encendió una aureola dorada, una pupila deslumbrante, una incandescencia que no era imaginaria ni real, sino que existía en una cuarta dimensión. ¿Se trataba de un espejismo? ¿Tenía sustancia o carecía de ella? «Se lo contaré al profesor Shrage», decidió. Su cuerpo se hacía más pesado y su cabeza se hundía en el cojín como una piedra. Los dedos de su mano parecían hincharse. Recordaba una experiencia parecida cuando, siendo niño, enfermó de fiebre tifoidea y estuvo internado en el hospital de la calle Pokorna.

Ester seguía lavando, salpicando, ajetreándose sin moverse de su sitio, como un animal enjaulado. Había algo demente en toda esa actividad. De repente apareció de nuevo a su lado.

—Hertz, ¿estás dormido? —preguntó con una voz entre rota y tierna.

—No, querida.

—¡No me llames querida! Hertz, quiero preguntarte algo, pero tienes que decirme la verdad.

—No me quedan fuerzas ni para contar mentiras.

—La quieres, ¿no?

—No lo sé.

—¿Qué es entonces? ¿Una atracción puramente física?

—Ya no sé nada.

—¿Puedo tumbarme a tu lado un rato?

—Sí, ven aquí.

Con cuidado, Ester se acostó a su lado. El sofá era demasiado estrecho para los dos y los muelles protestaron. Grein sintió el peso de Ester, la masa que es atraída por la gravedad hacia la tierra. Se oyó un rumor de intestinos; ¿eran las vísceras de él o las de ella? ¿Qué extraño le resultaba no notar la diferencia entre uno mismo y el

otro! Tuvo que apretujarse contra el respaldo del sofá para dejarle sitio, pues ella podía caer rodando en cualquier momento. La rodeó por la cintura con una mano protectora, y al sentir su pecho contra él, pareció recobrar fuerzas.

—Hertz, ¿recuerdas que una vez quisimos morir juntos?

—Sí, lo recuerdo.

—Ahora, yo estaría dispuesta...

Al principio Grein no contestó. Parecía estar ponderando el significado de esas palabras.

—Bueno, yo tampoco me siento muy lejos de ello...

—¿Recuerdas que una vez abrimos la llave del gas y nos sentamos en la bañera juntos?

—Sí, sí...

—No, Hertz, tú no tienes por qué morir.

Y Ester se apretó aún más contra él. Estaba casi encima. Grein quiso pedirle que se apartara un poco, pero no llegó a hacerlo. Cada palabra suponía un esfuerzo. Tenía un solo deseo: aplazar, esperar, dar tiempo al tiempo. ¡Cielos! Tenía que dormir un momento al menos. Nunca se había sentido tan cansado, luchaba contra una fatiga pétrea que le entumecía las extremidades. En tal estado, un hombre es capaz de dormir hasta sobre la acera, en el lodo, en pleno campo de batalla.

No obstante, Grein sabía que esa noche no hallaría descanso. Ester no le permitiría marcharse. Pasaría la noche en vela, como siempre hacía en períodos de ansiedad. Durante un buen rato ambos permanecieron acurrucados, lánguidos, desconsolados. Dos animales apaleados que habían estado desgarrándose y mordiéndose durante tanto tiempo que habían quedado medio muertos, sin rabia, sin agravios pasados: dos masas inertes. Respiraban con pesadez, desacompañadamente, lo que evocaba a Grein el ganado en un matadero.

—Hertz, ¡esto es el fin! —murmuró Ester de pronto.

Lea también había pronunciado esas palabras aquella misma noche, y en un tono de voz idéntico. El paralelismo le dejó helado, hechizado. Sintió un nudo en la garganta y optó por dar la misma respuesta que antes.

—Pues si es el fin, que lo sea.

Le asaltó el oscuro presentimiento de que había sellado su propio destino.

—Hertz, ¿qué te ocurre? ¡Estás dando muerte a un gran amor!

Grein no contestó y se sumió en un sopor. Ester también parecía estar rindiéndose al sueño. Yacían como dos bandidos en una cueva, con cuentas pendientes el uno con el otro, olvidados de Dios, repudiados por las personas decentes. Mas cuando Grein se quedó dormido, Ester le despertó.

—Hertz, tengo que decirte una cosa.

—¿De qué se trata?

—Hertz, hasta ahora no he hecho nada por mi conveniencia; siempre me he sacrificado por amor. Para mí el amor ha sido lo más sagrado de este mundo. Cuando

mi padre, que en paz descansa, se empeñó en que me casara con ese Píniele, me pasaba las noches llorando. Literalmente empapaba el lecho con mis lágrimas. Cuando tú apareciste en mi vida me sentí dispuesta a arrojarme al fuego por ti. No son simples palabras, Hertz. Por ti habría ofrecido mi cuello al cuchillo sin pensarlo dos veces. Morir por amor era mi ideal. Pues bien, ahora he decidido que ya basta. En el gueto había un judío devoto que se pasaba el día recitando salmos. Se llevaron a toda su familia a los hornos crematorios y él, encogido en algún agujero, siguió rezando de memoria y estudiando. Ya conoces la justificación: Dios sabe lo que hace. Hemos pecado. En el mundo venidero habremos de expiar nuestra culpa. Durante meses aquel hombre estuvo sentado en un sótano, con algunos judíos más, todos ellos muriéndose de hambre. Al final llegó un día en que rompió en pedazos sus filacterias, escupió sobre ellas y las pisoteó, gritando: «Dios, ¡no quiero servirte más! ¡Eres peor que Hitler! No te necesito ni a ti ni a tu paraíso, ni a tu mundo venidero». Lo destrozó todo: su *tsitsit*, sus libros de oraciones, todo. Luego salió de su escondrijo y se dejó detener por los nazis. Liuba me contó el caso, precisamente mi amiga Liuba. Yo haré lo mismo, Hertz. ¡Ya no quiero más amor! ¡Escupo sobre él! Si esto es amor, más vale la prostitución. Haré algo malo, Hertz, algo tan malo que reirás y llorarás y escupirás.

—¿Qué vas a hacer?

—Una estupidez muy grande, enorme.

X

El reloj marcaba las tres y cuarto. Grein cerró la puerta de la casa de Ester y bajó la escalera. «Esto es el fin, el fin», se decía, repitiendo las palabras de su amante. Había helado durante la noche. Desde el mar soplaba un viento cargado de nieve que golpeaba, como las olas, cuanto encontraba en su camino. El cielo, tenuemente iluminado, parecía cernerse sobre él. Las farolas alumbraban sólo su propio aislamiento. Grein se subió el cuello del abrigo y anduvo hacia el tren elevado de Brighton. Ester le había echado de su casa.

—¡Vete y no vuelvas nunca más! —había insistido tras darle un último beso. ¡A partir de hoy seremos enemigos! ¡Enemigos de sangre!

En la plataforma elevada, aguardaba el tren que debía venir de Coney Island, pero las vías permanecían silenciosas. Caminó de un lado a otro para entrar en calor. ¡Qué tranquilo y desierto estaba todo ahí abajo! Las tiendas de la avenida habían echado los postigos. En las calles laterales, la oscuridad de la medianoche había cegado las ventanas. Todo dormía: los comerciantes, los compradores, incluso el mar parecía respirar somnoliento. Una ráfaga de viento levantó una hoja de periódico y la hizo girar y revolotear hasta echarla a rodar de un modo extraño sobre el pavimento; como si hubiese sido zarandeada de un lado a otro por demonios, y éstos la hubiesen metido en algún pozo del gehena reservado exclusivamente para el papel. Por un momento, quedó adherida a una columna del tren elevado, buscando protección frente a su torturador. Sin embargo, pronto se vio arrancada y lanzada de nuevo a volar, perseguida por huestes invisibles. Grein se acercó a una farola para consultar su reloj. Habían pasado veinte minutos y no había señal de ningún convoy. «¿Quién sabe? Quizá no haya servicio nocturno».

El frío le entraba por las mangas, por el cuello, por las perneras. Encorvado de agotamiento, se acercó a un rincón resguardado del viento en el que había una báscula. Durante un minuto cerró los ojos y se comparó con un caballo cansado que, aun en pie, echa una cabezada. «Qué se le va a hacer, ¡según cómo te haces la cama, así duermes!», se dijo. Temblando de frío, apretó la espalda contra la pared. ¿Adónde ir? Encontraría algún hotel en aquel barrio, pero ¿dónde?

De pronto se oyó un estrépito y el tren hizo una entrada brusca, iluminando las vías con sus faros. Circulaba en el sentido contrario, con pasajeros que venían de Manhattan o sabía Dios de dónde. Aunque no era el que esperaba, le sirvió de cierto consuelo, pues si venían trenes desde una dirección, también irían hacia la otra. En su mente, Grein asoció este pensamiento a la idea jasídica y cabalística de que el espíritu del mal es un testimonio de la existencia de Dios. Si hay un lado izquierdo, siniestro, tiene que haber también un lado derecho, radiante.

Un único pasajero descendió del tren y desde el otro lado de la vía dirigió una mirada a Grein que parecía decir: «Yo vengo y tú vas... así es la vida». «¿Adónde irá él? ¿Tendrá también alguna Ester cerca de aquí?». Quizá vaya a ver a la misma Ester,

le susurró un duendecillo malicioso. Acaso Ester hubiera tenido durante todo ese tiempo otro amante y éste la hubiera llamado mientras Grein dormía.

En ese momento, llegó el tren procedente de Coney Island. En el silencio de la noche se apreciaba su poderoso rugido, la fuerza de sus ruedas, el brillo de sus luces. Las puertas sisearon al abrirse, con el derroche de unas fuerzas que no juzgan, sino que reparten su don por la gracia de Dios. Grein se apresuró a entrar, como si temiera que las puertas se arrepintiesen y se cerraran antes de tiempo. Se sintió envuelto por el calor y buscó un asiento junto a un radiador. Estaba solo en el vagón, y eso le asustaba, al mismo tiempo que le daba la satisfacción de sentirse amo y señor. Le recordaba los tiempos de su juventud, cuando los viernes por la noche, después de la cena del *shabbat*, acudía al *shtibl* jasídico en su mismo patio de la calle Smocza, y allí todos los bancos, todas las mesas, todos los libros sagrados, todas las velas y el candelabro de seis brazos le pertenecían en exclusiva.

En Sheepshead Bay subió un borracho que se sentó frente a Grein e intentó soltar un discurso político. Por su parloteo Grein sospechó que peroraba contra los judíos. Mencionaba continuamente el nombre de Morgenthau, a pesar de que el estadista había dimitido tiempo atrás. Sus ojos furtivos, de mirada desenfocada, parecían decir: «Para un borracho no existe la Constitución... A mí me está permitido lo que para los demás está prohibido».

Sólo entonces Grein reparó en que el tren no estaba cruzando sobre el puente, sino que circulaba por el túnel. En cada estación entraban nuevos pasajeros, la mayoría negros de mirada extraviada, ataviados con abrigo de piel, gorras de visera, botas de agua alta, y la ropa gastada de quienes se dedican a trabajos duros. Había un obrero que parecía el estudio para un retrato simbólico del sino del proletariado. Corpulento, fornido, sucio, peludo, con mugre bajo las uñas y un dedo índice mutilado, llevaba sujeta una caja de latón con su almuerzo. Sus ojos reflejaban el triste silencio de quienes sobrellevan una pesada carga, sin premio ni esperanza. En el vagón sólo viajaban hombres, ni una sola mujer. Todos estaban callados, absortos en sus pensamientos nocturnos.

Grein se apeó en Times Square. ¡Qué misterioso parecía ese lugar en la madrugada invernal! Al circular los coches sólo producían un mortecino susurro. Las ventanas de los inmensos edificios estaban a oscuras. Un retazo de cielo reverdecía lentamente como un pequeño prado. El aire era frío y puro. Un borracho pasó tambaleándose con el aire de quien busca a alguien a quien acosar. A ojos de Grein, en ese insólito silencio todo adquiría una dignidad europea: los edificios, las farolas, los rótulos sobre las tiendas, el brillo del autobús iluminado. El aliento divino soplaba de nuevo sobre Nueva York. Grein se dirigió a un hotel en la Octava Avenida. Le dieron una habitación y se acostó inmediatamente. Sin molestarse siquiera en apartar la colcha, apoyó la cabeza sobre la almohada, pero tardó en conciliar el sueño debido a los ruidos y los murmullos del pasillo, y también a los de la ciudad, que ya empezaba a despertarse.

Finalmente se durmió, pero a las siete y media sonó el teléfono. Había pedido que le despertaran para no llegar tarde a su cita con Anna. Aunque la habitación se hallaba a oscuras, había una luz en la ventana de enfrente, donde una joven se ocupaba de su aseo. No había bajado la persiana. Sin pudor alguno, se paseaba completamente desnuda, como en tiempos del Diluvio. Primero exhibió su cuerpo por delante y luego por detrás. Levantó los brazos como si fuera a practicar algún ejercicio gimnástico, se agarró la cabeza y bostezó. Luego se acercó a la ventana y, despacio, fue bajando la persiana, con el porte de una actriz que baja el telón tras su propia actuación. De repente, Grein se sobresaltó. La noche anterior había viajado en tren hasta Coney Island y allí había dejado su bolsa de viaje en una consigna, pero a la vuelta la había olvidado. Ni siquiera se había acordado del tema al acostarse. Las últimas veinticuatro horas le habían desconcertado por completo. Enseguida se había acostumbrado a dormir con la camisa puesta y pagar por adelantado en un hotel.

Solamente había una posibilidad: vestirse deprisa, viajar a Coney Island, recuperar la bolsa y volver a Grand Central. Si todo iba bien, no le llevaría más de hora y media. Sólo más tarde, cuando ya se hallaba sentado en el metro, se le ocurrió que su decisión era una insensatez, absurda y descabellada: podría haber hecho el mismo viaje con Anna y haberse ahorrado las prisas y el nerviosismo. También podría haber abandonado la bolsa y haberse comprado un pijama nuevo y algunos artículos de aseo. Para cuando llegó a estas sabias conclusiones, el tren había recorrido la mitad del trayecto. Había cometido una estupidez, pero, según las teorías de Freud, el motivo debió de ser su deseo subconsciente de aplazar el encuentro, o quizás incluso de escapar y cancelarlo por completo. Le resultaba extraño y ciertamente penoso viajar de vuelta a Brooklyn, al Brooklyn de Ester.

I

Anna abrió los ojos. El sol, ya alto en el cielo, la había despertado. La ventana daba al este y la bola de fuego había ido subiendo desde el East River, iluminando su habitación como si de una lámpara celestial se tratara. El rostro sin afeitar de Stanislaw Luria había adquirido un tono violáceo, sobre sus párpados cerrados se cruzaban líneas oscuras y tenía la boca hinchada. A Anna le evocaba la imagen de un hombre asesinado, cuyos labios estuviesen preguntando sin palabras: «¿Qué he hecho yo para merecer este castigo?». A la luz del sol, las acuarelas de la pared expresaban el sentido que quiso darles el artista. Daban la impresión de plasmar a la vez la salida del sol y el ocaso, como si en la mañana invernal el amanecer y el crepúsculo coincidieran.

Anna había dormido tan sólo dos horas, pero se despertó descansada y en cierto modo purificada. Se acordaba de todo: de los gritos de Luria jurando que jamás le concedería el divorcio, aunque le ofrecieran todo el oro que el Tío Sam guardaba en Fort Knox, y también de las advertencias y amenazas de su padre. Después de telefonar desde la casa a su rebbe de Williamsburg, Boris había dado a Anna dos opciones: irse con Grein, en cuyo caso la desheredaría y la repudiaría como hija, o bien jurar sobre el Pentateuco y por las cenizas de su madre que nunca más se relacionaría con ese hombre. Boris Makaver había ido a buscar su talonario, había estampado su firma en un cheque en blanco, y se lo había puesto en la mano.

—¡Escribe la cantidad que quieras! —Corría furioso por el apartamento, sujetándose la cabeza y gritando—: ¡Tienes dos opciones: un padre, riquezas y además el mundo venidero, o bien pudrirte en algún rincón del Bowery! ¡No olvides mis palabras! —Y mientras, señalaba el lado izquierdo de su pecho, donde se encontraba el corazón.

Anna era consciente de que las emociones fuertes podían acarrearle consecuencias desastrosas. Tenía la tensión alta y ya había sufrido un infarto en La Habana.

Sí, Anna pronunció el juramento que le pedía su padre. Cayó en sus brazos, derramó lágrimas sobre Boris, le besó las manos y exclamó:

—Papá, tú eres lo que más quiero en esta vida.

—Hija mía, me lo agradecerás en este mundo y también en el venidero.

La voz profunda de Boris se había tornado ronca por el llanto. Se encerró en el

cuarto de baño y Anna lo oyó toser y sollozar durante un buen rato, a pesar de que había abierto los grifos para disimular sus lamentos de angustia.

Eran casi las dos de la madrugada cuando su padre por fin les dio las buenas noches y se marchó a su casa. Sólo entonces empezó Luria a montar en cólera. La esencia de sus quejas y amenazas era que por esa vez iba a perdonarla, pero en adelante no permitiría que Grein pusiera los pies en su casa. En pleno ataque de furia agarró una camisa y la rasgó por la mitad. Pataleaba, gritaba como un poseso, rompía ceniceros, vasos, todo lo que caía en su mano. Aún peor que su ira fueron los intentos de hacer las paces. La cólera se trocó en deseo y corrió detrás de Anna hasta que ella, en su fuga, estuvo a punto de romperse una pierna. Trató de forzarla, pero en el último momento perdió su potencia viril. Desbarraba como un loco y hasta intentó beber yodo. Entonces sintió un fuerte dolor en el pecho y Anna estuvo en un tris de llamar a una ambulancia.

La noche transcurrió como una pesadilla. Sin embargo, unas tres horas de sueño bastaron para cerrar las heridas. Anna estaba sentada en la cama. Veía la ropa de Luria esparcida sobre la alfombra y un zapato de hombre tostándose sobre el radiador. También las cosas de ella estaban desperdigadas. El cuarto ofrecía el aspecto de un campo de batalla. El sol bañaba la estancia de púrpura y de la corbata de Luria parecía manar un hilo de sangre. Anna se levantó de la cama y entró sigilosamente en la sala de estar, donde aún se prolongaba la oscuridad de la madrugada, evitando pisar los trozos de cristal. Durante la noche había nevado, ya que la avenida Lexington estaba cubierta de blanco y ni siquiera los camiones que por allí circulaban las veinticuatro horas del día la habían ensuciado. La nieve se amontonaba sobre los tejados, sobre los balcones, sobre las escaleras de emergencia, teñida de un azul noche.

Las tiendas estaban cerradas y no se veía ningún transeúnte. Los faros y las luces de posición de los camiones arrastraban consigo el ayer. Vestida con un camisón escotado, Anna estaba asomada a la ventana, donde nadie podía verla excepto quizá Dios, el mismo Dios por el cual ella se veía obligada a renunciar a Grein y quedarse con Luria.

Le apeteció un café. Ya que todas las esperanzas se habían evaporado tenía que vivir con el presente. Encendió la luz de la cocina y puso la cafetera al fuego. Normalmente evitaba los dulces y rara vez probaba las tartas o las galletas y bizcochos que tanto gustaban a Luria, pero desde ese día pensaba comer todo lo que le viniera en gana. Sacó un bizcocho y se sirvió una generosa porción. «¿Quizá debería rezar la bendición? —se le ocurrió. Pero ¿cuál era la que se pronunciaba al comer un bizcocho?». De todas las que se hallan incluidas en los preceptos sólo se acordaba de dos: «Tú que produces el pan de la tierra...» y «Tú que todo se hizo según tus ordenanzas...». Bueno, daba igual. ¿Acaso era posible que Dios escuchara cada bendición, cada palabra que las personas pronuncian? ¿Le importaba a Dios que ella recibiera de Luria un trocito de papel donde se reconociera lo que la gente llama

divorcio? Dios no podía ser tan mezquino ni estar tan inmerso en papeleos triviales. Todo eso no era más que un invento de la imaginación humana. Sin embargo, puesto que su padre creía en ello, se moriría de pena, y ella no estaba dispuesta a permitir tal sacrificio. Tampoco dejaría que su patrimonio pasara a manos de extraños. Anna se sirvió el café y agregó leche. La ventana de la cocina daba a un patio donde había muchas ventanas iluminadas. Se veía mujeres en bata, atareadas junto a la cocina de gas o la nevera, y también hombres que ya estaban desayunando para salir temprano a sus negocios u oficinas. Una mujer, armada con una fregona, limpiaba un suelo de linóleo.

«No sabía que la gente madrugara tanto —se sorprendió Anna. ¡Ah! El yugo que hay que soportar... no es fácil ganarse el pan. Bueno, ¡por lo menos he pasado una noche con él! —se consolaba. Ocurra lo que ocurra, esa noche siempre me pertenecerá, nadie podrá arrebatármela».

Anna sorbía despacio su café caliente, bebiendo y dormitando, dormitando y bebiendo. «Estoy cansada, muy cansada», se dijo. Decidió volver al dormitorio, pero el mero hecho de pensar que Luria dormía allí le repugnaba. Había acumulado una fuerte aversión hacia él y ya no soportaba aquellas bolsas bajo sus ojos ni su áspera voz. La idea de que al despertarse volviera a desearla, la llenaba de pavor. «¡Si al menos me quedara sola! ¡Ojalá se muriera! ¡Qué dicha sería para mí! Papá aprecia a Grein. Sería feliz teniéndolo como yerno».

Anna se estremeció. «Pero ¿qué me está pasando? No debo desear la muerte a nadie. ¿Es acaso culpa suya que yo no lo soporte? Dios mío, si fui yo la que corrió detrás de él, fui yo la que se enamoró perdidamente de él. —Anna recordó aquel episodio de su pasado con vergüenza. ¡Ay! ¡Qué torcido y desquiciado es todo esto!».

Aunque en la calle reinaba la oscuridad, ya no era tan temprano. Si quería reunirse con Grein a las nueve en Grand Central para decirle lo que debía decirle, tendría que darse prisa. Pensaba contárselo todo, toda la verdad. «¿Quién sabe? A lo mejor, incluso será un alivio para él. No es fácil abandonar a una familia». Ahí sentada, sujetando la taza de café, Anna experimentó la extraña sensación de que la noche anterior le había llegado la vejez y que ya no poseía más que esa taza de café. Le vino a la memoria Varsovia y su tía Sara Itte, cuya cocina se llenaba de mujeres judías de avanzada edad, a quienes ofrecía achicoria y una rebanada de pan. Agradecidas, ellas saboreaban la bebida caliente, sorbo a sorbo, mojando los duros mendrugos y masticándolos con sus bocas desdentadas. Anna se sentía como una de esas ancianas.

Entró en el cuarto de baño, llenó la bañera y se despojó del camisón con la euforia de una mariposa al salir de su capullo. Contempló su imagen en el espejo. No, su cuerpo seguía siendo joven; su pelo tan negro que cobraba reflejos azules. Los pechos conservaban su firmeza; las caderas, su esbeltez. Aunque cansados, sus ojos brillaban llenos de vida. Se hizo un guiño a sí misma. «Por lo menos, le he puesto los cuernos —se recreaba pensando en Luria, con el gozo que produce la desgracia ajena. ¿Quién

sabe? Esto todavía puede llevar a un divorcio. Él no va a superarlo tan pronto». Anna se avergonzaba de sus pensamientos, pero se consideraba incapaz de contener el júbilo que le inspiraba el haberse entregado a Grein. Conservaba la memoria de aquella noche como un regalo, una piedra preciosa, un recuerdo con el que animarse el resto de su vida. ¿Y el gehena? ¡Ya podían ponerla a ella sobre un lecho de clavos!

Anna se metió en la bañera y comenzó a enjabonarse, a lavarse y frotarse con una esponja. La noche con Grein había despertado en ella curiosidad hacia su propio cuerpo, cuyos encantos había elogiado él con tanto fervor. La había comparado con una pantera, maravillado ante su capacidad de besar apasionadamente durante varios minutos, sin perder el aliento. Había encontrado en ella méritos que sólo un hombre es capaz de identificar y valorar.

—¡Oh, le quiero! ¡Le quiero! —dijo Anna en voz alta. Más que nunca.

De pronto se le ocurrió que después de haber hecho este sacrificio por su padre había dejado de amarle. Aquella renuncia la había consumido. Se sentía en paz con su padre y con el mundo.

II

«¿Qué debería ponerme? —se preguntó Anna. ¿La piel de castor? ¿El abrigo azul?». Acudía a la cita sólo a decir a Grein que todo había concluido, pero también quería gustarle esta última vez. «¡Que al menos sepa que ha perdido una bella mujer!», se dijo. Anna sacó la piel de castor y se colocó sus pendientes de diamantes. Actuaba despacio; después de poner fin a todas sus prisas, la calma se había apoderado de su mente, de su alma, hasta colmarla por completo. Había finalizado un largo período de tensión, una situación que se había prolongado casi dos años. Veintitrés años antes, a la edad de once había pasado por una experiencia semejante, cuando el entierro de su madre puso fin al deambular de los médicos, las promesas de los rebbes jasídicos, los conciliábulos de profesores. Todo quedó silencioso y vacío. En tal estado de ánimo, pensaba Anna al cabo de los años, uno puede entregar su alma sin necesidad de sufrir ninguna enfermedad, sólo porque el corazón ya no encuentra un motivo para seguir latiendo. No obstante, también podía ocurrir lo contrario: que ella continuara viviendo indefinidamente hasta convertirse en una momia arrugada y reseca, como uno de esos esqueletos que se sientan en los vestíbulos de los hoteles, mientras el tiempo se congela a su alrededor.

Anna abrió un cajón de la cómoda y empezó a rebuscar, pasando objetos de un bolso a otro, sin apenas prestar atención a lo que hacía. Luria salió del dormitorio, sin afeitarse, con el pijama abierto mostrando su velludo pecho, la protuberante barriga y las piernas demasiado cortas para su cuerpo. Con paso lerdo y resoplando como un animal, se acercó a Anna. Bajo las pobladas cejas, sus ojos llameaban de furia.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—Ya lo sabes. Te lo expliqué todo ayer.

—¿Cuándo piensas volver?

Sin esperar respuesta entró en el cuarto de baño y se sonó furiosamente la nariz. Al parecer allí continuó con sus destrozos, rompiendo una botella o un vaso.

«¡Cómo le odio! ¡Cuánto me alegraría si pudiera librarme de él!», pensó Anna. Invasión por la cólera dio rienda suelta a una fantasía: Luria y Lea, la esposa de Grein, se mueren el mismo día... Ella se encuentra con Grein por la tarde, después de los entierros. Ambos lloran y se besan... y a continuación él se muda a su piso.

Anna salió del apartamento. «Está bien, no iba en serio, no lo pensaba en serio. Que Luria tenga buena salud —se justificaba a sí misma ante los invisibles poderes que escuchan los pensamientos humanos—, y, desde luego, no le deseo ningún mal a la esposa de Grein». Al llegar el ascensor, reparó en que el ascensorista era el mismo que hacía dos noches. Con los labios fruncidos en su gesto habitual, la miró de reojo y a Anna le pareció que preguntaba en silencio: «¿Todavía estás aquí?». En el exterior estaba nublado y soplaba un viento gélido. Anna caminaba por la avenida Lexington en dirección al centro. Como le sobraba tiempo se detuvo a curiosear los escaparates de las tiendas de antigüedades. Qué raros eran todos aquellos objetos:

piezas de ajedrez hechas de marfil y de ébano, la talla de un indio, una rueca, una mano de almirez y un mortero, como los que se usaban para convertir en harina la *matzá*, un cuadro en el que unos soldados saqueaban el hogar de una familia holandesa. ¿Serían alemanes o franceses? «No tardarán en pintarse cuadros que mostrarán a los nazis quemando judíos, y familias respetables los colgarán en sus hogares».

Aquella mañana a Anna todo le parecía viejo, descolorido, tedioso: los peatones, los coches, los edificios. En la floristería, las flores se le antojaron marchitas. El pescado expuesto sobre el hielo tenía las escamas manchadas de sangre y los ojos vidriosos. Las mujeres iban calzadas con botas de agua en pésimo estado, los hombres arrastraban los pies embutidos en enormes chanclos. Aunque un policía dirigía el tráfico, Anna pensó que los conductores no le hacían caso y que de un momento a otro lo atropellarían. Unos hombres barrigudos descargaban la mercancía de un camión parado frente a una carnicería y transportaban sobre la cabeza lomos de vaca. En la vitrina, entre las ijadas de carne, colgaba un cordero sin desollar, abierto en canal. «Desde luego, cualquiera es susceptible de que le ocurra eso. A mí también podrían haberme colgado así y la Tierra seguiría girando».

Al cabo de un rato, Anna cruzó hacia Park Avenue, donde no había nada que le llamara la atención. Los edificios rojizos y grises se alzaban como inmensas cárceles, en cuyo interior languidecían, sumidas en el bienestar, tribus humanas enteras. No se veía ni un árbol, tan sólo esos jardincillos donde, por Navidad, se coloca un pequeño abeto con bombillas de colores. Una viejecita arrastraba un caniche que se detuvo en seco junto a un muro y orinó una única gota. Un portero canoso y uniformado cuidaba de un cochecito de bebé, en el cual se veía una niña rosadita, acostada sobre una almohada también rosadita, y con cara de mal genio.

Anna entró en la estación y buscó a Grein con la mirada. Tenía que encontrarse con ella en un banco del vestíbulo principal; no lo vio. Pasó a otro vestíbulo, donde reinaba el mismo bullicio que en el anterior. Los pasajeros se apresuraban de aquí para allá acarreando maletas, en las taquillas se formaban largas colas y ante el mostrador de información se había congregado una auténtica multitud. Por un altavoz se anunciaban estaciones que Anna jamás había oído nombrar. Aunque la guerra había acabado hacía tiempo, todavía se veían numerosos soldados y marineros, todos con el petate y la mochila. Entre Rusia y Estados Unidos se libraba una guerra fría que, en cualquier momento, podía llegar a ser caliente.

¡Qué raro que Grein tampoco estuviera allí! ¿Se habría echado atrás él también? El gran reloj ya señalaba las nueve y diez en su esfera iluminada. Anna fue a comprar un periódico y volvió a la sala de espera. La estancia olía a humo de tabaco y a cerrado, el mismo ambiente inconfundible de los taxis, las oficinas de correos, los trenes, todos los lugares donde hay trasiego de gentes. Un soldado llevaba de la mano a su joven esposa; parecía una colegiala, pero una barriguita prominente pregonaba su avanzado estado de gestación. El soldado debía de regresar a su campamento y la

joven le miraba con ojos suplicantes, con la leve sonrisa mezcla de sometimiento y picardía de quien pregunta: «¿Recuerdas? ¿Cómo llegó a ocurrir esto? Después de todo, acabamos de conocernos». A Anna le pareció que incluso la barriga se incorporaba a mirarle, advirtiéndole: «Tú me has formado, eres tú quien me ha llenado, tú eres mi Dios. Si me abandonaras, ¿quién se ocuparía de mí?». El soldado mostraba la sonrisa de quienes se ven conducidos a ponerse bajo el yugo. Anna se sintió incómoda. «¿Por qué se empeñan en arrastrar a estos chicos? ¿Qué quieren de su juventud? ¿Por qué les incitan a luchar los unos contra los otros?». Ante aquel soldado se sintió avergonzada de su abrigo de piel y sus pendientes de diamantes. «¿Quién sabe? Quizá por culpa de quienes buscan el lujo como yo, todo el mundo acaba sufriendo».

A las nueve y veinte seguía sin haber ni rastro de Grein. «Bueno, está claro que se ha arrepentido. Me alegro, al menos le quedará la satisfacción de haberme dejado él a mí». A pesar de ello, Anna estaba asombrada: «¿Es posible que no haya sentido la necesidad de darme una explicación o de justificarse? Bueno, tendré que asumir también este fracaso».

Anna decidió esperar otros diez minutos, ni un segundo más. Abrió el bolso y se sorprendió al descubrir que se había llevado las joyas, las libretas bancarias, la llave de su caja fuerte y los documentos de ciudadanía. «¿Significa esto que estaba dispuesta a fugarme con él? ¿A quebrantar mi juramento? No, seguramente lo habré hecho por costumbre. Siempre temo que entren en el apartamento a robar. Además, a lo mejor a Luria le da por destrozarlo todo sólo por resentimiento, igual que ayer desgarró la camisa que yo le había regalado en su cumpleaños».

Paseaba la mirada de banco en banco en busca de Grein. «Vaya, menuda sorpresa, esto sí que no me lo esperaba. Hasta podría borrar de mi recuerdo el placer que me produjo aquella noche con él. Pero bueno, a mí qué más me da». Anna se dirigió otra vez al vestíbulo principal. Allí el tiempo transcurría algo más deprisa. En las paredes había colgadas pancartas, carteles, anuncios. Todos los rótulos y las fotografías se referían al mismo tema: el amor.

Una pareja de recién casados que partía rumbo a su viaje de luna de miel. «Pues no les envidio, de verdad. Al menos yo no voy a traer nuevas generaciones a este mundo». Todavía de pie se puso a ojear el periódico. Normalmente sólo leía por encima las noticias, pero esta vez intentaba concentrarse en los reportajes. Stalin había concedido una entrevista en la cual declaraba que el comunismo y el capitalismo podían coexistir. Su fotografía aparecía en primera página. A sus múltiples virtudes se añadía la de amante de la paz. Ya tenía la prensa sobre qué polemizar, pero su tío Mordecai continuaría pudriéndose en tierras rusas. Nadie iba a reclamar por el mal que se le hizo.

La acometió el deseo de echarse a llorar. Grein no tenía derecho a asestarle esa bofetada en la cara. Ni una criada merecía ser humillada de ese modo. Faltaba sólo un minuto para las nueve y media.

III

Era preciso que volviera a casa. Cada minuto que permanecía allí esperando la degradaba aún más; sin embargo, una voz en su interior le ordenaba que aguardara. Mientras se hallaba de pie en mitad del vestíbulo, se preguntó: «¿En realidad, por qué me afecta tanto? De todas formas no pensaba marcharme con él. ¿No será todo esto más que vanidad?». No, sencillamente le echaba de menos, deseaba intercambiar unas palabras con él. A partir de ese momento todos sus lazos con Grein quedaban rotos. Le resultó extraño que justo después de convertirse en el ser más próximo a ella, tuviera que erigirse en el más distante. Anna miraba al frente, abstraída, desconcertada por el giro que había tomado la situación. En algún lugar se había producido un error. Pero ¿dónde? ¿Acaso podía ella romper su juramento? ¿Llevar a la tumba a su padre por culpa de aquella pasión? ¿Renunciar a su ayuda y a su herencia? Contempló fijamente la araña de luces, con sus incontables colgantes de cristal. ¿Qué iluminaban en realidad? Tanta luz exterior y cuánta oscuridad interior. ¿Qué debía hacer? ¿Adónde debía ir? ¿Qué decisión debía tomar? ¿Irse a casa? ¿Y qué haría allí? El mero pensamiento de que Stanislaw Luria la esperaba allí le produjo arcadas. «Me iré a alguna parte. Pero ¿adónde? ¿A los Catskills? ¿A Lakewood? ¿A Atlantic City? ¿Qué voy a hacer allí yo sola? Sí, intentaré trabar amistades, pero ¿quién abandona a los seres queridos para ir a buscar amor donde probablemente nunca lo hallaría? ¿Y qué pasará si llego a sentirme unida de nuevo a alguien? Luria se negaría otra vez a darme el divorcio y papá volvería a gritar que se trata de un pecado. No me queda otra salida: debo sentarme y esperar a que papá se muera».

Anna rió para sus adentros. «¿Con qué derecho me exige este sacrificio? Él está bien dispuesto a casarse. Su unión con Frieda Tamar está prácticamente convenida. Esa rébbetsin aún puede darle hijos y la herencia se repartiría entre ellos. Incluso hasta le dé un hijo varón que le rece el *kaddish* cuando se muera». Anna estaba sorprendida: «¿Cómo no se me ha ocurrido antes? ¿Por qué le he dado mi juramento sabiendo todo esto?». Por primera vez, Anna comenzó a desconfiar de su padre: «No es tan virtuoso como pretende. A su manera es muy astuto, un taimado negociante capaz de convencer a las piedras. Sin embargo, cuándo se quiere servir a Dios hay que sacrificarse uno mismo, y no exigir que lo haga el prójimo».

De pronto sintió un vuelco en su interior. Experimentó una intensa oleada de rebeldía que la agitó hasta la médula. «Me río de mi juramento —gritó para sus adentros. ¡Haré lo que me dé la gana! ¡Escupiré sobre todo: sobre el juramento, sobre la herencia, sobre Stanislaw Luria, sobre tanto fanatismo religioso! ¡Voy a vivir! ¡A vivir! Si no es con Grein, será con otro. ¡No consentiré que me obliguen a malgastar los años que me quedan, no pienso sacrificarme por nadie, por nadie! Papá no va a morir, ni mucho menos. ¡Está más sano que yo! Llegaré a los ochenta y llenaré la casa de hijos. ¡Ya me ha tenido bastante tiempo agarrada por el cuello!».

Un desconocido sentimiento de rechazo se apoderó de Anna. ¿Qué quería de ella? ¿Con qué derecho le daba órdenes? Era su vida, no la de él. «No es a él a quien van a arrojar a las llamas en mi gehena». Anna ya no permanecía quieta, sino que caminaba con resolución, tropezando con pasajeros y equipajes. Hervía de indignación. «¿Qué quieren todos ellos? ¿Por qué se ceban en mí? Soy una mujer de treinta y cuatro años. Dentro de diez todo se habrá acabado. ¡No soy la esclava de nadie! ¡Iré adonde se me antoje y haré lo que me apetezca! Si no es con Grein, me buscaré a otro. ¡Que se quede con su mujercita! Nueva York es muy grande. Ya encontraré a alguien que se interese por mí, y si nadie me quiere compraré el amor —continuaba gritando a un interlocutor imaginario en sus pensamientos—, me buscaré un, ¿cómo lo llaman?, lo he olvidado. Utilizaré el cheque de papá para comprarme un amante. No voy a desaprovechar ninguna oportunidad. ¡Ya lo creo, no soy ni tan vieja ni tan fea! Los hombres todavía me encuentran atractiva. ¡Me iré con el primero que pase! ¡Se acabó lo de ser tan selectiva! ¡No tengo más tiempo que perder! ¡Basta ya!».

Anna exclamó estas últimas palabras en voz alta. A su alrededor, todos la habían oído y estaban mirándola. Un mozo negro le guiñó un ojo.

—Señorita, ¿busca usted a alguien?

Anna volvió la cara, vencida por la vergüenza y la autocompasión. «¡No, si al final conseguirán que me vuelva loca!», se dijo alarmada. El reloj ya señalaba las diez menos cuarto.

«Bueno, ¿qué hago ahora? —se preguntó. Llamaré a su casa. Quizás esté allí. Si contesta su mujer le diré que quiero comprar acciones».

Anna miró a su alrededor buscando un teléfono público, pero estaban todos ocupados. Un joven con cara de gángster y el pelo reluciente de brillantina hablaba sin parar de gesticular, mientras lanzaba miradas de experto al vestíbulo, como si sospechara que había alguien acechando para atacarle por la espalda. Llevaba un anillo de diamantes, un reloj de pulsera con una correa trenzada y un alfiler de corbata adornado con una cabeza equina. En la cabina contigua una dama menuda charlaba y reía, una sonrisa edulcorada iluminaba de vez en cuando su maquillada carita. Toda ella parecía una muñeca, mecánica y amanerada: la estrecha cinturita, el pelo ondulado recién teñido de color rubio platino, las afiladas uñas color rojo sangre. Hasta el abrigo de piel de leopardo parecía artificial. Brotó en Anna un sentimiento de odio hacia esa diminuta persona. «¿De qué estará hablando tanto rato? ¿De qué tiene que ocuparse esa cabeza hueca?». En otra cabina alguien iba introduciendo una moneda tras otra en la ranura; tal vez llamaba a otra ciudad o enviaba un telegrama. Toda esa gente parecía muy segura de sí misma. Ninguno de ellos se enfrentaba a un problema como el que agobiaba a Anna. Era como si todos formasen una camarilla que se hubiera puesto de acuerdo para prolongar la cháchara, con el único fin de no dejar ninguna cabina libre. «¿Pero de qué estarán hablando? ¿Quién tendrá la paciencia para escuchar todo ese parloteo? ¿Por qué no hacen como yo, que me limito a responder sí o no? Yo nunca hablo por teléfono más de un par de minutos, aunque

quizá por eso cometo errores tan tremendos. Si estuviera en mi mano, los detendría a todos —decidió Anna. ¡Y que toda esa escoria se pudriera en la cárcel!».

El joven a quien Anna había catalogado como gángster abrió la puerta, sólo que en vez de salir siguió sentado.

Rebuscó de nuevo en su portamonedas, mientras fruncía los labios como si silbara. A Anna le llamó la atención la manicura profesional de sus cuidadas uñas. De repente salió de la cabina dejando tras de sí un olor, mezcla de humo y perfume, que Anna percibió al entrar. Anna abrió el bolso y buscó una moneda de cinco centavos, pero tenía de todo tipo menos el que necesitaba: de diez, de uno, de veinticinco, de medio dólar. «Vaya, ¡se ve que hoy no es mi día de suerte!». Se le ocurrió introducir una moneda de veinticinco y pedir a la operadora que marcara el número de la casa de Grein, pero lo había olvidado. Abrió la puerta para dejar que entrara el aire, y se puso a buscar en su agenda. Había otra persona esperando, y Anna pensó que estaría tan irritada como ella lo había estado con el «gángster». Debía de haberse dejado la agenda en alguna parte. El reloj señalaba las diez en punto. «No, no voy a llamar —decidió. Si él es capaz de estar sentado en su casa, sabiendo que yo estoy esperándole aquí, entonces todo ha terminado».

Abandonó la cabina y se dirigió apresuradamente hacia la salida. Una mujer que pasaba le dijo:

—Señorita, ¡lleva el bolso abierto!

—¡Oh! Muchísimas gracias.

En ese momento alguien apoyó la mano sobre el hombro de Anna. Ella se volvió y descubrió a Grein.

IV

Los dos salieron de la estación y doblaron a la izquierda, en dirección a Tudor City. Caminaban en el silencio de los que tienen tanto que decirse que no saben por dónde empezar. Qué extraño: durante el rato que Anna había pasado en la estación, el cielo se había despejado y ya lucía el sol. Anna se agarró del brazo de Grein. «¿Cómo se me ha ocurrido siquiera la idea de no marcharme con él? —reflexionaba Anna perpleja. Sin él mi vida no vale nada». Tras avanzar algunos pasos se detuvieron.

—¿Puedo preguntarte por qué me has hecho esperar una hora?

—¡Oh! Había olvidado mi bolsa de viaje en una consigna y tuve que volver a recogerla. En el camino se produjo una avería y el metro estuvo parado veinte minutos.

—Ya estaba a punto de marcharme. ¿No has pasado la noche en casa?

—No.

—¿Y dónde has dormido?

—En un hotel, muy cerca de Times Square.

—¿Dónde habías dejado la bolsa?

—En el norte... ¿Qué pasó anoche? ¿Por qué no atendías el teléfono?

—¿Qué? ¡Ah! Papá llegó corriendo justo cuando tú llamaste. ¿Qué te dijo Luria? Yo estaba en el cuarto de baño. Estuvo criticándome, ¿no es así?

—¿Adónde vamos? Esto es el East Side, ya sabes. Será mejor que volvamos. Necesito pasar por mi banco. ¿Criticarte? Sólo dijo que tuviste una aventura en Casablanca.

Anna se detuvo.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—Bueno, ahora me permitiré odiarle con todo mi corazón y sin remordimientos.

—Vamos a algún sitio. ¿Has desayunado ya?

—Sí, pero tú seguramente no has comido nada. Aquí hay un restaurante. No, es una cafetería.

—¿Quieres entrar?

—¿Por qué no? A mí me da igual.

Entraron en la cafetería.

La hora del desayuno ya había pasado y aún era pronto para el almuerzo. El local estaba medio vacío.

—Siéntate aquí, en esta mesa —señaló Anna. ¿Qué quieres que te traiga?

—Ya voy yo.

—No, a partir de ahora te serviré yo.

—Aquí tienes dinero.

—No, no; en nuestro primer desayuno juntos invito yo. ¿Qué te apetece? Lo demás lo elegiré yo misma.

Grein se sentó a la mesa y observó que Anna escogía zumo de naranja, cereales, leche, café y compota de albaricoque. En aquella cafetería se pagaba en la barra. El abrigo de piel que llevaba Anna y sus pendientes de diamantes estaban completamente fuera de lugar, y no se correspondían con la bandeja que llevaba en la mano ni con la desgastada vajilla del desayuno. Las camareras siguieron a Anna con la mirada e intercambiaron murmullos. También observaron a Grein. No era habitual que el hombre permaneciera sentado mientras la mujer le servía.

«¿Por qué no ha traído ninguna bolsa de viaje? —se preguntaba Grein. Habrá tenido miedo de hacer el equipaje. Bueno, este desayuno es un punto de inflexión en mi vida. Aquí empieza el segundo acto, aunque bien pensado tal vez sea el tercero». Se levantó y tomó la bandeja de manos de Anna. Pesaba más de lo que creía y estuvo a punto de dejarla caer.

—¡Ten cuidado!

—Quítate el abrigo de piel —dijo él.

—¿Cómo dices? Está bien, come.

Anna no se quitó el abrigo, sino que se sentó a mirarlo. Le ayudó a servirse el desayuno, poniendo leche a los cereales y agregando la crema al café. Su mirada entre risueña y preocupada mantenía una pudorosa distancia, como si tras romper con todas las barreras hubiese llegado a la máxima proximidad. Grein, por su parte, se sentía algo turbado ante ella, la niña de Boris Makaver, a quien solía traer caramelos y ayudar a hacer los deberes. La sonrisa de Anna era exactamente como la recordaba de antaño: infantil, curiosa, incluso un poco embobada, con esa admiración de jovencita que un hombre nunca llega a entender del todo. Grein opinaba, desde hacía mucho tiempo, que la idolatría era un pecado femenino: en la Biblia casi siempre iba unido a las mujeres extranjeras y a la prostitución.

—¿Quieres azúcar? —preguntó Anna, y de pronto se puso seria para indagar. Así, ¿qué te comentó Luria?

Grein frunció la frente.

—Ya te lo he dicho.

—Ya veo. ¿Y por qué no me preguntas si es verdad?

—Dime tú lo que tengas que decirme.

—Sí, tienes razón. De todas formas, mi marido es un canalla. No imaginaba que fuera tan despreciable. Pensé que a pesar de todos sus defectos conservaba cierta decencia.

—¿Quién fue él? ¿Cuántos hombres has tenido en tu vida?

—Te lo contaré todo. Quizá no sea éste el lugar más apropiado, pero ¡qué más da! Quiero que cuando salgamos de aquí no haya más secretos entre nosotros, al menos por mi parte. Ha habido tres hombres en mi vida, exceptuándote a ti, se entiende. Lo que se dice amar, sólo amé a uno de ellos, a Yasha Kotik, y eso por poco tiempo. Con Luria me casé llevada por la desesperación, o quizá porque mi triste sino me condujo a él. Desde el principio ya fue un sinsentido. En el mismo momento en que entré con

él bajo el palio nupcial supe que nuestra unión estaba abocada al desastre. Los griegos tienen un nombre para ello, cuando se hace algo que es absolutamente ineludible. ¿El destino? No, no es el destino. El culpable fue papá, como siempre, pero yo ya era bastante mayorcita para no dejarme arrastrar a un callejón sin salida.

—¿Y entre Kotik y Luria?

—Quiero que sepas que durante los cinco años siguientes a mi separación de Yasha Kotik estuve viviendo completamente sola. Él consiguió que la vida se volviera tan repulsiva para mí que durante años ni siquiera se me ocurría fijarme en algún otro. Nunca conseguiré describir lo que él me hizo. Era capaz hasta de ofuscar al sol. En el tiempo que viví con él, menos de un año, pasé por todos los círculos del infierno. A veces, cuando papá empieza a amenazarme con el gehena, yo pienso que ya he padecido todos sus horrores. Creo que a estas alturas ya nada puede sorprenderme, ¿sabes? Me puse enferma y el doctor Margolin literalmente me sacó del pozo de la depresión. Tiene muchos defectos, pero es un médico excelente. Si el mundo no reconoce su mérito es porque no se basa en teorías, sino en la práctica. Ha alcanzado un profundo conocimiento de la personalidad humana e inmensos poderes hipnóticos. Es capaz de dar un diagnóstico con tan sólo mirar al paciente. A pesar de todo, a su manera, también es un imbécil y un depravado. Un caso digno de estudio. Intentó seducirme, pero despertó en mí una intensa aversión, quizá por ser tan buen amigo de papá. Ni sus hipnosis ni sus trucos donjuanescos lograron vencer mi resistencia. Luego le dio por asegurar que debido a mi rechazo adquirió un complejo de inferioridad. La realidad es que aún hoy continúa enamorado de su esposa, esa alemana que se fugó para irse a vivir con un nazi. Además tiene una hija de unos diecisiete o dieciocho años. Sólo quiero decirte una cosa: que durante cinco años me comporté como una virgen sin tacha. Hasta dejé de leer novelas. Todo lo que tenía que ver con el amor me producía asco y sobre todo terror. Cuando quería ir al teatro, buscaba una obra en la que el amor no interviniera para nada. Precisamente por entonces representaban *Los lobos* de Romain Rolland, obra hecha justo a mi medida. Te reirás, pero solía leer diccionarios o enciclopedias. Llegué a terminar la segunda parte de *Fausto*. Incluso leí las obras de Clausewitz sobre estrategia militar, y sólo Dios sabe lo mucho que aborrezco la guerra.

—¿Qué fue de Yasha Kotik?

—¿No te lo he contado? Circularon rumores de que había muerto a manos de los nazis, pero ¿cómo es el dicho?: «La mierda siempre sale a flote». Se evadió a Rusia y allí se convirtió en todo un personaje. Una vez fui a un cine donde proyectaban una película rusa, y salía él. Se había dejado una especie de barba. En cuanto le vi me marché corriendo de la sala. He oído decir que ahora se encuentra en algún lugar de Polonia o quién sabe dónde. Papá está convencido de que ha muerto, y cada vez que lo menciona añade «borrado sea su nombre». Y eso que papá no es rencoroso, mucho menos con alguien que ha sido casi un mártir.

—¿Tienes alguna fotografía suya?

- No. Lo he tirado todo. ¿No vas a comerte la compota?
- ¿Quién fue el de Casablanca?
- ¿Qué? Ah, ya te lo contaré en otra ocasión.
- No, quiero saberlo ahora.

V

—Muy bien, no tengo nada que ocultar. Desde el principio he decidido no guardar ningún secreto contigo. Me gustaría ir a ti tan pura como quisiera llegar ante Dios, y si mi pasado te molesta debes decírmelo ahora mismo. Entiendo que eres uno de esos hombres que sienten celos hasta del pasado, a pesar de que tú mismo no seas ningún puritano. No obstante, en modo alguno quiero que haya entre nosotros malentendidos ni mentiras. Habrás de aceptarme tal como soy o no me tendrás.

»Cuando los nazis llegaron al poder huimos a Francia. Yo nunca había estado en París y me imaginaba quién sabe qué. Ya conoces cuánto mito rodea París, pero por algún motivo la ciudad no me cautivó. Todo era muy bello, sí, quizás incluso más interesante que en los libros, pero mi estado de ánimo no invitaba al romanticismo. Eso no quita que precisamente allí sea donde tuve más *powodzenie*, más éxito con los hombres. Les agradé a los franceses, y no digamos a nuestros judíos “franceses” de Varsovia y de Bucarest. Ahora bien, cuando nos invadió el pánico a causa de lo de Vichy y fuimos a África, algo en mí se despertó. No sé si fue el clima, la inquietud o la terrible tensión. Nos jugábamos la vida cada día. No podría describirte lo lanzado que es papá. O bien desconoce por completo el temor o es tan virtuoso que los ángeles le protegen. Logró conservarlo todo, hasta el último centavo, pero me asusta pensar cómo se las arregló para conseguirlo y cómo se jugó la vida tantas veces por ello.

Y ni siquiera es avaricioso. Al doctor Halperin y al profesor Shrage les ha entregado grandes sumas. Es capaz de despilfarrar miles de dólares, pero llegaría a tirarse al fuego por un centavo si se le pone esta idea entre ceja y ceja. No te imaginas cómo ha sido mi vida. He pasado noches enteras sin dormir. En cierta ocasión papá me contó todo un episodio sacado de la Torá: que Jacob había llegado incluso a cruzar un río por unos pequeños cántaros de aceite.

—Sí. Está escrito en la Guemará.

—Pues según papá es en el Pentateuco.

—El Pentateuco dice que Jacob, huyendo de Esaú, cruzó el río Jordán por segunda vez y la Guemará interpreta por qué razón lo hizo.

—Bien, veo que todavía recuerdo algo. En Casablanca vivíamos en un hotel donde también se encontraba una familia judía de Italia: el marido, la esposa y un hijo de veintiún años, Cesare.

—¿Fue él tu amante?

—Sí. ¿Te imaginas? Cómo llegó a ocurrir tal cosa, ni yo misma me lo explico. Él era un niño y yo, en comparación, una mujer madura. Habían huido de Mussolini. El padre, Piero, poseía una fábrica. La madre, Biancchina, ni siquiera era judía; su padre trabajó como maquinista de tren con Mussolini y le habían enviado a Etiopía. Cesare había estudiado jurisprudencia en Roma y era un muchacho refinado, un niño mimado; recuerdo que lo primero que le dije cuando llegamos a conocernos fue que

sería un mal abogado. En cambio, era un excelente *chauffeur*... Hablábamos en francés. No sé cómo, consiguió una motocicleta y volaba en ella como un loco. Para mí era un enigma de dónde sacaba la gasolina. La madre se moría de preocupación, pues el hermano mayor de Cesare había perecido en la guerra.

»No entiendo cómo aquel muchacho me llamó tanto la atención. Quizá fue sencillamente hambre de sexo; o acaso sólo resignación. En Casablanca yo tenía la sensación de que todo se iba a acabar, como si de un día para otro la Tierra fuera a chocar con un cometa. Él se enamoró de mí en cuanto me vio, como sólo se enamoran los jóvenes. Era ingenuo y saltaba a la vista que nunca había estado con una mujer. La relación no duró más de dos meses, ya que enseguida salí de mi ofuscación. Su madre se enteró y yo no quería escándalos. Por lo visto llegó a creer que yo quería casarme con su hijo. Papá, naturalmente, no supo nada de esto. Dios mío, si papá sospechara de lo que es capaz su Jáannele... En cuanto a Cesare, creo que le hablé con franqueza: le dije que la relación se tenía que acabar, pero no fue fácil para él. Enfermó de disentería y al final lo hospitalizaron. Amenazó incluso con suicidarse. Ya ves que tengo un extraño talento: todo lo que toco se convierte en caos. No te explicaré ahora cómo me deshice finalmente de él. Justo entonces apareció Luria. Analizando lo sucedido, es evidente que yo no estaba en mis cabales. Para mí no se trataba de amor, ni hacia Luria ni hacia Cesare, aunque éste era un buen muchacho, hábil, inteligente y sumamente sensible. Me quedé con la sensación de que era como un hijo para mí, a pesar de que sólo nos llevábamos seis años.

—¿Dónde se encuentra él ahora?

—¿Por qué estás tan pálido? Vive en Milán con su mujer y dos hijos.

—¿Te escribes con él?

—Me envía tarjetas felicitándome el Año Nuevo. Y también se acuerda de mi cumpleaños.

—¿Eso es todo?

—Eso, mi queridísimo, es todo. Ni Dios mismo te contaría más. La verdad es que ni a Yasha Kotik lo amé de verdad. Mi verdadero amor te ha pertenecido a ti desde el día en que empezaste a venir a nuestra casa. Pero no podías esperar que te fuera fiel durante los veintitrés años que hemos estado separados. Nunca imaginé que volveríamos a encontrarnos.

—Ven, vámonos de aquí.

—¿Es esto todo lo que tienes que decir? Me arrepiento de algunos pecados que he cometido en mi vida, pero no quisiera oír reproches de tus labios.

—No oirás ningún reproche.

—Te ha cambiado la cara... ¿Qué quieres hacer? ¿En qué aventura nos estamos embarcando? Recuerda, Hertz: si albergas la menor duda, es mejor no empezar. No puedo describirte lo que ha sido para mí el tiempo transcurrido desde nuestra conversación telefónica de ayer. No han pasado ni veinticuatro horas, pero a mí me han parecido años. Papá me armó tal escándalo que es un milagro que siga con vida.

Pensé que no llegaría a verte... De hecho había venido para decirte que teníamos que despedirnos —confesó Anna de repente, asombrada de sus propias palabras.

—¿Es eso cierto?

—Sí, es la pura verdad. Hicieron todo lo posible para que me sometiera. Pero mientras te esperaba, durante esa hora en que tú no aparecías, comprendí que me resulta imposible vivir sin ti. Debes saber que voy a quebrantar el más sagrado juramento que he hecho nunca, y que lo perderé todo. Si crees que voy a heredar algo, te estás engañando. Papá juró que no me dejará ni un dólar en herencia. Aparte de mis joyas y de una pequeña suma en el banco, no poseo nada.

—No necesito tu dinero.

—Tengo algunos bonos de la guerra que valen unos miles de dólares, pero el plazo no vence hasta dentro de unos cuantos años. Soy una mujer pobre, y por añadidura con un pasado auestas. ¡Ah, sí!, se me olvida lo más importante: Luria juró que jamás me concederá el divorcio. La noche pasada fue la hora de los juramentos. Todos pronunciamos uno.

—De todas formas podemos vivir juntos.

—¿Qué dices? A ti tal vez te convenga, pero para mí es una situación nueva. ¿Qué haríamos? ¿Cómo ha reaccionado tu mujer?

—Tampoco tiene prisa por divorciarse.

—En otras palabras, te quedas con tu mujercita y encima me tienes a mí.

—Puedo irme de casa, pero no obligarla a divorciarse. Tú lo sabes por propia experiencia.

—Sí, de acuerdo, pero ¿cómo nos vamos a organizar? Si piensas que vas a ir de ella a mí y de mí a ella, te equivocas. Ya te lo advertí: si quiero a alguien, lo quiero en exclusiva. Espero que esta noche hayas reflexionado acerca de nuestra decisión y de lo que para mí supone. A ti apenas te afecta: tus hijos ya son mayores; tu esposa, de todas maneras, nunca te tuvo. Sin embargo para mí supone un cambio tajante. Por ti he sacrificado a papá... No me refiero a su fortuna y a todas las demás comodidades. Para mí este paso representa o la felicidad o una sentencia de muerte. Quizás ambas cosas a la vez.

—Si no estás convencida, no lo hagas.

—Estoy muy convencida, pero tú también has de estarlo. Ya no somos niños. En primer lugar tienes que actuar conscientemente, no a la ligera. En segundo lugar, debemos trazar un plan. El camino que hemos elegido está sembrado de espinas, y si no prevemos los detalles de antemano nos causaremos muchas heridas.

—No hay ninguna espina. De hambre, no nos vamos a morir. Yo puedo ganar lo suficiente para mantenernos a los dos. En cuanto a tener un hijo, en nuestras circunstancias queda descartado.

—¿Y eso por qué? Quiero tener un hijo tuyo. Más que nada en el mundo deseo tener hijos. Soy una mujer como las demás, con instinto maternal. Si no he tenido hijos hasta ahora es porque no había encontrado al hombre adecuado. Claro que esto

no significa que deba quedarme encinta dentro de dos días. Esperamos unos años; yo mientras tanto no voy a quedarme con los brazos cruzados. Soy la hija de Boris Makaver. Papá nunca ha cerrado un negocio sin mí, ni en Alemania ni aquí en Estados Unidos. Su fortuna es tan mía como suya, aunque a los tribunales no le voy a llevar. En este país es posible amasar auténticas fortunas, basta con desearlo. En caso de necesidad, incluso podría vender mis bonos de la guerra y mis joyas. En total, ascenderían a unos quince mil dólares; algo es algo. ¿Y tú? ¿Cuentas con algo tuyo?

—Tengo veinticinco mil dólares en acciones.

—¡Vaya! No es gran cosa pero juntos reunimos cuarenta mil. ¿Qué será de tu mujer? Tendrás que pagarle una pensión alimenticia.

—Ya llegaré a un acuerdo con ella.

—Si papá cree que podrá llevar sus negocios sin mí, se equivoca. Pero eso ya lo iremos viendo más adelante. Mi meta es que dentro de cinco años tengamos al menos cien mil dólares. Tarde o temprano conseguiremos el divorcio, tanto tú como yo. ¿Qué plan tienes para hoy?

—Mi plan es que debemos ser felices.

—¡Tonto, si ya soy feliz! ¡Más feliz que nunca en toda mi vida!

I

El profesor Shrage estaba en su habitación, sumido en sus pensamientos. Caía la tarde invernal, pero el profesor no había encendido la luz. No le gustaba la iluminación eléctrica, en primer lugar porque en su opinión dañaba la vista, y en segundo lugar porque la luz de todo tipo, y la eléctrica en particular, alejaba a los espíritus y embotaba el sexto sentido: la percepción de las materias sobrenaturales. Por esta razón, el profesor tenía sobre su escritorio un candelero de bronce con una vela de cera. Evitaba en la medida de lo posible hacer uso de las innovaciones surgidas en los últimos cien años, ya que a su juicio el progreso tecnológico se había alcanzado a costa de los poderes espirituales del hombre. Rara vez viajaba en metro, y nunca subía en ascensor; afortunadamente, la señora Clark vivía en la segunda planta. Evitaba hablar por teléfono y, cuando ella estaba ausente, el profesor no levantaba el auricular aunque el aparato se pasara el día sonando. En la casa había una radio, pero él nunca la escuchaba. ¿Qué valor tenían todos esos chismes? ¿Qué aportaban a la humanidad? No ponía en duda que las ondas electromagnéticas eran una maravilla, pero, según el profesor, utilizarlas para fines triviales constituía un pecado. ¿Por qué enganchar ángeles a un carro en lugar de caballos? El hecho de que los ángeles lo permitieran sólo demostraba su magnanimidad.

Emanaba vapor del radiador y en el exterior hacía un frío invernal. El cielo del crepúsculo cobró un tinte violáceo y caía una nieve fina que al profesor le recordaba Varsovia. «Sí, ¿dónde estará ahora Edzhe? Lo acepto, su cuerpo ya no se encuentra en nuestro mundo, probablemente fue reducido a cenizas por los asesinos nazis. Pero ¿y su alma? ¿Adónde ha ido a parar? ¿Sabe ella que su David está en Nueva York? ¿Sabe que la recuerda cada día, cada hora, quizá cada minuto? ¿Contempla sus andanzas con resentimiento, o tal vez con desprecio? ¿O acaso se halla en tales alturas, rodeada de tanta luz, de tal plenitud del entendimiento, que la Tierra y sus afanes no la conciernen en absoluto? Todo es posible». Una cosa sabía Shrage con certeza: que todos esos «mensajes» de Edzhe que recibía a través de la señora Clark no eran más que mentiras y engaños. Edzhe, presuntamente, siempre decía lo mismo: que estaba bien allá arriba en las altas esferas y que cuidaba de las jóvenes almas recién llegadas de la Tierra. Allí se había convertido en una especie de maestra, de educadora, lo cual no encajaba en absoluto con el carácter de Edzhe. Las señales que daba eran muy ambiguas. En todos los años transcurridos nunca había mencionado la

caja fuerte que tenía en la Caja de Ahorros de Polonia. Nunca pronunció ningún presagio convincente. ¿Significaba todo esto que la señora Clark era una estafadora? ¿De qué le habían de servir estos engaños? Era ella quien lo mantenía a él, no a la inversa. ¿Estaba enamorada de él? En ese caso, ¿porqué no dejaba que la tocara siquiera? A veces, como hombre, a él le asaltaba el deseo, una pura necesidad fisiológica, pero ella únicamente le permitía un amor platónico. Sólo deseaba consolarle, darle ánimos y presumir de él ante sus compinches. Aparentaba ser tan fría como el hielo y llegaba a manifestar abiertamente una declarada aversión al sexo.

«Está bien, ¿quién las entiende? La mujer es un *Ding an sich*, una masa de voluntad ciega. Es como la materia: perezosa, impenetrable, pesada, oscura». La señora Clark actuaba sin saber qué hacía ni por qué. En su escritura automática él estaba omnipresente. En sus pinturas aparecía repetidas veces su imagen o variaciones de la misma. Hasta tal punto había confundido a David Shrage con su difunto marido, Edwin Clark, que ya no sabía dónde terminaba uno y comenzaba el otro. El profesor habría aceptado desde hacía tiempo la idea de que la señora Clark le engañaba a él tanto como a sí misma, de no haber sido porque en los años que llevaba con su casera se habían producido muchas situaciones que él no conseguía explicar desde un punto de vista racional. En varias ocasiones en que se encontraba sentado junto a ella en la oscuridad, había sentido pasar un viento frío, a pesar de que la ventana y la puerta estaban cerradas. La mesita sobre la cual tenían apoyadas sus manos se había levantado de verdad.

Y más de una vez le había dado respuestas apropiadas, aunque a menudo también caía en errores estúpidos.

No obstante, las verdaderas maravillas que el profesor no podía olvidar eran las que se relacionaban con Netty, la difunta sobrina de la señora Clark. Tres veces se había materializado ante él esta Netty. Surgía de la nada. En la oscuridad más absoluta le había sujetado la mano y acariciado el cabello. Le había tomado el pulso y le había palpado el pecho. Incluso le había murmurado unas palabras, rozándole la oreja con los labios. Después se apartaba de él y desaparecía de nuevo. Cuando la señora Clark encendía la luz no había nadie en la habitación. Ella misma entraba en trance durante el tiempo que duraba la aparición de Netty.

El profesor se tiró de las barbas: si aquella presencia era realmente Netty, entonces toda la ciencia no era más que una sarta de sandeces y todos los principios tendrían que ser reconsiderados. Si de veras se trataba de Netty, significaría que un espíritu puede en cualquier momento adoptar la forma de un cuerpo; y no sólo eso, sino también tener un corazón que late, una sangre que fluye y unos miembros cálidos y fuertes. Pero ¿cómo se encamaba el espíritu? ¿De dónde sacaba la materia? ¿Cómo modelaba un cuerpo en cuestión de minutos o segundos? ¿Y adónde iba a parar después de desaparecer? Además, suponiendo que fuera cierto, ¿cómo iba uno a distinguir, al encontrarse a alguien en la calle, si se trataba de una persona viva o de un espíritu materializado en un cuerpo?

Al parecer, el llamado cuerpo astral es en todo similar al cuerpo físico y permanece tras la muerte de la persona. En ese caso, ¿por qué a él no se le aparecía Edzhe? ¿Y qué hacían todos esos cuerpos astrales? ¿Giraban con la Tierra sobre su eje y daban vueltas alrededor del Sol? ¿O bien existían más allá del tiempo y del espacio? También cabía otra posibilidad: que la señora Clark estuviera engañándole una vez más. Quizás escondía a alguien en la habitación y le hacía aparecer ante él. Si fuera así, la señora Clark sería una vil estafadora, una criatura malvada, un ser despreciable. Sin embargo, todo delito ha de obedecer a un móvil. ¿Con qué fin iba a cometer ella tamaña superchería? Por lo que sabía, era una mujer de profundo sentimiento religioso, de buen corazón y dispuesta a sacrificarse por los demás. Se pasaba los días enteros pensando en la misión última del hombre, en su meta sobre la tierra, en su papel en esta vida y en el más allá. ¿Cómo iba a cometer una persona así actos propios de un criminal? ¿Qué obtendría de ello? ¿Dinero, honores, fama?

«Vamos, vamos, ¡no está bien, no está nada bien! —se dijo el profesor entre dientes. Todo ha sido creado de manera que nunca salgamos de la duda. Tal vez necesitemos que sea así para hacer pleno uso del libre albedrío».

La habitación se había oscurecido, sólo la luz de algún punto lejano entraba por la ventana. El profesor escuchaba el bisbiseo del agua en las tuberías de la calefacción central. El vapor entonaba una cancioncilla monótona pero atrevida. «La verdad es —pensaba el profesor Shrage— que no existe una diferencia fundamental entre la vida y lo que llamamos muerte. Todo vive: la piedra de la calle, el vapor de las tuberías, las gafas que llevo sobre la nariz. Se trata sólo de una cuestión de grado. La muerte no existe: ésa es la respuesta a todos los interrogantes, la base sobre la cual todo ser racional debe construir sus conclusiones».

El sonido del timbre interrumpió sus divagaciones. «¿Quién será? Henrietta tiene su llave. ¿Tal vez un correo de entrega en mano?». El profesor dudó entre abrir la puerta o fingir no haber oído el timbre, pero en ese instante el visitante insistió de nuevo. El profesor se levantó y echó a andar en la oscuridad, saliendo al pasillo.

—¿Quién llama? —preguntó.

—Soy yo, Stanislaw Luria.

El profesor no entendió el nombre, pero la voz le resultó familiar. Levantó el pestillo y abrió la puerta.

II

El profesor Shrage conocía a Stanislaw Luria de los tiempos de Varsovia. Como él mismo, Luria procedía de una familia acomodada. Su padre había sido socio de una curtiduría y propietario de varios edificios. Aunque Luria nunca llegó a ser abogado, había abierto un bufete con un profesional de prestigio. Pertenecía a los mismos círculos que el profesor Shrage. Incluso había mostrado cierto interés por la investigación de fenómenos psíquicos, y alguna vez se había sentado junto al profesor alrededor de una mesita que se levantaba del suelo. En Nueva York reanudaron su amistad y se veían a menudo en casa de Boris Makaver.

El profesor ignoraba todo lo sucedido con Anna. Aunque no destacaba por ser persona observadora y a menudo se le escapaban cuestiones que saltaban a la vista, en ese momento se le ocurrió que Luria había cambiado desde la última noche que se habían visto. En el transcurso de dos días había envejecido y su cuerpo parecía haberse encorvado. Aunque la luz de la entrada estaba apagada, la leve claridad que llegaba del pasillo alumbraba el recibidor. Ante el profesor se encontraba un hombre de mediana edad, desaliñado, con el rostro cetrino, profundas ojeras, la frente arrugada y una cabellera demasiado negra para tener su color natural. Bajo las espesas cejas, unos ojos oscuros, punzantes, penetraban con la mirada cargada de dolor de quien tiene el corazón abatido por una tragedia.

Mediante un sexto sentido, el profesor percibió su estado de desolación, de pesadumbre, de sufrimiento. A punto estuvo de perder la compostura. Retrocedió un paso, como si fuese a cerrarle la puerta en la cara.

—Panie Luria, ¿es usted? —dijo. Bien, adelante *Prosze, bardzo*, bienvenido.

—Espero no molestarle, profesor —dijo con voz de bajo profundo y con un toque de agresividad que parecía salir de lo más hondo.

—¿Por qué iba usted a molestarme, si no estoy haciendo nada? Como dice Jeremías: «Bueno es que permanezca solo y en silencio»^[16]. Pase, pase, hace frío fuera, ¿no es así?

—¿Por qué no enciende usted la luz?

—¿Cómo dice? ¡Ah, sí! Tiene razón. Yo me sumo en mis pensamientos y apenas me doy cuenta de cuando anochece.

—¿Eso significa, profesor, que cree estar aún sentado con el rebbe, disfrutando de la tercera comida del shabbat?

—¿Eh? Posiblemente. Bueno, pase usted. A decir verdad, no sé ni cómo se enciende la luz. Debe de haber un interruptor por aquí, pero no sé dónde. ¿A lo mejor usted lo encuentra?

—¡Oh, profesor! Verdaderamente vive usted fuera de la realidad —le reprochó Luria en tono afable. He telefoneado, pero no contestó nadie. Me han dicho, profesor, que procura evitar el teléfono al máximo.

—¿Evitarlo? Más bien diga que no sé manejarlo. Los que llaman hablan en

inglés, y por teléfono me cuesta entenderles. Yo he aprendido el inglés de Shakespeare, pero aquí todos hablan una jerigonza atropellada e incomprensible.

—Todo se puede aprender. Cuando llegué a Estados Unidos no sabía ni una palabra de inglés y ahora leo la prensa sin dificultad, excepto las páginas de deportes, teatro y carreras de caballos. En éstas utilizan un lenguaje totalmente diferente.

En la penumbra, a la luz de la lámpara del pasillo, Luria se descalzó los chanclos en la entrada y colgó en una percha su abrigo de piel con cuello de zorro. A continuación, el profesor acompañó al invitado a su cuarto. Luria le siguió con pasos dubitativos. Una vez en su habitación, el profesor buscó las cerillas y encendió la vela, que había ido derritiéndose sobre el candelero de bronce. La mecha no prendió de inmediato y la pequeña llama parpadeó unos instantes, cual si vacilara. Luria se dejó caer con pesadez sobre un sillón tapizado. Llevaba un traje de verano a cuadros en tonos amarillos, corbata de lunares blancos y azules y polainas. Sus mejillas precisaban un buen afeitado. El profesor observó que una de sus orejas no tenía lóbulo.

—¡Así que usted utiliza velas! —exclamó Luria. Ya veo que rechaza la civilización, profesor. Se ha quedado en algún punto del siglo XVIII y, por lo que a usted atañe, los tiempos modernos pueden irse al cuerno.

—No. Cada época tiene su lugar —pareció justificarse el profesor. Es sencillo: la electricidad me daña la vista. Incluso de noche necesito llevar gafas oscuras.

—Todo eso es fruto del pesimismo.

—¿Pesimismo? No. Se trata sólo de una cuestión ocular. Ya de niño, cuando salía a la nieve, me lloraban los ojos. Por eso nunca he podido ir al *cinéma*. —El profesor echó mano de la palabra francesa porque nunca encontraba la expresión que andaba buscando.

—¿Y qué? ¿Qué ofrece el cine? Sólo gánsteres y más gánsteres. En las películas rusas sólo aparecen tractores y en las nuestras gánsteres. Cada uno muestra aquello de lo que carece. Si los rusos expusieran todos sus gánsteres y nosotros todos nuestros tractores, las películas no tendrían fin.

El profesor se quedó un momento pensativo.

—Sí, pero yo ya soy demasiado viejo. Cuando dispongo de tiempo prefiero leer o simplemente descansar. En mis tiempos eran los niños quienes iban a ver la linterna mágica. Más adelante, cuando hicieron..., ¿cómo lo llaman?, con Charles Chaplin y todos los demás, empezaron a ir también los adultos.

—Cierto. Mientras la persona está tranquila, no hay motivo de preocupación. Sin embargo, cuando sobreviene una catástrofe y el suelo se hunde bajo tus pies y te quedas colgado en el vacío, con un pie en la vida y el otro sobre el abismo, ni todo el arte del mundo te aporta consuelo. Entonces la persona se da cuenta de que ha estado siempre caminando sobre un estrecho tablón tendido por encima del gehena.

—¿Cómo dice? Ah, sí; tiene razón. A mis años...

—Profesor, perdone que le interrumpa. —Luria cambió de tono. No he venido a

molestarle porque sí. Sé que usted a menudo lleva a cabo experimentos, o piensa en las matemáticas y en general en problemas importantes. Nunca me ha gustado irrumpir de este modo en la casa de una persona de su categoría. Si usted no contesta al teléfono significa que no le interesa el mundo exterior, sino sólo sus propios pensamientos. En ese caso, ¿por qué había de distraer su atención? He venido, profesor, por un asunto que acaso le interese desde el punto de vista profesional. Tiene que ver con su especialidad, con su área de conocimientos.

—¿Qué dice? Usted siempre será bienvenido en mi casa —le aseguró el profesor—, ¿por qué no? Es usted una persona a la que siento muy próxima.

—Bueno, sí, pero ¿qué es esta proximidad? En mi opinión todo nos resulta ajeno. Miro mi propio dedo y me resulta extraño. ¿Qué sé yo de la complicada maquinaria que esconde? ¿De dónde viene la uña? ¿Y qué pasa cuando se amputa un dedo? En un instante ya no formaría parte de mí, sino que se convertiría en algo separado y ya no me dolería si lo pinchara o lo echara a un perro. Y lo mismo con mis otros miembros. Es verdad que hay partes del cuerpo imprescindibles para el mantenimiento de la vida, sin embargo, tampoco éstas constituyen la persona. ¿Qué sé yo de lo que está pasando en mis pulmones? ¿Y cómo aprendieron ellos a respirar? Han estado absorbiendo oxígeno millones de años antes de que el hombre supiera de la existencia de tal elemento.

—Sí, naturalmente. La inteligencia no reside exclusivamente en el cerebro —apuntó el profesor.

—¿Y dónde se encuentra? —preguntó Luria. Existe una teoría según la cual cada miembro del organismo posee su propia inteligencia, tanto como los objetos inanimados. Yo he sido un escéptico toda mi vida y continúo siéndolo. Uno puede pensar en mil posibilidades, y la verdad encontrarse, a pesar de todo, en un plano diferente.

—Sí, sí, desde luego...

—Profesor, he decidido suicidarme —anunció Stanislaw Luria levantando ligeramente la voz—, y he venido a verle en relación con este tema. He decidido ayudarle en sus experimentos. Quisiera... cooperar con usted. Hoy he legado mi cuerpo al Departamento de Anatomía de la Universidad de Columbia.

III

—¿Qué barbaridades está usted diciendo? —exclamó el profesor. ¡Dios me valga!

—Profesor, anteayer por la noche mi mujer me abandonó. Usted conoce a mi mujer, naturalmente, la hija de Boris Makaver, Anna.

—Sí, claro que sí.

—Se ha fugado con Grein, a quien también conoce usted, ¿no es así? Es el agente de Wall Street.

—¡Qué pregunta! ¡Qué pregunta! Si esta misma semana estuvimos juntos.

—Yo sé, profesor, que usted es un poco distraído, que sus pensamientos se sitúan en esferas más elevadas. Aun así, también lo que ocurre en este mundo es curioso, decididamente muy curioso. Los hijos de Grein son ya mayores, incluso es posible que pronto le hagan abuelo. Por añadidura, tiene una amante, una tal Ester. ¿Sabe usted quién es, profesor?

—Sí. Sí. Su primer marido se llamaba Píniele.

—Sí, la misma. Un poco excéntrica y charlatana. Pues bien, un hombre así se levanta y, como suele decirse, le roba la ovejita al pobre. Lo he perdido todo, profesor, y cuando se pierde todo no se desea seguir viviendo. Por eso he legado mi cuerpo a la Universidad de Columbia. Allí tienen necesidad de cadáveres. Por muchos que reciban, nunca son suficientes. A usted, profesor, yo quisiera entregarle mi espíritu, suponiendo que tal cosa exista y que pueda expresarse de este modo. Mi teoría es que el espíritu no es real, pues, en primer lugar, nadie lo ha visto. En segundo lugar, ¿dónde se encuentra ese espíritu? La Tierra gira sobre su eje y da vueltas alrededor del Sol. Si el espíritu existiera, tendría que girar con la Tierra, y sólo por esta razón ya dejaría de ser espíritu.

—Los espíritus no existen en el tiempo ni en el espacio.

—Supongamos que la Tierra se encontrara en otra galaxia. No es posible que el espíritu se quedara atrás en algún lugar, o que estuviera en Marte.

—No, pero...

—Ya sé, profesor, ya sé todo lo que me va usted a responder. Pero ¿qué demuestran todas esas respuestas? Ni usted ni yo hemos estado en el cielo. Todo exige una confirmación experimental; por eso he venido a verle. Yo voy a abandonar este mundo, y si después continúo siendo «yo» y conservo la memoria, haré lo posible para comunicarme con usted, para enviarle una señal. Si al cabo de dos semanas no ha obtenido noticias mías, significa que no estoy (y lo que no está, desde luego, no puede mantener la palabra dada) o que no tengo el poder o la posibilidad de enviar señales.

—Bueno, bueno. ¡No cometa ninguna tontería! —dijo el profesor, ruborizado, pronunciando las palabras de forma atropellada, sin pausa alguna.

—Quiero serle sincero, profesor. No he venido en busca de consejo. No me cabe duda de que usted es un hombre muy sabio, pero en lo que atañe al corazón, nadie

tiene una fórmula mágica. Mientras permanecemos aquí sentados, alguien en este mundo estará cometiendo un suicidio y nadie es capaz de retenerle. Yo siempre he sabido, profesor, que éste sería mi fin. Cada cual tiene su destino y no puede evadirse de él. En esto sí creo. Antes de casarme con Anna estuve al borde del suicidio porque mi familia había perecido a manos de los nazis, y para mí vivir solo no tenía ningún sentido. En ese momento apareció Anna y volví a creer en la vida. Llegué a preguntarme: ¿es posible que todo haya dado un vuelco y mi destino se haya transformado? Por lo general el destino no cambia. Ahora que Anna se ha ido tan inesperadamente y de forma tan cruel, sin despedirse siquiera, como si toda nuestra vida en común hubiese sido una broma, he comprendido que sólo me habían aplazado la condena. En Estados Unidos hay personas que son condenadas a muerte y permanecen años en Sing Sing hasta que son conducidas a la silla eléctrica.

—¡No, no, no lo haga, no lo haga! —De nuevo el profesor pronunciaba atropelladamente, con dificultad. Está prohibido quitarse la vida... ¿Qué hay de inteligente en ello? Uno toma un cuchillo y... ¿Qué solución aporta eso?

—He leído a Schopenhauer. Hoy mismo he echado un vistazo a sus ensayos: «La voluntad del mundo —dice— no puede ser eliminada». Pero yo no pretendo matar la voluntad del mundo, sólo zanjar mis problemas. Le pondré un ejemplo, profesor. Digamos que tengo en casa una radio a todo volumen y que el estruendo me deja sordo. Supongamos que yo no puedo apagarla. Los que vivieron en la Unión Soviética durante la guerra saben que existen tales radios. En los hogares de la gente colocaban megáfonos que voceaban propaganda comunista noche y día, frustrando cualquier intento de descanso. Uno estaba obligado a oír hablar una hora tras otra acerca de la grandeza del camarada Stalin y de lo mucho que hacía por el socialismo. Bueno, pues sé de alguien que fue por un hacha y rompió ese megáfono o lo que fuera. Semejante acto implicaba la deportación a Siberia, pero esa persona ya no soportaba más tantas mentiras: ahí sentado en su casa, hambriento, en harapos, sin calefacción, mientras el altavoz no paraba de contar los grandes beneficios que Stalin había aportado al pueblo ruso y lo amarga que era la vida de los trabajadores en la Norteamérica capitalista. Así que ese hombre destruyó el megáfono y puso fin a todo ello. Pero ¿a qué puso fin? No al estalinismo ni a las mentiras del sistema. Millones de otros megáfonos continuaron resonando por toda Rusia. Esa persona sólo quería salvar sus propios oídos, su propio cerebro. Quizá sólo pretendía dormir una hora, qué sé yo.

—Un ejemplo maravilloso. ¡Ojalá lo oyera Schopenhauer! De verdad...

—Profesor, aunque yo soy abogado, no filósofo, siempre me ha gustado la lectura de los libros de ideas. Yo comprendo, comprendo que un hombre se destruya a sí mismo, pero no a la vida. Sin embargo, cuando una persona está desesperada no desea mejorar el mundo, sino poner fin a su propio sufrimiento.

—Sí, pero con la misma hacha quizá podría haber matado a un comisario... aunque yo personalmente me oponga a esos extremos.

—¿Y de haber matado a un comisario, qué hubiera logrado? Por cada jefecillo hay diez mil aspirantes al puesto, y cada uno de ellos es posiblemente más canalla que el primero, aunque sólo sea porque éste ya está sentado en su poltrona mientras que los otros luchan por ocuparla. Esto es, profesor, lo que nos transmite la historia de los megáfonos. Mi teoría es que no es posible destruir nada, excepto a uno mismo.

—Ni siquiera a uno mismo.

—Bueno, eso es lo que quiero probar. Si no consigo destruirme a mí mismo, ¿qué perderé? Peor de lo que me va aquí no me va a ir allí.

—No se conoce el misterio del sufrimiento.

—¿Qué misterio puede haber? ¿Para qué necesitaba Dios, si es que existe, que seis millones de judíos fueran aniquilados padeciendo horribles torturas? ¿Y para qué era preciso que quemaran niños? De los adultos cabría alegar que habían pecado, o que Dios quería ponerlos a prueba. Pero ¿qué hay de las pequeñas criaturas cuyas cabezas eran aplastadas por oficiales alemanes? ¿Y los niños que murieron de hambre? ¿Y los padres que tuvieron que cavar las tumbas para sí mismos y para sus propios hijos, mientras los nazis miraban y se reían como si se tratara de un chiste? ¿Para qué necesitaba Dios todo esto? Créame, profesor, aquellos padres visitaron el infierno antes de morir.

—Sí, ya lo sé. Es un misterio, un misterio. Pero ¿qué culpa tiene Dios de que las personas decidan ser malvadas? Él les dio libre albedrío.

—Los niños no tienen libre albedrío.

—Sus almas ya están en algún lugar.

—¿Dónde? Yo quiero saberlo. Yo también tenía dos hijos que murieron asesinados. Si se encuentran en algún lugar, quiero verlos.

—Lo veremos todo..., cuando llegue la hora..., si nos lo merecemos.

—Yo quiero verlo ahora. Tal vez me quedan otros veinte años de vida. Para Dios eso no es ni un instante, pero para mí es mucho tiempo, demasiado. Por otra parte, ya no conservo ningún motivo para seguir aquí. He perdido lo que me retenía y ahora quiero irme con mis hijos.

—¡No, no, no lo haga! —El rostro del profesor estaba crispado como si un profundo dolor le hiriera las entrañas. ¡No podemos escapar! ¡Ojalá estuviera en nuestra mano!

—Podemos, profesor. Y si no es así, en el otro mundo quizá viva entre gente mejor. Ya estoy harto de este lugar, profesor. En resumen: aquí no tengo nada que hacer; he liquidado todos mis asuntos y hasta he pagado todos mis impuestos. Como dice Shakespeare: «El que muere paga todas sus deudas»^[17].

I

Los pensamientos se habían materializado en palabras y las palabras en hechos. Acababan de planear que emprenderían un viaje y ya estaban en camino. Tras la ventana se desplegaba un paisaje desolado: descolorido y macilento, nublado, sumido en un ensimismamiento tan antiguo como la propia creación del mundo. A Grein le pareció que hasta el cielo se asombraba: «¿De dónde provengo? ¿Quién me ha extendido sobre la tierra como una tienda de campaña? ¿De dónde ha salido todo lo demás: los árboles, los ríos, los bosques?». Las ramas, los cristales de las ventanas, los penachos de humo que subían de las chimeneas compartían el asombro de Grein. Durante unos momentos un pájaro intentó seguir el tren, pero pronto quedó atrás.

Grein respiró profundamente. Qué maravilloso le resultaba todo: estar sentado en un tren en marcha, ver el cielo, y tener a su lado a una persona del otro sexo, un misterio llamado Anna. El viaje le aclaraba el enigma del tiempo: se enrolla en sí mismo como el pergamino de una *meguilá*. No, más bien como el pergamino de los libros de la Torá, que vuelve a enrollarse apresuradamente en la fiesta de Simjat Torá cuando, acabados de leer los dos últimos capítulos del Deuteronomio, se empieza de nuevo por el Génesis. Los capítulos semanales pasan en un abrir y cerrar de ojos, los Cinco Libros se suceden con rapidez, aquí está el Deuteronomio, llega Números, Levítico... todo se mueve, todo se va enrollando mientras todo permanece: cada palabra, cada carácter, cada floritura de la letra. Sin embargo, ¿qué había escrito en ese rollo acerca de él, de Grein? «Hubo un hombre llamado Grein que abandonó a su esposa y a sus hijos, dejó sus negocios y se trasladó a Florida con la esposa de un amigo. En su desenfreno creyó que Dios no existía, que no había ley ni castigo, que todo era puro azar y caos. Y he aquí que sus días sobre la tierra ya estaban contados, y los clarividentes leyeron anticipadamente su epitafio y vieron su lápida y la hierba crecer sobre su tumba. En su ceguera, imaginó que su placer sería eterno».

Grein sacudió la cabeza. «¡Basta! ¡Ella no es la esposa de ningún otro! ¿Qué la une a Luria? ¿El hecho de haber estado junto a él bajo cuatro palos, mientras un rabino leía el contrato matrimonial? Una mujer sólo es la esposa del hombre a quien ama. ¿Para qué va a necesitar Dios un certificado de divorcio escrito? ¿No basta con que una mujer deje a su marido abierta y claramente? Nadie puede saber lo que dice el Libro Divino».

Tenía una justificación adecuada para cada uno de sus actos. ¿No era la felicidad

la única meta de las personas, de toda criatura? «¿Existe alguna diferencia entre buscar el placer en este mundo o hacerlo en el venidero? Incluso aquellos que la rehúyen van, en realidad, en pos de la felicidad; quienes cometen suicidio aspiran a conseguir el descanso». Los filósofos habían llegado a la conclusión de que la esencia de la existencia humana es la búsqueda de la felicidad. Grein tenía su propia filosofía, para él felicidad equivalía a divinidad, pues era un atributo divino. Cuando la persona era feliz desaparecían todos sus interrogantes, ya que en esas circunstancias el hombre estaba unido a Dios. Lo que llamamos objetos inanimados son felices, puesto que nunca han errado. Sin embargo, a la vida le había sido concedido un don que implicaba, al mismo tiempo, un obstáculo para alcanzar la felicidad: la libertad. Sólo se hacía posible la libre elección cuando coexistían felicidad y desgracia, verdad y mentira, éxito y fracaso. La libertad tenía que ir unida a la individualidad. Desde el momento que la persona se encontraba encerrada en un cuerpo físico, estaba obligada a ser dueña de sí misma, a buscar su propia gota de felicidad en el inmenso océano de la dicha. Esta lucha provisional parecía formar parte del plan divino. El libro de la Cábala lo explicaba mejor: a fin de hacer posible la Creación, el *Ein-Sof*, el Ser Infinito tuvo que contraerse. El mundo es una isla de infelicidad en un mar de gozo. El destino de cada persona consiste en buscar sin descanso la esencia de su existir.

Anna estaba adormecida, o lo fingía. Se había visto arrastrada a nuevos enfrentamientos con su padre y con su esposo. Luria no le había permitido que hiciera el equipaje. La había agarrado por el cuello para asfixiarla, luego le había rasgado el abrigo de visón. Anna apoyaba la cabeza sobre el mullido lateral del asiento. Sonreía con los ojos cerrados, expresando silenciosamente: «Valía la pena, valía la pena. Ahora he conseguido lo que buscaba». Era como si confirmara la opinión de Grein acerca de que los padecimientos son imaginarios, que la única realidad se encuentra en el placer. Grein estaba escribiendo a lápiz en un bloc. Ya hacía años que venía tomando notas para un libro, intentando crear una especie de nueva moral hedonista: la felicidad era *das Ding an sich*. El camino hacia la felicidad implicaba el camino hacia Dios. Cada planeta representaba un experimento de la felicidad. El mismo Dios no había agotado todas las combinaciones posibles de felicidad, tenía que recurrir a sus criaturas para desarrollar plenamente sus poderes divinos.

No obstante, a Grein le costaba encontrar palabras con que articular su concepción. Tomaba notas en hebreo tradicional, en yiddish, en alemán, aparte de utilizar signos que sólo él sabía descifrar y símbolos cuyo significado únicamente él conocía. Dibujaba asimismo toda clase de figuras, flores y monstruos dotados de cuernos, rabos, escamas, aletas. Si la realidad era divina, como sostenía Spinoza (¡y así debía ser!), también tenían que serlo las figuraciones de Grein, cada trazo de su lápiz, cada impulso de su cerebro. Durante un rato estuvo escribiendo en los caracteres hebreos que utilizaban los escribas judíos, como su propio padre, reb Jacob el Escriba. Después, pasó la hoja y empezó a dibujar una mujer desnuda. ¿El pecado? La institución del matrimonio era una entelequia humana, de hecho, un vestigio de la

esclavitud. Uno no podía establecer un contrato sobre algo que depende totalmente de las emociones.

Anna abrió los ojos.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, nada.

—¿Qué estás garabateando? ¡Déjame ver!

Al examinar sus dibujos esbozó una media sonrisa y le dirigió una mirada inquisitiva. «¿Qué diría sobre esto, por ejemplo, un psicoanalista? —pensaba Anna. Este hombre está lleno de complejos. ¿Quién sabe lo que está pasando por su cabeza de estudiante de yeshivá? ¿Y qué pensará de mí?». Grein y Anna habían reservado un coche cama para el viaje, pero pasaron el día sentados en el vagón cafetería.

Anna tomó la mano de Grein.

—Así que al fin estamos en camino.

—Sí, amor mío, eso es un hecho.

—Creí que nunca llegaría este momento.

—Pido a Dios una sola cosa: que Luria no cometa ninguna tontería.

—Haga lo que haga, no será culpa tuya. A nadie se le puede obligar a amar, como tampoco se le puede obligar a vivir.

—No quisiera empujar a nadie a la muerte.

—Él vivirá, se ama demasiado a sí mismo. Temo más por papá. Pero ¿qué le voy a hacer? Te diré una cosa, y no me interpretes mal: estoy dispuesta a sacrificarlo por ti.

—¡Es terrible decir eso!

—Es la pura verdad.

Grein y Anna habían hecho el amor el día anterior, y cada día desde que ella fue a su encuentro, pero la llama de su pasión no se extinguía. Las últimas palabras de Anna habían encendido de nuevo en ellos el deseo. Le dirigió una mirada entre implorante e interrogante, se arrimó a él y apretó la rodilla a la de Grein. Todo indica que el deseo carnal sigue sus propias leyes, profana lo sagrado, desafía la autoridad, brota de los mismos oscuros recovecos de los cuales emana la maldad. Grein y Anna permanecieron en silencio. Grein parecía estar escuchando sus propios sentimientos ocultos: Lea nunca habría pronunciado tales palabras. Siempre había sido una madre, incluso antes de tener hijos. En cuanto a Ester, en los últimos años se había convertido en un manojito de resentimientos, agravios y remordimientos, y hablaba demasiado acerca de la muerte. Había cierta lógica en la disposición de Grein a dejar tanto a Lea como a Ester, y quedarse con Anna, que se lo ofrecía todo: juventud, fuerza, fantasía y tendencia a disfrutar con los cinco sentidos. Pero ¿podía él justificar lo que estaba haciendo? Bajo todos sus equívocos y sus pretextos era consciente de que obraba mal, de que estaba rebelándose contra el Creador. ¿Qué pasaría si lo que él hacía se convirtiera en norma, en una regla general? Dejaría de existir la familia y la paternidad. Todas las mujeres se convertirían en ramerías y todos los hombres en

libertinos.

II

Inmediatamente después de la cena, Grein y Anna se dirigieron al coche cama. En las últimas noches ninguno de los dos había dormido más de tres o cuatro horas. Qué extraño le resultaba irse a dormir en un expreso que avanzaba a toda velocidad hacia un clima cálido, hacia una tierra de palmeras y naranjos. Durante la cena Anna había encargado champán con la excusa de que era el primer día de su luna de miel. Según bebía, iba ganando confianza: bromeaba con el camarero, charlaba con la pareja de la mesa de enfrente y se echaba a reír sin motivo aparente. Anna hablaba en inglés con fluidez, pero con acento alemán. Los estadounidenses que estaban en el vagón comedor intercambiaron miradas entre sí. Esta refugiada de Hitler llevaba una capa de visón sobre los hombros, unos pendientes de diamantes y otro enorme diamante más en el anillo. Resultaba difícil creer que millones de personas como ella hubiesen sido quemadas en los hornos, envenenadas en las cámaras de gas.

Anna juntó su copa a la de Grein y en voz alta le dijo a la señora mayor que se sentaba enfrente:

—¡He esperado este día veinte años!

—Te lo ruego, Anna ¡no des un espectáculo! —le murmuró Grein.

—¿Qué te da miedo? ¡Tenemos derecho a ser felices!

Cuando volvieron al coche cama el viaje podía darse por terminado: a la mañana siguiente llegarían a Miami. Aún era temprano, apenas las nueve de la noche, pero el viaje de todo el día, las opulentas comidas y el vino les habían dejado agotados, y a la voluntad de esconderse, por temor a encontrar algún conocido, se unía un renovado deseo mutuo. Cerraron la puerta; se sentían libres. Apagaron las luces y se abalanzaron el uno sobre el otro con una pasión tal que a ellos mismos les asombró. Se mordieron y sus bocas quedaron engarzadas largo tiempo, olvidando cómo separarse, luchando silenciosamente por tragarse la una a la otra, junto con la lengua, el paladar, la garganta... Anna tenía las mandíbulas fuertes como las de un animal y sus besos eran vigorosos, enérgicos. Estaban de pie en la oscuridad, como dos lobos con los hocicos enlazados. Mientras, en el exterior, los campos de algodón, las plantaciones de tabaco, el reflejo de las casas, las luces de las fábricas pasaban a toda prisa. A diferencia de las antiguas locomotoras, el motor Diesel no silbaba, sino que emitía un alarido monstruoso. En el ardor de su pasión Grein experimentaba el orgullo de la especie humana, del *Homo sapiens* que había salido arrastrándose de su caverna y conquistado las fuerzas de la naturaleza. Él mismo y Anna constituían un experimento de hedonismo, un intento de concentrar en el mínimo lapso de tiempo el máximo de vivencias.

Más que quitarse la ropa, se la arrancaron el uno al otro. Grein había leído hacía poco un extracto del informe del doctor Kinsey, a punto de ser publicado, según el cual el varón alcanza el período de máxima potencia sexual a los quince o dieciséis años; sin embargo, lo ocurrido entre él y Anna lo había desmentido. Anna despertó en

él un vigor que nunca sospechó poseer. ¿Cómo se mide la fuerza que surge de las mismas profundidades del subconsciente, de la esencia que deja de ser ya una manifestación externa para revelar la verdad en sí misma? La pareja lanzó un rugido semejante al alarido de la máquina Diesel, un grito de los elementos en armonía con el universo, con sus objetivos y con su poder. Anna repetía una y otra vez las mismas palabras: «¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Hasta la muerte! ¡Hasta la muerte!». Jadeante, le hablaba en polaco, como lo había hecho en la época en que Grein era su tutor, pronunciando fervientes y desenfrenadas palabras, propias de quien se ha desnudado tanto física como espiritualmente: medias frases, exageraciones toscas, ebrias repeticiones. No eran Grein y Anna quienes se habían encontrado, sino unas fuerzas superiores que a través de ellos, y tras una prolongada espera, se habían fundido con el misterio del magnetismo espiritual. Ellos sólo desempeñaban el papel de intermediarios.

—¡Quiero tener un hijo tuyo! —gritó Anna.

Grein le tapó la boca para que no la oyeran en el pasillo, pero ella se zafó.

—¡Te quiero! —exclamó con voz entrecortada. ¡Te quiero! ¡Quiero darte un hijo varón!

Anna le mordió la muñeca y él se acarició las marcas de sus dientes.

Se separaron y quedaron postrados en estado de languidez. Medio dormido, Grein fantaseó que era la noche de Pésaj y él ya había apurado las obligadas cuatro copas de vino. Al igual que hacía su padre, él había oficiado un acto religioso. Este éxtasis no provenía del vacío, tenía su raíz en algún lugar.

Todavía adormilado, oyó el traqueteo sordo de las ruedas y sintió que el vagón se mecía sobre sus amortiguadores. El tren se detuvo en una estación. Debían de estar cambiando de vía, porque las cabezas de empalme golpeaban entre sí. Mientras él dormía, los centinelas hacían guardia en la noche, comprobaban los ejes, mandaban señales, alumbraban con sus linternas. A su manera humilde, el hombre imitaba las tareas de la Divina Providencia.

Grein se quedó dormido y soñó que alguien había muerto. No sabía quién, pero era consciente de que se trataba de alguien muy cercano a él. Por alguna razón tenían que esconder al difunto en un pequeño cuarto con las persianas echadas. Alguien se presentó en busca del cadáver, pero la persona todavía no estaba muerta. Estaba sentada en una silla, sumida en la penumbra crepuscular, macilenta, asustada; sus ojos melancólicos reflejaban un estupor extraterrenal, mientras Grein le servía una barra de pan y un huevo. Al parecer él era a la vez el muerto y el deudo. ¿Cómo era eso posible? Grein abrió los ojos. El tren avanzaba a una velocidad inusual, como si hubiera perdido el control. Parecía rodar cuesta abajo, caer al abismo. Anna también se despertó sobresaltada.

—¿Qué ha pasado?

III

En efecto, ellos estaban acostados en el interior del coche cama de un tren lanzado a toda velocidad, pero los espíritus de los maridos y las mujeres que ambos habían tenido antes los perseguían. Grein le habló a Anna de Ester, y Anna le contó acerca de Yasha Kotik. Anna quería conocer hasta el último detalle de Ester: ¿era rubia o morena, delgada o gorda?, ¿qué clase de mujer era?, ¿cómo era su temperamento? A grandes rasgos Grein le refirió la verdad, pese a omitir los hechos que le avergonzaban, que revelaban sus debilidades. Ester provenía de una familia distinguida. Cuando tenía dieciocho años la casaron con Píniele, hijo de una estirpe rabínica, pero ella le tomó aversión desde el mismo palio nupcial. Después de la boda Ester comenzó a leer libros profanos, se convirtió en una activista ferviente en el movimiento de las juventudes sionistas, actuó en una compañía de teatro de aficionados, publicó poesía en revistas del partido. Píniele volvió con sus padres y Ester vivió algún tiempo en Varsovia, luego en Lvov y más tarde en Cracovia. Su padre, un hombre acaudalado y culto que disponía de autorización rabínica para la enseñanza de la Torá, murió de repente. La madre perdió sus bienes y Ester trabajó sucesivamente como maestra, correctora de pruebas y bibliotecaria en una biblioteca judía. Durante algún tiempo viajó por Polonia con una compañía de teatro ambulante; más tarde se marchó a Palestina. Por extraño que parezca, Píniele, su marido, que también se había distanciado de la religión, la siguió a Palestina. No obstante, la convivencia les resultaba imposible y acabaron divorciándose en Tel Aviv. Píniele se quedó allí como funcionario de alguna institución y Ester emigró a Estados Unidos. Fue maestra en el mismo *Talmud Torá* donde Grein trabajó durante algún tiempo.

Anna escuchaba y pedía más. Se arrimó a Grein, como una niña que no quiere que acabe todavía el cuento que le están contando. ¿Qué hacía Ester en Palestina, qué enseñaba en el *Talmud Torá*, cómo se habían enamorado? ¿Y fue realmente amor? ¿Qué atraía más a Grein: su físico, su espíritu o sus conocimientos del hebreo? Cada respuesta de Grein sugería a Anna nuevas preguntas. Había algo de erótico en el mismo acto de interrogar. Era como si Anna supiera de antemano cada contestación y sólo quisiera ponerle entre la espada y la pared para obtener de él una confesión, porque tanto el amor como el poder precisan de la traición. En toda relación amorosa acecha la rivalidad, dejando su amargo regusto. A Grein se le ocurrió que en Rusia, jóvenes mujeres judías parecidas a Anna se ponían chaquetas de cuero, colgaban de sus caderas un cinto con revólver y con ese mismo celo sometían a interrogatorio a presuntos o probados contrarrevolucionarios.

La historia que Anna contó sobre Yasha Kotik esbozaba la imagen de un diablo que cubría todos los campos del mal, era mentiroso, estafador, ladrón, borracho, cobarde y drogadicto. Cuando fue con Anna a Suiza en viaje de luna de miel, se llevó en secreto a una corista a la que alojaba en los mismos hoteles donde se hospedaba la flamante pareja. A causa de una mala reseña que Alfred Kerr escribió sobre él intentó

cortarse las venas. Lo mismo se reía que lloraba, tan pronto se jactaba de ser el mejor actor del mundo como se quejaba de no tener ni pizca de talento. Vendió las joyas de Anna y empleó el dinero para sobornar a críticos charlatanes para que le escribieran críticas favorables. Perdió en el juego todos sus bienes, contrajo deudas, se dejó pagar por viejas y ricas extranjeras, tenía cajas llenas de fotos pornográficas. En el escenario se distinguía por una especialidad: parodiar a los ostjuden, los judíos emigrados de Europa del Este. Los exponía al ridículo y al desprecio justo en una época en que Alemania estaba plagada de nazis. Incluso se codeaba con los nazis y brindaba con ellos.

—¡Oh, era un canalla! ¡Un canalla! —se quejaba Anna. De no haber tenido la desgracia de vivir con un bárbaro así, no creería que existieran. A su manera retorcida, Kotik observaba la religión por el lado supersticioso. En Yom Kippur corría a la sinagoga. Conocía a un insignificante rebbe en Dragonerstrasse, a quien acudía angustiado la noche de cada estreno para que le bendijera. Siempre llevaba encima toda clase de llaves, elefantes, amuletos contra el mal de ojo e incluso cruces y crucifijos para que le dieran suerte.

Cuando estalló la guerra, Yasha Kotik huyó a Rusia y enseguida se hizo comunista. Despotricaba contra los burgueses y los fascistas, elogiaba al camarada Stalin y delataba a otros actores que habían buscado asilo en Rusia. Gracias a sus denuncias se convirtió en un actor famoso y en una estrella del cine.

En cuanto a Cesare, Anna no tenía gran cosa que contar. Era un muchachito mimado, ambicioso, atrevido y tímido a la vez, ávido de amor y con complejo de Edipo. No paraba de llamar «madre» o «mamma» a Anna.

—Pero ¿para qué evocar las sombras del ayer? —preguntó Anna. Ahora nos queremos y estamos juntos. Lo vivido ya pertenece al pasado.

Sin embargo, ¿pertenece realmente al pasado? Aquellas sombras les perseguían; cada una de ellas desempeñaba su papel, exigía su cuota de inmortalidad. El amor parece ser todo espíritu, y como tal está sometido a las leyes del espíritu. Lo que ha pasado no caduca, lo que ha muerto no desaparece, las palabras equivalen a hechos, los pensamientos conservan un poder mágico.

Anna siguió interrogando a Grein hasta el amanecer. Además de Lea y de Ester, ¿quiénes eran las otras mujeres que había conocido? ¿A qué edad se había acostado con una mujer por primera vez? ¿Con quién vivía cuando iba a su casa a ayudarla con los deberes? Anna volvía una y otra vez al tema de su madre. ¿Sabía Grein que ella le amaba? Todos los días preguntaba por él. Si se retrasaba en llegar a alguna clase, la madre de Anna solía dar unos golpes con la cucharilla de los medicamentos en el borde de la cama, la señal para que Anna entrase. Su madre inquiría con insistencia si el estudiante ya había llegado. Además, ¿por qué Grein le traía flores?, ¿por qué una vez le había regalado una caja de bombones? Él ya había olvidado todos estos detalles, pero Anna recordaba un sinfín de particularidades. Le hizo jurar que diría la verdad: ¿había besado a su madre alguna vez?

—¿Y a ti eso qué más te da? —le preguntó, evasivo.

—Oh, amor mío, deseo saberlo. Créeme que no va a influir para nada en nuestra relación. No es más que curiosidad.

—Sí, alguna vez le di un beso.

—¿Eso es todo? —preguntó Anna tras una pausa.

—Nada más.

—¿De verdad?

—Lo juro por lo más sagrado.

—¿Cuántas veces la besaste?

—Varias veces.

—¿Por qué lo hiciste, dime?

—Pues no sé. Era una mujer muy hermosa y tu padre se pasaba semanas enteras de viaje. Ella se sentía sola y estaba enferma.

—¿Te devolvía los besos?

—A veces.

—¿Cuándo fue eso? ¿Cuándo empezó?

Grein, que apenas recordaba aquel episodio, se vio obligado a inventar.

—Siempre lo supe —dijo Anna estremeciéndose con la voz sofocada por las lágrimas.

—¿Cómo?

—Lo sabía. ¡Eres un hombre terrible! ¡Una bestia salvaje, eso es lo que eres! — Se echó a sus brazos, diciéndole entrecortadamente—: ¡Oh, te quiero! ¡Te querré hasta mi último aliento! ¡Hasta que me metan en la tumba!

—Pero si soy más viejo que tú.

—No, ya verás, yo moriré joven, como mi madre. —Y Anna rompió a llorar amargamente.

Como si la locomotora Diesel se hubiese emocionado por la conversación que mantenían en aquel compartimiento del tren, dejó escapar un desolado gemido, un chirrido procedente de lo más hondo de sus entrañas de acero. A Grein le pareció que la locomotora gritaba: «¡Contempla, oh Dios, qué bajo han caído tus criaturas! ¡Es el fin del mundo! ¡No queda la menor esperanza! ¡Ay de este mundo pecador, malvado y abyecto!».

IV

Fuera lucía el sol; las palmeras se deslizaban al paso del tren, en un paisaje estival semejante al de Tierra Santa. El tren se detuvo y los pasajeros bajaron en tropel a tomarse un zumo de naranja. Grein no se alejó de la ventana. A pesar de lo avanzado del invierno, en Florida parecía que era la fiesta de Shavuot, olía a Biblia. Preparadas para arrodillarse y postrarse ante Dios y su poder, las palmeras se inclinaban en varios ángulos, como si se tratara de ermitaños envueltos en harapos y de barbas ralas. Cuando soplaba la brisa comenzaban a mecer sus ramas, sacudiéndolas en todas direcciones en reconocimiento de la omnipresencia de Dios, como si estuvieran celebrando una perpetua fiesta de los Tabernáculos.

«¿Cómo es posible que teniendo tan cerca toda esta belleza, no haya yo venido nunca por aquí en veinte años que llevo en Estados Unidos? —se preguntaba Grein perplejo. ¡Qué poca iniciativa tenemos! ¡Qué cortas se quedan las palabras a la hora de describir la realidad! ¿Quién sabe cuántas maravillas existen a nuestro alrededor, a las cuales no hacemos ningún caso?».

Grein y Anna se apearon cuando el tren llegó al final de su trayecto en Miami. Sostenían en los brazos sus abrigos de invierno como los esclavos liberados llevan sus cadenas. Un taxi les condujo, circulando sobre puentes tan grandes como autopistas, atravesando canales cuyas aguas reflejaban palmeras, chalets, oasis reconstruidos. Un joven hacía esquí acuático sujetando con una mano la cuerda que le unía a una lancha, mientras con la otra se acercaba a los labios una botella de Coca-Cola. «Aquí no se teme a los malos espíritus —pensaba Grein—, aquí el hedonismo ha adquirido el estatus de religión».

Grein y Anna no habían reservado habitación y pidieron al taxista que les condujera a un hotel pequeño, en algún barrio tranquilo. El taxi recorrió Lincoln Road, dobló en la avenida Collins y se dirigió hacia el norte. Entre los enormes hoteles se divisaba el centelleo del océano, puro, verde, cristalino y gelatinoso como una cósmica luz de neón. Un barco blanco se deslizaba sobre la superficie del mar, aparentando el decorado de una ópera. El taxista iba tarareando mientras conducía. La naturaleza y la humanidad se habían aliado para montar un carnaval lleno de cantos, silbidos, flores raras, pájaros exóticos y especias orientales. Los coches destellaban al sol, cual juguetes de los mimados niños de una raza de gigantes. Los edificios parecían brotar de la tierra como los palacios en los cuentos de hadas. Una laxitud olvidada desde tiempos inmemoriales, una ociosa pasividad se extendía sobre todo y sobre todos como si el ser humano, mediante un conjuro, se hubiese liberado de la maldición primigenia y hubiera recuperado la paz del Edén. Anna era incapaz de contener su alegría. Le tomaba la mano a Grein, y la apretaba una y otra vez. El claxon del taxi ya no sonaba, sino que entonaba una melodía. Los rostros les saludaban risueños: «¡No más muerte, no más fatiga, no más tristeza! Han sido derribadas las eternas barreras. Aquí son las olas de la eternidad las que te empujan.

Aquí se conoce la jubilosa verdad».

El hotel al que se dirigió el taxi estaba situado en la calle cuarenta y pico. Custodiaba la entrada una vieja higuera achaparrada, gruesa, llena de nudos desde sus abultadas raíces, entre cuyas ramas, cargadas de esos higos que nunca maduran, había una lámpara encendida en pleno día, como un efecto de *atrezzo* olvidado tras un festejo nocturno. A un lado chapoteaba el mar y al otro lado el Indian River. Les proporcionaron una habitación en la segunda planta, con un balcón que se asomaba al patio. A Dios gracias en ese lugar que tiempo atrás debía de haber sido una mansión privada, no cabía una piscina. Entre las flores y los arbustos se iban erosionando poco a poco unas envejecidas esculturas. Un pajarillo bebía el agua de una fuente... ¿o acaso era el elixir de la vida? El cielo resplandecía, azul y transparente. Reinaba una tranquilidad como la que debió de existir en el claustro de algún filósofo de la antigüedad, retirado del ruido y las vanidades del mundo. Grein no daba crédito a sus ojos: ¡ante él había un cactus en flor! Entre sus espinas polvorientas, que parecían hechas de dura piedra, asomaba una frágil flor de tiernos pétalos y delicado colorido, como testimonio de la eterna gracia que fluye por las venas de la creación.

Anna se dispuso a deshacer las maletas mientras Grein permanecía sentado en el balcón. Aquí y allá destacaban los grandes hoteles, aunque desde la habitación sólo se veían las plantas superiores: los solarios, las cúpulas, las antenas. Un pájaro solitario hacía piruetas en las alturas. En una ventana divisó una figura familiar. Una mujer estaba desnudándose, cambiándose de ropa, y se inclinaba sobre sus maletas. Extrañamente, le encontró cierto parecido con Anna. Grein se quedó absorto. ¿Era una casualidad? ¿Una ilusión? Se rió: se trataba de la propia Anna cuya imagen se reflejaba en los cristales del edificio de enfrente.

Grein continuó sentado, con la mirada perdida. Si existía la felicidad, él debería ser feliz en ese momento; de lo contrario, si ni siquiera entonces experimentara la dicha, no habría nada que esperar o de qué filosofar. Aunque mantenía los ojos abiertos, examinaba su interior. En la cadena de causas y efectos ya había olvidado gran número de los eslabones; sólo quedaban los hechos aislados. Había dejado a su mujer y a sus hijos. Había herido a Ester. Había abandonado su medio de vida. Había hecho desgraciados a Stanislaw Luria y a Boris Makaver. Y aún más, había transgredido sus propios principios. Se había entregado por completo a este mundo, con todos sus ídolos y sus falsas imágenes.

Salió al patio una mujer de pelo mal teñido de rubio platino, con el rostro picado de acné, vestida con pantalones rojos y la espalda al descubierto, quemada por el sol y llena de pecas. Un par de sandalias con tacón de aguja mostraban las uñas de los pies pintadas de rojo intenso. Permaneció inmóvil como un ave de una especie vieja y exótica, un fósil vivo de alguna época pasada. Luego levantó la cabeza y observó a Grein. «¿Qué clase de locura te ha traído a ti hasta aquí?», parecía preguntarle.

Anna entreabrió la puerta del balcón.

—Voy a necesitar un bañador nuevo. El viejo ya está completamente desteñido.

—Claro, claro.

—¿No te apetece comer algo? Yo me muero de hambre.

Anna no lo expresó explícitamente, pero Grein dedujo que no estaba satisfecha con el hotel. Quedaba demasiado lejos del mar, al otro lado de la carretera. La playa no era privada y no alquilaban casetas. Grein hubiese almorzado en la misma cafetería del hotel, pero ya en el camino hacia su nuevo alojamiento Anna se había fijado en un restaurante de esos en los que había que hacer cola para conseguir una mesa. Al contrario de Grein, no mostraba la menor intención de quedarse quieta en un mismo lugar. Tenía que ir de compras. El arrebato de Luria mientras ella hacía el equipaje había sido tan violento que se había dejado muchos de los objetos más necesarios. Quería comprarse zapatos, un sujetador, unos pantalones, una loción corporal y un gorro de baño. En el vestíbulo del hotel algunos hombres y mujeres estaban sentados viendo la televisión. Cuando pasaron Grein y Anna, todos levantaron la mirada y los examinaron inquisitivamente, ansiosos por adentrarse fugazmente en los secretos ajenos y forjarse un juicio sobre la valía del otro. Grein adivinaba las preguntas que subyacían en sus miradas: «¿Quién es éste, para empezar? ¿Qué está haciendo aquí?», y el veredicto que seguía: «No, no es de los nuestros».

La mujer que antes había salido al patio preguntó a Anna en voz alta:

—¿Qué tiempo hace en Nueva York?

Era una voz ronca y masculina, el sonido de lo ordinario, de lo cotidiano, una voz exenta de pudor, propia de quien considera que el mundo no es más que un gran baño turco.

—Hace frío.

—¿Nada más que frío? En California ha nevado. ¿Ustedes han venido en avión o en tren?

—En tren.

—¿A quién le apetece pasarse horas y más horas en un tren, hoy en día? ¡Yo siempre viajo en avión! A mi marido no le gusta, pero yo le digo que siempre le queda la posibilidad de encontrar a una mujer más joven y más guapa que yo. Ja, ja, ja. Ahora está contento; estando yo aquí hace lo que le da la gana. No se lo recrimino; que disfrute de la vida también. ¿No le parece? Mientras siga pagando las facturas, claro. ¿Dónde viven ustedes, en Brooklyn o en el Bronx?

Anna sonrió.

—Por el momento, no vivimos en ningún lugar.

—¡Ah! Es su luna de miel, ¿eh?

Grein palideció. Un hombre grueso, vestido con una camisa floreada que dejaba vislumbrar un pecho velludo, empezó a contar chistes y se presentó como un dentista de Filadelfia. Grein había decidido en el camino que hablaría con todo el mundo y no

evitaría a la gente, como hacía año tras año en los hoteles que visitaba. De una vez por todas tenía que liberarse de ese insensato orgullo. Sin embargo, no le resultaba sencillo quedarse allí charlando con aquellos desconocidos, dejar que le felicitaran y escuchar las consabidas bromas. No logró vencer una sensación de asco y le irritó que Anna se entendiera tan bien con ellos. Se disculpó y salió.

V

Pasaron varios días, tal vez una semana entera. Al principio, las jornadas le resultaban a Grein desmedidamente largas, pero luego, a fuerza de repetirse, fueron adquiriendo un ritmo. Las mañanas transcurrían plácidas. Anna se marchaba a bañarse en la playa mientras Grein permanecía en la habitación. Se sentaba en el balcón a leer o a garabatear sobre el papel. En la madurez, la estilográfica se había convertido en su único juguete. Aunque sabía que era signo de mala educación, la sacaba incluso durante las comidas. Todo lo que la pluma hacía tenía cierto encanto a sus ojos, tanto si se trataba de escribir números como si la usaba para dibujar monstruos o tomar apuntes que nunca le servirían para finalidad alguna. Había heredado de su padre, que en paz descansara, ese amor por la pluma, pues en la infancia solía verlo afilando las plumas de ganso con una navaja y alisándolas con un pequeño trozo de vidrio. Su padre siempre tenía preparadas en la mesa una serie de plumas, junto con toda clase de reglas y de frascos de tinta china.

De niño, Grein aseguraba que de mayor sería escriba. Más tarde, quiso ser escritor, científico, filósofo. Soñaba con encontrar un libro que desvelase todos los secretos, que señalara el camino correcto. Cada vez que entraba en una biblioteca, Grein iba precisamente en busca de ese libro ideal. Cuando soñaba despierto, se imaginaba a sí mismo escribiéndolo. Claro que mientras Grein se dedicaba a fantasear, otros escribían de verdad. Se publicaban libros por miles, por millones. Libros que eran leídos y desechados como periódicos viejos. Se veían esparcidos sobre mesas en la Cuarta Avenida y en otros lugares, donde se vendían por cinco centavos e incluso por uno. ¿Cómo era posible decir algo nuevo en medio de tan enorme producción? ¿Y qué valor tenían las palabras que nunca se convertirían en hechos? Una creciente aversión fue uniéndose a su amor por los libros. Con el paso del tiempo, llegó a enorgullecerse por no haberse convertido en un autor cuyas palabras acabaran sumándose a los montones de desechos literarios.

Sin embargo, nunca llegó a perder la costumbre de jugar con la pluma. Cada vez que entraba en el departamento de papelería de Woolworth's se compraba un cuaderno, un bloc de notas y una tablilla con pinza. Siempre llevaba encima varias estilográficas y lápices. Incluso había experimentado el impulso, más propio de una jovencita o de una solterona, de llevar un diario. Pero a fin de cuentas ¿para qué? Cada vez que empezaba, escribía unas líneas y luego lo dejaba abandonado. Tarde o temprano, Lea terminaba tirándolo a la basura. Por extraño que resulte, hasta estaba quedándose sin idioma propio. Comenzaba a olvidar el polaco; el alemán nunca llegó a ser su lengua, a pesar de haberlo estudiado en Alemania y en Austria; en Estados Unidos había aprendido inglés, pero continuaba siendo un idioma extranjero para él. Aunque el yiddish era su lengua materna, lo consideraba inadecuado para expresar conceptos abstractos o precisos. El yiddish no tenía gramática y carecía de reglas ortográficas.

Grein sabía hebreo, pero sólo el hebreo tradicional de los libros sacros, no la nueva lengua que se estaba creando en la tierra de Israel. Redactaba sus notas alternativamente en polaco, en inglés o en la lengua sagrada, y en ocasiones en las tres a la vez. Sí, era la inevitable consecuencia de dos mil años de exilio. Ahora bien, ¿qué clase de judío iba a surgir en Tierra Santa, aunque se marchasen los ingleses y se fundara allí un Estado judío soberano? ¿Quiénes eran los judíos a los que podía en conciencia llamar «hermanos»? ¿Los estalinistas que manchaban la historia judía? ¿Los terroristas que bombardeaban los hoteles? ¿O los refugiados procedentes de Alemania que, al mismo tiempo que se sentaban en los cafés de Tel Aviv, se preparaban para retornar? Cada vez que Grein llevaba a cabo un examen de conciencia llegaba a la misma conclusión: cuando al judío se le arrebatara la fe, bien poco queda de su judaísmo, y menos aún de algo que lo cohesione a otros judíos modernos. Si ellos mismos no se asimilan, al final acaban haciéndolo sus hijos. ¿Qué clase de generación, por ejemplo, iban a producir su Jack y su Anita? Un judío sin Dios es un gentil aunque hable en hebreo. ¿Y qué ofrece realmente la vida mundana? Unos años de dura lucha en la tierra y, después de la muerte, el olvido eterno.

Hacía años que Grein había llegado a esta conclusión. Sin embargo, tampoco era capaz de convertirse en un judío practicante, que observa todas las leyes del Shulján Aruj. Para hacer eso no basta con creer en Dios. Hay que creer que existió la revelación divina y por tanto aceptar cada ley, cada restricción, el dictado de cada codificador de la ley sagrada. Pero ¿acaso podía él cumplir el sinfín de preceptos y de leyes que los rabinos y exégetas han ido acumulando, generación tras generación? ¿Y había que atribuir a Dios toda clase de convicciones y caprichos humanos?

Se abrió la puerta y Anna entró, ataviada con una corta bata de playa sobre el bañador, con las piernas al aire y calzada con sandalias rojas. Llevaba puestas las gafas de sol y sostenía un libro, un frasco de aceite solar, un periódico y una revista. Su piel ya había adquirido un intenso bronceado.

—¡Oh, amor mío!, el mar estaba hoy estupendo, liso como un espejo y ¡tan agradable! De verdad, no entiendo por qué no quieres darte un baño. Todas las mujeres van con sus maridos. ¿Es que te da vergüenza? Tienes un cuerpo más hermoso que el de todos ellos. De verdad, Hertz, no te entiendo.

—Bueno, vístete. Me parece absurdo comentar el mismo tema un día tras otro.

—Dímelo una sola vez, ¿por qué evitas el mar? Alguna razón tiene que haber.

—Pues no, ninguna.

Anna le miró de soslayo.

—Está bien, voy a ducharme. Luego iremos a almorzar. ¡Me muero de hambre!

Anna entró en el cuarto de baño. Grein se puso la corbata, la chaqueta, el sombrero. Conservaba parte de la modestia de su padre, el pudor ante la desnudez. Incluso atravesar el vestíbulo del hotel con Anna representaba para él un suplicio. Los hombres y las mujeres que se encontraban allí le miraban con recelo, con hostilidad. Sentados medio desnudos, fumaban, se reían, miraban la televisión,

charlaban sobre actores de cine, carreras de caballos o perros, sobre los combates de boxeo y sobre los cantantes que actuaban en los clubes nocturnos. Esa gente mostraba una actitud profana que le zahería indefectiblemente. Sin embargo, ¿qué quería que hicieran? ¿Estudiar la Mishná? ¿Leer el Zóhar? Aquello a lo que Grein aspiraba no existía ni podía existir: aspiraba al temor a Dios sin dogma, a la religión sin revelación, a la disciplina sin normas. Aspiraba a la Torá, la oración y el aislamiento, contruidos sobre la pura vivencia religiosa, sin mixtificaciones. No obstante, sabía al mismo tiempo que su ideal resultaba irrealizable. Libraba una guerra que estaba perdida de antemano. Tenía que protegerse de lo que ocurría en su interior, como si se tratara de una perversión o de una enfermedad espiritual.

Anna salió desnuda.

—¿Qué has hecho todo el día? Te he echado de menos.

Anna se mordió el labio inferior. Serían felices juntos, pero él seguía guardándole secretos. Caminaba nervioso, pálido, pensativo, encerrado en sí mismo. Algo le atormentaba; pero ¿qué era? ¿Echaba de menos a Lea? ¿A los hijos? ¿Acaso no conseguía olvidar a Ester? ¿Quizá le aquejaba alguna enfermedad? Anna hubiera dado su vida por ayudarle, pero ¿cómo ayudar a un paciente que se resiste a revelar su mal? A una persona así, ni siquiera se la puede enviar al psicoanalista. Anna se acercó a Grein y se alzó de puntillas.

—Bueno, dame un beso.

VI

No utilizaron el ascensor; bajaron las dos plantas por la escalera. Aquí y allí había alguna puerta abierta y una camarera negra pasaba la aspiradora sobre las alfombras o hacía la cama. Tras las demás puertas se oían conversaciones, risas, las melodías de una radio. Todos los cantantes, tanto hombres como mujeres, se lamentaban sobre el amor. Su tono era lacrimógeno, lleno de nostalgia, hastío y tristeza. «¿Qué es lo que les duele a ellos? —se asombraba Grein. ¿Es posible que tengan los mismos padecimientos que yo?». Deseaba decirle a Anna que no se entretuviera en el vestíbulo, aunque sabía de antemano que no le haría caso. Solía detenerse en recepción, donde colgaban toda clase de anuncios que informaban acerca de excursiones, entradas de *cabaret* con precios reducidos o carreras de caballos. Anna siempre tenía algo de que hablar con el propietario, el señor Abrams. Le pedía papel de carta, le compraba postales y sellos; había depositado en la caja fuerte sus joyas y de vez en cuando cambiaba una alhaja por otra.

En esta ocasión el vestíbulo estaba atestado. Grein observó que acababa de llegar una nueva huésped, que permanecía en pie con su abrigo de visón, rodeada de un montón de elegantes maletas. Era menudita y calzaba zapatos con doble suela y un tacón inusualmente alto. Su cara, de tez amarillenta, era ancha y con muchas arrugas. Tenía la nariz puntiaguda y los ojos color avellana. Todo su porte correspondía a una persona de mundo, experimentada, ávida de causar sensación a su alrededor y de aprovechar las ocasiones allá donde se presentaran. Anna no reparó en ella, pues se hallaba buscando algo en su bolso. El señor Abrams, un hombre alto, grueso, con la cara redonda como un plato, llamó con voz ronca:

—Señora Grein, ¡hemos encontrado su abanico!

Anna se encaminaba a la recepción cuando empezó a retroceder de súbito, volviendo la cabeza hacia Grein con mirada atemorizada. Había palidecido y estaba murmurando algo e intentando hacerle a Grein alguna señal. Grein advirtió que se avecinaba algún desastre, por más que no sospechaba de qué podía tratarse. Su primer impulso fue echar a correr escaleras arriba, pero ya era demasiado tarde. La recién llegada se había dado la vuelta. Distinguió a Anna, y todas las arrugas de su cara reflejaron alegría y emoción por tan inesperado encuentro con un conocido.

—¡Señora Luria!

Gritó su nombre en voz tan alta que se produjo un silencio entre la ruidosa concurrencia. La mujer extendió los brazos, envueltos en las anchas mangas del abrigo de visón, para abrazar a Anna. A pesar de su turbación, a Grein le sorprendieron las uñas de la mujer, rojas y afiladas como las de un ave de presa. En cambio, sus manos, surcadas por venas azules, eran las de una anciana. Anna retrocedió de nuevo un paso, como si quisiera resistirse a ser reconocida o como si diera a entender que la mujer se había equivocado. Sin embargo, se limitó a estrecharle la mano con un gesto frío e irritado que venía a decir: «Podría haber

prescindido de este encuentro».

—Ésta es la señora Grein y no la señora Luria —corrigió el señor Abrams, levantando las cejas en señal de asombro.

—¿Cómo dice? ¡Pero si la señora Luria y yo somos vecinas! —insistió la recién llegada. Hablaba inglés con un acento y una entonación que Grein no tardó en identificar como de origen lituano. No estrechó la mano de Anna, sino que se quedó mirándola atónita.

—Señora Grein, ¿no reconoce usted a su vecina? —bromeó el señor Abrams.

Por lo visto él seguía sin sospechar nada, pero las mujeres que los rodeaban ya habían deducido la situación. Habían abierto los ojos desmesuradamente, estirando el cuello hacia delante y abriendo la boca. Anna recobró la compostura.

—¡Señora Katz! —replicó en voz alta para que todos la oyeran. Me he divorciado del señor Luria. Ahora soy la señora Grein.

Acto seguido hizo una señal hacia Grein. La señora Katz entornó los párpados mientras examinaba a Grein de arriba abajo. Mostrando su dentadura postiza, la cara se le iluminó ante la dulce perspectiva de un escándalo.

—¡Encantada de conocerle, señor Grein! ¿Se divorcia uno tan rápidamente en Estados Unidos? —dijo, cambiando el tono de voz. Y hablando al mismo tiempo a Anna y al público añadió—: Hace tan sólo una semana vivía usted todavía con su marido, señora Luria. Ni en Reno se conceden los divorcios con tanta velocidad. ¿O quizás en Miami es posible divorciarse y casarse de nuevo con esa rapidez? Si es así, permítame felicitarla. Yo lo llamaría un divorcio «expreso».

Una mujer soltó una risita. Una señora de cierta edad tosió. Alguien apagó el televisor. Un hombre corpulento, que llevaba un albornoz con girasoles chillones y un par de enormes sandalias, el mismo que se había presentado a Grein como el dentista de Filadelfia, comenzó a hablar en voz ronca:

—Que yo sepa, hay que haber vivido aquí seis meses al menos para obtener el divorcio. ¿O quizás era un año? Hasta en Reno hace falta haber residido durante seis semanas. En este país las cosas no van tan rápido. Quizás en Rusia era posible conseguir un divorcio en el acto, pero eso sucedía antes, no ahora. Allí la gente acudía a..., ¿cómo se llama?, a las oficinas municipales; te sellaban un papel y ya estabas divorciado. Pero con esas bodas y divorcios instantáneos Rusia se llenó, y perdonen la expresión, de bastardos, y el problema llegó hasta tal punto que se vieron obligados a cambiar la ley. Incluso he visto una obra de teatro sobre el tema, ¿o fue una película?

El dentista hablaba como si estuviera pronunciando una conferencia, sin apartar ni por un instante su mirada de Grein, contemplándole con hostilidad, como si llevara tiempo ansioso por ajustarle las cuentas. Los demás se inclinaban para oírle mejor; una señora incluso acercó su silla.

—Damas y caballeros —dijo el señor Abrams frunciendo el entrecejo—, todos estamos aquí con un objetivo: disfrutar de la vida sin meternos en los asuntos ajenos.

La señora Grein es nuestra invitada y le damos la bienvenida, cualquiera que sea su nombre, ¿no es así, señores? Yo juzgo a las personas por su conducta e inteligencia, no por su nombre.

—Desde luego, desde luego —intervino la señora Katz, con un brillo irónico en los ojos. Si la he puesto en un apuro, señora Luria, es decir señora Grein, le ruego mil disculpas. Simplemente miré a mi alrededor, y al ver a mi vecina me llevé una gran alegría. A menudo nos quedamos charlando en la puerta si nos vemos al sacar la basura o si nos encontramos al regresar de la compra. Con el señor Luria coincido en el ascensor, y siempre se ha mostrado amable conmigo. Se quita el sombrero, no como otros refugiados que se quedan en el ascensor con el sombrero puesto y echan el humo de sus cigarrillos directamente a la cara de las señoras. Pues lo siento mucho. Tenía la sensación de que usted, señora Luria, quiero decir señora Grein, era extraordinariamente feliz en su matrimonio. Siempre he pensado: ésta sí es una pareja que vive en armonía, aunque admito que el señor Luria es unos cuantos años mayor que usted, señora..., mmm, Grein, y por desgracia no puede ejercer de abogado en este país. Bueno, bueno. Pero ¿cómo reza el dicho? Nadie sabe a quién le aprieta el zapato más que aquel que lo lleva. Permítame felicitarla, señora Luria. O mejor aún decirle en simple yiddish, nuestra lengua madre, ¡*Mázel Tov!*

—Señora Grein, aquí tiene su abanico —interrumpió el señor Abrams, levantando la voz con irritación. Lo encontró Joe en la arena y supe que era el suyo por la descripción que me dio.

Anna contempló durante unos momentos el abanico sin verlo.

—Guárdemelo, por favor, señor Abrams, ya lo recogeré a la vuelta. Ahora vamos a almorzar.

—Cómo no. Aquí no se pierde nada. Si falta algo, sólo tiene que decírnoslo y no mantenerlo en secreto.

—De verdad, señora Luria, quiero decir señora Grein, no quisiera que hubiese ningún malentendido entre nosotras —atacó de nuevo la señora Katz. Ya que he venido aquí y he tenido la suerte de encontrarla, señora Luria, me gustaría que todo siguiera como antes. Aquí formamos una gran familia. Éste es el cuarto año que vengo. Mi marido sólo accede a mandarme a los grandes hoteles. Según él, el dinero no importa. Lo principal es que me encuentre bien y que me divierta durante los dos o tres meses que estoy aquí. Pero yo, señora Luria, quiero decir señora Grein, prefiero disfrutar de la compañía de mi gente. Si me quiero desplazar para ir a un club nocturno o para ver un espectáculo, pido un taxi y me acerco. Señor Grein —exclamó—, ha tenido la suerte de encontrar una auténtica alhaja. Una mujer agradable, y al parecer muy romántica. Su padre es un judío practicante, y más listo que el hambre en cuestión de negocios. Le he visto alguna vez, un hombre bajito con barba. Seguramente reza todos los días ¿no?

—Vámonos, Hertz.

Anna se colgó del brazo de Grein.

—Adiós, señora Luria, quiero decir señora Grein. Alégrese de estar aquí; en Nueva York hace un frío espantoso, y cuando hace tanto frío hasta el amor se hiela, ¿no es así?

El dentista comenzó de nuevo su discurso, pero Grein y Anna, sorteando las sillas, se apresuraron hacia la salida perseguidos por la carcajada chillona y mordaz de la misma mujer que se había reído antes.

VII

«¿En qué sentido son judíos todos éstos? ¿En qué sentido son mis hermanos? ¿A mí qué más me da que masacren a gente como ésta o los quemem en hornos? La única tragedia es que se cebaron en los buenos y dejaron la escoria». Grein sintió calor y cierta quemazón en un oído. Se quitó el sombrero. Acababan de sufrir un escarnio público y, en su apresuramiento, ambos doblaron a la izquierda en lugar de hacerlo a la derecha. Anna se detuvo en seco.

—Bueno, si he salido de ésta, ya no le temo al gehena.

—Qué raro, yo también estaba pensando en lo mismo —contestó Grein. Según Maimónides, gehena significa «vergüenza».

—¿Eso dice...? ¿Adónde vamos? Espera un momento, no puedo andar.

—¿Qué te pasa?

—Hertz, ¿por qué no nos sentamos en algún sitio? ¡La cabeza me da vueltas!

—¿Quieres que llame a un taxi?

—¿Adónde iríamos? Me siento incapaz de entrar en un restaurante.

—Podemos decirle que nos lleve al parque.

—Hertz, ¡tengo ganas de vomitar!

Anna miró amedrentada a su alrededor, con el rostro perlado de sudor. Se abanicaba con el bolso, tratando de sobreponerse a la náusea. Grein intentaba servirle de apoyo y protegerla de miradas indiscretas.

—Por favor, Anna, contrólate un poco —le rogó en tono perentorio.

—Hertz, estoy muy mareada.

Anna se detuvo con el ademán de quien se debate contra algo. Sus ojos parpadeaban y su cara palideció. Revolvió en el bolso para sacar un pañuelo y escupió en él.

—Tengo que entrar en algún sitio.

—Pero ¿dónde? ¡Taxi!

—¿Adónde me llevas?

—Adonde quieras. Incluso a Nueva York.

—Vamos a una cafetería.

Grein dio instrucciones al taxista y Anna apoyó la cabeza en el asiento. Durante un buen rato permaneció con los ojos cerrados, lívida y con la boca entreabierta. A Grein se le ocurrió la idea de que, de golpe, le resultaba extrañamente parecida a su madre. En la comisura de sus labios descubrió un rasgo indefinido que hasta entonces le había pasado inadvertido, una expresión de amargura mezclada con humildad, una indulgencia que procedía de más allá de este mundo, como la que a veces se aprecia en la cara de un difunto. Una expresión que transmitía: «Perdono. Perdono. Ya lo he superado. Ya lo he superado». Anna se estremeció y abrió los ojos.

—Hertz, no quiero volver allí nunca más.

—Bueno, Si dices no, es que no.

—Tú tendrás que volver y hacer las maletas.

—¿Y tus joyas?

—Te las entregará a ti. Y si no, las doy por perdidas.

El taxi se detuvo frente a una cafetería, en Lincoln Road. Con paso vacilante, Anna se encaminó directamente a los servicios. Grein compró dos vales para la comida y consiguió encontrar una mesa para dos. Era una cafetería tan grande como una estación de ferrocarril en la que reinaba un bullicio acorde, pues era la hora de almorzar. Una vez que se hubo sentado, Grein se quedó mirando al frente con esa calma que sigue a una fuerte impresión.

«Ahora la quiero de verdad», se dijo. Esa expresión en la comisura de los labios le había revelado una persona nueva, la verdadera Anna. Una fuerza misteriosa le había permitido asomarse a su alma y contemplar la nobleza y la magnanimidad que se escondían en la cárcel de su cuerpo. Esa expresión le había revelado que tras todas las pasiones, las ambiciones y las torpezas se esconde una persona distinta: un ser todavía desconocido que está por encima del resto, un ser de una mayor sabiduría y con objetivos más elevados, oculto por las apariencias. «A partir de ahora, la trataré de otra forma —se prometió a sí mismo—, le daré lo que merece: amor, afecto verdadero. También se lo ofreceré a los demás. Todos hemos de morir algún día. Dentro de veinte años la mayor parte de las personas que se hallan en esta cafetería ya estará en el cementerio. Por ejemplo, aquel viejo con el bocadillo y el café con hielo. Y esa mujer con la tarrina de yogur. ¿Por qué no se me habrá ocurrido hasta ahora? ¿Por qué malgasto mis años en nimiedades? ¿Durante cuánto tiempo más seguiré perdido, como dice la Cábala, en la estrechez de la mente? Después de todo, siempre he querido ser una persona, no un gusano».

Grein seguía sentado, absorto en sus pensamientos, hundido en el silencio que provocan la penitencia y la comprensión de la esencia de las cosas y de la finalidad de la vida. «¡Y pensar que sólo hace un momento albergué ideas tan terribles! —se reprochó. ¡Hasta justifiqué el hitlerismo!». Un escalofrío le recorrió la espalda. «Dios del cielo, ayúdame! —comenzó a rezar. ¡Soy tan insignificante! ¡Es muy duro para mí! ¡No dejes que mi vida transcurra en la ceguera! Pero ¿qué va ocurrirle a Stanislaw Luria? ¿Cómo puedo ser decente cuando causo tanto mal a otro?». No encontraba respuesta a esta cuestión. Interrumpió sus pensamientos y miró hacia la barra, donde un grueso cocinero, vestido con delantal blanco y gorro de *chef* servía una bandeja de horno cargada de carne. Parecía el sacerdote de un templo pagano ofreciendo comida a los ídolos. «Aunque éste no necesita como Jofni y Fineas, los hijos de Eli, robar carne del caldero^[18] —pensó Grein. ¿Qué será de las criaturas cuya carne nos sirve? Hace apenas unos días estaban vivas. También ellas tienen alma y son hijas de Dios. ¿Quién sabe? Acaso estén hechas de un material más noble que el del hombre y, desde luego, seguro que son más inocentes. Están libres de pecado, y día tras día son sacrificadas: ángeles que han adoptado la forma de bueyes, terneras y ovejas. En un tiempo deseé hacerme vegetariano. Lo quise todo, y me

conformé con la intención».

De repente Grein vio que un individuo se acercaba, sonriéndole y saludándole con la mano. Grein lo conocía, pero no llegaba a identificarle. Era un personaje minúsculo, de una estatura inusual en Norteamérica: una miniatura de hombre, de rostro amarillento, frente alta y una ancha calva con matas de pelo blanco en las sienes. Sus ojos negros y chispeantes eran joviales y traviosos como los de un escolar. En la boca sonriente se apreciaban unos pocos dientes renegridos. Vestía una camisa floreada, sandalias y pantalones cortos amarillos.

«¿Quién será? Sé que lo conozco, lo conozco bien», gritaba una voz dentro de Grein.

El hombre se quedó parado frente a él, chasqueando la lengua y dejando los ojos en blanco. Ya hacía mucho que Grein había olvidado esos gestos jasídicos de alegría ante un encuentro.

—¡Vaya! El mundo es un pañuelo.

Grein no respondió.

—¡Ya veo que no sabes quién soy!

«Incluso me tutea», observó Grein, y dijo en voz alta:

—En mi actual estado de ánimo, no reconocería ni a mi propia madre.

—¿Será posible? ¡Zopenco! ¡Soy Morris Gombiner!

Incluso antes de pronunciar su nombre, en cuanto dijo «zopenco», Grein lo recordó todo. Se puso en pie y quiso abrazarle, pero algo le contuvo. El otro soltó una risita aguda más propia de un estudiante de *yeshivá*, una voz aguda y una risa que Grein ya había perdido la costumbre de oír: una carcajada que brota de los ojos, que salpica por entre los dientes, que asoma en las arrugas de la cara y otorga a las facciones una campechanía soñadora e incluso algo ingenua. Perteneecía al otro lado del océano, formaba parte de las discusiones sobre sutilezas talmúdicas que en Norteamérica habían caído en el olvido, sin que nadie fuera consciente de lo que habían olvidado.

—¿Cuándo llegaste a Estados Unidos? —preguntó Grein. Como le dijo Jacob a José: «No esperaba yo ver tu rostro»^[19].

—Ya creías que Hitler me había convertido en un mártir.

—No, oí que te habías salvado —mintió Grein.

—¿Quién te contó eso? Estuvieron en un tris de convertirme en cenizas, pero conseguí escabullirme. En 1938 me deportaron a Zbaszyn, en la frontera polaca, y luego estuve en el gueto de Lódź. En fin, mejor no hablar de ello. Pasé por todos los círculos del infierno.

—¿Dónde estuviste?

—¡Di mejor dónde no estuve! En el mismísimo foso de Majdanek.

VIII

Ambos permanecieron un rato en silencio.

—¿Llevas mucho tiempo en Estados Unidos? —preguntó Grein.

—Casi un año.

—¿De dónde venías?

—De Tel Aviv.

—¿Y qué haces aquí en Miami? En busca del calor, ¿eh?

—Mi esposa tiene aquí una casa. Es decir, mi segunda esposa, no la primera. Fanya ya no se encuentra entre nosotros. Pereció en el gueto de Lódz.

De nuevo guardaron silencio.

—¿Sabías que yo estaba en Norteamérica? —preguntó Grein.

—Sí. Pero yo vivo en Detroit y tú en algún lugar de Nueva York. También he estado allí, aunque sólo para consultar a un médico cuando tuvieron que operarme. Horroroso, no te deseo que pases por nada semejante. Fue hace apenas unos meses. En fin, si tu destino es seguir viviendo, siempre sales adelante. ¿Quién te dijo que me había salvado?

—No sé, ya no me acuerdo.

—Vengo a esta cafetería cada día, y no pasa ni uno sin que me tope con un conocido. Media ciudad de Nueva York está aquí. Pero la verdad, encontrarte a ti, eso no lo esperaba. A menudo he pensado en ti. Cuando uno se ve tirado en un campo, esperando cada día que comience la «selección» y que vengan a meterte en el horno, llega a pensar en todo. Más de una vez me he despedido de ti. Al fin y al cabo, en un tiempo fuimos amigos. ¡Y de pronto, te veo sentado a una mesa! Tu hijo ya debe de ser mayor.

—Tengo un hijo y una hija. El chico ya está terminando los estudios de ingeniero.

—¿De verdad? ¡Cómo pasa el tiempo! También el tiempo es un Hitler que lo destruye todo. ¿Cómo está tu mujer? ¿Cómo se llama? Ya lo he olvidado.

—Lea.

—Sí, Lea, claro. ¿Se encuentra aquí también?

—No.

—¿Se ha quedado en Nueva York?

—Sí.

—Bueno, es un milagro que nos hayamos visto. No uno, sino mil milagros. Yo estuve a punto de conseguir un visado para Estados Unidos, pero en el último momento me mandaron a Palestina. Sin embargo, en mi destino estaba escrito que había de convertirme en americano: conocí a una chica de aquí y nos casamos. ¿Qué se le va a hacer? Aquí donde me ves, he tenido que picar piedra para la construcción de una carretera pese a no ser lo bastante fuerte para ello. Soy mayor que tú, bastante mayor. Confieso que sigo sin entender por qué los nazis me dejaron con vida. Les gustaba burlarse de mi escasa estatura. A los héroes los mandaban a los hornos y a mí

me dejaban vivir. «Mierda de gallina», así me llamaban. Solían hacerme entonar para ellos cánticos del *shabbat* y me obligaban a bailar. La verdad es que jamás en la vida ha existido nada semejante. Quien no lo viera con sus propios ojos no sabe de lo que es capaz la especie humana. Cuando se les antojaba nos ordenaban que nos bajáramos los pantalones, discúlpame, y quién sabe qué más. Oye, tú no has cambiado nada. En América uno permanece joven.

—Ya peino canas.

—No las veo. Pareces incómodo. ¿Te pasa algo?

—¿Por qué te has puesto una camisa tan floreada? —preguntó Grein, y acto seguido se arrepintió de haberse mostrado tan directo.

Morris Gombiner se rió.

—Todo es idea de mi mujer. Quiere convertirme en un americano. Llegará enseguida, ha ido a echar una moneda en el parquímetro. En este país todo cuesta dinero. Hemos venido en coche desde Detroit. ¡Vaya camino más largo! Bien, ¿cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? Por lo menos veinte años.

—Sí. Veinte años.

—Nunca llegaste a escribirme, aunque me lo habías prometido. Bueno, lo mismo pasa con todos los americanos. Ahora que yo estoy aquí también dejo que esperen mis cartas. Aquí el instinto del mal se manifiesta en las prisas; todo el mundo anda apresurado. No me quedé mucho tiempo en Viena. Nos fuimos a Suiza, y Fanya estudió allí algún tiempo, hasta que quedó embarazada. Ya se sabe: cuando llegan los críos se acaba el estudiar. Más tarde nos marchamos a Berlín. La verdad es que ni yo mismo sé lo que fue antes y lo que fue después. El doctor Halperin iba a publicar una enciclopedia y yo debía colaborar con un artículo sobre el jasidismo. He oído que él también está en Nueva York.

—¿El doctor Halperin? Sí.

—¿Continúa viviendo a costa de Boris Makaver?

La cara de Grein cambió.

—¿También conoces a Boris Makaver?

—¡Cómo no! Los conozco a todos. Sólo que ellos dejaron Berlín a tiempo y a mí me mandaron a Zbaszyn. ¿Sigue siendo Makaver un hombre rico?

—Sí, tiene dinero.

—¿Te ves con ellos?

Grein no apartaba la mirada de la escalera que llevaba a los servicios.

—Morris, quiero decirte algo.

—¿Qué pasa?

—Estoy aquí con la hija de Boris Makaver, Anna. Quizá la recuerdes.

—Sí, la recuerdo. Se casó con un actor que tenía otras diez mujeres más. ¿Qué significa que estás con ella?

—Pues ni más ni menos que eso.

—Bueno, yo no soy el policía de Dios. En cambio mi esposa es, ¿cómo se dice?,

bueno, una esposa judía. No lo encuentro apropiado para ella.

—Quizá sea mejor que nos veamos más adelante. Dame tu dirección.

—¿Cómo dices? Se me ha olvidado el nombre de la calle. ¿Dónde estás tú? Ya te buscaré yo. ¿Has visto? Es que se me olvida todo, no te deseo nada igual. He apuntado la dirección en algún sitio. Espera, voy a sacar mi agenda. ¡Oh, no la llevo encima! Creí que me había puesto la chaqueta. Hace tanto calor que uno va por ahí en mangas de camisa. ¿Tú dónde te alojas?

—Te vas a reír, pero en este momento no me hospedo en ningún lugar.

—¿Cómo?

—Acabamos de dejar un hotel y todavía no hemos conseguido otro.

—¿Dónde tenéis vuestras cosas?

—Las maletas están todavía allí.

—Bien, supongo que ellos me dirán adonde te has trasladado.

—No. Prefiero que no se entrometan.

—¡Caramba! Entonces, ¿cómo ha de cruzar el río el gato? Hertz, no pienso perderte la pista de nuevo. Yo me paso aquí el tiempo dando vueltas como si me encontrara en el mundo del Caos. Me he tropezado con bastantes conocidos. Hasta le he hecho un chiste a mi mujer: si un día llega el Mesías, vendrá a la cafetería de Miami. Sin embargo lo tuyo es distinto; éramos como hermanos. ¿Me aceptas un consejo? Preséntala como tu mujer. ¿A quién le importa? Mientras vivas con ella será tu esposa. A mí me dijeron que se casó con un abogado.

—¿Quién te lo contó?

—No lo recuerdo. Me parece que fue en Tel Aviv. Uno se encuentra con algún conocido y empieza a charlar. Me olvido de cosas que han sucedido ayer, y hay mil tonterías que se me quedan grabadas en la memoria. Lo dicho, que no pienso soltarte. ¡Cuánto me alegro de nuestro encuentro! Mi esposa es un poco vulgar, pero en mis circunstancias no hay que ser muy remilgado. En los campos aprendí a no ser un esnob. Yo hice realidad lo que se pide en la oración de las Dieciocho Bendiciones: «Que mi alma sea para todos como el polvo de la tierra». Si no fuera por eso, hace tiempo que me habría convertido en cenizas. También aprendí algo más, pero esto no lo comprenderías.

—¿Y qué es?

—Aprendí a no pensar.

Anna entró, pero no lo hizo por donde Grein esperaba. Llevaba un vaso de zumo de naranja en la mano. Cuando vio que Grein estaba hablando con un extraño, aminoró el paso e incluso hizo amago de irse hacia otro lado. Todavía parecía alterada, pero se había empolvado la cara y arreglado el pelo. Grein se levantó apresuradamente y se golpeó con la mesa.

—Anna, éste es un viejo amigo mío, Morris Gombiner. Nos conocimos en Viena. Llevábamos más de veinte años sin vernos.

El vaso de zumo de naranja temblaba en la mano de Anna, que dirigió a Grein

una mirada tan interrogante como asustada y se quedó junto a la mesa con el aspecto trastornado de quien se ha levantado de la cama pese a estar enfermo. Morris Gombiner sonrió e hizo una reverencia jocosa, al tiempo que mantenía una expresión entre bienhumorada y desconcertada. Todos sus ademanes transmitían humildad, nerviosismo, azoramiento. Dio un taconazo y tendió una mano diminuta a Anna, quien seguía con el vaso agarrado y no pudo corresponder a su gesto. Él comenzó a tartamudear, hablándole en alemán.

—Me siento muy, muy honrado. Encantado de conocerla. Su esposo y yo éramos grandes amigos..., íntimos amigos. De verdad, se lo prometo. Como hermanos, igual que hermanos. Hará unos veinte años... Ha sido un placer. Un enorme placer. Y por casualidad, por pura casualidad...

Y de pronto añadió, esta vez en inglés:

—¡Muchísimas gracias!

Por lo visto era lo único que sabía decir en inglés.

IX

—Morris, Anna sabe yiddish, no es preciso que le hables en alemán. Anna, ¿por qué no dejas el vaso en la mesa?

Anna así lo hizo y tendió la mano a Morris Gombiner, quien la besó al estilo europeo.

—Es un gran, gran placer.

—Anna, siéntate. Espera, te traigo una silla. Quizá deberíamos buscar una mesa más grande —observó Grein—, aquí no cabemos todos.

—¡Aquí hay otra silla! —Y Morris Gombiner acercó una.

—¿Usted llegó de Europa? —preguntó Anna.

—No, viajé desde Palestina, aunque antes estuve en el Viejo Continente. La verdad, Europa ya no es lo que era. El mundo se ha convertido en una jungla llena de animales salvajes.

—Es superviviente de los campos —explicó Grein.

—Lo he visto todo. Como dice Jeremías: «Yo soy el hombre que ha visto la aflicción»^[20]. Bueno, pero ¿para qué vamos a hablar de eso? Hoy es para mí un día de gran júbilo. Su marido y yo éramos íntimos amigos. Incluso vivimos juntos durante cierto tiempo. Mi mujer y yo teníamos un apartamento en Viena y le cedimos una habitación. En los campos siempre pensaba en él. ¿Qué habrá sido de Hertz Grein? ¿Qué estará haciendo en América? ¿Qué pensará? Y ahora, miro a mi alrededor y de repente lo descubro aquí sentado ante una mesita. La verdad, el mundo es un pañuelo. No sabía que tenía una mujer tan guapísima. —Morris Gombiner cambió el tono. En Estados Unidos no se ven caras como la suya. Aquí todo es demasiado ordinario.

Y Morris Gombiner sonrió con humildad, mostrando sus renegridos dientes. Anna se quedó pensativa un momento.

—Es usted muy amable, muchas gracias. Por desgracia nos ha encontrado en una situación algo peculiar, aunque desde luego, los amigos de Hertz son mis amigos.

—Por supuesto, *madame*, por supuesto. Mi esposa estará al llegar. Fue a echar unas monedas al parquímetro. Si no es con dinero, no aparcas. Vivimos en Detroit. Mi esposa tiene una casa aquí... Su marido me ha dicho que han dejado ustedes el hotel, que no era de su agrado. ¿Quizá les gustaría instalarse en nuestra casa? Tenemos un hermoso chalet en una zona tranquila, con jardín, palmeras y todas las comodidades. ¿De qué sirve una casa cuando en ella no hay nadie con quien intercambiar una palabra? Como dice el Talmud «o tener compañía o la muerte».

—Bueno, tan mal no estará.

—No es posible vivir sin amigos. Si no tienes con quién hablar, ¿cómo vas a disfrutar? En el vecindario, todos hablan en inglés, y yo no entiendo ni una palabra. Precisamente por eso vengo a esta cafetería. Aquí siempre encuentro a algún conocido. Mi mujer tiene coche, así que ella me trae y me lleva, je, je, je. Si alguien

me hubiera dicho en aquellos lugares donde estuve que un día viviría en Estados Unidos de América y viajaría en automóvil como un aristócrata, me habría reído en sus narices. Las cosas, no obstante, son tal como las describe Heine. El judío tan pronto es un mendigo como un príncipe. Así ha sido la historia de los judíos desde el inicio: estaban en Egipto haciendo argamasa para el faraón y, en un abrir y cerrar de ojos, ya se hallaban al pie del monte Sinaí; y lo mismo en cada generación. ¡Aquí está mi esposa!

Morris Gombiner saltó de la silla y a continuación Grein le imitó. Morris corrió al encuentro de su mujer sonriendo, gesticulando y señalando con la cabeza hacia Grein y Anna. La señora Gombiner era una mujer corpulenta, con unos pechos enormes, la cara picada de viruela, la frente estrecha y dos anchos carrillos que le colgaban como tortas de masa. Su cabeza reposaba directamente sobre los hombros, como si no tuviera cuello. El despeinado cabello, recién teñido de negro apuntaba en todas direcciones, tieso como el alambre. Se había ataviado con unos pantalones de un color rojo chillón y unas sandalias profusamente ornamentadas, por las que asomaban unos dedos torcidos con las uñas pintadas de rojo intenso. Llevaba en la mano una cajita y un enorme bolso, parecido a un cesto, con un cierre de latón. Una nariz chata y un par de aviesos ojos entreabiertos sobre pronunciadas bolsas completaban la cara de la mujer que lanzaba miradas hostiles a Grein y Anna. Durante algún tiempo se mostró reacia a acercarse a la mesita que Morris señalaba. Discutía con él, le regañaba y movía la cabeza con vehemencia en señal de disconformidad. Al cabo de un rato comenzó a acercarse con un vacilante contoneo. Morris, siempre galante, tomó la cajita que llevaba en la mano.

—Florence, te presento a mi mejor amigo, Hertz Grein. Y a *madame* Grein.

Morris Gombiner dirigía miradas implorantes y azoradas a su mujer, a Grein y a Anna. Sonreía con aire de culpabilidad y sus ojos húmedos parecían pedir perdón: «¿Qué debo hacer? Así están las cosas...». La señora Gombiner midió agresivamente a Anna con la mirada y le dijo en inglés:

—¿Cómo está usted?

—¡Siéntate, Florence, siéntate! ¡Traeré otra silla! Morris trataba de halagarla y daba muestras de nerviosismo. Muy agitado, miraba a todas partes, buscando una silla o una mesa más grande, con los gestos rápidos y bruscos que distinguen a las ardillas. Corrió a buscar una silla, pero otro cliente se le adelantó. La señora Gombiner enseguida empezó a reñirle:

—¿Para qué corres así? ¿Por qué saltas como un loco? Aquí no podrás colocar otra silla; cerrarías el paso a la gente. Esto es una cafetería, no una casa de estudios jasídicos. ¡Sigues siendo un inmigrante! —Al depositar el bolso sobre la mesa estuvo a punto de volcar el vaso de zumo de Anna, que apenas había probado la bebida. Perdóneme... —continuó la señora Gombiner. ¡Qué manera de correr! ¿Se puede saber adónde vas? ¿Así que ustedes se conocen de Europa?

—Sí, de la época de Viena.

—¿Usted también vino de los campos?

—No. Llevo aquí casi veinte años.

—¡Ah, sí! Enseguida me percaté de ello. Bueno, vamos a buscar una mesa más grande donde sentarnos. Fui a echar una moneda en el parquímetro y de paso me detuve a mirar una ganga que descubrí en el escaparate de una zapatería que estaba de rebajas. Todos los días pasa lo mismo. Salgo un momento, y cuando vuelvo él ya ha encontrado a alguno de sus amigos inmigrantes. Pero sentémonos juntos. ¿Ya han almorzado ustedes? Yo estoy haciendo régimen y tengo que comer en una cafetería. Cuando voy a un restaurante judío, empiezan a cebarme con todos esos fideos y tripas rellenas, y ¡hala!, a engordar. Debo tomar comidas ligeras, sin féculas. Bueno, por lo visto todas las mesas están ocupadas.

—¿Y si por hoy hacemos hoy una excepción y nos vamos a Friedman's? —sugirió Morris Gombiner tímidamente.

—¡No hay excepciones que valgan! Soy yo la que engorda, no tú. Claro, él puede comerse un buey entero, con pezuñas y todo, y cuando le hago pesarse al día siguiente ha perdido medio kilo. En cambio yo, todo lo que como se me queda aquí, en las caderas. Bueno, enseguida dispondremos de una mesa libre. La gente se harta de comer y se va. ¿Quién creen ustedes que viene aquí? La gente rica de los hoteles, que paga cincuenta dólares al día por una habitación. Están todos a régimen, pero luego se atiborran y se ponen como un tonel. ¿Cómo lleva usted chaqueta y corbata con este calor? —preguntó la señora Gombiner dirigiéndose a Grein. No entiendo que siga vistiéndose así después de vivir veinte años en Estados Unidos.

Le dio la espalda a Anna. Sus hombros cubiertos de pecas estaban quemados por el sol. Sus brazos eran excepcionalmente gruesos y parecían partirse en dos a la altura del codo, como si les hubiese crecido otro par de brazos. En un dedo llevaba la alianza de boda y el anillo de compromiso con un enorme diamante. El esmalte de las uñas, de un rojo brillante, había saltado en parte.

—¡Oh! Yo estoy acostumbrado a llevar siempre ropa de ciudad —respondió Grein.

—¿Cómo que está acostumbrado? Él también se resistía a vestirse como las personas —dijo la señora Gombiner, al tiempo que señalaba a su marido. Hasta que un buen día le guardé los pantalones y la chaqueta y le vestí como Dios manda. Ya que se viene a Miami Beach, ¿por qué andar por ahí sudando? Los hoteles cuestan una fortuna. Los hoteleros les arrancan la piel a los clientes. Yo tengo mi propia casa, pero los impuestos se lo comen todo. Aquí todo está pensado para millonarios. Explotan a los trabajadores más que en Nueva York o en Detroit; aunque Ford, maldito sea, sabe explotar de tal manera que deja al trabajador hundido en la miseria. Yo tengo un negro trabajando para mí, y no le permiten quedarse a dormir aquí. Cada noche tiene que volver a Miami y pagar un alquiler, porque un negro no puede pasar la noche en Miami Beach. Tienen miedo de que les ponga negro el mar. ¡Oh, allí hay una mesa!

X

Morris Gombiner saltó ágilmente hacia la mesa desocupada y apoyó los respaldos de las sillas en el borde, para indicar que no estaba libre. Sonreía con la humildad de un *jasid* y, al mismo tiempo, con la mirada culpable de un colegial travieso. La señora Gombiner se acercó torpemente hasta el nuevo lugar. Mascullando y haciendo muecas mientras avanzaba pretendía dar a entender que el encuentro era una carga para ella. En los lóbulos de sus orejas brincaban como muelles unos pendientes descomunales.

Grein y Anna aún permanecieron sentados unos instantes en la mesa pequeña.

—¿Qué nueva desdicha es ésta? —preguntó Anna.

—Ya te advertí que en Miami no nos sentiríamos a gusto. Sin embargo, él es un hombre entrañable de verdad.

—Su mujer es de una vulgaridad insoportable.

—Qué le vamos a hacer. Ven, vamos con ellos.

—Me han caído todas las desgracias juntas, Hertz. En este momento, me siento incapaz de mostrarme sociable con nadie. Se me revuelve el estómago.

—Bueno, pues tómate un té. Ellos tienen casa aquí, tal vez podríamos alojarnos con ellos.

—¿Con esos chiflados?

—Grein, ¿qué haces ahí sentado? Venid con nosotros —gritó Morris. Os estamos esperando.

Grein ayudó a Anna a ponerse en pie y se acercaron a la otra mesa.

—Mi mujer no se encuentra muy bien —explicó Grein.

Anna le dirigió una mirada cariñosa, con cierto reproche.

—Hay un remedio que alivia todas las indisposiciones: té con limón. Cuando me veo algo decaído, enseguida pido un té con limón y me purifica. Todos los malestares vienen del estómago y de las inmundicias en la sangre. El té con limón lo limpia todo. Bueno, aquí tenemos una mesa la mar de cómoda. ¿Puedo traeros algo? Decidme qué queréis. Me encanta hacer de camarero.

—¡Tú siéntate! —ordenó la señora Gombiner. Esto es una cafetería, no un restaurante. Aquí no se sirve en las mesas. Aquí cada uno va a buscar lo suyo. Si tiene usted hambre, vaya primero —dijo la señora Gombiner a Grein, prescindiendo por completo de Anna.

—Muchas gracias, pero sírvase usted antes. Nosotros no tenemos hambre.

—Ah, se lo agradezco. Si no como a mis horas, me duele la barriga.

—Florence, ya que vas, trae algo para mí también; un bocadillo o algo por el estilo.

—¡Tú te vienes conmigo!

Ambos se dirigieron a la barra. Al lado de su mujer, Morris Gombiner parecía aún más menudo. Ella le había apoyado una mano sobre el hombro y parecía estar

empujándole. Las bandejas y cubiertos se hallaban colocados a una altura que a Morris le resultaba casi inalcanzable, de manera que tuvo que ponerse de puntillas. Anna se reanimó.

—Ésta sí que es una mujer de armas tomar. Hertz, ¿por qué me presentas como tu esposa? ¿Qué clase de comedia estás representando ante esta gente? ¿No he tenido ya bastante en el hotel? No quiero que me llamen por el nombre de tu mujer. Tan bajo todavía no he caído. De momento conservo mi propio nombre.

—¿Qué podía hacer? Créeme que al verle se me cayó el alma a los pies. De hecho debía haberme alegrado (no tenía ni idea de que estaba vivo), pero justo en esta situación es un auténtico desastre. De todos modos, una vez que hayamos almorzado con ellos, todo habrá terminado.

—No podrás quitártelos de encima. Ya estoy empezando a creer que todas las maldiciones de papá se están cumpliendo.

—¡No seas ridícula!

—¡Si al menos tuviera dónde reposar la cabeza! Apenas consigo mantenerme sentada. Todo me da vueltas.

—Pronto encontraremos otro hotel.

—¿Qué clase de hotel? No nos permitirán entrar sin equipaje.

—Yo volveré allí y lo recogeré todo.

—¿Y qué haré yo mientras tanto? El ambiente aquí es sofocante. Cuando los vi me dio un ataque. Una desgracia tras otra. ¿Cómo lo llama la Biblia? Papá me advirtió: «No tendrás reposo. Desearás la muerte». ¡Me maldijo, Hertz, me maldijo!

—De verdad, Anna, no esperaba que creyeras en esas insensateces.

—¿Por qué no? Es posible echar una maldición a otra persona. De entre todos los hoteles de Miami Beach teníamos que ir a parar, precisamente al que eligió aquella chismosa para hospedarse. Ahora, para colmo de males, nos tropezamos con esta pareja. Me maldijeron los dos, papá y Luria. Quizás el rebbe también.

—Por favor, Anna, es que no doy crédito.

—Tampoco yo lo creería si toda mi vida no hubiese sido una cadena de desastres. El destino existe. Ese Yasha Kotik se había enamorado de mí hasta el punto de que casi se muere de amor. Sin embargo, en cuanto nos casamos enseguida se propuso destruirme. Aún no me explico cómo conseguí escapar de sus garras. En cuanto a Luria, se convirtió en mi enemigo en el momento en que tú entraste en escena. Y en lo que respecta a papá, me dijo cosas horribles. Ahora me doy cuenta de hasta qué punto eran desagradables.

—¡Vaya! ¿Y qué te dijo?

—Sus maldiciones y todo lo demás. Nunca he echado de menos una cama como ahora. Me gustaría quedarme dormida y no despertarme jamás.

—Anna, no te pongas histérica. Pronto encontraremos un alojamiento y te olvidarás de estas tonterías.

—Ya nos volverán a encontrar. ¡Dios mío, aquí vienen!

Morris Gombiner y su mujer se aproximaron con sendas bandejas cargadas de carne, budín, sopa y bollos. Grein hizo un desganado intento de levantarse, no obstante al final se quedó sentado.

—¿Qué te apetece, Anna?

—Ya sabes que no quiero nada.

—Quizá te siente bien un té con limón.

—No, Hertz. Sólo un vaso de agua fresquita.

—¿Qué clase de almuerzo es un vaso de agua fría? —interrumpió Morris. Algo hay que comer. Todas esas teorías sobre las calorías son bobadas. La persona ha de comer si no quiere quedarse sin fuerzas. El alma se ve obligada a transigir con la tiranía del cuerpo, y cuanto más transige, más demanda el tirano. Es la historia de Chamberlain con Hitler, borrado sea su nombre. Por otra parte, ahora le dan a Stalin lo que pide...

—Morris, no estarás empezando de nuevo, ¿verdad? —preguntó la señora Gombiner amenazadoramente.

—Está bien, me callaré. Mi mujer es una roja, y delante de ella no se puede criticar a Stalin.

—Yo no soy roja ni mucho menos, pero tampoco hay por qué repetir los argumentos de los reaccionarios. ¿Qué mal ha cometido Stalin? Ha construido un país de trabajadores, sin capitalismo ni fascismo. Ha concedido Birobidzhan a los judíos. De no ser por Stalin, Hitler habría llegado a Estados Unidos. Con todo, aquí no faltan nazis. Esos antisemitas ya están buscando otra guerra. ¡Así ardan todos ellos junto con Wall Street!

—Sí, sí, tú ve repitiendo todo lo que oyes en las reuniones.

—Es la verdad, Morris, la pura verdad. Benditas sean las manos de Stalin. Para mí es un santo, el mejor amigo del pueblo. Si no fuera por él, la clase trabajadora hace tiempo que ya se habría hundido en la miseria. —Dicho esto, la señora Gombiner soltó de golpe la bandeja vacía, que chocó ruidosamente contra la mesa.

—Bueno, bueno, no vayamos a empezar otra vez con las discusiones. He hablado con decenas de personas que vienen de allí. Es un infierno, un auténtico infierno.

—¿Sabes por qué es un infierno? Porque se había derramado mucha sangre soviética y los fascistas, malditos sean todos ellos, no querían abrir un segundo frente. Sólo cuando las masas se echaron sobre Washington y amenazaban con linchar al presidente, éste ordenó la invasión. ¡Pero todo era un cuento! Por detrás intentaron salvar a Hitler para aplastar a los trabajadores.

—¡Florence, basta ya!

—¡Tú cierra el pico!

Se hizo el silencio. La señora Gombiner agarró el plato de sopa, la probó, esbozó una mueca y echó sal y pimienta, al tiempo que dirigía airadas miradas hacia la barra. Morris pareció encogerse. Se quedó quieto y pálido, parpadeando, mordiéndose los labios y moviendo la cabeza de un lado a otro. Levantó una cuchara y la volvió a

dejar. La señora Gombiner se encaminó hacia la barra.

—Bueno, Grein, ve por algo de comer. Hay que alimentarse, sobre eso no cabe discusión. ¿Qué se le va a hacer? Yo sigo el ejemplo de Isacar: «Y como viese que el descanso era bueno y la tierra agradable, agachó su hombro para soportar, y se convirtió en siervo tributario»^[21]. Dime, ¿acaso hay alternativa? *Madame*, lo siento de verdad. ¿Cómo lo dice Heine? ¡Vaya, se me ha olvidado! ¡Oh, sí!: «*Herz, mein herz, sei nicht beklommen und etrage dein Geschick*». Corazón, mi corazón, no estés afligido y soporta tu destino.

XI

—Bueno, pues no insisto, *madame* —prosiguió Morris Gombiner, intentando ser persuasivo—, pero nuestra casa es un edén. Mi mujer acaba de comunicarme que accedería a alquilarles la planta superior a buen precio. Ella está siempre ocupada, muy ocupada. Aquí trabaja de agente inmobiliario con un socio y se pasa fuera todo el día. ¿Qué es lo que arriesgáis? Para mí no es cuestión de dinero, no lo quiera Dios. ¿Qué importancia tiene? Yo no necesito más que un mendrugo y un catre. Si venís, disfrutaremos de nuestra mutua compañía. Supongo que tampoco vosotros conocéis a nadie aquí.

—Tú tienes la última palabra, Anna —dijo Grein.

—Seré sincera con usted: su mujer me da un poco de miedo —contestó Anna.

—¿Qué es lo que hay que temer? Ella acude a esos mítines izquierdistas y considera que Rusia es el sanctasanctorum. Lee sus periódicos y todo lo demás. Yo le digo abiertamente que ella también es una *bourgeoise*, pero no se puede hablar con fanáticos. Sin embargo, ¿qué tiene todo esto que ver con vosotros? Seréis nuestros inquilinos. Además, mi esposa no dispone de mucho tiempo, siempre anda metida en mil asuntos. Sus negocios están exclusivamente en Hollywood; me refiero al barrio residencial, no al otro Hollywood. Tendréis una casa y un jardín: todo un reino. No es necesario que paguéis de inmediato por toda la temporada. Podríais mudaros por una semana, como prueba. Y puesto que no se siente del todo bien, *madame*, no le conviene empezar a recorrer hoteles con todo el esfuerzo que eso acarrea.

La señora Gombiner volvió de la barra, donde había elegido una compota de frutas y un café.

—Bien, ¿qué han decidido los señores? Yo siempre aconsejo echar antes un vistazo. A nadie le gusta comprar a ciegas.

—Querrían mudarse por una semana para ver si les gusta —contestó Morris Gombiner, por su cuenta.

—¿Por qué no? De todas formas les saldrá más barato que un hotel. Vengan, sin compromiso, que no les cobraré de más por ello. Al final siempre está la solución de un hotel... pagando, claro. Y si deciden quedarse no les cobraré esa semana aparte. Aquí somos todos..., ¿cómo dicen...?, bandidos judíos. Lo importante es que haya salud.

—¿Cuánto quiere usted por semana?

—Lo mismo que cobran los hoteles por un día: sesenta dólares. Si permanecen toda la temporada, cuatrocientos dólares. Ya comprobarán ustedes por sí mismos que este trato es una bicoca. ¿Dónde tienen sus cosas? Iremos en el coche a recogerlas, los taxis te piden lo que les da la gana. ¡Este café es una porquería! ¡Puf! —Y la señora Gombiner escupió el café en el platillo.

—En Rusia te darían algo mejor.

—En Rusia están construyendo el socialismo.

«¿Qué hago? —se preguntaba Anna. Voy a meterme en un lodazal». Aun así, Morris Gombiner estaba en lo cierto: no se sentía con fuerzas para buscar un hotel. Tenía dolor de cabeza y de estómago y un solo deseo: meterse en la cama y quedarse acostada. Aunque llevaba puestas las gafas de sol, el brillo de las luces de la cafetería seguía deslumbrándola. La invadió la extraña sensación de que el encuentro del hotel con la señora Katz la había debilitado, erosionando los últimos vestigios de su juventud. «Me parece imposible que la situación empeore. Me cuidaré de cerrar la puerta para que esta mujer no irrumpa en mis habitaciones».

La señora Gombiner se levantó con la taza de café en la mano y con paso decidido se dirigió hacia la barra dispuesta a devolver un mal producto y echar una buena bronca. Grein no pudo contener la risa.

—Desde luego, tu mujer no permite que le tomen el pelo.

—Pero si el café está bueno —observó Morris algo desconcertado. Encima se van a enfadar con ella. ¡Qué le vamos a hacer! Cada loco con su tema. ¿Por qué si no sacrifican los judíos sus vidas por el comunismo? Allí los han aniquilado a todos deliberadamente y a sangre fría; están mil veces peor que en tiempos del zar. Pero esa dichosa ideología los ciega. ¿Cómo reza aquel dicho?: «Le escupen en la cara y dice que está lloviendo». En cuanto dejaron de servir a Dios surgió la necesidad de someterse a un déspota. En fin, a mí ya nada me sorprende. Si me contaran que al arrastrar a un inocente al cadalso éste se puso a cantar alabanzas al verdugo, tampoco me asombraría. No te lo creerás, pero en los campos se mantenían acalorados debates. A un lado del muro quemaban a seres humanos y al otro discutíamos sobre toda clase de absurdos cuando nos quedaban fuerzas para hablar. Aunque por lo general no teníamos ni tiempo ni fuerzas. El látigo nos azotaba sin descanso. La maldad nazi era irracional: un pueblo entero se transformó en una raza de demonios.

—No faltó mucho para que yo también cayera en sus garras —dijo Anna, dirigiéndose a sí misma y también a Morris.

—¡No diga usted eso! Lo que hacían allí con las mujeres... Da miedo hasta pensar en ello. Una vez vi cómo las conducían. Parecían verdaderos espectros, en harapos y con las cabezas afeitadas. De pronto reconocí a una mujer que había sido una auténtica belleza. Bueno, mejor me callo.

La señora Gombiner volvió con una taza de café.

—¡Qué estafadores! ¡Qué sinvergüenzas! ¡Qué inútiles! Les he dado una lección. En este país, si eres demasiado tímido para abrir la boca son capaces de arrancarte hasta las entrañas. Morris, si tú te conformas con beber agua sucia, por mí ya puedes bebértela, pero a mí me gusta una buena taza de café. Por los diez centavos que te cobran ya podrían servir un café más decente y no este matarratas. Apuesto a que éste va a ser mejor... ¡Seguro!

Después de comer, los cuatro salieron a la calle. El flamante coche de la señora Gombiner era de color rojo y estaba aparcado justo delante de la puerta. La señora Gombiner se sentó al volante y su marido ocupó el asiento del acompañante. Grein y

Anna se acomodaron detrás. La señora Gombiner conducía tan rápido que costaba entender cómo no chocaba continuamente. Los conductores le gritaban y la insultaban, y ella no se abstenía de contestar a los improperios mientras tocaba el claxon incesantemente: «¡Eh, inútil! ¿Estás ciego o qué?».

Aún brillaba el sol, pero no tardó en caer un atardecer invernal. En las entradas de los hoteles se encendieron los focos que iluminaban las palmeras y las flores como si formaran parte de un decorado teatral. Aquí y allá se veía una palmera inclinada, víctima del más reciente huracán, apuntalada con tablones. De la playa volvían los últimos bañistas —mujeres vestidas con albornoces y sandalias—, al tiempo que de los hoteles salían los primeros trasnochadores. Mujeres con capas de visón y chales de pieles. Todo se entremezclaba: día y noche, verano e invierno, sofisticación y desnudez. En su ocaso, el sol encendía las nubes, proyectando un brillo rosado sobre el mar y llenando las ventanas de oro fino y púrpura. A lo lejos, en el horizonte, navegaba un barco blanco. En el cielo crepuscular apareció un avión, rugiendo y reflejando destellos de luz. El olor de los naranjos se fundía con el de la gasolina. El anochecer traía un aire paradisíaco y lleno de fantasías, una calma tropical, una sensación festiva en el curso de lo cotidiano. Grein se sintió dominado por una nostalgia primaveral. «¡Ojalá tuviéramos un momento de reposo! ¡Ojalá los poderes que acongojan al hombre y lo atenazan cedieran por un instante y supiera disfrutar de las ofrendas de Dios, hacer nuestro examen de conciencia, elevar nuestros decaídos espíritus! Porque todos los pecados proceden de la falta de fe en los poderes superiores, del temor al mañana, del deseo de arañar algo de este mundo antes de que sea demasiado tarde».

El automóvil se detuvo cerca del hotel donde Grein y Anna se habían hospedado y él descendió.

—Recogeré las cosas en cinco minutos.

—No se apure, joven —contestó la señora Gombiner. Al parecer, el aire puro del ocaso la había dejado en un estado de ánimo más afable.

No habían transcurrido tres minutos cuando Grein regresó.

—Anna, el señor Abrams se niega a entregarme tus joyas de la caja fuerte. Tendrás que entrar tú misma.

—¿Le has enseñado el resguardo?

—Se lo he enseñado todo.

—¿Quién está en el vestíbulo? ¿Todas esas cotillas?

—La verdad es que no me he fijado.

—¿Por qué le da tanto miedo entrar, señora Grein? —intervino la señora Gombiner. Si este hotel es demasiado ruidoso y no le dejan dormir, está usted en su derecho de irse cuando le venga en gana siempre que pague el tiempo que haya alquilado la habitación. Venga, yo entraré con usted, señora Grein, y le soltaré cuatro cosas bien dichas.

—Se lo ruego, señora Gombiner, quédese sentada en el coche. ¡No quiero

escándalos!

—Bueno, si tiene miedo, qué se le va a hacer. En Estados Unidos no hay por qué temerle a nadie. Éste es un país libre. Aquí, cuando una dama habla con un hombre, él tiene que escuchar y decirle: «Sí, señora». Si se porta como un descarado, no hay más que denunciarle para que el juez lo mande a la cárcel. Seguíis teniendo mentalidad de inmigrante.

—¡Florence, no te metas donde no te llaman!

—¡Tú cierra el pico!

Anna vaciló un momento.

—Bien, voy a entrar. Hágame un favor, señora Gombiner, y quédese en el coche.

—Naturalmente que sí. Si la gente se deja engañar a mí ni me va ni me viene. Págueme a ese estafador lo que pida. Es su dinero, no el mío. ¡Qué tontos!

XII

Todas las luces del vestíbulo estaban encendidas. Los huéspedes ya se habían vestido para la cena y veían la televisión. Las mujeres estaban charlando; sus caras bronceadas evocaban en Grein una imagen de bollos recién sacados del horno. Era como si desprendieran el calor que habían absorbido mientras estaban bajo los abrasadores rayos del sol. Sus cuerpos, momentos antes tumbados en la arena, se exhibían envueltos en vestidos de color y adornados con brillantes alhajas. El señor Abrams se esforzaba al máximo por conferir a su modesto hotel un aire festivo. Había macetas y floreros dispersos por todas partes y en un par de tinajas crecían unos naranjos salpicados por el oro de sus pequeños frutos. Pese a los adornos, el hotel no lograba despojarse de su ambiente cotidiano. Una mujer había echado monedas en una máquina de venta de sellos que se había quedado atascada y la golpeaba para recuperar su dinero. Una muchachita de cara ancha y roja como un tomate estaba mostrando unas fotografías a un joven. Las mujeres parloteaban todas a la vez: el tema de conversación eran los zapatos y cada una señalaba sus propios pies. Los hombres también intervenían. El dentista de Filadelfia se esforzaba en vano por hacerse oír entre el griterío. ¿Qué sabría un hombre de zapatos? Al tiempo que continuaban la chachara, las mujeres no dejaban de mirar a su alrededor —hacia la puerta, al exterior, a cualquier sitio—, como si cada una de ellas abrigara la secreta esperanza de recibir un mensaje, un aviso, una buena nueva sin la cual todo lo demás carecería de sentido. La señora Katz, que ya había adquirido un buen bronceado, lucía ropa de verano. El diamante de su sortija reflejaba la luz en un prisma de colores. Su vestido, confeccionado con dos telas diferentes, la mitad rojo y la otra mitad negro, recordaba a Grein la imagen de una carta de la baraja.

Cuando Grein y Anna hicieron su entrada, el murmullo de las conversaciones siguió algún tiempo, pero en cuanto los allí reunidos advirtieron lo que estaba ocurriendo todos callaron a la vez; sólo se oía la música del televisor. La señora Katz saltó del sofá.

—Señora Luria, quiero decir señora Grein, ¿dónde se había metido? La hemos echado de menos. ¿Adónde se la llevó usted, señor..., mmm..., Grein?

Anna fue directamente a la recepción, sin detenerse a contestar.

—Señor Abrams, ¿por qué se ha negado usted a devolver mis joyas?

—¿Quién dice que me niego? Sólo puntualicé que debe ser el propietario quien las recoja, no cualquier otra persona. Si desea usted marcharse, señora Grein, está en su pleno derecho, pero cuando devuelvo artículos de valor tengo que saber a quién se los doy y exigir la firma apropiada.

—Haga el favor de prepararnos la cuenta.

—Ya está preparada.

Sorprendentemente, el señor Abrams no les cobró más que los días que se habían hospedado allí. Su pesarosa mirada denotaba la voluntad de comportarse con rectitud

en medio de aquel hervidero de malevolencia femenina. Grein sacó enseguida el dinero y pagó. La señora Katz, que se había quedado por un momento atrás cuchicheando con las demás, se acercó:

—Señora Luria, ¡no me diga que se marcha del hotel!

—Sí, ¡nos marchamos! —contestó Anna agresivamente.

—Pero ¿por qué? ¡No dirá que huyen por mi causa! Yo llego, encuentro a una persona conocida y doy gracias a Dios de que podamos pasar algún tiempo juntas. Y de pronto ¡usted sale huyendo! ¿Qué ha pasado? ¿No somos de su agrado, señora Luria? ¿Quizá no nos considera una compañía adecuada para usted? Es cierto que se trata de un hotel pequeño, respetable, en donde no hay tapujos. Es para gente casada y no para enamorados, pero eso no significa que tenga que huir de aquí.

Grein no tardó en perder la paciencia.

—Señora, haga el favor de dejarnos en paz.

A la señora Katz le brillaban los ojos.

—¿Por qué se mete usted en esto, señor Grein? Estoy hablando con la señora Luria, no con usted.

—Toda esa palabrería está de más.

—Por lo pronto usted no es mi profesor, señor Grein. No aceptaré que me dé lecciones de urbanidad.

—Señora Katz, no quiero hablar con usted —exclamó Anna. Supongo que le habrá quedado claro.

—Pues sí, muy claro; claro como el fango. Mañana escribiré a casa, a mi marido, y le mandaré saludos al señor Luria de parte de su fiel esposa. Si decide acudir a los tribunales para pedir el divorcio, todos los presentes seremos testigos de su conducta. Si no me equivoco, usted aún no tiene la ciudadanía, y dudo que un juez estadounidense se la conceda a una mujer de su condición. Mi marido no es abogado como el señor Luria, pero conozco el caso de una mujer de su calaña que fue deportada de nuevo a su lugar de procedencia. Incluso pasó algún tiempo en prisión, o quizás en Ellis Island. Recuerdo que todos los periódicos publicaron la noticia.

—Haga usted lo que quiera, ¡pero no se dirija a mí! —Anna levantó la voz.

—Estos refugiados... ¡quién se habrán creído que son! —exclamó el dentista de Filadelfia. ¿Lo tenían mejor en la Alemania de Hitler? El Tío Sam les abrió las puertas porque eran víctimas del fascismo y ¿qué trajeron? Ellos mismos son los peores fascistas y antisemitas. En mi barrio se instaló un dentista de Berlín con su familia y no van a la sinagoga ni en Yom Kippur. En Navidad instalaron el árbol más grande que encontraron en toda Filadelfia. La comunidad judía envió un representante para pedirles que contribuyeran a la construcción de un centro. ¿Qué creen que contestó ese judío alemán? ¡Que no quería estar en compañía de los *ostjuden* porque no tienen educación! Ese hijo de perra hasta se atrevió a culpar a los judíos polacos de la subida de Hitler al poder. Dijo atrocidades dignas de haber sido pronunciadas por el mismo Goebbels. En una ocasión, le hizo una dentadura postiza a

una señora y...

De pronto la señora Gombiner apareció en la puerta principal. El dentista intentó seguir contando que la dentadura de esa señora se le había roto al primer mordisco y que estuvo a punto de atragantarse, pero ya nadie le escuchaba. Todas las miradas se volvieron hacia la recién llegada. En medio de todo aquel grupo elegantemente ataviado, irrumpió vestida de forma particularmente ordinaria, de hecho iba desnuda, con el pantalón rojo subido hasta las rodillas, sus pies embutidos en chillonas sandalias, los cabellos despeinados y una blusa demasiado corta que, donde no alcanzaba al pantalón, dejaba al descubierto una generosa porción de sus carnes. Por delante asomaba su descomunal busto, mientras que el voluminoso trasero sobresalía por detrás. La señora Gombiner miró alrededor con expresión inquisidora, airada, amenazante. Emanaba el aire colérico y vengativo de quienes se han propuesto amargar la dicha de los demás. Para reforzar esta impresión, apoyó una mano sobre la jamba de la puerta.

—¡No me extraña que la gente salga corriendo de aquí! —dijo con voz ronca. Esto es un gallinero.

El señor Abrams, que ya había alargado un brazo para abrir la caja fuerte y sacar las joyas de Anna, se puso tenso y en guardia. Atónito, miró crispado y suspicaz a la intrusa. Anna palideció y fijó sus ojos atemorizados en la señora Gombiner. Movía la cabeza con el ademán incrédulo de quien padece una alucinación. Grein retrocedió un paso.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? —exclamó el señor Abrams.

—¡Y eso a usted qué le importa! Ya que su hotel no tiene nada que ofrecer, ni piscina ni espectáculos, ni siquiera playa privada, que sus clientes están obligados a cruzar la calle para llegar al mar al riesgo de que les atropelle un coche, ¿por qué no se ocupa, al menos, de que reine un poco más de tranquilidad y que la gente no tenga que huir? Este ruido es para quedarse sordo. Esto de los hoteles es un sacadineros. Por culpa de hoteles como el suyo, los visitantes más acomodados se escapan de la calle Noventa hacia arriba y a los moteles y Dios sabe adonde más, los precios inmobiliarios se disparan y todo el negocio se convierte en un timo y una gran especulación. Un bungalow sin la menor comodidad cuesta seis mil dólares, incluso más. Pregúntemelo a mí, señor, que sé de lo que hablo. Aquí donde me ve, yo estoy en el negocio inmobiliario, no en Miami Beach sino en Hollywood, y le aseguro que por su culpa, el comercio de Miami Beach está por los suelos.

El señor Abrams apartó la mano de la caja fuerte.

—Señora, yo no me meto en sus negocios, así que no se entrometa usted en los míos. Si la necesito, ya mandaré llamarla para nombrarla directora, no se preocupe.

—¡Señora Gombiner, hágame el favor de volver al coche! —soltó Grein con voz cavernosa.

—Me iré cuando me dé la gana, no cuando usted me lo diga, señor Grein. No tiene por qué ser tan esnob ni hacer el maldito primo. Esta gente se adueña de un

hotel, paga unos cientos de dólares a un agente y quiere retirarse a vivir de rentas en una sola temporada. Muchas personas enfermas, que necesitan un poco de sol para recuperar la salud vienen aquí y pagan sesenta o setenta dólares al día por un agujero que no vale ni tres. En el centro nadie pisaría un tugurio como éste. Si no hubieran untado a las personas adecuadas (ya me entiende usted), semejante cuchitril ya habría sido cerrado a cal y canto hace mucho tiempo.

—Señora, vaya usted a la Cámara de Comercio o donde quiera, pero déjeme en paz de una vez.

—Señora Gombiner, no comprendo por qué ha venido aquí a armar escándalo —dijo Anna, recobrada el habla. Ya tenía bastantes problemas sin su ayuda.

—Son todos de la misma calaña —señaló la señora Katz al dentista.

—¡Eh, señora! ¿De dónde es usted? ¿De la calle Orchard? —gritó el dentista.

Hubo risas y burlas.

—¿Qué tiene de malo la calle Orchard? ¿Que allí vive gente sencilla, pobres obreros y no jugadores como usted?

—¿Y de dónde ha sacado que soy jugador?

—Yo ya sé lo que me digo. Con una simple mirada sé de qué pie cojea cada uno. ¿Por qué vienen todos ustedes aquí? ¿Acaso tienen tuberculosis por haberse consumido trabajando en esos siniestros talleres textiles y necesitan tomar el sol? Vienen aquí para apostar a los caballos y a las carreras de galgos, y después meterse en los clubes nocturnos en busca de mujerzuelas baratas. ¿Y de dónde sacan el dinero con que pagan sus vicios? De explotar a los pobres obreros de la calle Orchard, que tienen las barrigas hinchadas por el hambre y...

—¿Conque comunista, eh?

Anna se inclinó hacia el señor Abrams.

—Por favor, señor Abrams, entrégueme mis joyas. Tengo que huir de esta mujer.

—No sé por qué la ha traído usted, si pretendía evitarla. Sea tan amable de firmar aquí.

Anna tomó la pluma, pero le temblaba tanto la mano que no conseguía dibujar un trazo. Aunque el señor Abrams le acercó la nota, las líneas parecían levantarse y saltar unas sobre las otras. Al final Anna firmó sobre las letras impresas. La pared pareció tambalearse frente a ella y el suelo se deslizaba bajo sus pies. Ante sus ojos surgían puntos luminosos y le sonaban campanas en los oídos. «Dios del cielo, esto es el final», se dijo Anna. Se sujetó al mostrador para no desplomarse. Como a través de un muro oyó replicar a la señora Gombiner:

—No soy comunista, pero ustedes están muertos de miedo, ¡y con razón! ¡Su fin ya no queda lejos!

I

Anna estaba en su cama, en la habitación del primer piso. La señora Gombiner, en su apartamento de la planta baja, también se había acostado ya. Grein seguía sentado en el porche. Aunque no era tarde, reinaba un silencio más propio de la medianoche. Resultaba difícil creer que a unos minutos de allí, en la otra orilla del Indian River, se encontraban los grandes hoteles, los locales nocturnos, todo el bullicio de Miami Beach. La luna baja y amarillenta parecía colgada en el cielo. Las estrellas eran diferentes de las del norte y a Grein le recordaban los signos diacríticos que en el hebreo de la Biblia identifican las vocales e indican cómo entonar el texto. Morris había prestado a Grein unos prismáticos con los que observaba el cielo, moviéndolos de un extremo a otro del firmamento. Allí donde a simple vista apenas se distinguía una estrella solitaria medio borrosa, gracias a las lentes se descubrían enjambres luminosos, que se reían con dorado júbilo en las alturas. Grein intentaba identificar las constelaciones; buscaba la Vía Láctea.

«Sí, evidentemente debería haberme dedicado a la astronomía —pensó. Cuando uno está inmerso en la grandeza de lo divino, no se percata de la insignificancia de lo humano. Cuesta creer que cada uno de esos pequeños puntos sea un sol que arrastra varios planetas semejantes a la Tierra, quizá también habitados por seres inteligentes. No, esta Tierra no puede ser una excepción en el cosmos. Seguramente existen billones o trillones como ella, cada una con su propia flora y fauna, con sus bellezas y miserias, con sus placeres y sufrimientos». Le resultaba extraño estar sentado en el porche de Morris Gombiner, contemplando la eternidad de donde uno procede y a la que uno ha de retornar. «¡Qué necios son los que consideran que la única inteligencia de todo el universo es el hombre, con su reducido cerebro, mientras que todo lo demás es ciego, accidental, pura materia física!».

Grein dejó los prismáticos. Todo permanecía en silencio: las majestuosas palmeras, los cactus, las adelfas que florecían en pleno invierno, los macizos y las macetas que rodeaban la casa. Desde el mar soplaba un cálido céfiro nocturno que traía mensajes de las selvas vírgenes de Brasil, desde algún lugar del ecuador. Por detrás de la casa, el jardín estaba repleto de naranjos, limoneros y toda clase de plantas tropicales. El ambiente estaba impregnado de olores a especias que transmitían secretos orientales y un deseo como sólo los climas cálidos logran despertar. Todo parecía vivir: las briznas de hierba, las hojas de los árboles, los

guijarros. Grein inspiró profundamente la brisa marina. Aquella misma mañana podía haber pensado que Morris no era más que ceniza, y esa noche dormiría en su casa. Pero ¿y esa temible mujer, la señora Gombiner? ¿En qué lugar del universo encajaba ella? ¿Qué papel desempeñaba en el drama divino? Probablemente también ella era necesaria.

Se oyeron unos pasos y apareció Morris ataviado con bata y zapatillas.

—Hertz, ¿todavía no duermes?

—De momento, no.

—¿Cómo está Anna?

—Un poco mejor.

—Florence también se ha acostado. ¿Qué te parece la casa? No está mal, ¿eh? La apreciarás mejor por la mañana, cuando luzca el sol.

—Ya se aprecia que es magnífica.

—Bien, y tú, ¿qué tal estás? Delante de las mujeres no podemos ni hablar. No te imaginas cuánto ha significado para mí haberte encontrado y que estés aquí. ¡Todo un acontecimiento! Eramos amigos del alma. De pronto te fuiste y nos perdimos de vista. Pero nada cae en el olvido. Allá en el infierno cada tantos días esperábamos una «selección», y en esos momentos me despedía de ti. «Que te encuentres bien, Grein —me decía—, perdóname si te he causado algún mal o si alguna vez te he ofendido». No hay palabras que expliquen lo próximos que nos sentíamos a la muerte: se había convertido en una presencia familiar, una buena amiga. Muchos no llegaron a vivir lo suficiente para que los metieran en las duchas; murieron en los trabajos forzados o en los catres mientras los demás dormían. Una noche estaba yo tumbado sobre las tablas, charlando con alguien que descansaba a mi lado. Nos estaba prohibido hablar, como si hubiera algo que nos estuviera permitido y nos quedaran fuerzas para ello. Nos desplomábamos como si perdiéramos la conciencia. No obstante, en aquella ocasión los guardias se habían relajado un poco. Así que, allí tumbado, me preguntó: «¿Qué piensas, Morris? ¿Saldremos vivos de aquí?». Y yo le respondí: «Quizá tú. Yo ya tengo un pie en la tumba». Continué hablando con él y no me contestaba. Creí que se había dormido. ¿Para qué decirte más? Había muerto mientras conversábamos.

—¿De hambre?

—No lo sé. Quizá de escorbuto. ¿De qué no nos moríamos allí? El hecho de que alguien haya sobrevivido es un auténtico milagro. Cuando los alemanes vieron que los aliados estaban ganando y se aproximaba su fin, empezaron a disparar a diestro y siniestro. Tenían un solo deseo: matar. Tanto era así que al final lo convirtieron en un juego. Nos ponían en fila y disparaban a uno de cada tres mientras obligaban a otros a cavarlas tumbas. No quisiera deprimirme, Hertz, pero yo vi con estos ojos a judíos que cavaban su propia fosa. Miraba al cielo, pero éste conservaba su color azul mientras el sol seguía brillando. Reinaba la paz. Los ángeles no lloraban. El Señor del universo guardaba silencio. ¡Ay, ay! ¿Qué sabes tú de eso? ¿Qué sabes tú? No esperaba que los judíos lo olvidaran tan pronto.

—¿Qué deberían haber hecho?

—Bueno, yo estaba destinado a salir con vida. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Para qué? No lo creerás Hertz, pero aún hoy me avergüenzo. Cuando uno ve tanto dolor, siente vergüenza de vivir. Hasta el momento en que estuve en el barco rumbo a Palestina no creí que sobreviviría. Los norteamericanos ya se habían hecho cargo de todo, pero yo todavía no me sentía seguro. Llegar a la tierra de Israel fue como alcanzar el paraíso. Allí recuperamos nuestra dignidad, allí nos acogieron con los brazos abiertos. ¿Qué hacer, aparte de llorar? Organizaron cenas y pronunciaron discursos en nuestro honor. Un día valías menos que una chinche o un piojo y al siguiente te paseaban en un autobús y otros judíos te recibían y te miraban con un cariño que habías olvidado que existiera. Sin embargo, la situación pronto cambió. Los honores, después de tanta humillación, no se soportan como antes, se viven como una angustia. En fin, nada es eterno. Los ingleses nos hostigaban. Después de lo que habíamos padecido, se negó a los judíos un lugar donde descansar la cabeza. Y así hasta el día de hoy. En cuanto me repuse me fui a trabajar en las carreteras, pero ya no me acompañaban las fuerzas. Caía un sol de justicia y el día se prolongaba como nuestro exilio, tan largo y tan monótono como la cancioncilla que canturreaba un yemenita desde el anochecer hasta el amanecer. ¿Quién tendría paciencia para aquello? Quizá para algunos representaba la redención, pero no para mí. Me fui a un kibbutz aunque también era muy duro. Allí había sobre todo gente joven que reía, cantaba y bailaba, pero yo deambulaba entre ellos como un muerto en vida. Te diré una cosa, aunque no sé si me vas a creer: empezó a tentarme la idea de poner fin a mi vida. Ni yo mismo sé por qué. Sencillamente, sentía que ya no pertenecía a este mundo, que estaba vagando en el reino del Caos. Algo me tiraba hacia ellos, hacia los seis millones que habían desaparecido. Y justo entonces llegó Florence. No sé lo que vio en mí. ¿Qué clase de pareja formamos? Claro que si todo en este mundo está torcido, ¿por qué no iban a estarlo los emparejamientos?

—Tienes razón.

—Pues así fue, lo acordamos y lo hicimos. Aunque a mí me pareció una parodia. ¡Lo único que me faltaba era casarme! Fanya y los niños se fueron «allí», ni siquiera sé cuándo ni dónde. Los perdí a todos, a toda la familia, y de pronto me llevaban otra vez al palio nupcial. En los campos, sin embargo, había aprendido a resignarme. Es lo único que aprendí allí: ¿estás metido en el fango y cae sobre ti una lluvia torrencial? Pues que caiga. ¿Te están echando una bronca? Que la echen. ¿Te apalean? Que te apaleen. ¿Te llevan a los hornos? Que te lleven. El mayor problema consistía en pensar. Y yo aprendí a acallar mis pensamientos. Es toda una hazaña. Al principio cuesta mucho, porque el cerebro ansia pensar al igual que el estómago exige digerir. No obstante, con el tiempo llegué a una fase en la que hasta me resultaba difícil pensar. Había conseguido convertirme en una bestia. Al anular el pensamiento, hasta el hambre se aguanta mejor. Bueno, hablemos de algo más alegre. ¿Qué haces tú aquí en Estados Unidos, Grein?

—¿Qué puedo hacer?

—Algo te habrá pasado en todos estos años.

Grein no respondió. Ambos parecían escuchar el silencio.

II

—La verdad, Morris, es que no me van muy bien las cosas.

—¿Qué te pasa?

—Ya lo estás viendo.

—¿Qué tienes contra tu mujer?

—No tengo nada contra ella, pero me aburro.

—¿Que te aburres? Ojalá todos los males se limitaran a eso.

—Te aseguro que es un gran mal. ¿Qué implica la cárcel, si no aburrimiento? Mi esposa se ha convertido en una mujer de negocios que se pasa el día entero en la tienda. Los chicos son mayores y se van de casa. De todos modos, soy incapaz de hablar con ellos. Aquí en Estados Unidos existe un verdadero abismo entre padres e hijos, especialmente entre los judíos. Aquí la vejez se considera una deshonra. Hasta los hombres se tiñen el pelo para disimular las canas.

—¿A quién engañan?

—A sí mismos. Yo no me he vuelto religioso, ni mucho menos, pero la vida resulta aburrida sin Dios. La fe es la única fuerza que previene contra la locura. ¿Por qué razón he de aburrirme más que mi padre? Él no tenía nada, aparte de su familia y la sinagoga jasídica. No había teatro, ni cine, ni radio, ni periódicos. Su biblioteca, si se la puede llamar así, consistía en unos cuantos libros sagrados. Sin embargo, nunca le oí quejarse de que se aburriera.

—Bueno, ¿y con Anna no te aburres?

—De momento, no. Aunque no durará mucho, soy consciente de ello.

—¿Y qué harás entonces?

—Lo ignoro.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella?

—Una semana.

—Vaya, vaya.

—Soy franco contigo, Morris. No me gusta hablar de mí mismo, porque ¿de qué sirve? Pero contigo puedo sincerarme. Quizá porque ya hablábamos abiertamente entonces, en Viena. Tengo una casa llena de libros, pero no encuentro nada que valga la pena leer. No soporto la literatura: estoy en una edad en que la ficción ya no me interesa, aunque surgiera un segundo Tolstói. La filosofía me repugna. La historia se limita a demostrar invariablemente una única verdad: que los seres humanos son unos criminales. Partiendo de esta base, no hay nada más que leer. En cuanto a las ciencias exactas, la física y la química, siempre me habían resultado interesantes, pero al final también me aburren. Últimamente he leído cuanto ha caído en mis manos acerca del átomo. Si es cierto lo que dicen, el aburrimiento empieza ya en el átomo. ¿Qué hay más espantoso que un pedacito de materia que jamás descansa? Transcurren millones de años y los electrones siguen girando alrededor de los protones. En nuestra antigua concepción del átomo, éste por lo menos reposaba. En cambio el nuevo átomo está

loco, se agita y tiembla sin cesar. Quizá simbolice al hombre actual. Además, empiezo a creer que todo eso no es verdad. La ciencia moderna se viene pareciendo cada vez más a la literatura. Toma como ejemplo la teoría cuántica. Yo no la entiendo, es más, me temo que no hay nada que entender. Es el reino originario de la desolación y de la nada, pero sin Dios y sin un espíritu que flote sobre el abismo. ¿Y tú, Morris? ¿Sigues alguna filosofía en la vida?

—No, ninguna.

—Entonces ¿qué?

—Nada. Yo no pienso.

—Es lo más sensato, aunque para eso es preciso imponerse una disciplina férrea. ¿Qué me dices de tu mujer? Te atormenta, ¿no?

—¿Y qué? Todo el mundo atormenta al prójimo cuando puede. Es un poco bruta pero se soporta. Me riñe y luego hacemos las paces. Lo peor, lo más difícil de tragar, es cuando me arrastra a esos mítines izquierdistas, pero ya he encontrado un remedio.

—¿Y cuál es?

—Me taponó los oídos.

—¿Literalmente?

—Sí. He descubierto unos tapones de goma que se usan en los aviones. Me siento allí y me limito a mirar cómo mueven la boca, igual que si fueran peces. Es realmente cómico, de verdad.

—¿Qué haces todo el día?

—Ella va a la oficina y yo cocino. No te rías. Algo hay que hacer. Limpio, friego los platos, voy a la compra. Me conocen en todas las tiendas. A veces, por las tardes, la acompaño al cine. Le gustan las películas de gánsteres. Yo cierro los ojos y no me molesta.

—A mí me molesta mucho. No soporto la grosería. Aquí las masas se han apropiado de la cultura. Hay que estar un poco ciego para no hundirse en la frustración.

—Bueno, todo eso resulta válido mientras no te metan en los hornos.

—De acuerdo, no te meten en los hornos, pero cada vez que abres el periódico por la mañana te topas con la muerte. Hoy en día no es preciso leer tratados de ética para tener presente la muerte. Te la recuerdan por todas partes: los periódicos, los teatros, los cines, hasta el agente de seguros. Yo solía ir con Lea de cuando en cuando a visitar paisanos suyos del Viejo Continente y sólo se hablaba de una cosa: tumbas. No te lo creerás, pero lo poco que queda del judaísmo está centrado en el cementerio.

—Lo sé. También Florence tiene amigos de por ahí y la acompaño a verles los sábados por la noche. La primera vez que fui había un hombre que, tras arrear un porrazo con un martillo de madera, soltó una charla acerca de un box. Le pregunté a Florence qué significaba eso y me soltó: un ataúd. Y así estuvo hasta medianoche hablando de lo mismo. ¿Qué sentido tiene?

—Ninguno.

—Exactamente.

—¿Qué es lo que les une? No es Dios, ni un país, ni siquiera un idioma. Entre ellos todavía hablan un yiddish renqueante, pero los hijos no saben ni eso. Muchos de los jóvenes son comunistas. Mi propio hijo no tolera ni una palabra contra Stalin. Para él los asesinatos de Stalin son sagrados.

—¿Y tu hija?

—Sufre depresiones.

—¿Cómo es eso? ¿Qué edad tiene?

—Diecinueve años.

—¿Por qué no les diste una formación judía?

—Ellos no quieren, y tampoco yo creía en ello. Los hijos son el subconsciente de los padres. Aquí he sido maestro en un *Talmud Torá* y he visto lo que implica. La Torá no les deja huella. Los niños van pasando por todos los niveles sin aprender nada. El béisbol y la Torá no casan bien, y ellos se pasaban tardes enteras escuchando estupideces por la radio.

—Supongo que eres sionista.

—Sí, y ya ves de qué me sirve mi sionismo. No puedo irme a vivir allí y mis hijos están lejos de aquello. Además, ¿qué piensas que es la tierra de Israel? Ahí también tienen radio y toda esa bazofia. Vienen jóvenes de allí que hablan hebreo pero tienen cara de gentiles, de gentiles hebreos. Sin Dios no hay judaísmo posible.

—Entonces ¿por qué no vuelves a la vida religiosa?

—Tú mismo sabes el porqué. En un Dios inteligente sí que creo, pero me falta fe en su bondad. Recientemente falleció un vecino mío y me llamaron a su casa para completar el *minián*, pues la familia estaba guardando *shivá*. Muchos judíos americanos observan estos preceptos: la *shivá*, el *kaddish*, el recuerdo anual de los parientes fallecidos, todo lo relacionado con la muerte. Pues en aquella casa los jóvenes no paraban de deambular como leones enjaulados, las chicas revoloteaban como pajarillos y no hacían más que cuchichear acerca del béisbol, porque estaban jugándose las Series Mundiales. Cuando llegó el momento de orar, los chicos se cubrieron la cabeza con el *yármulke*. Empecé a rezar las Dieciocho Bendiciones y la lengua se negaba a obedecerme. Justamente aquel día había leído un artículo sobre los campos de exterminio: Majdanek o Treblinka. ¿Cómo llamar misericordioso a un Dios que permitió todo eso? Porque llevando el análisis hasta las últimas consecuencias, se trata de Su obra. La única respuesta que se nos da es el libre albedrío. ¿Y si no es más que una suposición? Y aún hay más, ¿por qué sufren los animales? Shestov afirma que Dios es malo. Según Spinoza, incluso es peor que eso: es indiferente.

—Tal vez no tenga poder.

—Entonces ¿quién lo tiene?

—No lo sé. También allí se rezaba. Incluso en Majdanek. No todos, pero sí algunos. Anna es una mujer agradable.

—La he convencido de que seremos felices.

—Quizá lo seáis.

—¿Cómo? Antes tenía otra mujer llamada Ester y se dejó engañar. El engaño sólo es posible cuando la víctima colabora. ¿No tuviste ninguna mujer en todos aquellos años?

—¿Una mujer? No. El hambre te convierte en eunuco. Al principio sí se cometían pecados en el gueto, y a menudo los más nefandos. Sin embargo, con el paso del tiempo se agotaron las fuerzas. Había un *cabaret* judío al que acudían todos los contrabandistas y los *kapos*. Para entrar había que andar sobre cadáveres y sortearlos. En una ocasión, una mujer que iba al *cabaret* trató de saltar sobre un hombre muerto que, de repente, le sujetó la pierna y le desgarró la media de seda. Al parecer no había exhalado su último suspiro. Ella lo llenó de insultos. Pero también he visto judíos que cedían a otros su ración de pan, mientras ellos mismos languidecían de inanición.

—¿Por qué lo hacían?

—En las personas también hay bondad.

III

Pasaron cinco semanas. A pesar de que Grein le había advertido de que iba a cometer una tontería, Anna se dejó convencer y estaba a punto de comprar una casa en Miami Beach. «Es una auténtica ganga», alegaba. La señora Gombiner le había asegurado que ganaría una fortuna, así que Anna ya había liquidado sus bonos de la guerra y vendido sus joyas. Aunque el precio de la casa ascendía a setenta mil dólares, sólo exigían una entrada de veinte mil; el resto se cubría con la hipoteca. También Grein llegó a pensar que era una ganga, ya que sólo el terreno valía ese dinero. Aunque implicaría muchos gastos, y sobre todo mucho trabajo, el edificio principal podría convertirse en hotel. Sorprendentemente, la luna de miel, en la cual Anna había depositado tantas esperanzas, acabó consumiéndose en regateos, agitación y carreras para solicitar consejo a toda clase de entendidos y expertos. A Anna se le había despertado el instinto judío para el comercio hasta tal punto que casi de la noche a la mañana, se convirtió en una réplica de Boris Makaver. Fumaba cigarrillos, hablaba con éste y aquél, y no paraba de hacer números. Había persuadido a Grein para que entrara como socio en el negocio con una participación de diez mil dólares y, puesto que tenía sus acciones depositadas en una caja fuerte en Nueva York, era necesario ir allí para venderlas. De todas formas, tenía que regresar a Nueva York: Lea le había anunciado por teléfono que Jack se preparaba para casarse con una chica no judía de Oregon.

Dado que Grein no tenía su coche en Florida, la señora Gombiner se ofreció a llevarle hasta el aeropuerto. Los Gombiner se sentaron delante y Grein se acomodó detrás con Anna, quien sujetaba la mano de su pareja sin dejar de charlar en todo el trayecto. Se había enamorado de Florida, dijo. Allí sería feliz. Ya podía su padre desheredarla, ella le demostraría que también sabía ganar dinero, tal vez mejor que él. En Nueva York, sometida a la presencia de su padre, de Stanislaw Luria y de Lea y sus hijos, no conseguiría respirar con libertad. Florida, en cambio, era un paraíso. Anna hablaba durante las noches como si estuviera dominada por una embriaguez incoherente, pero de día volvía a mostrarse aguda, calculadora, exigente. Su razonamiento principal era que el hombre moderno tenía grandes necesidades y no había razón para que se privara de nada. ¿No era Estados Unidos el país más rico del mundo? Allí todo abundaba: materia prima, oportunidades de trabajo, la tecnología más avanzada. Las personas que no gastaban dinero eran rémoras para la economía del país.

Anna había programado la vida de ambos. Ella se dedicaría al negocio inmobiliario. Si la señora Gombiner era capaz de hacerlo, ¿por qué no ella? Tal vez convirtiera la casa en un hotel o posiblemente acabaría vendiéndola para obtener un sustancioso beneficio. Grein seguiría siendo agente del fondo de inversiones en Florida, aunque sólo provisionalmente. El objetivo era que se dedicara al mundo académico. ¿Por qué no podía ser profesor universitario? «Es titulado en Filosofía por

la Universidad de Viena. Sabe varios idiomas. Tiene conocimientos de matemáticas, física, judaísmo y quién sabe de qué más».

Lea no le exigía nada y cuando una mujer no exige nada, el hombre acaba perdiendo empuje. Ella le daría ánimos, le buscaría contactos; al fin y al cabo, también ella tenía formación académica. En las pocas semanas transcurridas ya había trabado relación con esposas de catedráticos, hasta había conocido a un decano. En cuanto estuviera instalada en la nueva casa, organizaría una fiesta. Al tiempo que conducía, la señora Gombiner escuchaba muy atenta las palabras de Anna. Por extraño que parezca, las dos mujeres, que al principio no se soportaban y sentían un mutuo rechazo, habían establecido un estrecho vínculo. Anna ya le había hecho confidencias y la señora Gombiner la había tomado bajo su protección.

—¡Eh, imbécil! ¿Adónde crees que vas? —gritaba Florence al conductor de un coche que pasaba. Se volvió hacia atrás y le dijo a Grein—: No sabe usted la suerte que ha tenido al pescar a esta mujercita. Va a hacer de usted una persona hecha y derecha.

—Pero bueno, ¿es que ahora no es persona? —preguntó Morris.

—¡Cierra el pico! En este país hay que llegar a algo, hay que hacerse valer. Tú también podrías haber sido profesor de universidad, si no fueras tan inútil. Aunque la verdad, con tu estatura, nadie te tomaría en serio. Aquí un hombre tiene que ser un hombre, no un monigote.

—Kant, el filósofo, no era más alto que yo.

—Eso era en Europa, no aquí.

Grein tenía la sensación de que todo lo que estaba viviendo en Florida —los despropósitos de la señora Gombiner, los planes de Anna, su propio viaje— no era más que una broma pesada. Hasta el huracán que había presenciado le pareció parte de un espectáculo escenificado por la naturaleza para los turistas. En pocos momentos el mediodía se había convertido en noche cerrada. Los cocos caían de los árboles, el viento arrancaba las hojas de las palmeras, sus troncos se quebraban y las palmas se abrían como varillas de enormes abanicos que ya no se dejaban cerrar. Flores y arbustos volaban desperdigados en medio de la tormenta como si fueran pájaros. Los pesados embates del viento asaltaban los tejados, la lluvia hacía restallar sus látigos de agua sobre la tierra, y los balcones gemían al ser arrancados de las casas. Los cables eléctricos habían caído al suelo y Anna tuvo que encender una vela. La exigua y trémula luz era una prueba de lo que anuncia la liturgia: a fin de cuentas, cuando la civilización haya acabado de desempeñar su papel y todo haya terminado, el hombre quedará reducido a su condición primigenia: una vacilante llamita.

Pero el sol lucía de nuevo y el cielo se mostraba apacible y azul. Sobre la pista de despegue los aviones parecían juguetes de modelismo para niños ya crecidos. Grein rellenó una póliza de seguros, en la que nombraba a Anna única heredera, y su avión no tardó en despegar. La tierra que había estado pisando durante cuarenta y seis años yacía allí abajo, junto al mar, los barcos, los hoteles y los chalets. Los ríos

serpenteaban semejantes a cordones plateados. Los caminos se entrelazaban como cintas de tela. Los trenes parecían moverse sin avanzar, sin cambiar de lugar. Los automóviles se veían reducidos a diminutas manchas. Una calma total reinaba sobre los campos, como si de pronto se hubiese declarado el preceptivo año sabático. Grein pensó que quizás el alma se elevara también de ese modo cuando la persona moría y dejaba atrás su cuerpo; en el supuesto de que existiese un alma y que el «yo» de la persona no reventara como una burbuja de aire.

Aunque era la primera vez que Grein viajaba en avión, no estaba sorprendido ni asustado. La posibilidad de un accidente no le preocupaba. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el asiento. A pesar de todo, en medio del caos también existían leyes: la gasolina producía la combustión, las hélices giraban, el aire servía de soporte a las alas.

En lo que hacía a Jack, su comportamiento no era más que el que cabía esperar de un judío sin fe y sin Torá: estaba dando la vuelta a la moneda, mezclando la semilla de reb Jacob el Escriba con la de idólatras. Bueno, todo era culpa suya; ésa era la consecuencia de la educación que había dado a sus hijos. Él mismo les había servido como ejemplo.

Grein abrió los ojos y vio el sol poniéndose entre llameantes nubes, tiñendo el inmenso horizonte de colores y formas que desde la superficie de la Tierra no se veían: fuegos azulados, aristas de color carmesí, manos, caras, cabellos, hojas de pergaminos fosforescentes. Últimamente aparecían en los periódicos comentarios sobre platillos volantes, de modo que Grein esperaba que de un momento a otro apareciera volando desde algún lugar un disco llameante, una nave flotante interplanetaria. La luna ya estaba ahí, colgada en el firmamento, como Una carita delgada que se asomaba a las ventanillas, por uno u otro lado del avión. La tierra se ensombrecía cada vez más, envuelta en la oscuridad, barrida por una escoba cósmica, como si el hombre ya se hubiera extinguido tiempo atrás y el mundo hubiese vuelto al primer sábado de la creación.

Una vez enmudecidos los malvados y los poderosos, las preocupaciones y las pasiones se desvanecían. Únicamente el pequeño y solitario avión en su inmóvil letargo había quedado suspendido entre los planetas. Y puesto que el mismísimo ángel de la muerte también había sido aniquilado, ya no quedaba nadie encargado de matar. Se reafirmaba un resto de vida: hombres, mujeres, periódicos, una azafata que repartía bocadillos sonriendo como una marioneta, y el recuerdo de una tal Anna que se había quedado atrás, a millones de años, en algún lugar de Florida. «¿Qué habrá sido de ella? —pensaba Grein, imaginando hipotéticos futuros. ¿Habrá vuelto con Stanislaw Luria? ¿O se habrá buscado otro en Miami? ¿Habrá cobrado el dinero del seguro que le dejó?». Fuera como fuese, de todo aquello ya no quedaba ni huella. Ni siquiera el polvo.

Grein miró por la ventanilla y reconoció Nueva York. Las ventanas de los rascacielos despedían destellos de piedras preciosas. Largas hileras de lámparas se

dibujaban sobre los puentes y se reflejaban en las aguas como columnas de fuego. La luna había dado un salto hacia atrás y las pocas estrellas visibles se dispersaban cual si quisieran abrir un camino. Una ciudad de millones de fuegos se extendía a sus pies: focos que se estiraban, que cambiaban y saltaban a través de una neblina luminosa; proyectores que exploraban las alturas, iluminando a otros aviones. Nueva York contaba una historia rutilante, escrita con luces e ilustrada en los márgenes con ríos, lagos y barcos. En algún lugar dentro de ese luminoso desorden también ardía el pequeño fuego que él había encendido y después abandonó a su suerte.

IV

Llegó a su hogar y al cabo de diez minutos ya le daba la impresión de que nunca había salido de allí. Encontró a todo el mundo en la casa: a Lea, a Jack, a Anita y también a la novia no judía de Jack. Todo seguía igual: el apartamento demasiado caldeado, las alfombras desgastadas, el olor a gas en la cocina. Lea no era partidaria de abrir las ventanas y éstas, para colmo, solían atascarse. Sobre la cómoda del pasillo estaba el correo, como de costumbre: un montón de cartas, revistas y publicidad destinada a la papelería incluso antes de ser leída.

Lea parecía algo envejecida. En el corto lapso transcurrido su pelo había encanecido más, las patas de gallo y las arrugas alrededor de la boca eran más profundas. Su cara había cobrado el aire gastado y polvoriento de los objetos antiguos con los que negociaba.

—Has perdido peso —le dijo mirando a Grein, entre asombrada y hostil.

Anita, como siempre, se había recluso en su habitación. Ya había encontrado un trabajo en un bufete de abogados y se preparaba para mudarse de casa. Jack estaba sentado en el salón con su novia y fue al encuentro de su padre con una ancha sonrisa en los labios. Medía metro ochenta de estatura, era rubio y tenía los ojos azules, las mejillas sonrosadas, la nariz respingona, y unos labios sobre los cuales parecía quedar todavía algo de la leche de su madre. Ni en su aspecto ni en su actitud había señal alguna que indicara su descendencia de talmudistas y de rabinos. Lo mismo podía haber sido alemán o escandinavo. Tampoco su porte erguido era judío. Todo en él parecía sencillo, transparente, rebosante de salud, algo que incluso a Grein le pareció ajeno: era como si estuviera hecho todo de una pieza, una flamante máquina humana que funcionara al milímetro, sabiendo exactamente en cada segundo lo que consumía y lo que producía. A pesar de tener una invitada, Jack no llevaba puesta su chaqueta, sino sólo una camiseta que dejaba asomar el vello del pecho y sus brazos de atleta. Jack había salido a la familia de su madre: productores de leche en una granja arrendada. A pesar de todas las clases de hebreo que Grein le había hecho seguir, Jack apenas era capaz de leer unas pocas palabras en el libro de oraciones. Él negaba que fuera comunista, pero hablaba como ellos y se había suscrito a su revista. Le tendió su manzana a Grein.

—¡Hola, papá! —Y al cabo de un momento añadió—: Ésta es Patricia.

Patricia guardaba cierto parecido con el chico: se trataba de una joven corpulenta y jovial, una de esas gigantes femeninas llegadas del Oeste, pertrechadas con las fuerzas que habían acumulado generaciones de pioneros gentiles. Cuando sonrió, Grein quedó sorprendido por sus dientes, afilados y puntiagudos como los de un animal. Esa dentadura confirmaba mejor que ningún otro argumento la teoría evolucionista de Darwin. Sus afectuosos y húmedos ojos grises dirigieron a Grein una mirada familiar y alegre. Parecían preguntar: «¿Por qué no somos amigos?». Su nariz, un poco chata, resaltaba el labio superior. El pelo pajizo le colgaba juguetonamente

sobre la frente. Al parecer, la muchacha sabía de dónde venía Grein y qué estaba ocurriendo en aquel hogar. Jack era incapaz de guardar secretos.

—¿Qué tal? Se está bien en Florida, ¿no? —preguntó ella.

—Sí, es cálido.

—Yo también estaré allí dentro de dos semanas. Mi padre vendrá aquí desde Oregon para llevarme en coche.

—Un largo viaje.

—A mi padre le encanta conducir.

«Bueno, así es, así es —pensó Grein. Cuando empiezas por la A, tienes que llegar hasta la Z. Si te lo permites a ti mismo, también hay que permitirselo a los hijos. Si se transgrede una ley del Shulján Aruj, el código entero se queda en nada». Se disculpó y volvió a la cocina con Lea.

—¿Ésta va a ser tu nuera? —le preguntó.

—Sí, y también la tuya. —Lea continuó llenando de agua una cazuela.

—¿Cuándo quiere casarse?

—Ya mismo. Están deseosos de vivir por su cuenta.

—Bien, y tú vas a ser su madre política.

Lea tiró el agua de la cazuela.

—Espero que no me estés culpando a mí.

—No culpo a nadie.

—¿Por qué has venido?

Él no contestó y Lea comenzó a llenar de nuevo la cazuela. Grein volvió al salón, recogió el paquete de cartas y se lo llevó a su estudio. Aunque aquella todavía era su casa, en parte ya no lo era. Al mirar el empapelado de las paredes, encontró arrugas y manchas que ya había olvidado. El teléfono permanecía extrañamente silencioso. A Grein se le antojó que se resistía a sonar con todas sus fuerzas. Se le ocurrió la insensata idea de que la luz eléctrica se había quedado congelada, las paredes petrificadas. Tan sólo el vapor del radiador seguía bisbiseando con su habitual y monótono susurro. Grein comenzó a leer las cartas frunciendo el entrecejo. Lea entró al cabo de un instante.

—Hertz, te lo advertí por teléfono.

—No temas, estoy en un hotel.

—Hertz, deja esa carta —le ordenó Lea.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

Lea cerró la puerta lentamente, no sin antes asomarse al pasillo para comprobar que no había nadie escuchando.

—Hertz, no tienes buen aspecto. No pienses que quiero moralizar; ya hace tiempo que he renunciado a ti. Perdóname la comparación, pero te tengo por un perro callejero que sale corriendo detrás de todas las perras. A un perro se le mantiene sujeto con una correa, pero tú eres libre. ¿Qué te parece esa muchacha gentil?

—¿Qué quieres que diga? Mejor me callo.

—Cierto, ¿qué vas a decir tú? No eres mejor, eres incluso mil veces peor. Jack me habló de ella un día y a la mañana siguiente la trajo a casa. Su padre se dedica a la fontanería y se gana bien la vida. Ella quiere ser actriz.

—¿Precisamente actriz? Bueno, que haya una actriz más.

—¿No te molesta nada?

—¿Qué derecho tengo yo a sentirme molesto?

—Desde luego, en eso llevas razón. No tienes ningún derecho. Cuando nos casamos queríamos ir a Palestina. Allí nuestros hijos seguirían siendo judíos.

—¿En qué habría consistido su judaísmo? Además, la realidad es ésta: todo está perdido.

—Para ti todo está siempre perdido. Pero podrías intentar hablar con él.

—¿Qué voy a decirle? ¿Que en el gehena padecerá el suplicio del lecho de clavos? Él no es más judío que ella.

—También Anita se va de casa. Pronto me quedaré sola en el piso.

—Puedes alquilar un apartamento más pequeño.

—¿Qué voy a hacer yo sola?

—¿Qué quieres? ¿Casarte con alguien?

Lea esbozó una mueca, como si percibiera un regusto ácido.

—¿Qué dices? ¡Puff! No me vengas con ésas. Una vez es suficiente. Una vez ha sido incluso demasiado. Sólo me gustaría saber por qué lo has hecho. No tenías necesidad de abandonar tu casa.

—Fuiste tú la que me echaste.

—Te eché porque me habías dejado expuesta a la vergüenza y a la burla. Todo el mundo sabe que te has ido y con quién has huido. Hasta los vecinos murmuran acerca del tema. Antes nunca me daban ni los buenos días, mientras que ahora llaman a mi puerta y vienen a consolarme. Su marido, el yerno de Boris Makaver, ya me ha llamado tres veces.

—¿Qué quiere ése?

—No tengo ni la más remota idea. Debe de estar loco o algo así. Quería que él y yo nos viéramos. A lo mejor considera que como tú estás pecando con su mujer él debería hacer lo mismo con la tuya. A los hombres en ocasiones se les ocurren unas ideas peregrinas. Por las noches me desvelo y continuo preguntándome: «¿Qué le habré hecho?». Fui una buena esposa contigo. Estuve más entregada a ti que a mi propia vida. Todos estos años me has estado engañando. ¿Por qué has tenido que rechazarme en mi vejez, para colmo de indignidad?

—Todavía no eres tan vieja.

—Soy ya vieja, Hertz, soy vieja. Me paso el día sentada en la tienda, sintiéndome ajena a todo. Es como si me hubieses cortado la cabeza. ¡Sencillamente, no encuentro ningún motivo para seguir viviendo!

Lea rompió a llorar. Se cubrió la cara con sus manos arrugadas, sollozando y

meciendo el cuerpo como una mujer judía de los viejos tiempos. Sobre la pared, su sombra se mecía con ella. Sus últimas palabras le habían partido el corazón a Grein porque encerraban el horror de una profecía. Quiso acercarse a ella, pero no se atrevió. Permaneció sentado, pensativo, viendo claramente cómo sus pecados habían enraizado y crecido para extenderse y florecer como un brote de lepra.

Grein había previsto quedarse un par de días en Nueva York, volver a Miami y pagar la parte que le correspondía de la entrada para la casa y la parcela. Sin embargo, se demoró. El correo le había traído encargos relativos a las acciones de su fondo de inversión, así como invitaciones de antiguos clientes para que les visitara fuera de Manhattan, al norte del estado de Nueva York.

Grein consideraba su negocio, al igual que todo lo que le había sucedido a lo largo de los años de su relación con la empresa de inversiones, como una especie de milagro que se renovaba sin cesar. Todo empezó cuando sus clases en el *Talmud Torá* lo dejaron sumido en una profunda depresión; entonces era tan ignorante en asuntos financieros que no distinguía entre obligaciones y bonos, entre acciones y valores. La oportunidad surgió de repente, como si los poderes que velan por cada alma sin que se les escape detalle hubiesen decidido que había llegado la hora de que se recuperara. Un tal señor Levy, con quien había coincidido en una finca judía de veraneo, se interesó por él. El señor Levy, que había sido millonario antes del *crack* de 1929 y que había recuperado parte de su fortuna después, había buscado en vano a Grein durante semanas por todo Nueva York. Tan pobre era Grein por aquellas fechas que ni siquiera tenía teléfono. El señor Levy ya había desesperado de dar con él, cuando por casualidad se encontraron en el transbordador de Staten Island. Grein ni siquiera tenía un motivo concreto para ir allí, sencillamente disponía de un par de horas libres y había sentido ganas de disfrutar de la brisa marina, así que decidió gastarse cinco centavos y hacer un viaje de ida y vuelta. Cuando se disponía a subir al transbordador ya estaban cerrando la entrada, y aunque no tenía razón alguna para apresurarse porque al cabo de unos minutos saldría otro *ferry*, echó a correr con todo su ímpetu y fue el último en abordar la nave. Habría que ser ciego para no ver en todo ello la mano de la Divina Providencia. Cuando Grein se sentó en un banco, al lado de él se encontraba el señor Levy; un limpiabotas le abrillantaba los zapatos.

El señor Levy le tendió la mano y le dijo:

—A usted estaba yo buscando.

Cuando Levy empezó a explicarle que lo quería recomendar como agente en la empresa donde él era socio, Grein le contestó que no valía para ello, que no tenía ni idea de esas cuestiones, que carecía de facilidad para convencer a las personas y establecer contactos y que la propuesta le parecía descabellada y absurda. Sin embargo, el señor Levy no desistió en su empeño. Desde entonces, a Grein le habían sucedido otros muchos milagros. Le llamaban por teléfono y le confiaban negocios por valor de miles de dólares. Poco a poco, se formó una clientela cristiana, estadounidenses al ciento por ciento, que vivía en pequeñas ciudades y granjas en las afueras de Nueva York. Grein no tenía que esforzarse en convencer a nadie. Más bien, en cierta medida, advertía a los compradores y les indicaba todos los riesgos relacionados con la Bolsa. Les repetía las palabras de David Hume: «El hecho de que

el sol haya salido hasta ahora no prueba que mañana vaya a salir de nuevo». No había reglas fijas, ninguna garantía. Grein incluso había recopilado información acerca de empresas que parecían tan sólidas como el acero y que de repente se habían declarado en quiebra. Aún más fuerte que su deseo de hacer negocio y vender acciones, era su constante temor de llevar a las personas a equivocarse o de causarles algún daño. No obstante fue precisamente esta exagerada escrupulosidad lo que atrajo a la clientela. Así que él también prosperó, a medida que subía el valor de las acciones. Sus clientes se habían enriquecido gracias a él y empezaron a considerarlo un amigo más, a pedirle consejos e invitarlo a fiestas familiares. Hombres y mujeres con quienes no tenía ninguna proximidad espiritual le reprochaban que se mantuviera distante y hacían cuanto estaba en su mano por atraerlo a sus círculos.

Grein era consciente de que en las seis semanas escasas que había pasado en Florida, había descuidado sus negocios. A pesar de que las acciones habían subido mucho, un buen número de sus clientes le habían esperado, reacios a comprar a través de otro agente, así que decidió sacar el coche del garaje y ponerse en camino para ir a verlos. Después de semanas de sol y de palmeras resultaba agradable volver a respirar el cortante aire invernal. Le venía bien quedarse algún tiempo a solas, mientras conducía y ahondaba en sus pensamientos. Intentó hacer examen de conciencia. Había hecho desgraciada a Lea. Había dejado de lado a Ester después de once años de amor. Boris Makaver y Stanislaw Luria le estarían echando las peores maldiciones. Sin embargo, ¿era más feliz ahora? Ya estaba acostumbrado a su trabajo y no sentía ningún deseo de entrar en negocios inmobiliarios. En el sur la naturaleza era espléndida, aunque ya empezaba a cansarse de esa magnificencia subtropical y echaba de menos un poco de frío, el cielo nuboso, los árboles desnudos y los campos cubiertos de neblina. Le habían advertido de que en Miami el calor del verano se hacía insoportable. Además, temía los ambiciosos planes que Anna había trazado para él. Ya no quería ni podía convertirse en catedrático. De hecho, nunca le atrajo labrarse una carrera académica. No le interesaba la historia de la filosofía, sino las eternas preguntas que ya poco tenían que ver con la orientación de esta disciplina. La idea de subirse a una tarima y de impartir una clase ante un grupo de estudiantes le producía escalofríos.

Mientras conducía, tarareaba la melodía que los *jasidim* de la sinagoga de Kozienitz entonaban en la tercera comida del sábado. Las melodías litúrgicas acudían a su mente sin saber muy bien cómo. Se acordaba de palabras que creía olvidadas. «Ojalá existieran realmente todas aquellas cosas en las cuales creía el rabí Isaac Luria: ángeles, serafines, esferas, mundos», pensaba. Para los judíos como él, el cielo estaba lleno de sabiduría, de espiritualidad, de compasión, de pureza. Según ellos, al alma judía le correspondía el papel principal: cada precepto observado llevaba a todos los mundos el regocijo de Dios; cada pecado les perjudicaba. ¿Cómo era, en cambio, el universo de Einstein o de Eddington? Un espacio vacío, poblado de esferas formadas por átomos ciegos que corrían y se lanzaban febrilmente de un lado

para otro. A semejante universo poco podía importarle que surgiera un nuevo Hitler en cada generación. La conclusión global que se sacaba de esa ciencia moderna era que Dios tiene menos inteligencia que una pulga.

Grein tenía una cliente en Croton-on-Hudson, una solterona octogenaria que cuarenta años antes había tenido un amante, quien le había legado una casa. También tenía dinero y en los últimos tiempos, ya pasados los setenta, empezó a comprar acciones de un fondo de inversión. Resultaba raro oír a aquella anciana hablar de política, de la situación económica, de sus propios planes, observar sus cálculos sobre cuánto valdrían sus acciones al cabo de diez o incluso veinte años, como si hubiera olvidado que existe algo como la muerte. Se mantenía erguida como un palo, tenía los dientes afilados de un pez y sus ojos húmedos transmitían una frialdad animal. El presidente Roosevelt ya había muerto, pero la señora le seguía maldiciendo e injuriando, y culpándole de la carestía, de la inflación y del ascenso del comunismo. Cada vez que la veía, Grein recordaba la teoría de Swedenborg, el cual sostenía que en el otro mundo las almas necias se pasan el tiempo en luchas, peleas, borracheras y lujuria. ¿Quién podía saberlo? Quizás allí también se especulara con acciones. El carácter mundano de aquella solterona corroboraba, en un sentido perverso, la inmortalidad humana.

En una vaquería más allá de Poughkeepsie vivía el señor Koerck, un viudo holandés. Había pasado veinte años en Sumatra y durante la guerra emigró con su joven hija a Estados Unidos. El hombre estaba ansioso por vender su granja porque la zona, decía, "no ofrecía protección suficiente en caso de un ataque nuclear. Deseaba asentarse en alguna pequeña ciudad del Medio Oeste, donde a los rusos no les merecería la pena lanzar su bomba atómica. Mientras tanto, hasta que encontrara el comprador adecuado, el señor Koerck se dedicaba a fumar su pipa, a leer toda clase de revistas religiosas y a mantener acaloradas disputas con su hija porque iba a los bares con jóvenes y pasaba la noche con ellos en habitaciones de motel. El señor Koerck afirmaba a menudo que la fe judía le resultaba más próxima que la cristiana, y argumentaba que sería feliz si su hija se casara con un judío; no uno de los modernos que comían cerdo y divulgaban propaganda comunista, sino con uno de los que conservaban las leyes ancestrales. Al señor Koerck le interesaba menos hablar sobre las acciones que iba comprando con regularidad siguiendo un plan preestablecido que sobre toda clase de leyes y costumbres judías. Acribillaba a preguntas a Grein. ¿Era verdad que el Talmud mandaba engañar a los cristianos? ¿Eran los jasidim una secta aparte? ¿Se consideraba al doctor Herzl un mesías? ¿Manténían los judíos de América algún contacto con las Diez Tribus perdidas que según la tradición se encontraban en África central?

Aunque todos aquellos temas caían en el ámbito de la superchería, sin duda el señor Koerck no era estúpido ni mucho menos. Tenía la cabeza repleta de hechos y de pensamientos inconexos, del mismo modo que las ideas y los actos de Grein resultaban incongruentes. Grein también era el vivo ejemplo de la contradicción:

creyente y descreído, voluptuoso y ascético, unido a la mujer y a los hijos, enamorado de Anna, lleno de añoranza de Ester, y quién sabe qué más.

Pasó por delante de una granja o casa aislada junto al camino y pensó: «¿Qué ocurriría si tuviera que acabar mis días aquí? Nunca viajaría a ninguna parte. Estudiaría matemáticas, la única disciplina enteramente construida sobre ideas “apropiadas” (como las llamaba Spinoza) y me alimentaría únicamente de patatas y leche. Aquí me escondería, como hizo Noé en el Arca». Unos minutos más tarde sintió el impulso de parar en algún lugar y llamar a Ester...

En Lake George telefoneó a Anna. Acababa de caer una nevada, mientras que en Miami estaban a veinticinco grados. Anna no cesaba de hacerle reproches: ¿por qué tenía que patearse el estado de Nueva York visitando clientes cuando ya había decidido asentarse en Florida? Estaba retrasando todos sus planes. Por su culpa alguien podía adelantárseles y comprar la casa. Además ella se estaba aburriendo. La señora Gombiner no la dejaba en paz ni un minuto, y de tanto cotorreo ya empezaba a quedarse sorda. Anna desconfiaba de todo: ¿había hecho las paces con su mujer? ¿Había vuelto con esa Ester? Hiciera lo que hiciese, que no se burlara de ella. Grein tuvo que jurarle por lo más sagrado que para el fin de semana volvería a Miami y todo se desarrollaría según los planes previstos. Afortunadamente, la operadora interrumpió la conversación para indicar que ya habían terminado los seis minutos.

Grein tenía negocios en Lake George con una tal señora Feuergold, una cazadora de fortunas viuda y luego divorciada. Por extraño que parezca, vivía con la hija de su segundo marido, una joven que a su vez estaba criando a una niña retrasada mental, fruto de su relación con un hombre casado, un rico abogado de Nueva York. Grein conocía todos los detalles. La señora Feuergold y su hijastra le habían abierto su corazón, juntas y por separado. Las unía una mezcla de amor y odio hacia el señor Feuergold, quien se encontraba en Palm Beach enfermo de cáncer de piel.

¡Qué complicado era todo! ¡Cuánta singularidad había asignado la naturaleza a cada destino humano! La extensa Norteamérica con la que Grein tenía contacto era tan complicada como él mismo. Nunca la había llegado a entender del todo. Para él, Estados Unidos continuaba siendo el país donde la gente anda con la cabeza erguida, pero advertía que más allá de todas las diferencias individuales, se mantenía la misma eterna tragedia humana. La gente se amaba y se odiaba, se arriesgaba y se asustaba. Cada cual iba en busca de algún apoyo estable, pero fuerzas más astutas que el hombre le arrebatában esos soportes, creando una situación de crisis perpetua.

En el camino de regreso a Nueva York le sorprendió una ventisca. Grein no llevaba cadenas para las ruedas y el coche patinaba sobre la nieve. Los limpiaparabrisas no conseguían quitar los copos con suficiente rapidez y la luna se cubría enseguida de cristales de hielo. En las ventanas laterales se formaban ramificaciones de escarcha, pequeñas, retorcidas, espinosas, entrelazadas, formando una imagen de bosque virgen o selva. Aquello ya no era el estado de Nueva York, sino la estepa siberiana. Las ráfagas de viento levantaban torbellinos de nieve y

espesaban el aire con una neblina gélida. Grein sabía que era peligroso conducir en esas condiciones, pero un poder más allá de toda lógica le ordenaba que siguiera adelante. Multitud de agujas de hielo caían de las alturas y se posaban en la superficie del parabrisas, en una especie de escritura cuneiforme celestial. Los camiones encendían los faros en pleno día. El viento amontonaba la nieve, con escobas invisibles; como si se tratara del llanto de mujeres de luto, sus intensos aullidos habían ido reduciéndose a un lamento sostenido. Grein avanzaba despacio, con las manos casi rígidas a causa del frío, e invadido por una alegría y una obstinación propia de un colegial. La oscuridad en pleno día le evocaba un eclipse solar, y pensaba que todo aquello lo había vivido antes en un sueño o lo había leído en un cuento de hadas.

VI

La habitación del hotel daba a Broadway. Por la ventana se veían los teatros, las deslumbrantes y enormes carteleras, el Times Building, cuyos titulares iluminados proclamaban las noticias del día, las columnas de automóviles. Grein se hallaba en el centro mismo de la civilización. Levantó el auricular y pidió conexión con Miami. Antes de cinco minutos ya estaba charlando con Anna. Al colgar se dijo en voz alta:

—Bueno, es hora de irse a dormir.

Abrió la cama, que ya estaba lista; sólo tenía que desnudarse y meterse entre las sábanas como en un sobre, pero estaba desvelado. Tampoco tenía hambre. Abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó la Biblia. Buscó el libro de Oseas y leyó cómo Dios había mandado al profeta que se casara con una prostituta y después con otra, «Bueno, ¿es que tenía elección, si Dios se lo había ordenado? Desde luego, el profeta de barba cobriza no podía contradecir el mandato». Grein se rió. ¿De dónde habría sacado que Oseas tenía la barba roja? Levantó el auricular y pidió que le pusieran con Ester. Su corazón empezó a latir con fuerza. «¿Qué estoy haciendo? ¡Esto es una barbaridad! Además, probablemente estará durmiendo. Bueno, ¿y Anna? ¡No soy más que una bestia!».

Oyó la voz de Ester.

—¿Diga?

—¿Vive ahí Ester la Reina? —preguntó Grein.

Al otro lado de la línea se produjo un silencio incómodo.

—Hertz, ¿eres tú? —murmuró Ester, titubeando.

—Sí, soy yo, el que reina desde la India hasta Etiopía. Por ti he matado a Vashti, y ahora tú vas rondando por ahí con Hamán el malvado^[22].

—Vaya, por lo visto el calor te ha enloquecido. ¿O es que ya es Purim?

—No, Ester, todavía no.

—¿Dónde estás? Creí que nunca más volvería a oír tu voz —dijo Ester, sofocada por las lágrimas.

—Sí, ésta es mi voz. La voz es la de Hertz, pero las manos son las de Esaú^[23].

—¿Por qué te empeñas en citar la Biblia? ¿Dónde estás?

—En un hotel de Manhattan, capital de Persia, junto a Times Square.

—¿Estás solo?

—Sí, solo.

—¿Qué ha pasado? ¿Zeresh^[24] ya te ha abandonado?

—Anna está en Miami. Yo he venido aquí por un par de días.

—¡Qué bien! —Y Ester volvió a callarse.

—¿Cómo estás? —le preguntó Grein.

—Oh, estoy bien. Apenas me muevo, pero todavía respiro. Estaba a punto de acostarme y echaba un vistazo al *Telegram* cuando de pronto sonó el teléfono. Pensé que era Liuba, aunque nunca llama tan tarde.

—Si tienes sueño vete a dormir.

—¿Sueño? Ya no sé lo que es tener sueño. Si no tomo pastillas no pego ojo y cuando las tomo no me producen ningún efecto. ¿Cómo se te ha ocurrido llamarme?

—Un día fuimos amigos, ¿no?

—¿Qué más da lo que fuimos un día? Yo también fui joven y guapa y ahora soy una vieja abandonada.

—No te rebajes a ti misma.

—¿Y qué soy, si no? Hertz, has tenido que oír mi llamada.

—¿Qué clase de llamada?

—Yo te llamaba, Hertz. Yo te llamaba. Tú sabes que tengo poderes telepáticos. Cuando necesito a alguien le llamo mentalmente hasta que me oye. Aún conservo parte de mi antiguo poder. Si te contara lo que he hecho para que me llamas ahora, dirías que estoy loca perdida.

—¿Qué has hecho?

—He recitado unos salmos.

—Vaya, ¡enhorabuena!

—¡No te rías! ¡No te rías! Estoy pasando por una amarga crisis y sentí que tenía que hablar contigo. Telefoneé a tu casa, pero ahí dan siempre la misma respuesta: no está en casa. Quise escribirte a tu oficina, pero empecé más de diez cartas y no terminé ninguna. No soy escritora. Con la pluma en la mano no me sale nada. Así que sencillamente le rogué a Dios, o quien sea que esté allí en el cielo, que te ordenara llamarme.

—Bueno, pues así fue. Oí una voz divina: «Hertz, hijo de Jacob, llama a Ester, hija de Menajem Dovid. Yo, Dios...».

—Tú ríete, ríete. No estamos solos, Hertz. Estamos rodeados por toda clase de fuerzas: buenas y malas, inteligentes y estúpidas. Hertz, ¡tengo que hablar contigo!

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

VII

Grein hizo lo increíble: se montó en el coche a medianoche y se dirigió a casa de Ester. «Bueno, todo es por aburrimiento —pensaba. ¡Hasta se hacen guerras para desterrar el tedio! Sólo espero no sufrir un accidente».

Cruzó el puente de Brooklyn y fue recorriendo la línea de la costa. Los muelles estaban abarrotados de barcos. Las luces brillaban a través de la oscuridad, arrastrando una cola de neblina. Desde las chimeneas se elevaban columnas de humo. La noche planeaba sobre las grúas, las luces y los mástiles, cargada de locuras humanas. Mientras, marineros ocupados en las tareas de los barcos maldecían en todas las lenguas del orbe, añorando sus hogares diseminados por las cuatro esquinas del mundo. Todo olía a petróleo, suciedad, pescado pasado...

Grein se detuvo ante un semáforo rojo y miró a la izquierda: edificios en construcción y una enorme grúa que con su largo brazo apuntaba al cielo enrojecido. Bloques de casas en construcción que miraban hacia abajo desde los huecos de sus ventanas ciegas. A Grein le invadió la sensación de que nada llegaba a completarse. Ningún viaje alcanzaba su destino, ningún edificio conseguía acabarse, ninguna conversación llegaba a exponer lo esencial. Ni las mismas fuerzas de la creación sabían cuál sería el desenlace; también ellas se habían perdido en la encrucijada de la eternidad.

Cada vez que acertaba a dar con el camino correcto, Grein se asombraba. En la penumbra apenas distinguía entre carreteras y calles laterales. Como si estuviera ciego, enfiló por Brighton Beach y volvió a salir hasta que se encontró de pronto en la calle de Ester. Descendió del coche y respiró el aire salobre del mar. Las olas golpeaban sin descanso el muelle semipodrido, con la infatigable energía de un enemigo que no cede. Sobre el mar flotaban masas oscuras y a través de ellas los puntos de luz brillaban o parpadeaban, jugando al escondite. La Osa Mayor permanecía en el mismo punto del firmamento donde la habían dejado en un pasado ignoto. En la ventana de Ester se veía una luz tras el blanco visillo. Grein aún llevaba en el bolsillo la llave de la portería. Abrió la puerta y subió por las escaleras sin iluminar, respirando un olor grabado en su memoria y al mismo tiempo medio olvidado. Ester le estaba esperando de pie junto a la puerta abierta, como una novia aguarda a su prometido. Al principio extendió los brazos para abrazarle, pero súbitamente los retiró.

En esa casa, Grein era a la vez alguien familiar y extraño, lo que antaño le resultaba tan conocido se le antojaba ajeno, una sensación frecuente en quien ha cortado los vínculos con sus seres más próximos. Se quitó el abrigo y Ester lo colgó con esmero en el armario. Le observó atentamente, estudiándole con una mirada traviesa y conteniendo la risa, como aquellos que, siendo íntimos amigos, fingen que acaban de conocerse. Grein se percató de que Ester había cambiado. En las pocas semanas transcurridas había rejuvenecido. «¿Habrás perdido peso? ¿O será que ha

cambiado de peinado?». Había recobrado su antiguo encanto provocador y sonreía de un modo enigmático que sugería: «De una forma u otra, al final he conseguido arreglármelas sin ti. Como suele decirse, no eres el único gallo en el corral». Grein observó alguna diferencia en el piso. «¿Habrás reordenado los muebles o añadido nuevos objetos en la decoración?». Ester llevaba un vestido nuevo. Grein se sentó en un sillón y ella se acomodó delante, cruzando las piernas y estirando el dobladillo por debajo de su rodilla, con esa sempiterna coquetería femenina.

—Para haber llegado de Florida no te veo muy bronceado —comentó Ester.

—Ya sabes que no me gusta el sol.

—Sí, lo sé. —Sonrió pícaramente, dejando que sus palabras se cargaran de significado. Bien, ¿y qué se cuenta el judío traidor? —preguntó.

—Ya sabes lo que puede contar un traidor.

—Sí.

Ester sonrió de nuevo, con aire de estar inmunizada contra todos los venenos de la vida y de haber perdido la compasión incluso de sí misma. La emoción de escuchar la amarga verdad sobre su situación y de preparar para él una píldora igualmente amarga la hizo ruborizar.

La conversación prosiguió sin atenerse a un hilo concreto. Ella le formulaba preguntas acerca de Miami: ¿hacía tanto calor?, ¿de verdad se bañaba la gente en invierno?, ¿qué le apetecía, té, café o una copita de coñac? Puesto que se había convertido en un extraño tenía el deber de ofrecerle un refrigerio. Se levantó del sillón y se encaminó a la cocina a prepararlo. Al cabo de un buen rato volvió con una botella de licor y una bandeja con una tarta y unas galletas.

—Toma, esto es para ti —dijo al tiempo que lo disponía todo en la mesa de centro.

—Si no me acompañas, no beberé.

—Yo también tomaré algo.

Llenó una copa para él y otra para sí misma. La botella le temblaba en la mano y vertió unas gotas de licor sobre el mantel bordado.

—¡*Lejaim!* ¿Qué puedo desearte? ¡Desde luego nada malo! —Y brindó con Grein.

En cuanto tomó el primer sorbo, la expresión de Ester se endureció: parecía mayor y extrañamente seria, como si acabara de captar todo el horror de la situación. Bajo sus ojos aparecieron unas sombras azuladas.

—¡Tengo que hablar contigo! —espetó.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien te ha hecho una proposición?

Ester se crispó.

—Sí.

—¿Quién es?

Ester se rió.

—No es uno sólo, sino dos.

—¿Nada menos que dos?

Grein quiso soltar una carcajada, pero la risa no llegó a brotar de sus labios. Incluso notó que se ruborizaba, no de vergüenza, sino ofendido en su dignidad. Ester había destapado la eterna falsedad femenina que se oculta, junto al egoísmo desnudo y descarado, detrás de todas las palabras, los juramentos, las relaciones amorosas.

«¿Por qué me habrá pedido que venga, si hay dos pretendientes que la persiguen? —se preguntaba. ¿Para qué todas esas melodramáticas palabras, diciéndome que recita salmos y me convoca por telepatía?». Los oídos le zumbaban. Sentía el desamparo de quien comprende que se ha dejado atraer a una trampa. La Ester que se sentaba frente a él ya no era una mujer amada, sino una enemiga que le había sacado de su casa con engaño para jactarse y ridiculizarlo. La mirada de Ester estaba llena de sufrimiento y de crueldad.

—¿Qué quieres? ¿Pedirme consejo?

—Sí, un consejo.

Grein sintió náuseas y ganas de vomitar.

—Estoy demasiado cansado para ir repartiendo consejos.

Ester le miró de reojo.

—Yo creí que ya no volveríamos a encontrarnos, pero has sido tú quien me ha llamado, no yo a ti. ¿Qué te habías imaginado? ¿Que iba a quedarme sentada lamentándome, mientras tú te ibas por ahí con la hija de Boris Makaver? Sí, todavía me quieren, cariño, todavía me quieren. A ti tal vez te parezca vieja, pero para otros soy una joven esposa. Todo es relativo, ¿no es así? Para Matusalén una mujer de cien años era una chiquilla.

—¿Qué edad tienen ellos? ¿Ochenta? ¿Noventa?

—Uno tiene cincuenta y muchos y el otro sesenta y pocos. No me mires con tanta ironía. Tampoco tú eres un niño. Puesto que el amor conduce a la ruina, yo debo ser práctica. He decidido casarme, aunque empeñe la vida en ello. Te demostraré que no soy tan insignificante como pensabas.

—Nunca he pensado eso.

—Ah, pues yo creo que sí. Siempre me has considerado una persona que sólo sirve como complemento, la quinta rueda del coche. En cambio, ya ves: hay dos hombres que me pretenden. Uno es un erudito; el otro, millonario. Justamente como en el cuento jasídico.

—Entonces no hay nada que pensar: escoge al millonario.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer. El erudito es un tal doctor Alswanger, quizás hayas oído hablar de él. Acaba de llegar de Palestina. Ha publicado veinte libros y ha aparecido en los periódicos.

—No me habré fijado.

—Es viudo. Una persona interesante. Algo pesado, pero una fuente de sabiduría. ¿Cómo es posible que no hayas oído hablar de él? Se mueve en el círculo de tu Boris Makaver.

—No tengo ni idea.

—¿Por qué me miras de este modo? ¿Acaso he pecado contra ti? Tengo la conciencia muy tranquila: aquí jugamos los dos con las mismas reglas.

VIII

—Se parecen en un aspecto —prosiguió Ester. Los dos son bajos, mientras que a mí siempre me han gustado los hombres altos. De niña, cuando sujetaba en mis manos la vela trenzada que utilizaba mi padre para bendecir la salida del *shabbat*, mi madre me decía: «Manténla alta y tendrás un novio alto». Pero no ha servido de nada. Píniele era menudito. Debe de ser mi suerte, porque ahora mis dos pretendientes son bajitos. Tú eres alto, pero no has querido comprometerte. Y eso es lo que hay.

—Mejor que nada sí que es.

—Desde luego. ¿Cuánto tiempo se soporta la soledad? Lo que tenía contigo tampoco era vida. Por muy bien que nos fuera, siempre volvías a casa con Lea. En fin, ¿eres feliz por lo menos?

—¿Quién sabe?

—¿Quién, si no tú? ¿Cómo la has dejado en Florida y te has venido corriendo a Nueva York?

—Negocios.

—¿Vas a volver?

—Ella quiere instalarse allí.

—¡Ajá! ¿Y a qué te dedicarás? ¿A recoger naranjas?

—Algo haré.

—Bueno, tú eres dueño de ti mismo. Como decimos acerca de Dios en Yom Kippur: «¿Quién podrá señalarte qué liarás y cómo obrarás?»^[25]. Cuando estabas conmigo nunca te era posible marcharte de Nueva York. Durante todos esos años, siempre me prometías un viaje y a la hora de la verdad encontrabas alguna excusa. Ahora que se trata de la hija de Boris Makaver corres para acá, vuelas para allá y tu mujer te importa tanto como el gato de tu vecino. Créeme, Hertz, debería ser tu más encarnizada enemiga, pero no soy persona proclive al odio. No culpo a nadie más que a mí misma. Para ti no era más que una vaca a la que ordeñar. ¿Podría ser de otro modo? Para eso están las vacas, así está escrito en la Torá. Bien, ¿y qué más? ¿Cuándo te divorcias de tu mujer y te casas con ella?

—Ni Lea ni el marido de Anna acceden a divorciarse.

—Ya veo que nuestra Anna es una auténtica joya. Bueno, aún mejor para ti, tendrás que pasar sin el palio nupcial y la bendición del rabino. En cuanto a mí, Hertz, ya estoy harta del amor libre. Yo también quiero ser una esposa y prepararle la comida a mi marido. Basta ya de mariposeos, sobre todo cuando ya se han superado los cuarenta.

—¿Con cuál de ellos te vas a quedar? ¿Con el millonario?

—Creo que sí, aunque me siento más próxima al doctor Alswanger, que después de todo es un hombre con conocimientos. Sin embargo, ya se sabe que los conocimientos no llenan la barriga. Es viudo y tiene hijos casados en Palestina; es psicoanalista y también un hombre devoto. Además, fue un *jasid* y quién sabe qué

más. Va difundiendo por ahí unas extravagantes ideas. Quiere construir un sanatorio para gente que está sana, entre otros proyectos. Me prestó uno de sus libros; me hubiese gustado que le echaras un vistazo. Me explicó todos sus planes, aunque, para ser sincera, no alcanzo a ver su sentido. Pretende combinar en un sistema coherente a Freud, el Baal Shem Tov y Karl Marx. Con el fin de ponerlo en práctica se propone crear una especie de institución en Tel Aviv y, si allí no lo consiguiera, lo intentaría aquí. Tendrías que haberle oído hablar conmigo: me trata de igual a igual. Citaba tal cantidad de libros que empecé a marearme. Según él, todas las personas están enfermas y hay que planificar la vida de cada una de ellas...

—Pero eso es puro bolchevismo.

—Es un hombre profundamente religioso. Dijo cosas tan acertadas sobre mí que me hizo sentir escalofríos. Lleva gafas, pero te mira por encima de los cristales y llega derecho a tu alma. Habla ocho idiomas.

—Sin embargo, es pobre como una rata, ¿no?

—En efecto, eso es lo malo. La gente como él lo sabe todo, menos cómo ganarse el sustento. Yo ya no estoy para esas cosas, Hertz, no me siento con fuerzas. Bastante he luchado ya. El otro, sin embargo, resulta demasiado vulgar. No es un bruto, pero sí un hombre sencillo, un rudo hombre de negocios americano. Aun así, es todo un personaje. Si el doctor Alswanger puede considerarse robusto, el segundo está como un cerdo, y perdona la expresión, con un barrigón enorme. A su manera, también es interesante. Resulta, ¿cómo diría yo...? Original. ¡Pobre de mí! ya debería ser abuela y aquí me tienes, todavía eligiendo marido. ¿Qué le voy a hacer?: según cómo hayas hecho tu cama, así dormirás.

—Y este otro, ¿a qué se dedica? ¿Quién es? ¿Qué es?

—¿Quieres conocer su linaje? Es un judío ruso que lleva cuarenta y cinco o cincuenta años en Estados Unidos. Es uno de los nuestros, pese a estar algo americanizado. Habla en inglés, aunque cuando se le antoja suelta toda una perorata en yiddish. Es peletero y sombrerero de oficio, pero ya hace treinta y cinco años que no se dedica a ello. Si quieres comprarle a la hija de Boris Makaver un abrigo de visón por cinco mil dólares, él te lo puede conseguir. Aunque poco a poco se está retirando del negocio. También se mueve en tu campo, en Wall Street. Incluso ha comprado acciones de tu fondo de inversión. Por lo demás, posee una casa de campo y conduce un Cadillac.

—¡Vaya, vaya!

—Ya ves. ¿Por qué te has puesto tan pálido? ¿Es que debería haber unas reglas para ti y otras distintas para mí? Él no es como tú, pero ¿dónde está escrito que todos los hombres deban parecerse a ti? A cambio ha desarrollado otras virtudes. Para él una mujer es un ser humano, no un animal al que deba mantener encerrado en una jaula. Es un hombre moderno, no un carca como tú...

—¿Qué es? ¿Viudo? ¿Divorciado?

—Desde luego, no es un solterón. Es un abuelo con nietecitos. ¿Qué más da? Si

todo hubiera seguido su curso, tú y yo también estaríamos a estas alturas esperando nietos. Pero se trata de un hombre lleno de vitalidad, quizás en exceso. Camina, viaja, hace turismo. Pasa los inviernos en Florida y los veranos en Suiza o en algún otro lugar de Europa. Amasó una fortuna y ahora se dedica a gastársela. Sus hijos no están esperando la herencia; disponen de su propio patrimonio.

—¿Está divorciado?

—Sí.

—Entonces, ¿qué te retiene?

—Nada, querido, nada. Si dependiera de él ya estaríamos casados, pero yo sigo albergando mis dudas. ¿Para qué voy a engañarte? No estoy enamorada de él, aunque bien mirado, ¿de qué me sirve el amor ahora? Es un hombre comprensivo, sencillo; tal vez algo grosero. No obstante, ya he tenido refinamiento más que de sobra durante mi vida y no creo que jamás alcance los niveles de grosería de los hombres educados. Literalmente derrocha el dinero a manos llenas; no sé dónde consigue tanto. Me paso el día discutiendo con él por su manía de ir firmando cheques.

No me gustan los hombres que están sacando el talonario a cada momento. Pero así son: ganan dinero y se lo gastan en mujeres. Si te contara cómo es el tipo, te reirías.

—¿Cómo es?

—Oh, podría escribirse una novela. Es bajito y anchote, con el pelo gris como una paloma y la cara colorada, un hombrecillo la mar de sano. Se me había atascado una de las ventanas y nadie conseguía abrirla; vino él, le dio un empujón y problema resuelto. Y en cuanto a comer, jamás había visto comer así. Cuando cena en casa, me vacía la nevera. Puede llegar a zamparse de una sentada lo que tú tomarías en una semana. Aquí en Estados Unidos ya no se estila. Yo le digo: no le conviene hacer excesos (todavía nos hablamos de usted) y le hablo de calorías y todo lo demás, pero él contesta: «¡Sandeces! Si los médicos quieren ayunar, que pasen hambre ellos. Mi teoría es que no existen dos hombres iguales». Y sigue atracándose hasta tal punto que le miro y no doy crédito a mis ojos. Pese a su escasa estatura pesa ¡ciento quince o ciento veinte kilos! Por si fuera poco, se ha buscado un factótum que también es un caso.

—¿Qué es un factótum?

—No sé cómo explicártelo. Es una especie de mayordomo que le atiende en todo y al mismo tiempo le cuida el negocio. Cubre muchos campos: es amigo, chico de los recados, chófer. Se tratan de tú. El factótum le dice: «Móishele, ¡no seas cochino!», y le arrebató el plato de carne en mitad de la comida. Se conocen desde la infancia. El otro es un solterón que nunca pensó en casarse. Yo creo que es afeminado, porque tiene la cara demasiado lisa y un abundante pelo que le crece desde la frente. Aquí en Estados Unidos ya fue hombre de negocios y no sé cuántas cosas más. También toca el violín y se sabe todas las óperas de memoria. Viven juntos.

—No, si al final tendrás dos maridos en vez de uno.

—Pero el otro desde luego es afeminado. Me ha dicho abiertamente que no le interesan las mujeres y que nunca ha estado con ninguna. Por otra parte, ya no es ningún muchacho; aunque parece joven hace mucho que cumplió los sesenta años. Se lo dije a Morris (así se llama, Morris Plotkin) con franqueza. No quiero a ese criado suyo en mi casa, tendrá que buscarle un apartamento. Claro que si tan bien lleva el negocio, que se quede con él. No conseguiría una persona tan leal y entregada ni pagando quinientos dólares por semana, y éste no le pide más que la comida y el alojamiento. Ya te digo, un verdadero esclavo. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos no creería que pudiera existir algo así. Todos nos aferramos a alguien y éste (se llama Sam) se ha agarrado a Plotkin como una tenia. Es un parásito, ni más ni menos. Pero ¿qué más me da? De paso, también me atiende a mí. Si tengo que desplazarme a algún sitio trae el coche y me lleva, como si fuera mi chófer. Los vecinos creen que me he hecho millonaria. Te lo aseguro, es realmente cómico.

—Bueno, entonces te hice un favor al marcharme.

—¿Cómo dices? Sí, no me causaste ningún mal. Nuestra relación estaba en un callejón sin salida. El amor es como todo en esta vida: o se avanza o se retrocede. Bueno, ¿y tú qué te cuentas? Espero que seas tan sincero conmigo como yo lo he sido contigo.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Pregunta y te contestaré.

Ester sacó una cerilla y encendió un cigarrillo.

—¿La quieres, por lo menos?

—¿A Anna? Sí.

—Bien, como debe ser. Yo nunca te hice ningún daño, pero tú hubieses querido que yo me quedara aquí sola y muriéndome de añoranza por ti. Te conozco, Hertz, te conozco mejor que cualquier otra mujer. En los once años que llevamos juntos he tenido tiempo de sobra para estudiarte y, poco a poco, he llegado a saberlo todo acerca de ti. Tú no quieres sólo el cuerpo de la mujer, sino también su alma, su fuerza vital y hasta la última gota de su sangre. Quieres exprimirla como si se tratara de un limón, y cuando terminas con ella te niegas a dejarla en paz. Tienes al lado un cubo en el que echas lo que ya has exprimido y de vez en cuando les das un apretón por si queda alguna gota de zumo. Voy a serte completamente franca. No creas que no te echo de menos. Te añoro, te añoro día y noche, tanto que casi me vuelvo loca. Sin embargo he decidido no ser una esclava y no lo seré. Y otra cosa: yo también tengo poder, soy consciente de ello. Tú me añoras a mí igualmente, y seguirás añorándome mientras vivas.

—Hablas como una echadora de cartas.

—Es la verdad, enemigo mío. Es la verdad pura y dura.

Y en el rostro de Ester se dibujó una sonrisa como Grein no había conocido hasta entonces: torcida, inflexible, codiciosa, sabedora de la vanidad de todas las cosas.

Parecía joven, pero en las comisuras de los párpados y los labios se reflejaba una expresión indefinible: una sabiduría de vieja, un desengaño lúcido, la tristeza de quien habiendo luchado toda su vida decide finalmente rendirse. Miraba a Grein de soslayo, examinándole como si ya no le conociera e intentara averiguar cómo funcionaba su mente. Expulsó el humo de su cigarrillo, formando anillos que flotaron alrededor de su frente. De pronto reaccionó:

—¿Qué hora es? A veces tengo la sensación de que realmente ha llegado el final.

IX

Las llamadas telefónicas iban y venían, desde Nueva York a Miami y desde Miami al hotel de Nueva York donde se hospedaba Grein. Éste había reconsiderado su decisión sobre la casa que él y Anna iban a comprar en Florida, y explicaba que no le atraía enterrarse en Miami; que no le apetecía dedicarse a la hostelería y que le resultaba imposible dejar su negocio en Nueva York. Anna lloró al teléfono. Ya se había hecho a la idea de quedarse en Florida y Grein destrozaba de un plumazo todos sus planes. La señora Gombiner tomó cartas en el asunto, sermoneando a Grein por teléfono con palabras rudas y cortantes. Sin embargo, él no cedió. Quería que Anna regresara a Nueva York y le prometió que le tendría un apartamento preparado a su llegada. Anna, abrumada por las sospechas, le mandaba largas cartas por correo aéreo urgente en las que le acusaba de querer volver con Lea o incluso con Ester, aunque Grein lo negaba todo. A consecuencia de toda esta agitación a Anna se le había retrasado la regla. ¿O tal vez estaba encinta?

Tras muchas conversaciones y cartas, Anna accedió a regresar a Nueva York. Dio por perdidos los quinientos dólares que había entregado como adelanto de la casa, así como las facturas que había pagado para que los expertos certificaran que no tenía termitas y por los consejos profesionales acerca de las reformas necesarias si finalmente convertían la casa en un hotel. Además, Anna se había peleado con la señora Gombiner, y en su última misiva le daba la razón a Grein. La señora Gombiner la había insultado como una verdulera porque alguien insinuó que la casa sí tenía termitas y que los propietarios deseaban deshacerse de la finca precisamente por este motivo. Para colmo de males, la canícula estival había llegado ya a Miami.

El avión de Anna salió a mediodía y debía llegar al aeropuerto de Nueva York a las seis y pico de la tarde. Grein fue a esperarla, pero se produjo un retraso debido a una intensa lluvia. Un huracán procedente de algún lugar de América Central y que debía haber amainado en el Atlántico estaba dando los últimos coletazos en la Costa Este de Estados Unidos. Hubo relámpagos y truenos en pleno invierno. Muchos aviones con destino a Nueva York fueron desviados a ciudades lejanas. En la sala de embarque se agolpaban los pasajeros que habían reservado plaza, atentos a la información del tiempo, charlando distraídos como quien ya debería encontrarse en otro lugar. Algunos estaban un poco bebidos.

Grein se sentó en un banco decidido a leer el periódico de la tarde bajo las deslumbrantes luces, pero en su cabeza sólo había confusión. Lea estaba en cama con gripe, Jack se preparaba para casarse con la muchacha no judía de Oregon y él había reiniciado una extraña relación con Ester, una especie de apéndice o de epílogo a su anterior aventura amorosa. Ella lo resumía así: que, mientras no estuviera casada con el señor Plotkin, podía hacer lo que le apeteciera, y por lo visto Plotkin consentía esta situación. Era tan moderno y tolerante que incluso quería conocer a Grein. Ester se mostró vacilante; al principio cínica y después trágica. Comparó las circunstancias de

su relación con esas almas que se quedan suspendidas entre el cielo y la tierra, entre la vida y la muerte, en el mundo del Caos o en el mundo de la ilusión.

«¡Dios del cielo!», pensaba Grein. Había traicionado a todo y a todos. Se había enmarañado en una red de mentiras tan intrincada que incluso le asombraba a él mismo. Ester empezó a beber más de lo aconsejable. Cada vez que había ido a visitarla olía a whisky. Y también fumaba en exceso. Tan pronto hablaba de una luna de miel en Europa con Plotkin como afirmaba que su fin estaba próximo. En un momento dado llamaba a Grein asesino y bandido, le acusaba de haberla destrozado espiritual y físicamente, y un instante después lo colmaba de caricias. En cuanto Grein entraba en la habitación de su hotel sonaba el teléfono. Ester, que siempre había sido locuaz, ahora hablaba por los codos. Le bombardeaba con preguntas, exigiendo que le contara hasta el último detalle acerca de Anna.

Le pedía consejo constantemente y cambiaba de estado de ánimo en cuestión de un minuto: ¿sería en realidad el doctor Alswanger mejor elección que Morris Plotkin? ¿Conseguiría ella soportar sus groseros modales? ¿Quizá debería mandar a paseo a ambos pretendientes y retirarse de manera definitiva de los deseos mundanos?

Ester nunca había descartado por completo la idea del suicidio. ¿Qué había que temer? Con una soga o con el gas abierto a tope podía poner fin a todas las complicaciones. Sus resacas estaban igualmente llenas de pasión. Sólo deseaba estar con Grein, compartir con él los últimos placeres terrenales antes de que llegara lo que llamaba su «caída al abismo». Salpicaba su parloteo con palabras del hebreo tradicional, citando versículos bíblicos o dichos de los jasidim que conocía de la casa de sus padres. También se mostraba más devota, aunque de forma perversa. ¿Estaría pecando? ¿En qué consistía su pecado? Ella no era una mujer casada. ¿Es que debía ser más santa que la reina Ester en la Biblia? Al fin y al cabo, Asuero era un gentil. Según la Guemará, Ester era en realidad la esposa de Mardoqueo^[26]. «Por otra parte, ¿qué hay de Yael, la mujer de Jéber el Cineo? ¿Y de Abisag la Sunamita?»^[27]. Ester era una mujer culta y conocía las interpretaciones de la Guemará.

A Grein le había asaltado la siniestra sospecha de que Ester estaba perdiendo el juicio. Tan pronto reía como lloraba, le compraba regalos que él nunca en la vida utilizaría, soltaba incoherencias. Grein le había dado a entender que debería consultar a un médico.

—Querrás decir un psiquiatra, ¿no? —fue su respuesta inmediata. Demasiado tarde, querido, demasiado tarde. O bien no lo necesito, o no servirá para nada. Ya estoy demasiado perdida. Para las personas como yo no existe remedio posible. —Y Ester soltó una carcajada que pronto se tornó en sollozos.

En medio de toda esta confusión, Grein había preparado una sorpresa para Anna: había alquilado un apartamento a los Brodsky, un matrimonio mayor que se marchaba por un año a Europa.

Finalmente, oyó el anuncio de la llegada del avión de Miami y se apresuró a ir al encuentro de la viajera. Aunque la lluvia había amainado, la pista del aeropuerto

estaba mojada y el paisaje se reflejaba en ella como en un espejo negro. El aire era gélido, de una frialdad cortante. Anna, vestida con traje negro y una blusa blanca que resaltaba su bronceado, apareció con aspecto cansado, elegante, asustada y también orgullosa de haber superado el peligroso viaje. Se besaron y Grein pensó que todavía la envolvía una fragancia de flores y plantas tropicales.

Otros aviones aguardaban en la pista de despegue con las alas extendidas, largos e iluminados, dispuestos a elevarse en la densa niebla de la noche y, cual pájaros gigantescos, sobrevolar mares y continentes. Las ventanillas iluminadas transmitían la ostentación, la desmesura y también el empeño de los seres humanos en tomar el destino en sus manos, sin confiar en los espíritus, benignos o malignos, que les acechaban en algún lugar más allá de las nubes o en las profundidades de la Tierra.

En el coche, Anna aludió a temas prácticos: ¿qué sentido tenía dejar las cosas a medias? ¿Por qué había cambiado de opinión en cuanto a Florida? ¿Y por qué no quería decirle adonde la llevaba? ¿Qué nuevos planes tenía en mente? Las pocas semanas que había pasado sola en Miami habían sido una pesadilla. La señora Gombiner se había comportado de forma insensible y brutal. Morris, que sentía pánico de su esposa, le había entregado a escondidas un regalo para su viejo amigo: una corbata. Anna se abrazó a Grein y le besó, suspirando como si padeciera un dolor inefable. Encendió un cigarrillo y la llama de la cerilla iluminó fugazmente su rostro.

—¡Oh, no te imaginas el infierno que he pasado! Ya empezaba a dudar de todo. Me imaginaba que no me querías a tu lado.

—Te he echado de menos noche y día —contestó Grein.

Y en el fondo de su corazón sabía que no mentía. Su actitud para con Ester no tenía nada que ver con Anna ni con los sentimientos que le inspiraba. Tal vez un comportamiento como el suyo no encajaba en ninguna teoría. Pero ¿dónde está escrito que todo tenga que encajar? ¿Acaso los demás hechos de la naturaleza se corresponden con las teorías humanas?

El coche seguía por la Quinta Avenida en dirección al centro hasta que se detuvo frente a un edificio en la esquina norte de Washington Square. Anna se sorprendió, pero guardó silencio. «Este hombre está loco; ha despilfarrado su último par de dólares», pensó. Grein la condujo a la novena planta, abrió la puerta y encendió las luces para revelar una pequeña vivienda de dos habitaciones y una cocina. Anna estuvo a punto de soltar un grito de alegría.

—Esto no es un apartamento —dijo. ¡Es un sueño!

La decoración era de la mejor calidad y se había elegido con un gusto exquisito: los muebles, las alfombras, el empapelado, la ropa de cama. Los propietarios habían zarpado en el *Queen Elizabeth* tan sólo un día antes. La señora Brodsky había dejado para la pareja un ramo de rosas y una botella de champán, con una nota para Anna en la que le daba instrucciones acerca del funcionamiento de la casa y le transmitía sus mejores deseos. La nevera estaba repleta: leche, mantequilla, queso, sardinas, caviar; y la despensa, abastecida con té, café, cacao y toda clase de cereales y mermeladas.

En el botiquín del cuarto de baño había jabones y productos cosméticos. Era como una buena herencia, sólo que Grein estaba pagando por ella doscientos cincuenta dólares al mes.

Era extraordinario contemplar desde la ventana la Quinta Avenida, la calle que simbolizaba la civilización humana. A la derecha se veía el parque de Washington Square y a la izquierda un largo patio. Sobre el asfalto mojado se reflejaban, como en un río, las ventanas, las farolas y las luces de los automóviles, cuyos neumáticos susurraban y chirriaban al pasar. Un cielo rojizo se extendía por encima de los tejados. Anna subió la hoja inferior de la ventana, apoyó las manos en el alféizar y se asomó. «En el peor de los casos, siempre puedo tirarme desde aquí. —Se le ocurrió al mirar hacia abajo. Nunca es demasiado tarde». Retrocedió enseguida y cerró la ventana.

Se puso a examinar el mobiliario, abrió el ropero, los cajones de la cómoda, los de la mesa escritorio. Todo estaba vacío y listo para ser utilizado. Entró en la cocina y preparó café. Aunque ya se había hecho a la idea de que iba a empezar una nueva vida en Florida, al parecer los poderes que gobiernan al hombre habían señalado otro destino. Por su mente pasó la idea de que se encontraba tan sólo a algunas decenas de manzanas de Stanislaw Luria y también de Lea.

Anna se sentía cansada, pero Grein quería salir a comprar el periódico de la mañana siguiente, así que fue por la Quinta Avenida en dirección al norte. ¿Qué debería hacer? No había avisado a Ester de que abandonaba el hotel ni le había comentado una sola palabra sobre el apartamento de la Quinta Avenida. Sabía que Ester había telefoneado al hotel y seguramente pensaría que había huido de ella sin despedirse. Pero ¿qué iba a hacer? No podía contarle que Anna estaba de vuelta en Nueva York y que había alquilado un piso para vivir con ella. Había llegado el momento de poner fin a esa tragicomedia de una vez por todas.

Empezaba a llover de nuevo, una llovizna oblicua y punzante que se le clavaba en la cara como si de agujas se tratara. La calle estaba vacía. Grein avanzaba a grandes zancadas, empujado por el viento. «Bueno, ¡a ver si se casa de una vez con ese Morris Plotkin y termina esta situación!». La carga se le estaba haciendo cada vez más pesada. Se detuvo en mitad de la acera, inclinando la cabeza, como si materialmente llevara puesto encima un yugo. Respiró profundamente el aire de la noche. ¿Debería llamar a Lea? ¿Y a Ester? Temía tanto el sometimiento de Lea como las resacas de Ester, que era capaz de pronunciar palabras estremecedoras, de soltar barbaridades que nunca deberían salir de su boca. Su franqueza causaba pavor; le atraía como una adicción y al mismo tiempo le repelía y le avergonzaba. Al llegar a la calle Treinta y cuatro, desde la cabina de teléfono de un bar llamó a Ester.

Ella enseguida reconoció su voz.

—¿Así que sigues vivo? —le dijo. Y yo que estaba a punto de pagar a alguien para que dijera un kaddish por ti. ¿Dónde te habías metido? ¿Por qué dejaste el hotel sin más?

—Te lo contaré todo.

—¿Cuándo? Para mí ya pasó todo. Te está hablando un cadáver, un cadáver que habla desde su tumba.

—Ester, ¡ya está bien de tanto teatro!

—Es la verdad, asesino mío. Estoy muerta y ya me han enterrado. ¡Soy un cadáver con un teléfono! —Ester se echó a reír, pero se interrumpió bruscamente y agregó—: Estés donde estés, ven aquí inmediatamente.

X

—No, ahora es imposible —contestó Grein.

—¿Por qué?, si me permites la pregunta —replicó Ester tras una pausa.

—No puedo. Es tarde y Anna está en la ciudad.

—¡Ah! Así que es eso. Ahora lo comprendo todo. ¿No se suponía que estaba en Florida?

—Pues ha vuelto.

—¡Enhorabuena! Espero recibir en el futuro mejores noticias. Escúchame bien: te dije que vinieras porque quería despedirme de ti. Es nuestra última noche y tu última oportunidad. Mañana todo habrá terminado. Pero si la hija de Boris Makaver es tan importante para ti, quédate con esa alhaja. ¡Adiós para siempre! ¡Si volvemos a vernos, no será en este mundo! Aunque tal vez en el infierno nos fríen en la misma sartén.

—Espera, un momento.

—¿Para qué? Ya he esperado bastante. Los once años que han pasado desde que te conozco han sido una larga espera. Quizá por eso estoy enferma. Pero todo tiene un límite, querido mío, incluso el amor. Si ni siquiera tienes la entereza suficiente para venir a verme, te escupiré en la cara y te arrancaré de raíz de mi corazón. Ni siquiera mencionaré tu abominable nombre en lo que me queda de vida. Un minuto después de que todo termine, me serás más extraño que cualquier desconocido. Todo mi amor se convertirá en un nudo de odio y de veneno.

—De verdad, Ester, estás diciendo tonterías.

—¡No son tonterías! Lo que hubo entre nosotros fue una enfermedad y ahora ha llegado la crisis. Desde la cima de la montaña más alta hasta el fondo del más profundo precipicio no hay más que un paso. Mañana llamaré a Morris Plotkin y prepararemos nuestra boda. No le quiero, pero llegaré a amarle sólo por fastidiarte. Le daré lo mejor de mí misma. Haré por él lo que ninguna mujer ha hecho por un hombre. En cuanto a ti, no vayas a creer que te dejaré en paz. Te voy a tener sujeto por una cuerda y no te dejaré libre hasta el último día de tu vida. Me echarás tanto de menos que desearás la muerte.

—Tonta, ya te estoy echando de menos.

—Me echas de menos a mí, pero sales corriendo hacia ella. ¿Qué clase de hombre eres? ¿Es que te ha hechizado, o qué?

—No hay ningún hechizo.

—¿Y por qué te aferras a ella?

—Ester, no puedo seguir hablándote. Tengo que introducir otra moneda y no me queda ninguna.

—¿Dónde estás? Dame el número y te llamaré yo.

Grein le dio el número. De pie en la cabina del teléfono, miró hacia el bar. Sentados en los taburetes altos había dos hombres bebiendo y una mujer. Uno de los

borrachos sujetaba un vaso mientras se mecía y dormitaba. El otro hombre, con movimientos lentos que parecían formar parte de un sueño, intentó inclinarse hacia la mujer. Tanto se balanceaba sobre el taburete que parecía a punto de caerse en cualquier momento. Su largo cuerpo se estiraba como si fuera de goma. Extendió un flácido brazo, pero no consiguió alcanzar a la mujer. Ella era bajita y rechoncha, con una corta melena rizada. En su ancha cara, de nariz chata y labios gruesos, se advertía desenfreno, buen humor y también cólera, la irracionalidad de la embriaguez que sin previo aviso pasa de las caricias a los gritos, de los besos a los puñetazos. Su cutis cerúleo estaba picado de viruelas y una ebria frivolidad fluía de cada una de sus cicatrices.

«¿Qué debo hacer? ¿Qué voy a decirle cuando me llame? —pensaba Grein. Tengo que verla aunque sólo sea una vez más. Pero ¿por qué no suena el teléfono? Puede que no haya anotado bien el número. Ésta sí que es una pasión, una verdadera pasión».

El teléfono sonó y Grein se apresuró a levantar el auricular. Pareció quedarse sin aliento:

—¿Ester?

—Sí, soy yo. Escúchame. He estado pensando un poco. No quiero darte ningún ultimátum. Si no puedes venir, no vengas. Sólo quiero que sepas que lo nuestro ha sido un gran amor. —Ester cambió el tono de voz. Y que tú has hecho todo lo posible para aniquilarlo. Pues bien, gracias a Dios, ya está agonizando. Que te vaya bien, Hertz, y perdóname. Sólo te pido un favor, y júrame que me lo concederás: no me llames nunca más. Después de enterrar al muerto y cubrir su tumba, hay que dejarlo en paz. Mañana yo seré una Ester nueva. Por la Ester de ahora ya puedes decir *kaddish*.

«¿Cómo es posible que toda esta palabrería me atraiga tanto?», se preguntaba Grein, aunque en voz alta dijo:

—Espera, Ester, iré.

—¿Cuándo piensas venir, si ya está amaneciendo en Pinczów?

—Tomaré un taxi, pero antes tengo que hacer una llamada.

—¿A quién? Bueno, date prisa. Para mí esta noche es como la de Hoshaná Rabbá, una noche de vigilia. Los cielos se abrirán y yo formularé un deseo. Rogaré a Dios que te borre de mi sangre.

—Basta, Ester. Espérame.

—Ven rápido. No puedo estar sin ti.

Grein abrió la puerta de la cabina telefónica y se secó el sudor de la frente. Necesitaba cambiar un dólar en monedas, pero el camarero, que permanecía apoyado en la barra y adormilado, mientras las luces de la noche se reflejaban en su calva, no parecía muy dispuesto a conceder favores.

«Está bien, me tomaré una copa».

Grein se acercó a la barra y pidió un coñac. Los borrachos lo miraron de soslayo.

Sin palabras parecían decirle: «No estás engañando a nadie, tu pecado no es la bebida». El camarero se movió desperezándose, transmitiendo con su actitud que aquella miseria no compensaba tantas molestias. Grein vació la copa de un trago, bebió un sorbo de soda, recogió el cambio y enseguida volvió a la cabina para llamar a Anna.

—¡Diga! —contestó de inmediato.

—Querida, soy yo.

—¿Qué ha pasado?

—Anna, Lea está enferma.

—¿Dónde estás?

—Con ella, en su casa. Se trata de una gripe, pero me temo que han surgido complicaciones. Puede derivar en pulmonía. Tengo que traer un médico.

Anna permaneció en silencio durante algún tiempo.

—¿Dónde están tus hijos?

—Ninguno está en casa.

—¿Quién te ha abierto la puerta?

—Ella misma se levantó de la cama.

—¿Estás seguro de que dices la verdad? —preguntó Anna después de cierta vacilación.

—Tú sabes mi número de teléfono. Si no me crees, cuelga y vuelve a llamarme.

El mismo Grein se asombró de su osadía. ¿Qué pasaría si Anna decidía hacerle caso? En un instante descubriría el engaño. Sin embargo, tenía que correr el riesgo. Con el ánimo de quien se atreve con una apuesta, pensó que en ese instante estaba jugándose el todo por el todo. Anna parecía sopesar el alcance de sus palabras.

—Bueno, si realmente está tan enferma, qué se le va a hacer. Es una lástima, llevo cinco semanas esperando esta noche.

—Querida mía, tenemos muchos años por delante para recuperar el tiempo perdido.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé exactamente, pero seguro que será tarde.

—¿Qué es lo que le pasa? ¿Tiene mucha fiebre?

—Sí. La verdad es que tiene muy mal aspecto.

—Está bien, ayúdala. No le deseo ningún mal.

—Anda, ve a acostarte. ¡Te quiero!

Grein colgó el auricular, abrió la puerta de la cabina y ya estaba a punto de salir cuando volvió a cerrar y llamó a su casa. Acababa de ocurrírsele que sus palabras no eran totalmente falsas. Lea sí estaba con gripe. Y aún había otro detalle cierto: no había nadie más en la casa. El teléfono estaba sonando, pero no contestaban. Lo que unos minutos antes era una excusa inventada, de repente se le antojaba bastante real. Grein sostuvo el auricular junto a la oreja, mientras rebuscaba con la mano libre en el bolsillo trasero del pantalón. «¿Quién sabe? Puede que Lea esté gravemente enferma.

Las palabras tienen a veces un poder mágico. Quizá, Dios no lo quiera, esté muerta. ¿Habría habido alguna vez en este mundo un enredo similar? —se preguntó. ¿O será la primera vez en la historia del cosmos que se produce una situación como ésta? ¿Cuál es la probabilidad de que un caso así se repita? Si el número de átomos es limitado, alguna vez tendrá que repetirse. De hecho no sólo una vez, sino trillones de veces, en cada ocasión con variaciones insignificantes. Ésta es la idea que acabó volviendo loco al pobre Nietzsche».

Grein aguardaba en la cabina sin dejar de observar el bar. Los tres borrachos seguían sentados. Parecían muñecos bajo la cruda luz de la lámpara. No hablaban ni callaban, más bien balbucían como si fueran niños que estuvieran aprendiendo a hablar. Las manecillas del reloj de pared marcaban las doce y cuarto; el camarero bostezaba en la barra.

Nadie atendió la llamada. Lea debía de estar dormida, o sencillamente no quería levantarse de la cama. Grein salió a la calle y se detuvo a buscar un taxi, aunque dada la hora no albergaba muchas esperanzas de que le llevara tan lejos. La estación de metro estaba allí cerca y Grein bajó las escaleras. «Si Anna llama a mi casa, estoy perdido», se dijo. Contuvo los deseos de echar a correr y anduvo despacio. Esperó diez minutos al expreso de Brighton. Por lo visto ya no pasaba, así que se subió a un tren local. «¿Qué ocurriría, por ejemplo, si tuviera que explicarlo todo ante un tribunal? ¿Cómo justificaría mi conducta? He dejado abandonada a Ester y ahora acudo corriendo a su lado. Me tiene harto con sus habladurías y sus arranques histéricos, pero apenas si logro esperar la hora de reunirme con ella. Soy consciente de estar actuando irracionalmente, pero formo parte de la naturaleza y mis actos tienen que estar en sintonía con el cosmos entero. Si no podemos afirmar que una mosca está cometiendo un error, ¿por qué decimos que las personas cometen errores? Spinoza tenía razón: en el Universo no hay lugar para errores. ¿Entonces por qué le dio tantas vueltas al tema del control de las emociones? Por lo visto, los que más se acercan a la verdad son los fatalistas radicales, los que juegan a la ruleta rusa».

En Brighton, Grein encontró un taxi que le llevó hasta el domicilio de Ester. Mientras subía las escaleras se percató de la intensidad de su deseo. Apenas podía esperar a que Ester le abriera, y cuando por fin le franqueó la entrada se arrojaron el uno en brazos del otro. Se quedaron un buen rato en el umbral, abrazándose y besándose como dos enamorados que hubiesen permanecido separados mucho tiempo y fueran incapaces de contenerse. Después entraron abrazados, Ester caminaba hacia atrás y él la empujaba, como a veces hacen los niños en sus juegos. Así entraron en el dormitorio.

La cara de Ester irradiaba triunfo.

—¡Mi héroe!

—Me has hechizado.

—¿Por qué no? En el amor y en la guerra todo está permitido. Hice una figura de cera con tu imagen y le clavé siete agujas. Mientras las agujas sigan en su sitio, tu

corazón estará en mis manos y arderá y se derretirá como la cera. *Hocus-pocus, abracadabra, barrabás-satanás, kokodover, maljei tsédek.*

—¿Dónde has aprendido todo eso?

—¿No lo sabes, tonto? Soy una vieja bruja. Puedo andar sobre un aro sin caerme y volar montada en una escoba. Lucifer y yo somos uña y carne.

—No me extrañaría que fuera verdad.

—Lo es, tonto, lo es. Las brujas existen. Yo agarro un alma y la ato con mis ligas. ¿Qué ha dicho la hija de Boris Makaver? ¿Adónde le dijiste que ibas en plena noche? ¿Al palacio de la reina de Saba?

—Le dije que Lea estaba enferma.

—¿Y se lo ha creído, la muy estúpida?

—Es verdad que Lea está enferma.

—¿Qué le pasa? Bueno, culpa mía no es. Nunca he tenido nada contra Lea, al contrario. En cambio, a la hija de Boris Makaver la odio por pretender arrebatarme a mi hombre sin ningún derecho. Pues no se saldrá con la suya, le va a salir el tiro por la culata. Ya estás temblando como una mariposa atrapada con un alfiler. ¿Qué pasará después?

—Después todo habrá terminado.

—Eso es lo que tú crees. Si yo quiero que termine, terminará; pero si a mí se me antoja, seguiré jugueteando contigo.

—¿Y qué dirá Morris Plotkin?

—Lo aceptará o se lo tragará. Tendrá que alumbrarnos con un candil. Ya que todo es falso y malvado, permíteme que yo también sea un diablo entre los diablos. Tomemos una copa. ¡Esta noche es el aniversario de Satanás!

—Ya he tomado una copa de coñac esta noche.

—Pues beberás alguna más. Después, mi querido santo, estaré a tu disposición.

XI

Grein se había quedado dormido y Ester le despertó bromeando.

—Hertz, ¡despierta, es la hora del estudio y la oración de medianoche! ¡Los cielos se han abierto! ¡Ha caído un cometa y el mundo arde!

Grein abrió los ojos.

—¿Qué hora es?

—¡Tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Ya todo ha pasado! Hertz, se me ocurre una idea.

—¿Qué idea?

—Vamos a levantarnos; huyamos ahora mismo.

—¿Qué hora es? —preguntó Grein de nuevo.

—Hertz, lo digo en serio. No podemos vivir el uno sin el otro. Nos estamos engañando en balde. Nos estamos matando de rencor. ¡No lo aguanto más!

—Pero te vas a casar con Morris Plotkin.

—Te quiero a ti, no a Morris Plotkin.

Grein permaneció un buen rato en silencio, temblando como si le hubieran arrancado del más profundo sueño.

—Ester, no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—La he separado de su marido.

—No seas bobo. Su marido la acogerá de nuevo. Será lo mejor para ellos dos. Vente conmigo, subamos al primer tren que salga de la estación. Viajaremos hasta el final del trayecto, alquilaremos una habitación y allí nos acurrucaremos como dos animales salvajes en su guarida.

—Ester, no puedo hacerlo.

—¿Es tu última palabra?

—La más última de todas.

—Entonces, vete. ¡Lárgate ahora mismo! ¡No quiero volver a verte nunca más! ¡Fuera! ¡Márchate de aquí!

—Bueno, pero tengo que vestirme.

—¡Largo! ¡Date prisa, perro, más que perro!

La ropa de Grein estaba desperdigada por todas partes: la corbata tirada sobre la alfombra, la chaqueta colgada en la lámpara de pie, y no conseguía dar con uno de los zapatos. Grein lo buscaba a tientas bajo el sofá extendiendo el brazo. Ester iba y venía por la habitación.

—¡Lárgate! ¡Lárgate! ¡Eres mi peor enemigo! Una hiena vil. Borraré tu nombre y tu recuerdo. Cuando alguien te mencione, escupiré. ¡Mañana mismo me casaré con Morris Plotkin! Para mí estás muerto y enterrado. ¡Eres el más malvado entre los malvados!

—¡Ester, ya basta!

—¡Vete de aquí! No me importa que vayas descalzo. Buscaré a la hija de Boris

Makaver y le contaré la verdad. Todas te echaremos, Lea, ella y yo. Tus propios hijos te escupirán. Primero iré a ver a tu esposa y nos pondremos de acuerdo. Después tendré una charla con la hija de Boris Makaver. Ya se sabe: quienes aman con pasión también odian con pasión.

—Ester, compórtate como una señora.

—¿Conque una señora? Eso de ser una señora se acabó. A partir de ahora es la guerra, y en la guerra todo está permitido, ya te lo he advertido.

—No me das miedo.

—¡Nadie te querrá, quedarás relegado a la soledad!

De pronto, Ester se echó a reír.

—¿Por qué me estoy desgañitando así? ¡Vístete y vete con viento fresco!

—Espera un momento.

—Tómame el tiempo que necesites. Me has hecho desgraciada, pero no quiero guardarte rencor. No iré a hablar ni con tu esposa ni con la hija de Boris Makaver. Soy digna hija de mi padre, que permitió que le arrebataran una propiedad por no rebajarse ante un tribunal. Algo de orgullo todavía me queda. Sólo lamento una cosa: que no hayamos tenido un hijo. Ahora también es demasiado tarde para eso. Ya tendrás niños con la hija de Boris Makaver.

—No pienso ser padre de nuevo.

—Bueno, tampoco se hundirá el mundo por ello. Ahora me siento más tranquila. ¿Dónde os alojáis? ¿En un hotel?

—Sí, en un hotel.

—¿Dónde? Aunque, bien mirado, me da lo mismo. ¿Qué tiene ella que yo no tenga? ¿Y si tanto la quieres, por qué vuelves a mí? En fin, ya basta de palabras. En este mundo no hay que encariñarse con nada. Ya decía bien mi abuela: «Atate con un lazo y no con un nudo, porque un lazo se puede deshacer, pero un nudo tendrás que cortarlo con un cuchillo». Todo será más fácil cuando te hayas ido. ¿Cómo estás poniéndote la corbata? Anda, mírate en el espejo y verás al diablo.

—Ya sé hacerlo sin necesidad de mirarme.

—¿No te has afeitado hoy?

Grein no contestó. Ester le observaba con mirada cansada y perpleja, y de repente comenzó a hablar.

—He soñado con mi hermana Rosa —dijo sin venir al caso. En cuanto cerré los ojos, se me apareció ataviada con su vestido de novia de seda blanca, con un velo sobre la cabeza y un libro de oraciones en la mano. No consigo entender estos sueños. Hacía semanas que no pensaba en Rosa. Ahora recuerdo algo más: a su lado estaba su marido Mélej, con la cara cubierta por una máscara de púas. No tengo ni idea de lo que significa: una máscara de púas hecha exactamente a medida de su cara, sin aberturas para los ojos. ¿Qué interpretación le habría dado Freud?

—Freud no sabía interpretar todos los Sueños.

—¿Y quién sí sabe? Los muertos no nos abandonan. Siguen siempre con

nosotros, nos acompañan, aunque no podamos verlos. Sólo cuando dormimos y nos relajamos conseguimos verlos.

—¿Por qué iba a llevar Mélej una máscara de púas en el otro mundo?

—Vete a saber. Tal vez allí siguen sus propias modas o algo así.

—Todo está en tu mente.

—¿Qué es lo que está en mi mente? ¿De dónde me viene una fantasía así? ¡Ay, mi cabeza! Creo que en algún lugar tengo un analgésico. Bueno, si has de irte, vete. No te dejes nada; no necesito recuerdos.

—Buenas noches, Ester.

—Buenas noches. Vete al infierno. ¡Que te rompas en pedazos!

—¿Es ésa tu última palabra?

—¿Por qué no? No tengo por qué dejar una buena impresión.

—Perdóname, Ester.

—¡Eres un demonio! ¡Dame un beso!

Grein llegó a Manhattan al amanecer. Cuando salió del metro, la noche se deshacía sobre la ciudad al tiempo que se filtraban los primeros rayos del sol. La Quinta Avenida aparecía desierta y Manhattan estaba en silencio, como si fuera una aldehuela. Sobre las plantas altas de los rascacielos resplandecía una luz dorada. También Grein estaba tranquilo, con esa calma que a veces se siente al volver del entierro de un ser querido. Caminaba con paso lento, llamó a la puerta débilmente y esperó a que el portero de noche le abriera y le llevase arriba en el ascensor. El trayecto transcurrió en silencio, sin intercambiar una sola palabra. Grein abrió la puerta, pero el sonido de la llave no despertó a Anna. Entró de puntillas en la sala de estar y se sentó, sin hacer ruido, en el sofá. El sol que se levantaba iluminaba la estancia como una lámpara. Acababa de dar carpetazo a un capítulo de su vida. Se notaba embotado, tanto por la falta de sueño como por las divagaciones de Ester.

Suavemente, abrió la ventana y respiró el aire de la madrugada. Recordó a su padre, quien solía levantarse al amanecer mientras su madre y él, todavía niño, seguían acostados. Su padre se lavaba las manos cumpliendo el ritual, se ponía la prenda interior de flecos, el gabán, las gruesas botas. A continuación, volvía a lavarse y enseguida comenzaba a rezar de frente. Después se sentaba a estudiar algún fragmento del Talmud o a examinar un libro de la Cábala. Más tarde reanudaba su trabajo copiando un rollo de la Torá. Cada vez que llegaba al nombre de Dios paraba, se ponía en pie, murmuraba unas palabras y levantaba los ojos al cielo. La vida de ese hombre se centraba en un solo propósito: servir a Dios. Las letras que escribía con tinta china sobre el pergamino eran tan antiguas como el pueblo judío, hundían sus raíces en los tiempos de Abraham, cuando el patriarca rompió los ídolos de su padre y descubrió que existía un solo Dios. Y ¿qué estaba haciendo el hijo de aquel escriba? Dilapidar y echar por tierra todo lo que generaciones enteras de judíos habían

construido con absoluta dedicación. Sus propios nietos ya serían gentiles. En cuanto a su alma, estaba rota, mancillada, impregnada de suciedad.

Grein levantó del suelo un periódico y pasó las hojas despacio. En cada página había una fotografía que su padre habría considerado impúdica: mujeres medio desnudas, piernas seductoras, torsos en sujetador, caderas con fajas. Una pierna femenina ocupaba una página entera, rodeada de textos como si se tratara de comentarios en la página de algún Talmud perverso y obsceno. En otro anuncio se mostraban dos piernas femeninas levantadas. ¿Qué habría dicho su padre, en paz descansara, de un periódico así?, pensaba Grein. Habría escupido. Para él, todo eso habría sido una abominación, algo que no debería tocarse siquiera por su impureza. Pero las fotografías eran publicadas por periódicos importantes y prestigiosos, que leían los ciudadanos más eminentes. «Ésta es su cultura, su poesía, su estética. Empiezan su jornada, leyendo esto. Lo que hoy llamamos el mundo es, en realidad, el mundo de los bajos fondos».

Grein se había quedado petrificado. «¿Cómo he llegado a hundirme hasta tal punto en la inmundicia? ¿Y Ester? Su padre también era un estudioso de la Torá. Por tanto descende de un linaje distinguido. ¿Qué les ha pasado a los judíos? Durante tres mil años se han resistido a la idolatría, y de pronto se han convertido en productores de Hollywood, en propietarios de periódicos, en líderes comunistas. En Rusia, escritoruelos judíos estuvieron denunciándose mutuamente durante mucho tiempo en nombre de la Revolución, hasta que todos ellos fueron aniquilados. En Nueva York, en París, en Londres, en Moscú, en todas partes, los judíos se han convertido en predicadores del ateísmo, árbitros de la moda, divulgadores del cotilleo. Han actuado como agitadores políticos, fomentando los bajos instintos de las masas. Ahora se dedican a enseñar a los gentiles los placeres de este mundo».

Oyó pasos. Anna entró vestida únicamente con un camisón y en zapatillas. Parecía aturdida y amodorrada.

—¿Cuándo has llegado?

—No quería despertarte.

—¿Qué haces ahí sentado? Estás blanco como la cal.

Durante unos instantes ambos permanecieron en silencio. Después Anna le interpelló:

—Bueno, y ¿cómo está tu mujer?

—Mejor.

—No has estado con ella —replicó Anna.

Quiso contestarle, pero no lo hizo. Estaba demasiado cansado para iniciar una discusión. De todos modos, ¿qué otra salida le quedaba? ¿Jurar en falso? Seguramente ella había telefoneado a Lea. Se acordó de las palabras de Esaú en el Pentateuco: «Puesto que voy a morir, ¿de qué me sirve entonces esta primogenitura?»^[28].

Anna seguía esperando.

—¿No dices nada?

—No.

—Está bien; me vuelvo a la cama. —Y Anna se fue al dormitorio.

Grein comenzó a desnudarse, despacio, con la actitud de quien acaba de enterarse de que padece una grave enfermedad y no sabe cuándo volverá a vestirse. Se quitó los zapatos con esmero, puso una horma dentro de ellos y colgó el traje en una percha. Sólo sentía serenidad y resignación. Había perdido a Ester, a Lea y también a Anna. ¿Cómo decía la Guemará?: «Si has tomado demasiado, no has tomado nada». Entró en el dormitorio, donde todavía reinaba la noche, que se prolongaba en cada retazo de oscuridad. Un solitario rayo grisáceo atravesaba las persianas venecianas y las cortinas. Anna tenía la cabeza hundida entre las almohadas y era difícil saber si dormía en calma o estaba pensando enfurecida. Grein encontró su cama preparada. Se acostó y se cubrió, aguzando el oído para escuchar y preguntándose qué haría cuando se quedara completamente solo.

«Bueno, siempre he querido ser un ermitaño. Me retiraré a alguna parte y nadie sabrá qué habrá sido de mis huesos. Rendiré mis últimas cuentas a Dios».

SEGUNDA PARTE

I

Jacob Anfang había instalado su estudio en Greenwich Village, en una espaciosa buhardilla iluminada por un tragaluz. Ya fuera porque el propietario escatimaba en calefacción o porque el radiador estaba estropeado, Jacob Anfang se había visto obligado a utilizar una estufa eléctrica que, a decir verdad, apenas lograba caldear la habitación por más que brillaran sus resistencias. El mobiliario consistía en una larga mesa, siempre llena de paletas, pinturas, lienzos, trozos de marcos y frascos de aceite de linaza, y en una cama de armazón metálico cubierta con una manta negra. La mañana era luminosa y los rayos de sol se filtraban a través del tragaluz. Las paredes del estudio estaban repletas de cuadros, algunos ya enmarcados y otros simplemente clavados sobre listones. El sol jugueteaba con cada pincelada, mezclaba los colores y confería al taller un ambiente festivo e invernal. Aunque Purim ya había pasado, el mes de marzo seguía siendo frío.

Anfang procedía de una acomodada familia jasídica de Lódz, pero había vivido durante muchos años en Alemania. Allí, en la época de la República de Weimar, se había labrado su reputación. Los críticos de arte elogiaban su trabajo y los museos compraban sus obras. Exponía sus telas junto a las de destacados artistas contemporáneos de Alemania. Sin embargo, desde que había llegado a Estados Unidos huyendo de los nazis, su buena estrella le había abandonado. Anfang opinaba que Norteamérica no necesitaba arte, por lo menos no el suyo. Además, las dificultades para ganarse la vida sólo constituían una parte de la tragedia. En los últimos años se sentía espiritualmente perdido y no conseguía encontrarse a sí mismo.

En Alemania se había opuesto durante mucho tiempo a las nuevas tendencias artísticas y se había mantenido en los límites del impresionismo, o sencillamente del naturalismo, como otros lo denominaban. En diversos ensayos publicados en revistas académicas germanas había librado su guerra contra el expresionismo, el cubismo, el arte abstracto y toda la gama de movimientos experimentales que se daban cita en el arte moderno. Sin embargo, antes de la subida de Hitler al poder, Anfang experimentó lo que cabe describir como una transformación interior. De repente, o al menos así se lo pareció a él, llegó a la conclusión de que el artista no debía copiar la naturaleza, ni utilizarla como pretexto siquiera. El artista tenía que extraer todo su universo de su propio interior, crear un mundo como lo había hecho Dios. Frente al lienzo, el pintor debía ser dueño absoluto y contar solamente, como temas para sus

cuadros, con su fantasía, sus caprichos, su conciencia íntima. En consecuencia, Anfang comenzó a plasmar imágenes fantásticas que debían expresar el sentido de su «yo».

Durante algún tiempo el cambio de orientación le resultó propicio y ello le insufló ánimos. Los pintores más jóvenes, que anteriormente le habían desprestigiado, llegaron a señalarle como ejemplo y guía; las más importantes revistas de arte de París y Londres publicaron artículos sobre él. Fue en medio de este proceso de transformación de Anfang cuando Europa sufrió una convulsión. Anfang dejó a su amante alemana, sus pinturas, los muebles y los libros y escapó a Francia, donde consiguió un visado para Estados Unidos.

Por supuesto, en América nadie lo conocía. Los esnobs corrían detrás de artistas célebres. No tenía ningún acceso a las galerías. Las reseñas sobre sus trabajos evidenciaban una ignorancia que le resultaba inaudita. El barco que lo había llevado a Estados Unidos lo había arrojado a un mundo caótico, a un ambiente opuesto al arte, que no estaba regido por normas ni criterios. En Nueva York no encontró ni un solo amigo, ni un café donde pasar las tardes, ni una mujer. El inglés se le resistía. Hasta el cielo, el sol y la luna le parecían más ordinarios que en Europa, carentes de los matices de luz y sombra que él conocía. El día daba paso a la noche sin que mediara el crepúsculo. Todo se le antojaba plano, mecánico, sin profundidad alguna, como si hubiese caído en una esfera tridimensional. Echaba de menos el espíritu, la presencia divina que impregnaba el Viejo Mundo, al menos hasta que las personas enloquecieron para cometer las más salvajes atrocidades.

Sin embargo, ¿cabía la posibilidad de que una parte del mundo careciera del aliento divino? ¿O era sólo una impresión suya? Sentía que en Nueva York le había abandonado el impulso creativo que le había dominado desde su infancia. Allí sólo le apetecía tumbarse en la cama y pasarse el día dormitando. Mientras duró la guerra leía varios periódicos cada día, pero luego le dominó la pereza y se abandonó a la desidia. Aunque empezaba a trabajar, luego terminaba por detestar sus obras inconclusas. El estudio se llenó de figuras, paisajes, toda clase de composiciones inacabadas cuyo origen y significado él mismo había olvidado. Se sentía bruscamente devuelto a sus inicios, con todo su sufrimiento y sus apuros. Habría muerto de hambre si Boris Makaver, el doctor Solomon Margolin y unos cuantos judíos más, que le conocían de Alemania, no lo hubiesen ayudado encargándole retratos.

En ese momento estaba en su estudio, yendo de un lado a otro, en bata, con una bufanda de lana alrededor del cuello y calzado con unas pantuflas. Anfang ya había cumplido cincuenta y dos años, era de mediana estatura, algo grueso, con el pelo negro rizado y ya plateado en las sienes, la cara redonda, grandes ojos negros, la nariz aquilina, los labios finos, el mentón huidizo, unos rasgos que conferían a su rostro cierto aire de búho. Él se comparaba a sí mismo con un pájaro que envejece en su jaula: aunque ya no podía volar, no dejaba de sentirse constreñido en tan limitado espacio. En su círculo de conocidos había otras víctimas de Hitler, pero ellos estaban

instalados, se habían vuelto a casar, algunos se embarcaron en negocios y hasta llegaron a hacerse ricos. Vivían en alguna parte de la zona norte y no se dedicaban a pintar cuadros que nadie necesitaba. ¿La posteridad? Una bomba atómica podía destruir un millón de pinturas. En la guerra que acababa de concluir se habían destrozado incontables obras de arte. «¿Y de qué le valió a Van Gogh que hoy en día todas las secretarías de Nueva York salgan corriendo al Metropolitan para ver la exposición de sus cuadros? Frieda Tamar tenía razón: sin Dios, no se puede ni respirar».

No obstante, ¿qué sentido tenía concebir un Dios y proclamar su bondad y misericordia mientras sus criaturas se quemaban las unas a las otras en hornos y jugaban con los cráneos de niños pequeños? ¿Qué se conseguía con rezar a un Ser de cuya existencia no existía prueba alguna? ¿Dónde estaba Él, «el que dio el entendimiento al hombre», cuando algunos padres tenían que cavar tumbas para sí mismos y sus hijos? ¿Dónde estaba Él, el Dios celoso y vengador, cuando Estados Unidos, Inglaterra y Rusia se dedicaban a reconstruir Alemania? ¿Y qué estaba haciendo Él, «el que libera a los cautivos», por los millones de almas que Stalin había encerrado en campos de trabajo? No, aunque existiera un Dios, Jacob Anfang no pensaba servirle. Si Dios existía, probablemente era un Hitler cósmico que, por su honor y su grandeza, estaba dispuesto a torturar a generaciones y pueblos enteros.

«En consecuencia, ¿qué hacer? ¿Pintar una nevada? ¿Dibujar una pareja de palomas arrullándose? ¿Embadurnar sin más unos colores junto a otros? —se preguntaba Anfang. Yo ya soy viejo para convertirme en un charlatán como Picasso. Es demasiado tarde y tampoco lo quiero. ¿De qué me serviría la fama? ¿O el dinero? Solamente deseo una cosa: dormir. En realidad lo que quiero es morirme, pero ¿cómo se consigue eso? Soy demasiado perezoso para hacer algo al respecto. La muerte sin duda vendrá por sí sola; no hay más que esperar. Sólo que la espera resulta sumamente aburrida y mientras tanto hay que pagar el alquiler. Podríamos llamarlo derechos de espera».

Anfang se tendió en la cama y se cubrió con el abrigo. Miró a través del tragaluz y vio un cielo invernal de color azul pálido. Algo temblaba allí, algo vibraba. Seguramente, también el cielo estaba esperando algún cataclismo, una fuerza aniquiladora que desgarraría el espacio y el tiempo como si fueran una hoja de papel y que dejaría menos que nada: la nada al cuadrado. La nulidad regresando al caos y al vacío en el sueño postrero de la Creación. «¿Cómo está escrito? “Después de que todo termine... Cuando todo ser haya cesado, reinará el no-ser”. No más mundo, no más Dios, no más tiempo, no más espacio. Silencio. Aquí no ha pasado nada. Todo ha sido borrado sin dejar rastro. La burbuja de jabón ha reventado y ya no queda ni el jabón ni el agua. Ni siquiera el nirvana existe ya. Entonces ¿quién sueña? Yo, Jacob Anfang».

De repente oyó unos pasos en las escaleras. Alguien acudía a visitarlo. Se incorporó. ¿Quién sería tan temprano? ¿Dios, acaso?

II

Llamaron a la puerta y al abrir reconoció a Frieda Tamar, la hermana del doctor Halperin, aquella culta mujer a quien veía en casa de Boris Makaver y cuyo retrato había pintado. Allí estaba ante él, arropada en un largo abrigo con cuello de piel y los zapatos embutidos en chanclos: una dama europea, sin maquillaje ni lápiz de labios, con un sombrero negro en la cabeza, una estampa decimonónica de Europa...

Jacob Anfang se inclinó.

—¡Señora Tamar!

—Se extrañará de que haya venido sin llamarle antes.

—No me extraña nada. ¿Para qué telefonar? Usted pasaba por aquí y ha decidido entrar, como hacíamos en los viejos y buenos tiempos.

—¡Vaya, qué frío hace aquí! ¿No le proporcionan calefacción?

—El casero ahorra en el carbón.

—¿Cómo es eso? ¡Qué injusticia!

—Siéntese, señora Tamar. Si confía en mi respeto a las reglas de la comida *kosher* le prepararé un café.

—¿Cómo? No, no es necesario. Acabo de desayunar. No pasaba por aquí, ¿por qué voy a fingir? Vivo en el norte, no aquí.

—Pero tenía usted alumnas por aquí, ¿no es cierto?

—Eso era hace un año, no ahora. He venido expresamente para verle.

—¿Qué me dice usted? Es todo un honor para mí. Pero tome asiento, por favor. ¿Me permite que la ayude a quitarse el abrigo?

—No, gracias. Hace frío aquí.

—Se puede enfriar cuando salga.

—No lo creo. *Herr* Anfang, primero pensé en escribirle una carta, pero luego consideré que era mejor hablar directa y francamente con usted. *Herr* Anfang, desde que pintó mi retrato he estado pensando mucho en usted. También he hablado de su caso con mi hermano. Como bien sabe, él y yo discutimos en muchas cuestiones. Usted se considera un librepensador, pero en realidad es usted un hombre devoto. Estoy convencida de que toda persona creativa tiene que ser religiosa, porque Dios es un Creador; así, cuando la persona crea, en realidad está reflejando la imagen divina. La Torá prohíbe plasmar imágenes; pese a ello, lo importante es la finalidad, no el hecho en sí. Por el libro de Éxodo sabemos que el Tabernáculo levantado en el desierto también estuvo decorado con querubines, y los querubines adoptan la forma de pájaros. Muchos libros sagrados antiguos muestran ilustraciones de rostros en la portada. Si es cierto que el Rabino de Praga dio origen al Golem, éste era una escultura, aunque destinada a un fin superior.

Anfang sonrió.

—¿Usted quiere hacer *kosher* mi oficio?

—Para mí se trata de una cuestión muy seria.

—Bueno, hoy en día la gente ya no idolatra imágenes. Ojalá lo hiciera: los artistas tendrían mucho más éxito.

Frieda Tamar le dirigió una mirada reprobadora.

—¿Le gustaría que la humanidad regresara a la idolatría?

—Daría lo mismo.

Frieda Tamar se mordió el labio.

—No. Eso es falso. Falso. *Herr Anfang*, usted es un gran artista. No soy ningún crítico de arte, pero todas sus obras brillan con luz propia. Usted volcó tanto de sí mismo en mi retrato que me dejó asombrada. El cuadro está colgado en casa de mi hermano y cada vez que le visito me sorprende de nuevo. ¿Cómo es usted capaz de ver tanto en tan poco tiempo?

—¡Ah! Los ojos ven.

—Bueno, es un don de Dios.

—Tal vez, tal vez.

La cara de Frieda Tamar adoptó de pronto una expresión de firme determinación.

—*Herr Anfang*, no me ha sido fácil venir a visitarle. Lo estuve meditando durante mucho tiempo. Usted sabe que soy tímida por naturaleza, aunque a veces consigo superar mi pudor. Yo sólo me avergüenzo ante las personas corrientes, pero usted es un gran hombre. —Frieda Tamar palideció.

—No, desde luego que ante mí no tiene usted por qué sentir vergüenza.

—*Herr Anfang*, hace unos días Boris Makaver pidió mi mano. Usted conoce mi situación y todo lo que me ha ocurrido en la vida. Mi marido murió mártir por la santificación del nombre de Dios. Hace un año Boris Makaver ya me hizo una proposición, pero entonces mi respuesta fue la misma que dio la viuda del rabí Jiyá al rabí Yehudá, cuando le propuso casarse con él: «Mi marido pertenecía a lo sagrado y tú a lo profano; como dice el Talmud, hay que ascender en lo sagrado y no descender». Al fin y al cabo, usted habrá estudiado el Talmud en alguna ocasión.

—Sí, lo he estudiado, aunque desconozco ese pasaje.

—Está en alguna parte del Talmud. Boris Makaver es una persona decente, un hombre bueno, honesto, un gran filántropo. A su manera, es un hombre justo. Sin embargo, cuando lo comparo con el doctor Tamar, las palabras del Talmud adquieren todo su significado. Mi difunto marido era un hombre de gran personalidad, un verdadero santo. Yo he ido alejándome de los judíos de Polonia y de sus costumbres. Cuando se trata de algo tan importante como el matrimonio, tiene que haber una simpatía, llámelo usted amor si prefiere; incluso la Torá habla de ello. Hace unos días, cuando Boris Makaver reiteró su proposición, le prometí que hoy le daría la respuesta. Está muy acongojado por algo que le ha sucedido: su hija Anna abandonó a su marido para marcharse con Grein. Me parece que usted le conoce: Hertz Grein.

—Sí, por supuesto. ¿Cuándo ocurrió?

—¡Oh, no hace mucho! Para el padre ha sido una verdadera tragedia. Es un judío devoto y esta situación le ha afectado hondamente, pero a veces las penas purifican.

Llegado este momento, hay algo que me va a resultar muy difícil exponerle. He de hablar con franqueza, de lo contrario podría pasarme años aplazándolo. Debo hacerlo con toda claridad o callarme para siempre. Permítame cerrar los ojos, así me será más fácil. Le ruego que no se sienta ofendido y que no se ría de mí. Aunque pensándolo bien, si quiere puede usted reírse.

»En pocas palabras, el asunto es el siguiente. Cuando le conocí a usted, precisamente en casa de Boris Makaver, me impresionó de inmediato el sorprendente parecido que guarda con mi marido, aparte de las inevitables diferencias. Más adelante, cuando tuve ocasión de hablar con usted, me di cuenta de que el parecido no era sólo físico. Durante algún tiempo, incluso llegué a preguntarme si no sería usted pariente suyo, claro que eso resulta imposible, dado que él descendía de una familia formada exclusivamente por judíos alemanes mientras que usted procede de Polonia. La similitud con él no se limitaba a sus opiniones, sino que se extendía a todo su modo de pensar, como si fuesen hermanos. Mi marido era un hombre profundamente religioso, pero albergaba sus dudas. La problemática de Job siempre le preocupaba, le atormentaba, como si supiese que él terminaría del mismo modo. Más tarde, cuando comenzó usted mi retrato (ahora debo decirle que lo pagó Boris Makaver, pues la iniciativa fue enteramente suya) y conversamos a ratos, aún me llamó más la atención el tremendo parecido que existía entre usted y el doctor Tamar. Usted despotricaba contra todo y contra todos, de hecho blasfemaba sobre lo más sagrado, pero yo no conseguía librarme de la idea de que eso no era más que la expresión del sufrimiento de un hombre de fe. Bueno, supongo que a estas alturas ya habrá usted comprendido por dónde voy, pero de todas formas voy a expresarme con claridad. Manteniendo cerrados los ojos, se me hace algo más llevadero. Después de todo, ambos ya no somos tan jóvenes. Antes de dar una respuesta a Boris Makaver, quiero que sepa que si usted aceptara... Me sentiría feliz... A pesar de las diferencias... Con usted no habría ningún descenso en lo sagrado, ninguno.

Entonces guardó silencio.

Frieda Tamar estaba sentada en una silla y Jacob Anfang sobre la cama. La miró, observó sus párpados cerrados, y un brillo risueño y triste a la vez asomó a sus ojos. «Se diría que está ciega, una ciega enamorada», pensó.

—Señora Tamar —empezó—, ante todo quiero decirle una cosa: éste es el momento más hermoso de mi vida. Lo recordaré hasta mi último suspiro.

Frieda Tamar no abrió los ojos.

—Le ruego que me responda sin rodeos —replicó, casi con aspereza.

—Señora Tamar, para mí ya es demasiado tarde, tanto espiritual como físicamente.

—Entiendo.

—Si proyectara casarme, usted sería la mejor esposa que pudiera desear. Pero eso ya ha quedado descartado. Le hablaré con franqueza: soy impotente... Desde hace unos años.

—Entiendo.

—Sé que las causas son psíquicas y no orgánicas, pero en cualquier caso es un hecho. Estoy totalmente destrozado. He llegado a un punto en el que ya no sé para qué sigo viviendo. En esas condiciones es mejor no construir un hogar.

—Entiendo.

—Puede usted abrir los ojos. Ha sido por su parte un gesto honorable, bello, noble. Repito: éste es el momento más hermoso de mi vida.

III

Boris Makaver tenía por costumbre madrugar para rezar sus oraciones matinales. Padecía insomnio, y en cuanto empezaba a amanecer se ponía el taled y las filacterias. Sin embargo, en esta ocasión no había llegado a conciliar el sueño hasta la madrugada y siguió durmiendo hasta las diez. Tenía una cita de negocios en un restaurante. Aunque solía levantarse con hambre, normalmente no tomaba nada antes de la oración. Esta vez, sin embargo, antes de acudir a su reunión, se concedió un permiso rabínico y tomó un vaso de té con una galleta.

Habían concertado aquella cita para negociar una iniciativa especialmente importante. La marina mercante se estaba deshaciendo de viejos navíos a precios de saldo: por unos tres millones de dólares era posible adquirir unas decenas de cargueros, cada uno de los cuales había costado varios millones. Los participantes en el negocio habían calculado que, aunque se limitaran a desguazarlos y venderlos como chatarra, obtendrían pingües beneficios. No obstante, no todos los barcos habrían de ser convertidos en chatarra. Algunos de ellos se encontraban en buenas condiciones para ser reparados y utilizados. Hasta el momento, la empresa contaba con tres socios, y Boris iba a ser el cuarto. El problema residía en que había que pagar al Gobierno en efectivo y para Boris ello suponía invertir en el negocio setecientos cincuenta mil dólares. Él no poseía tanto líquido, pues había invertido hasta el último dólar e incluso debía dinero al banco. Siempre cabía la posibilidad de conseguir un préstamo, pero ante todo había que aclarar ciertos detalles: ¿Cuánto valdrían los barcos una vez convertidos en chatarra? ¿A cuánto ascenderían los gastos del desguace de casi cincuenta barcos? ¿Cuántos navíos podrían aprovecharse para el transporte de mercancías y qué beneficios reportarían? Se trataba de un negocio de demasiada envergadura que exigía contratar a un equipo de expertos, asociarse con toda clase de empresas y arrendar un astillero. Boris Makaver dudaba de la conveniencia de participar en una operación tan compleja. Por otra parte, se trataba sin duda de una oportunidad única. Estaba sentado a la mesa con los otros socios, y ya habían emborronado hojas enteras con números. También se había fumado cuatro cigarrillos y había bebido unos cuantos vasos de té acompañados de galletas. Se comprometió a darles una respuesta en un plazo de tres días.

De regreso a casa, Boris hizo examen de conciencia. Ese día se había saltado su rezo diario de la *shemá*, la oración matinal, y había pospuesto el estudio de la página diaria de la Guemará. ¿Para qué necesitaba tanto dinero? ¿Para qué cargarse con tantas obligaciones? Era ya un hombre de más de sesenta años, que sufría de hipertensión, y había repudiado a su hija. ¿Durante cuánto tiempo sería capaz de mantener ese ritmo? ¿De qué le iban a servir los barcos? ¿Qué sentido tenía cargarse con todas esas preocupaciones? Si la empresa, Dios no lo quisiera, acababa fracasando, se endeudaría, dilapidaría el dinero ajeno. «Debo de haber perdido el juicio —pensó Boris. Como ya señaló alguien, ¿por qué meterme en un lecho de

enfermo estando sano? ¿Por los millones? ¿Qué voy a hacer con ellos? Aparte de un plato en la mesa, una cama y un techo, no necesito nada más. Lo que sí me hace falta es un poco más de salud y menos quebraderos de cabeza».

Al llegar a su hogar se fue derecho a rezar a su pequeño oratorio. Reytze se quejó de que la comida se enfriaría, pero él la tranquilizó con buenas palabras. Entre aquellas cuatro paredes, en compañía del Arca, de los candelabros, de la estantería con sus libros sagrados, Boris se sentía en casa. Era su lugar de recogimiento, su fortaleza. Más de una vez había pensado que le gustaría terminar sus días en una habitación como ésa. Allí estaba el atril y la *menorá* de siete brazos, además de una lámpara de Januccá de nueve brazos sobre un estante. Tenía un rollo de la Torá en su estuche preceptivo, el puntero, un *shofar* y una túnica de lino blanco, además de la cajita de la toronja, toda clase de antigüedades judías y objetos rituales de especial rareza y valor. Allí incluso los olores eran diferentes. Le parecía que olía a mirto y a jardín del Edén. Se envolvió en el taled y suspiró. Se colocó la cinta de cuero de las filacterias alrededor del brazo izquierdo y se sintió cubierto de vergüenza ante el Señor del mundo. En realidad, ya ganaba diez veces más de lo que necesitaba. ¿De dónde le venía esa avidez por el dinero? ¿Qué iba a hacer con tanta riqueza? ¿Llevarse la a la tumba? Se ciñó la filacteria a los dedos y recitó la plegaria, concentrándose especialmente en el significado de cada palabra: «Y te desposaré conmigo para siempre. Sí, te desposaré en justicia y rectitud, en misericordia y en compasión. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás al Eterno»^[29].

«Éstas sí son enseñanzas valiosas —pensó Boris. Cada una de las palabras ilumina el alma. El Señor del mundo es el novio del pueblo de Israel, y éste, en lugar de regocijarse con él y procurar agradarle, se dedica a toda clase de insensateces y trivialidades».

Oyó el timbre. «Seguramente será el chico que trae la compra, o quizás el fumigador», pensó Boris y prosiguió con sus oraciones. En ese momento Reytze abrió la puerta.

—Señor Makaver, la señora Tamar está aquí.

Boris la miró con ojos llenos de asombro.

—¿Frieda Tamar?

—Sí.

Boris reflexionó durante unos instantes. Habían acordado que ella llamaría por teléfono. Nunca se había presentado así, sin avisar. «Bueno, habrá venido para decirme que no». Querría apaciguarle. Tal vez temía el dolor que causaría a su hermano. Boris frunció el ceño. ¿Debía recibirla envuelto en el taled y con las filacterias puestas? Recordó el precepto talmúdico: «Aunque una serpiente se te enrolle alrededor del talón, no debes interrumpir la oración». En puridad, sin embargo, el mandato sólo era aplicable a las Dieciocho Bendiciones, no a los salmos que preceden a las plegarias matinales; éstos sí se podían interrumpir. «Bueno, quizá sea mejor así. Con el taled y las filacterias me sentiré menos avergonzado». Pidió a

Reytze que hiciera pasar a la señora Tamar. «Si es no, es no —concluyó. Si me las he arreglado durante tanto tiempo sin una esposa, seguiré así hasta el final». Se tocó las filacterias de la cabeza y de la mano. Éstas eran sus armas, su tanque, su uniforme de campaña. A Boris le habían llegado rumores de que Frieda Tamar se sentía atraída por Jacob Anfang, el pintor, un hombre más joven que él. «Bueno, pues le daré la enhorabuena y lo aceptaré con resignación —decidió. En cualquier caso, todo está predestinado». La puerta se abrió y entró Frieda Tamar. Al verle con el taled y las filacterias retrocedió un paso.

—¡Oh! Estaba usted rezando. Perdóneme.

—Acabo de empezar. Hoy se me ha hecho un poco tarde, cualquiera diría que soy un *jasid* de Kotsk. Todavía estoy en los salmos preliminares.

—Le ruego que termine. Le esperaré.

—No. Siéntese, por favor. Ya que ha venido, me gustaría oír lo que tiene que decirme. De lo contrario, mi mente estaría turbada durante la oración.

Frieda se acercó un paso.

—He venido a decirle que si todavía lo desea, estoy dispuesta a convertirme en su esposa.

Boris apenas pudo reprimir un grito de alegría. Extendió los brazos como para abrazarla y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se detuvo ante ella, avergonzado de su reacción: una criatura de carne y hueso regocijándose más por una mujer que por el Señor del mundo. Pero el taled y las filacterias le habían retenido como si se hallara atado por las cintas de cuero. Él era un soldado, un soldado de Dios, en activo en ese momento. Sacó un pañuelo y se secó los ojos.

—¡Que Dios la haga tan feliz como usted me ha hecho a mí!

—Ahora ya puede usted tutearme.

—Sí.

—Termine sus oraciones, termínelas. Las plegarias son antes que nada. Esperaré en la sala de estar.

—Muchas gracias.

Frieda Tamar salió y Boris dirigió su mirada al Arca Sagrada. ¿Significaba esto que en el cielo velaban por su vida? ¿Deseaba el cielo alegrarle en su vejez? Y él que pensaba que ya había llegado su fin. De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas y recordó el versículo de los Salmos: «Alégranos conforme a los días en que nos has afligido»^[30]. ¿Quién sabía? ¿Y si Frieda fuera aún capaz de engendrar? Quizá todavía le quedaba una oportunidad para dejar tras de sí un hijo que le recitara el *kaddish*. Boris Makaver se sentía al borde de las lágrimas. Le inundó un gran amor por Frieda Tamar, la mujer estudiosa, culta, que escribía libros sobre temas religiosos y hablaba, además de yiddish, alemán, francés e inglés y conocía el hebreo clásico. «No me lo merezco, no soy digno de ella». Se acercó a la pared que daba al este y retomó sus oraciones en el punto donde las había interrumpido: «Tú, ¡oh, Eterno!, no retirarás tu compasión de mí. Presérvenme de continuo tu clemencia y tu verdad»^[31].

Un pensamiento furtivo cruzó de repente por su cabeza: teniendo en cuenta el curso que habían tomado los acontecimientos, seguramente valía la pena comprar los barcos.

I

Desde que Anna volvió a Nueva York, había intentado ponerse en contacto con Stanislaw Luria. Se había marchado de casa sin apenas equipaje, y allí se había quedado su ropa interior, sus vestidos, zapatos, pieles, joyas y otras muchas pertenencias que le hacían falta. ¿Qué sentido tenía dejar que se perdiera todo eso? Además, albergaba alguna esperanza de que Luria hubiese reconsiderado el tema y estuviera dispuesto a concederle el divorcio. Anna había hecho las paces con Grein cuando éste le hubo prometido solemnemente no volver a ver a Ester nunca más. En cualquier caso, Ester estaba a punto de casarse, o ya se había casado, con un tal Morris Plotkin. Anna había llegado a convencerse al fin de que Grein la amaba de verdad: no podía permitirse fracasar también con él.

Por mucho que insistía en sus llamadas a Luria, nadie contestaba. O bien había salido de viaje, o sencillamente no se ponía al teléfono. A Anna comenzaba a preocuparle que estuviera enfermo. Tal vez hubiese muerto, Dios no lo quisiera. Cuando una persona vive sola en una gran ciudad, sin amigos o parientes, puede ocurrir cualquier cosa. Tras haberlo ponderado bien, decidió ir a verle personalmente. Tenía una llave del apartamento, y éste le pertenecía, ya que el contrato de alquiler estaba a su nombre.

Anna expuso sus planes a Grein y acordaron que si al cabo de tres horas no estaba de regreso en su piso de la Quinta Avenida, con todas sus pertenencias, Grein llamaría al número de Luria, y en caso de que no contestase nadie, iría allá enseguida. ¿Quién podía saber lo que un loco como Luria era capaz de hacer? Tal vez, hasta se había pegado un tiro.

Grein opinaba que sería preferible enviar a un abogado, pero Anna se negaba a meterse en pleitos que sin duda enfurecerían a Luria. Aun siendo abogado, Luria detestaba cuanto tuviera relación con el mundo de los tribunales, sobre todo con los de Estados Unidos, pues según él no se basaban en las leyes sino en la política, en las modas, en los vaivenes de la opinión pública y en toda clase de irregularidades. Aprovechaba la menor oportunidad para señalar a Anna cuán falsos y sesgados resultaban los juicios en los tribunales estadounidenses, sobre todo en lo concerniente a las desorbitadas sumas de dinero que los maridos se veían obligados a abonar como pensión alimenticia. A su parecer, en aquel país la justicia siempre defendía la puta, explotadora e infiel esposa. Imperaba allí la justicia de Sodoma. Mandar un abogado

a Stanislaw Luria equivaldría a una declaración de guerra.

Antes de salir, Anna llamó una vez más a su antiguo hogar, aunque en vano. En vista de ello decidió ir inmediatamente; no necesitaba ningún permiso para recoger sus propias pertenencias. Si Luria no estaba en la casa, mejor aún: evitaría un desagradable enfrentamiento. Tomó un taxi que la dejó en la avenida Lexington, frente a su bien conocido edificio. El portero la observó con mirada inquisitiva: «¿Seguirá residiendo aquí? ¿Debo dejarla pasar?». La saludó con la vacilación de quien se encuentra con una persona conocida y a la vez extraña. El ascensorista era el mismo que había estado de servicio la noche en que Anna se marchó con Grein. Al principio no supo quién era, pero cuando la reconoció frunció los labios como si se dispusiera a silbar. Sus ojos parecían decir: «Vaya, vaya.

¿Vuelve el rruiseñor a su jaula?». Detuvo el ascensor con brusquedad y le indicó con aspereza:

—¡Cuidado al salir!

«Todos están de su parte», pensó Anna.

Sacó la llave, intentó abrir la puerta, y se sorprendió al descubrir que ya no encajaba. Al parecer, Luria había cambiado la cerradura. La jugada la tomó desprevenida. Llamó al timbre pero nadie contestó. Una sensación de rabia y de impotencia se apoderó de Anna. «¿Y qué hago yo ahora? ¿Qué derecho tiene a darme con la puerta en las narices? Yo soy la que paga el alquiler, no él. Grein tiene razón. ¡He de buscar un abogado enseguida! Tengo que hablar con el administrador». Intentó meter la llave una y otra vez, mas el cerrojo se resistía. También él estaba de parte de Luria. Sintió vergüenza al pensar que el ascensorista y el portero la habían visto subir. En ese momento, para colmo de males, la señora Katz —la misma arpía que Anna había encontrado en Florida— abrió de repente la puerta y salió con el grueso periódico del domingo y unas revistas. Saludó a Anna y sonrió aviesamente; estuvo a punto de decir algo, pero al final se abstuvo de emitir comentario alguno. Una vez más era testigo de la humillación de Anna: ni siquiera podía entrar en su propia casa. ¿Les ocurría lo mismo a todas las mujeres que abandonaban a sus maridos, o estaba recibiendo ella un trato especialmente malévolos?, se preguntaba Anna. Llamó al ascensor, pero el aparato no se dio la menor prisa en llegar. Transcurrieron diez minutos y Anna seguía esperando. ¿Estarían hablando de ella allí abajo, confabulándose para mortificarla? Por fin llegó el montacargas, que normalmente se utilizaba para bajar la basura. Un hombre negro sacó la cabeza y preguntó:

—¿Va a bajar, señora?

—¿Dónde está el ascensor?

El hombre no respondió y Anna entró en el montacargas.

«¡Está todo organizado! —concluyó. ¡Ha puesto a la administración entera y al servicio de la casa contra mí!». Sin embargo, la explicación no la satisfizo. Conocía a Luria, y tales tretas no iban con su carácter. El administrador tenía su apartamento en

la planta baja, pero no se encontraba en casa, así que no había con quien hablar. «Bueno, de todas formas no puede quedarse con mis cosas... Todavía hay leyes en este país».

Anna salió a la calle y se puso a vagar sin rumbo. ¿Debería volver a su casa? Hasta aquel día Luria le había inspirado cierta compasión, pero en ese momento le odiaba. Por más que ella le hubiera tratado con brutalidad, no esperaba que reaccionara vengándose de forma tan mezquina. La avergonzaba el hecho de haber vivido con él y de haberle amado, aunque fuera por poco tiempo. «Bien, en la vida hay que aguantar muchos malos tragos. Nadie más que uno mismo sabe lo que ha tenido que padecer». Al pasar por delante de una cafetería decidió entrar para tomarse un café; a lo mejor Luria volvía al apartamento mientras tanto. Se sentó en un taburete junto a la barra. Como solía ocurrirle tras sufrir un revés, Anna había perdido la confianza en sí misma. Se subió al taburete con el ademán de una amazona inexperta y se volvió para observar alrededor y comprobar que nadie había advertido su abatimiento y no se burlaban de ella. El camarero, que había pasado varias veces por delante fingiendo no verla, se le acercó de repente. Anna comenzó a decir algo, pero el camarero la interrumpió bruscamente.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó en yiddish.

Anna no contestó. ¿Qué derecho tenía a hablarle en yiddish y a tutearla?

—¿Qué tal? ¿Te gusta América? —insistió el jovenzuelo.

—Haga el favor de ponerme una taza de café —le contestó Anna en inglés.

—Con Hitler estabas mejor, ¿eh?

El descarado joven llenó la taza hasta la mitad y bruscamente colocó a un lado la jarrita de crema, gruñendo y refunfuñando algo. Era evidente que estaba de mal humor. «¿Cómo es posible? —se preguntaba Anna. El mundo entero me ha declarado la guerra. Pero ¿cómo lo saben? ¿Acaso lo llevo escrito en la frente? ¡Qué día! Es en días como éste cuando pasan las mayores desgracias. ¡Ojalá no me atropellen!».

Anna dejó diez centavos sobre el mostrador y apartó la taza de café. Al descender del alto taburete estuvo a punto de caerse y le pareció que se le había torcido el tacón del zapato izquierdo. El bruto del camarero aún tuvo la desfachatez de gritarle alguna grosería, pero ella no lo escuchó.

Salió de la cafetería sin un propósito concreto. ¿Estaba caminando hacia el centro? ¿Hacia el norte? En su confusión se le había olvidado el número de su propia calle. «¡Sólo pido que no me rompa una pierna!», suplicaba a los poderes supremos. Era como si unos espíritus maléficos o unos diablillos invisibles se hubiesen pegado a ella e intentaran destruirla por todos los medios. ¿Sería ésa la maldición de su padre? ¿O tal vez un castigo de Dios? Vio acercarse a un ciego que tanteaba la acera con un bastón blanco y que llevaba colgada del cuello una caja de puros llena de chicles. «¡Debo practicar la caridad! Tengo que redimirme de mis pecados». Anna buscó en su bolso para sacar unas monedas, pero había empleado sus últimos diez centavos en pagar el café que no había llegado a tomarse. ¿Y si le daba un dólar? Demasiado.

Además ¿de qué servían esas buenas acciones? Los judíos de Europa también practicaban la caridad, daban más de lo que podían. ¡Todo dependía de la suerte, ésa era la amarga verdad! Anna pasó junto a un cine donde proyectaban una película de gánsteres. Durante el día las entradas eran casi regaladas. ¿Y si entraba para aguardar allí una hora?

Aquel camarero era un mal bicho; habría dado media vida por verle colgado en la horca. Pero ¿por qué le daba tanta importancia? De todas formas, al cabo de unas décadas exhalaría su último aliento. Echado en su lecho de muerte, ya no se acordaría de lo mal que la había tratado sin motivo alguno, precisamente en un día en el que ella estaba tan baja de moral. Incluso se habría olvidado ya.

Anna compró una entrada y se metió en el cine. ¡Cielos, qué oscura estaba la sala! Costaba creer que hubiera gente que deseara permanecer sentada en esas tinieblas en pleno día. Estaba tan ciega como el hombre que llevaba la cajita de chicles, que además de andar por Nueva York en una oscuridad permanente encima tenía que ganarse la vida. Se arrepentía de no haberle dado el dólar. Al poco rato empezó a acostumbrarse a la penumbra y advirtió que estaba junto a una fila vacía. Más que sentarse se derrumbó en el asiento. Miró fijamente a la pantalla. Un hombre corría por los tejados, la policía le perseguía disparando y él se agachaba cada vez para eludir las balas. «¡Menuda situación! —pensó Anna. ¡En qué líos se mete la gente! Si le preguntaran, seguramente respondería que todos los caminos le habían llevado a esto. Será que el destino juega con cada uno de un modo diferente».

Se produjo un disparo y el gánster tropezó y cayó rodando. «Bueno, ya le ha pasado lo inevitable —murmuró Anna para sus adentros. A partir de ahora ya no le perseguirán más». En ese instante un hombre se sentó a su lado. Anna se percató enseguida de sus intenciones, pues recurría a las estrategias propias de los hombres solitarios y agresivos: en un instante su rodilla empezó a rozar la de Anna. Asqueada, se levantó y fue a ocupar un lugar cuatro asientos más allá para darle a entender que no quería saber nada de él. Ya se le había añadido otro enemigo; percibía su odio atravesando aquella barrera de oscuridad diurna, mientras en su rostro grosero de hombre de mediana edad se reflejaba la ofensa y la frustración de quien no es amado por nadie.

«Este tipo puede ser un auténtico maníaco, tal vez debería cambiarme de fila. Claro que eso sólo serviría para enfurecerle aún más». Durante un rato Anna se concentró en la película. En la pantalla había aparecido una mujer vestida de luto, un personaje vulgar que fumaba y hablaba con voz ronca y que al parecer era la viuda del gánster. Anna cerró los ojos para no ver lo que ocurría, y sólo entonces reparó en la música. ¿Había estado sonando desde el principio? Ahí sentada, estaba sumida por completo en sus propias preocupaciones. Y Grein... ¿de verdad se comportaría bien? ¿O al cabo de algún tiempo se precipitaría de nuevo junto a Ester? ¡Si su padre supiera cuánto estaba sufriendo! Ni siquiera Grein lo imaginaba. Se encontraba tan enfrascado en sus locos enredos que le resultaba imposible ponerse en el lugar del

otro. Se quitaba de encima el problema con palabras, juramentos, reproches y frases cariñosas, mientras él mismo deambulaba en un estado de agitación constante. Iba, venía, dormitaba, telefoneaba y corría continuamente entre ella, Lea, Ester y a saber Dios quién más. Se había cargado sobre los propios hombros pesados yugos, sus responsabilidades se multiplicaban y tenía que cumplir con todas ellas. Tal vez también le pesaban sus obligaciones económicas. Era exactamente igual al gángster que corría por los tejados bajo una lluvia de balas.

De repente, la asaltó el presentimiento de que Luria estaría ya de regreso en casa. Cuando se levantó para buscar un teléfono, advirtió que ya no reinaba la oscuridad, sino que la sala estaba medio iluminada. Distinguía todos los asientos y a sus ocupantes, y no comprendía por qué antes se había sentido tan ciega y desvalida. No había ni rastro del «maníaco». ¿Se habría ido? ¿Habría salido al pasillo a fumar? ¿O tal vez la esperaba en algún lugar armado con una navaja?

El teléfono público estaba abajo, en el pasillo que conducía a los servicios. Se le antojó peligroso andar por allí, justamente la clase de sitio donde podían acechar esos personajes. A pesar de ello, Anna bajó, entró en la cabina y llamó. Sí, Luria estaba en casa. El teléfono daba la señal de estar comunicando.

Marcó repetidas veces, y la línea seguía ocupada. Luria debía de estar desahogándose con alguien, contándole las ignominias que había sufrido. ¿Quién sería? Por lo que Anna recordaba, él no tenía a nadie en Nueva York. ¿Habría entablado una nueva amistad en tan poco tiempo? ¿Se habría buscado una mujer? Todo era posible. Siempre se encuentra una víctima. Anna esperó sin levantarse del asiento de la cabina. El pasillo estaba desierto. Desde el patio de butacas le llegaban las voces amortiguadas de los protagonistas de la película: melodramáticas conversaciones entre personajes groseros y criminales que tenían que luchar, herirse unos a otros, cometer las más dispares locuras, y todo para que una pareja joven comenzara una nueva vida. El destino estaba predeterminado allá arriba, en la cabina de proyección donde los técnicos manejaban la maquinaria. Anna llamó de nuevo y esta vez la línea estaba libre. Enseguida oyó la voz de Luria, áspera, ronca y alterada, la voz de una persona que había perdido toda esperanza y para quien incluso ponerse al teléfono constituía una dura prueba. Ni siquiera contestó «diga» sino «prosze», como si aún estuviera en Polonia.

II

El cine se encontraba a sólo unas manzanas de su antigua vivienda, pero Anna tomó un taxi para terminar con esa visita en el menor tiempo posible. El portero la miró perplejo: antes la había visto entrar en el edificio, pero no salir. El ascensorista levantó las cejas. Anna llamó al timbre con decisión, pero Luria parecía dispuesto a hacerla esperar un buen rato. Cuando finalmente entreabrió la puerta, Anna apenas lo reconoció. Su cabello, ahora sin teñir, estaba casi completamente blanco. Las bolsas que sobresalían bajo sus ojos se habían hinchado más y habían adquirido un tono indefinido, entre amarillento y azulado. Anna esperaba encontrarle vestido de calle, puesto que no había estado en casa antes; en cambio llevaba bata y zapatillas, como si acabara de levantarse de la cama. Su cara arrugada y sin afeitar tenía una expresión ausente. Enarcó sus espesas cejas y miró fijamente a Anna, como si dudara de la conveniencia de dejarla entrar. Luego gruñó algo y le franqueó el paso.

—¿Estabas dormido o algo así? —preguntó Anna.

—Dormido o algo así —repitió sus palabras.

Anna enfiló el pasillo. Él iba delante, andando de espaldas, dispuesto a cortar el paso en cualquier momento. La sala de estar se hallaba revuelta y cubierta de polvo, sembrada de libros, revistas, periódicos y hasta trozos de papel desperdigados por todas partes. Sobre la mesita de centro había una cazuela y a Anna le dio la impresión de que incluso los cuadros colgaban torcidos. Olía a cerrado, a grasa y a moho. Anna esbozó una mueca de asco.

—¿Es que ya no viene la mujer de la limpieza?

—¡Dime claramente qué quieres! —la increpó Luria con brusquedad.

—Recoger mis cosas, nada más.

—¿Qué cosas?

—Los vestidos, la ropa interior. Supongo que eres consciente de que todo esto me pertenece: los muebles, las alfombras...

—¿Quieres llevártelo todo?

—De momento sólo mis cosas.

—Tómalas, no necesito tus trapos. Ya puedes llevártelo todo, incluso mi cama.

—No necesito esa cama.

—Bueno, pues recógelo y vete de aquí. No quiero verte nunca más.

—No me atosigues. De momento el alquiler lo sigo pagando yo, no tú.

—¿Que tú lo pagas? Dirás que lo paga tu padre, y sólo porque así esperaba impedir que te convirtieras en una puta. Claro que las putas siempre son putas.

—Te lo ruego, Luria: sólo estaré aquí unos pocos minutos, no es necesario que seas grosero.

—¿Conque soy grosero? Si yo fuera un hombre en lugar de una piltrafa, te habría arrancado el cabello y roto todos los dientes, te habría arrojado al arroyo como un montón de basura. Esto es lo que hacían antaño los hombres. Pero Estados Unidos

castra a los varones; no física, sino espiritualmente. Con el tiempo, también lo harán físicamente. Aquí impera el diablo en forma de mujer, y detentan el poder quienes deberían tener prohibido ejercerlo. En fin, no importa. Pronto habrán destruido el país, lo ahogarán en cosmética y cieno. ¿Por dónde andas? ¿Qué calles trabajas?

Anna palideció.

—Será mejor que me vaya.

—¿Qué prisa tienes? No voy a hacerte nada.

—Eres capaz de todo.

—Tienes razón: soy capaz. ¡Pero no quiero ensuciarme las manos!

Luria salió súbitamente del salón y volvió al dormitorio dando un portazo. «Asombroso, se ha convertido en un hombre —pensó Anna. Antes nunca había hablado así». Sintió que le flaqueaban las piernas y que necesitaba sentarse unos minutos. Desde su asiento examinó los muebles y observó que en las pocas semanas transcurridas todo se había llenado de polvo, que los muebles estaban descoloridos y desvencijados. Seguramente dejaba entrar los rayos del sol durante todo el día y por eso las plantas de las macetas estaban marchitas. Anna sintió el impulso de levantarse para regarlas por última vez, mas permaneció sentada. Daba igual. ¡Qué raro le resultaba ser una extraña en un apartamento que ella misma había decorado con tanto esfuerzo! «Bueno, ésta es mi última visita aquí. Ojalá hubiese seguido el consejo de Grein y hubiese contratado un abogado». Anna meditó durante unos instantes sobre qué debería llevarse. Necesitaba que alguien la ayudara a embalar. Se levantó y abrió el armario ropero del pasillo. Su ropa seguía allí colgada, intacta. Tenía un enorme baúl, pero estaba guardado en el sótano.

Luria volvió al salón.

—Bien, ¿dónde vives? ¿Cómo te va con tu nuevo amante?

—¿Qué esperas oír? ¿Que me pega?

—A mí me da igual que te pegue o te bese... Yo de todos modos me voy.

Anna se puso alerta.

—¿Adónde te vas?

—Con mi mujer y mis hijos.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó Anna, con el corazón en un puño.

—Tal vez. Estoy harto de tanta inmundicia. No debí haberlos abandonado. Quisiera hablar contigo sobre algunos asuntos prácticos.

—¿Qué asuntos?

—Tu padre te va a desheredar. Él mismo me ha contado que ya ha cambiado el testamento, y que ha anulado el cheque que te había dado. Va a dejarte sin un centavo y tu amadísimo señor Grein te abandonará para regresar junto a su mujer. Eres una ramera, desde luego, pero en este país las hay más jóvenes y más guapas que tú. En este oficio la competencia es grande.

—Lo único que pretendes es ultrajarme.

—No, nada de eso. Tengo un seguro de vida que de momento sigue a tu nombre.

Podría cambiar el beneficiario, pero no me importa que seas tú quien cobre la póliza. Las putas necesitan mucho dinero; es un oficio costoso.

—¿Qué quieres? Hasta ahora las primas las he pagado yo, no tú.

—Tú pagabas, pero la póliza es mía. Cuando yo me caiga muerto, valdré diez mil dólares. Si quieres, puedes hacerme valer veinte o treinta mil. Todo el país se ha edificado sobre este principio: las mujeres matan a los hombres y obtienen una recompensa por ello. Aquí las víctimas pagan a los asesinos.

—Nadie te está matando. Puedes vivir y ganarte el pan. Incluso puedes pedir un préstamo contra la póliza, no me importa.

—Ni quiero préstamos ni necesito pan. En cambio, lo que sí necesito es una prostituta, ya ves. No duermo y quizás eso me ayudaría a conciliar el sueño. Si quieres venderte, podemos llegar a un acuerdo.

Anna retrocedió un paso.

—Te lo ruego, Luria, ¡no sigas!

—¿Aún te sientes ofendida? Las mujeres como tú no pueden permitirse el lujo de ofenderse. Y yo sé que conoces el valor del dinero. No todas las putas consiguen un precio tan alto.

—Te lo ruego, Luria.

—Deja ya de rogarme. Te he planteado una propuesta. Me voy a ir, y eso no es ninguna broma. Pronto no necesitaré nada, ni mujeres ni dinero. Echaré un vistazo a lo que pasa ahí arriba, si los Hitler mandan también o si no existe ni eso. Han intentado mostrarme el otro mundo, pero yo no me fío. Si quieres la verdad, tienes que estar dispuesto a pagar con la vida.

—La verdad no va a escapar.

—Te estoy haciendo una propuesta y quiero que me contestes claramente. Voy a aumentar el importe de la póliza y cuando me muera recibirás treinta mil dólares. Lo único que tienes que hacer es venir aquí y acostarte conmigo dos veces por semana. Ni *madame* Pompadour cobraba tal precio.

Anna rompió a llorar.

—¿Qué quieres de mí? ¡Sádico!

—Bueno, si te pones así, te juro que no recibirás ni un centavo. —Y Stanislaw Luria volvió al dormitorio.

Anna bajó una maleta y comenzó a llenarla. Pese a que ya no lloraba, seguía viéndolo todo borroso. «Sí, se va a matar. Es de los que sólo buscan algún pretexto — reflexionaba Anna. Pero ¿qué puedo hacer yo? ¿Qué puedo hacer?». No sabía qué llevarse y qué dejar, así que fue echando dentro de la maleta lo que más a mano tenía, revolviendo y arrugándolo todo, con la certeza de que estaba eligiendo lo superfluo y olvidando precisamente lo más necesario. De repente, sonó el teléfono, estridente y hueco como en un piso vacío. Al parecer Luria ya no contestaba, pero el aparato seguía sonando. «¿Y si es para mí? —se le ocurrió a Anna. No todos saben que le he dejado». Se acercó y levantó el auricular.

—¡Diga!

Notó una presencia muda al otro lado de la línea y percibió fugazmente un silencio cargado de animosidad.

—¡Diga!

Distinguió de pronto la voz de su padre.

—¿Quién está ahí?

—Papá, soy yo.

Anna no pudo seguir hablando. Boris Makaver empezó a decir algo con voz ahogada y luego calló.

—¿Qué haces ahí? —preguntó finalmente en un tono tan alto que Anna tuvo que apartar el auricular.

—He venido a recoger mis cosas, papá.

—¡No me llames papá! ¡Ya no soy tu padre y tú has dejado de ser mi hija! Te he tachado, eliminado. ¡Borrado sea tu nombre! No te atrevas a venir a mi casa, porque he ordenado a ese hombre, como se llame, que te impida la entrada. Quería hablar con Luria, no contigo.

—Voy a llamarle.

—No, no necesito nada de ti.

Boris colgó el teléfono.

Anna se quedó un rato con el auricular en la mano antes de colocarlo en su lugar. Volvió a su maleta, pero en ese preciso instante sonó el timbre de la puerta. De nuevo no supo si acudir. «No, mejor que no —resolvió. Con el día que llevo cualquiera puede insultarme, hasta un vendedor de cepillos». Sin embargo, al igual que había ocurrido con el teléfono, el timbre de la puerta sonaba con insistencia. Era evidente que Luria había decidido no atender a nadie. Entonces, ¿por qué antes había contestado a su llamada? Finalmente, Anna se acercó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, pero no hubo respuesta.

«¡No voy a abrir! ¡Hoy, hasta podrían asesinarme!», decidió Anna, aunque acto seguido hizo todo lo contrario: abrió la puerta.

En el umbral aguardaba un hombre que le resultaba vagamente conocido, aunque no logró identificarlo. Sin embargo, su intuición le indicaba que el hecho de no reconocerlo era absurdo, incongruente, y que se trataba de alguien a quien conocía desde hacía mucho tiempo. Quedó sumida en una especie de amnesia pasajera. Ante sus ojos se hallaba un hombre de escasa estatura, vestido con una extravagante indumentaria de colores chillones: un abrigo amarillo a cuadros, desabrochado, bajo el cual asomaba el traje color teja; una camisa a lunares y rayas rojas, y una llamativa corbata de seda multicolor. Un alfiler sujetaba los extremos del cuello de la camisa en torno a la arrugada piel de la garganta, cuya escualidez quedaba acentuada por una nuez muy prominente. Anna se lo quedó mirando estupefacta, hipnotizada. El individuo llevaba un sombrero adornado con una pluma e inclinado hacia atrás, sobre una melena de pelo canoso que no casaba con sus rasgos juveniles y que cubría su

cráneo como si se tratara de una peluca. Tenía el aspecto de un viajero recién llegado de un lejano país tropical. Anna echó una mirada a los brillantes zapatos, así como a las blancas polainas, similares a las que calzan los dandis en verano. «Lo conozco, yo lo conozco —se repetía Anna. Pero ¿quién es?». Con los ojos entornados, el hombre la observaba con el asombro de quien, siendo una persona próxima, se da cuenta de que no le reconocen. En sus ojos, en las líneas de expresión de su rostro, se advertía cierto aire burlón, como si en cualquier momento fuese a soltar una sonora carcajada.

—¡Pero qué ven mis ojos! —exclamó finalmente en alemán.

En ese instante, Anna lo reconoció. La impresión le demudó el rostro. Se trataba de Yasha Kotik, su primer marido.

—Dios mío, ¿qué haces tú aquí? —preguntó con voz entrecortada.

Se quedó sujetando la puerta para evitar que entrara. De pronto comprendió por qué no lo había reconocido: su presencia allí era un absurdo, algo situado en la frontera de lo imposible. Empezó a percibir los cambios que se habían operado en él: con los años parecía haberse encogido al tiempo que envejecía, y en su rostro se advertía un gesto extraño que no conseguía calificar: una trágica burla que emanaba de su interior, el retorcido humor de un payaso que ha pasado por un infierno del que, inopinadamente, ha logrado escapar. Las arrugas que le rodeaban la boca eran más marcadas, como grabadas en arcilla, y expresaban: «¡Ay, hasta qué punto pueden alejarse dos seres queridos! ¡Mira, mira lo que el tiempo es capaz de hacer!». Emitió un sonido, mezcla de risa y llanto.

—¡Anna!

III

Anna comenzó a hablar a Kotik en alemán. Le preguntó de dónde venía y cuánto tiempo llevaba en Estados Unidos, y enseguida añadió que la encontraba allí por pura casualidad. Él parecía haber olvidado el alemán, lo hablaba como los *ostjuden* a quienes tantas veces había imitado sobre un escenario. Se le trababa la lengua con cada palabra.

—He olvidado completamente la lengua de Hitler —le explicó en yiddish, al observar el asombro de Anna. En Rusia hablaba en ruso o en yiddish. Del inglés sólo conozco tres palabras. —Y soltó un taco.

—La verdad, no entiendo por qué has venido —le dijo Anna, visiblemente incómoda. Yo ya no vivo aquí.

—¿Qué me dices! Entonces, ¿dónde vives?

—Aquí no.

—¿Te has mudado o algo así? Llevo dos semanas buscándote. Llamé a tu padre por teléfono, pero nunca le encuentro en casa y esa Reytze está sorda como una tapia. Le hablas en alemán y te contesta en polaco. Me enteré de que te habías convertido en la señora Luria y decidí llamar, pero tampoco aquí contestaban. Tengo que ir a Hollywood pronto y se me ocurrió probar suerte presentándome por las buenas, como Santa Claus. Y mira tú qué casualidad: ¡te he pillado, ja, ja!

—Pues sí, una rarísima casualidad.

—Ya estoy acostumbrado a este tipo de situaciones. Tenían que producirse diez mil coincidencias para que yo me encontrara al otro lado de esta puerta.

Anna esperó un momento.

—No puedo invitarte a entrar. Todo esto es de lo más extraño. Sal y espérame abajo; yo no tardaré.

—Escápate por la chimenea.

—¿Por qué habría de escapar? No le temo a nadie.

—Ya veo que este país te ha cambiado.

—He envejecido.

—No, no estás envejecida, pero sí diferente. ¿Dónde te espero?

—Al otro lado de la calle. He de meter unas cuantas cosas en la maleta. Me separo también de él. Por lo visto es mi destino.

—¡Menuda sorpresa! Bueno, quería charlar contigo, tenía ganas de verte. Al fin y al cabo, somos viejos conocidos. —Yasha Kotik hizo un gesto grosero que parecía fuera de lugar. No encajaba con su pelo canoso.

De repente, Stanislaw Luria hizo acto de presencia. Asomó la cabeza desde el dormitorio y en cuestión de segundos se llegó a la puerta.

—¿Quién es éste? —dijo en polaco. ¿Qué quiere?

—¡Ah! ¡Aquí todavía se habla *popolski*! —Yasha Kotik pareció alegrarse. Acabo de llegar de Polonia, pero no se me da bien el polaco, lo mezclo con el ruso.

—¿Qué desea usted? ¿A quién busca? —le preguntó Luria en yiddish.

—¡Oh, busco el ayer! Su esposa había sido mi esposa y me preguntaba cómo se encontraba, eso es todo. No tiene por qué ponerse celoso.

—¿Usted es Yasha Kotik?

—¿Quién lo va a ser, si no yo? ¿Acaso lo es usted?

—¿Por qué se queda en la puerta? Pase. Disculpe mi atuendo, no me he vestido porque durante la noche no consigo conciliar el sueño e intento dormir de día. Su esposa, porque ahora es más suya que mía, me abandona. Ya ha encontrado un tercero. ¿O tal vez es el quinto? Adelante, pase; ella siempre me hablaba de usted. Nunca le olvidó.

—Vamos, Luria, toda esta palabrería sobra —intervino Anna en inglés.

—Qué más da. Venga, pase por aquí. ¿Ve usted como le contaba la verdad? Está haciendo la maleta. ¿Y de dónde viene usted, si me permite la pregunta? Siéntese.

—Vengo del mundo entero. Aunque todos los países se empeñaron en reducir a Yasha Kotik a cenizas, él se obstinó en seguir con vida. ¿Por qué razón tiene que vivir Yasha Kotik? Para contemplar a Anna, y también a usted. Incluso en el otro mundo le han echado el ojo a Yasha Kotik. Quieren ajustarle las cuentas, pero ¿qué prisa hay? En Hollywood han oído hablar de mí y quieren convertirme en una estrella. Resulta que yo salía en una película rusa, que después trajeron a Estados Unidos. Mientras en Rusia me dedicaba a vender jabón en el mercado negro, en este país se escribían reseñas sobre mí. Una prima mía que vive aquí me guardó los recortes. Así que también en Estados Unidos Yasha Kotik es una celebridad. ¿Ustedes fuman?

—Perdonadme, pero he de recoger mis cosas —interrumpió Anna. Miraba a los dos hombres, entre asustada y avergonzada.

—Bueno, pues tú a lo tuyo. Siéntese aquí —dijo Luria, señalando una silla. Aún conserva usted el buen humor, eso es bueno. ¿Dónde estuvo usted en Rusia?

—Diga mejor dónde no estuve. He recorrido hasta el último rincón del estado de Stalin. He estado en la cárcel, aunque no por motivos políticos sino por ejercer actividades en el mercado negro. Allí todos se ven obligados a comerciar ilegalmente. Deambulé con una compañía de actores y en el *Pravda* se escribían artículos sobre mí. Pero nunca había comida suficiente, así que en cuanto llegaba a una ciudad, inmediatamente me iba a vender algo. En una esquina pegaban carteles con mi imagen y en la otra me colocaba yo, el famoso actor, con el brazo extendido y una pastilla de jabón en la mano, o una camiseta, o cualquier otra cosa que pudiese vender. En el estado de Stalin todo es susceptible de convertirse en mercancía. Tenía una mujer que me abandonó por otro. Se dejó un camisón en casa, y enseguida me fui al mercado a venderlo. Mientras estaba allí pasó ella con su nuevo amante. Le mostré el camisón y la incité a comprarlo: «Venga, camarada, cómprese usted un bello vestido de gala». Así es la patria socialista. Cuando llegaba con mi compañía a una ciudad y no teníamos donde pasar la noche, nos tumbábamos sobre el escenario y nos abrigábamos con el telón de fondo. Incluso he llegado a dormir en la calle en pleno

invierno. Durante la guerra todo escaseaba, menos los piojos: eso era lo único que superaba las previsiones del plan quinquenal.

Anna se mordía los labios para no reír.

—¡Qué cosas dices!

—Sólo os cuento la verdad, y la verdad es cómica. Por eso soy un cómico. ¿Qué ha ocurrido entre ustedes dos? ¿Por qué está Anna recogiendo sus bártulos?

Luria esbozó una mueca.

—Por lo visto Anna tiene una norma: cambiar de hombre periódicamente.

—Os lo ruego: no habléis de mí. Si os empeñáis en hacerlo, tendré que marcharme. Ya haré las maletas en otra ocasión.

—¿Qué es lo que he dicho? Más vale que te lleves cuanto puedas, si no quieres que te lo roben. Yo no me hago responsable.

—Pero bueno, ¿aquí también? —preguntó Yasha Kotik. Allí todo desaparece. Todos roban, menos el camarada Stalin, porque él es Dios y Dios no necesita hacerlo: toma a su antojo. En Rusia también fui comerciante y llevaba mi contabilidad. Tenía que apuntarlo todo, pero ¿dónde escribir cuando no hay papel? Se me ocurrió llevar las cuentas aprovechando los márgenes de unos poemas de Maiakovski, que siempre escribía versos cortos. En fin, comprenderéis que para no morirme de hambre yo también robaba aquí y allá, así que decidí arrancar algunas hojas. Cuando llegó el inspector para revisar mis libros resultó que se sabía de memoria la poesía de Maiakovski. «¡Oiga, ciudadano! —me soltó—, sus cuentas no cuadran». Desde entonces opté por llevar la contabilidad aprovechando las obras de Demian Biednyi.

—Te lo estás inventando —exclamó Anna.

—¿Cómo dices? Nada de eso. ¿Por qué inventar cuando la vida te proporciona diario situaciones que no se le ocurrirían a ningún mentiroso? Pondré un ejemplo. Tenía un amigo, un escritor en yiddish. En Rusia yo conocía a todos los escritores en yiddish. Éste no tenía talento, pero ¿acaso supone esto un obstáculo allí? Para triunfar no hay más que elogiar a Stalin. Una vez estábamos hablando y me confesó: «¡Ay, estoy harto de todo esto...!, daría la mitad de mi vida por largarme de aquí». En el momento en que lo dijo pensé: «Ajá, tendré que ir a la NKVD. Si no le delato, él me delatará a mí. Podría informar de que yo he oído opiniones contrarrevolucionarias y me lo he callado. Nunca se sabe. Tal vez me esté tendiendo una trampa». Así que le miré como diciendo: «¿Para qué te ha servido?». Nos dimos la mano y me fui derecho a la NKVD. Al llegar a la puerta vi que el pajarillo se me había adelantado. Había ido por otro camino. Allí estuvimos esperando medio día y después nos delatamos mutuamente. Luego volvimos a casa juntos.

—¿Cómo les dejaron marcharse?

—Interpretaron que él me había puesto a prueba. En cuanto acudes a ellos para informar contra otro, todo es *kosher*.

Luria se frotó la frente.

—Una joya de país. Pero si ha de ir usted a Hollywood, le consejo que no cuente

estas historias. Todo Hollywood es un nido de comunistas. Claro que el setenta y cinco por ciento de los escritores de aquí también son rojos. Una palabra contra Stalin y te verás condenado al ostracismo.

—¿Aquí también?

—Sí, también aquí.

—Bueno es saberlo. Pues entonces le daré la vuelta a la moneda. Les contaré que allí los obreros nadan en la abundancia. Como decía mi abuela: éste es un mundo de engaños... En la otra vida seguramente también habrá que urdir mentiras.

—Lo que haya en la otra vida, ya lo veremos —replicó Luria.

—Yo ya lo he visto —declaró Kotik, dirigiéndose a Luria y al mismo tiempo a nadie en particular. En la guerra contraí el tifus y llegué a tener cuarenta y tres de fiebre. Luego la temperatura me bajó hasta treinta y cuatro. Deliraba todo el tiempo. En el hospital escaseaban las camas y me acostaron en un lecho de paja, en el pasillo. Las enfermeras pasaban por encima de nosotros. Me dieron por muerto. Ya se disponían a llevarme al depósito, cuando de repente abrí los ojos, ¿y qué es lo que vi? Unas bragas. Ese panorama me resucitó. Así fue como volví del otro mundo. Pero bueno, ¿por qué has decidido cometer esta tontería, Anna? Si te has casado con un hombre decente y tienes un apartamento tan bonito en Nueva York, ¿por qué empaquetas de nuevo tus cosas? En Rusia, cuando una pareja se divorcia, los dos se quedan a vivir en la misma casa. Ella aporta un nuevo marido y él otra mujer. Entonces las dos esposas vuelven del trabajo por la noche y discuten por las cazuelas: que si mi cazuela, que si tu cazuela; que si mi marido, que si el tuyo. Digo esto porque... ¿Adónde vas con tus cachivaches?

—Se marcha con un hombre que vende acciones en Wall Street —contestó Luria. Se ha hecho estadounidense. Aquí existe un único amor: el amor al dólar.

Anna estaba a punto de replicar, cuando Yasha Kotik la interrumpió.

—¿Wall Street? Yo lo imaginaba completamente distinto. En Rusia te dicen que todos los problemas del mundo se originan allí. Si una mujer aborta, Wall Street tiene la culpa. ¿Y qué me encuentro aquí? Una callejuela estrecha como las del gueto de Roma. Nadie pensaría que rebosa dinero desde los sótanos hasta la bandera. Cuando venía para acá en el barco conocí a un judío de Nueva Rochelle, una población pequeña cerca de aquí. Empezó a contarme su vida. Tiene un hijo y una hija. Con su hijo es feliz y con la hija desgraciado.

»—¿Por qué no es usted feliz con su hija? —le pregunto.

»—Porque se casó con un rabino.

»—Pues irá usted derechito al paraíso y le darán de comer la cola del Leviatán —le digo entonces.

»—Eso vale para Europa, no en América —contesta, y enseguida añade que es masón.

»—¿Y qué es un masón? —pregunto yo.

»—¿No sabe lo que es un masón? —se extraña el tipo. Los masones llevaban las

piedras para construir el Templo de Jerusalén.

»—¿Y a qué templo está usted llevando piedras?

»—Se nota que acaba usted de llegar y que aún no sabe por dónde van los tiros. Eso es bueno para los negocios. Mire, he suscrito una póliza de seguros a nombre de mi mujer por cincuenta mil dólares... ¿de qué me sirve eso, si ya es un vejestorio? De nada, pero es necesario para los negocios.

Anna se encogió de hombros.

—¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros?

—¿Qué? Vaya, ya se me ha olvidado. Siempre me pasa lo mismo: empiezo a hablar de algo y luego pierdo el hilo. ¡Ah, sí! ¿Qué sentido tiene correr de un hombre a otro? Antes yo también creía que cada hembra era diferente, pero con el tiempo descubrí que todas son iguales. Ya ves: ahora que estoy dispuesto a ser un marido fiel, nadie quiere mi fidelidad.

—Ya encontrarás a alguien en Hollywood —replicó Anna.

—Espera, te ayudo a cerrar la maleta. En Hollywood quieren darme un papel de ruso, pero mi ruso es tan macarrónico que parece turco. Te diré algo con plena franqueza: no me gustan las grandes estrellas de Hollywood. Lo que yo necesito ahora es una mujercita que me zurza los calcetines. Dígame, panie Luria, ¿Anna sabe zurcir calcetines?

—Ni sabe ni quiere. Ella solita se ha convertido en una *prima donna* de Hollywood.

—En Rusia las mujeres han aprendido a salir adelante. Te acuestas con una cualquiera y te somete a un auténtico interrogatorio para averiguar si te desvías a la derecha o a la izquierda de la línea del partido. Por la mañana se levanta, te besa en la boca, y ¡hala!, directa a la NKVD para entregarles un informe completo sobre ti. Si a lo largo del día no te han metido en chirona, vuelve la misma zorra por la noche y empieza a quejarse: «¡Oh, *golúbchik*, qué día tan horrible he tenido! ¡Ni te imaginas cuánto he corrido de un lado para otro! ¡Cómo me duelen los pies!». Y te besa con tanta dulzura que te conviertes en gelatina. Luego en la cama te pregunta: «*Golúbchik*, ¿qué te ha parecido el último discurso del camarada Stalin?». Y tú la abrazas y contestas: «En todo el discurrir de la historia no ha habido un discurso como ése. ¡Más brillante que el sol! ¡Más dulce que la miel! ¡Puro veneno para los capitalistas! ¡Da justo en el clavo! Mañana, querida mía, podrás descansar tus pobres piececitos. Ahora dame tu boca».

Anna se ruborizó.

—Eres el mismo de siempre.

—No, querida, el mismo no. ¡La realidad rusa ha sobrepasado con creces a Yasha Kotik, ya lo creo!

I

La señora Clark estaba inclinada sobre su sillón de dentista, horadándole una muela a un paciente, un pope ruso cuyo rostro se retorció de dolor. Por desgracia, era necesario limpiar a fondo la caries. Aunque la señora Clark llevaba años ejerciendo su profesión, todavía le horrorizaba usar el torno... También ella había padecido lo indecible con su propia dentadura, así que sabía por experiencia lo que era un dolor de muelas, los nervios expuestos y el tormento que suponían. Sin embargo, ¿qué alternativa había? Los seres humanos tienen que sufrir. Si uno se evade de los sufrimientos menores, le toca soportar los mayores.

Después de taladrar unos instantes, paraba; luego recomenzaba y de nuevo se detenía. En cada ocasión, el pope, un hombretón corpulento de larga cabellera, soltaba un hondo suspiro que recordaba el aire al escapar de un barril. La señora Clark se maravillaba de sí misma. Su padre había sido matarife en Bukovina y ella, Jaye Sara, luego Henrietta, estaba taladrándole una muela a un pope en la calle Cincuenta y siete de Nueva York. «Al menos yo doy ayuda en lugar de dar muerte — pensaba. Aunque en realidad no es posible matar a ningún ser vivo, ni a una persona ni a un animal. El alma (también los libros teosóficos utilizan él término “alma”) enseguida busca un nuevo cuerpo, una nueva vestimenta. De acuerdo, pero ¿por qué me habré metido en ese otro asunto? ¿De verdad lo hago sólo por altruismo? ¿O acaso me proporciona otra clase de placer? ¿Será compasión? ¿Será amor? ¿Y no lo estropeará todo esa chica en un momento dado? Si me descubre, hasta podrían arrestarme. Una persona como ella sería capaz de chantajearme en cuanto quisiera. Sin embargo, una satisfacción sí que tendré: salvar una vida. No, dos vidas. ¿Que las alimento con mentiras? Cuando las personas se niegan a ver la realidad, hay que mostrarles su reflejo. Antaño, cuando un niño en el *jéder* se negaba a aprender el alfabeto, el ayudante del maestro dejaba caer un trocito de pastel y luego le decía que un ángel lo había tirado. ¿Era eso una estafa? Aquellos judíos creían en la Torá y en los ángeles, pero a los niños tontorrones hay que guiarlos echándoles pasteles».

El pope soltó un grito y la señora Clark exclamó:

—¡Ha sido el último! ¡Ya está! ¡Ya está!

Eran las seis menos cuarto y en la sala de espera no quedaban pacientes, sólo Justina Kohn, que aguardaba con una bolsa en la mano. La señora Clark introdujo el tubo aspirador en la boca del pope y echó una ojeada por la ventana. Los cristales de

los edificios de enfrente destellaban como si fueran gemas engastadas en el hormigón. Abajo, delante de los escaparates, se agolpaba una multitud de mujeres vestidas con ropa casi idéntica a la que allí se exponía. Desde lo alto, los maniqués parecían más vivos que quienes se paraban a mirarlos. Los coches circulaban como inocentes juguetitos, mientras un autobús, que se deslizaba entre ellos por la Quinta Avenida, evocaba la imagen de un gran gusano entre gusanillos. La señora Clark entreabrió la puerta que daba a la sala de espera y Justina Kohn le dirigió un guiño de complicidad. ¡Qué distinta de la otra mujer, la señora Kurtz! La mecánico dentista era mucho más sutil y refinada, nunca guiñaba el ojo, ni te hacía ninguna jugada. Claro que Justina era actriz y hablaba un polaco excelente además de yiddish, pues abandonó Varsovia en 1939. Saltaba a la vista que disfrutaba con todo el asunto, porque en Nueva York no había teatro polaco y una actriz necesita actuar. En ese momento ya estaba desempeñando su papel de paciente nerviosa, sentada con las piernas cruzadas, un cigarrillo en la boca, una revista sobre la rodilla, tensa y en actitud de no aguantar más la espera. Tenía la barbilla pronunciada, la nariz algo larga y los ojos redondos como los de un pájaro. Llevaba su pelo teñido de rubio platino y su exagerado maquillaje quedaba rematado por unas uñas afiladas y puntiagudas, pintadas de color rojo sangre.

El pope se despidió. Aun cuando el cielo estaba despejado, había traído un paraguas que recogió del rincón donde lo había dejado, al tiempo que se ponía el sombrero de piel sobre la desgredada cabellera. Le tendió a la señora Clark su enorme y cálida mano y saludó a Justina Kohn con un gesto de cabeza. Antes de salir se palpó las mejillas, como para comprobar si conservaba todos los dientes.

La señora Clark sonrió.

—Un ruso de pura cepa. Procede de alguna parte de Siberia.

Justina Kohn esbozó un gesto pícaro.

—¡Es grande como un oso!

—Y tiene mujer e hijos.

—Sí, claro. A ellos les está permitido casarse. Sólo los curas católicos han de mantener el celibato. Aunque, eso sí, cada uno tiene su ama de llaves, y lo que hacen cuando apagan la luz sólo Jesús lo sabe.

La señora Clark esbozó una mueca de irritación. No le gustaba que se hablara mal de nadie, y mucho menos de una persona devota, un servidor de Dios. Para la señora Clark, todas las religiones reverenciaban al mismo Dios. La diferencia consistía tan sólo en las ceremonias externas, no en lo esencial. Ella, por su parte, había superado los dogmas desde hacía tiempo. No se consideraba judía, tampoco cristiana, y aceptaba todas las revelaciones, cualquiera que fuese su procedencia. Dios se había dirigido a sus amadas criaturas en todas las lenguas, bajo todas las formas.

—Vamos a cenar a un restaurante para concretar los detalles —dijo tras una pausa. Lo principal es que no le toquen a usted demasiado, porque eso lo echa todo a perder. Basta con un leve roce, con la caricia del aliento. ¿Ha traído usted zapatillas

blandas?

—Lo tengo todo.

—Si no, ya le proporcionaré yo lo necesario. Mi casa está bien caldeada, de manera que puede usted andar desnuda, o quizá llevar unas braguitas finas. Cuando hable, hágalo con suavidad, que apenas la oigan. Ha de consistir en una palabra, un susurro, una leve brisa en el rostro. Ah, y quítese todo el maquillaje, que no quede ni rastro. Insisto: lo esencial es transmitir una sensación de amor, de devoción, de calor; eso es cuanto necesitan. Recuerde que deberá representar a dos mujeres: Sonia y Edzhe. Sonia era la esposa de Luria y Edzhe, la de Shrage. Las dos con voces y sobre todo con personalidades completamente distintas. Evite también cualquier alusión al sexo. Cuando nos liberamos del cuerpo cesan todos los deseos físicos. En las mujeres esto ocurre incluso antes, lo cual demuestra que la mujer se encuentra en un nivel superior al hombre en la escala de la evolución. Yo, por ejemplo, soy capaz de amar profundamente, pero lo carnal me repugna.

—¡Oh, cómo la envidio!

—A mi edad sentirá usted lo mismo.

—A veces me parece que voy a necesitar un hombre hasta en la tumba.

Los ojos de pájaro de la señorita Kohn reían mientras esbozaba una maliciosa sonrisa que dejó al descubierto sus dientes separados. La señora Clark se fijaba especialmente en las dentaduras y la de la señorita Kohn no le gustaba. Las piezas estaban demasiado espaciadas, además de ser anchas y puntiagudas como las de un animal. Tenía los brazos demasiado largos para su estatura y su cintura era excepcionalmente estrecha. La señora Clark había observado que la joven parecía sostenida por muelles. Además, la bolsa que llevaba tampoco era de su agrado, pues en su opinión le recordaba demasiado a las que utilizaban las ladronas y mecheras. Se amedrentó ante este aluvión de pensamientos negativos. Comprendía que para llevar a cabo su proyecto era imprescindible que cuantos participaban lo hicieran impelidos por el altruismo. Así pues, hizo acopio de todo su amor para explicarse.

—Bueno, en el karma todo posee un propósito. De no ser así ¿para qué lo precisaríamos? Ha de producirse una maduración, un desarrollo. Ni la más nimia de nuestras acciones se malogra, antes bien se deposita en una tesorería general, por así expresarlo, y dependiendo de la esfera donde recaiga, suscitará una luz rosada o una negrura tenebrosa, según se trata de buenas o malas acciones. Todos contribuimos a ello y el papel que desempeña cada persona reviste su importancia.

—¿Cómo dice? ¡Oh, sí!

—Se lo comento porque acaso le planteen preguntas. No deseo que entable largas conversaciones con ellos; sin embargo, deje caer de cuando en cuando alguna palabra. A grandes rasgos: todo es bueno y rebosa gracia. Ésta es la pura verdad, sin embargo, es una certidumbre de dificultosa adquisición. Y lo primordial, tanto si nos acercamos a ella por el camino real como si la alcanzamos a través de atajos, es que el alma cumpla con su misión.

—No se preocupe, señora Clark. Yo puedo ser Sonia, Edzhe y otras seis mujeres más. Me convertiré en un fantasma procedente del país de los espectros. Quedarán plenamente convencidos de que intercambian unas palabras con sus esposas, procedentes del otro mundo.

—No se ría, querida, no se ría. Todos somos espíritus. Este mundo es también el venidero. Cuando alcance mi edad, lo comprenderá.

II

Después de la cena en el restaurante, Henrietta le entregó la llave a Justina. La señorita Kohn ya había visitado el apartamento de la señora Clark con anterioridad y conocía todos sus secretos. Había dos entradas y dos cuartos de baño. Justina sólo tenía que deslizarse por la puerta posterior, encerrarse en el segundo cuarto de baño, desnudarse y esperar la señal acordada: un grito que soltaría la señora Clark durante su fingido trance. Henrietta había calculado que la representación completa —es decir, entrar, desnudarse, aparecer, vestirse de nuevo y salir— le llevaría a Justina como mucho una hora. En pago por sus servicios, la actriz había recibido un tratamiento dental por un valor no inferior a cien dólares, además de una cena y el importe de dos viajes de ida y vuelta en taxi.

Puesto que la entrada de Justina no estaba programada hasta las diez de la noche, y precisamente aquella tarde Macy's no cerraba hasta las nueve, la señorita Kohn decidió ir después de cenar a la calle Treinta y cuatro para comprarse un jersey. De regreso a casa en el taxi, la señora Clark cerró los ojos. Había organizado decenas de sesiones de espiritismo, pero cada vez la sobrecogía el mismo temor, sobre todo cuando intervenían nuevos participantes. Se imaginaba como una directora de teatro en la noche de estreno. Aunque echaba mano de toda clase de autojustificaciones, nunca se quedaba con la conciencia tranquila. Bien es cierto que jamás había sacado un beneficio material de sus engaños. Al contrario, estas representaciones siempre le acarreaban gastos, además de trabajo y quebraderos de cabeza. Siempre existía el riesgo de que algo se torciera y la dejara expuesta al ridículo y la vergüenza. ¿Quién sabía? Tal vez incluso la llevaran ante los tribunales. Los jueces acostumbraban mostrarse muy severos con los médiums, a pesar de que, como sólo Dios sabía, no perjudicaban a nadie. No importaba: la señora Clark no se consideraba capaz de renunciar a ello.

Dictaba el destino que siempre conociera a personas débiles, desgraciadas, perdidas, personas necesitadas de su ayuda. Del mismo modo conocía por experiencia el dolor de sus pacientes al hurgar en sus muelas, también comprendía los padecimientos, dudas y angustias de quienes habían sufrido una pérdida y buscaban algún contacto, alguna señal de que sus seres queridos y su amor seguían existiendo. Alguna vez Henrietta había intentado convocar a los espíritus de forma «honesta» mediante un verdadero trance; sin embargo, los éxitos fueron contados. Con el paso de los años cada vez le costaba más concentrarse, impermeabilizarse a los pensamientos ajenos y conectarse con los poderes trascendentales. Por otra parte, cuanto mayor se hacía, más necesitaba estas representaciones. ¡Dios del cielo, si era el único placer que le quedaba en la vida! Era todo a un tiempo: el sexo, el alcohol, las drogas... De vez en cuando entraba en un auténtico trance o en un estado hipnótico. Tanto dormida como despierta veía apariciones: caras, luces, figuras. De tal manera se confundían la realidad con la ficción que ni la propia Henrietta sabía

determinar dónde terminaba la una y empezaba la otra. Además, en el fondo nunca había abandonado la esperanza de establecer contacto con Edwin, su difunto marido, y con sus padres y hermanos ya fallecidos. En cuanto cerraba los ojos, los veía a todos ellos tan vivos y cercanos que parecían haber permanecido ocultos desde entonces, a la espera de una ocasión para mostrarse.

El taxi se detuvo en un semáforo y Henrietta Clark suspiró. A pesar de no ser ya una jovencita, pues estaba a punto de cumplir los sesenta y cinco, se sentía infundida de una energía interior que no había conocido hasta entonces, plena de vigor y creatividad. Deseaba hacerlo todo: pintar, esculpir, escribir, tocar el piano... y quería que fuese de forma automática, sumida en un trance. Ansiaba consolar a las personas, ayudarlas, imbuirles esperanzas renovadas, una nueva fe en Dios, en el espíritu y en el papel del hombre en la creación. Apenas dormía cuatro horas diarias, y a menudo ni eso, y el mismo sueño estaba plagado de dramas divinos, de complicaciones y misterios que en la vigilia no alcanzaba a comprender, mucho menos transmitir. No disponía de tiempo para hojear las revistas que le mandaban, ni para leer los libros sobre ocultismo que recibía. La invitaban a toda clase de simposios organizados por eminentes parapsicólogos, pero no conseguía participar ni en la décima parte de ellos.

Durante los primeros años de su relación con el profesor Shrage, Henrietta albergaba la esperanza de haber encontrado un compañero, un guía, un padre espiritual. ¡Todo un personaje, el profesor David Shrage! Su nombre se mencionaba con respeto en las más prestigiosas revistas dedicadas al ocultismo. Le habían invitado a dar una serie de conferencias en la Universidad de Duke. Recibía cartas de la Sociedad Británica de Investigación Parapsicológica. Se carteaba con los más grandes y famosos. Sin embargo, la había defraudado, incluso decepcionado. En lugar de acercarse a ella, se había retraído, había dejado de creer en los «mensajes» que ella le transmitía y se mofaba casi abiertamente de sus actividades artísticas. De hecho, se había convertido en su enemigo. A cambio de sus desvelos por mantenerlo, consolarlo, ayudarlo, y hasta por aplicarle masajes para aliviarle la artritis, él había tenido la desfachatez —¡que Dios le perdonara!— de acercarse a ella físicamente, como si fueran dos jovencillos. Lo mancilló todo, había reducido su gran amistad a un montón de basura. Pero tampoco se consideraba capaz de echarlo ni de cortar tajantemente la relación con él. Era consciente de que sin su ayuda Shrage, solo, medio ciego y en la más absoluta miseria, perecería: una auténtica condena a muerte. Por otra parte, la confortaba el hecho de regresar a casa por la noche y encontrar a un hombre que la esperaba; no sólo un ser humano dotado de ojos, nariz y oídos, sino una persona de vasta cultura, un pensador profundo, uno de los grandes estudiosos e investigadores contemporáneos a quien sólo las futuras generaciones apreciarían cabalmente. Un hombre así —a pesar de su carácter avinagrado y de que incurría en ciertas mezquindades, además de mostrarse como un criticón intolerante y obstinado — era preferible, con mucho, a los racionalistas, a las personas prácticas, a los indiferentes, a cuantos ni siquiera estaban dispuestos a considerar que más allá de lo

material existen mundos etéreos, astrales, luminosos, un vasto océano espiritual. En última instancia, con una persona así la vida nunca resultaba aburrida.

El coche se detuvo junto a su apartamento. Henrietta pagó al taxista y le dejó veinticinco centavos de propina. «Que se tome una copita de coñac o lo que le apetezca», pensó. Halló cierta dificultad en apearse del vehículo. Le pesaba el cuerpo y, de tanto estar de pie, las piernas se le habían llenado de varices. Interiormente, sin embargo, rebosaba energía, la sentía brotar y bullir. Subió la escalera y abrió la puerta con su llave. A Dios gracias, las labores de la jornada habían concluido. A partir de ese momento y hasta la mañana siguiente se dedicaría a su vida privada.

Encendió la luz y colgó el abrigo en el armario. Había encargado la compra por teléfono. Ella y el profesor Shrage evitaban la carne y se limitaban a la ingestión de queso, nueces, fruta, verdura y toda clase de cereales y galletas que les traían de la tienda de alimentos dietéticos.

Aunque, ¿por qué negarlo?, cuando el profesor era invitado por Boris Makaver, sí tomaba carne. En fin, al menos en su casa no entraban la carne ni el pescado. Ella estaba convencida de que ésa había sido la causa de los múltiples achaques del profesor. ¿Cómo iba a conservar la salud metiéndose en el cuerpo tanto protoplasma muerto, absorbiendo los jugos y la sangre de criaturas inferiores? ¿Cómo aspirar a la gracia de Dios cuando se colaboraba en la matanza de seres vivos y en arrebatarse sus cuerpos a las almas? En el fondo, Henrietta consideraba conveniente rechazar también el queso, la leche y los huevos. En su opinión era vegetariana sólo a medias, puesto que de forma indirecta apoyaba a los matarifes y a los carniceros. Acaso el cielo se mostraba tan poco generoso con ella y le revelaba con tanta parquedad la luz divina precisamente por este motivo.

III

Henrietta se hallaba sentada a la mesa de la cocina, viendo cenar al profesor Shrage. De no ser porque aquella noche había cenado con Justina, habría llegado a casa muerta de hambre, como siempre. En cambio, el profesor nunca tenía hambre ni sed. Aunque le había proporcionado una dentadura postiza, él siempre la dejaba en el cajón. Le había preparado una tostada, que seguía intacta. Ni siquiera se terminaba el vaso de té: bebía a sorbitos espaciados, incapaz de tomar más de medio vaso. No paraba de mesarse su barbita blanca, suspirando.

—Esta noche verá algo —comentó la señora Clark—, lo presiento. Mientras iba sentada en el taxi percibí la presencia de Midgy.

Midgy era el «control» de la señora Clark, su espíritu guía. El profesor levantó las cejas.

—Bueno.

—Ya sé que usted no se lo cree —puntualizó Henrietta, en un tono mezcla de compasión y de amargura. Tampoco el faraón creía, ni siquiera cuando Moisés transformó ante sus ojos el báculo en una serpiente.

—Ya.

—Escúcheme bien: si se le aparece Edzhe, recuerde que es un espíritu, no un cuerpo. No le exija demasiado ni le formule demasiadas preguntas. Cada instante que el espíritu se halla presente se produce en mí un gran desgaste de energía. A mi edad, caer en un trance profundo supone un enorme esfuerzo. No se pase de la raya.

El profesor se agitó.

—¿En qué idioma debo hablarle?

—En el que se sienta más cómodo. ¿Cómo hablaban ustedes?

—En polaco.

—Entonces, hable polaco.

El profesor se encogió como presa de un repentino dolor de estómago. Sumido en un mar de dudas, lanzaba recelosas miradas de soslayo a Henrietta. ¿Cabía la posibilidad de que un espíritu se materializara adoptando su anterior cuerpo? ¿Poseería Henrietta tales poderes? ¿Dictaba el destino que en su vejez, cuando se debatía en la incertidumbre, se le concediera un atisbo de fe?

A lo largo de los años Henrietta se había escudado en continuas dilaciones. Le hacía promesas que rompía, le transmitía «mensajes» contradictorios, pintaba retratos que no correspondían a nada ni a nadie que él hubiese conocido. Al margen de las contadas ocasiones en las que se presentó su sobrina, Henrietta no había conseguido conjurar ninguna otra aparición. Siempre exigía que la sesión se llevara a cabo en la más impenetrable oscuridad. Ni siquiera permitía una luz roja. La trompeta, el piano que sonaba sin tocarlo y las manos que flotaban en el aire eran trucos de prestidigitación, cuyo carácter fraudulento se había puesto de manifiesto más de una vez. El profesor Shrage casi se había resignado a la idea de que todos los médiums

eran unos mentirosos. Por más que alguna vez obtenían un éxito puntual, la verdad terminaba por ahogarse en un mar de falsedades. El profesor había pillado con las manos en la masa incluso al eminente Kluski, cuya alma se hallaba ya en presencia de Dios. Excepto la señora Leonora Piper, todos eran unos auténticos timadores: Paladino; las hermanas Fox, Catherine y Margaret; incluso el gran Haum. Las supuestas fotografías de espíritus no eran en general más que burdos trucajes, y lo que llamaban ectoplasma sólo consistía en lienzo, papel y pegamento. En los últimos años, el profesor Shrage se había dedicado exclusivamente a estudiar sucesos espontáneos: sueños que se realizaban, apariciones y casos de telepatía o clarividencia. Le interesaba en especial la lectura de cartas de Shackleton, así como los prodigios de Keysey, el médico milagrero, y Henry Gross, el «profeta del agua».

Le extrañaba que de pronto, tras sus repetidas tentativas fallidas, Henrietta se mostrara tan confiada, que alardeara de nuevos poderes extrasensoriales y le prometiera traerle a su mujer Edzhe. También a Stanislaw Luria le había asegurado que convocaría a su esposa Sonia, quien había muerto quemada en alguno de los hornos de cal de Hitler. Luria estaba a punto de llegar.

«Esto está por ver —rezongaba el profesor para sus adentros. Nadie me engañará sustituyendo a Edzhe por una impostora. Ésta será la prueba final, la prueba final».

El profesor no había comido nada. No obstante sentía náuseas y retortijones en la boca del estómago, además de repetidos pinchazos en el corazón. «¡Ojalá no me muera antes! ¡Que por lo menos sobreviva a esta noche!», rezaba el profesor. Lanzó una mirada furtiva a Henrietta. Pese a que creía conocer bien a Henrietta, en realidad seguía siendo una extraña. Nunca había conseguido entender del todo su mentalidad, sus emociones, sus intenciones. En ella, el refinamiento se entremezclaba con cierta rudeza, y la generosidad con una dosis de egoísmo. En el curso de conversaciones acerca de los asuntos más elevados, de pronto mostraba un desmesurado interés por las gangas que se ofrecían en los grandes almacenes. Poseía en algún lugar propiedades inmobiliarias, compraba acciones en Wall Street e importunaba día y noche al casero para que pintara las paredes, instalara una nueva cocina de gas o cambiara la nevera. Incluso iba al cine a ver películas deleznable y escuchaba toda clase de programas absurdos en la radio. ¿Cómo compaginaba esas inclinaciones mundanas con los poderes extraordinarios? Éste era uno de los incontables enigmas que el profesor Shrage no conseguía resolver.

Por otra parte, de alguna manera las piezas encajaban. Todos los médiums y aquéllos a los que la naturaleza había dotado de una sensibilidad especial mostraban más o menos las mismas peculiaridades. ¿Acaso no ocurría lo mismo con los grandes artistas? «En el ser humano, la grandeza va unida a la mezquindad. ¡Cuánta razón tenían los cabalistas al afirmar que éste es un mundo de fuerzas malignas! No es posible que exista nada inmaculado, precisamente porque habitamos un mundo impuro. La misión del hombre se limita a encontrar una perla oculta en el barro. En el más allá, si Dios quiere, ya alcanzaremos la pureza absoluta».

—Ya son las ocho y media. ¿A qué hora debía llegar el señor Luria? —preguntó Henrietta.

El profesor Shrage se sobresaltó, como si le hubiesen despertado repentinamente de un duermevela.

—Estará al llegar.

—¿Habrá cambiado de parecer? Algunas personas reaccionan así: por más que lo desean, en el último instante se echan atrás. Les asusta enfrentarse a la verdad.

—Él dijo que vendría.

—Bueno, si ha de venir, vendrá. Siéntese a su lado y no le deje cometer ninguna tontería. Que no hable demasiado y que no intente agarrarla ni abrazarla. Sería tan peligroso para él como para mí: tenga en cuenta que toda la energía proviene de mi interior, y que si él interfiere yo caería muerta, extenuada.

—Se lo diré.

—La gente no entiende la diferencia que existe entre el cuerpo y el espíritu —comentó la señora Clark con un dejo de amargura. No resulta posible abrazar a un espíritu, a un ente astral incorpóreo. En efecto: su corazón late y su sangre circula, pero se trata de otro corazón y de una sangre distinta. En su caso, el hecho de materializarse implica una enorme dificultad. Obtienen permiso para ello sólo durante un par de minutos y en contadas ocasiones. Ambas realidades se hallan separadas por una poderosa barrera, donde muy excepcionalmente se abre una brecha. Algunos insensatos que se las dan de listos intentan encender la luz o servirse de una linterna durante las sesiones; ni se imaginan el peligro que corren ellos y la muerte a la que están condenando al médium. Vaya todo esto como advertencia tanto para usted como para él. Siéntense los dos en el sofá y no permita que él se levante. Si es necesario, sujételo por el brazo. Si observa que pretende tocarla, bastará con que le aparte la mano. Si intentara saltarse las reglas, hágame una señal y yo le detendré a tiempo.

—Todo esto ya se lo dijo la última vez.

—Sí, pero hay gente que no aprende. Si su amigo de Varsovia es un bruto, no quiero que pise mi casa.

En cuanto la señora Clark hubo pronunciado estas palabras, sonó el timbre. Era Stanislaw Luria.

IV

La señora Clark se levantó, abrió la puerta y ante ella descubrió a Luria, bajito y macizo, envuelto en un anticuado abrigo de piel de corte europeo y con los ojos medio ocultos por las espesas cejas. «¡Un oso siberiano! ¡Un bruto! —pensó Henrietta. ¡Ojalá no lo desbarate todo!».

—Se ha retrasado usted un poco, señor Luria —se limitó a observar en voz alta —, aunque nunca es demasiado tarde para ver la verdad.

—Son las nueve menos diez.

—Pase. Quítese usted los chanclos. Cuelgue el abrigo aquí en el perchero. ¿Le apetece comer algo?

—No, gracias; ya he cenado.

—No recomiendo tomar bebidas fuertes antes de una sesión, pero una copita suave sí se permite.

—No, gracias.

—Profesor, ha llegado el señor Luria. Bueno, acompañenme a la sala de estar.

El profesor se levantó de la mesa de la cocina y salió al pasillo.

—¡Buenas noches, buenas noches!

El profesor Shrage extendió una mano diminuta que Luria estrechó con su zarpa. Por lo general, Luria tenía las manos calientes, pero aquella noche las traía frías y húmedas.

—¡Oh, qué manos tan heladas!

—En la calle hace un frío polar —respondió a modo de excusa.

La sala de estar no tenía puerta, sino una entrada en arco que daba al pasillo. El interior estaba iluminado por una sola lámpara de pie y en las paredes colgaban en gran profusión las pinturas de la señora Clark. La mesa de centro estaba ocupada con un tablero Ouija, y sobre diversos pedestales se habían colocado esculturas de yeso, arcilla o madera: figuras simbólicas sin rostro o con un mero esbozo de facciones. La tapicería del sofá, en terciopelo negro, mostraba señales de desgaste e incluso algún que otro rasgón. Hasta no hacía mucho, la señora Clark había tenido un gato persa que poco a poco había ido destrozando la tapicería. Unas semanas antes el gato «había pasado al otro lado», según la expresión de Henrietta, y la médium ya había recibido «mensajes» de él. Al profesor incluso le parecía oírle maullar, arañar el sofá o rascar con las uñas la puerta de su habitación. ¿Cómo era posible que el cuerpo astral de un gato cometiera travesuras felinas?

—Siéntense los dos aquí —indicó la señora Clark, señalando el sofá. Les ruego que no se levanten durante la sesión, porque interrumpirían el contacto. Un hilo de ectoplasma vincula mis fosas nasales con las figuras que se hacen visibles; cualquier corte repentino me costaría la vida. Es absolutamente imprescindible que reine un ambiente sereno, aunque ustedes podrán hacer preguntas y tocar al ser amado, suponiendo que los acontecimientos se desarrollen según lo esperado. Yo nunca

garantizo nada a nadie, ya que todo depende de mil circunstancias. Recuerden que la luz es sumamente peligrosa, no sólo para el éxito de la empresa y para mí misma, sino también para ustedes. Mientras dure la sesión procuren no encender cerillas ni luz alguna. Si tienen ustedes dudas y desean limitar mis movimientos, me sentaré a su lado para que me sujeten las manos y apoyen sus pies sobre los míos. Sin embargo, le pido que lo haga con suavidad, señor Luria. Tenga en cuenta que los suyos son grandes y pesados y los míos pequeños y débiles. Ustedes preocupense sólo de que yo siga sentada a su lado, sin valerme de las tretas que suelen utilizar los falsos médiums. ¿Entendido?

—Sí —contestó Luria con voz ronca.

—Quisiera prevenirles de otra cuestión. Hay personas que se aterrorizan al contemplar una aparición y la histeria se apodera de ellos, una reacción tan perniciosa como necia. Los que han pasado al otro lado de la frontera se hallan en una esfera de gracia en la que no desean causar ningún daño. Naturalmente también existen espíritus malignos, como los *poltergeists*, pero incluso a éstos les está prohibido cometer ninguna fechoría importante. Y, desde luego, no debemos albergar ningún temor hacia los que en vida nos eran próximos y queridos. Ellos ruegan a Dios por nosotros e interceden ante él. Una sólida muralla nos separa de ellos; sin embargo, en cuanto logran establecer contacto con nosotros no hay razón para temerles. Lo único que anhelan es amor y comprensión; no amor del cuerpo, por supuesto, sino del alma. Si ustedes quieren tocar a la persona amada, háganlo con delicadeza, con una leve caricia o un beso. No intenten agarrar con las manos lo que carece de sustancia terrenal y está compuesto de materia sobrenatural. ¿Me ha comprendido, señor Luria?

—Sí. Sí.

«Vaya, ya está paralizado por el pavor», pensó la señora Clark, que estaba muy acostumbrada a este tipo de situaciones. Luria apenas si logró contestar, y permaneció sentado, tenso y tembloroso. «¡Ojalá no le dé un infarto!», suplicó la señora Clark a los poderes supremos, mientras aguzaba el oído. Lo había preparado todo para que no oyeran abrirse la puerta posterior, había engrasado el cerrojo y las bisagras, además de colocar alfombras dobles en el trayecto hasta el cuarto de baño. Ella sí estaba preparada para percibir el más leve susurro, ya que no estaría en condiciones de comenzar la sesión hasta que no llegase la actriz polaca. «Nunca se está del todo seguro». Había que contar con la posibilidad de que el taxi o la propia Justina sufrieran un accidente. La señora Clark consultó su reloj de pulsera y continuó:

—No se asusten si les da la impresión de que me he desmayado o incluso muerto. Yo entro en trance, pero mi «control», que me sume en un sueño profundo, me despierta antes de marcharse. No hay motivo de alarma. Durante el trance a veces grito; es algo normal. Lo importante es que observen que sigo sentada cerca de ustedes y que no intento ningún truco, una práctica habitual entre los timadores. He asistido a suficientes sesiones como para llegar a diferenciar lo verdadero de lo falso, y creo que la norma general es: cuando una médium cobra dinero o espera regalos, no

resulta prudente confiar en ella. Quienes actúan impulsados por un deseo sincero de servir al prójimo no buscan retribución alguna, su mayor recompensa consiste en despertar en sus hermanos y hermanas ánimos renovados, una nueva fe, una nueva alegría. Si durante una sesión suena el teléfono o llaman a la puerta, no respondan: una sesión no es un juego y no conviene interrumpirla.

Súbitamente, la señora Clark se dirigió presurosa a la lámpara de pie, la apagó y acto seguido comenzó a patear el suelo y a entonar un himno con voz estridente y chillona, como una cantante de ópera frustrada. Había oído que se abría la puerta trasera. Se acercó al sofá y ordenó:

—Apártense un poco y me sentaré entre ustedes. Denme la mano. Si se siente con ánimos, señor Luria, ayúdeme a cantar, aunque no es imprescindible. Ay, tiene la mano helada. Bueno, no importa, ya se la calentaré. Insisto: no hay motivo de temor o desasosiego. Ah, ya percibo la inminente presencia de Midgy. Enseguida entraré en trance, me pesa la cabeza. No se sorprendan si me cambia la voz.

»¡Dios todopoderoso, ayúdame! ¡Ayúdanos! Permítenos establecer contacto con quienes velan por nosotros con el amor más elevado. Ayúdanos, Dios, para que durante unos instantes nos unamos a las almas santas, los mártires santos que entregaron la vida por ti. ¡Asístenos, Dios, acepta nuestras plegarias! Ilumínanos con tu luz, inúndanos con tu resplandor, con tu conciencia cósmica, con tu ser absoluto, con los siete espíritus de tu trono, con la pureza de los querubines y de los serafines, con el brillo de Saturno y de Latona, Apolo y Artemisa, Vulcano y Venus. Dios de Moisés, Dios de los profetas, Dios de Jesucristo el Redentor, Dios del cielo y de la tierra, del paraíso y del purgatorio...

De repente, la señora Clark empezó a cantar:

*An old bent man, worn out and frail,
He came back from seeking the Holy Grail;
Little he recked of his earldom's loss,
No more on his surcoat was blazoned the Cross,
But deep in his heart the sign he wore,
The badge of the suffering and the poor^[32]...*

Tras pronunciar la última palabra, Henrietta Clark resopló y profirió un sonoro gemido. El trance había comenzado.

El profesor Shrage formulaba las preguntas y la señora Clark, por intermedio de Midgy, contestaba. Henrietta emitía una voz masculina de peculiar acento. Stanislaw Luria escuchaba con atención. La señora Clark hablaba por lo general como una bostoniana, pero la pronunciación de Midgy tenía un deje indio o tal vez suramericano, y se expresaba con frases entrecortadas. Luria sujetaba la mano de la señora Clark, una mano caliente, ardiente incluso, mientras que la suya seguía gélida, como si reflejara el frío que reinaba en lo más profundo de su ser, en el páramo helado de su interior.

—¿Ha acudido alguno de nuestros seres queridos? —preguntó el profesor en un inglés balbuceante.

—Veo una mujer de mediana edad —dijo la voz—, no, más joven. Una mujer de unos treinta y cinco años. Rubia..., no, de cabello castaño. Una mujer maternal, un poco rolliza, de busto generoso. Está diciéndome su nombre, pero no consigo entenderlo. Algo así como Ronia, Donia..., no, Sonia. Sí, Sonia. Pasó la frontera en 1942, creo..., no, fue en 1943. Se encuentra aquí, junto a sus dos hijos. Veo a una niña y... otra niña. ¿O es un niño? Sí, un niño. Sonia es feliz. Se ha reunido con sus padres y con el resto de su familia. Hace tiempo que se borraron de su memoria los últimos sufrimientos del cuerpo. Sonia añora a su marido, Stanislaw Luria, y vela por él. Ella, igual que las demás almas, ha presenciado lo ocurrido y lo ha perdonado. Sin embargo insiste en que la mujer a la que Stanislaw se unió en Marruecos no es digna de él, que nunca le ofrecerá la menor ayuda por culpa de su egoísmo. Sonia no siente celos, porque en el otro mundo este sentimiento no existe. Sin embargo insiste en que esa mujer no le conviene y se alegra de que se hayan separado. Aunque en este momento todo ello cause cierta congoja a Stanislaw, con el tiempo se librará por completo de su maligna influencia y entonces abrirá los ojos.

»Sonia dice que los niños hablan todos los días de su padre. Han crecido y estudian, no en una escuela como las que hay en la tierra, sino por telepatía: las lecciones de los profesores se transmiten directamente a los alumnos. Hablan en el idioma de los pensamientos, que ahí arriba equivalen a acciones. Los pensamientos son su alimento, bebida y vestimenta. Sonia explica que la vida allá en las alturas es más fácil, cómoda y positiva. La característica principal es que el tiempo no existe y, por lo tanto, no se desperdicia en actividades inútiles. No luce el sol, pero reina una luminosidad perpetua, una eterna puesta de sol, un crepúsculo púrpura acompañado de una música desconocida en la tierra, una armonía pura y sin tacha.

»Sonia se esforzará por mostrarse, pero ruega que su marido conserve la calma. Que no se agite, respire con regularidad y no llore: las lágrimas sobran. No son más que agua salada, un fluido terrenal. En el mundo elevado no se llora ni ríe, sólo reina el gozo más puro. Sonia cuenta que ella y los niños no están totalmente instalados, puesto que los cambios se van sucediendo con regularidad. Algunas almas son

ascendidas a rangos superiores o trasladadas a otras esferas, mientras que su lugar es ocupado por las de los recién llegados. No obstante, siempre conservan a algunas almas con dotes pedagógicas para enseñar a los neófitos, pues algunos son tan inexpertos y se hallan tan confundidos que ni siquiera se dan cuenta de que acaban de cruzar al otro lado y precisan ser orientados desde su llegada. Sin embargo, como todas las almas ansían aprender, nadie se rezaga por mucho tiempo. Sonia ha alcanzado un enorme desarrollo espiritual y a menudo mantiene con los niños conversaciones sobre elevados temas filosóficos y teológicos.

»En las alturas la fe no es sectaria: judíos, protestantes, católicos, budistas y musulmanes se reúnen plenos de júbilo y debaten sobre problemas comunes. Sonia ha conocido a Rabindranath Tagore, así como a algunos jóvenes filósofos que perecieron durante la Segunda Guerra Mundial. Comunica que Bertrand Russell sigue cometiendo graves errores y que todas sus teorías son falsas. También afirma que Einstein se equivocó en sus cálculos: por este motivo la bomba atómica causó tan tremendos daños. En cuanto a la situación general, Sonia nos cuenta que en cierta medida el proceso de consolidación interna del mundo superior se está relajando, y que la mayoría de los maestros de la jerarquía está retirando su supervisión al Ashram de Shambhala para orientarse más hacia la humanidad. Asimismo, una minoría importante de maestros está introduciéndose en el Ashram de Sanat Kumara. En otras palabras: han asumido las actividades que antes eran responsabilidad de los Ashrams unidos^[33].

La señora Clark soltó de imprevisto un grito:

—¡Viene! ¡Ya se acerca! ¡Sonia va a adoptar una forma visible! ¡Espíritu luminoso!

Stanislaw Luria soltó la mano de Henrietta y tiró como si pretendiera huir, pero Henrietta le sujetó la mano y le pisó el pie. Durante largo rato los dos hombres permanecieron sentados en la oscuridad, sin pronunciar palabra. Luria suspiró y comenzó a retorcerse como si sufriera terribles dolores. El profesor apretaba con su huesuda mano la muñeca de Henrietta con tanta fuerza, que la médium apenas consiguió reprimir un quejido. Se oyeron pasos que se aproximaban amortiguados, ligeros, acompañados de leves crujidos. Una imagen blanca se materializó de la nada y continuó inmóvil en un punto, como una niebla blanquecina en la cual se distinguían vagamente las cuencas de los ojos a pesar de la oscuridad. Henrietta jadeó un par de veces y la imagen se aproximó, murmurando en polaco:

—*Staszku, kochanie moje*. Stash, querido mío. Stanislaw Luria guardaba un silencio sepulcral.

—*Staszku, toja, Sonia*. Stash, soy yo, Sonia —susurró suavemente la aparición.

Luria se apretó contra el sofá con tanta fuerza que los muelles chirriaron.

—*Staszku, nie bój sie To ja, Sonia. Kocham cie. Teskineza toba*. Stash, no temas. Soy yo, Sonia. Te quiero, y te echo de menos.

Luria soltó un grito, como si fuera un mudo que se esforzara frenéticamente por

hablar.

—*Ty*. Tú.

—*Tak, to ja, twoja wieczna zona*. Sí, soy yo, tu eterna esposa.

La aparición se inclinó hacia él, le acarició, le rozó la frente con los labios. Henrietta no tenía motivos para temer que Luria se agarrara a la figura, encendiera la luz o cometiera alguna barbaridad: permaneció sentado, paralizado por el terror, jadeando de vez en cuando como si durmiera despierto.

El profesor seguía aferrando la muñeca de Henrietta mientras intentaba desentrañar lo que estaba sucediendo en aquella oscuridad. «¿Habría contratado a una impostora que hable polaco?». No la había oído entrar. Además, ¿para qué iba a meterse Henrietta en un fraude como ése? Se armó de valor y extendió el brazo libre en un intento de tocar la aparición, pero la imagen se hallaba demasiado lejos. Trató de levantarse, mas le flaqueaban las piernas y Henrietta estuvo a punto de aplastarlo contra la esquina del sofá. «Vaya. ¡Ya nunca descubriré la verdad! —pensó el profesor Shrage. Tiene que ser ahora o nunca, luego será demasiado tarde. Demasiado tarde». Aunque el profesor no solía transpirar, tenía la camisa empapada. Le sacudía un fuerte temblor y todo el sofá temblaba con él. De nuevo se armó de valor.

—*Panie Luria*, ¿reconoce usted a su esposa? —preguntó.

Luria no contestó. Sintiendo que sus fuerzas se agotaban el profesor inició un intento más:

—*Gnädige Frau*, ¿puedo plantearle una pregunta?

La imagen le respondió con un gesto de asentimiento.

—Honorable señora, ¿por casualidad no conocerá a mi esposa? Se llama Edzhe, Edzhe Shrage. Murió asesinada en 1943. —En ese instante el profesor rompió en sollozos.

Henrietta exhaló dos suspiros, uno detrás de otro.

—Sí, la conozco —contestó la imagen.

—¿Dónde se halla?

—En el cielo, conmigo.

—¡Una señal! ¡Una señal! —inquirió el profesor con voz entrecortada, asombrado de haber tenido presencia de ánimo para exigir pruebas en circunstancias tan angustiosas.

—Pronto acudirá —respondió la débil voz tras una pausa.

La aparición había comenzado a retroceder deslizándose en silencio, cuando se produjo un imprevisto. Sonó un impacto repentino, un golpe sordo, provocado sin duda por un cuerpo al chocar contra una puerta o una pared.

Henrietta empezó a aullar como si se tratara de una sonámbula sobresaltada en su paseo nocturno. Se retorció y sacudía para zafarse de los dos hombres que la tenían sujeta y pateaba el suelo al tiempo que seguía profiriendo un gemido estridente y desgarrador. Finalmente despertó de su trance.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —preguntó.

Stanislaw Luria, casi asfixiándose y dominado por la angustiada sensación de que alguien le había agarrado el corazón y lo estaba estrujando con todas sus fuerzas, se sintió incapaz de contestar. En cuanto al profesor, le castañeteaban sus desdentadas encías.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —repitió Henrietta.

—¿Enciendo la luz? —balbució el profesor.

—¡No! ¡No! ¡Válgame Dios!

En ese instante Henrietta entonó a pleno pulmón un nuevo himno. Entre una nota y otra, aguzaba el oído. El golpe que había oído antes era la catástrofe que llevaba temiendo toda la noche. A saber lo que esa mujer se habría hecho: Henrietta se sentía desorientada, incapaz de decidir si debía continuar la sesión o darla por terminada.

¿Debía entrar en trance de nuevo? Había cometido un grave error al despertar del trance en lugar de dirigir una señal a la joven para que entrase de nuevo, esta vez en el papel de Edzhe. Realmente, aquel golpe contra la puerta lo había desquiciado todo. «¡Lo mejor sería que se vistiera y se largara!», pensó Henrietta. Decidió reanudar su trance enseguida, carraspeó y empezó a hablar de nuevo con la voz masculina de Midgy:

—¡Edzhe no acudirá esta noche! —exclamó.

—¿Por qué no? —preguntó el profesor, temblando. —Le han denegado el permiso. Hoy no. Hoy no. En otro momento. Muy pronto. Edzhe os manda saludos de todo corazón. A partir de ahora ella y Sonia se conocerán más a fondo y sus relaciones serán más estrechas que nunca. Sonia tiene que marcharse. Marcharse.

Henrietta pronunciaba estas palabras con intensidad suficiente para que la patosa joven lo oyera desde el cuarto de baño y también para ahogar cualquier posible ruido procedente de allí. Abrumada por la amargura y el resentimiento, se sintió al borde de las lágrimas.

Justina no hubiese debido tropezar, había dispuesto de tiempo más que suficiente para retroceder muy despacio, sin chocar con la puerta como una ladrona. Henrietta se permitió un pensamiento negativo: «¡Es una inútil! ¡Una completa inútil! Eso no es una actriz, es un tarugo». Por temor a que alguien encendiera la luz, Henrietta comenzó a predicar con la sonora voz de Midgy:

—Una gran ola de inspiración está descendiendo. La evolución divina da comienzo a una nueva era. Vienen los maestros, los hijos de la sabiduría están viniendo. Expulsarán al dragón y bañarán el mundo de luz. Muchos de ellos tienen mujeres e hijos. La ley de la reencarnación es eterna, eterna. Bienaventurados los que están al servicio de lo divino. Bienaventurados los que vivirán para siempre en el ciclo de la gran conciencia, en el santo logos, en la radiante luz de Cristo Redentor.

Henrietta guardó silencio unos instantes para escuchar con atención. «¿Seguirá aquí esa mujer? ¿Se habrá ido ya? —Un extraño temor se apoderó de ella, acompañado de una profunda vergüenza—: Es capaz de robarme algo.

»No, ya no me quedan fuerzas para todo esto —decidió Henrietta. ¡Basta de vivir para los demás! Estoy cansada, agotada. ¡Basta ya, basta! Dios que estás en el cielo, llévame contigo».

Henrietta prorrumpió en un llanto ahogado.

I

En la fiesta de Pésaj, Boris siempre presidía la mesa del Séder, pero ese año se había casado con Frieda Tamar y decidió organizar una cena de Pésaj de las que no se olvidan. La cuestión era a quién debía invitar. Tradicionalmente, Anna acostumbraba a leer las cuatro preguntas y entre los invitados solía figurar Grein. Ambos habían cortado ya sus raíces. Por su parte, Stanislaw Luria también había excusado su asistencia. Boris sugirió la posibilidad de invitar al pintor Jacob Anfang, pero Frieda le comentó que sería mejor no hacerlo. Quedaban cuatro posibles invitados: el doctor Zadok Halperin, nuevo cuñado del anfitrión, el profesor David Shrage, el doctor Solomon Margolin y Herman, el sobrino de Boris. De no haber sido Herman comunista, Boris le habría dejado formular las cuatro preguntas, pero, dadas las circunstancias, el anfitrión no estaba dispuesto a que un discípulo de Stalin le preguntara nada.

A fin de incrementar el número de convidados, Boris invitó al doctor Alswanger, el controvertido académico de Palestina, aunque el doctor Halperin consideraba una afrenta compartir mesa con una persona tan pretenciosa. También Solomon Margolin había oído hablar de Alswanger y le calificó de «diletante». No obstante, a Boris le gustaba escuchar los debates y discusiones que se producían entre intelectuales, por no mencionar el hecho de que el doctor Alswanger se encontraba completamente perdido y sin amigos en Nueva York. No se le podía dejar solo y negarle la hospitalidad judía en una fiesta tan importante.

Tanto los que leían la prensa en yiddish como quienes estaban suscritos a revistas anglojudías o en lengua hebrea habían oído hablar más de una vez de Immanuel Alswanger. Durante algún tiempo había sido profesor en la Universidad Hebrea de Jerusalén en el monte Scopus, lugar que se había visto obligado a abandonar a causa de alguna intriga. Entonces acusó abiertamente a los «alemanes» de haberse hecho con el poder en la universidad y de haber discriminado a los judíos originarios de Polonia. Por otra parte, había escrito una especie de drama bíblico, que estaba a punto de ser estrenado cuando a última hora se produjo un contratiempo y la representación fue cancelada. El corresponsal para Oriente Próximo de un periódico neoyorquino en yiddish llegó a publicar un reportaje acerca del asunto; de nuevo el fracaso se atribuía a intrigas, esta vez por parte de una camarilla de escritores en hebreo. El doctor Alswanger probó suerte una vez más y abrió en Tel Aviv un centro para atender a

personas que hubiesen sufrido una gran desgracia. Allí practicaba una rara mezcla de jasidismo y psicoanálisis con la intención de convertirse en un moderno rabino milagrero. Sin embargo, aquel centro acabó de forma similar a sus anteriores empresas: una solterona le acusó públicamente de haber intentado seducirla para quedarse con su dinero. El doctor Alswanger la denunció por difamación y el caso llegó a juicio. Pese a que el tribunal falló en favor del doctor e impuso una multa a la mujer, los enemigos de Alswanger aprovecharon la ocasión para injurarlo verbalmente y por escrito, tildándole de charlatán, estafador y ladrón. Pronto el centro hubo de cerrar las puertas y el doctor quedó asfixiado por las deudas. No obstante, juró pagar cuanto debía y abrir de nuevo el centro. Precisamente había viajado a Estados Unidos con el propósito de recaudar fondos para este fin.

Sin embargo, la mala suerte había perseguido al doctor Alswanger hasta Nueva York. Mientras él se hallaba en el barco, sus enemigos enviaron sus libelos por avión. Cuando a su llegada convocó una conferencia de prensa, no compareció ninguno de los periodistas. Aunque había pagado anuncios en la prensa, éstos se publicaron en algún rincón escondido y, por si fuera poco, con su nombre abreviado y mal escrito. Posteriormente, conoció a una mujer interesante llamada Ester Hatelbach, una antigua maestra muy culta que procedía de una distinguida familia y residía en Brighton Beach. El doctor Alswanger, viudo, se enamoró de ella en cuanto la conoció, y ya hablaban de matrimonio cuando de repente la mujer le anunció su intención de casarse con un tal señor Plotkin, un adinerado peletero.

—Lo siento mucho, doctor Alswanger —le había dicho Ester al despedirse—, pero ya estoy cansada de gente espiritual. Con el espíritu, mi querido doctor, no se paga el alquiler.

Alswanger se vio obligado a admitir este hecho irrefutable, dado que él también se enfrentaba a problemas de la misma índole. Se alojaba en un hotel en el centro de Broadway donde sólo pagaba tres dólares al día. Sin embargo, cuando no se tiene nada, hasta esa pequeña suma resulta onerosa. Por este motivo buscaba una habitación amueblada en una casa particular, lo cual le costaría menos dinero, o un lugar donde lo alojaran a cambio de clases de hebreo. En realidad, el doctor Alswanger era especialista en el sistema de psicoanálisis que él mismo había desarrollado y, como prueba de ello, llevaba consigo cartas y recortes de prensa en los que se destacaba la ayuda que había brindado en Palestina a muchos enfermos de neurosis, con los cuales no había funcionado ningún otro método. Su terapia consistía en estudiar con los pacientes, en voz alta, una serie de leyendas y cuentos morales tradicionales y una selección de libros jasídicos, así como en instruirles en técnicas que reforzaban la disciplina personal y la voluntad. Sin embargo, dada su condición de turista, no disponía de permiso de trabajo en Estados Unidos. Por otra parte, ¿quién le conocía allí? Tan sólo se había divulgado su mala fama. El hecho de que Boris Makaver le hubiese invitado al Séder le había infundido nuevas esperanzas y sugería nuevas posibilidades: ¿se le presentaría la oportunidad de conocer personas

ricas e influyentes, o tal vez a una mujer atractiva? Sin embargo, en Nueva York no se podía asistir a un Séder presentando un aspecto descuidado y sin llevar flores o algún que otro regalo.

El doctor Alswanger peinaba una larga melena negra recortada al estilo polaco y necesitaba arreglarse las patillas y el bigote, así que entró en una barbería para que lo afeitaran y le cortaran el pelo. Su traje de vestir estaba arrugado y tuvo que llevarlo a planchar, no sin antes haber probado a eliminar un lamparón en la solapa derecha con un frasco entero de quitamanchas. Había encargado una docena de rosas en la floristería para la señora Makaver, pero las había recogido demasiado temprano y se vio obligado a meterlas en un jarro lleno de agua en el fregadero para evitar que se marchitaran. Aunque había aprendido inglés en Palestina, e incluso llegó a leer *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde en su idioma original, en Nueva York no conseguía desenvolverse. En consecuencia, su estancia en Estados Unidos había producido en él un cierto abatimiento y estrechez de miras. Se perdía con frecuencia, empezaba a sudar, a tartamudear, a escrutar las caras de la gente porque siempre imaginaba que se burlaban de él. En vísperas de la fiesta de Pésaj, el cambio de estación había traído una ola de calor sofocante más propio de la canícula estival, y el traje le colgaba de los hombros como un peso muerto. Con todo, a última hora de la tarde se dispuso a hacer sus preparativos para el Séder.

El doctor Alswanger se dio un baño caliente en el lavabo situado al final del pasillo. Alguien había dejado allí una pastilla de jabón, así que tuvo oportunidad de enjabonarse y asearse a fondo. A la vuelta, como siempre le ocurría, se equivocó de habitación y entró en la de enfrente, pero su vecino le indicó pacientemente cuál era la suya. Mientras se vestía, el doctor suspiraba y se examinaba en la luna del armario. En Palestina nunca se le había ocurrido pensar que era bajito; siempre se había considerado de talla normal. Sin embargo, entre aquellos gigantes neoyorquinos cobró conciencia no sólo de su corta estatura, sino de todos sus defectos físicos. No había crecido a lo alto, sino en amplitud de cintura; tenía la cabeza demasiado grande, los hombros anchos en exceso y las piernas cortas. En el barco de Haifa a Marsella, y después de Marsella a Nueva York, servían comidas copiosas y el doctor había engordado hasta tal punto que su traje de vestir le quedaba estrecho y ya no lograba abrochárselo, el cuello de la camisa no le alcanzaba y hasta los zapatos le apretaban.

Alrededor de las seis de la tarde, el doctor Alswanger dio por terminado su aseo. Para mayor elegancia se puso polainas sobre los zapatos, se cubrió la cabeza con un sombrero negro de ala ancha y, tras recoger el ramo de rosas que ya empezaba a marchitarse, bajó en el ascensor. Boris Makaver también vivía en Broadway, aunque más al norte, por eso era necesario desplazarse en metro y, para colmo, hacer transbordo. Aunque Alswanger preguntó a varias personas cuál era el mejor camino, cada una le indicó una dirección diferente: uno le aconsejó que tomara el tren expreso; otro, la línea local; un tercero le sugirió que fuera a la calle Octava, y un cuarto, a la calle Catorce. El doctor Alswanger optó por ir a pie hasta la calle Catorce.

Había estado en muchas ciudades, sin embargo en ninguna se había tropezado con semejante gentío. Auténticas muchedumbres compuestas por decenas de miles de personas se apiñaban y se empujaban sobre las aceras. El conjunto parecía una enorme manifestación en la que participaban muchos judíos. En los escaparates de los supermercados se exponían alimentos y botellas de vino con la inscripción «*kosher* para Pésaj»; algunas tiendas mostraban el certificado del *Beit Din*. Un restaurante había colocado en su vitrina una fuente de Pésaj, *matzá*, candelabros y una Haggadá. Hombres y mujeres elegantemente vestidos, al igual que él, llevaban paquetes y ramos de flores; probablemente también se dirigían a un Séder. Sin embargo, el doctor Alswanger no sentía ni por asomo esa proximidad que suele darse entre judíos. Todos hablaban inglés; no parecían judíos.

En el metro se había formado una aglomeración que no había visto ni en los autobuses de Tel Aviv. Un revisor lo empujó al interior de un vagón como si se tratara de un fardo y, una vez allí, se sintió irresistiblemente aplastado por una ola de pasajeros. Las rosas quedaron chafadas y su camisa limpia, empapada en sudor. Las estaciones iban desfilando y él no tenía la menor idea de dónde se encontraba. Preguntó a algunos viajeros, que sin embargo no se percataron de su presencia. El tren traqueteaba y rugía, se paraba, y arrancaba con un silbido largo y estridente, cual si pretendiera advertir de una catástrofe inminente. Los ventiladores emitían un zumbido, las luces le deslumbraban, los oídos le dolían y le escocían los ojos. El doctor Alswanger se encontraba de pie, encogido entre un tropel de jóvenes altos que se apretujaban a su alrededor oliendo a sudor, al tiempo que parloteaban y rebuznaban por encima de su cabeza. Apenas conseguía respirar. «¿Durante cuánto tiempo es posible aguantar un viaje como éste?», se preguntaba. El estado de ansiedad en que se hallaba le evocó la imagen de los judíos que fueron amontonados en vagones de carga y llevados como ganado al matadero.

«Bueno, me imaginaré que soy uno de ellos. ¿Acaso soy yo mejor? ¡Gracias, Padre que estás en los cielos, por permitirme experimentar una millonésima parte de su vivencia! ¿Qué sabemos nosotros de lo que tuvieron que sobrellevar aquellas víctimas? Mientras se produce el mayor martirio de nuestra historia, vivimos sumidos en la banalidad, la estupidez y la codicia».

El doctor Alswanger se hallaba tan absorto en sus cavilaciones que no reparaba en el abrir y cerrar de las puertas ni en la salida de grupos de pasajeros. De pronto advirtió que el vagón se había quedado casi desierto y observó la presencia de un judío que leía un periódico en yiddish. Aprovechó para preguntarle en este idioma, tras lo cual se enteró de que, en lugar de viajar hacia el norte, se dirigía a Brooklyn.

Finalmente, alrededor de las siete y media de la tarde, llegó a casa de Boris Makaver. Mientras el ascensorista lo acompañaba a la decimocuarta planta, el doctor se examinó en el espejo, nervioso y asombrado ante su imagen. Todo su atuendo había adquirido un aspecto húmedo, arrugado y desaliñado. El cuello de la camisa se veía sucio, la pajarita, torcida, y de las flores no restaban más que unos tallos con

hojas, que recordaban ramas de sauce después de ser sacudidas en la fiesta de Hoshaná Rabbá. Hubiese deseado tirarlas, mas no supo dónde.

En cuanto pulsó el timbre, la puerta se abrió y Boris y Frieda Makaver acudieron juntos a recibir al invitado. Boris le estrechó calurosamente la mano y la retuvo mientras gritaba el saludo tradicional:

—¡Doctor, le estábamos esperando! ¡*Gut Yóntov!* ¡*Bóruj Habbo!* ¡*Shólem-Aléijem!*

Frieda tomó los pobres restos de las rosas, le agradeció el detalle y añadió que había leído sus trabajos. No sólo conocía los títulos de sus libros sino que citó artículos que habían aparecido en varias publicaciones. Los ojos se le llenaron de lágrimas al doctor al pensar que en aquel apartamento del piso catorce le apreciaban; allí era el doctor Immanuel Alswanger, el erudito, el escritor, el hombre de ideas, unas ideas que cabía discutir, mas sin perder el respeto a la persona. «¿Significa esto que el mundo aún existe y que todavía no ha llegado el fin de los tiempos?». Y todo ello a pesar de que momentos antes se consideraba relegado al olvido, como si ya hubiera muerto.

El doctor Alswanger supuso que algo similar debía de ocurrirle al ser humano en el otro mundo. Primero había que sufrir, agonizar, soportar los tormentos de la tumba, en el convencimiento de que la oscuridad, los gusanos y el olvido se prolongarían hasta la eternidad. Luego, de forma inesperada, aparecerían ángeles que acompañarían a la persona a un lugar donde cada alma poseía su dignidad, su nombre y su historia, y donde la recibirían con homenajes y honores, como jamás había conocido ni imaginado.

II

Aunque el doctor Alswanger ya había asistido a algunas cenas de Pascua en casas acomodadas, nunca había visto un Séder como el de Boris Makaver. En el salón comedor, rebosante de flores, la larga mesa relucía con el oro y la plata de la cubertería y los candelabros. La fuente del Séder era una pieza del siglo XVI, la copa del profeta Elias procedía de España y los márgenes del libro de la Haggadá mostraban ilustraciones. El vino procedía de las bodegas del barón Rothschild en Rishon Le Ziyyon y, según la etiqueta, era un reserva de setenta años. Boris, ataviado con una túnica blanca y un *yármulke* bordado en oro, se sentó a la cabecera de la mesa, reclinándose sobre una silla repleta de cojines, como dictaba la tradición, igual que un rey oriental. Frieda se hallaba sentada a su lado, cual una reina. En cuanto a Reytze, la pariente y ama de llaves de Boris, había decidido abandonarlo. En su opinión, Boris hubiese debido casarse con ella en lugar de traer una *rébbetsin* alemana a la casa. No quería ni podía convivir con ella, pero antes de irse Reytze quiso preparar un Séder inolvidable.

El doctor Halperin aseguró que jamás había probado un pescado mejor. El consomé de pollo fluía por las venas como si se tratara del elixir de la vida, y las pequeñas bolas de harina de *matzá* sabían a gloria. Hasta el *jaróset*, que tradicionalmente se tomaba junto con las hierbas amargas para endulzarlas, constituía un manjar, ya que Reytze lo había preparado mezclando nueces, manzanas y vino, sin olvidarse de añadir su especia secreta, un deleite para el olfato. Unas cuantas migas de *matzá* habían quedado adheridas al poblado bigote del doctor Halperin, que mascaba sin parar con sus dientes amarillentos y se relamía de placer. Dedicaba cariñosas miradas a su hermana Frieda, pues gracias a ella se había convertido en el cuñado de Boris Makaver, quien le había prometido financiar la publicación de sus obras completas en alemán y en hebreo. Boris también había costado la traducción del último libro de Zadok Halperin, *Ascetismo y espíritu*, en el que el doctor compilaba sus reflexiones de madurez; una nueva visión de la historia de la filosofía según la cual todos los filósofos, desde Tales a Bergson, Husserl y Vaihinger, sin olvidar a los epicúreos, habían predicado el ascetismo. En cada generación, la filosofía había intentado negar la vida: por eso había fracasado. En su anhelo de una ilusión de trascendencia, la filosofía había descuidado y olvidado el verdadero valor de lo temporal. Una importante editorial de Nueva York estaba a punto de firmar un contrato con el doctor Halperin, quien aseguraba que su nuevo libro revolucionaría la interpretación filosófica convencional. El nombre de Zadok Halperin, que hasta entonces sólo era conocido en reducidos círculos académicos, alcanzaría fama mundial.

Aunque no resultaba correcto fumar en el transcurso de un Séder, el doctor Halperin, vestido con un traje nuevo y una camisa impecable, no resistió la tentación y en cuanto Boris volvió la cabeza, encendió un cigarro. Cuando Frieda le reprochó

que hubiese manchado de ceniza su espléndido mantel, Halperin respondió con voz gangosa:

—No, si al final no lo dejarán vivir a uno: todo es pecado. ¡Estrictamente prohibido! —Dio una última chupada al puro antes de que Frieda se lo arrebatara.

El doctor Margolin, elegantemente vestido de esmoquin, había obsequiado a la anfitriona con un ramo de orquídeas. Se mostraba muy escrupuloso con la comida, pues en los círculos médicos ya comenzaba a extenderse la idea de que una excesiva ingestión de grasa animal constituía la principal causa de trombosis. Ya hacía algún tiempo que el doctor Margolin se guiaba por sus propias reglas en cuanto a alimentación. Evitaba los huevos y las carnes grasas, de modo que apenas probó las pequeñas bolas y tortitas de harina de *matzá*. En cuanto a la carne de pollo, eliminó con esmero hasta el último rastro de piel, mientras observaba de reojo a Halperin, quien a pesar de saltarse todos los consejos médicos, sorprendentemente había sobrepasado los sesenta años. El bajito y rechoncho Halperin ostentaba una abultada barriga, encendía un cigarro tras otro, se entregaba al más absoluto de los sedentarismos y no se hartaba de comer toda clase de alimentos grasos que incrementaban el colesterol y endurecían las arterias. Con su conducta aquel hombre escupía en la cara de la ciencia médica. El doctor Margolin encontraba la explicación en la herencia genética, puesto que Halperin procedía de una familia longeva. En comparación con el poder de los cromosomas, cualquier esfuerzo humano no significaba nada. Los genes dictaban el destino de las personas al determinar sus características: fuerza física, inteligencia, carácter, duración de su vida. El doctor Solomon Margolin, por su parte, descendía de una familia cuyos miembros no gozaban de larga vida, por esta razón en lo últimos años había desarrollado cierta tendencia a la hipocondría. A los veintitantos años ya se preparaba mentalmente para morir y el temor a la Parca nunca le había abandonado. Los momentos más felices de su existencia siempre habían estado envenenados por la incógnita del tiempo que le restaba de vida. El hecho de tratar durante años con la enfermedad y la muerte había ido minando su personalidad. Conocía a la perfección las cifras y las estadísticas. Sorprendentemente, los médicos vivían, por término medio, menos que las demás personas. La ley de probabilidades jugaba contra ellos.

Aunque en el transcurso de la comida insistió en proclamar su ateísmo, el doctor Halperin recitó la Haggadá a plena voz. Solomon Margolin no albergaba una opinión muy elevada del doctor Halperin, ni como filósofo ni como persona. Más bien consideraba que su trabajo carecía de profundidad y que en el fondo era un materialista grosero que, bajo la apariencia de erudito, escondía a un zafio patán. Tal vez su hermana Frieda no acumulara tantos conocimientos, pero poseía una inteligencia más refinada. El doctor Margolin se consideraba una víctima del escepticismo. Comprendía demasiado bien los distintos puntos de vista y era capaz de rebatir cualquier argumento. Nunca había logrado superar la barrera de la duda. Además, como había llegado al psicoanálisis incluso antes de haber oído hablar de

Freud y Adler, enseguida detectaba en cualquier idea o filosofía alguna justificación personal subyacente, un mecanismo de compensación para los más variados defectos físicos y espirituales. Margolin no cantaba la Haggadá, se limitaba a murmurar las palabras o a seguirlas en silencio.

Siempre le había interesado psicoanalizar a los judíos, su religión y su carácter. En el fondo, el doctor Margolin coincidía en cierta medida con los antisemitas: en su opinión en cuanto a filosofía y mentalidad el judío era un parásito. Primero José llegó a Egipto, luego llevó a su padre, a sus hermanos, a la familia entera. En poco tiempo establecieron en Goshen un Estado dentro de un Estado, y desde entonces habían ido repitiendo la misma pauta en todos los países, en todas las generaciones. Más aún: ya en aquellos tiempos de la antigüedad, José había intentado abolir la propiedad privada, entregar al faraón toda la tierra de Egipto y convertir a los egipcios en «esclavos del Faraón». Por suerte, también entre los judíos existía algún elemento contrario al parasitismo y que siempre había impulsado al pueblo hacia la creación de un país propio. Los jóvenes judíos que libraban una guerra contra los británicos en Palestina constituían un buen ejemplo de ello. ¿Quién sabía? Tal vez en el interior de la propia planta parásita se ocultaba la necesidad de producir hojas verdes. Por otro lado, desde un punto de vista biológico, el parásito se encontraba en un peldaño evolutivo más elevado que su anfitrión. ¿No es la especie humana en su conjunto un parásito del mundo de la flora y la fauna?

Terminada la cena pascual, el doctor Halperin comenzó a interrogar al doctor Alswanger. ¿Qué fines perseguía? ¿Qué propósito se planteaba? ¿Qué planes reservaba a la especie humana? Aun siendo consciente del tono burlón de su interlocutor, el doctor Alswanger expuso pausadamente su proyecto. Era necesario crear un vínculo entre la ciencia y el arte que considerara a «la persona completa». La biología, la psicología, la medicina, la sociología, la economía, la religión y la filosofía debían fundirse en una sola ciencia aplicada. El doctor Alswanger no era comunista, Dios no lo quisiera, sino un seguidor de la República de Platón. Ya era hora de que los políticos cedieran el gobierno del mundo a los eruditos. En los Parlamentos de cada país deberían sentarse los más doctos especialistas y se habrían de formar comisiones compuestas por expertos en diferentes campos. La misma sociedad debería ocuparse de asegurar una dirección científica, en lugar de permitir que sus miembros avanzaran tanteando a ciegas, chocando con otras personas y otros planes. Cuanto más hablaba el doctor Alswanger, más se enredaba su discurso. Abogaba por una especie de comunismo religioso aderezado con tecnocracia y mezclado con psicoanálisis, jasidismo, medicina y un sinnúmero de otras materias. El doctor Halperin sonreía escudado en su bigote.

—En su opinión, ¿cuál debería ser nuestro primer paso?

—Empezar con pequeñas pruebas, tal vez creando los primeros centros o laboratorios.

—¿Y a qué nos dedicaríamos allí? ¿A recitar los Salmos?

—También, ¿por qué no? La oración es una eficaz forma de terapia.

—Sus planes resultarían excelentes si lográramos detener el tiempo durante un rato, como hizo Josué con el Sol.

—¿Por qué?

—Porque mientras usted se dedica a organizar sus centros, la Unión Soviética y Estados Unidos preparan la bomba atómica.

Boris descargó un golpe en la mesa.

—Caballeros, las bombas atómicas están fabricadas con levadura y hoy celebramos la fiesta del pan ázimo. No las quiero en el Séder.

—Está bien, entonces abre la puerta y que entre el profeta Elias.

Herman había solicitado a su tío que le permitiera asistir al Séder con una invitada y, puesto que Boris había accedido, llevó a Silvia, una joven alta y morena, de nariz alargada, ojos saltones, labios gruesos y el cabello rizado muy corto. Al verla, Boris se había preguntado: «¿Qué es, una muchacha o una amazona?». A Frieda tampoco le había agradado, ya que se sentó junto a Herman y no dejó de sonreírle durante todo el Séder, incluso le guiñó el ojo de vez en cuando. Herman se alojaba en casa de la madre de Silvia, quien además era su camarada de partido. Dado que Herman sabía algo de ruso, solía leer a Silvia los artículos de fondo del *Pravda* y del *Izvestia*. Silvia sentía curiosidad por asistir a una cena de Pascua a la antigua y, antes de llevarla, Herman le hizo prometer que no contradiría ni perturbaría a su tío. Sin embargo, Silvia no cesaba de plantear preguntas: ¿por qué se comía el pan ázimo?, ¿qué simbolizaban las hierbas amargas, el apio, el huevo cocido, los cuatro vasos de vino? Boris se tomó la molestia de contestarle, pero la joven insistió:

—¿Por qué celebran una liberación acaecida cuatro mil años atrás, cuando hoy en día sigue vigente la esclavitud?

—¿Dónde? No en Estados Unidos.

—¿Tiene usted idea de lo que ocurre en el Sur? —preguntó la joven.

—No, no lo sé.

—¿Sabe usted al menos que en las universidades de este país continúa en vigor el *numerus clausus* para estudiantes judíos? ¿Alguna vez ha intentado alojarse en un hotel de lujo? ¿Sabe que allí no permiten entrar a los judíos?

—¿Por qué debería preocuparme por los judíos que comen alimentos prohibidos? Esos hoteles de gentiles yo ni los piso.

—¿Sabe usted que en algunas empresas de este país no admiten trabajadores judíos?

—¿Y qué le voy a hacer yo? Hasta que no llegue el Mesías seguiremos en el exilio.

—En la Unión Soviética han arrancado el antisemitismo de cuajo.

—En la Unión Soviética han arrancado a los judíos de cuajo.

Silvia estaba dispuesta a iniciar una disputa, pero Herman la pisó por debajo de la mesa y la miró atónito: «¿Para qué discutir con aquellos fanáticos?, ¿para qué malgastar saliva?». Sin embargo, ella era así: siempre se sentía impelida a defender la causa comunista, dondequiera que fuese: en la carnicería, en el supermercado, en la peluquería donde se arreglaba el pelo. Herman a veces comentaba, en broma, que si Silvia llegara a la Luna en un cohete, enseguida se pondría a perorar sobre las últimas resoluciones del comité central. Hacía ya tiempo que Herman había llegado a la conclusión de que los comunistas estadounidenses no tenían ni la más remota idea de cómo organizarse. Habían sido mimados por esa supuesta libertad que los capitalistas arrojan a las masas. Si el movimiento se viera obligado a embarcarse en una auténtica conspiración, los camaradas de Estados Unidos se hallarían menos preparados que los de cualquier otro país. Eran demasiado blandos y escrupulosos para la lucha real, y por eso adoptaban una postura excesivamente sentimental.

Herman había guardado silencio durante la lectura de la Haggadá y más tarde siguió atentamente la discusión entre Halperin y Alswanger, observándolos con interés. A primera vista los dos intelectuales compartían la postura idealista y burguesa que se desentiende o deliberadamente prescinde del desarrollo económico y político, la lucha de clases, el determinismo de los procesos históricos, o sea, las condiciones objetivas. Siguieron elucubrando acerca de la sociedad humana, como si ésta se encontrara suspendida en el vacío y todo dependiera de la decisión de un par de quimeristas. No obstante, existía una clara diferencia entre los dos. El doctor Halperin, a su manera, era más sensato, tenía los pies en la tierra, lo cual le permitía ser más progresista. El doctor Alswanger, en cambio, se enredaba en una maraña de palabras, de prosa retorcida, de ilusiones.

Herman sostenía que mientras se prolongara el compás de espera —en el que las fuerzas revolucionarias necesitaban estabilizarse y reorganizarse, escudándose tras la máscara de la coexistencia— había que encontrar un modo de acercarse a personas como el doctor Halperin. En Francia e Italia, el partido había atraído a numerosos intelectuales; sabían cómo aproximarse a ellos. Allí, la propaganda era individualizada, sutil, a la medida de las circunstancias. En Estados Unidos se trabajaba con torpeza y excesiva pomposidad. El partido no había progresado y seguía dirigiendo su florida retórica y sus lemas trillados a los mismos elementos. Por ejemplo, al referirse al antisemitismo en la Unión Soviética, Silvia invitaba a una respuesta como la que de hecho recibió. Sin duda habría sido mejor evitar la cuestión judía en ese momento: existían otros temas que cabía utilizar con mayor eficacia.

Herman fruncía el ceño mientras hojeaba la Haggadá. ¡Qué superestructura ideológica tan ridícula! Si la fe de los cristianos se basaba en la historia de Jesús y de su resurrección, la de los judíos partía de un Dios abstracto, un amplio código lleno de leyes absurdas y la promesa de que algún día llegará el Mesías montado en un asno. «Comparada con esta estructura religiosa, la torre de Pisa se mantiene vertical. Sin embargo, no conviene subestimar su fuerza. Ocurre como con algunas ruinas, que

al demolerlas pueden aplastar precisamente a quienes pretenden derribarlas. Hay que desmontarlas por partes, tabla a tabla, ladrillo a ladrillo. Durante una demolición hay momentos en los que incluso uno se ve obligado a apuntalar temporalmente alguna cornisa. En definitiva: la norma es que no existen normas; en esto reside el verdadero significado de la dialéctica. Y en este terreno, el camarada Stalin supera a cualquier otro. De entre los peligros que se ciernen sobre la Revolución, el mayor de todos consiste en la cerrazón mental, en la tendencia a encorsetar el flujo del tiempo en un modelo prefijado».

I

Stanislaw Luria no lograba conciliar el sueño. Los medicamentos que le habían recetado no surtían efecto. Estaba acostado, y la lámpara de la mesilla de noche seguía encendida, pues desde la sesión de espiritismo le daba miedo la oscuridad. En realidad no creía que Sonia se le hubiese aparecido aquella noche. Sin embargo, ¿de quién era entonces aquella figura que había surgido de la oscuridad para abrazarlo, besarlo y hablarle en polaco? Cuanto más reflexionaba en el tema, más confuso se le antojaba todo. Tenía que ser Sonia: reconoció su voz y el contacto de sus labios también le resultó familiar. No obstante, ¿cómo era posible que Sonia se le apareciera, si la habían reducido a cenizas? Y si se le había presentado allí, en el apartamento de la dentista, ¿por qué no iba a visitarlo a su casa alguna vez? Desde luego, no era algo que deseara. Era precisamente esta idea lo que le sobrecogía y atemorizaba.

—¡Es un fraude! ¡Un fraude! —gritó, tras incorporarse bruscamente.

¡Ah, tenía los nervios destrozados! De noche, tumbado en la cama, hasta el menor de los ruidos le hacía temblar y en el apartamento se producían toda clase de sonidos: crujían los muebles, se agitaban las persianas venecianas a pesar de que las ventanas estaban bien cerradas, silbaban las tuberías del cuarto de baño y hasta el radiador emitía su zumbido entrecortado. Asimismo, le habían ocurrido hechos insólitos. En las últimas semanas le desaparecían objetos que había guardado, y se pasaba días enteros buscándolos. Primero fue la pluma estilográfica, luego las gafas de lectura. No encontraba las zapatillas ni el sombrero. Apagaba la luz y luego la encontraba encendida, como si una mano oculta hubiese accionado el interruptor. Dejaba un libro sobre la mesa, y cuando se disponía a reanudar la lectura no lo hallaba, aunque más tarde aparecía bajo la cama o incluso debajo de la almohada. «¿Acaso el espíritu de Sonia le estaba mandando señales? ¿O se habría colado en la casa un ser maligno?».

Llamaba al profesor Shrage, pero éste ni se acercaba al aparato. Si acudía a su casa y pulsaba al timbre, nadie abría la puerta. Cuando telefoneó a la oficina de la señora Clark, ésta le respondió airada que nunca más organizaría otra sesión de espiritismo con él. Para soportar este tipo de situaciones era imprescindible un corazón fuerte, y ya había advertido a Sonia que las sesiones perjudicaban a su marido.

¿Cómo iba a tener fuerte el corazón un hombre destrozado en todos los sentidos?

Cuando contrajo matrimonio con Anna él ya era un desecho humano, desde el punto de vista físico y espiritual. La fuga de Anna con Grein había matado lo que restaba de él. Aunque Boris Makaver le había ofrecido ayuda económica, Luria se negó a aceptarla. Debía el alquiler de tres meses y el día menos pensado lo desahuciarían. Los recibos sin pagar de teléfono, gas y electricidad se hallaban desperdigados por toda la casa. En el mes de marzo no presentó su declaración de impuestos y había extraviado los papeles para la solicitud de ciudadanía, un trámite que había iniciado a su llegada a Estados Unidos. ¿Cómo se las arreglaría si se viera en la necesidad de identificarse como inmigrante legal? Probablemente constaba en algún registro, pero la burocracia resultaba tan caótica como su propio hogar. Si lo deportaran, nadie se enteraría de su sino. Y si lo enviaban a Polonia lo encarcelarían.

A Luria le asaltaban las más diversas sospechas. Por ejemplo, no albergaba la menor duda de que Yasha Kotik era un espía soviético. ¿Acaso conspiraba contra él en connivencia con Anna? ¿Planeaban tal vez secuestrarlo y entregarlo a los bolcheviques? Desde luego, la idea resultaba lógica. Al negarse él a concederle el divorcio, Anna habría decidido eliminarlo para casarse con Grein. ¿Qué impedía raptar a una persona como él? ¿Quién iba a dar la cara por él? Ciudadanos estadounidenses más importantes habían sido eliminados sin que nadie saliera en su defensa. Continuamente se veían barcos soviéticos atracados en los muelles de Nueva York. Espías soviéticos se infiltraban por doquier. Los comunistas y sus simpatizantes ocupaban puestos en la administración pública y en los principales periódicos del país, ostentaban altos cargos en el Departamento de Estado y no se descartaba la posibilidad de que se hubiesen infiltrado en el FBI. Socavaban la nación como una colonia de termitas. Incluso la prensa llamada capitalista desbordaba de propaganda soviética. Por más que las editoriales afectaban lanzar injurias contra Rusia, en las secciones culturales predominaban los comunistas, que desde esa tribuna difundían abiertamente propaganda del partido. El poder que detentaban en todos los cuerpos de las Fuerzas Armadas era incalculable. Sin duda disponían de fuerza suficiente para aniquilar a una persona como Stanislaw Luria.

No obstante, ¿tenía alguna escapatoria? ¿A quién acudir: a un abogado, a la policía, al FBI? Lo tratarían de paranoico y lo enviarían a un manicomio. Sus mentes eran tan retorcidas que, a pesar de haber millones de personas que eran víctimas de persecución, cualquiera que se quejara sería considerado un orate. Sólo los perseguidores conservaban la cordura. Ellos gozaban de todos los derechos y de las ayudas mundiales. El Tío Sam había entregado miles de millones de dólares a Stalin y le había prestado cientos de barcos, que después se negó a reintegrar. Roosevelt en persona había acabado envenenado por su propaganda.

¿Debería huir? ¿Adónde? Disponían de agentes en todas partes. ¿Intentar hablar con Anna? Evidentemente, se había unido a ellos. Acaso lo más sencillo fuera perderse en algún lugar del Medio Oeste, cambiar de identidad, dejarse crecer la barba y encerrarse en alguna granja; mas no le restaban fuerzas para trabajar, ni

siquiera para asearse. Hasta había dejado de comer. En su casa reinaba el más absoluto desorden, pues se sentía incapaz de limpiarla. ¿Qué más daba? Había cortado los lazos con la sociedad y se encontraba completamente aislado, rechazado por la humanidad. Incluso le habían robado su agenda, con las direcciones y los números de teléfono.

Luria se aproximó a la ventana y observó perplejo el paisaje primaveral. Tanto lucía el sol que parecía pleno verano. Decidió salir para llevar el reloj de oro a una casa de empeños que había cerca, en la Tercera Avenida. ¿Dónde lo habría metido? Siempre lo dejaba encima de la mesita de noche.

«¡Dichoso reloj! —suspiró Luria. ¡Esto es increíble!». Lo buscó en los cajones, en los bolsillos, en los estantes. «¿Habrán entrado ladrones en casa para robarlo?». En ese caso, ¿por qué no se habían apropiado de nada más? ¿Estaría Sonia jugando al escondite con él? Sin embargo, ¿por qué iba a angustiarse? ¿Acaso estaba resentida por su matrimonio con Anna? ¿O se habría enfadado con la señora Clark, y ésta era la auténtica causa de todos sus contratiempos? A juzgar por su aspecto, esa mujer era una auténtica bruja que mantenía recluido al profesor Shrage como si se tratara de un prisionero. Por supuesto, los racionalistas se mofaban de estas ideas, pero ¿acaso fue Hitler un fenómeno racional? ¿O Stalin? ¿Fueron las dos guerras mundiales producto de la lógica? La especie humana se hundía en la ciénaga de lo absurdo, lo oscuro, lo mágico, lo misterioso; sin embargo hablaba continuamente de la luz de la razón, lo cual ya constituía una auténtica locura. La sobriedad del hombre moderno implicaba en realidad una peligrosa embriaguez. Incluso en la Edad Media la gente se hallaba más cerca de la verdad. En aquella época, al menos la gente era consciente de la existencia de poderes oscuros y llamaban al demonio por su nombre, ya fuera Satanás, Lucifer o Belial. Después, la razón enloqueció al ser humano. Una pandilla de intelectuales había llevado a la humanidad al borde del abismo.

Así pues, no existía salvación posible. ¿Quién iba a salvarlo? Dementes o no, se hallaban en posesión del poder. Esos desquiciados se habían armado con bombas atómicas, con universidades, periódicos, revistas. Se psicoanalizaban mutuamente para justificar las salvajadas, las pesadillas, las trampas satánicas. Atribuían un nombre a cada horror: el asesinato de seis millones de judíos, la aniquilación de millones de personas en Rusia. En cuanto daban nombre al monstruo, éste dejaba de ser monstruoso. No necesitaban nada más.

II

«Sí, me iré con ellos —se prometió Luria. Me marcharé al lugar donde se encuentran todos los judíos, los mejores de la nación. ¿Quiénes han quedado? Adúlteros como Anna y Grein. Si existe el más allá, quiero verlo. Y si no hay nada, entonces la vida tampoco merece la pena, el hombre no es más que un microbio, y todos los sufrimientos carecen de sentido. ¿Nos está prohibido? ¿Dios nos va a castigar? ¡Que nos castigue! ¡Bastante nos mortifica ya en la vida!».

Finalmente Luria encontró su reloj de oro y se dispuso a empeñarlo. Al salir a la calle reparó en que había olvidado ponerse la corbata. «Bueno, pues me voy sin ella». En la casa de empeños, el joven que atendía el establecimiento examinó cuidadosamente el reloj, lo abrió para inspeccionar el mecanismo e incluso lo observó con una lupa. Finalmente, le ofreció veinticinco dólares. ¡Veinticinco dólares por un reloj que en Polonia le había costado casi mil zlotys! Sin embargo, Luria no se sentía con fuerzas para andar de una casa de empeños a otra.

—Bueno, de acuerdo —accedió.

El joven le entregó el dinero, que Luria ni siquiera se molestó en contar, junto con un recibo. Mientras avanzaba por la avenida Lexington, se decía: «Sí, con esto me bastará para llegar al final. Ya lo he decidido». La cuestión era qué método elegiría. ¿La horca? ¿Veneno? No, eso no. El gas era demasiado lento, apestaba y corría el riesgo de dañar a los vecinos. Lo mejor era ahogarse, aunque había que hacerlo de manera que se sufriera lo menos posible. Por la noche, tras beberse media botella de coñac, tomaría el transbordador a Staten Island. Se ataría un lastre al cuello, se arrojaría al mar y no tardaría en ahogarse. El coñac serviría de anestésico, a menos que consiguiera un poco de opio o morfina. Lo importante era estar drogado durante los últimos momentos. Seguramente, el proceso duraría menos de un minuto, porque cuando el cerebro dejara de recibir oxígeno, perdería inmediatamente el conocimiento. Claro que lo mejor sería tomarse un frasco de somníferos o una buena dosis de cloroformo, aunque para eso precisaba una receta médica. ¿Solomon Margolin? No, seguro que se negaría y de todas formas tampoco se atrevía a pedirle el favor. El médico se había interesado alguna vez por Anna y las cuentas entre ellos no habían quedado saldadas. Lo mejor sería consumir el acto en medio del océano. Pero ¿dónde? ¿Cómo? A menos que viajara por mar a Europa, aunque para ello necesitaba un pasaporte y todo lo demás. ¿No saldría algún barco hacia Florida o California, por ejemplo? Tal vez hubiera alguno a Canadá, pero no tenía dinero. Al parecer una línea llevaba a Boston o a Providence. Al pensar en Providence, Luria sonrió. «La Divina Providencia, que observa impasible cómo se tortura a seis millones de personas y no se inmuta».

¿Cuándo debería hacerlo? ¿Enseguida? Se detuvo repentinamente en plena calle. Si no quería quedarse flotando en el agua, pidiendo socorro a gritos, primero debía conseguir un lastre; la cuestión era dónde. Quizás en algún lugar de la Tercera

Avenida. Regresó sobre sus pasos, pues hacía algún tiempo había visto por allí un anticuario donde se exponía una balanza con pesas, de las que se usaban antaño. Descartó esta posibilidad: resultaría demasiado caro. Mientras caminaba por la Tercera Avenida contemplando los escaparates de las tiendas de antigüedades, pensaba en aquellos objetos que en el pasado habían pertenecido a alguien y se habían convertido en meras reliquias de los difuntos. Ahí estaba la muerte silbando a lo largo de las calles, pero los vivos no lo sabían ni deseaban enterarse. Eran como lobos hambrientos devorando la carroña de sus congéneres. Luria se fijó en un esqueleto en venta: incluso la muerte constituía un buen negocio. Sin embargo, todos terminarían de la misma forma. La Parca no respetaría a nadie: en realidad, por la calle sólo transitaban candidatos a cadáveres.

Luria ya había cruzado la calle Cuarenta y dos, y continuaba su periplo hacia el sur. Aunque no había ingerido nada desde el día anterior, no tenía hambre. Al contrario, se sentía más que saciado. Se detuvo delante de una tienda de muebles viejos. En el exterior había una mesa cubierta de libros. ¿De qué clase serían? ¿Qué se diría en ellos? Abrió uno al azar y leyó: «Su madre era una mujer ambiciosa. Quería conseguir para Beatriz un marido que le consintiera todos los caprichos y que en cierta medida devolviera a la familia la posición social de antaño». «Así que era ambiciosa —reflexionó Luria. De acuerdo, ¿llevó a cabo sus ambiciones?». Observó la cubierta: el libro era de una escritora cuyo nombre no conocía. ¿Y la autora? ¿Habría alcanzado ella sus propias ambiciones? La obra costaba cinco centavos. ¿Y las demás? *La historia del ferrocarril en Ohio, Cómo alcanzar el éxito en el amor y el trabajo*. «Tal vez éste me convenga, sí señor. A ver, ¿cómo se alcanza realmente el éxito?». El libro valía diez centavos, y Luria decidió comprarlo sin ningún motivo especial, por simple curiosidad, por echar un último vistazo a las vanas ilusiones de la especie humana. Sacó una moneda de diez centavos y la dejó sobre uno de los libros. El vendedor no mostraba el menor interés por la mercancía, no le habría resultado difícil llevárselo sin pagar.

En la calle Treinta y cuatro, Luria entró en una cafetería. «Me tomaré un café. ¿Qué daño va a hacerme? También al ganado se le alimenta antes de sacrificarlo. El estómago lleva a cabo su función: digerir». Ahí radicaba la absurdidad del asunto. «Cada órgano cumple su cometido: el estómago digiere, el cerebro piensa y, tras la muerte, comienza un nuevo ciclo de actividad: los microbios lo engullen todo. ¿Y los átomos? En el interior, los protones, neutrones y electrones continúan girando sin cesar. Seguramente ignoran que su dueño ha muerto o se ha suicidado. No obstante, ¿en qué sentido puede un ser humano considerarse su dueño? A las partículas no les importa dónde se alojan: en una persona, en un ratón o en un lodazal. Observan sus propias leyes atómicas y para ellas el concepto de la individualidad no es más que una ridiculez. Por otra parte, todo esto ¿quién lo ha planeado? ¿Con qué objetivo gira este planeta? ¿Cuánto tiempo seguirá rodando sobre su eje y alrededor del Sol? Algún sentido ha de haber».

Luria se aproximó al mostrador, se sirvió una taza de café y, tras cierta vacilación, tomó también un trozo de pastel. Se sentó a una mesa, abrió el libro al azar y leyó: «Todo el mundo necesita una meta claramente definida y alcanzable. Resulta asombroso la cantidad de personas que no se fijan ningún objetivo y se dejan arrastrar por la corriente. Transcurren los años y ellos nunca llegan a descubrir qué desean. La historia de los triunfadores muestra un rasgo común: desde el principio se habían fijado un objetivo concreto».

Luria cerró el libro de golpe.

«De acuerdo, ¿qué meta me había propuesto yo alcanzar? Estudié Derecho sin tener aptitudes para ello. ¿Por qué no opté por una disciplina que me interesara? Aunque ¿acaso me interesaba algo? Por más que me gustara leer historias de exploradores, no iba a convertirme en otro Roald Amundsen o en un Sven Hedin. Mi verdadera aspiración consistía en alcanzar la paz de espíritu: una buena esposa, un hijo feliz, un sillón mullido, un sofá cómodo. Desde niño he sido apático; tal vez en mi vida anterior no obtuve descanso suficiente. Supongo que por eso deseo poner fin a mi vida: para dormir de una vez por todas».

Se tomó el café y dio cuenta del pastel. Ese desayuno tardío le había despertado el apetito, una sensación que notó en el estómago y en la debilidad de las piernas. Alguien había dejado un bollo en una mesa y Luria comenzó a masticarlo. Eso no era robar; de todas maneras iban a tirarlo. Muy bien, pero ¿qué debían hacer quienes no se hubiesen marcado una meta en la vida? Todos aquellos consejos se destinaban a los fuertes, no a los débiles. Por ejemplo, la muchacha que pasaba limpiando de mesa en mesa nunca se convertiría en un Rockefeller, un Ford o un Edison. Seguiría limpiando mesas unos años más, después se casaría con algún portero o alguien por el estilo y enseguida quedaría embarazada. Cada año tendrían un hijo. Los sábados debería arrastrar a su marido borracho desde la taberna a su casa, luego discutirían y él la maltrataría. «Los hijos heredarán una mezcla de las limitaciones de él y los defectos de ella. ¿Y el comunismo? Está pensado por los fuertes y para los fuertes. Los débiles limpiarán mesas durante generaciones. Incluso si llegásemos a Marte, seguirían limpiándolas allí, y aunque consiguiéramos que las máquinas se ocuparan de todos los trabajos los débiles continuarían anclados en su situación».

Stanislaw Luria se disponía a salir del café dejando el libro sobre la mesa. Mientras aguardaba para pagar en la caja, notó un golpecito en el brazo: la joven que limpiaba las mesas le devolvió el libro.

—¿Le apetece leerlo? —le preguntó Luria. Yo ya lo he terminado.

—¿Qué es? *Cómo alcanzar el éxito en el amor y el trabajo*. Ah, no, gracias. No me queda tiempo para la lectura. Muchas gracias. —Se lo devolvió.

Luria advirtió que la cubierta estaba húmeda y observó que la chica volvía a limpiar las mesas con una expresión de resentimiento ensombreciendo su joven rostro. Ella no necesitaba ningún libro, ¿qué ayuda iba a encontrar en él? Luria pensó que, en cierto sentido, esa mujer sí se había fijado una meta, que consistía

precisamente en no fijarse ningún objetivo, en abandonarse a la corriente del azar. Los auténticos desgraciados eran la gente como él, incapaces de decidir por sí mismos si debían fijarse un objetivo o no hacerlo. Él ni siquiera podía limpiar mesas, y por eso estaba condenado a morir. ¿Tendría al menos fuerzas para ello?

Sí, cuando encontrara un lastre o cualquier objeto pesado.

III

Luria halló lo que buscaba no muy lejos del Bowery. Sobre una mesa, entre toda clase de baratijas, distinguió un enorme imán en forma de herradura con un agujero en cada extremo. ¿Una pieza de un generador eléctrico, tal vez? Lo levantó y le sorprendió su peso. Preguntó el precio y el vendedor lo miró de arriba abajo, perplejo. Parecía cuestionarse: «¿Para qué servirá un imán así?».

—Dos dólares —contestó.

Luria le pagó en el acto. Para colgarse ese peso del cuello no tenía más que pasar un cordón por los dos agujeros. Sintió vergüenza de andar por la calle con ese extraño objeto y compró un periódico, con el que lo envolvió. Pretendía acercarse al Battery para fijarse en el barco que iba a Staten Island, sin embargo, aquel peso le entorpecía los movimientos. «Si finalmente lo hago, que sea de noche, una noche oscura, cuando no brille la luna», decidió, aunque no se libraba de la sensación de que todas aquellas cavilaciones no eran más que un juego. En realidad aún no estaba resuelto a llevar a cabo su plan, ya que a su entender cierta clase de decisiones no se toman de antemano. «Además, hay que prever hasta el último detalle. El empujón final habrá de ser repentino o no será. Bueno, en el peor de los casos sólo habré perdido dos dólares». De pronto, Luria sintió por el imán la curiosidad propia de un colegial. En el instituto había llevado a cabo un experimento que consistió en cubrir un imán con una hoja de papel, sobre la que habían dispersado limaduras de hierro. ¡Oh, qué lejano se le antojaba aquello! Por entonces los rusos todavía ocupaban Varsovia.

De pronto le urgía llegar a casa y liberarse de su pesada carga, así que se dirigió al tren elevado de la Tercera Avenida y subió las escaleras sin dejar de pensar en la muerte: «¿Cuántos de los que han subido estas escaleras estarán ya muertos? Millones de pares de pies que hollaron este suelo se encuentran ya pudriéndose bajo tierra. ¿Qué señal habrán dejado? Del mismo modo que un sabueso es capaz de seguir un rastro días después de que se hayan dejado, acaso existe alguna fuerza capaz de reconocer las pisadas sobre los escalones al cabo de los años. ¿No lo he leído en alguna parte? El cosmos está cubierto de huellas que dan testimonio de lo acontecido. Es posible que ni siquiera mis pensamientos actuales se pierdan. Tal vez en el cielo exista un aparato que fotografía a los seres humanos, sus pensamientos y emociones. Cuando muera, en algún lugar mi imagen seguirá cargando con este imán. En definitiva ¿de qué me sirven tantas elucubraciones? Supongamos que Dios es sabio; ¿de dónde se infiere que sea bueno? ¿Qué prueba hay de ello?».

Sentado junto a la ventanilla del vagón, Luria contemplaba la ciudad. ¡Qué fea parecía Nueva York desde allí! Los edificios quedaban reducidos a meros montones de ladrillos, cuyo único mérito consistía en haberse mantenido en pie sin derrumbarse. Los apartamentos eran cuchitriles atestados de gente que ya se había acostumbrado a sentir día y noche el machacón traqueteo del tren retumbando en sus cabezas. ¿Y a qué aspiraban? «Tras media vida de trabajo —reflexionaba Luria— los

arrinconarán como trapos inútiles. Cuando vayan a cobrar el subsidio de desempleo, los funcionarios los despreciarán. Al envejecer habrán de mendigar por las calles o malvivir en residencias para ancianos. Sin embargo, les falta valor para acabar con todo, y cuando inician una revolución, caen en manos de tiranos mil veces peores que sus anteriores opresores».

En un edificio daban clases de música: un grupo de hombres tocaba la trompeta, un individuo golpeaba un tambor, y todos juntos parecían una pandilla de payasos ridículos. En la penumbra de una sala de billar, varios jóvenes evolucionaban alrededor de una mesa cubierta de manchas. Por debajo de las vías del tren asomaban casas de empeño, sórdidos restaurantes con sólo unos míseros taburetes ante la barra, bares, herrerías, cacharrerías, tiendas de retales y un sinfín de pequeños comercios. Pese al calor que había reinado durante el día, la noche se presentaba lluviosa y fresca. «Ah, la primavera constituye la mayor de las mentiras. En realidad posee los mismos inconvenientes que el otoño —pensaba Luria. Siempre trae lluvias, frío y desilusión». El tren se detenía cada pocos minutos y entraban nuevos pasajeros. ¡Cuán desaliñado era su aspecto! Rostros rudos, como toscamente tallados con un hacha; miradas extraviadas; manos y pies descomunales. Una mujer tan corpulenta que apenas si pasaba por la puerta subió a empujones y ocupó dos asientos al tiempo que su mirada desafiante parecía expresar: «¡No estoy gorda por gusto!». ¡Y qué atuendos! ¿Dónde encontraría la gente semejantes indumentarias? Camisetas estafalarias y chaquetas chillonas de color azufre a rayas y cuadros, que a Luria le recordaron los campesinos polacos y la ropa usada del mercadillo de la calle Vóleve. En aquel vagón se habían dado cita la pobreza, la fealdad y el mal gusto, aunque tampoco andaría sobrada de escrúpulos aquella gente: si les hubiesen cedido el poder, habrían actuado como se hizo en Rusia. Los viajeros habían observado fijamente a Luria y luego habían desviado la mirada. ¿Dónde vivían? ¿Adónde se dirigían? No le hubiera extrañado en absoluto que el tren continuara viaje a Towicz o Nizhni Nóvgorod.

Luria se apeó y se encaminó a la avenida Lexington. Cada vez que regresaba a casa y abría la puerta del apartamento se asombraba: ¿por qué aplazaban el desahucio? De alguna manera aquella vivienda lo ataba a la vida. ¿Para qué prolongar la incertidumbre? Cualquiera día lo echarían a la calle. Abrió la puerta, dejó el imán y oyó el timbre del teléfono. «¿Debo contestar? ¿Quién querrá hablar conmigo a estas alturas?». Levantó el auricular y una voz femenina le preguntó:

—Perdóneme, señor, ¿usted escucha la radio?

—¿Cómo? Ah, muy rara vez.

—¿Qué programas le interesan?

Contestó que ninguno, que estaba enfermo. Se disculpó y colgó. «Es lo único que les importa —pensó—: dinero, dinero y más dinero». El mismo teléfono que un instante antes había prendido en él una chispa de esperanza, le llenaba de amargura. Deambuló de una habitación a otra en la penumbra, sin encender las luces. Olía a

cerrado y una capa de polvo cubría los muebles. La ropa yacía tirada sobre los sillones y desperdigada en el suelo, fácil presa para las polillas que habían conseguido invadir el piso. «¡Si Anna viera en qué se han convertido sus salones!». Se rió para sus adentros. Repentinamente agotado, se apoltronó en el sofá, mortificado: le sonaban las tripas, sentía un pinchazo en el corazón, le dolía la cabeza. Se llevó la mano a la frente y advirtió que estaba ardiendo. «¿Tendré fiebre? Vaya, al final moriré de muerte natural».

Cerró los ojos y permaneció un buen rato acostado, cual si un espíritu maligno lo hubiera poseído. Percibió un fuerte ruido que no procedía del entorno, sino de su propio interior. El traqueteo de un expreso le torturaba el cerebro, hasta el punto que incluso oía las puertas que se abrían y se cerraban en las paradas. A pesar de tener los ojos cerrados, veía las ventanas y la luz reflejada en las lamas de las persianas venecianas. «¡Oh, estoy agotado, no puedo más!», suspiró. Alentaba un único deseo: descansar. Se adormiló enseguida y soñó que estaba en una habitación repleta de tuberías hasta el extremo de que sobresalían por las ventanas. Éste era su medio de comunicación con los vecinos y las casas de enfrente. Por esas cañerías viajaban las voces, de ellas brotaba el agua y manaban alimentos: alubias, cereales, harina. Se preguntó qué clase de mecanismo era ése. ¿Cómo funcionaba? ¿Habría sustituido al teléfono o se trataba de un rudimentario retroceso al pasado? Entre las tuberías se había sentado un perro enorme, del tamaño de un caballo. Luria estaba petrificado de miedo. «Un perrazo así es capaz de devorar a un hombre». Abrió los ojos. La habitación aparecía envuelta en las tinieblas nocturnas.

De pronto reparó en una presencia al pie del sofá. No se asustó: era Sonia. Aunque ofrecía el aspecto de siempre, su cara, luminosa y radiante, aparecía envuelta en una brillante aureola. «Debo de estar soñando todavía —pensó. ¿O habrá entrado por las tuberías?». Ella lo miraba con un aire entre melancólico y risueño, y la expresión de un mudo que ansia hablar. Luria intentó preguntarle algo, sin embargo no le salían las palabras. La visión no duró más de un segundo: la figura se desvaneció enseguida. Él continuó contemplando largamente la oscura mancha que un momento antes había sido Sonia.

«Bueno, ahora ya lo sé», se dijo. Por fin sabía con certeza que en efecto se trataba de Sonia y de que muy pronto se reuniría con ella. Cuando quiso levantarse la debilidad le impidió incorporarse. Por primera vez desde hacía meses había alcanzado un estado de absoluta paz. Se volvió hacia el respaldo del sofá y se adormeció de nuevo.

I

Anna se sobresaltó cuando el teléfono del apartamento donde vivía con Grein en la Quinta Avenida sonó con insistencia en plena noche.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó Anna.

—Se habrán equivocado de número —contestó Grein, amodorrado.

Nadie conocía su número de teléfono excepto Lea y Ester, y a ninguna de las dos se le ocurriría llamar a horas tan intempestivas. Grein esperó un rato, pero el aparato seguía sonando. Tras dar un traspie en la oscuridad, levantó el auricular.

—¡Diga!

Después de un momento de espera, se oyó una voz masculina.

—¿Es el señor Grein? —le preguntó en yiddish.

—Sí, soy yo.

—Perdóneme que le despierte a estas horas. Ha sucedido una desgracia. ¿Podría hablar con Anna?

—¿Quién es?

—Soy su primer marido, Yasha Kotik.

Grein sintió un escalofrío, producto de una mezcla de vergüenza, rabia y asco.

—¿Quién le ha dado mi número de teléfono?

—Su esposa, la señora Lea Grein.

—¿Mi esposa? ¿Cuándo?

—Hace cinco minutos.

—¿Qué ha pasado, dígame?

—Stanislaw Luria ha muerto.

Grein aguardó un lapso de tiempo. De repente le invadió el miedo.

—¿Cuándo ha sido? ¿Cómo lo sabe?

—Llevo dos semanas viviendo en su casa. Cuando me di cuenta de que mi aventura en Hollywood no me llevaba a buen puerto, decidí regresar a Nueva York. Compartíamos piso: dos maridos abandonados.

—¿Qué pasó?

—Ha sido una muerte repentina. Se despertó y se quejó de un fuerte dolor en el pecho. Quise darle un poco de whisky, pero ya era demasiado tarde.

—¿Desde dónde llama usted?

—Desde el apartamento.

—¿Ha avisado al médico?

—No. Está muerto y bien muerto. Créame, soy un experto en la cuestión.

—Pida una ambulancia y llame a la policía.

—¿En qué va a ayudarle la policía? Lo que hice fue llamar a la esposa de usted, ella me dio este número.

Justo cuando Grein iba a replicar, Anna encendió la luz y se presentó ante él, en camiseta y descalza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó casi a gritos.

—Es para ti —respondió Grein con voz ronca, al tiempo que le pasaba el auricular.

Acto seguido regresó apresuradamente al dormitorio y cerró la puerta. «¡Ya está, lo he matado! —se dijo. ¡Soy un asesino!». Se tumbó en la cama mientras oía los sollozos amortiguados de Anna en la otra habitación. Por fin la puerta se abrió y, al reflejo de la luz del pasillo, distinguió la cara de Anna, con su cabello en desorden. En esos pocos minutos un cambio radical se había obrado en ella.

—Hertz, ¡esto no tenía que haber pasado! —chilló Anna en yiddish. ¡Ay de mí!

Empezó a dar gritos como una niña pequeña que acabara de recibir un fuerte golpe y Grein permaneció acostado en la cama.

—¡Levántate! ¡Ayúdame! —aulló Anna.

—¿Qué quieres hacer?

—¡Voy a irme con él! —respondió Anna. ¡Ha sido culpa mía! ¡Yo lo he matado!

De nuevo rompió a llorar a lágrima viva. Su llanto cambiaba de tono por momentos, como si emitiera una sucesión de diferentes sollozos. Grein se levantó de la cama. Anna encendió las luces, se le había hinchado la cara y bajo sus ojos aparecieron unas sombras azuladas. Cuando intentó ponerse la faja, no consiguió subírsela y Grein tuvo que ayudarla. También él se vistió apresuradamente: metió el pie derecho en el zapato izquierdo y le cayeron varias monedas y billetes de los bolsillos del pantalón. Le temblaban las manos y sintió náuseas.

—¡Llévame allí! —le ordenó Anna.

Dado que el coche estaba en el garaje, Grein decidió tomar un taxi. Recorrieron el pasillo a toda prisa y llamaron al ascensor. El ascensorista del turno de noche debía de estar dormido, porque transcurrieron varios minutos sin que subiera el aparato. Anna se separó bruscamente de Grein.

—¡Vamos por las escaleras!

Bajaron volando los nueve pisos. En la fresca noche de verano, la Quinta Avenida aparecía desierta. Grein y Anna decidieron esperar un taxi, mas después de diez minutos no había aparecido ninguno. Anna estaba frenética.

—¡Ve a sacar el coche!

Sin embargo, ya se habían alejado demasiado del garaje. De pronto pasó un taxi y ambos se apresuraron a pararlo. Por extraño que resultara, Anna había olvidado su dirección anterior y empezó a murmurar y balbucir hasta que recordó el cruce más

cercano a su casa. En el trayecto, Grein y Anna permanecieron en absoluto silencio, alejados, cada uno sumido en su propia angustia. Anna rebosaba de cólera y de un sentimiento que no alcanzaba a identificar, algo parecido al odio. Grein, aparte de la agitación que sentía y de los ruidos que emitía su estómago, estaba paralizado. «¡No pienso subir! ¡Ni hablar!», decidió. Le asaltó un pueril temor al cadáver y la vergüenza, igualmente infantil, de enfrentarse a Yasha Kotik. Hasta el taxista parecía percibir el dolor y el abatimiento que los dominaban, pues de vez en cuando se volvía a mirarlos, frunciendo el ceño y rezongando por lo breve del trayecto, que sólo ascendió a cincuenta y cinco centavos. Aunque Grein pagó con un billete de dólar y dejó el cambio de propina, el taxista se alejó sin dar las gracias siquiera, acuciado por las prisas de la noche.

A la puerta del edificio se encontraban un coche de policía y un agente de guardia. En ese preciso instante salía el mismo ascensorista que los bajó esa noche de invierno ya lejana en que decidieron fugarse. El hombre lanzó una mirada de indignación a Anna y murmuró unas palabras al policía.

—¡Soy la señora Luria! —anunció Anna.

El agente se encogió de hombros.

—De acuerdo, suba usted.

—¡Hertz, acompáñame!

—No, ya espero aquí.

—¡Por favor, Hertz, no me dejes sola ahora!

A pesar de las circunstancias, Grein deseaba causar buena impresión a Yasha Kotik, así que se ajustó la corbata y se palpó las mejillas para comprobar si durante la noche no le había crecido excesivamente la barba. «Si mal no recuerdo, Anna comentó que era bajito», rememoró Grein, pensando aún en Yasha Kotik. Al mismo tiempo se sentía invadido por el horror y la gélida sensación que causa el contacto con la muerte. Le estremeció la sensación de que sus pies querían escapar por sí mismos de allí. «¿Quién sabe? Aún es posible que me acusen de asesinato!». El ascensor se había impregnado de olor a muerte, contaminado por la impureza que entraña un cadáver, «el origen de la impureza», como lo llama el Talmud, refiriéndose al versículo del Pentateuco que recordaba Grein: «Quien toca el cadáver de un hombre es considerado impuro»^[34]. «¡Qué extraño llamar “impuro” a un muerto! —pensó. Por supuesto, se refieren al cuerpo, no al alma. Significa que el cuerpo físico desprovisto del alma inmortal es un germen de putrefacción». Cuando enfilaron el pasillo, se toparon con otro policía que salía del apartamento de Luria.

—¿Es la esposa? —preguntó el hombre, dirigiéndose a Anna, antes de franquearles la entrada.

Yasha Kotik fue a su encuentro, ataviado con pijama y zapatillas. Aunque de baja estatura, apenas más alto que Anna, su figura y su porte poseían una ágil desenvoltura. Anna lo contempló perpleja. Se había teñido de castaño y sólo las ojeras y las arrugas alrededor de la boca daban fe de los años de penalidades y de la

desdichada noche que estaba soportando.

II

—¿Dónde está? —inquirió Anna, antes incluso de que Yasha Kotik abriera la boca.

—Allí —respondió. Retrocedió un paso y señaló el dormitorio.

Cuando Anna se disponía a entrar, salió de la habitación la señora Katz, en bata y zapatillas, bastante más avejentada que en el hotel de Florida. Fulminó a Anna con una mirada preñada de odio. Grein, en un gesto mecánico, la saludó con la cabeza, pero ella no contestó. Saltaba a la vista que se había entendido bien con Yasha Kotik, ya que éste le preguntó en yiddish:

—Qué, ¿ha conseguido usted cerrarle la boca?

—Sí, se la he atado con un pañuelo —respondió la señora Katz, que salió dando un portazo.

Anna entró en la habitación donde se encontraba el cadáver y cerró la puerta con la misma brusquedad: deseaba estar a solas con el difunto. Sus movimientos eran rápidos, furiosos, cargados de la rabia que invade a quienes han perdido cualquier oportunidad de remediar sus errores. Sólo entonces comenzó Yasha Kotik a escudriñar a Grein en silencio, sin odio ni desprecio, sino más bien con esa mezcla de curiosidad burlona y respeto que profesan los actores hacia los ajenos a su oficio.

—¿Es usted el señor Grein? —le preguntó.

—Sí, soy yo.

—Ya sé cómo se siente. ¡Menuda nochecita he pasado! En Rusia no arman tanto revuelo en estos casos. ¿Que uno se muere? Pues se muere y ya está. Últimamente, me había desacostumbrado a la Parca. Ahora veo que en los países capitalistas también se muere la gente. Francamente, es una sorpresa.

—¿Estaba enfermo? —inquirió Grein.

—Perdone que le reciba en pijama... ¿Enfermo? ¿Quién sabe si una persona está sana o no lo está? Yo he viajado a Hollywood y he conseguido escapar a tiempo de aquel manicomio. Conocí a bastantes lunáticos en el país de Stalin, pero le aseguro que la de aquí es otra clase de locura. En Hollywood se da el caso de que alguien te dirige la palabra y tú ni te enteras de lo que dice. Después, en medio de la conversación, sale corriendo y te suelta: «Te veo luego». Ya, tú espera, que ese luego no llega nunca. Preguntas adonde ha ido y nadie lo sabe, es como si se lo hubiese tragado la tierra. Todos se alegraron de verme y se deshicieron en halagos hacia mí, pero al cabo de algún tiempo se esfumaron. Y ve a buscarles. Preguntaba qué tenía que hacer y me contestaban: «Esperar, en Hollywood es preciso tener paciencia». Por fin, conseguí una entrevista con el Gran Jefe, el que me trajo a Estados Unidos, y éste me suelta: «Es usted un gran actor... pero ¿por qué es usted tan bajito?». Ordena a su secretaria que me tome las medidas, ella trae una cinta métrica y ¡hala!, a medirme como si se dispusiera a reclutarme para el ejército del zar. «Qué, ¿valgo para soldado?», le pregunté. Me hablaban mitad en yiddish, mitad en inglés; la verdad es

que destrozaban nuestra lengua. Entre una cosa y otra, estuvieron dándome largas durante semanas. No me pregunte qué me he traído de allí, porque le prometo que no lo sé.

«¿Cómo es posible parlotear de esta manera mientras hay un difunto en la habitación de al lado? —se preguntaba Grein, incrédulo. ¿Y por qué me cuenta todo esto a mí?».

—¿No tendrá un cigarrillo? —preguntó Kotik.

—No, lo siento.

—Bueno, no importa. Cuando volví a Nueva York, no sabía adonde ir y de pronto me acordé del segundo marido de Anna. Yo ya había estado en este apartamento en otra ocasión, y también entonces encontré a Anna; supongo que ya se lo habrá contado ella. Luria me causó buena impresión. Como los dos habíamos tenido la misma esposa, en cierto modo cabía considerarnos parientes. En Varsovia, a los hombres como nosotros los jueguistas solían llamarnos «cuñados». Ahora usted tiene a Anna, señor Grein, de manera que, le guste o no, también nosotros estamos emparentados en cierto modo. Si no ¿de dónde procede cualquier parentesco? Pues de esto, ni más ni menos. —Yasha Kotik, con aire de bufón, hizo un gesto obsceno.

Acto seguido sus ojos se agrandaron inundándose de tristeza.

—Bueno, él ya ha dejado de sufrir —agregó.

—¿Cuánto lleva viviendo aquí? —preguntó Grein más que nada por llenar el silencio, que de pronto le resultaba opresivo.

—Dos semanas que se me han hecho eternas. Él me abrió su corazón. Dormir, no lo conseguía ninguno de los dos, así que nos pasábamos las noches fumando y charlando. Me lo contó todo: la historia de su vida desde el principio. Hitler le hizo pasar un infierno, como a todos los judíos. Su corazón no estaba aquí sino allí, en Varsovia. Al parecer, una mujer de las que hablan con los muertos, una bruja o una chiflada que vive con un profesor, creo, le mostró en un espejo negro a su primera esposa, aunque no sé muy bien cómo fue, y eso terminó de hundirlo. Yo le hablé con franqueza, le dije: «Panie Luria, para mí esas cuestiones no son más que supercherías. Los muertos están muertos y no nos hablan. Y no digamos cuando conviertes a las personas en un montón de cenizas; entonces es seguro que ya no actuarán nunca más. Además, ¿cómo iba a cruzar el océano?». Discutimos sobre el asunto hasta la saciedad, y siempre repetía lo mismo: «Pronto lo descubriremos, pronto lo averiguaremos». Pretendía suicidarse. Me enseñó un imán que pensaba colgarse al cuello como lastre. Ni corto ni perezoso, escondí ese pedazo de hierro para que nunca lo encontrara. Sin embargo, ¿quién iba a imaginar que estaba tan enfermo? Antiguamente, no se moría uno así, sin más. La gente tardaba en morirse, agonizaba durante semanas o incluso años. ¿Por qué no se sienta usted?

—No, gracias.

—Vamos, hombre, por el mismo precio tome asiento. ¿Por qué se habrá encerrado Anna allí? Quizá debería ir a echar un vistazo.

Grein se acercó a la puerta, aunque no se atrevió a abrirla: se limitó a quedarse escuchando el silencio durante un rato. Reunió el valor suficiente y llamó con suavidad, golpeando con el nudillo. Alguien se agitó en el interior. Tras cierta vacilación entreabrió la puerta. Anna se encontraba de pie junto a la cama. Desde el umbral, Grein no alcanzaba a distinguir la cara del difunto, sólo su cuerpo cubierto con una sábana. Anna volvió el rostro para mirarlo con la expresión de reproche de quien ha sido interrumpido en mitad de una plegaria. Grein se retiró, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué está haciendo?

Grein no respondió. De pronto Yasha Kotik empezó a dar vueltas concéntricas con la elasticidad de una serpiente.

—Menudo golpe, ¿eh? —señaló. Justo lo que se había propuesto: marcharse dando un golpe de efecto. Una forma de protestar contra el mundo, por así decirlo. Hablaba por los codos. Estaba acostado en una cama y yo en la otra, y él se expresaba como un poeta, como un profeta más bien. Hablaba en polaco, idioma que entiendo, aunque me resulte difícil expresarme en él. Culpaba tanto a la sociedad como a sí mismo. Se le había metido entre ceja y ceja que había cometido alguna ofensa contra su familia. Yo intenté disuadirle: «Los muertos no guardan rencor», le aseguré, pero aquella mujer, la amante del profesor, había sembrado en él la semilla de la duda. Estaba convencido de que en cuanto sus ojos se cerraran su esposa lo estaría esperando.

—¿Qué comentó acerca de mí? —soltó Grein, quien al instante se arrepintió de haberlo preguntado.

Kotik esbozó una mueca, y con la mirada parecía decir: «Si sólo se te ocurre preguntar eso, desde luego, que encima eres tonto».

—¿Qué va a decir uno en tales casos? —contestó. Se deshacía en acusaciones. Yo deseaba consolarlo y argüía: «Usted me quitó la esposa a mí y otro se la ha quitado a usted. Estamos en paz». Sin embargo, él replicaba: «Yo no he quitado nada a nadie. Todos me han arrebatado algo a mí». A usted nunca lo criticó. Sólo se quejaba por un motivo: hace unos días empezó a insistir en que quería ir a la universidad.

—¿A la universidad?

—Sí, para seguir un curso de inglés. Pensaba que si llegaba a dominar el inglés encontraría algún empleo. Yo lo consideré una buena señal, porque cuando uno desea suicidarse no le da por empezar a estudiar idiomas. En el otro mundo se habla en nuestra lengua madre, el yiddish, o en hebreo, la lengua sagrada, ¿no es así?

Grein asintió. De nuevo advirtió que le dolían las tripas. A juzgar por el parloteo de Kotik, pensó con disgusto, la muerte no era para él más que un juego. Los individuos de su ralea son capaces de bailar sobre una tumba. De pronto sonó con estridencia el timbre de la puerta. Kotik dedicó una mirada inquisitiva a Grein antes de encaminarse hacia ella con pasos saltarines.

III

—¿Quién es? —preguntó Kotik.

Tras oír un gruñido por toda respuesta, Kotik abrió la puerta. En el umbral apareció Boris Makaver, ataviado con un abrigo abrochado hasta el cuello y tocado con un sombrero negro. Con ojos grandes, oscuros y furiosos examinó el interior del apartamento. Grein también lo vio y retrocedió un paso. Evidentemente, Yasha Kotik no lo reconoció.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—¿Cuándo ha sucedido esta desgracia? —inquirió Boris a su vez, airado.

—Durante la noche. A medianoche.

—¿Quién es usted? ¿Vive aquí? —preguntó Boris.

Grein, que se había ocultado en un rincón, oyó las palabras de Kotik:

—Sí, vivo aquí. ¿Puedo preguntar quién es usted?

—Soy su suegro. Era el marido de mi hija.

Se creó un silencio sepulcral que se prolongó durante unos instantes.

—¿No me reconoce, verdad? Yo sí le reconozco a usted —exclamó Yasha Kotik con voz temblorosa.

—¿Quién es usted?

Grein se preguntaba cuál sería el mejor lugar para esconderse. De repente, salió corriendo hacia el otro lado del pasillo y se encerró en el cuarto de baño. Alentaba un único deseo: salir cuanto antes de aquella vivienda. En pie, pegado a la puerta para no perder detalle de cuanto ocurría en el pasillo, se echó a temblar y tuvo que esforzarse para no castañetear los dientes. Aquella situación le recordaba algo que no lograba ubicar del todo. Mudo, lleno de temor, conteniendo la respiración, se sentía como un ladrón pillado in fraganti. Aunque no alcanzaba a seguir toda la conversación, sí oyó tronar la voz de Boris.

—¡Conque sí!

—Sí, así es —replicó Kotik. Usted se ha hecho más joven y yo más viejo.

—No pretendo moralizar —indicó Boris tras una pausa—, pero según la ley judía no se te permite permanecer bajo el mismo techo que ella.

—No sabía que las cosas irían por este camino y Anna vendría aquí.

—Vístete y vete. Mi hija tendrá que guardar aquí el luto, los siete días de *shivá*.

—¿Y adónde he de ir? No dispongo de otro alojamiento.

—En realidad ni siquiera debería dirigirte la palabra. Tú tienes la culpa de nuestros infortunios —contestó Boris con voz estentórea. Insisto: nuestra ley te prohíbe permanecer en la misma casa que la mujer de quien te has divorciado. Ahora comprenderás en qué devienen los seres mortales. Te daré unos dólares para que alquiles una habitación.

—Antes tengo que asearme y vestirme. Ni siquiera en el país de Stalin te echan a la calle sin más. Allí por lo menos te encierran en un calabozo.

Boris se alejó sin molestarse en contestar. Kotik llamó a la puerta del cuarto de baño.

—Así que se ha escondido, ¿eh?

—Me voy enseguida.

—¿Ha oído? Me ha echado. Va a darme unos dólares para que me busque una habitación.

—Si lo desea, yo le prestaré algo de dinero —se ofreció Grein bruscamente, sorprendido de sus propias palabras.

—Tengo algunos dólares. No presumo de aristócrata; cuando necesito dinero lo acepto, sin embargo dispongo de lo suficiente para alquilar una habitación durante una semana. Incluso pagaba mi parte del alquiler a Stanislaw Luria, aunque él por su parte no saldaba sus cuentas con el casero. En realidad, si hubiera seguido viviendo, lo habrían desalojado del piso. Bueno, al final, se expulsó a sí mismo.

Grein reflexionó durante unos segundos.

—Debo marcharme. Haga el favor de decirle a Anna que me he ido.

—¿Cómo? De acuerdo, si el viejo me lo permite le transmitiré el mensaje, aunque antes por poco me fulmina con la mirada.

De repente Anna apareció en el pasillo. Su rostro afligido, embotado por el llanto y algo desencajado, había adoptado de nuevo la expresión de quien se ve interrumpido en mitad de sus oraciones. Ése era exactamente el aspecto de la madre de Grein cuando, siendo él un niño, en los días solemnes del Año Nuevo y Yom Kippur, salía del sector de la sinagoga destinado a las mujeres. Anna se detuvo brevemente, sin hablar y con aire aturdido. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y los dos hombres se encontraban uno a cada lado del umbral.

—Se había escondido de tu padre en el cuarto de baño —anunció Yasha Kotik con la picardía de un colegial, al tiempo que señalaba a Grein con el dedo. Anna lo miró fijamente: parecía no entender a qué se refería. En su mirada cargada de preocupación, la mirada de quien se halla tan sumido en su tragedia que permanece ajeno a las trivialidades, asomó una especie de compasión maternal, la sabia indulgencia del adulto hacia los niños.

—Anna, no puedo quedarme aquí —musitó Grein.

—¿Cómo? Está bien, vete. No olvides el sombrero. Hace fresco ahí fuera y tú te resfrías enseguida.

—El sombrero está en la sala de estar.

—Yo te lo traeré.

—Es una mujer abnegada —comentó Kotik, dirigiéndose tanto a Grein como a sí mismo. El viejo tenía razón: la traté mal. En aquellos tiempos yo era un irresponsable que actuaba inconscientemente. Yo era el actor más famoso de Alemania. Los teatros se me disputaban. Tenía dos pasatiempos: uno era actuar; el otro supongo que ya se lo imagina. Bueno, en ésas conocí a una muchacha de familia jasídica, la hijita de un ricachón, y destrocé su vida. Me recuerdo dispuesto a destrozarlo todo, en una

especie de compulsión o de locura; no sé, llámelo como quiera.

Anna entró con el sombrero.

—Toma, aquí lo tienes. ¿Adónde vas? ¿A casa?

—Según tu padre, debes quedarte aquí para guardar luto los siete días de *shivá* —dijo Grein, en un tono entre la afirmación y la pregunta.

—¿Cómo? Ah, pues no tengo ni idea —respondió Anna, más para sí misma que para los demás. De una cosa estoy segura: yo soy la responsable de su muerte, tanto como si hubiese agarrado un hacha y lo hubiese decapitado con mis propias manos. Ojalá este tipo de acciones estuviera castigado con la silla eléctrica, sería todo un alivio. —Y asomó una expresión jocosa a los ojos de Anna, esa risa absurda que en ocasiones brota en medio de los más abrumadores sufrimientos.

—Anna, no te rindas a esos pensamientos —intervino Yasha Kotik. Cierto: él te echaba la culpa, pero eso no provoca un infarto. ¡Mira lo que he pasado yo en Rusia, y ya me ves: vivito y coleando! Es el destino. Las personas son como las peonzas con las que juegan los niños en Januccá. Unas giran durante mucho tiempo y otras se caen al momento. Un médico en Minsk me comentó esta analogía y no se me olvida. Como suele decirse, dio en el clavo.

—Bueno, Anna, yo me voy —murmuró Grein. En fin, tal vez sea cierto y Luria no haya muerto por todo esto.

—¡Por esto murió! ¡Por esto! Él no estaba tan enfermo. ¡Ahora ya es demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! —Acto seguido Anna se dirigió a Kotik—: ¡Quizá sea mejor que tú también te vayas de aquí! Papá está hecho una furia.

—Bueno, he de vestirme, no voy a irme en pijama. También necesito recoger mis pertenencias. No imaginaba que la situación terminaría así. Durante estas últimas semanas trabamos una estrecha amistad. Me lo confiaba todo, y ahora llegas tú y me echas a la calle como a un perro.

—Yo no te estoy echando, es papá que...

—¿Adónde iré? No conozco Nueva York, me siento perdido.

—A todo esto, ¿qué haces tú aquí? —El tono y la extraviada mirada de Anna revelaban que acababa de percatarse de lo insólito de la presencia de Kotik y lo extraño de la situación, como si se tratara de un sueño o más bien de una pesadilla.

—Como ya le he contado a tu señor Grein, llevo dos semanas viviendo aquí, desde que regresé de Hollywood. No sabía dónde alojarme y me acordé de que tu marido vivía solo en un apartamento. Cuando te encontré aquí, la primera vez, se mostró muy amable y me invitó a que viniera a verle, por eso le telefoneé.

—¿Estabas presente cuando él...? —Anna se interrumpió bruscamente.

—Sí. Prácticamente murió en mis brazos. Se despertó y comentó que no se encontraba bien. Me levanté para ir a buscarle un whisky (había traído una botella), y cuando regresé ya había muerto. Fue cuestión de un minuto.

—¡Qué horror! ¿Y qué es lo que dijo?

—¿Cuándo? ¿Antes de morir?

Anna no respondió.

—Dijo que se encontraba mal. Empezó a gemir. Yo me desperté y me apresuré a ayudarlo. Él te amaba, Anna, te quería con locura.

El rostro de Anna estaba bañado en lágrimas.

—¡Bueno, pues lo he matado! ¡Así le recompensé! Toma tu sombrero de una vez.
—Se lo entregó a Grein.

IV

Grein estaba a punto de marcharse cuando Boris Makaver se presentó de repente.

—¿Cómo? ¿También usted aquí? —exclamó Boris, indignado. ¿Y por qué sale huyendo? —Y, citando la acusación de Elias contra Ajab acerca del viñedo de Nabot, agregó—: «¿Has matado y también te has apoderado de lo ajeno?»^[35].

A Grein le temblaban los labios.

—No me he apoderado de nada.

—¡Usted le ha matado! ¡Asesino! ¡Entre allí, por lo menos, y atrévase a mirarlo! ¡Además, hay que enterrarlo! Alguien tendrá que ocuparse del sepelio...

Grein no contestó.

—¡Entre! ¡Acompáñeme! —le ordenó Boris con voz enérgica y a la vez quebrada por la emoción.

Grein le siguió, sofocado por la certeza de que le aguardaba un espantoso cuadro. De repente, Boris volvió y reprendió a Yasha Kotik:

—¡Te advertí que te marcharas de aquí! —Y con voz aun más potente le gritó a Anna—: ¡No te está permitido hablarle! ¡Al menos, no peques delante de mí! Eso no lo haría ni el peor libertino.

—¡Papá!

—¡Cállate! ¡Ramera!

Boris pareció asustarse de sus propias palabras. Enrojeció hasta cobrar un tono azulado y los ojos inyectados en sangre se hincharon aún más. Agarró a Grein por una manga, tirando de él casi agresivamente, en un forcejeo que sólo se produce cuando existe confianza. Gruñó, bramó, intentó articular alguna frase y se apresuró a abrir de par en par la puerta del dormitorio. El cadáver estaba cubierto por una sábana y Boris la levantó cuidadosamente. Grein echó una mirada, consciente de que aquella imagen lo perseguiría día y noche hasta su muerte. Stanislaw Luria yacía con la cabeza atada por un pañuelo para impedir que se le abriera la boca. Ése no era el Luria que Grein conocía, sino otro que apenas se le parecía, con la tez marfileña y la nariz completamente cambiada, mucho más afilada y de rasgos judíos. La cicatriz de la frente era mucho más acusada y sus espesas cejas casi le cubrían los ojos. Un silencioso grito de angustia parecía a punto de salir de la boca para expresar un quebranto que ya no pertenecía a este mundo. Sobre sus gruesos labios y en las comisuras de éstos asomaba una acusación que se unía a la sagrada humildad de un hombre asesinado. El cadáver parecía esforzarse inútilmente por pronunciar unas últimas palabras que Grein captaba con toda claridad: «Desde luego, se han cebado en mí... Mira lo que me han hecho... Es una ignominia, un ultraje. ¿Acaso merecía esto? “Mira, oh Eterno, y contempla”»: ¡es el propio asesino quien viene a verme!». Grein se quedó helado, como si unos dedos gélidos se hubieran aferrado a sus costillas. «Esto es el gehena, el gehena», pensó. El corazón le latía con vehemencia, como si su propia responsabilidad lo atemorizara. «Acabaré desmayándome; moriré

aquí mismo —reflexionó Grein. Me parece que Anna tendrá que asistir a dos entierros». Boris cubrió de nuevo el cadáver con la sábana.

—Según la ley judía, el cadáver debería reposar en el suelo, pero en este país se han abolido todas las leyes judías —rezongó.

Grein guardaba silencio.

—¿Ha venido el médico? —preguntó Boris Makaver.

—No lo sé.

—Antes de enterrarle precisamos un certificado de defunción —señaló Boris, que hablaba por experiencia. Tal vez decidan llevar a cabo una autopsia. Haga el favor de llamar al doctor Margolin.

—¿Cuál es su número de teléfono?

—Todavía no habrá llegado a su consulta; llámele a su casa. No, pensándolo bien, ya le llamaré yo.

Cuando Boris salió del dormitorio, Grein se quedó a solas con el cadáver e hizo algo que ni él mismo hubiera sido capaz de explicar: destapó de nuevo la cara del muerto. Permaneció mirándolo y su corazón, que ya comenzaba a calmarse, se agitó de nuevo. Era una especie de prueba para ver cuánto tiempo aguantaría el sufrimiento e incluso si le resultaría posible acostumbrarse a él. Oyó que alguien hacía girar el pomo de la puerta y se apresuró a cubrir de nuevo el rostro del difunto. Era Anna, que se quedó en el umbral, mirando a Grein y al cadáver. Grein reparó en que ya no era de noche. Los primeros rayos del sol se filtraban a través de las cortinas y entremezclaban su luz con la de las lámparas todavía encendidas. Anna permaneció unos instantes en silencio. En sus ojos se reflejaba un dolor para el cual no existe curación posible: el dolor del nacimiento y de la muerte, del pecado y de la ignorancia. Su mirada se concentraba en algún rincón de la habitación, como si en ese punto se extendiera una tenebrosa red, origen de todas las penas y malentendidos.

—Lo hizo por despecho —declaró, acercándose a Grein.

—Cállate, Anna. —Grein se estremeció.

—Sí. Él quería morir. Sabía que eso me destrozaría. Nunca más volveré a ser yo misma... ¡Nunca más! —Anna pronunció esta última palabra con un silbido.

Grein sabía que debía consolarla, pero no se le ocurría cómo. Se sentía vacío y agotado. En cierto modo envidiaba al difunto, que descansaba serenamente, sin obligaciones ni preocupaciones, ajeno a los remordimientos. «¡No, no existe el alma! ¡No la hay! —gritaba una voz en el interior de Grein. No somos más que unas máquinas sin valor que son enviadas al desguace cuando se desgastan. Dios quería insultarnos, escupirnos en el rostro. Quería mostrar su propia grandeza mediante nuestra miseria».

Boris entró en la habitación.

—Ya he llamado. Vendrá enseguida. Hay que organizar el entierro.

Nadie contestó.

—Si fuera usted tan amable, Grein, quisiera decirle unas palabras.

Boris le indicó que lo acompañara a la otra habitación y Grein lo siguió. Kotik ya no estaba allí. Al parecer se había refugiado en el cuarto de baño.

—¿Qué hace esa escoria aquí? —preguntó Boris. No sabía que continuara vivo.

—Vino a Estados Unidos, a Hollywood. Después se instaló aquí.

—¿Se instaló? ¿Aquí?

—Sí.

—¡Qué absurdo! Bueno, con gente como ustedes dos más vale no preguntar. Ya que vivimos en un mundo al revés, mejor será dejarlo como está. Escúcheme bien: usted ha cometido un grave pecado, una salvajada cuyas consecuencias ya está usted viendo. Sin embargo, de todas maneras estaba predestinado... Yo la he repudiado, la he rechazado como hija, no obstante sigue llevando mi propia sangre. Ahora ya no es una mujer casada y..., en fin, ha llegado la hora de que recapacite usted. No es digno pecar contra el Creador del mundo. Yo le rogué que le concediera a Anna el divorcio, pero hoy en día la gente no reflexiona.

—Sí, sí.

—Esto es lo que le sugiero: divórciese y que esta vergüenza llegue a su fin.

—Haré cuanto esté en mi mano.

—¡Para mí, esta situación es cada día una bofetada en la cara! —exclamó Boris, con un nudo en la garganta.

De pronto Grein se sintió muy cercano a ese viejo judío, casi como si se tratara de un pariente, algo que jamás había experimentado hasta entonces. Boris era su suegro. Grein nunca había tenido padres políticos. Lea era huérfana. Esa sensación de proximidad hacia aquel hombre, el padre de la mujer con la que estaba viviendo, era algo nuevo para Grein. Sus anteriores amantes no habían tenido padre, o al menos nunca se lo habían presentado. En aquel momento le embargó el afecto hacia Boris Makaver, y una gran vergüenza por haberle causado tanta deshonra.

—En cualquier caso, Anna es mi esposa —precisó Grein, inconsciente de todas las implicaciones de esas palabras. Yo la amo a ella, y también a usted... Siempre le he considerado como un amigo y un padre.

Los ojos de Boris Makaver se anegaron en lágrimas.

—Sin ella, no me queda nada. Aunque hubiese tenido otros diez hijos, ella siempre sería la joya de mi corona.

Rezongando en voz baja y profunda, Boris se puso a toser y se secó el rostro con un pañuelo. Se alisó la barba y añadió:

—Mientras no estés casado según la ley de Moisés y de Israel, mi vida no será digna de ser vivida.

I

Anna se dispuso a observar los siete días de luto en su antiguo apartamento, y su padre pidió a Reytze que cuidara de ella. Grein no la acompañó, por respeto a la ley judía, pero fueron a verla el doctor Margolin; el profesor Shrage; Henrietta Clark; el doctor Halperin; el primo de Anna, Herman Makaver, y su novia, Silvia; así como Jacob Anfang. Incluso Frieda, la madrastra de Anna, acudió a hablar con ella y a consolarla. La vecina de Anna, la señora Katz, se ofreció a subirle la compra para respetar la prohibición de que una persona que guarda *shivá* salga a la calle.

A Anna le resultaba de lo más extraño cumplir los preceptos del luto por un marido al cual había abandonado. Si bien no creía en las leyes judías ortodoxas, la muerte de Luria le había infundido sentimientos de culpabilidad desconocidos hasta entonces. A la menor ocasión, Anna insistía en que ella le había matado, que por su culpa él yacía en la tumba. Cada vez que recordaba el tema se echaba a llorar. Y también tenía miedo. ¿Quién podía saber qué haría el alma de Luria? Y ella, ¿cómo iba a ser feliz con Grein, después de haber sacrificado a otro ser humano por egoísmo? Anna no se contentó con observar los siete días de *shivá*. Llamó a una oficina situada en el centro de la ciudad, que se ocupaba de buscar judíos para rezar el *kaddish* y repasar algunos párrafos del Talmud en honor de los muertos. Si Dios existía, Anna no quería declararle la guerra, antes bien necesitaba reconciliarse con Él en la medida de lo posible.

Anna iba vestida de negro, como correspondía a una viuda. Halagaba a la señora Katz, que se había convertido en visitante asidua, cuando la tenía delante, y le echaba maldiciones de muerte a sus espaldas. Reytze se ocupaba de la cocina y siempre estaba suspirando: el matrimonio de Boris con Frieda había supuesto un duro golpe para ella. El apartamento donde vivía ya no era su hogar. A decir verdad, Frieda había hecho cuanto estaba en su mano para aproximarse a Reytze y animarla, pero ésta había caído en una depresión. Anna, a quien amaba como si se tratara de su propia hija, se había desviado por caminos resbaladizos. Un sentimiento de tristeza invadía a Reytze. Había entregado a Boris Makaver lo mejor de su vida y en el momento de la vejez se quedaba completamente sola, sin marido ni hijos, como una criada en casa ajena. Cada día se proponía alejarse de Boris, pero ¿adónde iría? ¿Quién iba a necesitar en Estados Unidos a una vieja que no sabía ni una palabra de inglés? Al menos, en el piso de Anna se libró de cruzarse con su nueva señora, la *rébbetsin*

alemana, como siempre la llamaba. Sin embargo, la shivá no duraría mucho. Su mundo se había derrumbado; a sus años se encontraba sola y sin ningún apoyo.

Preparaba té y café, ofrecía galletas, tarta y fruta a las visitas. Según la ley judía, cuando se guarda shivá hay que sentarse en un taburete bajo; sin embargo, Anna permanecía reclinada en un sillón mientras los visitantes paseaban, deslizaban comentarios sobre los cuadros y se comportaban como si estuvieran en una recepción más que en una casa de luto.

A ojos de Reytze, esa conducta era una farsa, como todo lo que hacía la gente moderna. Cuando sonaba el teléfono, Anna contestaba desde el dormitorio, donde había instalado un aparato supletorio. Estando casualmente en el pasillo, Reytze había oído que Anna decía: «Querido, ¿eres tú?». Así se dirigía a Grein.

Después de haber ofrecido un refrigerio a cada uno de los presentes, Reytze también se dispuso a sentarse en la sala de estar. Allí no se sentía como una extraña. Era pariente de la madre de Anna, por eso ésta la llamaba *tante*. Todos la conocían de los tiempos de Berlín.

—Bueno, ¿cuándo se publicará su libro? —preguntó el doctor Margolin a Zadok Halperin.

El doctor Halperin se sacó el puro de la boca.

—¿Quién sabe? En Alemania, cuando publicaba un libro, yo era el responsable. Aquí dependo de un traductor. ¿De verdad es factible verter pensamientos de un idioma a otro? La mitad del contenido, si no más, se pierde en el proceso.

—¿Qué extensión tiene su libro?

El doctor Halperin tampoco disponía de este dato.

—Los editores pretenden acortarlo. En Alemania nunca oí hablar de abreviar una obra: si no había forma de publicarlo en un tomo, se publicaba en dos. En cambio, aquí tratan los libros como si fueran una masa informe de la que es posible cortar trozos. Sí, Estados Unidos es así. En fin, no tiene remedio: el mundo entero se ha vuelto loco, se ha empobrecido, o ambas cosas a la vez.

—Sin embargo, en Europa se sigue publicando.

—Sí, es cierto —convino el doctor Halperin, dando un golpecito al puro para sacudir la ceniza. Aunque, hablando en general, ¿quién precisa de la filosofía hoy en día? De todos modos, según opina mi agente, mi libro causará furor. Incluso el editor está entusiasmado.

—Acaso estén en lo cierto.

—Sí, tal vez. No obstante, éste es definitivamente el intento final. Ya va siendo hora de que pueda descansar en paz. —Halperin soltó una carcajada.

—Está usted sano como un toro —le espetó el doctor Margolin.

—Ni siquiera los toros viven eternamente —respondió Halperin.

Herman Makaver, que hasta aquel momento había estado sentado en silencio, fumando un cigarrillo y escuchando la conversación, intervino súbitamente:

—¿Me permite preguntarle de qué trata su libro, doctor Halperin?

Halperin frunció sus pobladas cejas.

—Naturalmente, aunque no resulta fácil responder a semejante cuestión. A grandes rasgos, se trata de una obra filosófica...

—¿Un nuevo sistema?

—En mi opinión se trata de un nuevo sistema, aunque no me considero un juez imparcial. Luego vendrá un crítico y tal vez sugiera que lo que tiene de original la obra no demuestra sabiduría, y lo que tiene de sabiduría no es original.

—¿Cuál es la idea, en pocas palabras?

—Ah, panie Makaver, es usted muy insistente. El libro pretende transmitir el trabajo de toda una vida, y usted me pide que se lo resuma en unas pocas palabras. La idea principal se basa en que lo que llamamos conocimiento (tanto el conocimiento lógico como el intuitivo) no abarca todo el conocimiento. La experiencia constituye también una fuente de conocimiento, por más que sea subjetiva y única. En el Génesis está escrito: «Y Adán conoció a Eva, su mujer»^[36], y de ello se deduce que los antiguos entendían la experiencia sexual como una clase de conocimiento. Yo voy más lejos. Para mí cada experiencia representa un intento de captar la esencia de lo que Kant llama *das Ding an sich*. Los filósofos han prescindido de la experiencia o la han relegado al olvido. Mi punto de partida es que en cada acción que lleva a cabo el ser humano aprende: comiendo, haciendo el amor, librando una guerra, fumando un cigarro...

—¿No se trata de un enfoque muy materialista?

—No necesariamente.

—¿Adónde conduciría una filosofía como ésta? También Spinoza sabía que existe la experiencia.

—Lo sabía, pero la consideraba un conocimiento de tercer o de cuarto orden, no recuerdo cuál exactamente. El ideal de Spinoza consistía en la idea adecuada. Sin embargo, yo creo que son precisamente las ideas inadecuadas las que más se aproximan a la verdad, incluso en mayor grado que las matemáticas o la lógica. En uno de los capítulos explico que para acercarse a la naturaleza de lo divino, los seres humanos habrán de ser mucho más activos y pasar por muchas más experiencias de las que viven hoy en día. Las personas tendrán que aprender a conferir mayor amplitud a sus vidas, igual que un microscopio aumenta la imagen de una célula. Tendrán que ser capaces de disfrutar y de sufrir simultáneamente en muchos más planos que ahora. En resumen, una persona que come buenos alimentos, que bebe vinos de calidad, que fuma puros caros, etcétera, penetra más profundamente en la naturaleza del mundo que quien se limita a ingerir pan, cebolla y agua. Mi doctrina se sitúa en el extremo opuesto al ascetismo.

—En otras palabras: los burgueses conocen mejor a Dios que la masa obrera.

—Si quiere llevar la idea al último extremo, pues sí. Ahora bien, en mi opinión la lucha obrera está orientada precisamente a este propósito. La batalla por la existencia no es más que la competencia por el conocimiento.

—En resumen: según usted, Rothschild estaba más cerca de Dios que el *Jafets Jaim*^[37] por ejemplo.

—La necesidad representa también una experiencia. Al pobre que carece de pan, el hambre le obliga a morder en el conocimiento. Por supuesto, la experiencia real reviste más valor que la soñada. Es más, a pesar de las opiniones en contra, soy partidario del uso de narcóticos. El opio, la morfina, el hachís, no son simples medios para alcanzar el éxtasis, sino también lecciones sobre la filosofía del ser, al igual que el alcohol y el tabaco. Ésta es la razón por la que se producen tantos casos de drogadicción y alcoholismo.

El doctor Margolin depositó la taza de café sobre la mesa.

—¿Y el asesinato? ¿No aporta experiencia el asesinato?

—Sí, una gran experiencia. Por eso estallan las guerras. Ahora bien, el hecho de experimentar algo nuevo a costa del exterminio de millones de otras experiencias no reviste ningún éxito. El precio es demasiado alto. Precisamente por este motivo la caza constituye una gran lección de filosofía. La persona aficionada a la caza adquiere un conocimiento que resulta inalcanzable para el hombre que se mantiene al margen de los placeres mundanos y que se pasa el día estudiando en el *beit hamidrash*.

—De cacería voy yo, no usted —replicó el doctor Margolin.

—Y admito que le envidio por ello, mas es imposible aspirar a todo el saber. Cada cual aprende su propia lección. El conocimiento no corresponde a una sola persona, sino que emana de la experiencia que ha acumulado la especie humana en su conjunto.

Bien entrada la noche, cada cual se marchó por su lado. Anna no dormía en la habitación donde había muerto Stanislaw Luria, sino que se había instalado en el sofá-cama de la sala de estar. Reytze se quedaba en el dormitorio y dejaba la puerta abierta. Anna se acostó y se dispuso a descansar hasta la mañana siguiente. Colocó sobre la mesa de centro una radio, algunos libros, periódicos y revistas, así como el teléfono y una lámpara. En cierta medida su estrategia consistió en rodearse de las armas de la civilización. Reclinada contra un par de almohadas, empezó a hojear una revista. Desde luego, la idea de su padre de que ella guardara allí los siete días de luto era un completo disparate, pero ya que había accedido, no le quedaba más remedio que quedarse hasta la víspera del shabbat.

Por las noches, Anna hablaba con Grein por teléfono durante tanto rato, que al final se quedaba adormilada y el auricular le resbalaba de la mano. De este modo intentaban ahuyentar el miedo que los atenazaba a ambos. No obstante, aquella noche Grein le había prohibido que le telefonara. Estaba agotado por la falta de sueño y necesitaba dormir.

—Reytze, ¿está dormida? —llamó Anna.

—¿Eh? No.

—¿Tampoco consigue conciliar el sueño?

—A mis años...

—Reytze, ¿cree que existe un mundo en el más allá?

Reytze se disponía a contestarle, cuando sonó el teléfono. Anna se abalanzó sobre el auricular.

—¿Hertz?

—No soy Hertz, soy Yasha.

Anna frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Espero no haberte despertado.

—No. ¿Qué quieres?

—Me he dejado en tu apartamento una maleta con obras de teatro. Me ha surgido la oportunidad de un trabajo en yiddish, pero necesitan material. Qué te parece, ¿cuándo consideras oportuno que pase a recoger mi maleta?

—¿De verdad vas a participar en una pieza en yiddish?

—En la situación en que me encuentro estaría dispuesto a actuar hasta en turco. ¿Qué más me da? Me lo propuso un hombre, una especie de mecenas del teatro en yiddish. Se llama Plotkin, Morris Plotkin. Insistía en que si actuaba en yiddish, atraería a un enorme público. Bueno pues, con mi suerte habitual, el hombre va y se rompe una pierna. En vista de eso, estoy dando vueltas y más vueltas por la Segunda Avenida. En tiempos, esto era el Broadway del teatro en yiddish. En cambio ahora está medio muerto, y como yo también lo estoy, juntos haremos un cadáver entero.

—Ven a recoger tu maleta cuando quieras. No necesito para nada tus obras de teatro.

—¿Cuándo prefieres que vaya?

—Mañana, a la hora que quieras.

—¡Ay, Anna, qué poco imaginaba yo lo solo que se siente uno en Nueva York! Allí en Rusia la vida es bastante amarga, pero nunca se está solo; en realidad ni siquiera te dejan la oportunidad de pensar. Aquí me he instalado en una habitación alquilada, un cuchitril peor que una cárcel. Estoy tumbado en la cama y me asaltan toda clase de pensamientos. ¡Zas! ¡Pum! ¡Cataplum! Si estás cansada, Anna, no te molesto más.

—No, habla lo que quieras, no estoy cansada.

—Mi vida entera discurre ante mis ojos como una película. ¿Quién iba a imaginar que un día me encontraría en Nueva York y todo lo demás? En Hollywood, hubo momentos en los que estuve a punto de perder la razón.

—Siempre has sido bastante loco.

—Pero es que allí reina un caos total, tanto descontrol que te mareas. Al principio parecen dispuestos a firmar contigo un contrato de setecientos dólares por semana, y a la hora de la verdad si te he visto no me acuerdo. Primero te tratan a cuerpo de rey y

luego te abandonan como a un gusano. En Rusia es así. Cuando parece que van a elevarte hasta lo más alto, casi a la altura del camarada Stalin, de repente te arrean un puñetazo en plena cara y te conviertes en un contrarrevolucionario, un perro rabioso, un enemigo de la clase obrera. No sabía que en Estados Unidos ocurría lo mismo.

—Hollywood no es Estados Unidos.

—¿Ah, no? Pues en Nueva York también lo he observado. Ya estaban a punto de convertirme en una estrella de Broadway. Supuestamente ya tenían una obra teatral, el dinero y todo lo demás. Me acuesto una noche tan campante y por la mañana todo se ha desvanecido. Mi agente está chiflado. Insiste en que todo el país se rendirá a mis pies, pero mientras tanto quiere que actúe en los hoteles judíos de las montañas Catskill. He llegado a considerar la idea de ahorcarme... con una soga americana.

Anna guardó silencio un instante y luego replicó:

—Bueno, ten en cuenta que no pienso guardar la *shivá* por ti.

—¿Quién necesita tu *shivá*? Ya pueden despedazarme y echarme a los perros, a mí ni me importa. Claro que aquí todos los perros tienen pedigrí y a lo mejor la carne de Yasha Kotik no sería de su agrado. Anna, te confieso que si me extiende tanto es porque me siento solo. ¿Me permites una pregunta?

—¿De qué se trata?

—¿Eres feliz con ese Grein, al menos?

—Sí, lo era. Él es lo único que me queda. Sin embargo, la muerte de Luria lo ha echado todo a perder: nunca más volveré a ser feliz.

—No seas tonta, el tiempo todo lo cura. Si yo decidiera seguir el mismo camino, sólo rogaría que encendieras una vela en mi memoria. No sería necesario que lo hicieras todos los años, no; sólo el primer aniversario. Después ya me las arreglaría yo solo.

—¿Qué te ha pasado? Creí que me animarías un poco.

—Esta noche no. Escúchame bien, Anna, pero no te enfades: si al final acabas mal con el señor Grein, siempre puedes llamarme a mí. No tienes más que silbarme y yo acudiré corriendo como un perro. Ahora ya lo sabes. En realidad no necesito esas obras de teatro, pero pasaré a recogerlas de todas formas.

II

Grein tenía todas las luces del apartamento encendidas: en la cocina, la sala de estar, el dormitorio, el cuarto de baño. Eran las doce y media. Anna pasaba la noche en su antiguo piso para cumplir con la *shivá* y Grein no conseguía conciliar el sueño. Desde que había visto el cadáver de Luria, el tono amarillento de su tez, la nariz deformada, las orejas lívidas, los apretados labios que parecían lanzar un grito inarticulado, le había invadido un temor infantil a la oscuridad. Puso la radio y escuchó un debate y anuncios de restaurantes y locales nocturnos. Todo le causaba pavor: las luces que alumbraban la noche, las voces transportadas por ondas electromagnéticas que viajaban por encima de los tejados y atravesaban muros, la tumba recién cavada donde habían depositado a Stanislaw Luria. Jack ya se había casado con Patricia, la muchacha gentil de Oregon, y la joven pareja había partido en viaje de luna de miel. Anita se había marchado de casa y Lea se había quedado sola en el apartamento. En cuanto a Ester, ya habría contraído matrimonio con el viejo Morris Plotkin. Grein se hallaba sentado al borde de la cama. ¿Qué ocurriría si saltara un fusible? En un instante todo su entorno quedaría sumido en el silencio y la oscuridad. ¡Ojalá tuviera a mano una vela! Bueno, pero ¿por qué iba a fallar la electricidad, así sin más? Grein se estremeció. Sonó el teléfono. «¡Es Anna! Tampoco logra dormir». Levantó el auricular y preguntó:

—¿Anna?

Primero oyó un murmullo y un carraspeo de su interlocutor y luego la voz de Ester:

—No, no soy Anna.

Grein sintió que un hormigueo le recorría la espalda.

—Ester, ¿eres tú?

—Sí, soy yo.

Ambos permanecieron en silencio un largo rato.

—Supongo que ya estás al corriente de las noticias —preguntó Grein finalmente.

—Sí, lo sé todo. Si ella hubiese estado contigo, no se me habría ocurrido llamar a estas horas de la noche. Sé que está cumpliendo con la *shivá* en casa de su segundo marido.

—¿Cómo te has enterado? No salió en los periódicos.

—He conocido a su primer marido, Yasha Kotik. Él me lo contó.

Grein sintió un regusto amargo.

—¿Y cómo llegaste a conocerle?

—En Nueva York todo se sabe. Morris Plotkin dona dinero a un teatro donde representan obras en yiddish y Yasha Kotik ha obtenido un papel allí. Está todo firmado y sellado.

—¿Ya te has casado con él?

Ester no respondió de inmediato.

—Pues sí. Ya soy toda una mujercita casada. ¿No me felicitas?

Grein sintió un agudo dolor en el abdomen, como cuando le anunciaron que Stanislaw Luria había muerto.

—Vaya, conque es eso.

—Pues sí, eso es.

—Entonces ¿cómo es que me llamas a estas horas?

—¿Por qué no? Morris Plotkin no es un sultán, y yo no soy ninguna Scheherazade. O tal vez sí soy una Scheherazade, pero no hay eunucos que me vigilen. A decir verdad, sí que tengo un eunuco cerca, pero no me vigila. Me refiero a Sam, ya te hablé de él: es el factótum o guardaespaldas de Plotkin.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—¿Cómo? Ha sido y ya está. Llega un momento en que hay que dejarse de palabrería y pasar a la acción. Ya me he convertido en la señora Plotkin. Si no te apetece decirme «*Mázel Tov*», me las arreglaré sin tu enhorabuena.

Grein estuvo tentado de colgar de golpe, mas se contuvo. Tenía la boca reseca.

—¿Desde dónde estás llamando?

—Desde mi dormitorio.

—¿Y tu marido?

—Ha sufrido un accidente de coche y se encuentra en el hospital.

—¿Ha sido grave?

—Nada grave, aunque se ha roto el tobillo. Normalmente es Sam quien conduce, pero esta vez conducía Plotkin y un coche se le echó encima. Íbamos a salir en viaje de lima de miel, y ahora le tienen que escayolar la pierna. Bueno, ya estoy resignada a mi suerte. Precisamente conocí a Yasha Kotik en el hospital. Imagínate qué clase de hombre es Morris Plotkin: está internado, padece fuertes dolores y encima vienen a marearlo con asuntos del teatro. Realmente tiene gracia.

—¿Pero él es actor en yiddish?

—¿Te refieres a Kotik? ¿Por qué no? Si no lo aceptan los gentiles, se va con los judíos. En cuanto a Plotkin, le encanta el teatro en yiddish. Se relaciona con todos los actores y se sabe de memoria obras enteras. Pertenece a la vieja escuela, de cuando el teatro en yiddish era una religión. Hace poco me enteré de que incluso en alguna ocasión llegó a actuar.

—Bien, entonces te mueves en las altas esferas.

—Sí, en las más altas.

De nuevo ambos permanecieron un buen rato en silencio.

—No hay razón para que no sigamos siendo amigos —intervino Ester finalmente. Plotkin está al corriente de lo nuestro, no le he ocultado nada. Se lo he contado todo, de cabo a rabo. A pesar de su edad, es un hombre progresista. Más de un jovenzuelo debería aprender de su filosofía.

—Si es tan sabio ¿qué quieres de mí?

—Desde luego, sabiduría no. Escúchame, Hertz: te comenté hace un tiempo lo

que pensaba hacer. No he guardado ningún secreto, ni contigo ni con él. A mi marido le he hablado con absoluta franqueza y comprende la situación. Es consciente de que te he amado durante todos estos años, y que en este momento tampoco te odio. Quiere conocerte. ¡No me interrumpas! ¡Me parece que me he ganado el derecho a que me escuches unos minutos! Ahora has tenido ocasión de comprobar lo que sucede cuando se atormenta a las personas: no lo soportan y les estalla el corazón. ¿Piensas que yo estuve muy lejos de acabar como Luria? No lo creerás, pero mientras me hallaba con Plotkin en el registro civil, de pronto sentí un pinchazo tan fuerte que por poco me desmayo. Tenía el corazón en un puño. Pensé: «Bueno, por lo menos él pagará mi entierro». Sin embargo, al final me recuperé. ¿Cómo estás tú? ¿Qué haces? Supongo que el asunto de su marido habrá sido un amargo trago.

—Desde luego.

—¿Qué esperabas? Cuando uno va a la guerra, no le queda más remedio que oler la pólvora. Cuando se es un matarife, se ha de tener estómago suficiente para ver al ganado retorciéndose en charcos de sangre.

—Ester, por favor.

—En realidad tú no tienes la culpa, sino ella. Es Anna quien le había jurado fidelidad, no tú. Créeme, contra mí has pecado más.

—Tú estás viva.

—Sí, en eso llevas razón.

—Y por otra parte, no estás sola.

—¿Cómo? Bueno, es una forma de expresarlo.

De nuevo se interrumpió la conversación, como si ambos escucharan su propio silencio.

—Hertz —exclamó Ester a continuación—, tengo que hablar contigo. No te he llamado porque sí.

—¿De qué se trata? Ya nos lo hemos dicho todo.

—Te he dicho que podemos ser amigos. Al fin y al cabo, eres tú quien me ha llevado a esto. Si no hubieras empezado a atormentarme con la hija de Boris Makaver, todo habría seguido como antes.

—Ester, no te guardo rencor, pero no vayamos a empezar de nuevo con la discusión de siempre. Te has casado y ya está. Hay que saber poner el punto final.

—¿A la amistad también?

—A todo.

—Bueno, no puedo obligarte. Créeme, he tardado mucho en decidirme a telefonearte. Me había jurado que jamás lo haría: me pinché con una aguja y escribí con mi propia sangre que no te llamaría. Cuando vengas a casa te enseñaré el escrito. Se lee muy bien: mi sangre no es como el agua, es más espesa que la tinta. Quizá sea ésa mi desgracia; la gente que tiene agua en las venas puede ser implacable. Quiero que sepas, Hertz, que éstas son las últimas palabras que te dirijo. Puesto que no aceptas ni mi amistad, he de desistir. Si algo valoro más que mi vida es mi amor

propio. No un orgullo vacío como el tuyo, que no es más que estúpida ambición y arrogancia masculina (de eso, querido, me he librado hace mucho tiempo), sino el valor humano, la dignidad de una criatura de Dios. Has dicho que no, y ha de ser no. No te mendigo una palabra amable o una caricia. Si quieres que rompamos, así sea y adiós para siempre. Yo no tengo la culpa de que nos hayamos conocido, ni de que nuestras almas se sintieran atraídas como dos imanes. Durante todo este tiempo has pretendido separarte de mí. Te has esforzado tanto que a menudo me entraban ganas de reír y de llorar a la vez. Siempre que lo intentabas, me arrastrabas a mí contigo, como si fuéramos siameses. Ahora te has despegado de un tirón y has arrancado un trozo de mí. ¿Qué debía hacer yo entonces? He procurado restañar la herida. ¿Que hay de malo en ello?

—¡Dime exactamente lo que quieres!

—¿Lo que quiero? Hablar contigo, eso es todo.

—Pues habla. Te escucho.

—Hay temas que no son para tratar por teléfono.

—¿Por qué no? Te oigo tan bien como si estuvieras a mi lado. Y si lo que te preocupa es la factura, cuelga y te llamo yo.

—¿Qué? ¿La factura? Debería caerse la cara de vergüenza. Plotkin es una persona que derrocha el dinero, miles, decenas de miles y hasta millones de dólares. Para él el dinero cuenta menos que el barro, y tú hablas de la factura. Sólo te pido que no cuelgues. En ocasiones, colgarle a uno el teléfono es como colgarlo de la horca. Te quedas como un monigote, con la lengua fuera. No te alteres si suelto alguna inconveniencia o incluso una necesidad. Contigo no tengo que hacerme la sabia, pues soy tuya en cuerpo y alma. Que sepas, Hertz, que no duermo por las noches y es por eso que estoy tan trastornada. Desde el día en que decidí ir con él a pedir el certificado de matrimonio, no he pegado ojo. Ya sé que no me crees, como tampoco me cree el médico. Le digo que no duermo y me contesta que son imaginaciones mías, porque en su librito está escrito que si el paciente toma los somníferos que él prescribe, entonces seguro que duerme. Pero ¿cómo dice la plegaria de Yom Kippur? «El corazón conoce la amargura del alma»^[38]. Me tumbo en la cama, la cabeza me pesa como una losa y, sin embargo, no logro conciliar el sueño. Cierro los ojos y mi mente empieza a dar vueltas como la rueda de un molino..., igual que el tormento de Tito el Malvado. Ya puedes imaginarte qué clase de novia se presentó a la boda. Sin embargo, al menos una habilidad sí poseo: soy un poco actriz, y con Morris Plotkin no hace falta ser una diva. Es un hombre de edad que sólo precisa una palabra amable o una caricia. Nuestra relación podría calificarse de platónica, o sabe Dios qué. Hay hombres dispuestos a sacrificarse por amor, aunque luego para ellos todo sea espiritual. Es como un largo prólogo a un librito de nada. Él sólo quiere aparentar ante los demás. ¿Quién sabe qué buscan los hombres como él? Es el polo opuesto a ti; tanto es así que casi me da miedo. Es como si desde el cielo un bufón hubiese querido gastarme alguna broma. ¿Oye? ¿Me oyes o no?

—Sí, continúa.

—¿Por dónde iba? Bueno, da igual. Ah, sí, que no consigo dormir ni tampoco comer. En estas pocas semanas he perdido ocho kilos. No me reconocerás cuando me veas, Hertz. Me echan piropos, me dicen que he rejuvenecido diez años. ¿Qué sabrá la gente del sufrimiento que pasa cada uno? Sólo se enteran cuando estiras la pata. Subsisto a base de café y coñac. Sí, querido, tu Ester se ha vuelto alcohólica, aunque gracias a Dios, nadie se da cuenta. ¿Cómo voy a emborracharme, si antes de probar la bebida ya estoy embriagada? Una cosa quiero que sepas: no te he traicionado, ni en espíritu ni siquiera físicamente. Te pertenezco, no porque así lo quiera, sino porque no me queda otra alternativa. Estaba furiosa contigo, pero después de hacer lo que hice, mi rabia se desvaneció. Ahora soy una mujer rica. El lujo en el que vive Plotkin y los caprichos de que me rodea son indescriptibles. Me ha cubierto de joyas. Ya al día siguiente de la boda, cambió el testamento y además puso a mi nombre gran parte de su patrimonio. Así, llegado el día, y ojalá falten cien años, no tendré que pagar todos esos impuestos. Oh, Hertz, es para morirse de risa. Tú eras demasiado mezquino para llevarme una noche al teatro y me regateabas hasta el último centavo, y mira tú por donde llega un hombre que me colma de oro. A veces me siento mareada, como si estuviera viviendo un sueño. ¿De dónde habrá sacado este hombre tanta riqueza? La verdad es que no tengo ni idea. Se diría que el dinero le busca. A cada cual lo que le cae en suerte: opulencia, pobreza, honores, humillaciones; todo llega sin necesidad de que lo persigamos. ¿Qué estaba diciendo? Empiezo a hablar y me olvido por dónde iba. Todo esto venía a cuento porque ¿de qué me sirve ahora el dinero? Estoy enferma, Hertz, más de lo que supones. He tomado una decisión y no me arrepiento. Tú, realmente, te lo has merecido. En cambio yo no he ganado nada, sino que me he matado. En cualquier momento puede suceder una catástrofe. No le temo a la muerte, pero no quisiera volverme loca. Ha habido casos de locura en mi familia; eso es precisamente lo que más miedo me da.

—Deberías consultar con un médico.

—¿Qué? Ya voy a un médico.

—No a esa clase de médico.

—¿A cuál, entonces? ¿A un psiquiatra? También fui alguna vez. Aunque mi vida era un libro abierto para ti, no te lo contaba todo; me guardaba algún que otro secreto. Esos doctores no ayudan en nada, Hertz, y tú lo sabes. Sólo existe una persona capaz de ayudarme, y ése eres tú.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—No siendo malo conmigo, nada más te pido. No quiero que seas mi enemigo. Le temo a tu odio más que a la muerte.

—No soy tu enemigo.

—El desprecio es peor que el odio, como muy bien sabes.

III

—Ester, se está haciendo muy tarde.

—¿Qué significa tarde? Lo que llamamos tarde sólo dura hasta que de nuevo se convierte en temprano. ¿Qué crees que ocurriría si una noche no durmiéramos? He pasado más noches en vela que pelos tengo en la cabeza y, mal que bien, continuó viva. Hertz, ¡tengo que verte!

—¿Cuándo?

—Ahora, esta noche, llámalo como quieras.

—¿En plena noche?

—¿Qué más da que sea en plena noche? ¿Por qué tiene la gente tanto respeto a la noche? Ya dormirás mañana, o cuando quieras. ¡No seas tan melindroso!

—Ester, has estado hablando mucho rato. Creo que ahora me toca a mí.

—¿Qué quieres decirme? Habla.

—Ester, bastante mal he hecho ya en mi vida; debo cambiar de camino.

—¿Qué camino? ¿De qué estás hablando?

—Ester, he causado demasiado daño. Lo de Stanislaw Luria es lo último. Soy culpable de su muerte, literalmente. También Lea está como si la hubieran matado. No soporto seguir viviendo así, he de poner fin a este doble juego. Lo que me quede por delante, quiero vivirlo honradamente. De lo contrario, sería mejor morirme.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has convertido en un arrepentido?

—Sencillamente, siento que ya no puedo caer más bajo.

—¿Y en qué va a consistir tu arrepentimiento? ¿En guardar fidelidad a la hija de Boris Makaver?

—A alguien habré de guardar fidelidad. Todas esas mentiras me asquean.

—¡Entiendo! Está claro, un arrepentido es un arrepentido. Si de verdad lo eres, regresa con tu esposa, que te ha entregado los mejores años de su vida y está muriendo por culpa tuya. En cambio, la hija de Boris Makaver es joven y sana, además de rica. Heredará la fortuna de su padre, y he oído que también su marido le ha dejado una buena suma, de un seguro o algo por el estilo. Si tan compasivo te sientes, apiádate de los débiles, no de los fuertes.

—Sea como fuere, los dos hemos de dominarnos; de lo contrario formaremos tal enredo que nunca conseguiremos desenmarañarnos.

—No estarás sermoneándome, ¿verdad? Con la boca predicas, pero con la mente me llamas. Yo no me habría puesto mala si no me estuvieras llamando continuamente. Oigo tu voz llamándome. Mientras estoy sentada intentando leer un periódico, de pronto escucho tu voz tan claramente como la estoy oyendo ahora por teléfono.

—Ester, estás enferma.

—Estaré enferma, pero no sorda. Sé que vas a decir que sufro alucinaciones o algo así, pero te juro que te oigo. Y cada vez que percibo tu voz, se me hiela la sangre

y me quedo sin aliento. Es posible que ni tú mismo seas consciente de que me estás llamando, porque estas cosas tienen que ver con el subconsciente. Se ve que me añoras y no lo sabes.

—Sí lo sé, Ester, lo sé muy bien.

—¿Me echas de menos?

—Sí, te echo de menos.

—Bueno, gracias a Dios aún eres capaz de admitir alguna verdad. Me echas tanto de menos que por poco te vuelves loco, y por eso me enloqueces a mí también. Hertz, querido, existen sentimientos más fuertes que nosotros. Antes yo pensaba que las personas eran dueñas de sí mismas; me equivocaba. No debería revelártelo, pero ¿a quién se lo voy a contar, si no es a ti? Cuando él me toca, me quedo paralizada por el miedo. Cierro los ojos con fuerza y procuro imaginarme que eres tú, pero eso me atormenta aún más. No sé qué hacer, Hertz. Quisiera huir a cada instante, pero ¿adónde? Por otra parte, no me siento capaz de dejar en ridículo a Plotkin. Después de todo, él no me obligó a nada. No es más que un personaje secundario e inocente en un tremendo drama. Quisiera morirme. Hasta intenté tomar un frasco de somníferos, aunque al final me faltó valor. Es la pura verdad, Hertz; te lo juro por los huesos de mis santos padres, y jamás he hecho un juramento así. No tardaré en reunirme con ellos y nunca deshonraría su memoria, Dios no lo quiera.

—Ester ¿qué debo hacer?

—¿Estás vestido o te habías acostado?

—Aún estoy vestido.

—Sal y encontrémonos. Si quieres, ven a casa. Ahora vivo en el chalet que se compró Plotkin en la calle Hicks. Deberías ver qué mansión...

—No pienso poner el pie en su casa; mucho menos en plena noche.

—Qué tonto eres; si él mismo me pidió que te invitara. Mi marido no conoce los celos, yo diría que todo lo contrario; existen hombres así. En realidad no para de preguntarme por qué no te invito. ¿Qué me ocurre? A mi alrededor todo está torcido y trastornado. Tampoco él es una persona normal; ésa es la cruel verdad. Cuenta tales cosas que no doy crédito a mis oídos, a pesar de que no es fácil sorprenderme. A veces, empiezo a creer que el mundo actual es un gran manicomio. Si no fuera así, ¿acaso habrían podido existir Hitler y Stalin y los demás diablos? Una vez estuve en un manicomio, visitando a un tío mío, y vi que un loco se burlaba de otro como él... Bueno, sólo tienes que cruzar el puente de Brooklyn y enseguida llegarás a la calle Hicks.

—No insistas, no pienso ir a tu casa.

—De acuerdo, entonces encontrémonos en la calle.

—¿Dónde?

—¿Dónde tienes el coche?

—En el garaje.

—Tomaré un taxi e iré a Manhattan. Reunámonos en la Quinta Avenida o en

Broadway, o donde tú prefieras.

—No habrá nada abierto.

—¿Quién necesita que esté abierto? Nos sentaremos en cualquier sitio y charlaremos. Si traes el coche, podemos permanecer dentro.

—Por Dios, Ester, ya no tenemos edad para eso.

—Un tío mío me echó una maldición: que nunca envejecería. Ésa es mi desgracia. Dime claramente dónde quieres que nos veamos.

—En la esquina de Broadway con la Cuarenta y dos.

—¿Por qué precisamente allí? Bueno, está bien. Salgo ahora mismo, aunque no sé si encontraré un taxi a estas horas. La calle Hicks queda en un barrio algo apartado. Si me retraso, no será por culpa mía.

—De verdad, Ester...

—No quiero oír nada más. ¡Adiós! —Y Ester colgó el teléfono.

Grein consultó su reloj de pulsera y comprobó que era la una y cuarto. Bostezó, frotándose la frente. Se le ocurrió la idea de que Anna también podía telefonar.

—¡En menudo lío me he metido! —exclamó en voz alta, tendiéndose sobre el sofá.

Le quedaba por lo menos media hora antes de salir de casa y empezaba a acusar el cansancio. Estaba tumbado de cara al respaldo, dormitando y pensando a la vez. Por un momento perdió el hilo de sus cavilaciones y estuvo a punto de caer dormido, no obstante se despabiló enseguida. Había malgastado veinte minutos. No, no los había malgastado, sino olvidado; algo le había pasado en ese lapso. Se levantó y empezó a apagar las luces, siguiendo un orden calculado para no quedarse a oscuras. A pesar de que era una noche cálida, sintió frío y decidió llevarse un abrigo ligero. Llamó al ascensor y éste llegó enseguida. El ascensorista pareció extrañarse de que alguien bajara a la calle a esas horas, sin embargo no comentó nada. Grein se encaminó hacia el norte. La Quinta Avenida aparecía desierta y oscura. Reflexionó que, de no ser por el cambio de hora, pronto se hubiera iniciado la jornada laboral. Cuando el autobús de la Quinta Avenida se detuvo, Grein montó en él. En el vehículo viajaban otros pasajeros, parejas jóvenes que daban claras muestras de haber estado divirtiéndose hasta altas horas en los locales nocturnos de Greenwich Village. Reían, bromeaban y se abrazaban. Una muchacha, que mascaba chicle sin descanso, reposó su cabeza de cabello muy corto sobre el hombro de un chico. Dirigió a Grein una mirada cansada y risueña que encerraba la impasible despreocupación de quien concede tan poca importancia a sí mismo como al prójimo. La mayoría de los jóvenes lucía en la solapa la insignia de veteranos de guerra. Al igual que Grein, también ellos vivían aventuras amorosas, sólo que en grupo, siguiendo ese eterno instinto gregario que se ha venido transmitiendo desde las primitivas cuevas y selvas. Grein miraba por la ventana. Los escaparates de las *boutiques* se hallaban a oscuras. En la penumbra, los maniqués, imbuidos de una secreta vida nocturna, revelaban entre risas que su inanimado estado diurno no era más que teatro e ilusión. «¿Me encuentro

bien? ¿Me encuentro mal?», se preguntaba Grein, sintiéndose incapaz de responder. En aquel momento apreciaba más que nunca el espíritu de libertad estadounidense. Nadie pedía explicaciones a nadie, ningún policía requería a los transeúntes la documentación. Sin embargo, bajo todas esas libertades acechaban las limitaciones, el imperativo del nacimiento y de la muerte. Mientras él, Grein, viajaba hacia una cita clandestina, su víctima, Stanislaw Luria, ya se pudría bajo tierra. Ya nunca más volvería, al menos con su aspecto anterior. Incluso si el cuerpo no fuera más que una vestidura, Grein habría rasgado una vestidura divina, habría dejado un alma al desnudo. Con todo aún se indignaba al leer en los periódicos que unos vándalos habían roto las lunas de un establecimiento o echado abajo la lápida de una tumba.

Grein se apeó del autobús en la calle Cuarenta y dos y se encaminó hacia Broadway con paso cansino, reflexionando sobre su propia insensatez. Un regocijo inexplicable lo asaltó fugazmente, una mezcla de insana alegría y de cinismo que a veces se apodera de una persona cuando es capaz de observarse a sí misma desde el punto de vista ajeno, como si se hubiese escindido por arte de magia o a causa de alguna enfermedad psíquica. ¿Qué habría comentado su padre, por ejemplo, si hubiese presenciado cómo se comportaba su hijo y cómo sus actos se mofaban de sus pensamientos? Bueno, ¿y su madre? ¿Y qué pensaría Anna si se le ocurría llamar en mitad de la noche y descubría que él no se hallaba en casa? «Bien, ¡soy un hombre perdido! —concluyó Grein. Acaso convendría que no me resistiera más. Soy como el perro de Pavlov: en cuanto oye el timbre, la boca se le hace agua. No, soy aún más estúpido que el perro de Pavlov. Él era capaz de llegar a decepcionarse, en cambio, yo soy como un autómatas al que se hubiera dado cuerda de una vez para siempre».

En los alrededores de Broadway, reinaba tanto bullicio y agitación como en pleno día. En un café abierto había personas que pasaban la noche en vela. Habían acudido para tomar un último tentempié o para leer los periódicos del día siguiente, cual si se anticiparan al encuentro del mañana, del futuro. ¿Cómo lo llamaban los poetas? «El mañana luminoso, el día, que es más sabio que la noche». Pues bien, tras dos mil millones de años acumulando sabiduría, el día continuaba igual de necio... Y ese primer día de la Creación, ¿cómo habría sido? Seguro que se hacía grandes ilusiones. Aquel tiempo de «fue la tarde y fue la mañana: un día»^[39]. No imaginaría que después de miles de millones de años en que las noches habían dado paso a los días, llegaría un Hitler, un Stalin, una Ester, un Yasha Kotik...

Ester aún no había llegado y Grein deambulaba por la acera, echando de vez en cuando una ojeada a la cafetería a través de la ventana. Vio pasar a un cocinero de cara delgada con profundas ojeras. Con su gorro alto de chef, suscitó en Grein la imagen de un sacerdote que rindiera culto a los ídolos amparado en la noche. En una mesa, un hombre bajito y grueso rellenaba crucigramas a lápiz mientras comía. De repente, Grein descubrió a Ester. Apenas si la reconoció. Nunca la había visto tan elegante, ataviada con una ropa tan cara que rayaba en lo vulgar: una mantilla española, un vestido de noche negro sin mangas, profundamente escotado por detrás,

y guantes largos hasta los codos. Grein se sintió intimidado ante tanto refinamiento. Ester había perdido peso: estaba más esbelta y parecía más alta. Tenía la tez pálida y el rostro algo cambiado, como les ocurre a quienes cortan con su entorno anterior para embarcarse en una nueva y desconocida aventura. Ester le vio al llegar y se estudiaron durante un rato. Grein sabía que no hubiera debido decirlo, pero no supo contenerse.

—¿Se puede saber por qué te has engalanado tanto? —preguntó en un tono que sonaba a reproche.

—Por ti, querido, por ti. Ahora me arrepiento de no haberme echado algo encima, porque hace bastante fresco. ¿Qué te parece si entramos en algún sitio?

—¿Dónde? ¿En esta cafetería?

—Escucha, paramos un taxi y le pedimos al conductor que nos lleve de paseo a cualquier parte. Quiero hablarte en privado. Allí hay un taxi. Mira, es el mismo que me ha traído hasta aquí. Perfecto. El conductor no comprende el yiddish.

Ambos se montaron en el vehículo.

—Señor Pezzana —dijo Ester—, estamos predestinados a viajar juntos toda la noche. Llévenos a alguna parte, adonde usted prefiera.

—¿Por Broadway hacia el norte?

—Sí, por qué no. Y no se apesure. Sólo queremos hablar. Le daré una buena propina.

—Está bien.

—Siéntate a mi lado. Tengo frío —comentó Ester, dirigiéndose a Grein. Oye, ya que no te pones el abrigo, ¿por qué no me lo echas sobre los hombros? Qué bien. Ha hecho mucho calor todo el día y no me imaginaba que refrescaría tanto. Carezco de imaginación; ése es mi mayor defecto. Ah, ahora hace calor. ¿Es que no te gusta mi vestido? —Cambió su tono de voz. Es el más caro de toda Nueva York.

—Tú sabes que no me interesan los vestidos caros.

—A Plotkin le encantan los vestidos, y éste es el mejor de la ciudad. Bueno, acércate a mí. No seas tan remilgado, tú no eres ningún santo. Sólo te pido un poquito de calor.

I

El negocio de los barcos de Boris Makaver no acababa de cuajar. Aunque al principio todo apuntaba a que los cuatro socios obtendrían millones, en ese momento se cernía sobre ellos el peligro de la bancarrota. Adaptar los navíos para el transporte de mercancías resultaba demasiado oneroso; no obstante, también desguazarlos a fin de convertirlos en chatarra suponía meterse en gastos imprevistos: había que pagar el alquiler del astillero, y la cantidad de obreros y expertos necesarios en el proceso era tan elevada que el mero coste de los salarios ascendía a más de treinta mil dólares por semana. Con todo, la mayor merma se debía a los hurtos. No sólo habían robado todo tipo de piezas, sino que incluso habían perpetrado actos de sabotaje y vandalismo. Tanto Boris como sus socios eran legos en el negocio naviero e ignoraban todo lo relacionado con el tema. Los guardias que habían contratado para evitar el continuo expolio se habían convertido ellos mismos en causantes de los robos o se habían compinchado con los ladrones. Cuando alguno de los socios intentaba llamarles la atención al respecto, lo amenazaban con ataques físicos y hasta con la muerte. Boris se echaba a temblar cada vez que visitaba el astillero donde desguazaban los barcos. No tenía ni la más remota idea de lo que sucedía allí con sus posesiones. Había enormes martillos que aporreaban metal, cegadores fuegos de fundiciones, grúas que levantaban descomunales cargas, obreros gentiles que vociferaban como salvajes. Las empresas con las que habían acordado la venta del acero, el hierro, los aparatos eléctricos y el resto de la maquinaria e instrumentos, pronto se olieron que los propietarios ignoraban lo que poseían y no sospechaban su valor, así que les ofrecieron precios irrisorios. Además de los setecientos cincuenta mil dólares que había invertido en el negocio, pidiendo préstamos a los bancos contra la hipoteca de sus edificios, Boris se vio obligado a buscar más capital para hacer frente al pago de los sueldos.

Con el transcurso de los días y de las noches pasadas en blanco, fue comprendiendo que había tomado una decisión errónea. Ya no existía la menor posibilidad de salir bien librado de la catástrofe. No sólo lo había perdido todo, sino que además se había endeudado hasta un punto que sólo conocería con exactitud cuando terminaran todas las transacciones.

Acostumbrado durante años al éxito, al principio le resultó difícil contemplar siquiera la posibilidad de convertirse en un indigente. Boris esperaba que ocurriera un

milagro. Juró solemnemente donar grandes sumas a causas benéficas. Consultó con abogados y asesores comerciales, y estudió con ellos las más diversas estrategias, pero como reza el proverbio bíblico, «no hay sabiduría ni consejo»^[40]. Se encontraba en un callejón sin salida. Los bienes que había atesorado a lo largo de años y por los cuales había arriesgado la vida cuando huyó de Hitler, se estaban derramando como el vino de un barril agujereado.

Por las noches, Boris permanecía desvelado en su lecho. Podía haber donado ese dinero a obras de caridad y haber hecho préstamos sin intereses. Tal vez aquellas sumas que iban a parar a manos de ladrones y estafadores habrían servido para salvar a algunos judíos de los infiernos de Hitler. La discordia no tardó en aparecer entre los socios, que se pelearon, se maldijeron e incluso llegaron a las manos. Como si de un incendio se tratara, cada cual intentaba rescatar lo suyo, aunque nada podía salvarse. Avergonzado ante Frieda y con el propósito de evitarle la preocupación, Boris mantuvo sus problemas en secreto. Sin embargo, ¿durante cuánto tiempo sería capaz de ocultarlos? Aunque intentaba contenerse, de vez en cuando se le escapaba un profundo suspiro, que finalmente despertó la inquietud de Frieda.

—¿Qué te pasa, Bóruj?

—Nada, cariño, nada.

—¿Acaso sientes algún dolor, Dios no lo quiera?

—No. ¡Que Dios nos libre!

—¿Tal vez problemas en los negocios?

—Bueno, yo no nací rico... Todo pertenece al Señor.

—Quiero que sepas que yo no necesito riquezas. No me he casado contigo por tu dinero, Dios nos guarde.

—¡Dios nos libre! Todo está escrito allí arriba. —Y Boris Makaver guardó silencio.

A causa de los nervios constantes, de las prisas y del ajetreo cotidiano, además de los altercados con sus socios, Boris empezó a padecer jaquecas. Aunque las noches aún no eran calurosas, mantenía abiertas las ventanas del dormitorio, porque en cuanto se cubría, aunque sólo fuera con la sábana, se sentía agobiado y tenía que quitarse la chaqueta del pijama. El corazón le palpitaba como si fuera un tambor, incluso cuando permanecía acostado en reposo, y en más de una ocasión le había sangrado la nariz. Conocía el significado de esos síntomas: seguramente la presión arterial se le había disparado. Así que no sólo le acechaba la posibilidad de quedarse sin nada, sino también la amenaza de sufrir otro infarto. Tumbado en la cama, recitaba mentalmente la plegaria de contrición: «Hemos transgredido, traicionado, robado, difamado». Acompañando a cada palabra, se golpeaba el pecho bajo las sábanas. «Me encuentro en grave peligro —pensaba. La desgracia llega cuando menos se la espera». Sentía claramente su corazón palpitando a marchas forzadas entre soplos y susurros extraños, obligado a bombear como el motor de emergencia de un barco a punto de hundirse. De vez en cuando se saltaba un latido, o bien daba

dos muy seguidos como si quisiera recuperar el que había perdido.

Boris escuchaba atentamente: «¡Debo conservar la serenidad y procurar no preocuparme tanto! —se decía. Estoy gravemente enfermo. ¿Y qué será de Frieda? Ni siquiera he tenido ocasión de hacerle un seguro. Bueno, ¿y qué será de mi alma? No dejo nada tras de mí, ni un hijo que me rece el *kaddish*, nadie que estudie el Talmud en mi memoria. Sólo quedará la ramera de mi hija. He vivido sin hacer examen de conciencia. ¿Qué voy a responder en el más allá? No he contribuido ni con la décima parte de mi fortuna a buenas causas. He descuidado el estudio de los libros sagrados. He construido para el diablo. ¿Cómo lo expresa el Eclesiastés?: “¿Qué beneficio saca el que ha trabajado para el viento?”^[41]. Sí, tienen razón los Salmos: “El tonto y el bruto morirán y dejarán sus riquezas a otros”^[42]. Además, era consciente de todo, ni siquiera me queda la excusa de ignorar la verdad. He pecado deliberadamente, no por error. ¿Por qué mandé a Anna a esos colegios de gentiles? Mientras otros judíos educaban a sus hijos en la devoción, yo preparaba a mi hija para que se comportara como una traidora de Israel. Sin darme cuenta, yo mismo la empujé al camino que ha seguido».

Boris se quedó dormido y soñó con un incendio. Toda Nueva York ardía. Las llamaradas se elevaban por encima de algunos rascacielos, mientras otros se derrumbaban, desplomándose como árboles en un huracán. Debía de ser un terremoto, porque en medio de Broadway se había abierto un abismo y en su interior llameaba y ardía el gehena. Repicaban las campanas. Un penetrante aullido, parecido a la insistente sirena de una ambulancia, se extendía por la ciudad, mientras un volcán, extrañamente situado en medio del cielo, arrojaba lava ardiente. ¿Qué haría un volcán en el cielo?, se preguntaba Boris. Sin duda significaba la destrucción del mundo. Abrió los ojos y descubrió que era de día. El reloj marcaba las seis y veinte. Boris sabía que, tanto en verano como en invierno, el doctor Solomon Margolin se levantaba a las seis en punto y salía a dar un paseo exactamente a las seis cuarenta y cinco. Corrió a llamarle desde su estudio.

—Shlóimele, soy yo.

Margolin hizo una pausa.

—¿Qué ocurre?

—Shlóimele, no me encuentro bien.

—¿Quién se encuentra bien hoy en día?

—Shlóimele, estoy enfermo.

—¿Qué te pasa, vejestorio?

—Mi corazón palpita como el de un bandido.

—Es que eres un bandido.

—Shlóimele, ¡no es momento para bromas!

—¿Qué quieres que haga? ¿Que empiece a recitar salmos?

—Shlóimele, siento una opresión en el pecho... Me temo que es el final, Dios no lo quiera.

—No vas a morirte todavía. Aún tendrás tiempo para zampar bastante pan en América.

—Shlóimele, he de verte.

—¿Tan temprano? Iba a salir a dar mi paseo.

—Pues hoy harás una excepción para cumplir el precepto de salvar una vida.

—Bueno, pues ven, que ya te daré yo un buen repaso.

—¿Adónde quieres que vaya?

—Tomaré un taxi para dirigirme a mi consulta. Si la puerta está cerrada, espérame...

—Bien, muchísimas gracias.

—Venga, no te duermas.

Boris colgó el auricular. «Es un buen amigo, después de todo. Un fiel amigo». Entró en el cuarto de baño y se duchó. Al salir vio a Frieda, vestida con bata y en zapatillas.

—¿Por qué te has levantado tan temprano? —preguntó Boris.

—No iba a permitir que te fueras sin tomarte siquiera una taza de té.

Boris se vistió, se lavó las manos y rezó la shemá. Frieda le sirvió una taza de té con galletas. Ella tampoco ofrecía buen aspecto, pensó Boris. Su cutis había adquirido un tono amarillento. Hubiese deseado preguntarle qué le pasaba, pero le urgía llegar a su cita con Solomon Margolin. La mañana era limpia, soleada, fresca, repleta de promesas de un largo día estival. De repente, evocó el sabor de la crema agria, de las cebolletas, de los rabanitos. A pesar de sentirse enfermo, no había perdido el apetito. El estómago le rugía. «Así es el hombre —pensó. Aunque esté a las puertas de la muerte, el cuerpo cumplirá con su cometido. Cada órgano ha de llevar a cabo su misión».

Paró un taxi e indicó al taxista que le llevara hacia el norte, a la avenida West End, a la consulta del doctor Margolin. «En realidad, incluso este simple viaje en taxi constituye un lujo excesivo... Estoy en las últimas, en las últimas... como dice el Talmud: “limpio de posesiones mundanas”... Ya ni siquiera la camisa que llevo puesta me pertenece». El taxi se detuvo y Boris vio que Solomon Margolin le estaba aguardando: un metro ochenta, bien afeitado, tieso como un palo, impecablemente vestido con un traje de color claro y zapatos blancos. Le envolvía un frescor ajeno a las costumbres judías, confiriéndole un aspecto de aristócrata, de yanqui, de gentil de pies a cabeza. Resultaba difícil creer que ese personaje había sobrepasado los sesenta y que era un antiguo estudiante de *yeshivá*. ¿Cómo lo hubiesen catalogado aquellos perros? Un ario de pura sangre.

El doctor Margolin miró a Boris ladeando la cabeza, con una expresión burlona de fingida pena.

—Bueno, entra, tontorrón.

—Te lo ruego, Shlóimele, ponte serio. No es momento para chanzas.

—¿Qué te pasa? ¿Se ha hundido tu barco?

—No un barco, sino treinta barcos. Shlóimele, soy pobre, lo he perdido todo.

—Bueno, ya te daré una limosna. Ven aquí, *shmeguegue*.

Una vez en la consulta, Margolin le ordenó:

—Antes que nada, súbete en la báscula. Así... ¡Caramba! ¿Se puede saber qué comes? ¿Piedras? ¿Plomo? Cada vez pesas más.

—Te juro que no me he pasado en las comidas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has hecho? ¿Ponerte la comida detrás de la oreja? Quítate el abrigo y súbete la manga.

Margolin le tomó la tensión.

—Sí que ha subido.

—¿Cuánto?

—Demasiado.

—¿Qué debo hacer?

Margolin no respondió. Auscultó a Boris en silencio. Deseaba hacerle un electrocardiograma, pero para eso precisaba la ayuda de su enfermera. Por otra parte, tampoco lo necesitaba; era perfectamente capaz de captar el estado de salud de su paciente mediante el oído. Encendió un cigarrillo.

—¿Quieres morirte, o prefieres vivir algunos años más?

—¿Qué ocurre?

—Abandona tus podridos negocios y márchate de viaje a algún lugar en el campo con tu mujercita.

—¿Viajar ahora? ¿Te has vuelto loco o estás de parte de mis enemigos? Sobre mis espaldas recae todo el peso del asunto. Me están despedazando. Mis socios...

—Pues entonces ya puedes ir encargando tu mortaja.

—Shlóimele, ¡es imposible! No voy a desentenderme de todo.

—Entonces, ¡vete al diablo, idiota!

El doctor Margolin le habló con una franqueza brutal. Era imprescindible que Boris se librara de sus problemas: las preocupaciones acarrearían consecuencias fatales. Margolin se hallaba al corriente de su situación, puesto que Anna le había llamado varias veces, y ella había seguido en contacto con Reytze.

—¿No has guardado algunos ahorrillos en algún rincón? —le preguntó el doctor Margolin. ¿No has apartado una reserva de unos miles de dólares?

—Invertí hasta el último centavo en el negocio de los barcos.

—Yo te prestaré cinco mil dólares.

—Shlóimele, nunca podré devolvértelos.

—No seas tonto; seguro que terminas nadando en la abundancia. La gente como tú gana dinero hasta en la tumba.

Margolin se sentó, y en lugar de extenderle una receta le firmó un cheque.

II

Boris se hallaba tan agitado y trastornado que ni siquiera se percató de lo ocurrido, confundiendo con una receta el cheque que le había entregado Solomon Margolin. Contempló el papelito, y aunque en principio leyó su nombre y las cifras, su mente no asimiló lo que los ojos vieron. Estaba a punto de preguntar si hallaría el medicamento en cualquier farmacia cuando, de repente, reparó en que era un cheque. Se sonrojó, sintiendo que una húmeda oleada de calor le cubría el rostro. Intentó pronunciar alguna frase, mas en vano: se le había formado un nudo en la garganta.

—Y ahora, la receta —oyó que le decía Solomo Margolin.

Boris sacó el pañuelo de un tirón y se secó la cara.

—Shlóimele, ¡eres un judío de verdad!

—¡Tú sí que eres un judío de verdad!

—Shlóimele, no voy a aceptarlo.

Margolin se encolerizó.

—¿Por qué no? ¿Acaso no es digno de ti? Claro, como sólo hace cuarenta y ocho años que nos conocemos.

—Ay, Shlóimele, eres un santo con un corazón judío. Si no me diera tanta vergüenza, te estamparía un par de besos en las mejillas. Sin embargo, aún no necesito un cheque, la situación no ha llegado tan lejos.

—¡Bobo jasídico! ¡Buey arrogante! ¡Presuntuoso! ¡No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza! Si sólo se trata de un préstamo de unos pocos dólares.

—De verdad, Shlóimele, no es preciso.

—De acuerdo, muy bien, como quieras, pero en ese caso no vuelvas a poner los pies en mi casa. Y yo que creía que me considerabas un buen amigo... no, ya me doy cuenta de hasta qué punto me desprecias. Vamos, ¡recoge tus cosas y lárgate! ¡Fuera de aquí! ¡Búscate otros médicos! Pensándolo bien, tienes razón: realmente soy un cerdo. ¿Qué son cinco mil dólares? La verdad es que si necesitas dinero, dispón de cuanto hay en mi cuenta.

—Shlóimele, ¿por qué te enfureces y me riñes tanto? De verdad que no lo preciso. No nos engañemos, se trata de una sociedad, no de un negocio particular. No pienso tirar más dinero del que ya he invertido. Esta empresa engulle los dólares como las vacas flacas que en el sueño del faraón se tragaron a las vacas gordas «Y después de haberlas comido no podía apreciarse que las habían comido»^[43].

—¿A quién le importa tu empresa? Por mí, ¡que se vayan todos al diablo! Tú has de marcharte a algún lugar donde disfrutes de tranquilidad durante unas semanas. Para ti sólo existe una curación: el reposo. Has invertido hasta el último centavo en tus dichosos barcos, y algo necesitarás para emprender el viaje... Cuando hayas descansado y vuelvas a ser tú mismo, ya lo enderezarás todo. La gente como tú no va mendigando de puerta en puerta.

—Shlóimele, eres un pedazo de pan, un amigo de verdad, pero me queda lo

suficiente para marcharme por unas semanas... Lo malo es que donde vaya, aún me preocuparé más que aquí... Me abruman mil compromisos diferentes; si me voy, todo se desmoronará.

—¿Y qué sucederá si caes muerto? ¿Acaso se hundirá el mundo? ¿Dejará la Tierra de girar alrededor de su eje? ¡No seas palurdo!

—Los que mueren no han de pagar deudas. El hombre muerto está exento de cumplir los preceptos.

—Eres peor que un muerto: ¡eres un perro vivo! Desde luego, si no aceptas el cheque es para machacarte la cabeza. ¡Te escupiré y nunca más volveré a mirarte a la cara! ¡Imbécil! ¡Pesado! ¡Mal bicho!

—¡Vaya boquita tienes!

—Si no le temiera a Dios, te haría saltar los dientes de un tortazo.

—Vale, Shlóimele, basta ya. No te hagas el duro. Es verdad que no necesito el préstamo, pero puesto que lo tomas así, no me queda alternativa. Con la ayuda de Dios, te lo devolveré. No obstante, si lo abandonara todo sería un irresponsable: he de entregar encargos, acudir a citas, hacer pagos. Mientras estoy aquí contigo, mi teléfono no para de sonar.

—Sólo has de elegir entre la vida y la muerte. Como reza la Torá: «Mira, he puesto ante ti la vida y el bien y también la muerte y el mal»^[44].

—¿Qué debo hacer, entonces?

—En algún lugar aún tienes una hija.

—No quiero nada con ella.

—¿Por qué exageras tanto? Anna ya no es la esposa de nadie. Empiezo a pensar que además eres un ignorante.

—¿Por qué?

—Porque lo de tu hija es una falta menor. Arrancar una brizna de hierba en *shabbat* representa un pecado mil veces peor.

—Lo sé, lo sé. Sin embargo... Mi propia hija... Esa indignidad...

—Y cuando ella vivía con Luria, ¿observaba los preceptos de la pureza femenina? ¿A quién pretendes engañar? ¿A ti mismo? ¿Al Creador? Desde el punto de vista de la ley judía, la generación actual está compuesta por bastardos concebidos durante los días impuros de su madre.

—Sí, es verdad.

—Entonces ¿por qué te empeñas en cargar contra una puerta abierta? Llama a tu hija y exponle la situación, por más que ella ya esté al corriente. Tú nunca has sido un verdadero hombre de negocios: tu cabeza andaba siempre perdida consultando libros y otras zarandajas. En realidad era Anna quien llevaba tus asuntos, tanto en Berlín como aquí. De haber seguido contigo, no habría permitido que te hundieras en este fangal. ¿Quién sabe? Tal vez todavía sepa sacarte de este apuro.

—Ya no hay nada que hacer.

—Ve a su casa y encomiéndale a ella tus podridos negocios. Después sal de viaje

e imagina que ya estás en el más allá atracándote de carne del Leviatán. Sin embargo, también deberías seguir una dieta; te sobran unos diez kilos. ¿De qué te sirve esta barriga? ¿Para quién la estás cebando? ¿Para los gusanos? Cuando hayas descansado unas seis semanas y hayas perdido diez kilos, también sentirás la cabeza más ligera. Mientras tanto, Anna hará cuanto esté en su mano. Es joven y tiene una mente despierta, excepto en cuestión de hombres, claro. En eso va aún más descaminada que su padre.

—¿Adónde debo viajar?

—A algún lugar de playa, pero no a uno de esos hoteles judíos donde te atiborran de hígado encebollado, tripas rellenas y demás porquerías. Alquila un bungalow...

—De verdad, Shlóimele, no sé qué decidir.

—Márchate ya si no quieres recibir una buena tunda... ¡Ah, sí! Y más vale que te olvides de los puros, al menos durante unas semanas.

—Me pondré aún más nervioso.

—En lugar de fumar, recita un capítulo de los Salmos. Como se lee en la Guemará: «Si no ayuda, por lo menos no hace daño». Pensándolo mejor, ¡quédate sentado un ratito más, relájate! No seas tan inquieto. El Creador ha ordenado este asqueroso mundo nuestro de tal manera que ninguna persona es insustituible. Cuando me enteré de que Roosevelt había muerto, fue como perder una parte de mi corazón. Luego llegó Traman, se puso al timón y lo sigue llevando. Lo mismo sucede con todo. Nos tomamos demasiado en serio. Para la naturaleza no valemos más que las chinches, ésta es la amarga verdad.

—Cuando una chinche contrae deudas, también se inquieta.

—Las chinches no contraen deudas. No son tan bestias como los seres humanos. Si consiguen una gota de sangre, la chupan. Si no, permanecen a la espera de que lleguen tiempos mejores. Algunas criaturas no malgastan su energía, sobre todo cuando no les conviene. Sólo nosotros creemos que el cosmos entero descansa sobre nuestros hombros.

—Por mi vida, Shlóimele, hablas con sensatez.

—Resulta fácil aconsejar a los demás. Cuando se trata de mí, soy peor que tú.

—¿Qué te pasa, dime?

—¡Bah, no soy una persona digna!

—¿Siguen tus problemas con las mujeres?

—Como siempre.

—¿Será porque no he insistido bastante en ello?

—¿De qué sirve tu insistencia?

—Deberías buscarte una mujer respetable y casarte. ¿Durante cuánto tiempo se soporta la soledad?

—Ya, ¿durante cuánto tiempo? En fin, es hablar por hablar. Tú estás hecho de otra pasta, por eso has aguantado veintitrés años sin una esposa. En tus venas no hay sangre, sino leche... La verdad, por qué te sube la presión arterial, no alcanzo a

entenderlo. Al parecer, también la leche para fluir necesita tuberías despejadas... Tu hija sí que es toda una persona, sin embargo no he tenido suerte con ella. Primero estuvo colada por ese Yasha Kotik. Luego empezó a correr detrás de Stanislaw Luria, liviano le sea el peso de la tierra. Y ahora Grein. Te lo juro, Bóruj, el tema del emparejamiento es todo un gran misterio.

—Eso aseguran los cabalistas.

—¿Qué sabrán ellos? ¿Cuántas esposas tuvieron el rabí Isaac Luria o el rabí Jaím Vital? Y en el cielo tampoco habían estado. Pregúntamelo a mí. Las mujeres vienen a verme y se desnudan, no sólo físicamente, sino también desde el punto de vista espiritual. ¿Qué sabrás tú de estos asuntos, Bóruj? Si te enteraras de lo que sucede en mi propia vida, llorarías, y te reirías, y escupirías.

—Prefiero seguir ignorándolo... Pero cuida tu salud, por lo menos. Al fin y al cabo, eres un médico.

—¿Y de qué me sirve eso? Aunque tus libros sagrados hablan constantemente del libre albedrío, en mi opinión el hombre disfruta de tanta libertad como una polilla o una piedra. Yo tomo solemnes decisiones, sagrados juramentos, y luego los transgredo todos. Somos máquinas, Bóruj, autómatas ciegos.

—No, el alma existe.

—¿Dónde? Lo hemos construido todo sobre un pequeño Pentateuco, obra de algún escriba. Luego llegaron incontables holgazanes estudiosos y fueron añadiendo cuanto se les ocurrió. Todo esto no tiene nada que ver con la realidad.

—Entonces ¿quién ha creado el mundo?

—¿Y quién ha creado a Dios? Nos hemos convencido de que cuanto vemos tiene que ser creado, sin embargo, ha existido desde la eternidad.

—¿Quién? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿De dónde?

—No lo sé, pero hay algo que debes descartar de una vez por todas: los judíos no hemos recibido de la naturaleza privilegios especiales. Toda nuestra historia constituye un gran pogromo, desde Egipto hasta hoy.

—Quien habla así, debería convertirse al cristianismo, Dios no lo quiera.

—¿Y qué fue Jesús? De nuevo un judío, de nuevo la historia de ofrecer la otra mejilla y recibir el paraíso. Es el mismo cuento, adaptado para los gentiles. La naturaleza es maravillosa, mas quizá sólo a nosotros nos lo parece. A los ojos de un gusano que se arrastra entre cubos de basura, los detritos representan la suprema armonía, la más lograda estética.

—Entonces, ¿cómo actuar?

—Como se nos antoje.

—¿Y si a alguien se le antoja asesinar?

—Pues adelante. ¿De dónde se infiere que matar un buey sea menos reprochable que arrebatar la vida a una persona?

—Te lo aseguro, Shlóimele, me das pánico. ¿Cómo es posible vivir con esas ideas?

—Pues ya ves. Los alemanes asesinaron a seis millones de judíos y también siguen viviendo. El sol luce sobre Alemania y sus campos reverdecen. Mientras quemaban a los judíos, los pájaros cantaban y los árboles florecían. La única justificación que se nos ofrece sobre todo ello es que en el más allá obtendremos una recompensa. Sin embargo ¿qué harás si al ascender al otro mundo descubres que no hay, como dice Rashi^[45] en otro contexto, «ni bosque ni osos», que todo ha sido una fantasía? ¿Vas a proferir injurias contra Dios?

—Te lo ruego, Shlóimele, basta ya. Esta conversación no me proporciona ningún alivio; todo lo contrario.

—Bueno, pues márchate a tu casa y empieza a rezar. Yo ya no me considero capaz de ponerme unas filacterias y hablar a la pared. Aunque esté escrito: «Y serán como insignias frontales entre tus ojos»^[46], aquellas «insignias» a las que se refería Moisés en el desierto se parecen tanto a las filacterias actuales como tú al gobernador de Ohio.

—Existe un Creador, sí que existe.

—Que exista, pero yo no le amo. Si tiene algo que dar, que muestre las cartas boca arriba. Si prefiere jugar al escondite durante tres mil millones de años, que le aproveche... ¿Adónde te apetece ir? Te aconsejo Asbury Park. Allí encontrarás mar, además de judíos con sus sinagogas y toda su parafernalia. Hazme saber dónde estás y me acercaré a visitarte algún domingo.

—¿Es hablar por hablar, o piensas cumplir tu palabra?

—Confía en mí. ¿Acaso tengo aquí con quién hablar? No soy judío, ni gentil, ni americano, ni siquiera europeo. Lo que te digo a ti, no se lo puedo contar a nadie. Eres la única persona en el mundo entero que me llama Shlóimele, y eso para mí vale un millón de dólares.

III

Boris Makaver, de regreso a su casa en un taxi, se hallaba al borde de las lágrimas. Por mucho que se enjugara los ojos, volvían a humedecerse. El cheque que llevaba en el bolsillo del pecho le calentaba y al mismo tiempo le abrasaba. Las palabras de Solomon Margolin y sus advertencias le habían dejado claro que su vida pendía de un hilo.

—¿Seré capaz de descansar? —se preguntaba. Me va a estallar la cabeza.

Sabía que en cuanto entrara en casa, el teléfono empezaría a sonar y tendría que hablar, hablar y hablar. Las relaciones entre los socios se habían deteriorado tanto que habían llegado a las manos, y sus esposas hasta se habían tirado de los pelos. Él era el único que impedía que esas bestias salvajes se despedazaran entre sí. Era el socio de mayor edad y el único hombre cultivado, aunque si saliera huyendo como un insolvente, demostraría que todas sus palabras y su discurso ético no valían un ardite.

Subió en ascensor. ¿Cómo comunicaría la noticia a su esposa? Frieda, que se había casado con un millonario, tendría que vivir con un indigente. Tal vez incluso llegaba a arrepentirse de su matrimonio. Después de todo, le había confesado abiertamente que había estado enamorada del pintor, Jacob Anfang. «Bueno, Shlóimele tenía razón: me imaginaré que ya estoy muerto». En la puerta del apartamento Boris empezó a hurgar en el bolsillo en busca de la llave, pero Frieda, que al parecer lo había oído, acudió a abrir. Lo recibió con cierto rubor y una sonrisa que sugería asombro. Boris entró.

—Friédele, ¿cómo te encuentras?

—Bóruj, he de contarte una cosa.

—Yo también a ti.

—Pasa a la sala de estar. Siéntate. Muy bien.

Frieda ocupó el sofá, mientras Boris se dejaba caer en el sillón. En ese momento le pareció que le habían amputado las piernas. De nuevo su corazón empezó a palpar y agitarse. Ante sus ojos flotaban motas verdes.

—Friédele, ¡no me van nada bien las cosas! —declaró Boris bruscamente.

Frieda enarcó las cejas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Friédele, ¡lo he perdido todo!

La cara de Frieda mostraba la cariñosa expresión de serenidad y suave reproche de una madre a la que su hijo acaba de confesar que ha perdido un juguete o una chuchería.

—Bueno, no te preocupes por eso. Con la ayuda de Dios, nos arreglaremos.

—Friédele, tampoco me encuentro bien de salud. Ahora vengo de la consulta de Solomon Margolin.

—Sí, lo sé. Ya he hecho las reservas. Así podrás olvidarte de todo.

—¿Cómo es posible?

—El doctor Margolin me ha llamado hace poco.

—¿Qué? Bien, entonces ya estás al corriente de todo.

—Saldremos hoy mismo. Te repondrás.

—Querida, eres una santa —dijo Boris con lágrimas en los ojos.

—No exageres; soy tu esposa.

—Hay esposas y esposas.

Y Boris no fue capaz de seguir hablando.

—Bóruj, quiero que sepas que estoy encinta —le anunció Frieda tras una pausa.

Boris oyó las palabras, pero no vio la cara de Frieda. Lo invadió una profunda alegría, pero no le restaban fuerzas para mostrar su júbilo. Una y otra vez trataba de enjugarse las lágrimas, al tiempo que contenía con gran esfuerzo los sollozos. Permaneció sentado, inmóvil y sin habla, mientras en su interior todo parecía paralizado y tembloroso a la vez.

«¡Ojalá llegue a vivir hasta la circuncisión!», rogó una voz en su interior, aunque enseguida cayó en la cuenta de que podría ser una niña.

—¿Por qué te callas?

Boris carraspeó.

—Bueno, ¡todo viene de Dios! —consiguió balbucir.

—Espera, te traeré algo; un poquito de licor.

Frieda salió. Al cabo de un buen rato regresó con una copita de licor. Aunque Boris tomó un sorbo, no halló alivio. Sus fuerzas le habían abandonado. Frieda se inclinó sobre él con devoción y Boris, pese a su debilidad, experimentó algo parecido al deseo carnal.

—Friédele, ¡*Mázel Tov!*

—¡Anda, dame un beso! —Y Frieda le plantó un beso en la boca.

Se refugió en la cocina y allí anduvo ocupada un buen rato. Cuando regresó, llevaba una taza de café, que Boris rechazó con un gesto.

—Échate en el sofá.

—No, aquí no. ¿Podrías prepararme una cama en el oratorio? —pidió Boris, pensando: «Si tengo que morirme, prefiero yacer allí hasta mi entierro».

—¡Acuéstate aquí! —le suplicó Frieda, aunque el tono más sugería una orden.

Cuando ella se disponía a ayudarle a incorporarse, llamaron a la puerta. El temor a que fuera uno de sus socios hizo que Boris recobrara no sólo sus fuerzas, sino también el habla.

—¿Quién será? ¡Ahora no quiero hablar con nadie! —exclamó con voz clara y potente. No permitiré que nadie nos moleste.

Frieda se dirigió a la puerta mientras Boris permanecía sentado y nervioso, plenamente consciente de que su misma tensión le fortalecía como un medicamento o un reconstituyente. De nuevo se encontraba dispuesto a enfadarse y a repartir consejos. Se secó la cara, se sonó la nariz, se sacudió el letargo y de nuevo se sintió Boris Makaver. Como el oficiante de servicios religiosos cuando quiere probar la voz

antes de empezar, carraspeó ruidosamente. «Bien, con la ayuda de Dios, ¡aún libraré otra batalla! —decidió. Si mi mujer espera un hijo, es señal de que en el cielo quieren que yo viva». En ese momento se arrepentía de haber indicado a Frieda que no aceptara ninguna visita. Quizá fuese mejor exponer su situación ante los socios, en vez de andar escondiéndose como un ladrón. De repente, apareció Frieda en el umbral.

—Bóruj, ¡es tu hija!

—¿Anna? —Boris se quedó clavado en su asiento con los ojos desorbitados.

—Sí, el doctor Margolin le pidió que viniera a verte.

—¿Y por qué?

—El doctor Margolin tiene razón. Al fin y al cabo se trata de tu hija.

—Está bien, que pase. ¡Vaya, todo viene de golpe!

En opinión de Boris, tanto Shlóimele como Frieda se estaban comportando de modo insensato. A su corazón no le convenían demasiadas sorpresas. Recordó un versículo de los Proverbios: «Una buena nueva engorda los huesos»^[47]. ¿Significaba eso que no estaba suficientemente gordo? En ese momento descubrió a Anna.

Su hija vestía un traje de color claro y llevaba una flor en la solapa. Boris no la había vuelto a ver desde el entierro de Stanislaw Luria. En aquella ocasión Anna iba de luto y caminaba encorvada bajo el velo, como una anciana decrepita. Al parecer no había tardado en encontrar consuelo, pues ofrecía un aspecto excepcionalmente joven, como si hubiera vuelto a la adolescencia. Había cambiado de peinado, parecía más esbelta y lucía un intenso bronceado. Los sentimientos paternos que se habían despertado en Boris durante aquellos días, cuando le pareció que Anna hacía penitencia, se esfumaron en un instante. La mujer que tenía ante él no era su hija, sino una desenvuelta picara de Nueva York, una gata que desde cualquier altura siempre cae de pie. «Cuando yo muera, se comportará de la misma forma —pensaba Boris. Es de esa clase de personas que baila sobre las tumbas... Para ellos la muerte es algo que sólo ocurre a los demás». Observó a Anna fijamente y en silencio.

—Hola, papá.

—Siéntate. ¿Cómo estás?

—Me encuentro bien, gracias.

—Anna, ¿te apetece tomar algo? —preguntó Frieda, cortés en su papel de madrastra.

—No, gracias.

—Bueno, os dejo a solas —dijo Frieda antes de salir.

—Papá, lo sé todo. He hablado con Solomon Margolin. En lo que se refiere a tus negocios, ya estaba al corriente.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué tiene que alarmar a todo el mundo? —preguntó Boris, disgustado.

—Yo no soy «todo el mundo» —replicó Anna. Te olvidas de que sigo siendo tu hija.

—Una hija que no sigue los caminos de Dios es peor que una desconocida.

—Papá, no volvamos a lo de siempre. He venido para hablar de negocios.

—¿Qué negocios? Como empresario estoy acabado. Si alguna vez te has impacientado por la herencia, te comunico que ha sido en vano.

—Yo no necesito ninguna herencia, papá, y nunca me he impacientado por ella. No es por discutir contigo, pero si me hubieses consultado, no te habría ocurrido esta desgracia.

—¿A qué desgracia te refieres? Yo sé vivir sin dinero. No necesito más que un mendrugo y un poco de agua. La verdadera desgracia es la que me has causado tú.

—Papá, no he venido para que me sermonees. Soy una mujer a punto de cumplir los treinta y cinco años; tendrás que dejarme seguir mi propio camino.

—¿Qué camino es ése? Bueno, si tú has decidido perder ambos mundos, ya está todo dicho. Mi enfermedad no me permite ocuparme del bienestar de nadie.

—¿En qué clase de absurda operación de barcos te has metido?

—Quería ser un segundo Rockefeller.

Boris se echó a reír. También Anna sonrió.

—De verdad, papá, eres como un niño.

—No creas que conseguirás ayudarme.

—Haré cuanto esté en mi mano. Ahora tengo mi propio negocio. He comprado un edificio grande con habitaciones amuebladas. Lo sé: no se trata del mejor negocio del mundo, pero no pienso quedarme sentada con los brazos cruzados.

Boris se sintió tentado de preguntar por Grein, pero prefirió no mencionar su nombre. Ese individuo a quien siempre había querido como a un hijo le había causado vergüenza y deshonra, había destrozado su vida. En aquel momento, Boris estaba convencido de que Grein era el único culpable de que él invirtiera todo su capital en esos barcos. De no haber sido por aquel traidor, él no habría emprendido ningún negocio sin consultar con su Anna. «La vida es así: una desgracia conduce a otra. Cuando una persona comete un pecado, está forjando el primer eslabón de una cadena de transgresiones, males y adversidades».

Al mismo tiempo, Boris sentía gran curiosidad por saber de Hertz Grein, por enterarse de si intentaba obtener el divorcio y si Anna, por lo menos, vivía en paz con él. Esperaba que fuera Anna la que aludiera al tema, pero permanecía sentada en el borde de la silla, muy erguida, elegante, con las piernas cruzadas, apoyando en el bolso sus manos enfundadas en guantes blancos, y adoptando el aire profesional de quien sólo se preocupa por los negocios. «Así que se ha comprado un edificio. Eso significa que él ni siquiera la mantiene —reflexionó Boris. Supongo que se habrá convertido en una casera de las que alquilan habitaciones a toda clase de borrachos. ¿Y Grein? ¿La habrá abandonado ya? Con esos libertinos nunca se sabe...». ¿Debería anunciarle que muy pronto tendría, si Dios así lo quería, un hermano o una hermana? «No, ¡mejor me callo!», decidió Boris. Él mismo aún no había acabado de asimilar la buena nueva que Frieda le había transmitido. Todo había sido demasiado repentino,

demasiado rápido. Se guardó la noticia para más adelante, como el animal que se apresura a enterrar un trozo de carne o un hueso.

—Papá —oyó decir a Anna—, haz el favor de enseñarme todos los documentos.

IV

Cuando Anna salió de casa de su padre, se encaminó a la calle lateral donde había aparcado su nuevo coche. En los dos meses transcurridos desde la muerte de Stanislaw Luria, había cambiado hasta tal punto que hasta ella misma se asombraba. Diversos factores habían contribuido a que superara su inseguridad, el miedo y la sensación de encontrarse atrapada en un callejón sin salida. En primer lugar, desde el punto de vista legal era libre: una viuda joven y bella. Por otra parte, había percibido diez mil dólares del seguro, que unidos a la suma obtenida por la venta que hizo en Miami de los bonos de guerra y de sus joyas, ascendían a un capital de casi veinticinco mil dólares. Además de comprar un edificio, había aprendido a conducir y se había forjado una idea bastante aproximada sobre cómo funcionaba el mundillo de los negocios en Estados Unidos. En resumen, se le había despertado el atávico impulso de amasar fortuna. Existía, por último, una tercera razón para su creciente autoestima. Yasha Kotik, tras regresar de Hollywood con las manos vacías, por fin estaba a punto de convertirse en actor del teatro en yiddish en la Segunda Avenida. Cuando ya se encontraba dispuesto a actuar en representaciones esporádicas ante los veraneantes que se alojaban en hoteles judíos en las montañas Catskill, de repente un teatro de Broadway le había ofrecido un importante papel. La prensa neoyorquina se deshizo en alabanzas sobre su talento y publicó varios días su fotografía. De la noche a la mañana, Yasha Kotik alcanzó la fama y Hollywood cambió de opinión hasta el punto de ofrecerle un contrato para aparecer en varias películas. Yasha Kotik recuperaba su fulgor estelar. Necesitaba un apartamento amueblado y Anna le subarrendó el de la avenida Lexington, cuyo contrato había firmado por tres años.

Yasha Kotik se había enamorado nuevamente de ella, o al menos eso aseguraba. Le enviaba sin cesar entradas para el teatro e insistía en que aceptara sus regalos. No desperdiciaba ocasión de afirmar que nunca había dejado de quererla y que ella había sido la razón de su empeño en emigrar a Estados Unidos. En cada uno de sus encuentros con Anna, le confesaba sus fechorías, le relataba sus aventuras, se lamentaba de sus sufrimientos en Rusia, además de describirle las cárceles donde se había consumido, los hospitales en los que había estado internado y los personajes estafalarios que había conocido. En Estados Unidos ya había tomado contacto con lo más destacado del mundo de la escena: productores, directores, dramaturgos y críticos. Las revistas de teatro llegaron a mencionar el nombre de Anna en las columnas de cotilleos. Una y otra vez, Anna aseguraba a Grein, y se repetía a sí misma, que para ella Kotik era agua pasada, pues continuaba inspirándole una aversión que los años no habían conseguido borrar. Sin embargo, también despertaba cierta curiosidad en ella, además de servirle como arma ante Grein: que se enterara Hertz de que alguien más la deseaba y de que si se le ocurría traicionarla no le costaría mucho pagarle con la misma moneda.

Anna no se explicaba cómo había sucedido, pero en ese momento era ella quien

había tomado la delantera a Grein. Desde que Yasha Kotik conoció a Ester, Anna sabía que el marido de su rival se llamaba Plotkin, y que era un hombre viejo y basto que prodigaba donativos a actores del teatro en yiddish cuando se citaba con ellos en los baños turcos. Y en cuanto a Ester, Kotik la había descrito como una mujer destrozada, de mediana edad y bastante excéntrica. Anna decidió que no merecía la pena pasarse las noches en vela o incluso considerar la posibilidad de suicidarse por alguien así. Ya ni siquiera soñaba con que Lea concediera el divorcio a Grein. Por expresarlo de alguna manera, era como si hubiera despertado de una pesadilla. A pesar de haber cometido muchas insensateces en la vida y de haber superado con creces la treintena, no aparentaba más de veintitantos. Aún era una mujer activa y bella, que había llegado a ser rica e independiente, que había obtenido un título universitario en Alemania y que hablaba cinco idiomas, o seis si se tenía en cuenta el yiddish. Al recordar el día en que fue a recoger sus pertenencias a casa de Luria y el desagradable trato que había recibido del camarero del café y del ascensorista, todo el episodio se le antojaba una pesadilla. Aquella tarde había llegado al borde de la locura, a un paso del suicidio.

Se sentía rebosante de júbilo y de energía. Hasta el hecho de que su padre casi hubiese perdido cuanto poseía le parecía un problema insignificante. Ya se ocuparía ella de salvar parte de su fortuna, y en esta ocasión se aseguraría de recibir también lo suyo.

«¡Esto es América, no Europa! —reflexionaba Anna. Aquí hay que espabilarse y actuar, no quedarse inmóvil ni llenarse la cabeza de especulaciones vanas». Puesto que el país entero se cimentaba en el éxito, había que procurárselo.

Aquel día tenía todos los visos de convertirse en un «éxito»: soleado, limpio y no muy caluroso. La brisa que soplaba desde el Hudson arrastraba fragancias estivales. Las floristerías de Broadway habían instalado en la calle puestos de flores que se vendían rebajadas. Las fruterías exhibían una profusión de mercancía. El vendedor de helados, con su uniforme blanco de oficial de barco, hacía sonar las campanillas. Un camión cisterna pasaba lentamente, regando y refrescando la calle. Desde que se había comprado un coche y aprendido a conducir, a Anna le resultaba más accesible Nueva York y, de hecho, todo el país. Lo lejano se le había transformado en próximo. Pasar del pensamiento a la acción era cuestión de un instante. Desde Riverside Drive, enseguida se encontró conduciendo por Central Park, donde los árboles eran más verdes que en años anteriores, quizá porque esa primavera había sido especialmente lluviosa. Aparcó el coche junto a un camino de herradura y observó a un grupo de jóvenes que pasaron montados a caballo. El olor a bosta se mezclaba con los aromas de la hierba, el agua y la gasolina. «¡Qué bella es la vida, a pesar de las dificultades! —pensó Anna. Estados Unidos es un país bendito. Aquí no se interponen tantos obstáculos para conseguir lo que uno se propone». Anna se dirigía a su apartamento de la Quinta Avenida porque había prometido a Grein que almorzaría con él, y también porque tenía que hacer varias llamadas, y desde allí telefonaría más

fácilmente. La norma principal consistía en cumplir con las obligaciones con la máxima comodidad posible y sin agobios. Las palabras no causan el mismo efecto cuando se habla sentado en un mullido asiento que cuando se está de pie en una cabina telefónica mugrienta y mal ventilada. Una cosa es hacer negocios cuando se tiene dinero en el banco y otra muy distinta cuando se está temblando por cada centavo. «Ni siquiera en los asuntos del corazón conviene depender por completo de la persona amada —reflexionaba Anna. Si adivina que te mueres por él y que lo es todo para ti, te pisoteará aunque esté enamorado... Siempre hay que guardarse alguna baza».

Anna conducía por la Quinta Avenida y en cada semáforo en rojo echaba un vistazo a los escaparates. Allí se exponían infinidad de artículos caros: vestidos, joyas, ropa interior, muebles, artículos de plata, y todo ello según los cánones de la moda. Incluso las cubiertas de los libros resultaban ese año más coloridas y llamativas que en temporadas anteriores. Miles de personas de talento se dedicaban en Nueva York a imaginar nuevos señuelos, variaciones e incentivos para seducir a los compradores, tal como las flores se adornan con toda la gama de colores para atraer a las abejas que transportan el polen. «Sí, Freud acertó: el sexo lo es todo — reflexionaba Anna. ¿De qué me serviría, por ejemplo, regresar a casa si Hertz no estuviera esperándome? No me valdría la pena ni preparar un café siquiera».

Abrió la puerta con su llave y oyó que Hertz hablaba por teléfono, aunque enseguida se apresuró a terminar la conversación, como si la hubiese interrumpido. Anna tomó buena nota: «Así que aún sigue parlotando con esa loca de Ester. Es como una enfermedad... Seguro que encima se acuesta con ella, el muy cerdo... Todos sus juramentos no valen un centavo». Aunque estaba furiosa, decidió disimular. «¡Le daré una buena lección cuando más me convenga!», se prometió. Grein salió a su encuentro en zapatillas y con la camisa desabrochada. Debía de estar vistiéndose cuando aquélla había llamado, o cuando él la llamó. Anna observó que en las últimas semanas el pelo rubio de Grein había empezado a ralearse y que sus sienes se habían vetado de gris: se estaba quedando calvo.

—Bueno, ¿qué tal le va a tu padre?

Anna se mordió los labios.

—Ya te dije que sin mí él no saldría con bien de los negocios. Lo ha perdido todo, ni más ni menos. Y además, tiene aspecto de estar enfermo.

—¿Comentó algo acerca de mí?

—Ni una palabra.

—¿De qué conversasteis, pues?

—¿Y de qué estabas charlando tú con esa chiflada cotilla de Brooklyn? —estalló Anna. ¿Y por qué has colgado el teléfono en cuanto he entrado? Si te sientes tan unido a esa vieja bruja, ¿por qué me traes al retortero? ¿Durante cuánto tiempo crees que voy a aguantar tus mentiras y falsas promesas? ¿Hasta cuándo piensas seguir representando esta asquerosa farsa conmigo?

Grein no contestó de inmediato.

—Estaba hablando con Lea, no con ella.

—¿Y qué has de hablar con Lea?

—Está enferma. Tiene un tumor en el pecho. —Grein palideció y su voz se hizo temblorosa.

Anna guardó silencio al comprender que estaba diciendo la verdad.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Ha sido de repente. La operan el lunes.

—¡Qué horror! —exclamó Anna, dando a sus palabras un doble sentido, como si en realidad pensara: «Si esto le puede pasar a cualquiera de nosotros, todos nuestros afanes valen bien poco».

Anna entró en el dormitorio, donde se quitó el traje y se puso una bata y zapatillas. En el trayecto se palpó los pechos. Quizá también ella tuviera un bulto. No, gracias a Dios, ninguno. Grein la siguió a la cocina.

—¿Dónde la operan?

Grein le dijo el nombre del hospital.

—Bueno, a lo mejor no es cáncer. Hoy en día los médicos son muy cautos en este tema.

—No quiero ser agorero, pero su madre murió de lo mismo.

Una idea asaltó a Anna: si eso ocurría, él pronto estaría libre. Su propio pensamiento pareció quemarla.

—Estas cosas no siempre son hereditarias.

—Esperemos.

—A propósito, ¿de qué murió mi madre?

—De tuberculosis, lo sabes muy bien.

—No, apenas lo recuerdo.

Grein esperó un rato.

—Te ha llamado Yasha Kotik.

—¿Qué quiere?

—Por lo visto una tubería ha reventado en el armario y toda su ropa se ha empapado.

—¿Y qué? La empresa propietaria se encarga de eso, no yo. Supongo que tendrán un seguro.

—Como él sólo es un subarrendatario, no puede reclamar.

—En eso llevas razón.

Grein guardó silencio y Anna se puso a preparar el café. En la mesa de la cocina había un jarrón con un ramo de flores y Anna cambió el agua. Los rayos de sol penetraban en la estancia y por la ventana abierta soplaba una suave brisa. Una mosca solitaria zumbaba y golpeaba contra los cristales. Un avión pasó hiriendo el inmenso cielo azul con un rugido ensordecedor. La mezcla del aroma del café con la fragancia de las rosas y los claveles producía un intenso perfume que casi mareó a Grein. Con

los faldones de la camisa por fuera del pantalón, se sentó en una silla, mirando al vacío y con la mente en blanco, aturdido por un silencio de muerte. En los últimos tiempos, allá donde miraba se topaba con la misma historia: infartos, cánceres, embolias. Aunque le daba la impresión de que no conocía a mucha gente en Nueva York, tenía suficientes relaciones como para sentirse conmocionado por una muerte tras otra. Habían fallecido clientes suyos a quienes él mismo les había hecho un seguro con acciones de su fondo de inversiones. Algunos profesores que habían sido colegas suyos en varios *Talmud Torá*, en Brownsville y en el Bronx, habían fallecido de repente. La noticia sobre la operación de Lea le había caído como un mazazo. Lea no se anduvo con rodeos: el cáncer la había atacado debido a la angustia y la humillación que él le había causado. Incluso había aludido a Stanislaw Luria: «Primero lo quitaste de en medio a él. Ahora me toca a mí».

I

Aquel lunes Anna tenía que viajar a Asbury Park, en la costa de Nueva Jersey, para ver a su padre y solicitarle que firmara unos documentos. Anna había conseguido un acuerdo tan favorable con una empresa que por fin abría la posibilidad de salvar una parte del capital de Boris Makaver. En pocos días había obrado maravillas: había reconciliado a los socios enemistados, había establecido contacto con un eminente y experto abogado, y finalmente había contratado los servicios de una agencia especializada en la vigilancia contra hurtos en los puertos. Anna era consciente de que su integridad física corría peligro. Ya le habían advertido sobre las «consecuencias», mas estaba resuelta a hacer prevalecer la justicia, aunque le fuera la vida en ello. En un lapso sorprendentemente corto, entabló relación y obtuvo el apoyo de algunas autoridades a las que nadie hubiera creído posible acceder. Aunque algunos barcos ya habían sido desguazados y sus piezas robadas, destrozadas o vendidas por una miseria, aún quedaban intactos veintitantos, cuya valoración superaba los tres millones de dólares que habían pagado por todos ellos. Anna ordenó interrumpir los trabajos de desguace, despidió a los obreros y a los ingenieros, y trasladó los navíos a un astillero más barato, cuyo alquiler ascendía a tan sólo un tercio de lo que se venía pagando. Por extraño que pareciera, la Armada estadounidense, que había vendido aquellos buques, en ese momento se mostraba interesada en comprar ciertos componentes. A medida que descubría los errores que su padre y los demás socios habían cometido, Anna se asombraba más de la ineptitud con la que habían actuado. Literalmente habían perdido la cabeza. Con los barcos no cabía emplear la misma estrategia que con los edificios, pues no se adquirirían mediante un préstamo hipotecario que después se iba pagando con los alquileres. El comercio con navíos requería iniciativa, inteligencia, conocimiento y presencia de ánimo.

Como siempre que una actividad la entusiasmaba y la absorbía, Anna apenas comía. Fumaba mucho, había adelgazado y sus ojos brillaban con un ardor obsesivo. Había enronquecido de tanto hablar y su cerebro trabajaba a una velocidad de vértigo. A cada minuto se le ocurría un nuevo plan de acción. A veces se despertaba sobresaltada en plena noche y telefoneaba a alguno de los socios. También lo comentaba todo con Grein. Muchos de sus proyectos eran tan retorcidos y fantasiosos que una persona práctica difícilmente los hubiera considerado viables; de hecho la

misma Anna, pasado algún tiempo, se reía de ellos. En cambio, algunas de sus ocurrencias eran atinadas, lógicas y factibles. Al parecer, la inteligencia humana guardaba entre sus tesoros un sinfín de procedimientos para remediar un mal negocio. Resultaba gracioso oír a Anna hablar con autoridad acerca de técnicas, personas, máquinas e instrumentos legales cuya existencia ignoraba por completo un día antes y que todavía no dominaba a fondo. Era el viejo espíritu comercial el que hablaba por su boca: comprar y vender sin importar el qué, reduciendo cualquier valor a precios y cantidades, y utilizando el beneficio como única medida. Su mente, como la mente humana en general, discurría sobre asuntos que no llegaba a asimilar y pasaba por encima de lo esencial para concentrarse en una única finalidad. De vez en cuando Anna escrutaba a Grein con mirada inquisitiva. Él le resultaba más enigmático que cualquier barco, que cualquier negocio. En el interior de Hertz se estaba desarrollando un proceso que Anna no se sentía capaz de comprender ni de dejar de lado. Parecía escapar a su entendimiento, no conocía ningún método para penetrar en la mente de un hombre así ni para domesticarlo. Quizá por eso le resultaba tan difícil apartarse de él. En medio de las quejas y los reproches, la asaltaba el deseo de besarlo, de oír de sus labios una palabra amable.

Anna pensaba pasar la noche en Asbury Park, ya que tenía mucho que hablar con su padre, y también porque anhelaba disfrutar de una noche de reposo respirando el aire puro del mar. Había reservado habitación en un hotel precisamente el mismo día en el que estaba prevista la intervención de Lea.

Grein llegó al hospital con antelación y allí se encontró con Anita, Jack y la esposa de éste, Patricia. Lea estaba acostada, rodeada de flores. En la cama contigua se hallaba una mujer a quien acababan de operar una úlcera, y en otra cama una joven con la espalda escayolada. Cada vez que se veía obligado a pisar un hospital, Grein se sentía conmocionado. Para él eran fábricas de sufrimiento y de muerte, donde afloraban y se profanaban todos los secretos de las personas. En cuanto a los visitantes, le daba la impresión de que miraban furtivamente, pronunciaban palabras poco sinceras y formulaban preguntas a las que no merecía la pena responder. Era como si precisamente ellos, los que estaban sanos, hubiesen atraído allí a los enfermos con falsos pretextos, engañándoles igual que hacían los nazis para conducir a los judíos a las duchas y gasearlos. Los enfermos parecían entenderlo así; miraban con expresión severa por encima de las cabezas de quienes se inclinaban sobre ellos con aparente solicitud y les respondían con reticencia.

Aunque Grein llevaba ya algunos minutos en la habitación de Lea, su esposa no daba muestras de haberlo visto. Jack le dirigió un escueto saludo y Anita lo evitó. Lea estaba murmurando a Anita unas palabras que Grein no alcanzaba a entender; tal vez le llamaba la atención sobre algo, la aleccionaba o la reprendía. Había adelgazado bastante, tenía las mejillas hundidas y la nariz pálida y afilada. Grein sospechó que la madre advertía a la hija que no cayera en las redes de los hombres, que desconfiara de sus promesas. También Grein llevaba un ramo de flores, pero al no hallar dónde

ponerlo, decidió colocarlo sobre el alféizar de la ventana. Una enferma que no había recibido ninguna visita observaba a la concurrencia con envidia y resentimiento. La expresión de su cara decía: «¡Ya no me engañarán nunca más. Ahora veo toda la verdad de una vez por todas!».

Por la tarde, después de la operación, Grein se acercó de nuevo al hospital, pero ya no eran horas de visita y no le permitieron entrar. Por teléfono le informaron de que la operación se había desarrollado con normalidad. De regreso a casa, se dejó caer en un sillón en la sala de estar, sin encender las luces. No estaba a oscuras sino más bien en una suave penumbra. Permaneció inmóvil y ensimismado. Era la primera vez en meses que se encontraba a solas, en un estado de ánimo sombrío, sumido en pensamientos erráticos. Lea, la esposa que en otro tiempo habría entregado su vida por él, lo había recibido con odio. Anita había evitado su mirada. Jack le había lanzado su saludo como quien tira una limosna a un mendigo. Hasta Patricia se sentía mejor acogida en la familia que él. Anna, antes de salir, se había despedido con frialdad, dando a entender que no confiaba en él: estaba segura de que llamaría a Ester en cuanto cerrara la puerta. Y así fue, pero nadie había contestado.

Grein no había almorzado, y aunque ya eran las diez de la noche, no tenía hambre. En el apartamento había libros, una radio, un televisor; pero no le apetecía leer, ni escuchar música, ni aguantar programas triviales. El simple pensamiento de salir a la calle le producía rechazo. Tenía la sensación de que incluso los desconocidos le dirigían miradas hostiles y suspicaces, dispuestos a iniciar en cualquier momento una discusión con él. Aunque se decía que no eran más que imaginaciones suyas, no conseguía librarse de ellas. El ascensorista, por alguna misteriosa razón o sin ninguna en absoluto, se mostraba enfadado con él. Los vecinos con los que coincidía en el ascensor lo observaban de soslayo, con recelo, como si les desagradara su simple presencia, y el portero empezaba a silbar cada vez que le veía. Lo peor de todo era que últimamente sus clientes le habían vuelto la espalda. Dejó de recibir sus cartas y encargos, y cada vez que los llamaba a su oficina, recibía las mismas respuestas: «No», «Nada».

El mundo urdía contra él una confabulación de carácter misterioso y metafísico, como si los más altos poderes hubiesen perdido la paciencia y decidido sabotearle o causarle daño. Sentado en aquel sillón, en la soledad de la noche, intentaba hacer examen de conciencia. ¿Serían sus pecados la causa de todos sus males? ¿Se habría trastornado algo en su mente? ¿Estaría cayendo en alguna enfermedad psíquica? No era posible que él, Hertz Grein, fuese el mayor pecador del mundo. Los poderes supremos protegían a malhechores como Stalin y a gentuza de su calaña. En Alemania se paseaban asesinos que habían roto la cabeza a niños pequeños, y que sin embargo habían hecho carrera y vivían prósperamente. Lo que le sucedía a él era, sencillamente, que tenía los nervios de punta. Pero ¿qué camino debería tomar? ¿Viajar a alguna parte? La mera idea de alojarse en un hotel y sentarse a la mesa con desconocidos le horrorizaba. No quería mirar a nadie a la cara, no deseaba la

compañía de otras personas ni oírles conversar. Le devoraba la impaciencia, el asco, el resentimiento. Se marcharía a alguna isla desierta donde pudiera estar completamente solo, o con Ester.

Entonces ¿amaba a Ester? ¿Se sacrificaría por ella si le necesitara? No, tampoco a ella la quería. La deseaba, pero detestaba sus salidas teatrales, su palabrería, su egoísmo. Desde que se había casado con Morris Plotkin, el deseo carnal que le inspiraba se había entremezclado con cierta repugnancia y tan pronto ansiaba besarla como escupirle. En el fondo anhelaba vengarse de ella: que lo perdiera todo, que enfermara, que muriera... Hasta llegó a soñar que Ester moría y que él se asomaba a su tumba... Por otra parte sabía que si ella falleciera, algo en su propio interior también se apagaría. Aquella mujer sabía hacerle feliz, si no para siempre, al menos durante unas horas. Cuando estaba con ella, la vida se le antojaba interesante, intensa, cargada de emoción. No notaba el paso del tiempo, se sentía tan cautivado como un jugador por los naipes, como un borracho por la bebida, como un adicto por su droga. Sin embargo, ¿durante cuánto tiempo cabía mantenerse en un estado como ése? En alguna ocasión Grein había pasado días, semanas enteras con Ester. Más tarde o más temprano terminaban cayendo en enfrentamientos tan amargos y cargados de odio de los que él solía escapar como de un incendio, simplemente por temor a que en un momento de rabia fuera capaz de cometer un asesinato.

«¿Sobre qué discutíamos, en realidad?», se preguntaba Grein en aquel momento. Trataba de recordar, pero no se acordaba de nada concreto. Eran peleas sobre pequeñeces, trivialidades. Por ejemplo, un día Ester se estaba burlando de su acento de Varsovia y, cuando imitó su forma de pronunciar ciertas palabras, se desató tal bronca que Grein —¿cómo era posible?— terminó abofeteándola. En otra ocasión se armó un escándalo a causa del comentario que había hecho Grein acerca de Liuba, la mejor amiga de Ester. Aunque en realidad las palabras eran tan sólo un pretexto, la chispa que prendía el polvorín. Cada vez que se proponían salir a algún lugar, resurgía la cólera, brotaban las discusiones, y se apoderaba de ellos un deseo de perjudicarse mutuamente e incluso de someter al otro. La guerra estallaba de repente, y no faltaban las acusaciones, los insultos, las maldiciones y hasta las agresiones físicas. Cada vez que escapaba de ella, tenía la sensación de haber evitado un peligro, un demonio, un perseguidor ávido por eliminarlo. Más de una vez llegó a pensar: «¡Es realmente mi enemiga! ¡Una enemiga a muerte!».

En ese momento Grein cerró los ojos y reclinó la cabeza en el respaldo del sillón, mientras la noche estival susurraba en las calles. Estados Unidos era un país repleto de fincas, de hoteles, de playas. Todos los placeres que brindaba el verano se hallaban a su disposición, y sin embargo ahí estaba, sentado en una habitación siniestra, como un prisionero. No podía ir de visita a ningún sitio, ni viajar a ningún lugar, ni tenía a nadie con quien salir, ni con quien hablar. No le apetecía en absoluto ir a cenar a un café o a un restaurante, e incluso le resultaba difícil ir a sacar comida del frigorífico. Pero ¿por qué? ¿Cómo había llegado a ese estado? ¿Y cómo podría seguir viviendo?

¿Acaso debería poner fin a su existencia?

—He cometido algún error, algún error fatal —murmuró.

Sin embargo, no sabía en qué había consistido ese error. «¿Tenía que haberme quedado con Lea? ¿Debe un hombre vivir con su esposa aunque no la ame? ¿O acaso debí haberme comportado como un judío ortodoxo, y observar a rajatabla el Shulján Aruj, a pesar de conocer exactamente cómo se gestaron esas leyes y sus estrictas exigencias de cumplimiento? No, yo no sería capaz de acatarlas, ni tampoco me habría servido de nada. Es cierto que estoy hastiado de esta vida, pero no puedo servir a un Dios que no ofrece ninguna prueba de que precise de mi servicio, ni de que sienta la menor consideración hacia los seres humanos. Mientras Dios se empeñe en guardar silencio eternamente, no le debo nada».

II

Hacia las once de la noche Grein decidió salir de casa. En la calle Octava había un *grill* donde a veces acudía a comer. Después de tantas idas y venidas, le resultaba extraño verse deambulando solo en plena noche, con la sensación de que no le quedaba ya ningún motivo para apresurarse. Stanislaw Luria estaba muerto, Lea ingresada en el hospital tras una operación de cáncer, Ester tenía otro hombre, sus hijos le habían abandonado. Su vida entera se había derrumbado. Además, abrigaba la sospecha de que también Anna le dejaría pronto. Desde que Yasha Kotik comenzó a tener éxito, el tono de Anna al dirigirse a Grein había cambiado, y él a su vez percibía en ella la seguridad y la confianza en sí misma de quien acaba de librarse de un fuerte y tormentoso vínculo. Anna incluso presumía ante él de que Kotik la perseguía y la colmaba de atenciones. Había otros hombres que también intentaban acercarse a Anna. Incluso el doctor Margolin, que ya en Berlín había renunciado a ella, de nuevo trataba de estrechar sus relaciones. Aunque durante las primeras semanas en el apartamento de la Quinta Avenida Anna no había recibido ninguna llamada, últimamente el teléfono no paraba de sonar. La llamaba Yasha Kotik, el doctor Margolin, Korn, el agente inmobiliario, los socios de Boris Makaver y otros hombres de los que Grein no sabía nada. Anna se hallaba en pleno ascenso mientras él se hundía. Estaba comiéndose sus ahorros y seguía sin hacer ningún negocio. «Está bien, me marcharé —reflexionó Grein. Voy a dejarlos a todos y huir... Es inminente, mi destino se aproxima».

La huida se había transformado para él en una idea recurrente. La había considerado durante años e incluso estaba presente en sus sueños nocturnos. A veces le daba la sensación de que había comenzado a organizarla ya desde su adolescencia. Con frecuencia intentaba calcular el mínimo que necesitaba una persona para salir adelante y leía con especial interés los artículos sobre la alimentación de diferentes pueblos y sobre esas familias que se las arreglaban con un presupuesto ajustado hasta el último centavo. Solía imaginarse a sí mismo viviendo en un apartamento de alquiler muy bajo, sin calefacción ni baño, donde no habría más que una cama, una mesa, algunos cacharros y unos libros. Su vestuario se limitaría a un par de pantalones vaqueros baratos, un jersey, unos zapatos resistentes y algunas camisas que él mismo lavaría en el fregadero. Comería pan moreno, patatas, gachas de avena con leche, y de vez en cuando una pieza de fruta o algo de verdura. Todo —la alimentación, la ropa, los gastos— quedaría reducido al mínimo. No viajaría, no telefonaría a nadie, no escribiría cartas, no haría visitas ni las recibiría. Sólo necesitaba dos mil calorías al día, una manta para abrigarse, una pastilla de jabón y un carnet de biblioteca para acceder a los libros. Había saldado sus cuentas con el mundo e incluso había llegado a dominar su deseo sexual. Había ahorrado lo suficiente para permitirse este tipo de existencia, manteniéndose libre de preocupaciones, prisas y de competir con otros. Le sobraría tiempo para estudiar; sin

fijarse metas prácticas bajo el impulso de ambiciones mundanas, sino como se hacía antaño en el *beit hamidrash*: accediendo despacio al saber, entonando cada palabra con su melodía, con la alegría del estudio de la Torá por su propio valor.

La misma fantasía se repetía con algunas variaciones. Unas veces se veía en Nueva York, en el East Side, otras en una finca en Canadá o en Suramérica, donde la vida era más barata y reposada, llena de permanente quietud. A veces proyectaba instalarse en alguna isla tropical, como hizo Gauguin, y otras en Palestina, en un kibbutz. A menudo relacionaba este sueño con el libro que pensaba escribir, no uno más de esos innumerables opúsculos que se leen y se olvidan, sino un tratado que contuviera elementos de eternidad, una nueva filosofía lindante con la religión. Mientras recorría el camino de su casa al grill de la calle Octava, Grein consideraba su proyecto de nuevo. ¿No habría llegado la hora? Lea no tardaría en morir, Ester ya le había dejado, Anna se le escapaba de las manos. Aún le quedaban unos veinte mil dólares en acciones, que le producían anualmente cerca de mil quinientos dólares en dividendos. Al cabo de algunos años tal vez se quedaría sin un centavo y se vería obligado a trabajar en una fábrica, o incluso a emplearse como ascensorista. Si su propósito era firme, se hallaba ante el momento decisivo: había llegado a la encrucijada. Era entonces o nunca.

Se detuvo a contemplar el escaparate de una librería: «¡Dios del cielo! ¡Tantos libros y ninguno que te indique cómo vivir!». Montones de consejos, pero ni la más mínima ayuda concreta para alguien que se encuentra sumido en un dilema real. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si se encontrase en ese momento sin dinero? ¿Qué ocurriría si perdiera su certificado de ciudadanía y no tuviera forma de demostrar que había entrado en Estados Unidos legalmente? Primero lo meterían en una cárcel. Después lo embarcarían en un carguero y lo deportarían a Polonia, donde de nuevo lo encerrarían en un calabozo. Ni los estudios, ni la religión, ni la poesía, ni la sociología le serían de ninguna ayuda. ¿Y a Lea? ¿Qué consuelo le ofrecían los libros allí expuestos? ¿En qué le servirían las especulaciones sobre el existencialismo? Como decían los Salmos: «Los malvados andan alrededor cuando la vileza es exaltada entre los hombres»^[48]. Siempre dando rodeos, sin llegar nunca a lo esencial. «¡No, no aguanto más esta situación! —Algo se rebeló en el interior de Grein. Tengo que huir, escapar. Éste ha sido mi destino desde el comienzo.

Pero ¿dónde encontraré refugio? ¿Cómo se pone en práctica una resolución así?».

Grein se sobresaltó. Oyó que alguien le llamaba por su nombre, entre risas. Al volver la cabeza, Grein vio un Cadillac descapotable que se detuvo tras él. Era Ester, que se reía y le señalaba con un dedo, dirigiéndose al hombre que se hallaba sentado a su lado. Se trataba de un personaje corpulento, bronceado, el cabello blanco como la nieve y el aspecto saludable de quien acaba de regresar de un veraneo. Llevaba una camisa de seda y una corbata bordada en oro, sujeta por un alfiler adornado con un diamante. A Grein le recordaba a esos viejos ricachones cuyas fotografías aparecían a menudo en las páginas de sociedad, celebrando sus bodas de oro o de platino.

También Ester iba engalanada con un vestido blanco y un sombrero de paja de ala ancha con una cinta verde. Al volante, un hombre ataviado con una camisa roja intentaba enderezar el coche junto al bordillo. Tenía la cara lisa y una espesa cabellera de color castaño que le nacía en la parte baja de la frente. Por las fotografías que Ester le había mostrado, Grein reconoció tanto a Morris Plotkin como a Sam, el hermafrodita.

—Bueno, ya te habrás hartado de mirar los libros, ¿no? —preguntó Ester. ¡Mira a qué se dedica en una noche de verano!

—Entonces ¿es usted el señor Grein? —intervino Plotkin con voz ronca y dándose aires de importancia como hacen los ricos. Ester habla de usted día y noche. ¡Sí, es usted! Le reconozco por las fotos. Bien, suba, acompañenos a dar una vuelta. De todas formas, a estas horas la librería está cerrada. Me llamo Plotkin, Morris Plotkin.

—¿Cómo está usted?

—Y éste es mi viejo amigo Sam... La gente le conoce como mi gemelo, porque me sigue como un hermano siamés. Sabe usted lo que es eso, ¿no? Es cuando dos niños nacen unidos y no se pueden separar. —Plotkin se rió a carcajadas.

—¿Cómo está usted? —dijo Sam, con una voz ambigua.

No volvió la cara, ya que seguía bregando con el volante a fin de enderezar el vehículo. Por su actitud daba la impresión de que el encuentro no era de su agrado. Grein buscaba la forma de evitar subir al coche. Ya empezaba a inventar alguna excusa, cuando la puerta se abrió y Ester lo agarró por la manga para arrastrarlo al interior. Morris Plotkin le hizo sitio. Al parecer no estaba permitido estacionar allí, porque de repente apareció un policía, comenzó a amonestar a Sam y se dispuso a multarle. Sam se disculpó y enseguida maniobró para salir de aquel pequeño hueco, donde tanto le había costado meterse. Ester rompió el silencio.

—¿No es extraño, Morris? Estábamos hablando de él, y aquí está. ¿No es cierto que acabábamos de mencionar su nombre?

—Sí, claro. No es la primera vez que me ocurre algo parecido. El otro día iba yo por la calle recordando a un paisano mío al que no había visto en treinta años; Mótele, se llama. «¿Qué habrá sido de Mótele? —me preguntaba. Quién sabe si estará vivo o muerto. Quizá ya no se encuentre en Estados Unidos». Era un ferviente socialista que, tras la revolución de Kerenski, quiso regresar a Rusia para participar y echarles una mano. Mientras voy pensando en esto, se presenta ante mí Mótele, como si la tierra lo hubiese escupido de sus entrañas. «Mótele, ¿qué haces aquí?», le digo. Y él me contesta: «Precisamente venía pensando en ti».

—El típico caso de telepatía.

—Ya, pero ¿cómo se explica? Ester me ha hablado de un tal profesor Shrage y quisiera ir a verle. Si él fuera capaz de conjurar al espíritu de mi padre y dejarme oír su voz, le daría un cheque de mil dólares.

—¿A quién? ¿A su padre o al profesor?

—¡Oh, ya veo que es usted uno de los nuestros! Si necesitáramos dinero en el más allá, yo ya habría empezado a ahorrar. Pero como no es posible llevártelo contigo, no queda más remedio que gastarlo aquí. Cuando pasa un día y no he gastado dinero, me siento mal, porque si no lo disfruto yo, lo hará otro... no sé si me sigue.

—Perfectamente.

—Sam, ¿adónde vas? —Plotkin levantó la voz. ¿Por qué nos llevas en dirección sur?

—Porque vamos a casa.

—¿A casa? ¿Estás loco? Tenemos que celebrar nuestro encuentro con el señor Grein. ¿No es así, Ester? Da la vuelta y vámonos al Zvezdá, el salón de té ruso. ¿Lo conoce usted, señor Grein?

—Pues sí, pero no me encuentro de humor para ir allí ahora.

—¿Acaso hay que estar de un humor concreto para eso? No se trata de la Casa Blanca, sino de un café donde se cantan canciones rusas y se come *bliní* y *shashlik*. Si no le apetece comer, tómese al menos una copita de vodka. Hemos de conocernos, señor Grein, porque Ester está enamorada de usted hasta la médula, y si Ester ama a alguien, ese alguien es amigo mío. ¿No es así, Ester?

De repente Grein percibió el olor a coñac. Era evidente que tanto Plotkin como Ester habían estado bebiendo. Ella parecía otra, sentada al lado de su marido: más vivaz, frívola y mundana. Hasta su risa sonaba diferente, perfectamente adaptada a las nuevas circunstancias.

—Claro que sí, mi querido Morris. Eres un hombre comprensivo y por eso te quiero tanto. Si tuvieras veinte años menos, me hubiera vuelto loca por ti. Hertz, ¡vamos a ir al Zvezdá, quieras o no quieras! —exclamó Ester. Te he echado de menos todo el día, y ya es hora de que tú y Morris seáis amigos. Me gusta que las personas que amo se amen también entre sí.

—Entonces, ¿vamos al Zvezdá? —preguntó Sam, en un tono entre sumiso y gruñón.

—Sí, al Zvezdá —ordenó Morris Plotkin. ¿Soy o no soy tu jefe? Si te mando al Zvezdá, tú vas al Zvezdá, y si te mando al infierno, pues al infierno. A ti en el otro mundo no te van a castigar, así que ¿por qué temes?

—También él tendrá su castigo —intervino Ester.

—¿Por qué iban a castigarle, si no peca nunca?

—Ya, pero tiene pensamientos pecaminosos.

—¿Es verdad eso, Sámele? ¿Qué clase de pensamientos escondes? Confiésamelo a mí. Si te gusta alguna mujer, nos acercamos a su casa y la traemos. Y si no accede a venir por las buenas, entonces será por las malas. Sencillamente, la raptaremos.

—Por favor, Morris, ¡déjate ya de insensateces!

—¡Mira cómo me habla! Señor Grein, no le imaginaba a usted tan alto. ¿Cómo es que es usted tan alto? Yo, ya lo ve, he crecido a lo ancho. Existe una clase de robles

que engordan y engordan sin parar. Chupan los jugos de la tierra y se vuelven, cómo diría yo, más anchos que altos. ¿Qué le parece Ester? Habiendo sido su amante durante once años, conocerá usted la mercancía.

—De ella sólo puedo decir cosas buenas.

—Seguro. Ester es como un coñac fuerte. Te escuece, te quema las entrañas, pero luego te calienta. No soy celoso, no va con mi naturaleza. Allá en nuestro viejo hogar tenía un hermano que se ponía mis pantalones, mis zapatos y toda mi ropa para irse a bailar con las chicas. Yo me quedaba en casa jugando con el gato; pero bastaba que tocara alguna cosa suya para que enseguida se lanzara sobre mí a puñetazos... ¡que la tierra le sea liviana! Y así sigo hasta el día de hoy. Siempre estoy dispuesto a compartir con alguien, y no es preciso que sea mi hermano. Aunque soy judío, en mi pecho late un gran corazón ruso. Si la gente está contenta, yo soy feliz. Yo soy así. ¡Oye, Sámele! ¡Maldito seas! ¡Pisa el acelerador! ¡El tiempo no espera!

III

Era pleno verano, y sin embargo el circasiano que custodiaba la entrada del Zvezdá llevaba un sombrero de piel de carnero y un largo gabán ruso con la pechera adornada por filas de bolsillos con pequeñas dagas. Plotkin le dio una palmada en la espalda y deslizó en su mano una moneda. El restaurante estaba atestado. Sobre el escenario, delante de una pequeña orquesta que incluía una armónica, violoncelo, balalaica y tambor, un hombre gigantesco, ataviado con una camisa bordada y un pantalón típico, entonaba una canción rusa acompañado por una joven pianista, aunque el bullicio reinante era tal que apenas se le oía. Los camareros llevaban botas y camisas rusas con un fajín ceñido a las caderas. A Plotkin enseguida le dieron una mesa. Había dicho a Ester que no tenía hambre, pero en cuanto se aproximó el camarero, encargó *shashlik*, vodka, *strudel*, vino, en fin todo un banquete.

—¡Es un milagro que este hombre no reviente! —exclamó Ester. Por mi vida, Morris, empiezo a pensar que quieres suicidarte.

—Nada de eso. ¡Comer es sano! ¡No hay nada más sano que comer! —replicó Plotkin.

Esperó a que los demás hiciesen su pedido al camarero antes de proseguir con su argumentación:

—Toda esa palabrería acerca de las calorías y del peso no vale un pimiento. Yo tenía un abuelo que se metía entre pecho y espalda un costillar entero de cordero rociado con más de un litro de aguardiente, y ¿cuántos años creen ustedes que vivió? ¡Noventa y ocho! Yo creo que el viejo farsante hasta se quitaba un par de años. Bueno, ¿y mi caso? Tampoco soy ningún mozalbeta. Ahí donde me ve, señor Grein, rondo ya los setenta, y aún he de dar mucha guerra. Mis paisanos me han conseguido la mejor parcela del cementerio. Todo está pagado por adelantado, pero yo no tengo ninguna prisa. Aunque llevan cuarenta años advirtiéndome que puedo palmarla cualquier día de éstos, yo sigo en mis trece. Lo importante es el corazón, y según me dijo un médico en una ocasión, yo tengo el corazón de un león. Una persona necesita comer. Si uno no come, se pone a pensar en toda clase de disparates. Con el hambre uno se cree un filósofo. Mira a nuestra Ester. Si no se pasara los días en ayunas, no estaría dándole vueltas a esas ideas malsanas. En fin ¿qué voy a hacerle? Yo no puedo meterle la comida en el estómago. También la bebida es sana. No hay mejor medicamento que una copita de coñac. Mire a mi Sámele: en cuanto se levanta por la mañana, se echa al colete un buen vaso de whisky, y a eso lo llama enjuagarse la boca.

—Estás mintiendo, Morris.

—¿Cómo? ¿Ya me estás llamando mentiroso? Sabe beber mejor que nadie. Mira que he llegado a ver bebedores en mi vida, pero como él ninguno. Es capaz de soplarse una botella de whisky y acto seguido conducir un coche como si estuviera completamente sobrio. Yo cuando bebo me pongo alegre, jovial, empiezo a repartir

besos a diestro y siniestro; en cambio él sigue de mal genio. Se toma el coñac como si fuera agua. En cuanto a Ester, prefiere los pequeños tragos; deja que le sirvan una copita de cada... Bueno, aquí llega el vodka. Señor Grein, demuéstrenos lo que sabe, porque en mi opinión, el hombre que no sabe beber, no es hombre ni es nada, aunque seduzca a mil mujeres cada día.

—Él sabe beber, ya lo creo... Pero es de los que no se emborrachan —dijo Ester mirando a Grein.

—Así que, *lejaim*, señor Grein. ¿Otra copita? Pique usted algo. Ester, ánimo, no te hará ningún daño. Sam, ¿qué haces ahí sentado como un pasmarote? ¡Muéstranos tus habilidades! Desde luego, hoy no es su día. A veces, sin causa ni porqué, se pone taciturno y no hay nada que hacer. Se queda callado como un muerto y no hay quien le saque ni una palabra. Me mira como si fuera su peor enemigo... Señor Grein, trate usted con confianza a Ester, y a mí también. No me gustan los fingimientos. Usted ha sido su hombre durante once años, y por tanto no son dos extraños. Yo tuve una esposa, de la que me divorcié. Cuatro semanas después ella volvió a casarse, y continuamos siendo los mejores amigos. Venía a visitarme con el otro y salíamos juntos.

—¿Usted ya lo conocía de antes? —preguntó Grein, por decir algo.

—Pues claro. Era mi mejor amigo, pero en estos asuntos no hay amistad que valga. Él empezó a codiciarla y enseguida comprendí que esa partida era del diablo. Ya teníamos tres hijos pero, como se suele decir, el amor no es un juego. Mantuve la amistad con él hasta el día en que murió. Incluso crió a mis hijos. De niños me llamaban papá número uno y a él papá número dos, y ahora ya me han hecho abuelo... En realidad pronto tendré un bisnieto, porque la hija de mi primogénito se ha matriculado en la universidad y seguro que muy pronto encontrará a alguien que se compadecerá de ella... He oído que también usted tiene hijos mayores, señor Grein.

—Sí, un hijo y una hija.

—Bien. Hay que tener hijos. Debemos dar algo a cambio de lo que hemos recibido del mundo.

—¿Y yo, qué es lo que voy a dar a cambio? —preguntó Ester. Me muero por tener niños. Siempre he deseado ser madre. A los cuatro años, ya me hacía muñecos de trapo y los abrazaba con fuerza. ¡Callad, el bebé duerme! Mi madre, que en paz descansa, siempre decía: «¡Ay, qué madre tan abnegada será esta niña!». Pero me he quedado como un árbol seco.

Un camarero con camisa bordada se acercó a la mesa.

—Gospodín Plotkin, le llaman por teléfono.

—¿Al teléfono? ¿Aquí? ¿Qué les parece?

—¿Quién es? ¿Un hombre o una mujer? —preguntó Ester, medio en broma.

—Ése es nuestro secreto —contestó el camarero con picardía.

—Es un hombre popular, ¿no es así?

—En fin, tendrán que disculparme.

Morris Plotkin se levantó con dificultad y estuvo a punto de volcar la mesa. Hizo un guiño, sonrió y se dirigió a Grein:

—¡No se fugue aún con mi esposa! —Y le dio una palmada amistosa en el hombro.

Sorprendentemente, también Sam se levantó y siguió a su jefe como un guardaespaldas. Durante un buen rato Grein y Ester permanecieron en silencio.

—Vaya, así que éste es él —comentó Grein finalmente.

—Sí, éste es.

—Debo confesar que me ha caído bastante más simpático de lo que había imaginado.

—¡Es un gran hombre! —convino Ester. Hasta que le conocí, no sabía lo que era la bondad. Es menos judío que ruso, una verdadera alma rusa, siempre dispuesto a sacrificar la vida por ti. Pero cuéntame, ¿cómo es que desapareciste? ¡Ibas a llamarme!

—Ester, Lea está en el hospital. Hoy mismo la han operado de cáncer de pecho. Ester sintió un escalofrío.

—Ya notaba yo que no eras el mismo de siempre.

—Ester, no puedo continuar aquí sentado. Debo irme ya.

—Espera, no puedes marcharte sin despedirte. No se trata de una operación peligrosa. Hace tres días que espero tu llamada. Yo intenté ponerme en contacto contigo, pero tu teléfono siempre comunica. ¿Quién se pasa allí días enteros hablando por teléfono? Las pocas veces que lo logré, contestó ella y le di un nombre ficticio. Tuve la sensación de que te estabas escondiendo, así que decidimos emprender un viajecito a Lake George. Y de pronto te encuentro ahí, en la calle Octava, mirando un escaparate... ¿Dónde está ella?

—Anna está en Asbury Park con su padre; va a pasar la noche allí.

—He oído por ahí que Boris Makaver ha perdido hasta la camisa.

—¿Quién lo ha comentado?

—Oh, Nueva York es una aldea.

Ambos guardaron silencio, un largo rato.

—¿Quién le habrá llamado por teléfono? —se preguntó Ester en voz alta. Bueno, estar sentados a la misma mesa, tú, yo y mi marido... eso sí que no lo había imaginado. Si alguien me hubiera anunciado que iba a ocurrir algo así, lo habría tomado como una broma pesada. ¿Cómo es que le ha sucedido esto a Lea tan de repente?

—Ha sucedido, eso es todo.

—Sí, tienes razón. Pero hasta que sucede, se pasa por mil infiernos. No quisiera apenarte, Hertz, pero la culpa es tuya. Ya sabes que este tipo de cosas provienen de la angustia.

—Gracias por la información.

—Antes de que apareciera en escena la hija de Boris Makaver, tú te las arreglabas para mantener intacto tu hogar. Nunca se me ocurrió exigirte que lo abandonaras todo y te vinieras conmigo. No quería ese sacrificio por tu parte. No soy ningún Moloc que demanda inmolaciones humanas. En cambio, en cuanto llegó la hija de Boris Makaver, de pronto perdiste la cabeza. Has matado a Stanislaw Luria y ahora a Lea. Yo estoy tratando de salvarme, pero aún no veo del todo claro que lo consiga.

—Con él no te vas a hundir.

—Me estoy hundiendo, Hertz, me estoy hundiendo. Mi marido es una persona maravillosa, pero no es lo que necesito. Me arrastra de aquí para allá días y días, con sus correspondientes noches. Tú siempre te quejabas de que yo hablaba demasiado, pero este hombre es que no calla ni un segundo. Sospecho que para eso se casó... Desde que estoy con él, sólo anhelo una cosa: quedarme un minuto sola. Tengo que hablar contigo de cuestiones importantes.

—Ester, ¿no puedo quedarme más tiempo aquí!

—¿Por qué huyes de mí? Llevo días buscándote. Si quieres acallar tu conciencia pensando que ya he encontrado una meta en la vida o un hogar, te engañas. Mucho me temo que de esta masa no saldrá un bollo.

—¿Y qué pretendes? ¿Mudarte de nuevo a Brighton Beach y alquilar allí unas habitaciones?

—Hertz, me está volviendo loca. Es un buen hombre, una persona encantadora; derrocha el dinero, sin embargo yo no tengo fuerzas para seguir su ritmo. No para de invitar a gente, habla por dos teléfonos a la vez. Si yo te parecía extrovertida, tendrías que ver a este hombre. Aunque eres una persona bastante inquieta, en comparación, la vida contigo era una balsa de aceite. A tu alrededor todo reposa en calma, en cambio a él siempre lo acompaña un tremendo alboroto. Sinceramente, temo perder el juicio.

—Escúchame: yo no puedo cargar con otro yugo.

—¿Quién te está exigiendo nada? Yo realizo todos mis cálculos sin tenerte en cuenta a ti. Si decido abandonarlo, no será porque quiera arrancarte de la hija de Boris Makaver. Si he jugueteado contigo, ha sido sin mala intención. Después de todo, no te he violado.

—Ester, ¿estoy pasando por la peor crisis de mi vida!

—¿Y qué quieres que haga? ¿En qué puedo ayudarte yo? Has metido a otros en una maraña y tú también te has enredado en ella. He de darte una noticia: quiere viajar conmigo a Europa. Incluso he presentado ya la solicitud de pasaporte. Está obsesionado con París; yo también siempre he querido ir a París, no obstante, cuanto más me habla y se entusiasma con la idea, más me asusta. Me asalta la extraña sensación de que va a destrozarme. No por mala voluntad, Dios no lo quiera, sino por su agitación.

—¿No se cansa nunca?

—Habla hasta en sueños. En París tiene un millón de íntimos amigos. Toda clase

de charlatanes y parásitos se le pegan como lapas, pero si le dejan en paz un momento, él les llama y se queja de que lo han abandonado. Te lo suplico, Hertz, no te vayas ahora. Sobre todo, porque te he echado mucho de menos. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo borrar once años de mi vida? Además, él se quedará aquí hasta las cuatro de la madrugada. Se sienta en una mesa y antes de que pase una hora hay que arrimar otra mesa. Mira, allí viene. Dime de una vez, ¿cuándo nos veremos?

—Te llamaré mañana.

—¿Cuándo? Tengo miedo de volverme loca.

Morris Plotkin se aproximó.

—Bueno, ¿de qué hablan los antiguos amantes cuando el marido no está? ¿Recuerdos? ¿Dulces evocaciones? Hay quien tiene celos del pasado. Se casan con una mujer y desearían que no hubiese vivido lo que vivió... ¡Tonterías, una estupidez! Mi opinión es que una mujer que no ha amado está hecha de madera. A mi edad se necesita una mujer que lo sepa todo y que lo pueda todo. Yo soy como aquel sultán a quien Scheherazade contó mil cuentos. Me muero por una historia interesante, sobre todo contada por quien la ha vivido de primera mano.

—En realidad, él cuenta más de lo que escucha —le reprochó Ester.

Morris Plotkin estaba a punto de contestar, pero de repente dio una palmada con sus grandes y toscas manos. Alguien se acercaba a la mesa.

IV

—Ester, ¡mira eso! —gritó Plotkin.

Grein se dio la vuelta y vio a Yasha Kotik, vestido con un traje amarillo de rayas rojas, corbata escarlata y una perla en el alfiler. Llevaba de la mano a una joven delgada, de cabello rubio platino recién teñido, rostro anguloso y mirada penetrante. Esbozaba una sonrisa entre sumisa e insolente, y su aspecto general destilaba un aire ordinario y desvergonzado. A pesar de que los cánones de la moda dictaban vestir de largo por la noche, el traje apenas si le tapaba las rodillas, y Grein observó que llevaba una ajorca en el tobillo, bajo la media. Tenía los pechos puntiagudos, los párpados pintados de azul y los ojos resaltados por el rímel; a Grein se le antojó que hasta las cejas eran postizas. Se había maquillado de tal forma que sus labios semejaban dos líneas rojas. El esmalte de las uñas no era de un escarlata cualquiera, sino de un tono vidrioso y mezclado con otro color, imposible de identificar. Grein no había visto a Kotik desde la muerte de Luria y parecía más delgado y avejentado, con el cutis terroso. Iba casi arrastrando a su acompañante y ésta agachaba la cabeza como quien pasa por un portal bajo o se dispone a mirar por el ojo de una cámara, toda una entrada en escena.

—¡Yasha Kotik! —lo llamó Plotkin. ¡Éste sí que es un invitado! ¡*Molodiets!* ¡*Molodiets!*

Grein se puso en pie y Kotik se acercó a la mesa. Con un gesto teatral, saludó con un taconazo seguido de una profunda reverencia, y su rostro de arcilla surcado de profundas arrugas se cubrió de sonrisas burlonas.

—¡Gospodín Plotkin! ¡*Madame!* ¡Panie Grein!

Pronunció cada nombre con un acento diferente y fue variando de gesto con cada uno de ellos, como un maestro de ceremonias. Realizó unos movimientos amanerados con la mano derecha, mientras su cara parecía preguntar: «¿Qué clase de componenda es ésta?».

—El mundo es un pañuelo, ¿no es así? —comentó en polaco, cambiando de tono una vez más. Panie Grein, permítame, que le presente a una gran y famosa actriz polaca, panna Justina Kohn.

—Ni grande ni famosa, ¡sólo una actriz! —intervino Justina Kohn, tratando de mostrarse modesta. En realidad, una exactriz, pues al parecer en Nueva York no hay trabajo para mí.

—¡Tomen asiento, tomen asiento! ¡Lo primero es sentarse! —vociferó Morris Plotkin. ¿Y por qué están ustedes hablando en polaco? Esto es América y no Polonia. ¡Oiga! ¡Camarero! ¿Dónde se habrá metido? Traiga dos sillas más. ¡Siéntense! ¡Siéntense! Desde luego, debería levantarme ante una dama, sin embargo, me resulta demasiado difícil. Las piernas se niegan a sostenerme. Ahí va una silla... ¿Otra más? ¡Gracias, muchas gracias! Aquí todos somos amigos... Me llamo Morris Plotkin —se presentó a la pareja de la mesa contigua, quienes accedieron a que se llevara dos

sillas desocupadas. Soy amigo de toda la especie humana sin excepciones: blancos, negros, indios, tártaros. Yasha Kotik, ¡usted ha revolucionado el mundo! Ha conquistado a la prensa estadounidense. Todo Nueva York está exaltado por su causa.

—Si está exaltado, que así sea. Por mi parte, yo me limito a actuar un poco. ¿A qué viene tanto revuelo? ¿Es que no habían visto nunca teatro en Nueva York? Sencillamente, me han asignado un papel que encaja conmigo y los críticos de aquí no son mezquinos. El público me aplaude tanto que me duele la espalda de tanto saludar... Nada, ahora mismo vengo del teatro, ha sido bajar de las tablas y venirme al Zvezdá a tomar unos *bliní* y un tazón de *borsch*.

—¡Son ustedes mis invitados, mis invitados! —gritó Plotkin con voz ronca. ¿Dónde se ha metido el camarero? Tomaremos un poco de vodka, también. ¡Ni siquiera sé cuántas veces habré querido telefonearle y felicitarle por su éxito! No obstante, bien por una razón, bien por otra, al final, no pudo ser. ¿Dónde ha encontrado usted a esta belleza? ¡Su resplandor ilumina toda la sala! En Estados Unidos no se ven hermosuras así...

Justina Kohn sonrió pícaramente.

—Se mofa usted de mí. ¡No todo el mundo puede ser bello!

—No bromeo. ¡No soy ningún payaso! Yo sólo digo lo que pienso. Ésta es mi mujer, Ester. Un sencillo nombre judío. Creo que usted ya la conoce, señor Kotik.

—Sí, nos conocimos en el hospital.

—¿Cómo? Ah, sí. Cuando estuve en cama con una pierna rota. Menuda situación: me caso un día y al siguiente soy un novio cojo. Pero ¿qué se le va a hacer? Yo albergaba esperanzas de que aún actuaría usted aquí en el teatro en yiddish, sin embargo el destino no quiso que disfrutáramos de un talento como el suyo en la Segunda Avenida. Como siempre Broadway se adueña de los mejores. Siempre ha sido así.

—Todavía actuaré en yiddish también. ¿Acaso sé inglés? En Alemania tenía que representar a un judío que hablaba mal el alemán, en Rusia desempeñaba el papel de un judío que hablaba un mal ruso, en Polonia el de un judío que hablaba incorrectamente el polaco, y en Estados Unidos represento inevitablemente a un judío que chapurrea un inglés de pena. Para que yo suba al escenario, es preciso que todo se haga mal; ésa es mi suerte. En la Segunda Avenida se encuentra el único teatro en el que puedo representar el papel de un hombre que no habla una lengua macarrónica. Panie Grein, ignoraba que frecuentaba usted este local.

—Yo tampoco sabía que vendría usted por aquí esta noche.

—Ha adelgazado usted, ¿no es cierto? ¿Cómo se encuentra Anna?

—Muy bien, gracias.

—Usted y yo hemos hablado por teléfono. ¿Cuándo fue? ¿Ayer, anteayer? Al fin y al cabo, usted es mi casero y yo su inquilino.

—El mío no, panie Kotik.

—¿Qué más da? Había reventado una tubería en la casa y toda mi ropa quedó

empapada. Voy al..., ¿cómo lo llaman?, al supermercado y me dicen que debo demandarle por daños. Tiene gracia, ¿no? Bueno, ¿por qué se han reunido todos aquí? ¿Qué le ha pasado a Boris Makaver? Ha perdido toda su fortuna, ¿eh?

—Veo que en toda Nueva York se habla de lo mismo.

—No hay nada que no se sepa. Él es ahora, por así decirlo, su suegro, no obstante hace tiempo yo fui su yerno. El hecho de que haya fracasado en un negocio me resulta verdaderamente extraordinario, porque Boris Makaver es capaz de convertir la arena en dinero, y aun más, el lodo. Aunque quizá no debería divulgarlo, aquí estamos entre amigos: Anna estaba enamorada de usted ya en Berlín. Usted se hallaba Dios sabe dónde y ella no paraba de repetir: mi tutor, el estudiante, mi primer amor... Yo le decía a menudo: «¿Por qué sigues machacando lo mismo? Seguro que ése ya se ha olvidado de tu existencia».

—Nunca la olvidé —aseguró Grein, asombrado de sus propias palabras y perplejo ante la situación.

Ester reaccionó de inmediato.

—Ahora ya no importa, pero hubo un tiempo en el que asegurabas que para ti sólo existía una mujer, y ya sabes a quién me refiero.

—El señor Plotkin acaba de comentar muy acertadamente que no es posible borrar el pasado.

—Entonces ¿confiesas que has estado enamorado de ella durante todos estos años?

—No confieso nada, Ester. Esto no es Rusia y aquí nadie exige confesiones.

—Sin embargo, la gente se confiesa.

—¿Qué es esto? ¿Una escena de celos? —ironizó Kotik. ¡Ya lo creo que allí hay que confesarse! En una ocasión fue eso lo que me salvó la vida. Enseguida comprendí que sólo desean una cosa de la gente: confesión. Hecho esto, todo se perdona y aquí no ha pasado nada. ¿Dónde está el camarero?

—Discúlpeme, panie Grein —intervino Justina Kohn. He oído mencionar su nombre en algún lugar, pero no recuerdo dónde. ¿No será usted pariente del fallecido Stanislaw Luria?

Grein palideció.

—Tal vez pueda calificarse así.

—Pero ¿qué dice ésta? —Kotik se apresuró a interrumpir. Menudo potaje se está cocinando aquí.

—Acaso esté cocinando un potaje, pero... ¿no conocerá usted por casualidad a un tal profesor Shrage?

—Pues sí, lo conozco.

—Una vez estuve en su casa y me parece que fue allí donde mencionaron su nombre, señor Grein.

—¿Usted conoce al profesor Shrage?

—Un poco. Conozco a su esposa, esa dentista chiflada.

—No es su esposa.

—¡Pues vaya! Para que vea lo tortuosa que es, esa mujer tan astuta como loca. Ahora ya puedo contarle. Aquella vieja me pidió que representara el papel de Sonia, la fallecida esposa de Stanislaw Luria, ante el pobre hombre. Ni siquiera me pagó lo estipulado, esa arpía.

—¡Ay, ay, ay! ¡No has debido contarle, no has debido! ¡No has debido! —exclamó Yasha Kotik. Esas cuestiones no conviene desvelarlas. Hay asuntos que debemos mantener en secreto, como suele decirse, te los llevas contigo a la tumba.

—¿Por qué habría de guardarlo en secreto? Una embustera como aquélla debería ser detenida. Tú mismo has comentado en alguna ocasión que eso fue precisamente lo que causó su muerte.

—¡Nunca dije eso! ¡Calla la boca! Naturalmente que no se debe engañar a la gente en esos temas, sin embargo los engaños están a la orden del día, ¡y hasta qué punto! ¡La vida misma es un gran embuste! Que me lo pregunten a mí, que lo sé muy bien. Si yo contara la milésima parte de lo que han visto estos ojitos, llegaría a escribir un libro gordísimo. Les pondré un ejemplo.

»En aquel tiempo todavía me encontraba en Berlín y Alemania entera me adoraba. Las dos personas más famosas del país eran Gustav Stresemann y Yasha Kotik. Pues bien, en una ocasión conocí a un barón alemán, un hombre que se pirraba por los pájaros, ni más ni menos. Tenía una casita en las afueras repleta de pajarillos y había escrito un libro sobre este tema. La hija de un general cosaco, que había huido de los bolcheviques y se hizo chófer en Berlín, una buena pieza dicho sea de paso, consiguió pescar al barón y casarse con él. Además de los pajarillos, al barón le gustaba experimentar con perros. Los abría en canal en vivo, ¿cómo lo llaman? Ah, sí, vivisección. Quería ver cómo les latía el corazón y todo eso, y para ello coleccionaba toda clase de instrumentos del diablo. Una vez castró a un perro en nombre de alguna retorcida ciencia. Se jactaba de que, en la Primera Guerra Mundial, él solito había apuñalado a una docena de franceses con una daga.

»Y en medio de toda esa locura aparece Yasha Kotik. ¿Qué asuntos me unían a aquel personaje? Muy sencillo: jugueteaba con su mujercita cosaca. La clase de zorra que era esa individuo no es para describirlo delante de las señoras. Desde que las putas se echaron a la calle, no ha habido ninguna comparable a ésta. Lo que más le excitaba era engañar a su marido contemplándole, pero ¿cómo se consigue eso?

—Sí, ¿cómo se consigue? —preguntó Plotkin.

Ester esbozó una mueca de asco.

—Escuchen, caballeros, no soy ninguna santurróna, pero no se habla de estas cosas en torno a una mesa.

—Entonces ¿dónde hay que hablar de ellas? Pero si tanto le molesta, dejamos el tema. ¡Ahí viene el camarero!

De repente, Grein se dirigió a Justina Kohn.

—¿Luria llegó a creer que era usted su difunta esposa?

—Claro que sí. ¿Por qué no se lo iba a creer? Estábamos a oscuras y yo aparecí como si surgiera de la nada. Le hablé en polaco. ¿Quién iba a pensar que todo era una farsa? Nunca olvidaré su llanto... Gracias a eso conocí a Yasha Kotik.

—Niña, te he pedido que cuidaras tu lengua —terció Kotik.

—Ya es demasiado tarde. Lo he desvelado todo. ¿Qué relación le unía a Stanislaw Luria, panie Grein? ¿Era su primo?

—No, no existía ningún parentesco.

—Vaya, vaya, continúa guisándose el potaje —suspiró Yasha Kotik. Cuanto más hablamos, más asoma el gato encerrado. Hay que saber guardar un secreto, pero de qué sirve tanta precaución si su propio dueño lo airea. Si yo les contara la mitad de lo que me ha sucedido, se les pondrían los pelos de punta. No obstante, la señora Plotkin tiene razón: no está bien mantener esta clase de conversaciones alrededor de una mesa. Sólo les diré una cosa más: de todos los delatores, el peor es uno mismo. Cuando en Rusia rodaban cabezas por pronunciar una palabra o un pensamiento contra Stalin, acudían a mí individuos que no paraban de hablar. Yo siempre les decía lo mismo: «Hazme el favor, hombre, guárdatelo para ti porque uno de nosotros dos seguro que es un chivato». ¿Y creen ustedes que me hacían caso? Había en Berlín un médico que acostumbraba decir que la gente no se muere, se suicida.

Morris Plotkin descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¿En serio? Es verdad, una gran verdad. Pero uno se hastía de la vida. Ya lo dice el refrán: Lo mejor que te ocurre, con el tiempo aburre. Hasta de comer *kréplej* se cansa uno. Más de una vez he deseado irme al otro barrio, pero luego se me arrima otra preciosidad y... Muchachos, esta noche vamos a emborracharnos...

Cuando Grein salió finalmente del Zvezdá eran ya las dos de la madrugada. Plotkin, Kotik, Ester, Justina y algunos más que se habían unido al grupo — efectivamente, les habían acercado otra mesa— decidieron quedarse. Grein echó a andar, sin saber muy bien si se encaminaba hacia el este o hacia el oeste. Soplaban un aire fresco. «Bueno, ¡esos son los bajos fondos! ¡Los bajos fondos! —se decía. Soy uno de sus personajes, y de los más rastrosos». Paró un taxi y comunicó la dirección al conductor. Grein no tardó en percatarse de que el taxi circulaba en sentido contrario. «Pero ¿qué estará haciendo? ¿Qué le ocurre? ¿Estará borracho él también?», se preguntaba, preocupado. Estaba a punto de llamar la atención del conductor cuando de repente cayó en la cuenta de que, en vez de darle su dirección en la Quinta Avenida, le había pedido que lo llevara a su antigua casa en Central Park West. Aunque se sintió tentado de indicar al taxista que diera la vuelta, no le pareció adecuado. «Bueno, da igual», decidió. De todas formas, llevaba la llave encima y pensaba acercarse allí a la mañana siguiente para recoger el correo que habría estado amontonándose durante días. «Bueno, esta noche no me acostaré —resolvió. Reclinó la cabeza en el asiento del taxi y se quedó quieto. Así que contrata actrices y las hace pasar por espíritus... Menudo fraude. Pero ¿con qué objetivo? En fin, todo es un engaño». Se acordó de uno de los argumentos de un opúsculo antirreligioso que había leído en alguna ocasión: Moisés había utilizado a una muchedumbre para que, detrás del monte Sinaí, encendiera fuegos y armara un buen alboroto, porque sin estos efectos teatrales los judíos nunca habrían aceptado los Diez Mandamientos.

¡Qué extraña sensación la de regresar de nuevo, en plena noche, a su casa! Esta vez todo estaba desierto. La luz amarillenta de las farolas iluminaba el parque sumido en el más absoluto silencio. Grein subió en ascensor, sacó la llave y tras abrir la puerta encendió las luces del vestíbulo. Esperaba encontrar sus cartas en el suelo, junto al umbral, ya que Lea llevaba varios días en el hospital, pero al parecer Bill, el encargado de distribuir el correo en el edificio, había entrado y dispuesto los sobres encima de la cómoda. «Tendré que darle una propina», pensó Grein. Echó una ojeada a la correspondencia. No había nada de ninguno de sus clientes. Publicidad, una invitación a un encuentro del partido demócrata, peticiones de sociedades filantrópicas y una carta de Morris Gombiner, desde Detroit. Grein se dispuso a leerla, mas era demasiado larga y con escritura demasiado densa. «Pues ¡la leeré mañana!», se dijo, y al mismo tiempo decidió no pasar allí el resto de la noche. A Anna se le podría ocurrir llamar a casa a primera hora de la mañana. De hecho quizás había telefoneado durante la noche.

Ya había extendido el brazo para apagar la luz cuando, de repente, un ruido lo alertó. Creía haber oído un crujido, unos pasos. Por un instante se quedó paralizado por el miedo. ¿Habría entrado un ladrón? ¿O no serían más que ratones? Le pareció oír susurros. «¡Son mis nervios!», se tranquilizaba, inmovilizado y sin saber cómo

reaccionar. ¿Debía entrar y encender las luces en la sala de estar? Si realmente hubiese allí ladrones, su vida correría peligro. Aguardó un largo rato y todo permanecía en silencio. «En fin, habrá sido mi imaginación». Vencido el miedo, entró en el salón, donde encendió las luces. Allí, en medio de la habitación, en bata y zapatillas, descubrió a su hija Anita. Parecía extrañamente pálida. «¡Lea ha muerto!», pensó súbitamente Grein. Estaba tan aturdido, que se quedó sin habla. Padre e hija se miraron fijamente. Luego Grein preguntó:

—¿Cómo se encuentra tu madre?

Anita no contestó de inmediato.

—¿Cómo está tu madre? ¿Qué estás haciendo aquí?

Anita avanzó un paso hacia él.

—Ya sabes que mi madre está en el hospital.

—Pero ¿qué haces tú aquí? ¡Ya te habías mudado!

Anita parecía sopesar la respuesta.

—Padre, no estoy sola —respondió finalmente.

Grein se tambaleó como si le hubieran asestado un violento bofetón. En un instante lo había entendido todo.

—¿De quién se trata? ¿Un hombre? —preguntó.

Anita asintió con un gesto.

—Entiendo.

Observó a su hija, con una sensación parecida a la que experimentó la noche que le anunciaron la muerte de Stanislaw Luria. Aunque exteriormente parecía sereno, en su interior las vísceras empezaron a dar vueltas y a emitir gorgoteos, y sintió que se le hinchaba el estómago. Se apoderó de él cierto sentimiento de autocompasión, de lástima por su ingenuidad. A pesar de su experiencia y desconfianza hacia las mujeres, había mantenido la ilusión de que Anita era casta. En realidad, su comportamiento resultaba casi demasiado austero, ya que se pasaba días enteros encerrada en casa y rara vez hablaba por teléfono. Lea se lamentaba de que la muchacha no era capaz de intercambiar unas palabras con nadie. En la familia todos predecían que Anita acabaría siendo una solterona. Grein era el único que pensaba que su hija había heredado la honestidad de sus antepasadas. Sin embargo, ahí estaba la chica frente a él, aún no había cumplido los veinte años y le revelaba sin el menor miramiento que había abierto las puertas de su dormitorio a un hombre. Se sintió abrasado por la deshonra y, al mismo tiempo, dominado por el gozo destructivo que acompaña ese sentimiento. Experimentó el pudor de un colegial a quien por primera vez se le muestran imágenes sucias, y al mismo tiempo la vergüenza ajena por aquel otro hombre que, oculto, estaba escuchando la escena que se desarrollaba entre padre e hija.

—Bueno, me voy —anunció Grein.

Se volvió bruscamente e intentó en vano abrir la puerta. Al parecer el pestillo se había atascado. Giró el pomo de un lado para otro con la impotencia de quien se ve

apresado en una trampa. Tenía calor y le asaltaron las náuseas. Anita se aproximó.

—Espera, yo te abriré.

El tono que utilizó parecía sugerir que ella, la hija, se había convertido en adulta como por arte de magia, mientras que él, el padre, se había transformado en un muchachito torpe. Anita se había acercado a su padre, pero él se apartó para evitar el contacto. El miedo y el asco le impidieron mirarla. Anita le abrió la puerta y él salió como si le hubieran soltado de una jaula. Grein no se atrevió a llamar el ascensor, pues no se sentía capaz de mirar a nadie a la cara. Empujó con fuerza la puerta de la escalera, y la tapadera metálica de un cubo de basura cayó al suelo. La levantó y trató de colocarla de nuevo, pero no encajaba y el contenido apestaba. Por un momento se quedó inmóvil, presa de la confusión; luego empezó a descender por la escalera de un modo extraño, bajando un escalón y deteniéndose antes de bajar el siguiente. «¡Tenía que haberle roto todos los dientes!», se gritaba, rabioso. Se acordó de un versículo del Levítico: «Y la hija del sacerdote que se profane prostituyéndose, profana también a su padre»^[49]. «Bueno, pues yo procedo de la casta de los sacerdotes». Descendió una planta y descansó unos instantes, anonadado no sólo por el hecho en sí, sino también por las circunstancias en que se le había revelado y por el dolor que le causaba. Mientras se tomaba un respiro, reflexionaba: «¡Si yo he hecho exactamente lo mismo!». Aunque ni siquiera imaginaba su aspecto, aquel hombre era su enemigo, un adversario que furtivamente había deshonrado, pisoteado, mancillado, destruido. Por otra parte Grein se daba cuenta de que, si podía culpar a alguien era sólo a su hija y no al otro. De hecho, ni siquiera a ella. La situación se inscribía en aquellos bajos fondos a los cuales estaba descendiendo desde que había abandonado los preceptos del judaísmo.

Echó a correr escaleras abajo como si le estuvieran persiguiendo y sólo se detuvo al verse en el sótano. Pronto le llegó el hedor a gasóleo, y ante él aparecieron contadores de gas, lavadoras, un muro rojo de ladrillo. Aturdido al comprender su error, volvió a subir corriendo, identificó la puerta que daba al vestíbulo e intentó abrirla sin éxito. «¿Estará cerrado con llave? ¡Todavía me tomarán por un ladrón!». Sudando a mares, con la camisa empapada y pegada al cuerpo, tiró con fuerza y la puerta cedió. Enseguida se encontró en el exterior. La noche era fresca y la calle aparecía desierta: ni una persona, ni un automóvil. Los semáforos continuaban cambiando de rojo a verde. Sin la presencia de quienes habitualmente las obedecían, aquellas señales cambiantes tenían un aire alegre y festivo, como si escondieran una traviesa broma que los hombres, antes de desaparecer, hubiesen gastado a la naturaleza. Grein permaneció algún tiempo inmóvil y con la mirada perdida. ¿Qué debería hacer a continuación? ¿Ir al metro?

De repente se apoderó de él una especie de curiosidad por el ultraje sufrido; cruzó la calle y miró hacia las ventanas de su apartamento. La luz de la sala de estar permanecía encendida y al cabo de un rato se iluminó la habitación contigua. Sin duda, su intempestiva llegada les había sobresaltado también a ellos.

«¡He de verle! ¡He de verle! —se repetía Grein. En algún momento tendrá que salir de ahí. He de echarle una mirada siquiera». Se sentó en un banco. Sí, la pregunta retórica que plantea la Guemará acerca de la debilidad de la mujer era cierta: «En caso de tentación, ¿qué hará la hija, si no pecar?» «La eduqué en la creencia de que no existe nada por encima del hombre, de que todo es arbitrario y no obedece a ley alguna. Menudo ejemplo le he dado. ¿Con qué derecho me indigno? Encima de todos mis defectos, soy un necio. ¿Qué esperaba? Son todas unas descaradas, unas mujerzuelas. Su única cultura es la lascivia». Grein intentaba consolarse, pero su irritación iba en aumento. Seguramente ya hacía tiempo que Anita no era virgen. Una puta es lo que había criado. En cuanto a él, no era más que un proxeneta. Para colmo, ella se hacía pasar por un alma virtuosa: mírame, pero no me toques. ¿Qué pensarían de él, de su padre, los jóvenes de su edad? Se reirían. Seguramente se habría acostado con su amante en la cama de su padre. Grein no era capaz de apartar la mirada de la ventana. Esperaba ver allí arriba una sombra, una figura moviéndose; sin embargo todo permanecía inmóvil. «Bueno, ¡me lo tengo merecido!».

Durante algún tiempo su mente dejó de pensar e incluso empezó a adormecerse, pero enseguida se sacudió el sueño, y ya despabilado levantó la mirada y advirtió que las ventanas estaban a oscuras una vez más. «Por lo visto han vuelto a lo suyo...».

Imaginaba a su hija con un hombre. «Pero ¡si hace poco era una niña! Si no hace nada la llevé a Coney Island y al parque de atracciones y se subió al carrusel». ¿Quién sabía? Tal vez había empezado a fornicar cuando aún estaba en el instituto. A saber cuántos hombres la habrían poseído. Ésa era la generación que había criado: Jack, que se había casado con una chica gentil, y su hija, una vulgar ramera... ¡Y Lea, la muy tonta, quería llevarla a un psiquiatra! Grein cayó en la cuenta de que ese mismo día habían intervenido a Lea. La madre en su lecho de dolor, y la hija acostándose con un amante en la cama de ésta. Las putas como ella eran capaces de fornicar sobre la tumba de sus padres.

Notaba un regusto amargo y sentía escalofríos. «Bueno, yo he hecho lo mismo con las hijas de los demás. ¿Cómo lo expresa la Torá?: “Tal como he obrado, así me ha pagado el Eterno!”^[50]. Y por añadidura, soy un asesino».

Continuaba sentado en el banco, observando aún las ventanas oscuras. Sus pensamientos se encadenaban unos con otros como en un sueño. ¿Qué pasaría si se abriera la ventana y aquel hombre se lanzase al vacío? ¿Acusarían a Grein de asesinato? Anita acaso declararía que su padre había empujado por la ventana a su amante. El tribunal creería a Anita, no a él. ¿Y qué habría ocurrido si el hombre hubiese disparado sobre Grein en el momento en que éste abrió la puerta? Anita hubiese huido con él y el cadáver de Grein habría permanecido tirado en el suelo, pudriéndose, hasta que Lea hubiese regresado del hospital. No se habrían encontrado pruebas contra nadie. Ese perro le habría colocado a Grein la pistola en la mano para que pareciera un suicidio. ¿Y qué habría sucedido si Grein hubiera apuñalado a su hija y al amante, tal como Pinjás atravesó a Zimrí, el hijo de Salú, y a la mujer

madianita Kozbí, hija de Tsur?^[51]. ¿Qué coartada alegaría, a menos que Ester atestiguara que había estado con ella? Claro que en ese caso Kotik, Plotkin y compañía estarían al corriente de la verdad. El camarero declararía que Grein se había marchado pronto, mientras que los demás se habían quedado en el restaurante. El taxista recordaría que lo había llevado hasta su casa. ¿Y el ascensorista? No, Grein no conseguiría eludir el castigo. Únicamente si transcurriera una semana o más hasta que se descubriera el asesinato tendría oportunidad de escapar. ¿Y adónde huir? No, acudiría derecho a la policía para confesar: «Acabo de matar a mi hija y a su amante». Y ante el tribunal declararía: «No he criado una hija para que convirtiera mi casa en un prostíbulo».

Grein se levantó y echó a andar en dirección sur. De vez en cuando se volvía para mirar atrás, como si esperase que alguien lo siguiera o lo llamara. Se tambaleaba de debilidad y sentía un vacío en el corazón. Intentó encontrar un taxi, pero a esas horas de la noche apenas circulaban. Pasó un autobús en dirección norte, a Harlem. Grein divisó un banco; primero tomó asiento y al cabo de un rato se tendió a lo largo. Se colocó un pañuelo bajo la cabeza a modo de almohada. Se había tumbado allí como si fuera un pordiosero, un borracho, uno de aquellos desheredados que escupe la ciudad. Soñaba despierto que era un cordelero y que estaba tirando de una cuerda llena de nudos. ¿Cuántos tendría? Además, ¿para qué servían aquellos nudos? «No, estoy soñando. Estoy tumbado en un banco cerca de Central Park. Tendría gracia que me atracaran». Grein se oyó reír interiormente, al tiempo que no dejaba de tirar de la cuerda y contar los nudos, como si ése fuera el castigo que los poderes supremos le habían impuesto.

VI

Alguien intentaba despertarlo. Cuando Grein abrió los ojos descubrió que se trataba de un policía. El día había amanecido luminoso y los coches ya se afanaban de un lado para otro. Por unos instantes no recordó lo ocurrido. «¿Qué estoy haciendo aquí, tumbado en un banco cerca del parque? ¿Acaso me emborraché?». Al fin recordó.

—No está permitido dormir en estos bancos —señaló el policía, casi en tono de disculpa.

—Oh, lo siento.

Grein se levantó y echó a andar. Había dormido profundamente y al despertar le dolían todos los huesos. «¡Vaya! ¡Qué bajo he caído!». Tenía la sensación de que el policía lo seguía con la mirada y deseaba desaparecer cuanto antes. Dobló la esquina en una calle lateral y había recorrido manzana y media cuando divisó una sinagoga, con la puerta abierta y el interior iluminado. Sin meditarlo dos veces entró y contempló algo que ya casi había olvidado. Desde su llegada a Estados Unidos había acudido en numerosas ocasiones a una sinagoga, aunque siempre en *shabbat* o en jornadas festivas, nunca en días ordinarios. En cambio, en esta ocasión se trataba de un *minian* de judíos que rezaba las oraciones de la mañana antes de irse a trabajar. El oficiante se mecía tras el atril. Los asistentes, envueltos en el taled y con filacterias en los brazos y la cabeza, oraban en pie o recorriendo la sala. Algunos rezaban sin el taled puesto, sin duda se trataba de solteros. Grein no se cansaba de mirar. Apenas recordaba cómo debían ponerse las cintas de cuero de las filacterias, con la camisa remangada. Un viejecito de barba canosa y recortada, con aspecto de carnicero, se llevó a la frente los preceptivos flecos del taled, tocó las filacterias con ellos y los besó. Un esbelto joven pasaba las páginas de su libro de oraciones. «¡Así que esto sigue existiendo! —se extrañó Grein. Aquí estarían orando juntos, sin que mi llegada les afecte en absoluto». Se quedó plantado en la puerta, indeciso. Pensaba con temor: «¡Que no me pidan que ore!». En ese preciso instante se le acercó un hombrecillo.

—¿Quiere usted un taled y filacterias? —le preguntó.

—Sí.

—Son veinticinco centavos —le informó el hombrecillo.

Grein se puso a buscar una moneda, pero sólo tenía billetes, así que le entregó un dólar.

—Le daré el cambio después.

—No se preocupe.

—Gracias.

Abrió un armarito de donde sacó un taled y unas filacterias.

«Ya no sé ni cómo ponérmelos», se recriminó. Se le ocurrió que nunca se había puesto un taled en un día no festivo porque cuando se casó ya no era creyente, así que tomó en sus manos un librito de oraciones y repasó los preceptos. Sí, primero había

que cubrirse con el taled. Éste era un chal grande, no como los que se usaban en Norteamérica, sino de medidas bastante más amplias, al estilo europeo, con rayas anchas y largos flecos. «¿Me estará permitido ponérmelo? —reflexionó. ¡Soy impuro, impuro!». No obstante, se envolvió en la prenda, se remangó la camisa, se enrolló la cinta de la primera filacteria alrededor del brazo izquierdo y finalmente se colocó la segunda en la frente. Nadie lo observaba. Cuando ya le tocaba ceñir el dedo de la mano izquierda con la cinta, se quedó un momento perplejo, luego se acordó de que tenía que enrollarla de tal manera que formara con letras hebreas la palabra «Todopoderoso». «¿Pero qué estoy haciendo? ¿Qué hago?», se preguntó. Debido a la noche pasada a la intemperie se sentía aturdido, como si su mente funcionara con lentitud. Las piernas le flaqueaban, de modo que se sentó y comenzó a leer la parte del Pentateuco correspondiente a la plegaria matinal, que trataba del ofrecimiento del primogénito a Dios por parte de todas las criaturas:

Y cuando el Señor te trajera a la tierra de Canaán, como prometió a ti y a tus padres, y te la diera, apartarás para el Señor todo primogénito; todos los primeros nacidos de los animales que sean machos serán del Señor. Pero al primer nacido de un asno redimirás con un cabrito, y si no fuera redimido, romperás su cerviz^[52].

«¿Qué culpa tendrá el asno? —se planteó Grein. ¿Qué habrá hecho para merecer semejante trato? ¿Cómo es posible que Dios haya dictado tales mandatos?». Por otra parte, una cosa sí era segura: los judíos que allí rezaban no se dedicaban a seducir mujeres, ni llevaban a nadie a la muerte, a la enfermedad o a la locura. Desde muchas generaciones atrás educaban a su progenie en la modestia y la pureza. «Si hubiera de permanecer algún vestigio de los judíos, sería de éstos. En cambio, el judaísmo de mi familia termina conmigo, y yo soy un adúltero, un asesino, un mentiroso. Mis hijos ya han cortado con sus orígenes. He roto las barreras eternas que impone la ley de Dios. Mi lugar está junto con los bolcheviques, los nazis, los criminales de todas las naciones... Yo represento a los bajos fondos».

Continuó leyendo las oraciones y se detuvo un poco más adelante; empezó de nuevo y finalmente lo dejó. Le asaltaron toda clase de ideas negativas y disparatadas. ¿Debía caer incluso más bajo? ¿Perpetrar un verdadero asesinato? En algún lugar conseguiría un revólver. Dispararía sobre su hija, sobre el corruptor, sobre Lea y luego acabaría con su vida. Debía de suscitar una emoción morbosa mandar a alguien al otro mundo, de lo contrario no se escribiría tanto sobre el tema, ni lo abordarían con tanta frecuencia en radio y televisión. ¿Tal vez podría cometer alguna estafa? Aunque, ¿quién se dejaría engañar por él? ¿Y si acudiera a un lugar donde se celebraran orgías? «Puestos a caer, hundámonos hasta el fondo del abismo...». Hizo una pausa y luego retomó la plegaria:

El Señor es misericordioso y lleno de gracia... tardo en la ira y grande en el amor... El Señor es bueno con todos y su misericordia está sobre todo lo creado.^[53]

«¿Es cierto todo esto?», le preguntaba Grein al libro de oraciones. ¿Era Dios realmente bueno con todos? ¿Lo había sido con los seis millones de judíos de Europa? ¿Era bondadoso con todos esos bueyes, cerdos y gallinas a los cuales se estaba sacrificando en ese mismo momento? ¿Con las decenas de millones de personas que, enfermos de cáncer, arrastraban sus vidas en una lenta agonía? ¿Con los que se pudrían en los campos de trabajos forzados de Stalin, a quienes sólo la muerte lograría redimir? Aun suponiendo que sus almas alcanzaran finalmente el paraíso, ¿era imprescindible pavimentar el camino al Edén con tanto sufrimiento? ¿Podía alguien llamar «bueno» a semejante Dios? ¿Servirle un día tras otro sin tener la certeza siquiera de que deseara ser servido? «¡No, para mí es imposible!».

Sintió la necesidad de quitarse cuanto antes el taled y las filacterias. Dejó de recitar las plegarias. Mientras había estado hojeando el libro de oraciones le había llamado la atención que algunos de los feligreses rezaban y charlaban al mismo tiempo. Para ellos todo aquel asunto era pura rutina, hábitos que habían adquirido y que nada tenían que ver con la fe. Posiblemente, luego acudían a sus tiendas e incluso engañaban al cliente o falseaban en el peso. Observó a los asistentes uno por uno. «¿Quiénes eran esos judíos que se reunían allí día tras día, *shabbat* tras *shabbat*? ¿Por qué no habían abandonado ellos el camino de sus padres y de sus abuelos, incluso en ese ambiente tan poco propicio de Estados Unidos? ¿Eran inmigrantes o habían nacido ya en el país? ¿Procedían de hogares cultos o sencillos? ¿Su presencia allí estaba relacionada con una filosofía de la vida, o era simplemente rutinaria? Pero, en realidad, ¿qué significaba “rutina”? No resultaba fácil madrugar a diario para desplazarse a la sinagoga: exigía esfuerzo y disciplina, implicaba un gasto. Nueva York no era ningún *shtetl* de Polonia, donde todos vivían a dos pasos del oratorio, al otro lado de un sendero polvoriento. En Norteamérica la influencia gentil lo impregnaba todo; los impedimentos y las tentaciones eran innumerables. Ahí había que mostrar, sobre todo, firmeza de carácter».

Sin embargo, estas personas no aparentaban tener gran fuerza de voluntad ni tampoco ninguna filosofía profunda. Eran judíos sencillos que, efectivamente, parecían pequeños tenderos o funcionarios de alguna oficina. Vestían ropa norteamericana barata: camisas de todos los colores, sombreros de paja, corbatas chillonas, relojes de pulsera con correas metálicas.

Cuando la congregación se puso en pie para rezar las Dieciocho Bendiciones, Grein permaneció sentado. «Está bien, ¡que Anita sea una ramera! —pensó con rabia. Encima tendrá razón: ¿por qué no va a divertirse mientras pueda? Ésa es su manera de divertirse. Bastante se ha venido atormentando a las personas en nombre de Dios. Ya es hora de que la gente haga lo que le venga en gana. ¿Que los malvados se matan

entre sí? También lo hacen los devotos. Puesto que Dios ha creado un mundo donde la supervivencia es el resultado de una lucha, tal vez ésta sea el mandamiento supremo. ¿Quién ha concedido colmillos al tigre, cuernos al búfalo, veneno a la serpiente? ¿Quién ha creado la selva? ¿Quién ha infundido en el hombre la furia, la ferocidad, los celos, la avidez por el poder? ¿Y el libre albedrío? ¿Qué lección de ética cabe obtener de la tuberculosis, el cólera, las inundaciones, las hambrunas? ¿Para qué necesita Dios que niños de cinco años mueran de inanición? Y si es verdad que lo necesita, entonces es asunto suyo. ¡Yo no pienso alabarle por ello!».

Tenía que desprenderse sin dilación alguna del taled y las filacterias. El propio Grein se sorprendió de los pensamientos apóstatas que lo habían asaltado precisamente en la sinagoga. Cuando ya estaba a punto de quitarse las filacterias de la frente, se le ocurrió que si sus argumentos eran ciertos, entonces le estaba dando a Hitler la razón.

«¡Exactamente éste era el razonamiento de Hitler! Todos los asesinos de la historia partían de este pensamiento, situando la voluntad humana en el centro del universo. ¿Significa esto que estoy de su parte, que coincido con aquellos nazis que mandaban a los judíos cavar sus propias tumbas? ¿Y el humanismo? El humanismo postula que el hombre es la medida de todas las cosas, que los seres humanos deben desarrollarse y progresar moralmente, no sólo técnicamente. De lo contrario, ¿cuál sería su finalidad? ¿Pero por qué han de sufrir algunos mientras que otros prosperan? El propio progreso de la humanidad ¿no se ha logrado como resultado de incontables barbaridades? ¿No fue la Revolución Francesa un hito en ese progreso? ¿Y no se entusiasmaron los humanistas con esta revolución y sus guillotinas? ¿Quiénes eran entonces los héroes del humanismo? Los generales, siempre los jefes militares. ¿Acaso no fue el mismísimo Stalin un producto del humanismo? Todas sus acciones eran por el bien de la humanidad. En resumen, que no puedo creer en Dios ni en el hombre: ésta es la amarga verdad».

Grein permanecía inmóvil en su asiento. «No obstante, puesto que es preciso elegir entre Dios y el hombre, me inclino por Dios. Sin duda el hombre es un ser insignificante; en cambio Dios, aunque fuera un asesino, al menos sería un gran asesino, un asesino inteligente, que dominaría miles de millones de mundos por los siglos de los siglos. Incluso la idea que defiende Spinoza, la de Dios como causa inmanente, ofrece más consuelo que todas las promesas humanas».

Grein se levantó y empezó a rezar las Dieciocho Bendiciones. No podía permanecer allí sentado sin más, con los labios pegados; debía seguir las reglas del juego. Murmuraba las mismas palabras que, según sabía, habían sido repetidas miles de veces por su padre, sus abuelos, sus bisabuelos, y todos sus antepasados hasta los tiempos de los sabios de la Gran Asamblea, en el siglo primero. Al menos estas palabras expresaban los buenos deseos de que Dios y el hombre fueran bondadosos, indulgentes y santos. Los judíos concibieron un Dios benevolente y era a Él a quien servían. Aunque el Dios real fuera un asesino inteligente, los judíos de Polonia, de

España, de Babilonia, de la tierra de Israel se habían forjado su propio ideal de Dios al que adorar: un Dios bueno y misericordioso para con todas sus criaturas; un Dios que «sostiene a los que caen y yergue a los humillados»^[54], que era justo en todos sus caminos, clemente en sus actos y cercano a los que le invocan con sinceridad.

¿Acaso podía Grein volver la espalda a este concepto, vivir en paz con la realidad? No, imposible. Aquel concepto de Dios se hallaba en su sangre. Al igual que no sería capaz de comerse una rata o un piojo, ni de andar en cueros por la calle o sentarse a hacer sus necesidades en mitad de Times Square, tampoco podría aceptar el asesinato, el robo o el libertinaje. No lo aceptaría aunque él mismo lo hubiera cometido. Era como un ladrón asqueado por el robo, como un asesino a quien matar le llenase de horror. Era un apóstata que, en tiempos de aflicción, o ante la injusticia o la vergüenza, se sentía empujado a levantar la mirada al cielo y rogar al Dios del cual renegaba. Porque para los judíos Dios era una enfermedad, una obsesión, una manía. Para el judío, la idea de que Dios es bueno y justo era la quintaesencia de su vida. Lo quisiera o no, el judío siempre tenía cuentas que saldar con el Todopoderoso: podía alabarle o blasfemar de Él, amarlo u odiarle, mas librarse de Él no podía. Sean cuales fueren los complejos del judío, el de Dios constituía su destino ineludible: el intento de escapar de Él equivalía exactamente a pretender huir de su propia piel, de su sangre o de su médula. Cuando el judío piensa que rehúye a Dios, en realidad se limita a dar vueltas y más vueltas, como un asno alrededor del molino o una caravana perdida en el desierto. En realidad, eso mismo es cierto para toda la especie humana. Es posible librarse del concepto de Dios como cabe evadirse del tiempo, del espacio, del azar. En algún lugar han de tener su morada el bien y la justicia, la verdad y la omnipotencia.

Entonces, ¿tenía sentido luchar contra la propia naturaleza? ¿Adónde le había llevado a él, a Hertz Dovid Grein, el intento de escapar? ¿Adónde había llevado al mundo? «He de seguir con este juego hasta el final. Sin él, no puedo respirar... Sin él, yo no soy yo...».

Al llegar a la plegaria del Reconocimiento a Dios inclinó la cabeza según el rito: «Reconocemos ante Ti que eres nuestro Dios y el Dios de nuestros padres, eternamente. Eres la Roca de nuestra vida y el Escudo de nuestra salvación». Pronunció las palabras lentamente, como si las masticara para saborearlas mejor. Luego concluyó el rezo de las Dieciocho Bendiciones:

Dios mío, preserva mi lengua de la calumnia, mis labios de hablar mentira; y a los que me maldicen, mi alma sea insensible... Y a todos los que se levanten contra mí para mal, pronto anula sus disposiciones e invalida sus pensamientos^[55].

Sí, Grein necesitaba hablar con el Dios de bondad y discutirlo todo a fondo con

Él. No importaba que existiera o no, que fuera realmente bueno, a su inescrutable manera divina, o que fuera malvado, indiferente, un diablo todopoderoso. Puesto que era jueves, el día de la semana en el cual se reza la oración de las Súplicas, Grein repitió con la congregación: «Hemos transgredido, hemos traicionado, hemos robado»: la confesión que hacía el judío, cada lunes y cada jueves, en el Yom Kippur y en su lecho de muerte.

VII

Cuando Grein salió de la sinagoga, ya lucía el sol y la calle se hallaba repleta de niños. Los barrenderos llevaban rodando los grandes cubos hacia los camiones trituradores de desperdicios. En el umbral de las casas había hombres portorriqueños sentados en los escalones: medio desnudos, vistiendo camisetas variopintas, y llevando en sus rostros el relato de guerras, mestizajes, actos de violencia ancestral, un dolor infinito que generaciones enteras no habían conseguido borrar. Un vendedor de tomates gritaba como un poseso desde su carro, lleno de mercancía medio podrida y arrastrado por un viejo jamelgo, mientras un policía negro, llegado de no se sabe dónde, manipulaba su porra con dedos ágiles. Arrimado a una papelera, un borracho había caído sobre la acera y lloraba con la amargura de quien ha perdido todo control sobre sí mismo, mientras farfullaba algo babeando, su cara amoratada, sin afeitar y enrojecida como si tuviera la peste. Daba la impresión de estar inflamado por el alcohol, y de que en cualquier momento se prendería como una lámpara de papel. Grein avanzaba hacia Central Park West. Aunque sentía hambre, ya había decidido sin pensarlo dos veces pasar el día en ayunas. Se encaminó directamente a su antiguo apartamento familiar y subió en el ascensor. «¿Qué estoy haciendo, qué hago? —se preguntó. Seguramente ellos seguirán aquí». Sin embargo, sabía que ya no se encontraban allí. Llamó al timbre y al ver que nadie acudía, decidió abrir con su llave.

—¡Anita! —llamó.

Estaba seguro de que nadie respondería, sin embargo oyó pasos y apareció Anita, vestida con bata y en zapatillas, con aspecto somnoliento, pálida y desgredada. Grein la contempló como si se tratara de una alucinación que se resistía a desaparecer.

—¿Todavía está aquí? —preguntó.

—No.

Anita le había contestado como si el hecho de invitar a un desconocido a casa de los padres fuera lo más natural y aceptado del mundo.

Grein guardó silencio unos instantes.

—Yo voy a quedarme aquí. Puesto que tú dispones de tu propio piso, no vengas más.

—No.

Anita regresó al dormitorio.

Grein era consciente de que aquella actitud no casaba con su carácter. Se había adueñado de él un sentimiento de humildad, de mansedumbre, que nunca antes había experimentado. Ya no era Hertz Grein, sino un judío deshecho, un pecador, un hombre avergonzado.

Entró en su estudio y tomó asiento. Ya en el transcurso de la oración en la sinagoga, y también después, en el trayecto a casa, había tomado una resolución: volver con Lea. Ester tenía a su marido, Anna era joven y rebosaba energía. Si

alguien lo necesitaba, ésa era Lea, empezando por el hecho de que no debía haberla abandonado: todos los castigos que le habían caído encima habían sido causados por aquel acto.

Grein tomó conciencia de lo que implicaba su decisión. Lea era una mujer cansada, enferma, amargada, desprovista de la más mínima chispa de deseo sexual: estaba condenado a una vida prácticamente sin amor. No obstante, todos los espantosos acontecimientos que se habían sucedido tras su abandono de Lea eran una clara señal de cuál era su obligación. Se encontraba en una encrucijada. Un camino conducía al abismo: asesinato, fornicación, falsedad; el otro a la abstinencia. No existía para él ningún camino intermedio.

Siempre lo había sabido, mas nunca con tanta lucidez como aquella mañana. Había matado a un hombre y desde una perspectiva ética era un asesino. Stanislaw Luria hubiese seguido con vida si aquella noche Grein no se hubiera marchado con Anna a un hotel. Posiblemente tampoco Lea se encontraría en un hospital enferma de cáncer. Con toda probabilidad, ni siquiera Anita se habría marchado de casa y no se hallaría hundida en el fango. En el transcurso de unos meses, Grein había sembrado a su alrededor la muerte, la aflicción, la enfermedad, la impureza. ¡Era un asesino! ¡Un asesino! Él, Hertz Grein, que siempre había alentado una feroz indignación y un profundo asco por el asesinato, se había convertido en un criminal que había mandado a un hombre a la tumba. Por mucho que se arrepintiera, por mucho que se atormentara, jamás lograría reparar el daño que había causado. Era comparable a Caín, que mató a su hermano Abel. De hecho, aún era peor que Caín, porque se había educado en los libros sagrados judíos y sabía lo que significaba derramar sangre. ¿Qué sería de él ante los poderes supremos? Si el alma de Stanislaw Luria se encontrara en algún lugar de las esferas superiores, sabría y recordaría quién la había expulsado del cuerpo. Por consiguiente, ¿quién sabía qué castigos le esperaban aún?

No le cabía duda de que Anna le estaría llamando en ese momento y se preguntaría por qué no se encontraba en casa; seguramente sospecharía que se había marchado con Ester. Incluso su penitencia había de herir a alguien.

Sin embargo, Anna no se moriría ni contraería un cáncer. Él se lo explicaría todo en una carta. ¿Quién sabía? Tal vez ella comprendiera su situación o incluso le supondría un alivio librarse de él. Su vida en común no respondía a lo que ella había esperado. Detrás de la pasión y de las caricias se ocultaba el llanto de la desilusión. Él pagaría el alquiler del apartamento de Anna hasta finales de año y correría con todos los gastos.

La mirada de Grein recayó sobre los libros sagrados que había en la estantería y se levantó para tomar uno de ellos. Al azar eligió *La senda de los hombres rectos* de Moshe Jaím Luzzatto. La edición se cerraba con una carta del rabí Elias, el *gaón* de Vilna, a su familia, antes de partir hacia la Tierra de Israel. Grein empezó a leer lentamente:

Y es sabido que este mundo es completamente vano y que todos los placeres son como nada. Y ay de quienes persiguen las necesidades que no son de provecho... El día de mañana se llora por lo que el día anterior había despertado la risa, y el tiempo traiciona. Como una balanza, eleva lo ligero y baja lo que tiene peso, y este mundo es comparable a alguien que bebe agua salada: cuanto más bebe, más sed tiene. Recuerden a los primeros que nos precedieron, y piensen en que todo su amor, deseo y alegría se ha perdido ya y a cambio reciben múltiples castigos por ello. ¿Y cuál es el valor de todos los goces si al final se tiene que volver a la tierra que está llena de gusanos e insectos y todos los placeres se convierten en amargura? E incluso en este mundo, los días del hombre son también cólera y dolor.

A medida que Grein leía, las palabras le iban pareciendo extraordinariamente familiares. Era como oír hablar a su padre, y hasta su imagen se le presentaba ante los ojos. Aquellas páginas amarillentas contenían la verdad eterna. La carta del *gaón* estaba repleta de consejos sobre cómo educar a los hijos y enseñarles el camino de la rectitud. ¿Y qué había hecho él? Había abandonado a sus hijos a la arbitrariedad, les había dado un ejemplo de disipación, egoísmo y libertinaje. ¿Por qué iba a ser Anita mejor que él, si nunca había hojeado siquiera un libro de preceptos éticos, nunca había oído una palabra de enseñanza moral de boca de su padre? Los héroes, los personajes principales de los libros que leía, de las obras de teatro a las cuales asistía, siempre eran los asesinos, los adúlteros. ¿Con qué derecho iba a exigirle nada, si todo era culpa suya, si había sido él quien había roto con sus raíces? Él mismo había empujado a sus propios hijos hacia la apostasía.

Llamaron a la puerta y entró Anita.

—Padre, te debo una explicación.

—¿Qué hay que explicar?

—Padre, yo le quiero. Vamos a casarnos.

Durante un rato Grein guardó silencio. Tuvo la sensación de que su hija le miraba de una manera diferente, con respeto y proximidad, como si un sexto sentido le permitiera percibir la turbación de su ánimo.

—¿Quién es él?

—Un hombre interesante, pero a ti naturalmente no te caerá bien.

—¿Es judío?

—No. Es cristiano.

—Entiendo.

—De hecho tampoco es cristiano. Es un librepensador.

—¿Un comunista?

—Es progresista.

—¿Sabes tú que esos llamados «progresistas» han aniquilado a veinte millones de personas inocentes en Rusia? ¿Sabes que retienen a otros millones en campos de

trabajos forzados?

—Todo eso es una patraña, una calumnia inventada por la prensa capitalista.

—No seas tonta, yo he hablado con personas que habían estado encerradas en esos campos. Se les trataba igual que los nazis trataban a los judíos.

—Esas personas mienten.

—¿De verdad crees que Bujarin, Kámenev y Zinoviev eran espías?

—Seguro que eran traidores.

—Está bien, ¿qué puedo hacer? Yo no puedo hacer nada más al respecto.

—No tienes que hacer nada. Sólo quiero que no pienses que para mí el amor es únicamente un juego.

—No me refería a ti. Se trata de aquella gente para quien la vida humana es un juego. No podría describirte las salvajadas que han cometido en los últimos treinta años.

—No es posible llevar a cabo una revolución con guantes de seda.

—¿Te habría gustado que te mandaran a algún lugar en el norte de Siberia, a cavar en las minas de oro o que te encarcelaran sin saber cómo ni por qué en un calabozo y te tuvieran diez años allí encerrada?

—Yo no soy enemiga de la clase obrera.

—¿Qué tendrás tú que ver con la clase obrera, si no has dado golpe en tu vida? Ni siquiera te molestas en ordenar tu habitación.

Anita se quedó algún tiempo esperando. Luego salió y cerró la puerta despacio tras ella. Grein bajó los párpados. «Para colmo de males, también es una roja. ¿Desde cuándo? Bueno, a ellos les da igual. El sufrimiento ajeno parece dejarles indiferentes. Disfrutan con la iniquidad. Llegan al punto de exaltar a Stalin. Incluso la prensa capitalista, con la excusa de criticar el comunismo, le alienta y en el fondo admira la iniquidad. A Hitler lo apoyaron de la misma manera. Esa gente sólo necesita un pretexto, una justificación... Son como cazadores que crían animales salvajes para después disparar sobre ellos. Lo importante es que corra la sangre. Bueno, pues yo, Hertz Dovid, hijo de reb Jacob el Escriba, me he unido a esa cuadrilla. Me he convertido en un asesino y he criado asesinos. Si entregaran el poder a Jack o a Anita mandarían a la gente al paredón con tan pocos escrúpulos como la NKVD. A ojos de nuestros abuelos, todos pertenecerían a la misma especie: la de los malvados de la tierra».

Grein estaba aturdido. «¿Cómo no me he dado cuenta de todo antes? ¿Qué pretendía yo conseguir? ¿Acaso esperaba que con mis hijos ocurriera un milagro? No. He contribuido, en silencio e inconscientemente, a que todo desembocara en esta situación. En realidad he actuado con conocimiento de causa. He cometido adulterio, he perpetrado un asesinato y al mismo tiempo he criado adúlteros y asesinos. Ésa es la pura verdad. Y para colmo, he tratado de dignificarlo todo poniéndole un bello nombre: escepticismo».

I

Aquel viernes Grein fue a visitar a Lea en el hospital y le comunicó que había decidido regresar con ella y vivir de nuevo en su apartamento. Lea le escuchó con atención, aunque no hizo ningún comentario. Más tarde llegaron Jack y Patricia, a diferencia de Anita, que ese día no se presentó. La hora de visita terminó enseguida y Grein salió del hospital con la sensación de que Lea no le había creído o que, sencillamente, la noticia le resultó indiferente. Su mirada parecía transmitir: «¿Qué más da eso ahora? Demasiado tarde... demasiado tarde». Aunque en principio esperaban que le dieran el alta el lunes, había surgido una complicación.

El hospital se encontraba en la Quinta Avenida, pero Grein no tomó el autobús que atravesaba Central Park, sino que volvió a pie por el parque. Durante aquellos años había vivido en una continua agitación, de día y de noche. Siempre tenía que estar aquí o allí, rendir cuentas, disculparse ante unos u otros, telefonar a éste o aquél, vivir pendiente del reloj. De repente disponía de mucho tiempo libre. Le esperaba un largo viernes de verano y no tenía con qué llenarlo. Se sentó en un banco del parque a meditar a qué dedicaría esas horas. No viajaría al norte del estado para ver a sus clientes mientras Lea estuviera en el hospital. Por otra parte, el verano no era la temporada más adecuada para pensar en negocios, y para colmo precisamente aquel día las acciones habían sufrido una caída en la Bolsa. El periódico de la mañana ya lo había leído, y en la prensa de la tarde los titulares sólo hablaban de béisbol. Hacía mucho calor en el parque. Las hojas de los árboles tenían un aspecto polvoriento y desmayado. Tumbados sobre la hierba, algunos holgazanes echaban una siesta o al menos lo intentaban. Unos chicos jugaban al balón. Los edificios de la Quinta Avenida y de Central Park West se hallaban sumidos en el sosiego propio de un viernes, como si por arte de magia se hubiese trasladado a Nueva York ese estado intermedio de las vísperas del *shabbat* en la calle Stocze de Varsovia, un ambiente que Grein ya había olvidado desde hacía tiempo. Recordó el bullicio de los viernes en casa de sus padres: no se almorzaba a fin de preservar el apetito para la cena festiva de la noche del *shabbat*, se fregaban todos los suelos, se cocinaba el *chólent*, aquel rico potaje que permanecía en el horno hasta el almuerzo del *shabbat*. Su madre solía mandarle a él, el pequeño Hertz, para que comprase a crédito en la tienda de comestibles, y más de una vez tenía que volver a casa con las manos vacías porque el tendero se había enfadado. Solía ir en busca de su padre al pequeño *shtibl* jasídico

donde rezaba, pero allí tropezaba con reb Hirsh, el cuidador, que regaba el suelo antes de barrer. Ni siquiera allí, en el lugar santo donde se guardaba el Arca, encontraba reposo el pequeño Hertz.

Con el paso de los años, al tiempo que sus negocios prosperaban y sus amoríos proliferaban, Grein se preguntaba a menudo cuándo sería el momento en el que finalmente se liberaría de tanta tensión. Siempre supo que alguna vez llegaría el fin de toda esa vorágine, esa desazón, esos sobresaltos, ese apresurarse y correr de un lado para otro. Se sentía progresivamente enmarañado en un estado de nerviosismo que le producía palpitaciones, jaquecas y una sensación de agotamiento general. Vivía con el constante temor de un infarto. Se había prometido que al llegar a los cincuenta dejaría aquella locura y volvería al estudio de los libros sagrados y al saber en general. Tal vez incluso escribiría un libro. ¿Cuánto tiempo era posible seguir revoloteando sin parar?

Bueno, pues ese momento acababa de llegar, no a los cincuenta años, sino a los cuarenta y siete, y en ese primer día no tenía ni idea de qué hacer consigo mismo. ¿Estudiar? ¿Qué estudiaría? ¿Temas del judaísmo? ¿En qué consistiría su visión del judaísmo? ¿Sería capaz de acatar el Shulján Aruj, con todas sus leyes y rigurosas restricciones? ¿Y de rezar tres veces al día? Disponía de buenas razones para renunciar a la vida mundana y a su «vanidad de vanidades», mas no acertaba a imaginar en qué fundamentaría un modo de vida religioso. ¿Crearía sinceramente que la Torá fue dada por Dios desde el cielo? ¿Por el hecho de observar escrupulosamente las leyes del judaísmo, tendría fe en que servía a Dios? ¿Existía algún entorno para alguien como él, que creía en Dios pero no en la revelación, ni en los dogmas? ¿Existiría una sinagoga para deístas puros o buscadores de Dios?

La religión, tal como Grein la concebía, consistía en vivir de tal manera que la felicidad propia no se fundamentara en la desgracia ajena. Las personas, criaturas de Dios, no deberían perjudicarse mutuamente; antes bien deberían ayudarse en lo posible. Ésta era la esencia de la Torá, del cristianismo, del budismo y de todas las religiones. El resto cabía considerarlo folclore.

Sin embargo, despojar la religión del folclore equivaldría a dejarla desnuda, casi reducida a las restricciones. Terminaríamos sabiendo mil cosas que nos está prohibido hacer, y muy poco de lo que sí debemos hacer. Se dejaría de lado el apego a una disciplina, la convivencia armoniosa con los demás, la alegría, la atmósfera necesaria. ¿Qué sabor le quedaría a la vida judía, sin la barba y los tirabuzones, sin los centros de estudio, los libros sagrados, el taled y las filacterias, sin el *shabbat* y las festividades? Ese modo de vivir el judaísmo no sólo resultaría insuficiente para llenar los días, sino que además estaría en permanente peligro de desintegración, pues su régimen y su estructura carecerían de simbolismo. El hombre no puede servir a Dios por sí solo, al igual que no es capaz de defender él solo su patria. No puede hacer la guerra a Satanás como individuo, igual que tampoco habría podido vencer de este modo a Hitler o a Stalin. Ésta era la idea que había defendido Grein ante Luria,

cuando aquella noche, tras la larga discusión, le arrebató a Anna, como si con ello hubiese querido demostrar la frecuente contradicción entre las bellas palabras y las buenas acciones.

Desde entonces, en los siete meses transcurridos, muchos sucesos habían ocurrido. Stanislaw Luria había muerto ahogado por su pena. Lea había enfermado de cáncer. Jack se había casado con una joven gentil. Anita estaba viviendo con un comunista, también gentil. Ester había contraído matrimonio con Morris Plotkin. Para Grein, el castigo por su pecado había sido claro e inequívoco. Ya estaba preparado para recibir el último golpe: la muerte. Precisamente por temor a la muerte acababa de abandonar a Anna. No obstante, ¿a qué dedicaría ese viernes en concreto? ¿Y el día siguiente? ¿Observar el *shabbat*, encender las velas en la víspera? ¿Adquirir los alimentos el viernes para no tener que utilizar dinero el sábado? ¿Dejaría de comer todo lo que no fuera *kosher*? ¿Y qué pasaría después, cuando Lea volviera a casa? Ella no era una mujer religiosa. No podría obligarla a salar la carne ni a acatar las leyes dietéticas.

Entre los ideales que Grein se había propuesto para el día en que volviera a Dios, figuraba el vegetarianismo. ¿Cómo era posible servir a Dios al tiempo que se mataba a sus criaturas? ¿Cómo esperar la misericordia del cielo cuando a diario se vertía sangre, se arrastraba al matadero a esos seres creados por Dios y se les hacía sufrir, acortando sus días y sus años? ¿Cómo rogar a Dios compasión, cuando se saca un pez del río y se observa impasible cómo agoniza y se retuerce preso del anzuelo? En una ocasión en que Grein había visitado los mataderos de Chicago, había jurado que jamás volvería a comer carne. Pensaba que incluso al beber leche y comer huevos se estaba fomentando la matanza del ganado y de las aves, ya que la leche se obtenía sólo después de haber eliminado las terneras a las cuales iba destinada. En cuanto a las granjas avícolas, también acababan vendiendo las aves al carnicero. ¿Por qué no iba él, Grein, a comportarse como lo hacían millones de hindúes? Es posible subsistir alimentándose de fruta, verdura, pan, cereales, aceite, y cuanto nos brinda la tierra. En cualquier caso, ésta era la situación a la que se llegaría si la especie humana continuaba multiplicándose.

Aunque en teoría todo aquello era cierto, llevarlo a la práctica resultaba tremendamente difícil. Ese mismo día, durante el almuerzo, se había visto enfrentado a un dilema. Había entrado en una cafetería y todos los bocadillos, todas las ensaladas, todos los platos calientes contenían algo de carne, pescado, leche o huevos. Ni siquiera pudo tomarse un café con nata. Terminó eligiendo un plato de verdura, pan, una compota de ciruelas y, como bebida, un té. Muy bien, ¿qué iba a cenar? ¿Y desayunar al día siguiente? Además, ¿cómo llevar ropa de lana y calzar zapatos de cuero? A las ovejas se las esquilaba hasta que llegaba la hora de matarlas; una cosa llevaba a la otra. Se vería obligado a usar ropa de lino y zapatos con suela de madera o goma. ¿Y qué comentaría Lea, si no era más vegetariana que devota? ¿Y en sus visitas a los clientes, cómo se comportaría? Nadie se fía de un hombre de

negocios que reacciona como Gandhi. Las esposas de los clientes siempre insistían en que probara los exquisitos manjares que habían preparado. Y por las noches, ¿en qué clase de cama dormiría? El colchón contenía crin de caballo, las almohadas se rellenaban con plumas. Allí donde posaba la mano encontraba la carne, la piel, el pelo, los huesos de otras criaturas.

Grein se levantó del banco y echó a andar hacia su casa. Mientras caminaba, iba reflexionando sobre los caminos de Dios. Si el Señor odia el derramamiento de sangre, ¿por qué había creado un mundo basado en la matanza? ¿Por qué había dado vida a miles de especies de animales, de pájaros y de reptiles que subsisten sólo si logran devorar a otros seres vivos? ¿Para qué la lucha por la supervivencia, si la violencia repugnaba a Su Bendito Nombre? ¿Y qué debería hacer Estados Unidos si los bolcheviques atacaban? ¿Desistir de lanzar la bomba atómica para no matar a civiles inocentes? ¿Debería permitir sin más que los estalinistas instaurasen una NKVD en Norteamérica y que mandasen fusilar a millones de personas, como habían hecho en Rusia y seguían haciéndolo en China? No. Las enseñanzas del cristianismo no debían interpretarse literalmente ni ponerse en práctica al pie de la letra; eso sólo conduciría a que una pandilla de desalmados esclavizara a la humanidad durante generaciones. La mayoría de quienes se llamaban cristianos era consciente de esto, y por ello consideraban el Sermón de la Montaña poco más que como una poesía. Sin embargo, ¿podía el mundo vivir siguiendo el espíritu del judaísmo? ¿Resultaba posible acatar el mandamiento de «No matarás» y al mismo tiempo librar guerras? ¿Cabía aplicar aquel mandamiento sólo a las personas y no a los animales? ¿Era factible distinguir con exactitud entre el ataque y la defensa? Los pueblos que se hallaban constreñidos en un territorio reducido, ¿no podían argumentar que se veían obligados a agredir para defenderse? ¿Y cómo debían responder los demás pueblos ante esta pretensión?

II

«¡Voy a pasar este *shabbat* exactamente de la misma manera que lo habría hecho mi padre en parecidas circunstancias! —decidió Grein. Él es el único modelo de que dispongo. No es posible servir a Dios en abstracto. Hay que seguir un camino, una dirección... ¡Deja que lo intente al menos este sábado! Veamos, ¿qué haría mi padre en mi situación?».

En cuanto Grein tomó el ejemplo de su padre supo qué pasos seguir. Se abastecería de comida para el *shabbat*, pero debía elegir alimentos que no necesitaran refrigeración porque de lo contrario, al abrir la nevera, se encendería una luz. Si deseaba seguir la ley judía, debía eliminar por completo el uso del refrigerador durante el sábado. «Entonces, ¿qué tipo de alimentos voy a consumir? Pan, fruta, frutos secos. No sé si estará permitido cascar nueces durante el *shabbat*. Lo consultaré en el Shulján Aruj».

Grein salió del parque y se encaminó hacia la avenida Columbus. En un supermercado compró pan integral, una botella de aceite de maíz, un paquete de pasas y medio kilo de albaricoques. En una tienda de alimentos dietéticos de Broadway adquirió nueces, almendras y peras un poco duras. A Grein le resultaba pesado hacer esta compra para el *shabbat*, cuidando de que ningún alimento contuviera ingredientes procedentes de criaturas vivas. Por otra parte, de nuevo se encontraba llevando a cabo los mismo actos que en su adolescencia. En el camino se dio cuenta de que los utensilios de cocina que tenía en casa no habrían servido a su padre, así que entró en una tienda de artículos de cocina y adquirió un plato, un cuchillo y un tenedor. Al pasar por delante de una tienda de bebidas alcohólicas se acordó de que necesitaba vino para el *kiddush*, en la víspera y en la mañana del *shabbat*, así como para la *havdalá* al terminar el día. Entró en el establecimiento, encontró vino *kosher* en las estanterías y compró una botella. Para entonces ya iba bastante cargado, pero no tomó un taxi. ¿Dónde estaba escrito que todo había de ser liviano?

Caminaba con las bolsas, sudando profusamente. Acababa de empezar un modo de vida disciplinado y ya tenía la satisfacción de estar haciendo algo tangible. Ya no se sentía solo. Como él, miles de judíos se preparaban para el *shabbat*.

El ascensorista se extrañó al ver a Grein cargado con paquetes de comida. Sabía que la señora Grein estaba en el hospital y que Grein vivía en otro lugar. «¡Ha debido de reñir con su querida!», pensó el hombre. Miró a Grein en silencio, como si dijera: «Sé exactamente lo que pasa dentro de ti».

Ya en casa, Grein se puso manos a la obra. Lea tenía dos candelabros y las velas se encontraban en un armarito de la cocina. Grein brillantó los candelabros y colocó las velas, derritiendo un poco de cera. Dejaría la luz del estudio encendida, ya que durante el *shabbat* no estaba permitido encender o apagar las luces. Y en cuanto al ascensor, ¿qué hacer? Su padre jamás lo hubiera tomado en *shabbat*. Sin duda no se

trataba más que de una estricta interpretación legalista del precepto. «No encenderéis fuego en ninguna de vuestras moradas el día del sábado»^[56]. Entre esta prohibición y el hecho de tomar un ascensor eléctrico mediaba una gran diferencia, pero se había propuesto observar este *shabbat* del mismo modo que lo hubiera hecho su padre, sin desviarse ni un ápice. Bajaría y subiría a pie las once plantas. ¿Acaso corría algún peligro al hacerlo? Subiría despacio y se tomaría descansos. Gracias a Dios, no padecía del corazón. Había gente de su edad que escalaba montañas. Por un día bien se las arreglaría sin ascensor, incluso en Nueva York. ¿Y la prohibición de llevar cosas encima? Su padre, que en paz descansara, en *shabbat* no habría llevado ni un pañuelo en el bolsillo. Grein sencillamente se lo ataría alrededor del cuello, como lo habría hecho su padre, a fin de convertirlo en una prenda más de su vestimenta.

Entre los cientos de libros que Grein conservaba en las estanterías había una versión abreviada del Shulján Aruj que le sirvió para averiguar lo que debía hacer, no sólo en ese momento, sino después, por la tarde y al día siguiente. Primero tenía que asearse en honor del *shabbat* y vestirse con sus mejores galas. Antes de ir a la sinagoga para recibir el *shabbat*, tenía que barrer y limpiar el apartamento. Grein había evitado, hasta ese momento, entrar en el dormitorio donde Anita había yacido con aquel desconocido, pero también ese rincón debía limpiarlo. Agarró la aspiradora y repasó todas las alfombras. Hacía tiempo que no desarrollaba un trabajo físico tan intenso como aquel viernes. Durante años había intentado hacer ejercicios gimnásticos e incluso había seguido algún programa para impedir que sus músculos se debilitaran y perdieran tono, sin embargo en esa víspera de *shabbat* había aplicado más esfuerzo que en todos los ejercicios realizados siguiendo las instrucciones de un libro.

Tras haber quitado el polvo de las alfombras, fregado los suelos y sacado la basura, se dio un baño. «Debo considerarlo como un baño ritual, según dicta la Ley». Se secó y se puso una camisa limpia, aprovechando el vestuario y la ropa interior que aún no se había llevado del apartamento de Lea. Después llegó la hora de encender las velas. Colocó los candelabros sobre una bandeja metálica para evitar que provocaran un incendio. En la tarde calurosa, las dos pequeñas llamas ardían perezosamente, sin dar apenas luz. Extendió un mantel sobre la mesa, colocó encima una botella de vino, un tarro con aceite, una copa, el pan, la fruta y los frutos secos. De pronto la mesa se transformó en una isla rodeada de cotidianidad para la celebración del *shabbat*. Grein se quedó mirando todo aquello, perplejo. ¿Estaría ahí la voluntad de Dios? Le asaltó la sensación de que, a través de poderes misteriosos, su madre se encontraba presente y que su espíritu velaba sobre todos sus actos. Incluso volvió la cabeza, como si esperara descubrirla en algún rincón. Poco después salió. Puesto que ya había rezado la bendición sobre las velas, decidió bajar por las escaleras para no tomar el ascensor.

Hacía veinticinco años que Grein no saboreaba la santidad del *shabbat*, y en ese momento se sentía como si esta fiesta sagrada reinara en el mundo entero. Los

vecinos lo observaban con curiosidad, como si intuitivamente percibieran la diferencia que de algún modo se había producido entre Grein y ellos; entre él mismo y su estado anterior. Se dirigió a aquella sinagoga en la que había asistido a las oraciones matinales, tras haber descubierto a Anita con su amante.

Llegó a la sinagoga y encontró las puertas abiertas y el interior iluminado con la luz majestuosa de un lugar santo. Otros judíos se habían congregado allí, no unos arrepentidos como él, sino judíos que nunca habían abandonado el camino de Dios y que también habían acudido a celebrar la llegada del *shabbat*.

Se habían reunido una veintena escasa de hombres, ya que la mayoría de los feligreses habituales se encontraban pasando el verano en el campo. No obstante, las luces resplandecían con el fulgor del *shabbat* y la gran sinagoga se hallaba preparada en todo su esplendor para este reducido grupito de judíos. Todos los asistentes observaron a Grein. No era frecuente ver allí una cara nueva en la noche de un viernes cualquiera. Algunos de ellos, los que habían estado aquella mañana en la sinagoga cuando Grein rezó las oraciones y utilizó el taled y las filacterias, lo reconocieron. Sus ojos expresaban la bienvenida que se reserva para acoger a un desconocido en una reunión familiar. A partir de ese momento, todo transcurrió tal como treinta años atrás, o quizás un siglo o mil años atrás. Los judíos leían en un murmullo el Cantar de los Cantares hasta el momento en que el oficiante comenzó su cántico de bienvenida al *shabbat*. Al tiempo que los ecos de su voz reverberaban en la sala, los congregantes le seguían en voz baja, deambulando de un lugar a otro, con los mismos gestos que Grein recordaba haber visto en las sinagogas y los centros de estudio en su época de colegial. Incluso los olores le evocaban aquellos tiempos.

Un joven se acercó a él.

—¿Está usted conmemorando el aniversario de algún fallecimiento? —le preguntó.

—No, no es ningún aniversario —contestó, aun sin estar seguro de que su respuesta fuera cierta.

Ya no recordaba las fechas de la muerte de sus padres; acaso algún aniversario coincidiera precisamente en ese día. En todos aquellos años, no había rezado ni una sola vez el *kaddish* por sus difuntos padres a pesar de que cuando ambos vivían a menudo habían hablado del tema y le habían rogado que no descuidara ese deber. Había dado por hecho que nada le obligaba a cumplir su promesa, puesto que los muertos no se enteran de cuanto sucede. Aquella inesperada pregunta del joven había sacudido su memoria, como si le hubiese despertado de un ataque de amnesia.

«¿Cuándo ocurrió la muerte de mi padre? ¿Cuándo murió mi madre, en verano, en invierno? ¿En qué año, en qué mes, en qué día?». ¿Cómo era posible que nunca hubiese pensado en ello? La respuesta era clara: había estado demasiado absorto en su lujuria, en sus amoríos, preocupaciones y fantasías. Su mente había estado tan ocupada en sí mismo que no le había quedado ningún hueco para recordar siquiera cuándo habían dejado sus padres este mundo y cumplir la sagrada promesa que les

había hecho.

III

Grein se hallaba de pie, rezando las plegarias. A pesar de ignorar si Dios las estaba escuchando, o si deseaba recibirlas, o si guardaban alguna relación con lo absoluto tal como él lo concebía, sentía que la oración le purificaba. Le invadía un sentimiento de humildad, de calor, de intimidad. Aquellas palabras reavivaban su alma. Entre las obras que llenaban sus estanterías, no había ningún libro profano donde se encontraran palabras como éstas. Aunque esos libros contuvieran palabras nobles, Grein desconfiaba de ellas porque conocía la identidad de los autores y sabía qué vida habían llevado. La poesía profana carecía de univocidad, de fe, de correlación entre las palabras y los actos. En cambio, las palabras que Grein recitaba habían sido creadas por hombres justos, santificados por muchas generaciones de fe y de martirio:

El que protegió a nuestros padres con su palabra y resucitará a los muertos con su decreto es el Dios santo e incomparable. El que hace descansar a su pueblo en su santo día del Sábado, porque ésa fue su voluntad. A Él serviremos con reverencia y temor, y alabaremos su nombre cada día... Dios nuestro y Dios de nuestros padres, santifícanos con tus preceptos, haznos partícipes de Tu Ley, hártanos de Tu Bien, regocíjanos con Tu Salvación y purifica nuestros corazones para servirte con verdad...

Cuando terminó el servicio, los asistentes se acercaron a Grein para saludarle y desearle un buen *shabbat*. Por las amables miradas que le dirigieron, Grein comprendió que ningún otro grupo lo habría acogido tan rápidamente. Los judíos comunistas le hubieran tachado de enemigo por su clase social. Los sionistas sólo hubiesen visto en él un potencial donante a quien expoliar. En el teatro, en un *cabaret*, incluso en una conferencia de cualquier erudito, Grein no hubiese sido más que el anónimo comprador de una entrada. En esos lugares nadie le hubiese saludado ni aceptado con cariño. Sin embargo, allí se le trataba como a un hermano y los presentes se lo hacían saber. Entre los reunidos se encontraban algunos ancianos, uno de ellos algo cojo, otro con un bulto en la frente. ¿En qué otro lugar se apreciaba a las personas mayores e inválidas como a seres humanos? Para el gran mundo no eran más que basura. Sin embargo allí, en la sinagoga, se sentían dignos y valorados. Allí se les saludaba, se les deseaba un feliz *shabbat*, se les invitaba a leer la Torá. Allí la debilidad física no suponía ninguna deshonra.

Grein salió de la sinagoga y regresó a su casa. De nuevo optó por subir andando por la escalera: unas cuantas plantas y se paraba a descansar, otras tantas y se detenía una vez más. Este simple ejercicio le había permitido descubrir que no era ni tan joven ni tan fuerte como prefería creer. Abrió la puerta y contempló las velas de *shabbat* parpadeando sobre el aparador, el vino, la copa para el *kiddush*, el pan, el

aceite, la fruta. Sabía exactamente qué debía hacer: se lo dictaban las normas establecidas a lo largo de generaciones. Saludó a los ángeles que acompañaban a todo judío cuando volvía a casa desde la sinagoga, recitó la bendición sobre el vino, se lavó las manos, rezó la plegaria ritual y por último la bendición sobre el pan. Le resultaba extraño celebrar completamente solo todo este ceremonial; se sentía como un Robinson Crusoe judío. Sentado a aquella mesa, pensó que si durante todos aquellos años hubiera seguido ese modo de vida, Jack no habría abandonado el judaísmo para hacerse comunista y Anita no se habría convertido en una cualquiera. Aparte de falsedad y egoísmo, ¿qué habían visto sus hijos en él? Toda la culpa era suya.

Una vez que hubo recitado la plegaria de agradecimiento por los alimentos que había comido, se vio a sí mismo como suspendido en el vacío. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan solo. Entró en su estudio, con la intención de tomar un libro de la estantería, pero se detuvo. En ese *shabbat* debía comportarse como lo habría hecho su padre, y su padre no hubiese leído un libro como ése.

Del estante superior eligió una edición especial de *Las Sagradas Tablas de la Ley*^[57] y se puso a hojearla. Al cabo de poco tiempo, estaba leyendo y canturreando las palabras en voz baja, con la melodía que recordaba de su *yeshivá*. Todo lo que contenía ese libro sagrado se basaba en la creencia de que Moisés recibió la Torá directamente de manos de Dios y de que cuanto se descubriese en el futuro ya había sido revelado en el monte Sinaí. Bastaría con cuestionarse el hecho de que Dios hubiese entregado la Torá a Moisés, para que el libro quedara sin ningún fundamento. Sin embargo, por muchas dudas que él abrigara, las palabras conservaban un sabor especial. Las páginas amarillentas, cuyos bordes se habían ido deteriorando, le hablaban a él en concreto, a Hertz Dovid Grein, y le exigían que se ennobleciera, que se purificara, que se hiciera más refinado y selecto; le recordaban lo que se debía a sí mismo, a Dios, a su familia, al prójimo. El libro no empleaba un tono de superioridad, ni un estilo florido para lucimiento del talento o de la originalidad del autor. Ninguna barrera se interponía entre este último y Grein. El autor lo castigaba como lo haría un padre y lo consolaba como tal. La obra impartía la vieja enseñanza: que el hombre debía elegir en cada instante entre el bien y el mal, entre Dios y Satanás, entre lo sagrado y lo impuro. El ser humano vive atormentado por toda clase de azotes y el temor a la muerte, mas disfruta del mayor don: el libre albedrío. Ésa era su arma y para eso había nacido.

De repente sonó el teléfono. Grein hizo un amago de acudir corriendo a contestar la llamada, pero se detuvo: su padre no habría utilizado el teléfono en *shabbat*. «¿Quién será?», se preguntó. Supuso que pronto dejaría de sonar, pero quien estaba al otro lado de la línea no se rendía. El ruidoso timbre sonó diez veces hasta que finalmente calló. Grein experimentó la satisfacción de haber sabido dominarse a pesar de haberse sentido picado por la curiosidad. Durante años, sólo había ejercitado su autodomínio cuando las circunstancias externas le habían obligado a ello. Casi

había olvidado ya que existía un concepto como la libre elección.

Al cabo de unos minutos volvió a sonar el teléfono, y de nuevo Grein contó los diez timbrados antes de que callara. «¿Quién será? ¿Y si llaman desde el hospital? No, imposible. ¿Será Anna? ¿Ester? ¿O quizás alguien que se equivoca?». Otra vez tuvo que controlarse para no levantar el auricular, aunque una voz interior le decía que hablar por teléfono en *shabbat* no era pecar, y que tal prohibición sólo se debía a una interpretación demasiado rígida de la ley. Sin embargo, se había propuesto acatar durante un día al menos las mismas leyes que su padre. Si rompiera esa promesa, su palabra y su fuerza de voluntad carecerían de todo valor, y su vida quedaría sumida en el abandono.

Apenas cinco minutos más tarde el teléfono sonó por tercera vez y continuó haciéndolo hasta catorce veces. Por lo visto la persona que estaba al otro lado de la línea sospechaba que había alguien en la casa y que ese alguien se negaba a contestar. «Pero ¿por qué tanto empeño?». Se diría que Satanás, el peor enemigo del libre albedrío, estaba poniéndolo a prueba para luego regocijarse ante los supremos poderes: «¡Ved qué poco vale su voluntad!».

Luego el teléfono permaneció en silencio durante toda la tarde. Grein siguió hojeando *Las Sagradas Tablas de la Ley* hasta tan tarde que sus párpados empezaban a cerrarse. Aunque había cenado, no se sentía saciado como después de tomar carne o incluso productos lácteos. Se hubiese comido de buena gana un plato de carne, una sopa o unos huevos. Se sentía débil, y con el estómago vacío. Ya hacía rato que las velas se habían apagado, de forma que todas las habitaciones, menos su estudio, estaban a oscuras. La noche era calurosa. Grein se desnudó y, al buscar mecánicamente las hormas para colocarlas en los zapatos, recordó que también eso estaba prohibido en *shabbat*.

Entró en la sala de estar, puso una sábana y una almohada en el sofá, y se tumbó, abrumado por la sensación de vacío y agotamiento. ¿Le alcanzarían las fuerzas para mantener esa clase de vida? ¿Sería realmente capaz de seguir el camino de su padre? Al cabo de unas horas amanecería un largo día de verano. ¿Qué iba a hacer? ¿Ir de nuevo a la sinagoga? ¿Bajar y subir de nuevo las escaleras a pie? ¿Recitar de nuevo el *Kiddush*? ¿Hojear de nuevo el mismo libro? Porque cualquier otra actividad sería pecado. ¿Y qué pasaría cuando Lea volviera a la casa?

En el exterior se oía el ronroneo de los coches y de vez en cuando el sonido de los cláxones. El apartamento se hallaba sumido en la penumbra. Se divisaba un cielo incandescente que causaba el efecto de un crepúsculo de medianoche. «¿Y si me emborrachara?», se le ocurrió. Todos sus deseos sexuales, todos sus temores, todas sus preocupaciones lo asaltaron de nuevo. Tenía sed, aunque percibía que se trataba de una sensación más simbólica que física. Volvió a pensar en Ester, en Anna, en sus aventuras pasadas, y de pronto le horrorizó la monotonía. Los años que le restaban de vida se le antojaban como un largo *shabbat* de verano. De repente, saltó como si le hubieran pinchado. Un grifo goteaba en el cuarto de baño y aquel sonido le resultó

una tortura insoportable. Apretó con todas sus fuerzas la llave y cerró firmemente la puerta. Mientras volvía a la cama murmuró en silencio una plegaria, rogando a Dios que le infundiera fuerzas para llevar a buen fin lo que había emprendido.

I

Aquel sábado Boris Makaver tuvo tres invitados. Habían reservado habitaciones en un hotel, pero tomarían las comidas del *shabbat* en el bungalow de Boris. El primero que avisó de su llegada fue el doctor Margolin, luego llamó Anna, y finalmente telefoneó Herman, el sobrino de Boris. A éste no le sorprendió la visita de los dos primeros; en cambio, que Herman quisiera ir a Asbury Park, precisamente para pasar el *shabbat*, le resultó raro, pues por lo general Herman evitaba las fiestas de su tío y para que aceptara asistir a alguna de ellas tenía que insistir al menos diez veces. En esta ocasión Boris ni siquiera se había molestado en mandarle una tarjeta, de modo que el joven, que no conocía la nueva dirección, tuvo que conseguirla a través de Anna. Boris pensaba, sorprendido: «¿Quién sabe? A lo mejor se ha enterado de mi enfermedad y quiere asegurarse su parte de la herencia». La gente como Herman, por mucho que atacase al capitalismo y ensalzara el trabajo, siempre andaba persiguiendo el dinero y evitaba cualquier esfuerzo como si de un veneno se tratara.

No obstante, si alguien quería ir a visitarle, Boris no le iba a cerrar la puerta, Dios no lo quisiera. La cocina del bungalow era pequeña y no resultaba fácil trabajar en ella, pero Frieda era una excelente ama de casa y lo había preparado todo. Compró el pan trenzado, horneó galletas y asó varios pollos. Dejó a un lado los libros sagrados, sus manuscritos, la corrección de su último libro, que ya estaba listo para imprimir, y se entregó a las labores domésticas. Sabía, como buena conocedora del tema, que incluso los sabios de la antigüedad dejaban sus estudios a fin de ocuparse de cuanto fuera necesario para celebrar el *shabbat*. Rav había limpiado y cortado pollos, rabí Yosef se ocupaba de salar las carpas. Boris hubiese deseado ayudarla —al fin y al cabo, Frieda estaba embarazada—, pero ella no le permitía mover un dedo: el doctor Margolin había ordenado que Boris observara un reposo absoluto.

Boris se encontraba reclinado en una tumbona, a la sombra del árbol que crecía delante del bungalow, y estaba hojeando algunos libros sagrados, así como el periódico en yiddish que le enviaban. En aquel lugar Boris apreciaba lo acertado del consejo que le había dado Shlóimele. No cabía duda de que en Nueva York habría caído muerto por culpa del calor, las inacabables preocupaciones, las amargas disputas con sus socios y el esfuerzo que hubiese exigido a su corazón. Allí, a la sombra de aquel árbol, todo el asunto de los barcos no se le antojaba tan trágico. Perdería su fortuna, ¿y qué? Su padre había sido pobre toda la vida, ¿por qué no podía serlo él también?

¡Bastante tiempo había disfrutado ya de la riqueza! Por otra parte, realmente Anna estaba haciendo prodigios y había logrado salvar cientos de miles de dólares. Aún podría ocurrir que todo fuese para bien. Boris terminó de leer el periódico en yiddish y le pidió a Frieda que se lo llevara. Desde luego, los articulistas estaban bien informados y sin duda todos ellos eran muy perspicaces a su manera. No obstante, al final acababan por no aportar nada: no se definían en su postura y lanzaban una hipótesis tras otra. Si el uno era creyente, el otro se mostraba apóstata; si uno insistía en la capital importancia de la tierra de Israel, otro señalaba que la Diáspora tampoco podía barrerse de un manotazo; si el estilo de uno era serio, pesado y tan confuso que no se sabía por dónde empezar a leer, el otro se hacía el gracioso. El total de todo ello sumaba cero. El público podía seguir leyendo ese periódico durante cien años y no hacerse ni una pizca más sabio, ni mejor persona. Cada línea revelaba claramente lo único que perseguían esos periodistas: dinero, honores y su propio beneficio.

En cambio, *El comienzo de la sabiduría* ofrecía algo muy distinto. Incluso antes de iniciar la lectura, ya las letras por sí mismas irradiaban el temor a Dios, la verdad, el amor. Su autor, el rabí Elias ben Moshe De Vidas, había vivido muchos siglos atrás, sin embargo su valiente voz se alzaba como si aún estuviera vivo. Cada palabra suya consolaba como un bálsamo. Cada página indicaba exactamente el camino que se debía seguir. Para *El comienzo de la sabiduría* Boris no era un lector cualquiera, uno más entre una masa anónima, sino un individuo para quien habían sido creados todos los mundos y cuyas buenas acciones eran esperadas por los ángeles y los serafines. En sus manos estaba aproximar la redención o, Dios no lo quisiera, alejarla. Aún más, cuando muriera no sería simplemente el motivo de una esquela en el periódico, pagada con algunos dólares, sino un alma esperada en el más allá. En el otro mundo sus acciones se sopesarían con misericordia, y tras recibir su castigo en el gehena, lo conducirían al Paraíso, donde le revelarían los secretos de la Torá, y lo llevarían a reinos y palacios gloriosos, inconcebibles en este mundo. El autor creía firmemente en el mensaje que transmitía a los demás. Para él, cada judío constituía la finalidad de la creación.

Boris repasó atentamente la obra, pronunciando de vez en cuando las palabras en voz alta. Aunque hacía un día caluroso, soplaba una brisa fresca del mar. El doctor Margolin le había prescrito que perdiera unos diez kilos de peso, sin embargo Frieda no dejaba de traerle un refrigerio tras otro: un vaso de té con limón, una fruta o un poco de queso fresco. Nadie hubiese imaginado que se trataba de una mujer con estudios superiores, ávida lectora, que escribía libros y dominaba varios idiomas. Frieda se ocupaba de los preparativos del *shabbat* con la misma dedicación con que lo habían hecho su madre y su abuela, que en paz descansaran, y además llevaba un hijo en las entrañas.

Boris inspiró profundamente y levantó la mirada al cielo. Mientras él estaba allí reclinado, el Creador dirigía el mundo. El mar susurraba, los pájaros gorjeaban, el sol se desplazaba lentamente hacia el oeste. Una pequeña mosca llegó revoloteando

desde alguna parte y se posó sobre el libro de Boris. Durante unos segundos deambuló entre las letras cursivas de la escritura Rashi, en la cual se hallaba impreso el libro, y luego reemprendió el vuelo. A continuación Boris se fijó en su manga, en la que se había posado una mariquita, cuyo minúsculo cuerpo parecía cubierto de una fina película de laca, inmóvil como si estuviera congelada, sin mostrar ninguna señal de vida. «Entonces, ¿cómo habrá llegado a mi manga? —se preguntaba asombrado Boris. ¿Se habrá caído del árbol?». Partió un trocito de queso y se lo puso delante para que comiera, pero el insecto no reaccionó. «¿Estará muerta?», reflexionó. La empujó levemente y la mariquita se movió como un objeto inerte. «Bueno, ¡ya habrá vivido lo suyo! —dedujo. Habrá cumplido su misión. Alguna tendría; seguro». De pronto el insecto abrió las alitas y salió volando.

Boris se sintió reconfortado: «¡Oh, qué bien!, ¡cuánto me alegro! ¡Todos esos barcos me importan tan poco como la nieve que cayó el año pasado! Con la ayuda de Dios, no moriré de hambre. Lo más importante es no malgastar en bobadas el tiempo que me ha sido concedido. Debo agradecer al Creador del mundo por las gracias que me ha otorgado... Si yo no hubiese sido un necio, habría empleado el dinero que invertí en los buques en hacer felices a decenas de judíos. Me podía haber comprado un barco para ir al más allá».

En ese momento llegó una limusina —un coche flamante, largo y ancho, todo un carruaje real— de la que se apeó Solomon Margolin. Boris no le había visto nunca tan elegante, ataviado con un traje blanco y sombrero jipijapa. En una mano sostenía un ramo de flores y en la otra un gran paquete. Boris se incorporó de golpe para recibirlo, y aunque Margolin le indicó con una señal que permaneciera sentado, el anfitrión se levantó de todas maneras.

—¡Shlóimele! —gritó tan alto que Frieda le oyó y salió de la casa.

Boris, persona poco efusiva, en esta ocasión abrazó a Margolin e insistió en besarle en ambas mejillas, obligando al doctor a agacharse.

—Shlóimele, ¡que Dios te dé tantos ánimos como me das tú a mí con esta visita!

—Por favor, no te exaltes tanto. No es bueno para tu bomba.

Margolin había llegado cargado de regalos. Entregó las flores y el paquete a Frieda mientras ella, ruborizada, se secaba las manos con el delantal. Las flores elegidas por el doctor no eran comunes en aquellos parajes y seguramente había pagado una fortuna por el ramo; y en cuanto al paquete, su peso era considerable. Frieda fue a por una tumbona para el convidado y le ofreció limonada con galletas. Margolin declinó la invitación.

—Cuanto menos metamos en nuestro cuerpo, tanto mejor.

—¡Vaya! Eso es justamente lo que defiende *El comienzo de la sabiduría* —replicó Boris.

—En ese caso, tu libro está en lo cierto.

Frieda regresó al búngalo con las flores y el paquete, mientras los dos hombres iniciaban su conversación.

—Shlóimele, ¡me has salvado de la muerte! —exclamó Boris.

—Bueno, a fin de cuentas, yo me gano la vida así.

—Shlóimele, si no me hubieras ordenado que viniera aquí, yo habría perecido, no lo quisiera Dios. Ya sabes lo que está escrito: «El que salva una vida en Israel es como si salvara al mundo entero».

—Lo sé, lo sé. Conozco todo lo que está escrito. Veo que estás leyendo *El comienzo de la sabiduría*.

—Shlóimele, ¡no te imaginas qué clase de libro es éste! ¡Cada palabra es una joya de oro y diamantes! Cada letra merece ser besada.

—¿Qué defiende el autor? Por lo que recuerdo, ordena un ayuno como penitencia para el pecado más insignificante.

—Te aseguro una cosa: si la gente siguiera su doctrina, viviríamos en un mundo luminoso.

—Nunca le seguirán. Ya se está preparando la tercera guerra mundial.

—¿Quién la está preparando? ¿Qué dices?

—El camarada Stalin. En nuestro bando también se están dando cuenta de que cometieron un error. No deberían haber permitido que se apoderara de Polonia, de Hungría, de Rumania. Mientras los rusos no posean la bomba atómica, aún se les podrá mantener en su sitio. Dentro de unos años ya será demasiado tarde.

—¿Y qué hacemos? ¿Provocar de nuevo una conflagración?

—Alguien la empezará.

—Te lo ruego, Shlóimele, no hables de estas cosas. Al fin y al cabo, la vida es corta. ¿Qué sentido tiene entonces andar matándose unos a otros? ¿No extermina ya bastante el ángel de la muerte? En mi opinión, Shlóimele, los malvados están locos.

—El mundo les pertenece.

—¿Qué clase de mundo? ¿Qué se consigue con tantas guerras? ¿Por qué no se ponen de acuerdo de una vez por todas? Acabo de hojear el periódico y sólo he encontrado noticias sobre robos, fraudes y violencia.

—En eso se basa el mundo. Si hubieras leído a Darwin, sabrías que la lucha por la supervivencia es la fuerza que ha creado al mundo.

—He leído y he oído sobre ello. Son tonterías, sandeces. El Creador detesta la violencia: «El Señor aborrecerá a los hombres ávidos de sangre y de engaño»^[58]. Lo dicen los Salmos.

—Entonces ¿por qué hizo Dios que cuando dos ciervos encuentran una cierva, se enzarcan en un combate hasta que uno de ellos cae? Eso no obedece al libre albedrío. Los ciervos no son malvados, se limitan a comportarse según su naturaleza.

—¿Quién sabe? Tal vez los animales también puedan ser malvados. ¿Por qué existen animales buenos? Un corderito no hace daño a nadie.

—Claro, y se lo comen los lobos.

Boris se quedó un rato pensativo.

—¿Qué sabemos nosotros? Se trata de un gran misterio. Sin embargo, existe un

punto sobre el que no me cabe la menor duda: el hombre debe ser bueno. Puesto que entiende lo que es el bien, le está prohibido hacer el mal.

—De acuerdo, los judíos de Polonia eran buenos. ¿Qué, dónde están ahora?

—¿Dónde están? ¡Disfrutando del esplendor del paraíso! El Señor del mundo no comete injusticias. El Creador del cielo y de la tierra no puede ser malo. ¡Yo nunca creería eso! Aunque al llegar al más allá viera con mis propios ojos a Hitler sentado en el paraíso, mientras el autor de *El comienzo de la sabiduría* ardía, Dios nos guarde, en el gehena, yo seguiría exclamando como Jeremías: «De la boca de Dios no saldrá el mal»^[59].

Y los ojos de Boris se llenaron de lágrimas.

II

Poco después de la llegada de Solomon Margolin se presentó Anna en su automóvil, acompañada de su primo Herman. Al igual que Margolin, habían reservado habitaciones en un hotel, pues en el bungalow no había suficiente espacio para alojarlos. Boris se fijó en la expresión de su hija y de su sobrino, y advirtió en ambos cierta ansiedad, distracción y cansancio. «¿Será a causa del verano, del calor, de la contaminación de la gran ciudad? —se preguntaba Boris. ¿O les habrá pasado algo?». Anna y Herman nunca habían mantenido una relación muy estrecha. Ella aseguraba que le resultaba físicamente repulsivo. Herman era, al igual que su tío, bajito, ancho de hombros, de manos y pies muy grandes para su cuerpo. Boris dedujo por lógica que para Anna ese aspecto resultaba demasiado judío, que había en él demasiados rasgos heredados de la familia Makaver. Anna había salido a su madre, más parecida a los Landau, aunque también llevase algo del sello de su padre.

Anna corrió hacia Boris, se abalanzó sobre él, lo abrazó y lo besó. Tantas demostraciones de afecto no fueron del agrado de Boris. La cara de Anna ardía como si tuviera fiebre, y besó a su padre en ambas mejillas, en la frente y finalmente en la mano. Boris lo juzgó excesivo y vio en ello una señal de que algo andaba mal. «¿La habrá abandonado Hertz Grein?», se preguntó. Anna había adelgazado notablemente y a sus ojos asomaban una especie de temor y una sonrisa que, en cualquier instante, podían convertirse en lágrimas. «Bueno, ¡lo tiene bien merecido!», se dijo Boris. Se sentía incómodo, así que empezó a toser y a carraspear como un oficiante en la sinagoga.

Tampoco Herman era el mismo. Parecía haber encogido y su indumentaria tenía un aspecto raído. A través de las gafas, la mirada parecía entre amargada y asustada. En sus labios, un poco abultados, afloraba algo que evocaba al resentimiento o la pesadumbre.

—Bueno, hijos, ¿qué tal el viaje? —preguntó Boris.

—Anna conduce muy bien —contestó Herman.

—Ella lo hace todo bien, ésa es su mayor desventaja. Quien tiene las espaldas más anchas, ha de soportar las peores cargas... Cuando una mujer no vale para nada, siempre hay alguien que se ocupa de solucionar los problemas. Cuando vale para todo, ha de encargarse de todo ella sola.

—Oh, papá, ¡qué inteligente eres! Con una palabra expresas toda una filosofía.

—Todo está en nuestros libros sagrados.

Frieda salió a recibirlos, saludó a Anna con un beso e invitó a los recién llegados a que entrasen a tomar algo.

—No tengo hambre —contestó Anna. Si tú tienes apetito, Herman, entra y come algo.

—Tengo sed.

Herman entró al bungalow con Frieda. El doctor Margolin se había ido en el coche

a buscar en alguna parte una revista que no logró encontrar en los alrededores. Boris sospechaba que se había marchado a Atlantic City. «Ojalá que vuelva antes del inicio del *shabbat*».

Cuando Herman entró en la casa, Boris indicó a Anna con un gesto que tomara asiento en la tumbona que habían sacado para Margolin.

—Hija mía, pareces cansada.

—Sí, papá, lo estoy.

—¿Qué ha pasado?

Anna hizo una pausa.

—Tú vas a estar bien, papá; me tienes a mí como hija tuya. Nunca llegarás a hacerte una idea ni a valorar lo que he conseguido con tus barcos. Si se hubiera encargado un agente, aunque te hubiese cobrado cien mil dólares por su trabajo, habría sido una ganga.

—Estaré encantado de pagarte a ti también.

—No lo he hecho por dinero. Aún no se sabe con exactitud cómo han quedado las cosas, pero he salvado cuanto he podido. Si me ofrecieran medio millón de dólares por tu parte en el negocio, no lo aceptaría.

—¿En serio?

—Desde luego.

—Bien, has sido una buena delegada. Mis socios saben que tú y yo vamos a medias. Ahora que Frieda está embarazada, no quiero esperar más. Deseo que recibas lo que te corresponde. ¿Para qué esperar a la herencia? Nadie ocupará tu lugar aquí —dijo Boris, llevándose la mano al corazón.

—No te preocupes, papá, no me interesa tu dinero.

—Es más tuyo que mío... Te encuentro algo decaída, hijita. ¿No estarás enferma, Dios no lo quiera?

—Tengo una salud de hierro.

—A lo mejor te conviene un descanso.

—Ya descansaré cuando termine todo este asunto. Además, ya me están ofreciendo comprar el edificio de apartamentos. Conseguiría diez mil dólares de beneficio.

—Véndelo y deshazte de él.

—Si para el comprador tiene valor, también para mí. Me rinde unos ingresos netos de doscientos dólares a la semana.

—¿Cuánto habías invertido en él?

—Diecisiete mil quinientos dólares.

—¿Y a cuánto asciende la hipoteca?

Anna le informó de la suma y los intereses.

—Bien, has conseguido unas muy buenas condiciones. Pero esos doscientos dólares no te los dan gratis. Tienes que trabajarlos.

—Por supuesto, ¿acaso dan algo a cambio de nada? Tú mismo acabas de decirlo:

quien tiene las espaldas más anchas, ha de soportar las peores cargas.

—Tú no tendrás que soportar ninguna carga.

—Oh, sí, tendré que hacerlo, papá, por supuesto que sí. Ya veo mi futuro: acabaré convirtiéndome en un Boris Makaver con faldas. En todo lo demás no tengo suerte.

Boris cerró los párpados.

—¿Qué ha pasado?

—Grein ha vuelto con su mujer.

Boris sintió a la vez alegría e indignación. Algo se desgarró en su interior y de nuevo los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Cómo ha sido eso?

—A Lea le han extirpado un pecho y él se ha convertido en un santo.

Boris se enjugó la cara con su pañuelo, entre gruñidos, ataques de tos y suspiros sofocados.

—Desde luego, para ella el cáncer es una desgracia, y ojalá se reponga del todo, pero para ti ha sido la salvación.

—No sé por qué dices eso, papá.

—Esa relación no estaba bien.

Anna volvió la cabeza, airada.

—Papá, no debiste preguntarme, y yo no debía habértelo contado.

—¿Quién tendrá más derecho a preguntártelo que yo?

—Papá, soy muy desdichada, ¡más de lo que te puedas imaginar! —Con un gesto brusco, sacó un pañuelo del bolso.

Durante largo rato padre e hija permanecieron sentados en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

—¡Al final la ampolla acaba por reventar!

—Papá, te lo ruego: no entiendes nada, mejor no hables del tema. A mí me persigue la fatalidad, estoy condenada a la desgracia. Estoy segura de que los años se me escaparán sin haber conocido la felicidad. Me pasará exactamente lo que a ti. Claro que un hombre aún puede ser padre en la vejez, mientras que yo, dentro de diez años, estaré acabada.

—No debes esperar diez años.

—¿Y qué quieres que haga? Pasan años antes de que encuentre alguien que me guste. Ahora estoy tan desencantada y abatida que no me apetece ni mirar a nadie. Terminaré mis días sola. De hecho, he estado sola toda mi vida.

Anna trató de ahogar sus sollozos en el pañuelo y contuvo las lágrimas. Empezó a toser, a carraspear y a sonarse la nariz. En aquel momento, con los ojos enrojecidos e hinchados, guardaba un parecido extraordinario con su padre. De pronto exhaló un angustioso quejido, como cuando le anunciaron la muerte de Stanislaw Luria.

—Papá, mi madre...

Y no pudo continuar. Estaba sofocada y se atragantaba. Tanto temblaba, que sacudía la tumbona. Boris se sintió tremendamente abrumado.

—Hija mía, algún día darás gracias a Dios por lo ocurrido.

—¿Qué dices? Nunca le agradeceré nada a Dios. ¿Qué sentido tiene mi vida? Sola... Otra vez sola... ¡Acabaré igual que mi madre!

Al fin Anna exteriorizaba el temor que había pugnado por expresar. Al mismo tiempo, tuvo la sensación de que, al pronunciar aquellas palabras, había sellado su destino. Boris también se asustó, como si la voz de Anna fuese el eco de un miedo que él guardaba en su interior.

—Tonta, ¡me partes el corazón! ¡No hables así!

—Tú, papá, pronto tendrás más hijos.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¿Qué estás diciendo? Nadie ocupará tu lugar... Jánnele, hija mía.

Boris fue incapaz de seguir hablando: se le había formado un nudo en la garganta. Su corazón, más que latir, se agitaba como un abanico. «¡Que no me ocurra nada mientras ellos están aquí! —rogaba Boris e imploraba a los poderes celestiales—: ¡Que no se nos eche a perder el *shabbat!*».

Pasados unos minutos, Anna se tranquilizó; Boris tosió, carraspeó y finalmente recuperó el dominio de sí mismo. Tragó una pastilla de las que debía tomar por la noche y enseguida su rostro quedó cubierto de manchas de un rojo encendido. Anna se retocó rápidamente el maquillaje.

—¿Así que está hecho un arrepentido de verdad? —preguntó Boris.

—Me ha escrito una carta de ocho páginas.

—¿Qué te escribe?

—Se acusa a sí mismo de la muerte de Luria. Se expresa como si toda la culpa fuera sólo suya. Y también se responsabiliza de la enfermedad de su mujer... Es como si le hubiese entrado un complejo, o Dios sabe qué... Todo lo que yo toco, se convierte en un problema.

—Hija mía, no quisiera afligirte más, pero lo sucedido no benefició a Luria en nada.

—Ya lo sé, papá. No soy tan torpe. Cada noche me despierto sobresaltada pensando en ello, y me ocurría incluso cuando Grein estaba conmigo. Pero ¿acaso tenía otra salida? Él me atormentaba continuamente, me torturaba. No paraba de hablar de su esposa muerta y de amenazar con el suicidio. Se había convertido en un desesperado.

—Yo ya te previne en Marruecos.

—Sí, papá, siempre me has prevenido, pero por desgracia a mí sólo me atrae lo que no me conviene.

—Ya va siendo hora de que hagas algo a derechas.

—Hasta lo más derecho saldría torcido de mis manos. Bueno, ¡ya basta!

De nuevo ambos callaron un rato, como si cada uno estuviera escuchando los pensamientos del otro, con el rechazo que suscita lo que resulta excesivamente familiar.

—¿Cómo ha sido que Herman ha decidido de pronto venir aquí?

Anna pareció despertar de un sueño.

—No lo sé, papá. Algo raro hay en todo ello. Me estuvo buscando por toda Nueva York hasta dar conmigo, y todo para conseguir tu dirección. Algo le reconcome, pero no dice nada. En todo el trayecto no ha pronunciado ni una palabra. Nunca le había visto así. ¿Qué puede querer de ti? Espero que no sea dinero.

—¿Para qué va a necesitar dinero? Ya tiene un trabajo.

—¿Quién sabe? Desde luego, algo le ha ocurrido. Supongo que quiere hablar contigo. Entraré en la casa y le indicaré que salga. Pero por favor, no te alteres.

—¿Por qué habría de alterarme? De no ser porque es el último pariente que nos queda, me habría desentendido de él por completo.

—¿Te apetece algo?

—No, Jánnale, no necesito nada. Lo único que necesito de ti es una pizca de gozo paterno, verte felizmente casada y con familia.

Boris estaba acostumbrado a que Herman le hablara sin ambages, que fuera al grano. A menudo pensaba de él que hablaba como si estuviera leyendo un libro. Sin embargo en esta ocasión tartamudeaba, le llamaba «tío» una y otra vez, mencionaba a su padre, a su madre, y hasta a los abuelos. «¿Qué le habrá pasado? —se asombró Boris. ¿Se habrá convertido él también en un arrepentido? ¿O será que necesita dinero?». Boris prestó atención cuando oyó que Herman decía:

—Tío, no vaya a creer que no valoro cuanto ha hecho por mí. Es cierto que no compartimos una misma ideología, pero ¿cómo se dice? Es la fuerza de la sangre. No me queda en el mundo nadie más que usted.

—De no ser por tus queridos bolcheviques, seguirías teniendo otro tío y una tía y no sé cuántos familiares más. De no ser por Stalin no habría surgido un Hitler y tus padres aún estarían vivos.

—Tío, ésa es su opinión. No quisiera entrar en discusiones. Es un hecho que el capitalismo necesita que haya guerras. ¿Por qué estalló la Primera Guerra Mundial? Entonces aún no existían los bolcheviques.

—El Kaiser Guillermo no era mucho mejor que Hitler.

—El capitalismo mismo conlleva las guerras. Pero dejemos el tema. Tío, quería hablarle de un asunto concreto.

—¿De qué se trata?

Herman tosió levemente.

—Tío, ¡me marcho a la Unión Soviética!

Lo dijo deprisa, como si le costara articular las palabras.

—¿Qué? Ah, pues ve con salud y en paz. Si eso es lo que deseas, yo no me opongo.

Sin embargo, la expresión de Boris se había demudado. Agrandando los ojos miró

a Herman de soslayo, como si no diera crédito a sus oídos.

—Ya sé lo que opina usted, tío, pero tal como veo la situación, debo irme.

—Si debes irte, que así sea. Allí descubrirás la realidad, aunque ya será demasiado tarde. Es como marcharse al otro mundo: nadie regresa.

—Sí se regresa, tío Bóruj.

—Vuelven los capitalistas, los generales, pero no la gente como tú. Quizás al llegar te reciban con un abrazo, pero al cabo de dos meses alguno de tus camaradas te delatará, o simplemente descubrirán algún fallo en ti. Lo que ocurrirá después no es preciso que te lo cuente.

Herman se quitó las gafas.

—Tío, exagera usted.

—Bien, yo sólo quería avisarte. ¿Qué más puedo hacer? Peces más gordos que tú han caído allí.

—No van fusilando a todo el mundo, no están locos. La prensa norteamericana quiere convencer al mundo de que toda Rusia es un gran manicomio. ¿Cómo habrían ganado la guerra contra Hitler si hubiesen estado tan locos y si el pueblo hubiera odiado tanto al régimen? Fueron ellos los que acabaron con Hitler, esto es un hecho.

—Ya, con dinero americano.

—Sólo con dinero no se gana una guerra.

—Bueno, bueno, ¿de qué sirve hablar? Es la víspera del *shabbat*. Yo te ayudé a venir a Estados Unidos porque quería salvarte. Pero si eres tan necio como para desear matarte, ¿qué puedo hacer yo? Ya no eres un niño.

Herman empañó los cristales de sus gafas con el aliento. Entornó los ojos y enfiló su mirada hacia algún lugar en la lejanía. Una señal de pesar asomó a sus gruesos labios.

—Tío, seré completamente franco con usted: he de irme.

—¿Y eso por qué? ¿Quién te obliga?

—Pertenezco al partido. Debemos acatar una estricta disciplina.

—¿Qué te van a hacer si te niegas? ¿Te someterán a algún suplicio?

—No es ninguna broma. Aún no tengo la ciudadanía norteamericana. Sólo dispongo de los documentos provisionales, y al entrar en el país tuve que jurar que no soy de izquierdas.

—¿Quieres decir que tus propios compañeros podrían denunciarte aquí?

—Cuando uno se niega a seguir la disciplina, se convierte en enemigo.

—Muy bien, supongamos que te denuncian... ¿y qué? De todas formas no van a deportarte. ¿Adónde te mandarían? ¿A Polonia?

—No se trata de eso.

—¿De qué se trata, pues?

—No puedes estar tantos años en un partido y de pronto desertar. Yo también soy de esa opinión. Cuando estuve en España, no hubiera conseguido salir vivo de allí de no haber sido por el partido. El empleo que tengo ahora también lo obtuve gracias a

ellos. No me marchó para siempre, sólo por un breve período, un año como máximo. La cuestión es que no me dejarán regresar si me marchó del país sin una autorización, que no resulta fácil conseguir. No me gustaría perder para siempre la posibilidad de obtener la ciudadanía estadounidense.

—¿Para qué quieres ser ciudadano de una nación de explotadores y fascistas? Puesto que toda la justicia se encuentra en el país de Stalin, ¿por qué no te quedas allí, en el paraíso rojo?

—Tío, no sea tan sarcástico. Uno puede ser consciente de todos los defectos de un país y no obstante acostumbrarse a él.

—De acuerdo... ¿y qué quieres exactamente?

—Quiero casarme con Silvia. ¿La recuerda? Estuvo en su Séder.

—La recuerdo muy bien. ¿Qué pasa? ¿También se va con Stalin?

—No, ella se queda aquí.

—Entonces, no entiendo que pretendas casarte para dejar a tu esposa abandonada. No quiero hablar mal de nadie, pero hoy día no es como antes. Antaño era frecuente que un joven se casara y luego se marchara para pasar años fuera, mientras estudiaba en una *yeshivá* o residía en casa de un rabino. No le cabía la menor duda de que su esposa le guardaría fidelidad. En cambio, en estos tiempos que corren...

Boris se interrumpió. Herman volvió a ponerse las gafas y, con una sonrisita de desdén, replicó:

—Eso no me preocupa.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Y ¿qué quieres de mí? ¿Que oficie la ceremonia de vuestra boda? ¿O que conduzca a la novia al altar?

Herman inclinó la cabeza.

—Puesto que voy a casarme, usted es mi pariente más cercano.

—¿Quieres casarte según la ley de Moisés y de Israel?

—La madre de Silvia así lo desea. Y a mí tampoco me importa.

Boris se quedó pensativo un largo rato.

—No entiendo qué sentido tiene todo el asunto, a menos que de este modo quieras asegurar que te dejarán volver a América.

—Tener a mi esposa aquí podría servir de ayuda.

—Entiendo. Pero primero los rusos tendrían que dejarte salir, y ellos son como el faraón: no permiten que nuestro pueblo se marche. La Guemará dice: «Aunque un judío haya pecado, sigue siendo judío». Tú reniegas de todo, pero para Stalin y para los demás enemigos de Israel, eres un judío. Precisamente hoy he leído un artículo acerca de que allí los judíos sufren terribles persecuciones.

—¿Dónde lo ha leído? ¿Y qué les hacen?

—Pregunta mejor qué no les hacen. Reciben golpes incluso en los trenes. Es peor que en los tiempos del zar. Están despidiendo a todos los funcionarios judíos y cada vez son más los deportados a Siberia.

—¿Y usted se lo cree?

—Pues sí. ¿Por qué no había de creerlo? Los malvados hacen el mal. Incluso los comunistas judíos son de una iniquidad sin límites. Se delatan unos a otros. Puedes ser el más leal de los comunistas, pero si uno de tus camaradas va con el cuento de que eres un trotskista, antes de que te des cuenta te habrán arrastrado a la cárcel. ¿Quién te defendería? ¿Norteamérica? Allí las prisiones están atestadas de americanos, de británicos y de gente de todas las nacionalidades. Los bolcheviques no temen a nadie. Ahora que han ganado la guerra, se burlan del mundo entero.

—Tío, se ha formado usted una idea completamente falsa.

—¡Ojalá estés en lo cierto! Aunque eres un bobo, me das lástima. En este país eres un hombre libre, pero en cuanto caigas en sus garras, te convertirás en un esclavo. ¡Ojalá les consuman tantas plagas como personas inocentes hayan torturado y aniquilado! La vida humana les importa menos que la suciedad que llevan bajo las uñas. Han matado a sus propios generales, a sus propios dirigentes, ¿cómo se llamaba? Bujarin y todos los demás. Ésos habían sacudido al mundo, y de pronto se les acusa de ser espías. Para ellos la gente como tú tiene menos importancia que una mosca. Te liquidarán, Dios no lo quiera, y nadie moverá ni un dedo. Sabes que no me equivoco.

—No, tío Bóruj, si yo creyera que está usted en lo cierto, no hallaría ningún motivo para seguir viviendo.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Cuándo habías pensado casarte?

—Esta semana.

—¿Y cuándo te vas?

—Es cuestión de días.

—Bueno, si quieres matarte, hazlo, pero al menos que te acompañe tu mujer; tal vez podrá llevarte un paquete de comida cuando estés entre rejas.

Herman se mordió los labios.

—Ella ha de quedarse aquí.

III

Aunque el doctor Margolin le había dicho a Boris que se marchaba a buscar una revista, no era cierto. «Si supiera la verdad —pensaba Margolin en el coche— no me habría besado... Me habría escupido en la cara, y además con razón... con toda la razón». Mientras rumiaba estas cuestiones, apartó una mano del volante y se enjugó la frente con la manga, como si realmente Boris le hubiera escupido.

—¿Qué clase de persona soy? —se recriminó en voz alta.

Así había sucedido todo: su esposa Lise se había marchado con un nazi en el año 1938. En agosto de 1943, ese nazi cayó en el frente ruso y Lise inmigró a Estados Unidos acompañada de Mitzi, la pequeña hija de Margolin, que en ese momento era ya una adolescente de diecisiete años. El propio Margolin las ayudó en el proceso de inmigración, aunque no sin experimentar un tormentoso conflicto interior. Durante aquellas semanas en las que pasó noches enteras en blanco, preguntándose sobre la conveniencia de mandarles un affidavit, llegó incluso a recurrir al opio. No obstante, finalmente hizo lo que nunca se hubiera juzgado capaz de hacer, puesto que en cualquier otro lo habría considerado una abominación propia del canalla más vil, de un monstruo deshumanizado, de una persona con quien uno no debe, como señala el Talmud, ni cruzarse por la calle a causa de su comportamiento corrupto. Él echaba de menos a Mitzi, carne de su carne y sangre de su sangre, y por otra parte no podía olvidar a su mujer. Lise le había escrito cartas llenas de súplicas, de amor y de añoranza en las que le aseguraba que habían sido sus padres, aún vivos por aquel entonces, quienes la empujaron a hacer lo que hizo. El propio nazi, Hans, la había amenazado con recluir a Margolin en Dachau si ella no accedía a sus requerimientos. Lise juraba que nunca había amado a Hans, que le resultaba repugnante y que, en el año escaso que había vivido con él antes de que lo enviaran al frente ruso, no había disfrutado ni de un día de felicidad. En cuanto a la niña, Mitzi, odiaba a aquel hombre y siempre recordaba a su padre. En el colegio donde la habían matriculado se enteraron de que su padre era judío, y Lise se vio obligada a jurar que Hans era el verdadero padre. ¡Terrible y atroz mentira!

No sólo era Lise quien le escribía largas cartas, sino que también Mitzi inundó de correspondencia a su padre. Para demostrarle hasta qué punto le había recordado durante todos esos años, Mitzi le envió las notas que él le había escrito un verano en que ella estuvo en un campamento, los dibujos que había hecho para ella y fotografías en las que aparecían ambos en diferentes lugares. Y todo ello a fin de probarle que nunca le había olvidado, que atesoraba cualquier objeto que le permitiera mantenerlo vivo en su recuerdo. Igual que hacen los abogados cuando montan un plan de defensa y echan mano de cualquier prueba susceptible de mitigar el castigo o desmentir la acusación, madre e hija no cesaban de reunir y presentar material y documentos que atestiguaran la solidez de los lazos que las unían a él. Sin embargo, Margolin sabía lo que sabía y recordaba lo que recordaba. Los hechos desnudos eran que Lise se había

ido a vivir con un hitleriano, y que Mitzi había estudiado en un colegio donde se enseñaba que los judíos eran más inmundos que las ratas y las chinches, y donde se cantaba la *Horst Wessel Lied*. Si el nazi no hubiera muerto en el frente oriental y Hitler hubiera triunfado, Margolin nunca habría tenido noticia de Lise ni de Mitzi. Más aún, ¿no estuvo a punto Margolin de quedar atrapado en Europa y de que lo gasearan o quemaran en Majdanek o Treblinka? Durante mucho tiempo Lise y Mitzi no se interesaron siquiera por si seguía con vida.

Decenas de veces decidió no contestarles, no volver a establecer contacto con la madre ni con la hija, sin embargo acabó haciendo justamente lo contrario. Durante algún tiempo intentó traer sólo a la hija, pero Mitzi no aceptó viajar sin su madre. Al final, mandó una declaración jurada para ambas además de dinero para cubrir los gastos. Llegaron en primavera. Lise hubiese querido acomodarse en el apartamento de Margolin, pero él alquiló para las dos un piso en la Primera Avenida, junto al East River. En Berlín, Lise había dirigido una *boutique* exclusiva de alta costura, así que no le resultó difícil encontrar un empleo. Dominaba el inglés y el francés a la perfección. En cuanto a Mitzi, se matriculó en la Universidad de Vassar.

Margolin mantuvo todo aquel asunto en secreto, especialmente debido a Boris Makaver. En Nueva York no tenía amigos íntimos, había perdido contacto con la gente que había conocido en Europa, y aquellos de quienes se acordaba de cuarenta y cinco años atrás ya habían fallecido. Tenía algunos parientes lejanos que en su mayoría vivían fuera de Nueva York. ¿A quién acudir en busca de consejo? ¿Quién se habría tomado algún interés por él? En cambio Boris conocía a Lise, se acordaba de Mitzi, y estaba al corriente de todos los secretos. Si Boris llegaba a enterarse de que había vuelto con Lise, «la nazi», como él la llamaba, nunca más querría oír ni siquiera mencionar el nombre de Margolin. Lo evitaría como se huye de un leproso. Cuando pensaba en que su acción suponía pedir implícitamente a Boris y a todos los judíos que olvidaran y perdonaran lo que habían hecho los alemanes, Margolin experimentaba un pavor místico.

Sí, Boris Makaver, la conciencia judía de Margolin, era la causa de que éste viviera en dos apartamentos distintos. Boris representaba a los padres de Margolin, a sus abuelos y todas sus obligaciones para con el atormentado pueblo judío. En lugar de avergonzarse ante Dios, lo hacía ante Boris Makaver. El hecho de que Boris se hubiera reconciliado con Anna le alivió en cierta medida su propio sentimiento de culpabilidad. Quizá por este motivo había insistido tanto en que hicieran las paces. No obstante, ni siquiera en estas circunstancias se sentía preparado para confesar a Boris la verdad. Le horrorizaba su mirada, sus improperios, su desprecio. Casi oía a Boris injuriándole: «¡Eres una carroña pestilente! ¡Despreciable basura! ¡Perro más que perro! ¡Eres un nazi tú también! ¡Que tu nombre y tu memoria sean borrados!». Por otra parte Margolin temía que el disgusto provocara un infarto a Boris, ya que el odio que le inspiraban los nazis no conocía límites. En innumerables ocasiones había afirmado que preferiría la muerte antes que pisar de nuevo tierra alemana. Cada vez

que oía hablar de refugiados judíos de Alemania que enviaban cartas o que viajaban allí por negocios, temblaba de horror. El hecho de que el mundo no se vengara de los alemanes y de que olvidara a los seis millones de mártires era señal, en su opinión, de que la tierra estaba poblada por una generación como la que dio origen al Diluvio Universal.

—¡Que se lancen bombas atómicas unos sobre otros, esos malvados...! —decía en más de una ocasión. El mundo no se merece nada mejor que ser reducido a cenizas...

En sus conversaciones, Boris se quejaba a menudo de los judíos. ¿Por qué callaban? ¿Por qué olvidaban? En opinión de Boris, el pueblo judío entero debería guardar luto. Algún Beit Din o algún Sanhedrín debería instituir un plazo de cien años de luto: debería prohibir a los judíos vestir ropa de colores, tocar música en las bodas y beber vino, y ordenarles en cambio que se sentaran en el suelo una hora cada día y leyeran el libro de las Lamentaciones en memoria de la destrucción de su pueblo. El llanto por los mártires debería prolongarse durante generaciones. «Si nosotros olvidamos nuestra propia pérdida, ¿cómo vamos a pedir que otros la recuerden?». Sobre este tema Boris era capaz de explayarse horas y horas. A veces hasta pronunciaba duras palabras contra el Señor del Mundo. ¿Qué pretendía de los judíos? Lo que había ocurrido en Europa no era un castigo más, una prueba de fidelidad. No existía ninguna explicación. En un caso como éste no cabía afirmar siquiera que Dios es justo, porque esto sería en sí la mayor blasfemia.

Margolin, por su parte, nunca tuvo la conciencia tranquila respecto a su decisión. ¿Quién sabía a cuántos judíos habría matado ese Hans? Seguro que escribía cartas de amor a Lise mientras aplastaba las cabecitas de niños judíos. Sin duda, el simple hecho de que Lise hubiera vivido antes con un judío despertaría en él un salvaje odio asesino contra toda la comunidad. Margolin nunca jamás olvidaría aquella tarde en que regresó a casa y encontró a Lise haciendo las maletas. Cuando le preguntó adonde iba, ella contestó: «Con Hans». Sí, en aquel tiempo el muy erudito doctor Margolin no era más que un vulgar judío cuya sangre sería *nochmal so gut*, derramada por un cuchillo. Lise había mandado a la hija de ambos a aprender que el exterminio de los judíos era el más elevado deber de un alemán. Corría noviembre de 1938, los días del gran pogromo conocido como La Noche de los Cristales Rotos, cuando su propia mujer extendió el brazo y gritó sin pudor alguno «*Heil Hitler*». El padre de Lise, aquel viejo idiota, se había adherido al partido nazi, y su hermano se alistó en las tropas de asalto. Si Margolin no hubiese recibido ayuda para huir clandestinamente a Suiza, tal vez su propio cuñado lo hubiese arrastrado a un campo de exterminio. Lise no habría movido un dedo por defenderlo.

Sí, Solomon Margolin guardaba un espantoso secreto, vivía con un cáncer en su alma. Aún había ocasiones en las que deseaba cortar toda relación con Lise y Mitzi y huir de ambas como de la peste. Pero cuando Mitzi le abrazaba, le acariciaba y le cubría la cara de besos, la indecisión le dominaba. Se trataba de su propia hija, la

nieta de su padre. Hasta guardaba un gran parecido con su abuela Fradel. En cuanto a Lise, debía de amarlo profundamente, de lo contrario, una vez que estuvo en Estados Unidos ¿para qué lo necesitaba a él? Ella ganaba lo suficiente para mantenerse, seguía siendo una mujer hermosa y podría haber encontrado marido sin ningún problema. ¿Por qué seguía aferrándose a él? ¿Por qué se mostraba tan sumisa? ¿Por qué lo miraba con tanto amor, con tanto sentimiento de culpabilidad? Sin embargo, resultaba imposible borrar los hechos. Estaban presentes y bien a la vista. ¿Quién había dicho que lo pasado... pasado está? En la esfera del espíritu todo permanece eternamente: cada pecado, cada buena acción. La inmortalidad del alma también se da en este mundo.

Margolin, al viajar a Asbury Park, se había traído a Lise y a Mitzi y las había instalado en el mismo hotel donde él se alojaba. El curso en Vassar había terminado, Mitzi estaba con su madre, y no habían querido pasar solas el sofocante fin de semana en Nueva York.

¡Qué insólita doble vida llevaba! Asistiría a la comida del *shabbat* en casa de Boris Makaver, recitaría el *kiddush* y la bendición sobre el pan, oiría a su anfitrión entonar los cánticos del *shabbat*, después de la comida recitaría la bendición de agradecimiento y luego se acostaría con la mujer que un día lo abandonó para marcharse con un nazi. Sin embargo, también Anna estaría presente en la mesa de su padre, así como Herman el comunista. La casa de Boris Makaver no era ningún hogar judío immaculado. La clase de judaísmo a la cual Boris intentaba apegarse se estaba desmoronando. Pronto no quedaría de ella el menor vestigio.

De pronto Margolin frenó en seco. Se había saltado un semáforo en rojo y había estado a punto de atropellar a un policía. El agente se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Se puede saber qué está usted haciendo?

Y se dispuso a imponerle una multa.

IV

El doctor Margolin entró en el vestíbulo del hotel y subió en el ascensor, sin salir de su asombro. Se martirizaba a sí mismo: «¿Qué significado cabe atribuir a todo esto? ¿Cómo es posible que sea tan débil? Aún no es demasiado tarde para rectificar. Bueno, es un conflicto irresoluble del que nunca me libraré».

En un tiempo había sido una persona fuerte. De joven e incluso después, durante la madurez, había demostrado a menudo una firmeza excepcional ante quienes trataban de imponerse sobre él. Era capaz de rechazar grandes sumas de dinero y altos cargos por orgullo. Pero ¿qué era el orgullo? Para Aristóteles la persona moral es una persona orgullosa. Alguna vez se había planteado la cuestión de si debía convertirse, lo cual le habría permitido casarse con alguna mujer de extraordinaria belleza de la más alta aristocracia alemana. Sin embargo, aunque no creía en Moisés ni en Jesús, nunca había querido abandonar del todo su religión. Le parecía una negación de la valía humana, lo cual para él era razón suficiente. En sus conversaciones con catedráticos y militares de alta graduación, a menudo expresaba opiniones peligrosas y nunca había temido las represalias. Al contrario, estaba dispuesto a correr riesgos por el derecho a expresar su pensamiento. Entonces ¿cómo era posible que se hubiese vuelto tan débil? ¿Sería la edad? ¿Acaso ahora creía menos que antes en los valores espirituales? ¿O tal vez Estados Unidos le había arrebatado calidad moral? ¿Cómo era posible que hubiese acogido de nuevo a una esposa que le había abandonado justo cuando su vida peligraba, para irse con su peor enemigo, el más despreciable monstruo que había producido la especie humana?

—Octava planta —anunció el ascensorista, y Margolin pensó: «Tal vez debería marcharme ahora para no volver nunca más. ¡Ella no me puede obligar!».

—Quisiera volver a bajar —indicó al ascensorista. He olvidado algo.

—Sí, señor.

Mientras bajaba, Margolin examinaba a las personas que iban entrando en cada planta. Todos eran judíos, mas ¿qué clase de judíos? ¿Qué vínculo le unía a ellos? Por otra parte, ¿qué lazos los unían entre sí? Las mujeres llevaban las uñas de las manos y los pies pintadas de rojo. La mayor parte de ellas se había teñido el pelo de rubio para parecerse más a las gentiles, e iban más desnudas que vestidas. En la mano llevaban revistas sensacionalistas y algún que otro *bestseller*. Por la noche seguramente irían a divertirse a un local nocturno, de éstos donde se cantaban cancioncillas baratas y se decían obscenidades en el escenario. Mientras el ascensor bajaba las conversaciones trataban de un combate de boxeo previsto para aquella noche y de las carreras de caballos en Atlantic City. «¿En qué sentido son estas mujeres más judías que Lise?», se preguntaba Margolin. ¿No se habrían ido con los nazis, si hubieran querido tomarlas? Se quedó un rato en el vestíbulo del hotel, echando un vistazo a los titulares de las revistas y periódicos que allí se mostraban: el sexo, los deportes, la caza, las calumnias, los asesinatos. El mundo en el que vivía no era judío ni cristiano,

sino idólatra de principio a fin, y los judíos eran sus principales servidores, los más expertos constructores de ídolos. Entonces ¿qué pasaría cuando dejase a Lise? ¿A quién tomaría en su lugar? ¿A esa mujer que llevaba una ajorca en el tobillo y hablaba con voz gutural?

Compró una de las revistas que acababa de hojear. Un librito de bolsillo titulado *Mañana serás cadáver* cayó del estante cuando el vendedor tomaba la revista. El dibujo de la portada mostraba una mujer desnuda con un agujero de bala en la frente, del que manaba un chorro de lo que parecía ser pintura roja.

«Sí, ¡mañana serás un cadáver! Ése es el resumen exacto de todo —musitó Margolin con sarcasmo. Precisamente esta basura pregona la verdad».

Entró de nuevo en el ascensor y volvió a subir.

Llamó a la puerta de la habitación y, tras oír la voz de Lise, abrió y entró. Lise era morena, de mediana estatura, cabellera negra y ojos castaños. Debido al calor, iba vestida con un salto de cama. De no ser por su nariz menuda y respingona habría parecido judía. Aunque ya había cumplido los cuarenta, su cuerpo no mostraba señal alguna de envejecimiento. Ya cuando vivía en Alemania observaba un régimen estricto, hacía ejercicios de gimnasia cada mañana y acudía con regularidad al masajista. Su cuerpo era su ídolo, al que servía veinticuatro horas al día. De entre todas las mujeres que había tenido Margolin, ninguna le había gustado tanto como Lise. Accedía a todos sus caprichos, sin exigirle nunca que se prodigara con ella en dinero o en regalos costosos. A su manera, era un ser perfecto, una máquina de precisión capaz de cumplir con exactitud todas las funciones para las cuales había sido construida. A lo largo de todos los años de convivencia, Margolin no había detectado en ella el menor fallo, ni en el hogar, ni en el negocio que llevaba. Lo tenía todo calculado al milímetro. Cada vez que la sometía a un examen médico, se asombraba. Todo era absolutamente normal: el pulso, la tensión, el análisis sanguíneo, la vista, el oído, los reflejos. Poseía el misterioso don de saber adaptarse a él en todo. Leía sus pensamientos, se anticipaba a sus palabras; hasta le gustaban los mismos platos que a él. A menudo Margolin pensaba que en el juego amoroso, antes y después del acto sexual, era maravillosa, con su despliegue de susurros y caricias que aumentaban la excitación. En su *boutique* oía toda clase de anécdotas que contaban las clientas, y ella sabía exactamente cuáles referir, cuándo y cómo hacerlo. Se vestía con gusto y modestia, no se pintaba las uñas, sabía maquillarse con discreción y rara vez usaba joyas. En los tiempos de Berlín, cuando Margolin organizaba alguna velada con sus amigos y conocidos, Lise se comportaba como la anfitriona perfecta. Él la solía llamar entonces su «mujer virtuosa» y ella aprendió a repetir estas palabras en hebreo con la misma perfección con que pronunciaba el inglés o el francés. En aquellos años en Berlín, Boris era un invitado habitual en casa de los Margolin. Lise guardaba aparte para él un juego completo de platos y cubiertos, y encargaba su comida por teléfono a un restaurante *kosher*. En un cajón le guardaba un *yármulke* y se lo traía antes de que se sentara a la mesa, y para que se

lavara las manos según el rito judío antes de comer tenía preparados un aguamanil y una palangana de cobre. Hubo un tiempo en el que Boris anduvo enamorado en secreto de esa mujer alemana que tantos mimos le prodigaba y de quien incluso llegó a decir que tenía el alma judía, y la colmaba de regalos, tanto a ella como a Mitzi.

Lise comprendía que, por supuesto, Boris Makaver nunca más haría las paces con ella y era consciente de que él constituía el mayor obstáculo para que Margolin y ella viviesen juntos de nuevo. No obstante, de su boca nunca salió la menor crítica contra él. Cuando fue al encuentro de Margolin, le besó y se interesó por Boris como si nada hubiese interrumpido su amistad con aquel judío practicante.

—¿Dónde está Mitzi? —preguntó Margolin.

—En la playa.

Margolin deambulaba por la habitación. Sintió calor y le hubiese gustado darse un baño templado. Lise supo al instante lo que le apetecía y se apresuró a preparárselo. Luego le indicó que se sentara y se arrodilló delante de él para desatarle los cordones y quitarle los zapatos, según la costumbre alemana. Mientras tanto, Margolin pensó que justamente así le habría quitado las botas a Hans, el nazi, cuando él volvía de alguna Fackelmarsch, o de romper escaparates de tiendas judías y pintarraजार los edificios pertenecientes a judíos con esvásticas y eslóganes que incitaban al odio. Al verla arrodillada ante él sintió vivos deseos tanto de poseerla como de estrangularla.

—¡Eres peor que una carroña pestilente! —murmuró en hebreo.

—¿Qué significa eso? —Por costumbre no le hablaba más que en alemán.

—Significa: «Mañana serás un cadáver» —contestó en inglés.

—Por supuesto. Tarde o temprano.

Lise le quitó la ropa, le besó y le acompañó al cuarto de baño. Él se metió en la bañera y de nuevo ella se arrodilló, esta vez para enjabonarlo y lavarlo.

—Mitzi ya ha encontrado compañía —comentó Lise.

—¿De quién se trata?

—Un joven que vive en una de las habitaciones de al lado con su madre inválida: un tal señor Levi.

De esta manera Lise intentaba convencerle de que Mitzi ya había olvidado lo que había aprendido en los colegios nazis, y que trababa amistad con muchachos judíos. Sin embargo, Solomon Margolin sabía de sobra que a Mitzi no le caían bien los judíos porque ella se lo había confesado abiertamente. No tenía el tacto de su madre y había dejado escapar que los estudiantes judíos en Norteamérica eran vulgares.

«Bueno, ¡así es!, ¡así es! —pensó Margolin. El mundo entero se encuentra en la más absoluta bancarrota moral».

I

Desde que Herman Makaver se había marchado a Rusia, sólo una persona había recibido noticias suyas: Silvia. Le había llegado una carta de Moscú en la que Herman le daba su dirección y le prometía volver a escribir pronto, pero luego transcurrieron semanas sin recibir ninguna señal suya. Ella le había enviado un telegrama, mas no obtuvo respuesta. Preguntó por Herman en el consulado soviético, y allí le respondieron que no sabían nada. Silvia acudió a pedir consejo al «tío Boris», como lo llamaba ahora, quien ya estaba de vuelta en Nueva York. A Boris le resultaba extraño ver a esa muchacha morena y corpulenta, la misma que le había acribillado con sus inteligentes preguntas intentando provocar una discusión, deshaciéndose en lágrimas ante él. Silvia se llevó un pequeño pañuelo a la voluminosa nariz mientras se lamentaba en un yiddish macarrónico:

—¡No lo entiendo! ¡Es que no puedo entenderlo!

—¿Aún no lo entiende? —preguntó Boris, enfadado. Se lo advertí, ya lo creo que se lo advertí... Le rogué, le supliqué que no se marchara con esos asesinos.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pueden tener contra él?

—¿Qué tienen el uno contra el otro? Los malvados necesitan cometer el mal.

—Pero ¿por qué?

Silvia lloró, después miró con sus grandes ojos negros hacia la ventana y de nuevo rompió a llorar.

—¿Qué puedo hacer yo? —le preguntó a Boris.

—Si cree en Dios, recite los Salmos.

—¿Qué Dios? ¿Qué tiene que ver Dios con todo esto? ¡Madre mía!

Silvia se echó a llorar como una muchacha de antaño que hubiese sido ultrajada.

El propio Boris comenzó a sonarse la nariz y a secarse los ojos. Herman era el último miembro de la familia que quedaba con vida, el hijo menor de su hermano Dovid Méier. Todos los demás habían perecido a manos de los nazis. Y en ese momento Herman estaría pudriéndose en alguna prisión soviética, o acaso lo habrían fusilado ya. Por mucho que Boris gritara que Herman se lo había buscado y que se merecía que lo despedazaran y le echaran vinagre sobre las heridas, la situación le alteraba el sueño. «¿Qué quieren estos exterminadores? ¿Qué quieren?», se preguntaba una y otra vez.

«Si no te pones a su servicio, eres un fascista; si te unes a ellos, tampoco les vale.

Resulta imposible contentar a esos demonios. Los jóvenes lo saben, están al corriente de ello, leen los periódicos, sin embargo el comunismo los atrae como un imán. Se ha transformado en su idolatría». Boris recordaba haber visto el miedo en los ojos de Herman. Ese joven se había marchado a Rusia con ellos, pese al temor que le inspiraban. De algún modo presentía que se estaba metiendo en una trampa en la que, a pesar de todo, había entrado por su propio pie. ¿Acaso tenía explicación ese comportamiento? Y Silvia, ¿aprendería ella al menos la lección? Boris sabía de sobra que no. «Llorará a Herman durante unas semanas o unos meses, y luego pensará que en realidad probablemente era un enemigo secreto de la clase obrera. Así son los de su calaña: cuando ahorcan a un hermano suyo, ellos van y lo apedrean. Su regla es que el verdugo siempre tiene la razón».

Boris le prometió a Silvia que procuraría enterarse de si se podía hacer algo. Pero ¿dónde informarse?, ¿a quién preguntar? Una vez que se había cruzado la frontera rusa, se estaba prácticamente en el otro mundo. Además, a Boris le agobiaban otras preocupaciones. Frieda estaba teniendo un embarazo difícil. Su tez había adquirido un tono amarillento y su abdomen aumentó de volumen anticipadamente. Aunque el doctor Margolin les había asegurado que todo se desarrollaba con normalidad, Boris se sentía inquieto. Su mujer ya no era tan joven y se trataba de su primer hijo. Necesitaba que la cuidaran y que rezaran por ella. La salud de Boris había mejorado algo en las dos semanas que había pasado en la costa: la tensión le había bajado y había perdido seis kilos, pero aún estaba lejos de sentirse totalmente repuesto. El asunto de los barcos se había arreglado en parte y Anna había conseguido maravillas, pero desenredarse de aquel negocio no estaba resultando fácil. Boris se había visto obligado a vender un edificio a pesar de que le reportaba cuatrocientos dólares semanales de beneficio neto. Sus socios discutían cada lunes y cada jueves, lo que obligaba a Boris a intervenir de nuevo para restablecer la paz y para que todo el asunto no se viniera abajo debido a la falta de cohesión.

Atrás quedaban los tiempos en los que Boris iba de una cafetería a otra donde mantenía reuniones de negocios, fumaba cigarros, hablaba y gritaba durante horas. Sentado en su sala de estar, vestido con una bata de seda y los pies enfundados en las zapatillas, se abandonaba a los cuidados de Frieda. Había dejado de fumar, bebía té poco cargado y procuraba no saciarse en las comidas. Durante todo el día sentía ronroneos en el estómago, y en algunos momentos se notaba tan débil que pensaba que el alma abandonaría su cuerpo. Consultaba por teléfono al doctor Margolin, pero éste no hacía más que bromear.

—Si te mueres de hambre, podrás llevarme ante los tribunales.

Otras veces le decía:

—Imagínate que estás guardando el ayuno de Tishá B'Av.

Tishá B'Av ya había pasado y aquel verano transcurría muy deprisa. Apenas acababan de celebrar el Pésaj, y ya se aproximaba el mes de Elul, con los preparativos rituales para el Año Nuevo del calendario judío. A través de las ventanas

abiertas del salón penetraba el estrépito de Broadway, pero Boris ya no se contagiaba de la agitación de Nueva York. Junto con los kilos, también había perdido energías. Al haber dejado de fumar, tenía la sensación de que todos los días eran *shabbat*. Por otra parte, Boris se había enterado de que su rabino de Williamsburg se encontraba gravemente enfermo y que tenía pocas posibilidades de reponerse. Boris lo había visto unas semanas atrás, cuando el rabino ofició en la boda de Herman y en aquella ocasión había apreciado en él cierta debilidad, aunque no que estuviera tan enfermo. Incluso habían comentado el deseo del rabino de asentarse en la tierra de Israel. «No quiero que me entierren en América —había dicho, y explicó que esperaría hasta que se calmaran los disturbios allí. Es cierto: los sionistas son como los gentiles, pero ¿qué culpa tiene de ello la tierra de Israel? La tierra en sí es santa». Unas semanas después informaron a Boris de que el rabino padecía un cáncer de estómago y que ya era demasiado tarde para intervenir quirúrgicamente.

«¡Dios mío, Dios mío! ¡Desde luego, la vida no vale nada! —se decía Boris. Es sólo un paso de la cuna a la sepultura. Yo estoy enfermo, tal vez más de lo que quieren confesarme. ¿Quién sabe?, tal vez tenga ya un pie en la tumba. En ese caso, ¿por qué sigo haciendo el idiota con los negocios? ¿Y qué será de mi pobre hijo aún por nacer? ¡Acaso nunca llegue a conocer a su padre, Dios no lo quiera! ¡Qué amargura, qué amargura! ¡Que consiga al menos enseñarle un poco de Torá! ¡Que pueda al menos servir al Todopoderoso antes de que me vaya!». Fue a su estudio para coger un tomo del Talmud, pero en vez de ello telefoneó al rabino. Le contestó una voz de mujer:

—¡Diga!

—Dvóirele, ¿es usted? Soy Boris Makaver.

—Sí, señor Makaver, reconozco su voz.

—¿Cómo se encuentra usted? ¿Y el rebbe?

—Regular.

—Dvóirele, me han dicho que hay un hospital, no sé muy bien dónde, que se llama Clínica Mayo. Según dicen allí se hacen prodigios. Los mejores especialistas del país trabajan allí.

—Mi padre no quiere ingresar ni siquiera en un hospital de Nueva York.

—¿Cómo es posible? ¿No nos han enseñado que el mandamiento de salvar una vida está por encima de todos los demás?

—Pues él no quiere ir.

—¿Y qué hace? ¿Permanece acostado en la cama?

—No, se sienta.

—¿Estudia?

—¿Qué otra cosa, si no?

—Dvóirele, ¡hoy mismo le enviaré un cheque por quinientos dólares! —declaró Boris, asombrado de sus propias palabras y de la importante suma que había mencionado.

Dvóirele guardó silencio unos instantes.

—¿Por qué tanto dinero?

Boris sintió que el llanto le formaba un nudo en la garganta.

—Quiero que salven al rebbe.

—¡Si fuera cuestión de dinero...! —Dvóirele soltó un sonido parecido a una risita.

Boris siguió hablando un poco más y luego colgó el auricular. Se acercó a la estantería y sacó el Yomá, el libro que el Talmud dedica a las leyes que rigen en el Yom Kippur. «Bueno, mientras siga en este mundo, estaré en disposición de hacer algo. ¡Cada minuto es valioso y cada dólar puede aliviar a alguien! ¡Mientras queda un aliento de vida, se tiene libre albedrío!». Pasó del estudio a su pequeño oratorio, miró el Arca Sagrada, se detuvo ante la cortina que ocultaba los rollos de la Torá y comenzó a hablar con el Creador del mundo:

—«¡Padre que estás en el cielo, ten piedad! ¡Siento que me ahogo, Padre, me ahogo! Padre que estás en el cielo, apiádate de Herman. Pobre de él, está engañado, pero su aflicción es grande. Sálvale, Padre de los cielos. Protege a Jaim Moshe, el hijo de Sara Itte, para que logre escapar de manos de los malvados y entre en razón. ¡Todos estamos engañados, pobres de nosotros, terriblemente engañados! Cada uno a su manera... ¡Somos necios, Padre de los cielos, unos grandes necios!...».

II

Grein comprobó muy pronto lo que ya sospechaba de antemano: que no bastaba con tomar una decisión. A aquel *shabbat* le siguieron otros días, otros sábados en los que rompió todas las promesas que había hecho y quebrantó todas las leyes. Había experimentado el sabor de lo que era llevar una vida judía, pero nada más.

Habían surgido tentaciones imprevistas, como siempre lo son, acompañadas de complicaciones para las cuales nunca se está preparado. Para empezar, la Lea que regresó del hospital era una mujer distinta de la que él había esperado. Su enfermedad, el comportamiento de Grein y lo sucedido con los hijos la habían llenado de amargura y de algo parecido al rencor. Abiertamente anunció a Grein que no confiaba en su arrepentimiento ni lo aceptaba. Si regresaba con ella solamente porque quería reconciliarse con Dios, ella no pensaba recibirlo en casa. En el transcurso de su enfermedad, Lea había ido aún más lejos que un no creyente. Aseguraba que Dios no existía y atacaba amargamente a los judíos. Había estado internada en un hospital judío y se quejaba de los médicos, de las enfermeras y de la administración en general. En cambio, en el hospital gentil donde la habían llevado años atrás al romperse una pierna, la habían tratado con mucha mayor consideración. Lea afirmaba que los judíos proclamaban incesantemente que eran el pueblo elegido, pero en realidad se mostraban groseros, ávidos de dinero y egoístas. ¿En qué consistía, pues, su elección?

Grein intentó demostrarle que el judío de su época había roto con todas las restricciones y, por tanto, ya no era judío.

—Hoy en día no existen otros —respondió Lea en tono cáustico. A los judíos con tirabuzones los liquidó Hitler.

Lea comentaba lo mucho que se alegraba de que Jack se hubiera casado con Patricia. La joven se había mostrado más atenta con ella que Anita, pues no dejó de acudir al hospital ni un solo día. A pesar de que cuando Lea cayó enferma, Patricia estaba a punto de visitar a sus padres e incluso había adquirido ya el pasaje de avión para ir a Oregon, canceló sus vacaciones. Había agasajado a Lea con regalos y flores, y en general se portó como una hija entregada a su madre. En cambio Anita rara vez se acercó al hospital y cuando fue se mostró áspera y ausente, como si diera a entender que cada visita representaba toda una carga para ella.

—En el hospital descubrí la verdad —se lamentaba Lea—, toda la amarga verdad.

Grein le propuso que se fueran juntos al campo; sin embargo, Lea no quiso emprender ningún viaje. Volvió a su tienda de antigüedades en la Tercera Avenida puesto que, según declaraba, no podía contar con su marido. Ya hacía tiempo que había asumido la idea de que debía ganarse el pan por sí misma. Sea cual fuere el tiempo que le quedase de vida, deseaba trabajar y tener sus propios ingresos. Cuando Grein insinuó que le gustaría mantener una cocina *kosher* y observar el *shabbat*, Lea le espetó:

—¡Pues vete con la hija de Boris Makaver! Ella sí es una santa.

De nada sirvieron las súplicas de Grein para que Lea accediera a marcharse con él al campo. Ella se pasaba los calurosos días de verano metida en su polvorienta tienda, desde bien temprano por la mañana hasta que caía la noche, y había vuelto a asistir a las subastas. Aunque Grein pernoctaba en la casa, Lea prescindía de él. Apenas si le contestaba cuando hablaba con ella. Tras su enfermedad, la Lea callada y pasiva de siempre había acumulado odio y rabia. Se había cerrado a él, cortando todo posible acercamiento. Jack y Patricia habían alquilado un bungalow en algún lugar de Long Island y Lea pasaba allí los domingos y los lunes, los días en que cerraba la tienda. Patricia se hallaba encinta. Grein estaba a punto de convertirse en el abuelo de un niño cuya familia, de un lado, se remontaría a escribas, rabinos y judíos practicantes, y por el otro lado, a generaciones de gentiles. Patricia era de ascendencia irlandesa y escocesa, y uno de sus abuelos era alemán. Sus primos podían haber sido nazis.

Grein no le contó a Lea lo que sabía acerca de Anita; fue ella misma quien anunció a su madre sus preparativos para casarse. A través de Lea, Grein se enteró de más detalles sobre el pretendiente de Anita. Se llamaba Fritz Genzl y era comunista y alemán. No había nacido en Estados Unidos, sino que había inmigrado desde Alemania, donde seguía viviendo el resto de su familia. Sus hermanos podían haber quemado judíos y haber reído mientras éstos cavaban sus propias tumbas. Por increíble que resultara, Lea no se oponía al matrimonio excepto por que Anita le parecía demasiado joven. Tampoco le agradaba que Genzl no ejerciera alguna profesión liberal, como médico, abogado o ingeniero, sino que fuera un simple operario en un taller mecánico.

Tanto si Grein volvía a ser judío practicante como si no, la cadena de las generaciones ya se había roto, y su sangre se había mezclado con la de los enemigos de Israel. Él, Hertz Dovid Grein, era la última rama de un árbol judío. Lo que el futuro deparara a los judíos ya no guardaba la menor relación con él. Ése era su destino: quebrar la cadena de una herencia que se remontaba a varios milenios, desde el patriarca Abraham hasta ese mismo día. Nunca había imaginado, en todos esos años, que pudiera producirse esta situación. Se había dedicado a sus asuntos, a sus amoríos, a sus pasiones, y había dejado a sus hijos sin dirección ni disciplina. Ahora ya era demasiado tarde. No sólo los hijos sino también Lea, hija de un hogar religioso, se mostraba dispuesta a abandonar el judaísmo. Grein se hallaba sumido en el silencio y el aturdimiento. Se repetía una y otra vez las mismas preguntas: «¿Cómo ha sucedido? ¿Cómo ha ocurrido todo tan deprisa?».

La respuesta era clara: el modo de vida judío no es una hierba silvestre que crece sola; es un jardín que ha de ser cuidado. Cuando el jardinero lo olvida o actúa como si lo olvidara, las plantas se marchitan. En esta cuestión impera la ley de causa y efecto. No existen milagros: si no se enseña a los hijos el modo de vida judío, serán ateos, comunistas, asimilacionistas o conversos. El precepto bíblico que alude a los Mandamientos, «Y los inculcarás a tus hijos...»^[60], no era un simple tópico beato.

Sin ese requisito todo se derrumba.

Este examen de conciencia de Grein quedó interrumpido por la idea de que había descuidado su deber esencial. Ya imaginaba el razonamiento del propio Satanás: «De todos modos, es demasiado tarde. Puesto que no puedes corregir nada, todo ha de quedar como estaba. Si al menos mostraras una fe íntegra, aún tendría sentido arrepentirte. Sin embargo, tu fe no es tal. No crees en nada, excepto en un poder desconocido y nunca revelado. Tu Dios no es el Dios de Abraham y de Moisés, y desde luego no el de rabí Judá el Príncipe, el de Rabbá o el de rabí Moshe Isserles. Se trata de un Dios que no es más judío que gentil. No existe ningún camino para servirle. Toda tu lucha interior se reduce a una neurosis».

Así le hablaba su lado diabólico. El lado bueno le respondía: «En ese caso, Hitler estaba en lo cierto; la razón reside en la fuerza. Corre pues, Hertz Grein, y grita: ¡Viva Stalin! ¡Heil Hitler! Únete a todos los corruptos, a los asesinos, a los provocadores y a los mentirosos. Comparte sus pensamientos y su destino. Deja de razonar en términos del bien y del mal. ¡Vive como un perro y muere como un perro! ¡Bebamos y comamos, que mañana moriremos!».

El espíritu egoísta de Grein anhelaba tomar los dos caminos a la vez: ser judío y también gentil, hombre santo y también profano; dar y al mismo tiempo recibir. Quería actuar como Zimrí y recibir los premios de Pinjás. Buscaba un compromiso que le permitiera disfrutar de los placeres de la vida mundana y de los consuelos que brinda la religión. ¿No existiría esa fórmula, esa fe reformada? ¿No habría una religión que le permitiera estar con Anna y también con Ester, y componérselas para seguir igual que durante todos aquellos años? Su lado egoísta se empeñaba en buscar justificación: si la Torá permite la poligamia, ¿por qué no iba él a tener varias amantes? Ciertamente Ester era la esposa de otro hombre, pero si Plotkin no era celoso, ¿por qué había Grein de abstenerse de poseerla? La prohibición expresada en el mandamiento «No cometerás adulterio» se basaba exclusivamente en la exigencia de no tomar lo que pertenece a otro, pero si al otro no le importaba, ¿por qué no tomarlo?

El otro Grein, no obstante, era plenamente consciente de que todas esas argucias y explicaciones se orientaban a un solo propósito: borrar los compromisos, convertirlo todo en arbitrario. De nuevo le asaltó el recuerdo de que había matado a un hombre. Su víctima, Stanislaw Luria, yacía en su tumba. Su sangre, como la sangre de Abel, clamaba desde las entrañas de la tierra.

III

El día había sido tórrido. De noche, la ausencia de luna en el cielo indicaba el comienzo del mes de Elul, dedicado a la penitencia. Grein estaba tumbado en el sofá del salón, descalzo y en mangas de camisa, cuando Lea salió de la cocina:

—Hertz, ¡no aguanto más! —exclamó.

Grein se quedó mirándola.

—¿Qué pasa ahora?

—Tengo que salir. Me estoy asfixiando.

—Llevo todo el verano rogándote que lo hicieras.

—Entonces no podía ir a ninguna parte, estaba demasiado enferma. Aún lo estoy, pero lo poco que me queda de vida esta ciudad me lo está arrebatando. La tienda ha estado cerrada tres semanas y ahora voy a tener que cerrarla de nuevo. Sencillamente, no vale la pena pagar el alquiler.

—Pues liquídalo todo y termina con eso de una vez...

—Para ti es muy fácil aconsejar. No se vende ni un artículo. No entran clientes, y si vendo al por mayor tendré que dejar la mercancía casi regalada. Los artículos me han costado más de lo que voy a conseguir por ellos.

—En ese caso, cierra el negocio. De todas formas, no has invertido millones en él.

—Ya no puedo con mi alma, Hertz. Me temo que nunca más volveré a abrir la tienda.

—Si no puedes, no puedes.

—¡Con qué ligereza lo dices! He entregado toda mi vida a esa tienda. Por ella enfermé, el polvo me ha devorado. Nunca sabrás lo que he soportado allí. Naturalmente, tú eres el culpable de todo. A mí nunca se me hubiese ocurrido convertirme en mujer de negocios si tú no te hubieras pasado los años corriendo detrás de mujerzuelas. Si me hubiese quedado en casa, seguro que hubiese acabado perdiendo el juicio. Por las noches, despierta en la cama, a menudo sufría escalofríos de fiebre. Lo que me has hecho, nunca lo sabrás. Esperaba que el negocio me distraería, sin embargo fue salir de un infierno para caer en otro. A pesar de haber prometido que me ayudarías, nunca llegaste a pisar la tienda. Estabas demasiado ocupado con tus rameras. Ahora ya no puedo más. Siento que se han agotado mis fuerzas. Quisiera marcharme, pero ¿adónde ir? Me da miedo la gente y ni siquiera soy capaz de mirar a los demás a los ojos. Siempre imagino que me están observando los pechos y cualquiera ve que sólo tengo uno. Ay, me gustaría refugiarme en un rincón tranquilo en el que no me viera nadie, aunque ¿dónde esconderme? Hay gente en todas partes y enseguida empiezan a interrogarte.

—¿Y si nos fuéramos a alguna granja?

—¿Qué clase de granja? Eso sería aún peor. Ahora me resulta imposible pasar sin un cuarto de baño privado. He de poder encerrarme sin que nadie llame a la puerta.

—Tal vez te gustaría tomar una habitación con baño en algún hotel.

—¿Dónde, en las montañas Catskill? No pienso ir a esos establecimientos. Ya no soportaría sentarme a la mesa con extraños.

—Pues un hotel en Atlantic City. Allí comeríamos en restaurantes.

—¿Qué dices? No me gusta el mar. Siempre he detestado esos lugares donde la gente da vueltas en la arena, y además no puedo luchar contra las olas. Ahora que me han quitado un pecho, desde luego no quiero exponerme a las miradas de la gente para que me señalen con el dedo.

—No tienes por qué bañarte.

—A mí me gusta la montaña, no el mar.

—Vámonos a Lake Placid. Es un lugar alto y tienen hoteles donde no sirven comidas. Así comeríamos en algún restaurante.

—¿Dónde queda ese Lake Placid? Oh, ya veo. Habrás ido allí con tus putas. Ni hablar de esos lugares de los gentiles. A mí me gusta la comida judía, no la carne dura y chorreando sangre.

—Está lleno de judíos.

—¿Qué clase de judíos? ¿Refugiados de Alemania? No los soporto. Cuando los oigo hablar en alemán, me dan ganas de taparme los oídos. Si es en la tienda, examinan las cosas mil veces, toquetean cada mueble, hurgan en él, lo manosean, siempre en busca de defectos. Hablan tanto que al final sientes que te explota la cabeza. Luego te entregan por adelantado cinco dólares y tardan una eternidad en pagar el resto. Cada vez vuelven con cinco dólares y tienes que extenderles un recibo, y así y todo se traen a algún experto para que opine. No sé de dónde saca esa gente tanto tiempo, porque todo ese ir y venir y la cháchara de tres horas acerca de un viejo sofá valen más que el artículo en sí. De paso se ponen a perorar sobre los valiosos objetos que poseían en Alemania, los balnearios que frecuentaban y cómo allí todo era tan bueno y barato y aquí todo tan caro; a pesar de que Hitler les pegó la patada y en Estados Unidos los acogieron, eso no les impide criticar a este país continuamente. De pronto, llega una de esas alemanuchas y me suelta que, tras consultar con un decorador, ya no quiere el sofá y que debo devolverle el dinero. O intenta cambiarlo por otra cosa y todo el ciclo vuelve a empezar. No quiero verlos nunca más, ¿me oyes? ¡El cáncer me vino a causa de ellos!

—No tiene por qué ser Lake Placid.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—En las montañas Adirondack hay hoteles donde es posible llevar una vida completamente privada.

—¿Dónde queda eso? No quiero ir muy lejos de casa; he de ver al médico cada semana. En realidad, no quiero marcharme lejos de Nueva York. Si cierro los ojos para siempre, que no haya que trasladarme.

—De verdad, Lea, me preocupas.

—No me encuentro bien. No es sólo el pecho. El médico me asegura que en la

operación lo eliminaron todo y que me dejaron completamente limpia, pero yo siento que algo dentro de mí se está pudriendo. No nos engañemos: ha llegado mi hora. Pronto estarás libre y podrás volver corriendo con la hija de Boris Makaver.

Sonó el teléfono y Grein fue a su estudio. Echó a correr, olvidando que había resuelto no hacerlo, pero enseguida frenó en seco. El estudio estaba a oscuras. Quiso encender la luz y de pronto le resultaba imposible recordar dónde estaba el interruptor. En la penumbra se abalanzó sobre el teléfono, golpeándose los nudillos con el aparato, y se llevó el auricular al oído, no sin antes darse con él en la sien.

—¡Diga!

—¿Hertz? Soy Anna.

—Sí, Anna...

Acercó una silla en la oscuridad y se sentó. A raíz de aquella carta que le había escrito para comunicarle que volvía con Lea, Anna había dejado de llamarle. Grein le había mandado un cheque por el importe del alquiler, pero ella se lo había devuelto con una breve nota donde le informaba de que era perfectamente capaz de pagar su propio alquiler.

—¿Estás en Nueva York? —preguntó Grein.

—Sí, estoy en Nueva York.

—¿Cómo se encuentra tu padre?

—¿Papá? Algo delicado de salud, pero no le va mal. Su mujer está encinta, en los últimos meses del embarazo.

—¡No me digas!

—Lo que oyes. ¿Cómo estás tú? Creí que te pasarías el día entero estudiando en el *beit Hamidrash*.

—A tanto aún no he llegado.

—¿Por qué no? Por lo que me escribiste, no ves otra alternativa. ¿Y tu mujer?

—No se encuentra muy bien.

—Hertz, no quiero trastornar tu vida. Si has decidido que éste es tu deber, tú sabrás lo que haces. Además, tal vez tengas razón.

—Compréndeme, no podía abandonarla en estas circunstancias.

—Sí, tienes toda la razón.

Durante un rato ambos guardaron silencio.

—Aún te considero un buen amigo —afirmó Anna a continuación.

—No cuentas con ninguno mejor, a excepción de tu padre.

—Sí, pero ¿qué es la amistad? Hertz, quiero decirte algo aunque ya sé que eres consciente de ello. Hemos matado a un hombre y a nosotros no nos ha reportado ningún bien.

—Lo sé, lo sé. Pienso en ello todo el día.

—Tú al menos dispones de un hogar. Yo me he quedado totalmente a la deriva.

IV

De nuevo ambos guardaron silencio. Luego Anna añadió:

—Hertz, no pretendo sentarme a esperar que le suceda algo malo a tu mujer. No pienso en ello, ni siquiera se me ocurre tal posibilidad. Ojalá viva cien años. Además, incluso estando con ella, andabas liado con esa tal Ester. Hemos de olvidar lo que hubo entre nosotros. No me refiero a olvidarlo literalmente, sino a que sólo fue un episodio que ya ha llegado a su punto final. Recordarlo, lo recordaré hasta mi último suspiro.

—Sí, sí.

—Sin duda creerás que me he vuelto loca, Hertz, pero pienso volver con Yasha.

Anna no había dicho Yasha Kotik sino sólo el nombre, y Grein tardó unos instantes en comprender a quién se refería. Quiso reír, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Es verdad eso?

—Sé lo que piensas, y lo que pensará todo el mundo. Cuando lo oiga mi padre, me escupirá y ése será el final. También contigo está furioso, pero Yasha le inspira verdadero asco. Y aún más le temo al doctor Margolin. No es que vaya a hacerme nada, aunque el desprecio es como una fuerza física. Él sabe por lo que tuve que pasar en Berlín; a ti también te he contado algo de eso. Soy consciente de todo ello, Hertz, pero... no soporto la soledad... sencillamente, me da miedo estar sola. Yasha tiene infinidad de defectos, pero sigo sintiendo algo por él. Siempre ejerció una profunda influencia sobre mí. Aunque veo todos sus puntos negativos, despierta mi interés... No es preciso que insista sobre su gran talento. Realmente ha conquistado América. Le llueve el dinero.

—Sí, ya lo sé.

—Me alegro de que no se pueda escupir a través del teléfono; de lo contrario, seguro que ya lo habrías hecho.

—No, Anna. Si acaso debería escupirme a mí mismo.

—Tú actúas según te dicta la conciencia, en cambio yo hago lo contrario. No obstante, necesitaba hablar con alguien, ¿y en quién iba a confiar, si no en ti? A papá es como si ya lo hubiera perdido; lo que estoy a punto de hacer acabará con todo: será la ruptura definitiva. El doctor Margolin posee una penetrante inteligencia, pero es un hombre duro; sólo entiende de una cosa: la lógica, aunque ésta no impere en su propia vida. También tenía un primo, Herman, pero se marchó con los bolcheviques y allí se encargaron bien de él. Otras mujeres tienen hermanas, pero yo no cuento con nadie. Para cuando crezca mi hermana o hermano, yo ya seré vieja o estaré muerta. Con alguien he de hablar.

—Sí, Anna, conmigo puedes hablar.

—¿Qué voy a decirte? Ya sé que obro mal, pero no puedo remediarlo. Tres hombres en una vida son suficientes, demasiados. No puedo ni quiero empezar con

un cuarto. Yo soy de esa clase de mujeres que vuelven al ayer. Tú también has formado parte de mi pasado. Yo no soy capaz de enterrar el pasado. Quise irme contigo porque eras mi primer amor, pero ya que el primer amor ha huido, he decidido volver al segundo. Si éste tampoco resulta, en el otro mundo regresaré con Luria.

—No lo conviertas en una tragedia.

—¿Y qué, si no? Yasha me ha hecho más daño que ninguna otra persona en el mundo. Ahora me halaga con dulces palabras y me promete la luna, pero yo sé que se portará exactamente igual que en Berlín. La única diferencia es que ahora tiene más edad y seguramente menos fuerzas que antes.

—Sí, comprendo.

—No obstante, cuando una persona ha estado toda la vida enzarzado en mentiras y falsedades, no cambia de la noche a la mañana. Ahora proclama que está loco por mí, que el amor le ha desquiciado. Me envía tal cantidad de flores que me da vergüenza del ascensorista y de los empleados del edificio. Los vecinos deben de pensar que soy la querida de Rockefeller. Me telefona treinta veces al día, entre un acto de su representación y el siguiente, y en cuanto abandona el escenario se lanza corriendo al teléfono. Al principio, cuando empezó a perseguirme, yo me limité a insultarle y a decirle que no quería ni oír su nombre. Luego se las arregló para aliarse con una tal Justina Kohn, una buena pieza, que por lo visto fue actriz o Dios sabe qué, en Polonia. He oído que la conociste en el salón de té ruso, el Zvezdá o como lo llamen. Ella fue la sinvergüenza que la loca dentista del profesor Shrage contrató para engañar a Luria. No quiero hablar de este tema, porque me resulta demasiado doloroso. Las mujeres como ella tendrían que ser ahorcadas, no se merecen nada más. Bueno, pues precisamente a ésa es a quien eligió como amante... Ahora, al parecer la ha dejado tirada. Pero ¿cómo prever la conducta de gente como Yasha? Tú volviste corriendo junto a Ester, ¿por qué no iba a regresar él con Justina Kohn? Sé que todo esto es una ciénaga inmunda, no obstante, me estoy metiendo por propia voluntad. ¿Entiendes tú todo esto?

—Sí, lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Nosotros también somos gente inmunda. La inmundicia atrae a la inmundicia.

—¿Ah, sí? Sí, tal vez estés en lo cierto. Sin embargo, ¿qué voy a hacer? Tú lees la Guemará y eres capaz de convencerte de que eres de nuevo un estudiante de *yeshivá*. Yo no soy capaz de estudiar la Guemará. Todas esas habladurías acerca de Dios no me interesan. Ayer, sin ir más lejos, vi una película en la cual unos salvajes africanos se desgarraban las carnes antes de saltar al fuego para servir a sus dioses, y pensé: «¿Cómo sabemos que nuestro Dios vale más que el suyo?». A sus ojos, seguramente nosotros parecemos tan ridículos como ellos a los nuestros. No soy capaz de hablar con la pared y convencerme de que me dirijo a alguien que me escucha. Envidio a quienes poseen esta capacidad.

—Espero que al menos le quieras.

—¡Bah, no sé qué responderte! A los nueve años, yo sabía a quién quería. Ahora ni siquiera sé eso. Únicamente soy consciente de una cosa: que no soporto la soledad. Sencillamente, me vuelvo loca. Claro que tampoco voy a salir a la calle a buscarme cualquier desconocido. He de mantener una relación con alguien, por mala que sea. Lo importante es que exista una relación.

—¿Y eso qué es? ¿Deseo sexual?

—Tampoco a eso puedo responderte. Un hombre sabe qué quiere y cuándo lo quiere. Las mujeres, por lo general, no saben nada, todo es emoción. Me repito a mí misma: «¿Qué puede ocurrir? Si no funciona, no funciona. Envenenarme, no me va a envenenar, ni dispararme tampoco. Y siempre me queda la opción de dejarlo». Sin embargo, al mismo tiempo, se apodera de mí un miedo mortal. Y cuando pienso en papá, se me encoge el corazón hasta tal punto que quisiera morirme.

—¿Él se empeña en hacerlo oficial?

—¡Qué va! A Yasha le da igual. Sin embargo, yo no estoy dispuesta a irme a vivir con él sin más, algún compromiso habrá de adquirir. Esto no es Alemania. Aquí se obligará a pagar una pensión alimenticia... ¡Oh!, no sé ni lo que me digo. Pero ya he tenido bastante amor libre. No nací para ello. Los pocos meses que he estado viviendo contigo han sido una lección suficiente.

Anna guardó silencio.

—En realidad, ¿qué quieres de mí? ¿Que te aconseje? —preguntó Grein.

Anna no contestó de inmediato.

—Te vas a reír, pero no soy capaz de tomar una decisión sin ti. Sé que se trata de una situación absurda, pero en mi vida todo resulta tortuoso y grotesco. Al fin y al cabo, fuiste tú quien me abandonaste, no yo a ti. Yo esperaba que tú fueras mi último puerto. Podrías haber significado cuanto yo deseaba si hubieras venido a mí con el corazón entero, no repartido entre tres mujeres. Durante las semanas que he pasado sola, he tenido tiempo para reconsiderar la situación. Ambos nos fuimos de nuestras casas siguiendo un impulso, sin ningún plan, sin preocuparnos por nada, y así continuamos improvisando desde el principio hasta el fin. Si tu mujer no hubiera caído enferma, habría surgido otra cosa. ¿Qué hay de Ester? ¿Sigues en contacto con ella?

—No, en absoluto.

—¿Dónde está?

—Tampoco lo sé.

—No importa, ella te encontrará a ti. De Ester no te librarás tan fácilmente. ¿Qué opinas de Yasha? Por favor, sé claro.

—Yo ya no puedo expresar nada con claridad.

—¿Tampoco tú? Creí que al menos tú sí te habrías encontrado.

—No, Anna. No he encontrado nada.

I

Yasha Kotik se despertó sobre las once de la mañana y abrió los ojos con la picara expresión de quien sólo finge dormir. Se incorporó y contempló con mirada de experto a Justina Kohn, que yacía acostada en la otra cama, el lecho de Stanislaw Luria, completamente desnuda y medio cubierta por una sábana. En el pasado, observar a una mujer por las mañanas era un buen sistema para averiguar su auténtico aspecto; en cambio en esos tiempos las mujeres utilizaban, incluso para dormir, cosméticos y toda clase de potingues. Sus labios eran de color rojo carmesí y se había untado la cara con una espesa capa de maquillaje. Tan sólo sus pechos, que colgaban flácidos como aquellos odres que Kotik había visto cuando estuvo en Asia central, proclamaban su secreto. Tenía el cuello lleno de arrugas y en un costado, cerca de las costillas, se apreciaba la cicatriz de alguna intervención quirúrgica reciente. «Vaya, ¡tampoco su vida ha sido un lecho de rosas! Habrá querido ser una segunda Greta Garbo o, por lo menos, otra Marlene Dietrich —pensó Kotik, frotándose el mentón, como si tuviera barba. Bueno, tendré que librarme de ella. Empieza a resultar peligroso seguir con esta relación». Abrió el cajón de la mesilla de noche, donde antes de irse a dormir había guardado un fajo de billetes. «Hay que mantener los ojos bien abiertos. Esta mujer tiene las manos largas». Al contar los billetes y mientras hacía el cálculo, su frente quedó surcada de pliegues y las arrugas alrededor de la boca se le hicieron más profundas. «Dólares, ¿eh? —se dijo. ¿Sabéis cuánto os ama el mundo? En todas partes la gente os adora. No hay nada que no estén dispuestos a hacer por vosotros. Sin embargo, aquí estáis, descansando en mi cajón, y no sois más que unos pedacitos de papel. ¡La madre que parió al Tío Sam, el muy ladrón!».

Kotik empezó a hacer cuentas sobre las posesiones de Anna: había invertido unos quince mil dólares en el edificio de habitaciones amuebladas; el coche valía por lo menos dos mil dólares y, según comentó, había colocado otros diez mil en acciones y obtendría para sí misma unos veinticinco mil dólares del negocio de los barcos. En conjunto, todo ello ascendía a unos cincuenta y dos de los grandes. No obstante, eso no era todo. Anna tenía una buena cabeza sobre los hombros, una *smykalka*. Del edificio sacaba una renta de doscientos dólares semanales, además de los que ingresaba de otras inversiones. Ella se le había confiado totalmente, le había confesado todos los detalles acerca de Stanislaw Luria, de Grein y del joven italiano de Casablanca. Ya no era la infantil Anna de Berlín, la jovencita inocente a la que

había abandonado tras aprovecharse de ella. Se había convertido en una mujer madura con quien podía hablar de todo lo humano y lo divino. Por otro lado, tampoco estaría en disposición de controlarlo en exceso, porque como mujer de negocios estaría todo el día ocupada. ¿Cómo iba a espiarlo? Él debía asistir a ensayos y ella estaba obligada a atender sus asuntos. Le haría un hijo o dos, para que tuviese por allí correteando un par de criaturitas. Al fin y al cabo, no se vive eternamente. Tarde o temprano, los caramelos hay que dejárselos a alguien.

—¡Oye tú, furcia!

Kotik agarró a Justina Kohn por el pelo teñido y le dio un tirón. Justina se resistió un rato y luego abrió los ojos.

—¿Cuánto tiempo se puede estar amodorrado? —le preguntó Kotik. Es casi la tarde. Ya suena el *shofar* en Brooklyn. Han lanzado una bomba atómica en el centro de la ciudad.

—¡*Ach ty blaznie!* ¡No eres más que un payaso!

Aunque Kotik le hablaba en yiddish, Justina Kohn se empeñaba en contestarle en polaco. Ella sabía yiddish, ya que en Varsovia su madre había sido dependienta en un puesto de carne no *kosher* del mercado. Sin embargo, para Justina hablar en yiddish significaba volver al sótano asfixiante de su hogar y a la miseria de su infancia. A Yasha Kotik no le costaba hablar en yiddish, porque había alcanzado el éxito en Norteamérica y se sentía con fuerzas para reírse de todo y de todos. Para Justina era distinto. En cuanto pronunciaba una palabra en esa lengua le asaltaba la sensación de que no había vivido otra vida. Y en ese caso, todo habría sido un sueño: sus actuaciones sobre el escenario del Maly Teatr polaco, sus amoríos con famosos actores polacos, las reseñas que sobre su trabajo habían aparecido en la prensa polaca y los carteles con su fotografía. Justina Kohn bostezó.

—¿Qué hora es?

—Más tarde de lo que piensas, palomita. El gallo ya ha cantado y ya le han retorcido el gañote. Ya lo han metido en los bocadillos del restaurante *kosher* de Glitsenshtein. ¿Tienes hambre?

—No.

—Yo sí. Ve y prepara el desayuno y luego lárgate, porque va a venir gente respetable a visitarme.

—¿Qué gente?

—De toda clase. Soy un hombre de negocios y debo cuidar mi reputación. ¿Con qué cara los he de recibir si lo primero que encuentran en mi casa es una mujerzuela? Sabe Dios qué pensarían.

—Cierra esa boca.

—¿Sabes qué me apetece? Unos huevos revueltos con cebolla. ¿Sabes preparar la cebolla?

—Te va a oler el aliento.

—No digo cebolla cruda, sino sofrita. No, seguro que no sabrás hacerlo. Mi

madre solía preparármelo dos veces al año si yo traía el dinerito a casa. Yo todavía trabajaba en un taller de polainas, y entregaba a mi madre lo poco que ganaba. Aquí se le llama «el día de paga». ¿Sabes una cosa? Vamos a la cocina y yo mismo picaré la cebolla. ¿Hay mantequilla en el frigorífico?

—Hay de todo.

—¿Sabes cocinar, por lo menos?

—¿Qué pasa? ¿Quieres casarte conmigo?

—Yo me casaría, ¿por qué no?, pero necesito una mujercita con dinero. ¿Por qué me miras así? La profesión de actor es tan frágil como una tela de araña. Hace tres meses no tenía ni un centavo en el bolsillo. Ahora me elevan a las nubes. Mañana puede presentarse un crítico malintencionado y despedazarme, y toda mi carrera quedaría en nada. Esos contratos no valen un pimiento. Había aquí un actor que ganaba un cuarto de millón de dólares al año y hace un par de semanas lo encontraron muerto en el Bowery. En el bolsillo llevaba, exactamente, veintitrés centavos. Así es Estados Unidos.

—¿Y qué te propones? ¿Casarte con una millonaria?

—¿Por qué no? Si por la misma mercancía puedes obtener mejor precio, ¿por qué vas a venderla barata? A mis años ya no es una cuestión de amor. Ni siquiera sé lo que es el amor. Y te confesaré un secreto, bomboncito mío: nunca he sabido cómo se come eso. En el taller donde trabajaba de aprendiz, Dios no quiera que tenga que volver a semejante agujero, había un hombre que se dedicaba a coser el acolchado de las polainas. Estaba tan enamorado, pobre de él, que me mareaba con su cháchara. Tenía una memoria de elefante y se acordaba de todas las tonterías que le soltaba su corderita. Ahí sentado frente a la máquina de coser, no paraba de repetir las memeces de ella y me preguntaba: «Yánkele, ¿qué habrá querido decir?». En esa época aún me llamaban Yánkel sin más. Por lo demás, él era un artesano experimentado y yo era el último mono. A mí me tenían asignado el trabajo de estirar la caña de la polaina y golpearla con un taco de madera. Cuando el jefe salía, nos tomábamos un respiro. En fin, que aquel tarugo atribuía mil significados a las palabras de su cariñito, construía sobre ellas las ciudades de Pitom y Ramsés, y gracias a ese chismorreo amoroso me di cuenta de que aquella muchacha era un auténtico volcán. Así que le convencí al muy tonto de que me enviara a interceder por él ante la moza. En cuanto le eché la vista encima me di cuenta de que era una buena pieza, la agarré por una trenza y le solté: «¿Dónde y cuándo?».

—Que te parta un rayo si mientes.

—Es la pura verdad. Todo el mundo me considera un mentiroso, aunque yo sólo cuento la verdad. No importa, ya he dejado de discutir. Antes me enfurecía y juraba por lo más sagrado, pero de todas formas no me creían. ¿Cómo va a creer un eunuco que alguien es distinto a él? Yo vivo más experiencias en una semana que otros en toda una vida. Así ocurría cuando yo era un chaval y me ponía los pantalones de mi hermano; así ocurría después en Berlín, cuando tenía el mundo a mis pies; y más

adelante en Rusia y en Polonia. Ahora también aquí ha comenzado la feria. ¿Cómo van a creerlo estos burguesitos? A veces ni yo mismo doy crédito y pienso que debe de ser una alucinación o Dios sabe qué. Ven, vamos a freír la cebolla.

—¿Qué quieres decir con eso de la feria?

—Que es un verdadero zafarrancho. Me llaman, me preguntan, me invitan, me mandan notitas. Para arriba, para abajo, aquí, allá. He tenido que anotar las direcciones en una agenda para enviar a la gente todo tipo de mensajes, como si fuera el cartero: saludos de un hermano, de una hermana, de una cuñada, o de una amante. A éste le vi, a aquél le oí, y patatín, patatán. Entre una cosa y otra, mantengo los ojos abiertos por si cae algo. ¿Qué te pasa? ¿Estás celosa?

—Yo también tengo mi orgullo.

—Orgullo, ¿de qué? Yasha Kotik detesta el orgullo. En Rusia, a los tipos orgullosos los mandaban al paredón. Aquí también les hacen pasar por el aro. En Hollywood te tratan igual que en Moscú. Si no te andas con pies de plomo, te mandan al diablo. Es el mismo sistema: lo que aquéllos hacen con un revólver, éstos lo hacen con el dólar. Y así actúan en todas partes: en el ejército, en el teatro, en las universidades. En Varsovia había un centro donde trataban las enfermedades de la piel, el hospital Swietego Lazarza, y cada vez que ingresaba un paciente nuevo, los demás lo untaban con mierda y le obligaban a comer brea con mostaza.

—¿Cómo es eso?

—Porque sí. También los enfermos quieren divertirse. Yasha Kotik posee un sexto sentido. Al llegar eché una miradita y enseguida lo calé todo. Ya me he hecho comunista también. Aquí hay que ser más comunista que allí, ¿qué te parece?

—No sé de qué me hablas.

—Hazte roja, chica, hazte roja. Es lo mejor para el negocio. Aquí los reaccionarios se mueren de hambre. Fue Stanislaw Luria quien me lo dijo, que la tierra le sea leve. Él siempre aseguraba que el capitalismo quiere suicidarse. Trata de impedirle a un suicida que se mate, y te clavará un cuchillo. En aquel momento pensé que estaba loco, pero sabía muy bien de qué estaba hablando. Si encuentras a dos rufianes que se están atacando a navajazos, tú pasa por delante sin decir ni pío, que si intentas entrometerte para apaciguarlos, terminarán llevándote a la tumba. Y si encuentras a alguien en el borde de un tejado que amenaza con saltar, no te pares a disuadirlo, porque te arrastrará con él. Éstas no son palabras mías; es el legado que recibí de Stanislaw Luria.

II

—Te lo ruego, haz el favor de no hablar de él —dijo Justina algo nerviosa.

—¿De qué tienes miedo? Conseguiste convencerlo de que tú eras su esposa muerta, así que ahora él es tu marido muerto. De hecho, has pasado la noche en su cama.

—¡Cierra el pico de una vez!

—¡Vaya, si está temblando! ¿Qué te asusta tanto, di? Si los muertos pudieran tomar venganza, saldrían del cementerio en masa por la noche y nos estrangularían a todos. Pero no pueden. No pueden. Había en Rusia un profesor medio loco; vamos, estaba tan chiflado que hasta le echaron a patadas de la NKVD. Siempre decía que en realidad nadie se muere, sino que los familiares lo despachan al otro mundo. A uno lo liquida su mujer, del otro se encarga su hijo, su hija, su mejor amigo. Incluso escribió todo un libro para demostrar su tesis, aunque nadie se dignó publicarlo. Así que un invierno que hacía mucho frío en su habitación, lo metió en la estufa y lo quemó para calentarse. ¿No te parece increíble?

—De un loco se cree cualquier cosa.

—Quisiera organizar una fiesta, o «tirar» una fiesta como dicen en inglés, que me cueste mil dólares, o más si hiciera falta, pero no sé cómo. ¿Tú sabes cómo se «tira» una fiesta?

—¿Qué es lo que hay que saber? Todo es cuestión de dinero.

—Dinero hay. Pero me gustaría invitar a Anna y seguro que ella no querrá venir aquí. Es su propio apartamento, ¿comprendes?, aquí es donde vivía con Luria. Aquí, en esta cama, se acostaba pensando en Yasha Kotik. Ahora tendrá que estar acostada junto a Yasha Kotik pensando en Grein, o quien sea. ¿Te das cuenta?

—¿Por dónde vas? ¿Piensas casarte con ella?

—¿Por qué no? Ya ha sido mi esposa una vez y me conoce bien.

—¿Hablas en serio o estás bromeando?

—¿Qué más da?

—Pero ¿no acabas de decir que querías casarte con una millonaria?

—Anna llegará a ser millonaria. Una mujer que ya sea millonaria no me va. Ya tendría colocados y bien atendidos todos sus millones y yo no sería para ella más que un gigoló. Anna aún tiene que conseguir su fortuna, así que va a estar muy *busy*. Ya sabes lo que significa *busy*, ¿verdad? ¿Hablas inglés?

—Sí, sé inglés.

—Yo necesito una mujercita que esté muy ocupada. Ella ya posee un edificio, pronto se comprará un segundo e incluso un tercero. Además, tampoco es tan mayor. Le haré un hijo y se pondrá a jugar con él. ¿Entiendes por dónde voy?

—Entiendo que eres un canalla.

—¡Vaya! ¿Y tú te consideras mejor? Comparado contigo, soy todo un caballero, un santo. Aunque sea eso que llaman «un lobo con piel de cordero», o sea un

hipócrita. En cambio, tú, hermanita, venderías a tu propia madre por tres dólares.

—Te advierto que no pienso quedarme a oír cómo me insultas.

—No te estoy insultando. ¿Dónde se habrán metido mis calzoncillos? Los tenía por aquí. Oye, ¿se puede alquilar un local para «tirar» una fiesta?

—En Nueva York se alquila de todo, hasta a una persona que se siente a guardar por ti los siete días de luto.

—Yo prefiero celebrar una fiesta en mi propia casa. Después de una juerguecita, cuando ya se han marchado los invitados, me gusta que quede vino, coñac, algo de carne, un poco de hígado picado y, si además permanece a mi lado una amiguita como tú, mejor que mejor. Detesto organizar una fiesta en cualquier sitio y luego volver solo a casa, como si fuera uno más de los invitados. Es un poco solitario. ¿Me entiendes?

—Verás que ella vendrá aquí también.

—¿Te refieres a Anna? No lo creo. Aunque pensándolo bien, tal vez estés en lo cierto. Hasta es posible que terminemos viviendo aquí. ¿Por qué gastar el dinero en una vivienda, si ya disponemos de una bien preparadita? Además, tendrá su morbo. A mis años todo ha de tener un poco de morbo. Ayúdame tú a organizar la fiesta y te daré cien dólares, además de todo lo que conseguirás hurtar por ahí.

Justina Kohn estaba subiéndose lentamente una media.

—Panie Kotik, ¡ya me ha insultado usted bastante por hoy!

Kotik recogió del suelo un zapato.

—¿En qué te perjudico? Me gusta hablar así. Además, es la verdad, ¿por qué no ibas a robar? En tu lugar, yo haría lo mismo. Óyeme: necesito a alguien como tú. Yo he hecho las mil y una, pero siempre en colaboración con una mujercita con quien charlaba como si fuera un compañero de armas. En Berlín me lié con una simple corista gentil a quien no guardaba ningún secreto, ninguno en absoluto. Le contaba más cosas que a mi amigo más íntimo. Tampoco ella me ocultaba nada a mí. En Rusia también estuve con una pájara así, pero ésa debía acudir cada vez a la NKVD para presentar su informe. Aparte de mí, la visitaban otros dos clientes y yo estaba al corriente, aunque ellos no sabían de mí. Ella me lo explicaba todo acerca de ellos, hasta el último detalle. ¡Cómo nos reíamos! Los tres hombres éramos actores, y yo sabía lo que tramaba cada uno de ellos. En realidad no me servía de gran cosa, porque cuando no hay nada que comer, no se come. Sin embargo, me permitía anticiparme a ellos y cada vez que intentaban ponerme la zancadilla, les salía el tiro por la culata. Ahora, pequeña, sé tú mi amiguita americana y siempre te caerá alguna sabrosa migaja. No tendrás de qué preocuparte. Yasha Kotik no ha hecho más que empezar su carrera en Estados Unidos. Idearé algún papel para ti y te entregaré dinero de mi propio bolsillo. Serás... mi amigo más íntimo, por así decirlo. Yo necesito un amigo, no un crítico. ¿Qué necesitas tú? Pero no me vengas con mentiras. Como te pille en una mentira, se acabó la broma.

—¿A qué mentiras te refieres? Debo el alquiler de dos meses, necesito unos

zapatos, un sujetador y una faja. Además, me he quedado sin un vestido decente.

—¿Cuánto cuesta todo eso?

—Por lo menos trescientos dólares.

—Te daré trescientos dólares y no se hable más. Detesto tratar constantemente de dinero. Hablaremos del tema una vez al mes, no más. A la corista de Berlín no le daba nada. Cada vez que intentaba entregarle unos marcos, los rechazaba a gritos. Hasta me compraba regalos a mí, aquella putilla alemana. Aunque yo no necesitaba sus obsequios, resultaba agradable recibirlos. Esto no quita que luego se marchara con un nazi, claro. Pero, como suele decirse, eso es un capítulo aparte. La fulana que tuve en Rusia tampoco recibía nada de mí; a ella le pagaba el NKVD. En cambio tú, preciosa mía, te vuelves loca por el dinero; te advierto que no te pases. Con un poco de habilidad, lograrás trabajar en el teatro y te ganarás un sueldo. Si no vales para eso, búscate otra ocupación.

—En Varsovia yo actuaba en papeles principales, en el Teatrzyk Quid Pro Quo.

—¿Y qué? Nueva York no es Varsovia y Varsovia, desde luego, no es Nueva York. Lo que allí es puro encanto, aquí se considera afectación. Los críticos son unos ignorantes, aquí y allí, y al público es posible convencerle de que en el cielo hay una feria. Un actor se encuentra siempre en la cuerda floja. Hoy lo alaban y al día siguiente lo echan del escenario. Por eso no se me ocurriría casarme con una actriz. Una esposa ha de ser una esposa, no una *prima donna* que se venda a cambio de una buena reseña. Sin embargo, hay ciertas cuestiones de las que sólo conviene hablar con uno de los tuyos. Como en este momento, por ejemplo, en que he decidido organizar esa fiesta.

—Habrá fiesta. Dime, ¿por qué ella le abandonó a él?

—¿Quién es «ella» y quién es «él»?

—Su amante, el rubio de la calvita.

—¿Te refieres a Grein? Ha regresado con su esposa. Por lo visto se ha vuelto muy devoto o Dios sabe qué. Hay gente que se pasa la vida entera buscando a Dios. Yo conocí un tipo así en Rusia. Era delgado como un palo, con una larga melena. En mitad de todo aquel infierno se hizo practicante, y eso ¿dónde? Pues en pleno Moscú. Había allí una pequeña sinagoga donde se reunían viejos judíos; él solía acudir allí para sentarse a rezar los Salmos. Incluso llegaron a arrestarle, aunque luego lo soltaron. Todo eso ocurre porque la gente le teme a la muerte. Y tú, ¿has sentido miedo de la muerte alguna vez?

—No, nunca.

—Las mujeres no temen a la muerte, ése es más bien un sentimiento propio de hombres. Yo no soy una excepción, pero ¿en qué va a ayudarme Dios? También Moisés nuestro maestro acabó muriéndose. No debiste haber engañado a Stanislaw Luria como lo hiciste. Embaucar así a un hombre es peor que matarlo.

—¿Qué sabía yo de él? Yo había ido a ver a esa vieja perra para que me examinara la dentadura y, en cuanto le comenté que yo era una actriz polaca empezó

a hablar como una cotorra. Esa sesión no lo mató.

—No, pero él empezó a creer que su mujer lo estaba aguardando. Tal como divagaba el hombre, hasta yo comencé a creer que había algo de todo eso. «Sonia está aquí», me decía. «He oído su voz. Me ha dado un beso en la cabeza». ¿Qué consiguió con ello esa bruja?

—A saber. Vive con un hombre que antes era profesor. A ése también lo enredó.

—Hay gente que basa toda su vida en el engaño. En Moscú conocí a un actor de teatro en yiddish que logró convencer a sus colegas de que poseía un barril de arenques. Corrían los tiempos de la revolución y no se encontraba una espina de arenque ni para un remedio. Al oír que él tenía arenques, todos se le arrimaron. El mismísimo director empezó a hablarle en otro tono: «Najman Davidovich, le daré un papel protagónico. Se hará usted famoso. ¡Me muero por un bocado de arenque!». En resumidas cuentas, que se vio obligado a hacer el equipaje y salir por piernas a Kiev, cuando los contrarrevolucionarios estaban enzarzados en plena guerra contra los bolcheviques. Se quedó estancado en algún pueblecito y allí los bandidos de Majno acabaron con él.

—¿De qué le sirvió todo aquello?

—Cuando llegues al otro mundo, pregúntaselo. ¿De qué le sirvió la guerra a Hitler? ¿Para qué te necesito yo a ti? Los adultos son peores que los niños. Sé sincera: ¿cuántos amantes has tenido?

—No los he contado.

—¿Cien?

—Que sufras tantas enfermedades como lo que falta para los cien.

—Bueno, ya está bien de maldiciones. Una vez estuve con una chica que guardaba en un álbum la fotografía de sus amantes, una en cada hoja.

—Eso es típico de los hombres, no de las mujeres.

—Hay muchas mujeres que son como hombres. Conocí a una jovencita que tenía la cara como el papel de lija. Le crecía la barba y se afeitaba todos los días.

—¡Tú has visto de todo!

—¿No me crees? Es la pura verdad. Óyeme bien: Yasha Kotik no cuenta mentiras, a menos que no le quede más remedio. ¿Me crees?

—No.

—Entonces, ¡vete al diablo! ¡Recoge tus bártulos y lárgate! ¡Y que sea bien lejos! ¡*Poshla von!* ¡*Idz do cholery!* ¡*Go to hell!* ¡Vete al cuerno!

III

Cuando Grein abrió los ojos eran las ocho de la mañana. No dormía en la alcoba, con Lea, sino en el sofá de su estudio. Por las noches Lea gemía de dolor, y últimamente había adquirido la costumbre de encender las luces en esos momentos, en plena noche. Tomaba somníferos y medicamentos de toda clase para tratar de aliviar el sufrimiento, y ella misma le había exigido que durmieran en habitaciones separadas. No obstante, a través de la puerta cerrada, Grein la oía suspirar mientras se desplazaba inquieta de un lugar a otro. Primero había cerrado la ventana para volverla a abrir enseguida. Acudió a la cocina y registró la nevera, rebuscó en la despensa, abrió cajones, sin dejar de murmurar para sí con nerviosismo. Al otro lado de aquella pared, su esposa, la madre de sus hijos, se debatía con la muerte, mientras él, allí acostado, se sentía perdido, un hombre abandonado por Dios y por la gente. Corría ya el mes de Elul, el período de preparación para las jornadas solemnes del Año Nuevo y de Yom Kippur.

Habitualmente, por esas fechas ya había comprado los dos asientos en la sinagoga para las fiestas, pero ese año ni siquiera los había reservado. Lea se negaba empecinadamente a asistir a los servicios religiosos. Rehusaba rezar a un Dios que mandaba el cáncer a inocentes. También Grein había perdido las ganas de ir a la sinagoga.

El periódico y una revista mensual que publicaba su sinagoga se habían quedado sobre la mesilla junto al sofá. El diario, como de costumbre, estaba plagado de noticias sobre asesinatos, atracos, robos a mano armada y violaciones. La noticia política del día trataba de un decreto en el que el comandante militar norteamericano en la Alemania ocupada exoneraba de toda responsabilidad a setecientos cincuenta mil «nazis menores». Otras páginas contenían reseñas sobre Frank Sinatra y Mickey Rooney, además de la biografía de algún gángster cuyo nombre había sonado mucho en los últimos tiempos. Grein leía el periódico hasta bien entrada la noche, como medio para conciliar el sueño. Ese periódico representaba, por su mera existencia, la encarnación y la voz de todo lo mundano. Sobre las cenizas de seis millones de judíos, sobre las tumbas de veinte millones de víctimas de la guerra, de nuevo se tejía la telaraña de los crímenes, de las injusticias, de la discriminación, las intrigas y la mezquindad política. En aquellas fotografías de sexo y de risueñas buscadoras de pensiones por divorcio, y en los reportajes sobre perversos juicios que recordaban a Sodoma, la tinta aún fresca apestaba a una indiferencia criminal hacia el sufrimiento de los demás. Pese a toda la palabrería acerca de la paz, ya se incubaban nuevas guerras en Corea, en Indochina, en Marruecos.

La revista de la sinagoga, por mucho que se ocupara de rabinos y cantores, de rectores de la congregación y de reverendos, desprendía el mismo hedor que el periódico. La organización de la sinagoga requería una sola cosa: dinero. Los cantores llevaban encopetados sombreros, propios de sacerdotes, y el rabino más

parecía un jugador de fútbol americano. Junto a una fotografía de mujeres de la Asociación de Damas, que entregaban sonrientes a algún catedrático una placa para expresar su reconocimiento, el anuncio de un empresario de pompas fúnebres se vanagloriaba de las atenciones que prodigaba a los difuntos: elegantes ataúdes, espaciosos sepulcros cubiertos de verde, en un cementerio muy bien situado cerca de la ciudad. Grein recordó que Lea era miembro de la congregación del Bronx, en la calle Clementine. Al final de sus días reposaría en su cementerio. Sorprendido por su propio pensamiento, trató de apartarlo de su mente, gritando en su interior: «¡No, ella todavía ha de curarse! ¡Ayúdala, Dios de los cielos! ¡Concédenos un milagro!».

Durante el sueño, las pesadillas le atormentaban una y otra vez. Grein se sobresaltaba por el calambre en una pierna, el temblor en una mano. Aunque no hacía calor, él sudaba profusamente hasta empapar la funda de su almohada. En su sueño delirante le acompañaban dobles, triples, múltiples entierros. Desde callejuelas laterales aparecían sin cesar portadores de andas cargadas de cadáveres. Debía de ser de noche, porque la gente llevaba faroles, antorchas y velas. Había coros que entonaban endechas monocordes, y bandas que tocaban marchas fúnebres. Ya en el cementerio, o lo que fuera aquello, Grein trabajaba incansablemente, arrastrando muertos que se hundían en lodo, ceniza y sangre. Él procuraba esconderse de alguien; gateaba por cuevas, túneles y agujeros. La imagen de Nueva York se confundía con la del gueto de Varsovia. Le perseguían los nazis y, aterrorizado, él se escondía en un búnker. En la sofocante oscuridad copulaba con una mujer. Su voz era la de Ester, pero al final resultaba ser Anita, su propia hija. Entonces rompía a llorar y a lamentarse: «¡Mira, oh Eterno, qué bajo he caído!».

Se estremeció y despertó con la cara húmeda, la garganta reseca, el cuello dolorido y la nariz taponada. Tenía los labios agrietados y con la piel levantada de haber estado respirando agitadamente por la boca. La cabeza le estallaba, sentía un dolor lacerante en la entrepierna, y el estómago le daba calambres. Al levantarse del sofá, sintió que las piernas le flaqueaban como a un anciano. Se palpó el abdomen. «¿Quién sabe? ¿Tendré yo también un cáncer? El Señor del mundo dispone de cánceres más que suficientes para repartir». Sonó el teléfono y Grein acudió con paso vacilante a contestar la llamada. Oyó una voz masculina que le resultaba conocida, aunque no consiguió identificarla.

—Parece que le he despertado —dijo la voz, en tono cortés.

—No, ya estaba despierto.

—Soy Solomon Margolin.

—Sí, doctor Margolin, reconozco su voz.

—La reconoce usted ahora que me he presentado. ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias.

—¿Dispondría usted de una media hora para reunirse conmigo? Quisiera comentar sobre una cuestión con usted.

—Sí, desde luego.

—¿Cuándo podríamos vernos? ¿Ha desayunado usted ya?

—No, aún no.

—Se me ocurre una idea. Aunque la gente suele reunirse para almorzar, ¿por qué no nos encontramos para desayunar? Ya es hora de que seamos un poco originales.

Grein y Margolin quedaron para las nueve en un restaurante de Broadway. «¿Qué querrá de mí?», se preguntaba Grein. Había de afeitarse y asearse deprisa. Los tiempos en los que Lea solía levantarse a las siete de la mañana y prepararle el desayuno habían pasado hacía mucho. Su tienda de la Tercera Avenida permanecía cerrada. De noche dormía con la boca y los ojos medio abiertos. Pálida, macilenta, con las mejillas hundidas, permanecía sumida en esa ansiosa concentración de quienes se sienten gravemente enfermos. Cada vez que la miraba, Grein se sobrecogía. Ya nadie en la tierra podía ayudarla. En el cielo sí podían pero, al parecer, no querían. ¿Sería capaz él de llamar misericordioso a Dios tres veces al día? No, imposible.

Grein se percató de que llegaba con retraso y fue en un taxi al restaurante donde Solomon Margolin ya le estaba esperando, ataviado con un traje blanco y un sombrero jipijapa. Margolin le recibió diciendo:

—¡Se ha retrasado usted un minuto y medio!

En el restaurante los acomodaron en un rincón reservado. Aunque por la ventana penetraba la luz de aquella brillante mañana de verano, mantenían encendido el alumbrado eléctrico. Allí, en aquella espaciosa y elegante sala, no había ni rastro de enfermedad, sufrimiento o muerte. Las camareras se mostraban juveniles, descansadas y pletóricas de energía, la bollería acababa de salir del horno, la mantelería y las servilletas resplandecían en su blancura y, para terminar, los clientes se mostraban satisfechos y saciados. Un hombre mayor, de cabello canoso y cara sonrosada, comprobaba en las páginas de economía del diario de la mañana los movimientos bursátiles de sus acciones al tiempo que desayunaba. De algún modo se las habría arreglado para sobrevivir a dos guerras mundiales, crisis de diversas magnitudes, depresiones económicas y los incontables peligros que acechan a toda persona. Su mirada húmeda, plena de afabilidad y sosiego, parecía expresar: «Que se maten los tontos. Si se tienen dos dedos de frente, es posible navegar tranquilamente por el mundo. No hay más que conocer los puntos de entrada y de salida». En otra mesa, una señora de cierta edad estaba encargando su desayuno pausadamente. Todo en ella resultaba artificial: el cabello rubio recién teñido, el colorete de sus arrugadas mejillas, la dentadura de una perfección excesiva, la laca roja en las uñas de las manos. Realizaba el pedido de su comida con todo lujo de detalles, apaciguando con cariñosas palabras a la camarera cuando ésta daba señales de impaciencia por su lentitud. «El marido de ésta —pensó Grein—, tras amasar su fortuna para ella, hace tiempo que estará pudriéndose en la tumba. Gracias a su obsesiva avidez por el dinero y a las malas acciones que sin duda cometió contra sí mismo y contra los demás, esta vieja se permite ahora mostrarse tan quisquillosa a la hora de elegir platos exquisitos

a gusto de su paladar». En su mirada se adivinaba la astucia y el egoísmo de una vejez ociosa. Ella ya no tenía nada que perder en la vida, y todo cuanto pillara le reportaba beneficios netos. «Seguramente dentro de cuarenta años Anna acabará igual que ella —se le ocurrió a Grein. ¡No, yo no pienso tragarme todo esto! ¡He de huir! Pero ¿adónde escapar? Al menos los cristianos disponen de sus monasterios. ¿Adónde puede huir un judío? Entre nosotros todo ha sido invadido por lo mundano y ya no queda ningún refugio».

—Quisiera hablar con usted acerca de una amiga común —dijo el doctor Margolin.

—Sí, sí.

—Un zumo de naranja, pan moreno y una taza de café solo. Eso es todo. Ah sí, y un trocito de queso fresco.

Ése fue el desayuno que Margolin encargó a la camarera, un desayuno que excluía todo rastro de grasa animal y de colesterol.

IV

—Iré directamente al grano —dijo Margolin mientras colocaba una rodajita de queso sobre la rebanada de pan. Estoy al corriente de la relación que han mantenido usted y Anna. ¿Cómo no iba a estarlo? Boris Makaver, ese salvaje primitivo, es mi más íntimo amigo. Lo conozco desde hace exactamente cuarenta y ocho años. Estudié con él en la *yeshivá*. Cuando canturreábamos juntos, balanceándonos, el debate talmúdico sobre la Autoridad de los Sacerdotes, usted aún no había nacido. A Anna la conozco desde que era una niña de once años. Usted llegó a su vida antes, aunque eso es lo de menos. Yo la he visto crecer y he sido su médico. A usted le llegó una Anna hecha y derecha: sana, bella, madura, pero lo que ella pasó hasta que usted recogió la fruta del árbol, por así decirlo, eso sólo lo sé yo, el jardinero. Bueno, no me voy a explayar en grandes elocuencias y sentimentalismos. Óigame bien: ese Yasha Kotik es uno de los canallas más depravados que he conocido en toda mi vida, y no le quepa a usted duda de que he conocido un buen número de viles sinvergüenzas, muchos más de la cuota que me correspondía. Ante todo, es un psicópata. Al principio mantuvimos una relación cordial. A mí me encanta el teatro y, aunque a mi entender Kotik no posee un gran talento, de todos modos valoraba su trabajo. Procede de lo más bajo y rastroso, de la hez de la sociedad. Nunca ha sabido hablar otro idioma más que el yiddish, y es asombroso que alguien así ascendiera por su trabajo y se hiciera tan famoso en Alemania que hasta Alfred Kerr escribió artículos sobre él. En aquel tiempo yo incluso estaba dispuesto a darle clases de alemán, pero enseguida comprendí que aquel tipo carecía de aptitudes para una actitud tan sistemática y ordenada como es la gramática. La naturaleza de este hombre se basa en los equívocos. Todo él representa una errata en la obra de Dios, y en eso reside su encanto. Posee una sola virtud: cuando se le antoja se muestra muy franco, y en esas situaciones se convierte en un filón para un psicólogo. Es capaz de despojarse de todas las inhibiciones, de desnudar su alma... de lo más interesante.

»Cuando yo le conocí, desgraciadamente, ya estaba casado con Anna. Omitiré los sufrimientos que le causó ese cerdo. Tal vez Anna le haya comentado algo, aunque sin duda no habrá sido ni la centésima parte. Para ese hombre, el sentido de la vida, el núcleo mismo de su ser, es el escarnio. Le encanta ensuciarlo todo. Un atardecer iba paseando con él por el Kurfürstendamm cuando apareció en el cielo una soberbia luna. Ya sabe a qué me refiero: en ocasiones la luna brilla con tanta intensidad que llega a eclipsar todas las luces eléctricas; como por un milagro, de pronto se desliza navegando por el cielo y te deja aturdido. No me considero un poeta, ni mucho menos, pero a veces este tipo de milagros cautivan hasta al hombre más pragmático. Se lo señalé a Yasha Kotik: “¡Mire qué luna!”. Él alzó los ojos, se la quedó mirando y al final soltó: “¡De buena gana me mearía en ella!”. En ese momento comprendí quién era Yasha Kotik: alguien a quien le hubiese gustado mancillar todo: el sol, el cielo, el mismo Dios, si existiera. La orina no tiene, naturalmente, nada de sucio

desde el punto de vista científico, hay que analizarlo desde un punto de vista psicológico. Lo que Kotik le hizo a Anna escapa a cualquier descripción. Sobre aquello se podría escribir un libro. Anna era joven, bella, inocente, hija de un hogar religioso, y Yasha Kotik vio en ella una oportunidad de oro. No existe ninguna perversión a la que no intentara someterla. Desde luego, si cupiera considerar el escarnio como un arte, aun en sentido negativo, Kotik alcanzaría la categoría de genio indiscutible. En realidad, todo el arte moderno, en mi opinión, se orienta en esa dirección, sólo que lo hace poco a poco. Hoy en día hay novelas que versan sobre temas y emplean un lenguaje que hace una generación sólo se encontraban en los bajos fondos.

—¿Qué es la cultura moderna sino los bajos fondos? Eso lo comprendí hace mucho tiempo —replicó Grein.

—Bueno, eso es un asunto aparte. ¿Qué entiende usted por cultura moderna? También Einstein forma parte de ella. Ahora se ha puesto de moda volver a la religión y he oído decir que usted también se ha arrojado a esa corriente. Por mi parte, debo decirle que no siento la menor simpatía hacia esa tendencia. A mí me gustan los hechos concretos, no las fantasías y los conceptos que no se prestan a ser definidos. Mi padre creía en un Dios sentado en el Trono de la Gloria y que, al llegar el Año Nuevo, registraba en el Libro de la Vida quién iba a vivir y quién habría de morir. Ésa es la verdadera religión. Sin embargo, cuando me viene un personaje como el doctor Alswanger y empieza a darle vueltas al concepto de Dios, lo mando al cuerno. Si Dios existe, él debería, me refiero a Alswanger, sentarse a estudiar en un *beit hamidrash*, y no andar por ahí fundando sanatorios y liándose con solteronas. A propósito, me han contado que aquí se arrimó a una viuda y juntos están organizando una especie de investigación del alma, o el diablo sabe qué. Ella atrajo a otras viejas con dinero y él se dedica a investigar almas a diestro y siniestro. Esto no significa que yo me oponga al psicoanálisis, aunque todo ha de tomarse con medida. Freud era un genio, y como todos los genios, exageraba. Adler no era ningún genio, sin embargo comprendió correctamente la cuestión. Jung, en mi opinión, no es más que un plomo. En fin, volvamos a Anna.

»Cuando me enteré de que ustedes dos finalmente se habían ido juntos, no me sentí precisamente entusiasmado. En mi opinión, no es recomendable que en una pareja exista una diferencia tan grande como la que hay entre ustedes. Por otra parte, usted tiene mujer e hijos adultos. Boris Makaver se tiraba de los pelos, sin embargo yo argüía: “Ella le quiere y el amor no se deja gobernar”. Yo considero que no es posible oponerse a la naturaleza. En el mejor de los casos, cabe moderarla, tal como se regula el flujo de un río para que no inunde la ciudad. Usted debería saber que yo no soy sólo el médico de Anna, sino un viejo amigo de la familia. Supe todo lo que sucedía entre usted y ella. Me telefoneaba a menudo. El amor es el amor y la amistad es la amistad. Hablando de hombre a hombre y con toda franqueza, debo decirle que su comportamiento ha sido poco práctico. Pero ésa es otra cuestión. Quiero llegar al

meollo del asunto. Por lo que he oído, usted ha cambiado y ahora es una especie de arrepentido que ha vuelto con su esposa. En cuanto a Anna, está tan loca que quiere regresar con Yasha Kotik.

—Sí, así es.

—Cuando me lo contó, no daba crédito a mis oídos. Puedo llegar a entender que alguien decida suicidarse, pero esto es elegir una muerte lenta. Para eso hay que ser masoquista. Ya nunca más escapará de sus garras. En Berlín me costó años sacarla de su depresión y la ayudé a superar el daño psicológico que había sufrido tras haber vivido un año con ese ser despreciable. En fin, le he dicho con toda claridad que más le conviene agarrar un cuchillo y cortarse el cuello. Ya soy demasiado viejo para empezar otra vez todo el proceso. El psicoanálisis no es lo mío y no dispongo de tiempo ni de paciencia para ello. Además, me agobian mis propios problemas. En resumen, si Anna quiere destruirse, no hay nada que hacer. Su padre ya está enfermo y cuando se entere de la noticia, eso acabará con él, tan seguro como que ahora es de día. Me da mucha pena que le pase esto a Boris Makaver porque, a su manera, es un hombre muy entendido. El negocio de los barcos fue una torpeza, pero de un modo u otro saldrá adelante. Nosotros dos, usted y yo, nunca hemos intimado, pero nos conocemos. Yo sabía mucho acerca de usted ya en Berlín, porque Anna me hablaba de usted día y noche. No es mi intención, Dios no lo quiera, hurgar en su alma. No soy el doctor Alswanger. Sin embargo, me gustaría saber qué pasó entre usted y Anna, y por qué permitió usted que todo terminara en un fracaso. —Margolin se interrumpió de repente. No responda si no quiere, pero ¿qué clase de arrepentido es usted? Este restaurante no es *kosher*.

—No tiene nada que ver con las leyes sobre los alimentos —contestó Grein.

—Entonces, ¿con qué tiene que ver, si me permite la pregunta?

—Con el hecho de que he sido la causa directa de la muerte de Stanislaw Luria y sospecho que también la enfermedad de mi mujer guarda relación con ello.

—No existe prueba alguna de que la angustia provoque cáncer.

—Yo creo que sí. Cuando uno no quiere vivir, se muere. Por si fuera poco, en la situación en que ahora me encuentro, cualquiera que sea mi decisión, alguien morirá. Usted mismo acaba de decir que todo este asunto acabará con Boris Makaver y destruirá a Anna. En pocas palabras, que cualesquiera que sean mis actos y la dirección que tome, se producirá alguna víctima. No hay remedio.

Grein guardó silencio.

—Le he llamado para impedir que se produzcan víctimas.

—Ahora mi mejor opción es dejar a todo el mundo en paz. He mirado a mi alrededor y de pronto he comprendido que vivo en medio de los bajos fondos y yo mismo formo parte de ellos. No existe ninguna diferencia esencial entre Yasha Kotik y yo. Ésta es la amarga verdad, y Anna es consciente de ello. Por eso vuelve con él.

V

—Bueno, bueno, usted exagera, exagera. Si quiere darse golpes en el pecho y hacer penitencia, tal vez no sea yo quien debería hablar. Yo tengo mi propia escala de valores. Usted no es ningún Yasha Kotik.

—Usted ha venido para hablar de Anna y yo quiero responderle con toda franqueza, como si fuera usted su padre o su hermano. En los meses que viví con ella yo no sólo seguí con mi esposa, sino también con otra amante. Aunque le había jurado a Anna por lo más sagrado que ya había dejado a la otra, nos veíamos a la menor ocasión. Dos días después del entierro de Luria, mientras Anna guardaba la *shivá*, me marché con mi otra amante a un hotel. Entretanto, esta otra ya tenía un nuevo marido. Comparado con esto ¿qué ha hecho Yasha Kotik?

Margolin inclinó la cabeza.

—¿Qué existe entre usted y la otra? ¿Tan grande es su amor?

—Si fuera perfecto, no me habría marchado con Anna.

—Bien, bien, comprendo. Lo entiendo todo. Anna llegó a insinuarme algo de eso. Si ambos tuviéramos veinte años menos, le preguntaría a cuál de ellas ama de verdad. Pero soy demasiado viejo para esa clase de preguntas. Nada me sorprende ya. Aunque no me agrada el papel de pacificador, no quisiera que Anna se hundiera.

—A ella, sólo le queda una salida: buscarse un hombre honrado y respetable, o como quiera usted llamarlo.

—Eso no se encuentra tan fácilmente, aparte de que Anna es una mujer con mil problemas. En un tiempo yo tampoco me sentí indiferente hacia ella; entonces comprendí lo atormentado de su alma. Preferiría no ser portador de malas noticias, pero su esposa está gravemente enferma, tal vez más de lo que usted sabe.

—Sé lo suficiente. ¿Cómo se ha enterado usted?

—Bueno, ya se sabe que entre médicos... En Nueva York, el mundillo de la medicina es un pañuelo.

—Mientras siga viva, he de quedarme con ella.

—Sí, comparto su opinión. No quisiera ser entrometido pero, a grandes rasgos, ¿qué piensa usted hacer? ¿Volver al *beit hamidrash*? No me conteste si no le apetece.

—¿Por qué no? Ojalá supiera qué responder. Por más que sé cuál es la enfermedad, ignoro el remedio. Todo lo que he observado en los demás y en mí mismo en estos últimos treinta años me ha demostrado con claridad meridiana que la sociedad actual es un amasijo de criminalidad. Pervierte todo lo que toca, tanto en el ámbito privado como en la vida pública. Mire el comunismo, el nazismo, los asesinatos perpetrados en España, en Etiopía, en todas partes. A mi entender, la cultura moderna se basa en todo lo opuesto a la clase de judaísmo que conocí desde mi infancia. Incluso el cristianismo es cómplice de la cultura moderna, porque pretendía ofrecer un compromiso entre Dios y el mundo. En realidad se limitó a entregar a Dios todas las palabras bellas y al mundo todas las acciones abominables.

Yo habría creído que el hombre ha de ser así —de hecho ésta es la base del darwinismo— de no haber conocido a mi padre. Su ejemplo de integridad me sirve de guía, y cuanto más envejezco, más pienso en él. También él era un hombre de carne y hueso, sin embargo llevaba una vida santa. En realidad, su mayor virtud fue poner en práctica cuanto predicaban los judíos y los cristianos. De verdad, y sin la menor ostentación, él ofrecía la otra mejilla. Cada vez que desespero de la especie humana y de mí mismo, lo recuerdo y me pregunto: «¿Cómo es posible que existiera? ¿Qué le hizo ser como era?». Desde luego, no le considero el único. He conocido a muchos judíos como él en cada *shtetl*, en cada comunidad judía. Entre los que Hitler exterminó, había decenas de miles de santos. Lo sé con tanta certidumbre como sé que ahora es de día.

—Bueno, pero ya no existen.

—Han existido, lo cual constituye una prueba de que también hoy pueden existir. Vivieron en santidad en medio de toda esta selva darwinista, rodeados de mataderos, procurando celosamente no herir a nadie con alguna palabra, ni siquiera con el pensamiento. Sin embargo ahora muchos judíos han hecho en cierto modo las paces con los asesinos nazis. Lo olvidan, evitan hablar de ello. También yo me he desentendido del asunto. Mientras en Polonia aniquilaban a toda mi familia, torturándolos con las más indescritibles brutalidades que la maldad humana haya imaginado, yo corría a mis citas y fantaseaba sobre toda clase de obscenidades. Los intelectuales judíos de Nueva York celebraban grandes banquetes. ¿Y los gentiles? Para ellos, todo aquel sufrimiento no fue más que un episodio. Antiguos nazis de las tropas de asalto asisten ahora con asiduidad a la iglesia, a escuchar los sermones de los curas sobre el amor. A continuación acuden a la taberna para jactarse de las muchas cabezas de niños que aplastaron y de los muchos judíos que enterraron vivos. En Tishá B'Av mi padre lloraba desconsoladamente y mi madre empapaba de lágrimas la Biblia yiddish cuando leía la historia de Ana y sus siete hijos^[61]. En cambio, hoy en día tenemos el corazón de piedra. No culpo a los demás, sólo a mí mismo. ¿Cómo he llegado a convertirme en un mentiroso, un seductor, un asesino, en todo lo depravado que existe? ¿De quién y dónde lo habré aprendido? Al fin y al cabo, ¡no me separa de ellos más que una generación!

—Usted conoce muy bien la respuesta: ellos tenían fe y usted carece de ella.

—También los cristianos y los musulmanes, al menos así lo parece, tienen fe.

—Sí, pero ellos ostentan el poder, y el poder mata todos los ideales.

—En cualquier caso, la misma naturaleza que ha creado a las serpientes, a los tigres, a los inquisidores, a los Hitler, a los Stalin, creó también al hombre devoto. Los no creyentes afirman que los judíos vivían en un vacío, sin embargo en la naturaleza no existe tal cosa, y de haberlo, también formaría parte de ella. Si entre un millón de espinas crece una sola flor, señal de que pueden florecer muchas más.

—Tal vez, si se dan las condiciones adecuadas: en el caso de los judíos, se trataba de una profunda fe junto a un interminable exilio. Si se elimina una de estas dos

condiciones principales, todo se desmorona. Cuando se desvanece la fe, los judíos se asimilan; y si les concedes un país, matarán exactamente igual que los gentiles. Ni la fe ni el exilio se crean artificialmente.

—Todo se produce artificialmente. Incluso el proceso de arar la tierra y sembrar es artificial. Ya me acerco a los cincuenta años y mi vida ha sido una larga sucesión de sufrimientos y maldad. Siempre he deseado ser algo. Según se dice, todos los judíos sufren cierto complejo mesiánico. Siempre, desde la más tierna infancia, me he preparado para un destino. Tal vez le resulte ridículo, pero a los cinco años yo ya pensaba en estos asuntos. Vi a unos niños que torturaban a un gato y me trastorné hasta tal punto que tardé meses en recuperarme. Leí que el rey David había mandado matar a los hijos de Saúl, y no es posible describir cómo me ardía la sangre. Continuamente me formulaba preguntas sobre Dios. Aunque en mi juventud di muestras de estar especialmente dotado, después lo desperdicié todo en trivialidades. Malgasté todas mis energías persiguiendo mujeres que ni siquiera era necesario perseguir. Me volví indiferente al sufrimiento, a las lágrimas e incluso a la vida de los demás. Usted conoció a Stanislaw Luria y sabe que fui su Ángel de la Muerte.

—Él se hallaba muy delicado del corazón.

—Yo lo sabía y lo mandé a la tumba. Tres días más tarde también engañé a Anna. Éstos son los hechos desnudos.

—Todos hemos hecho cosas así.

—Sí, porque ésa es nuestra cultura. Todo es asesinato, falsedad y lujuria. Si compro un periódico, las páginas rebosan muerte y prostitución. Enciendo la radio, abro un libro, y se repite el asunto. Así es en el teatro, en el cine, dondequiera que vayas, y lo que entienden por arte y literatura es la misma basura. Los miembros de la alta sociedad se comportan como los gánsteres. Los jueces y los criminales se divierten en los mismos locales nocturnos y escuchan idénticas obscenidades. Dos personas se casan y, a la noche siguiente, marido y mujer van a ver una comedia en la que se ridiculiza a un cornudo. La cultura moderna se basa en el sadismo. Ha sido la madre del nazismo, del comunismo, de todo lo maligno.

—¿Y la ciencia?

—Se ha puesto al servicio de los asesinos y justifica las matanzas de cualquier clase. Ésa es la verdad.

—Sí, es la verdad, pero ¿cómo impedirlo? Yo le envidio. Usted sigue enardeciéndose con ese fuego juvenil, con la protesta, con la indignación moral. Yo no conservo nada de eso. Le confesaré un secreto que debería callarme: estoy viviendo con una mujer que me había abandonado para irse con un nazi.

Grein esperó un rato.

—¿Y está aquí en Nueva York?

—Sí, ella y su hija. Supongo que Anna ya se lo habrá contado.

Y Solomon Margolin se bebió de un trago un vaso lleno de agua.

VI

—¿Por qué lo hace, si me permite la pregunta?

—Desde luego. Lo hago porque la niña es mi hija, y en cuanto a la mujer, me he acostumbrado a ella. Siento tener que admitirlo, pero yo no puedo llevar en mi vida privada las cuentas del pueblo judío. He oído que su hijo también se ha casado con una cristiana.

—Sí, he perdido a mis hijos. Lo que el destino depara a los judíos en el futuro, a mí ya no me atañe. Mis nietos serán gentiles. De hecho, mis propios hijos ya son gentiles, con la diferencia de que la mayor parte de los no judíos se aferra a su religión, mientras que mis hijos son completamente ateos.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—Todo es obra mía, consecuencia de la formación que les proporcioné y el ejemplo que les ofrecí. Lo que incontables generaciones de judíos habían construido con el mayor sacrificio, lo he destruido en unos pocos años. En efecto: ya es demasiado tarde. Pero hasta ahora no me había dado cuenta del daño que he provocado.

—Sin embargo, hablando en términos prácticos, ¿qué alternativa le quedaba? Usted no puede obligarse a creer que el Shulján Aruj, junto con la larga lista de comentarios que ha engendrado en el transcurso de los siglos, fueron entregados en el monte Sinaí.

—Así es. ¡Ojalá pudiera creer! Pero lo que sí puedo es apartarme de una cultura que en cada generación produce un Hitler y un Stalin. Al menos me queda una creencia: la libre elección. Todo el acervo del judaísmo, la mayor parte de sus preceptos y los estrictos reglamentos que se derivaron de ellos perseguían un único objetivo: levantar un muro entre los judíos y el resto de las naciones del mundo. Cuanto mayor era el peligro de entremezclarse, más prohibiciones se añadían. En realidad, ahora quisiera hacer lo que siempre he deseado, lo que siempre he soñado. Si leo el periódico por la mañana, me siento como si hubiera ingerido veneno. Si entro en un cine, me siento como si hubiera comido basura o rumiado lo ya comido. A lo largo del día, mi mente no piensa más que en el adulterio y el asesinato. No quisiera abrumarle con confesiones; soy consciente de que no le descubro nada nuevo.

—En efecto, el ser humano es así. Durante la Primera Guerra Mundial serví en un hospital militar. Los heridos se pasaban el día hablando de putas y de matanzas. Imagínese los sanos.

—Lo sé. El ejército, esa institución donde se enseña a la gente a defender su patria, es una escuela de sadismo. A los jóvenes se les exige que estén dispuestos a entregar la vida por sus compatriotas al mismo tiempo que abusan de ellos, los insultan, los humillan y pisotean. En las universidades todo nuevo estudiante debe someterse a las más crueles novatadas. La policía está en manos de los criminales.

Los tribunales pronuncian veredictos que ofenden a la verdad. Los abogados muestran a los malhechores el sistema para evadirse de la justicia. Acaban de publicar los resultados de las investigaciones de Kinsey sobre el comportamiento sexual; el cuadro que pintan sobre la vida familiar moderna resulta aterrador. Y todo esto en los países democráticos. En Rusia, entre los que se llaman a sí mismos «representantes del progreso» impera una ruindad tan brutal que la mente se resiste a asimilarla. Allí se aniquila a los seres humanos por millones. Nuestros judíos, los hijos y nietos de nuestros padres, se han transformado en agitadores, provocadores y miembros de la GPU. Cuando ocasionalmente he hojeado una de sus revistas, he visto que falsean la verdad y arrastran por el fango toda la historia judía. Quienes un día fueron elevados a los cielos, al día siguiente son increpados como peligrosos traidores. ¿Cómo se ha llegado a este extremo? ¿Cómo se han convertido los hijos de Israel en los pobladores de Sodoma? ¿Cómo nos hemos trocado en portadores de mentiras y vilezas? Todo esto se debe a nuestra admiración por la cultura gentil. Nuestros hijos reciben en los colegios una educación a consecuencia de la cual se convierten en delatores, en putas, en mentirosos, en apóstatas. Esto demuestra que toda la pedagogía moderna es un veneno mortal. Cuando los niños judíos estudiaban en un jéder lleno de humo, aquellos cuartitos tan denostados por los ilustrados del siglo XVIII, y el maestro les iba enseñando las letras de la lengua sagrada con su puntero, esos críos luego crecían y se convertían en judíos honrados, dispuestos a entregar sus vidas por la santificación del nombre de Dios.

—¿Qué quiere usted hacer? ¿Volver al jéder y al puntero?

—¿Para quién? Yo no tengo hijos pequeños y mis nietos ya serán gentiles, como los nietos de usted, seguramente. Nos hemos juntado con nuestros asesinos, nos hemos emparejado con los nazis, directa e indirectamente. Nuestras hijas callejean como si fueran rameritas. Nuestras esposas se sientan en los bares, comentan obscenidades y leen pornografía. Se pintan como mujerzuelas y se visten como putas, mientras exigen a sus maridos que se maten para proporcionarles toda clase de lujos. El judío de hoy quiere superar a Esaú en desvergüenza, en libertinaje e incluso ser más sanguinario que él. Ésa es la amarga verdad.

—Desde luego, pero ¿acaso existe algún remedio? Cuando hace cuarenta años leí por primera vez *El origen de las especies* de Darwin, comprendí que este mundo de verdes montes y fértiles valles es en realidad un matadero. Lo que usted desea es huir hacia Dios, no obstante él mismo es el peor de los asesinos. Su padre recitaba tres veces al día: «El Eterno es bueno para con todos y su misericordia está presente en todas sus obras»^[62]. Pero ¿es eso cierto? ¿Es usted capaz de repetir estas palabras y hacerse la ilusión de que son verdad?

—No, imposible. Tal vez a ojos de Dios la muerte y el sufrimiento no constituyan un mal sino un bien, pero yo los considero un mal.

—¿Dónde, entonces, pretende usted recluirse?

—En mí. ¡En mí mismo! Incluso si supiera con toda certeza que Dios es un

asesino y un nazi, seguiría aferrándome a mi ideal del bien. No poseo valor suficiente para suicidarme, mas tampoco acepto disfrutar de esta sociedad asesina ni seguir su juego vil. Con Anna no conseguiría evadirme, dado que ella sí desea disfrutar. He observado en ella esa desmesurada ansia de placer que convierte al judío moderno en una simple caricatura. Es posible que yo carezca de la fe de mi padre, no obstante me considero capaz de comportarme como él. Creo en el libre albedrío.

—¿Qué pretende conseguir con ello? En todas las generaciones ha habido ascetas que no han cambiado el mundo en nada. Hoy en día hay millones de monjes y de monjas que a su manera siguen una vida de santidad. Mientras Hitler mataba a millones de judíos, esos mismos monjes y monjas lloraban por las heridas de Jesús; y así seguirán llorando durante miles de años.

—Los que se aíslan no lo hacen para salvar al mundo, sino por higiene espiritual, o incluso por algo que podríamos llamar egoísmo. Mi padre no pretendía salvar el mundo.

—Quiso adelantar la llegada del Mesías. Quiso sentarse en el paraíso y comer la carne del Leviatán.

—Yo no quiero traer al Mesías ni comer Leviatán. Deseo huir porque, personalmente, me siento hastiado de la dicotomía entre pensamiento y acción. Cuando me despierto por la mañana mi primer pensamiento es: «Me estoy revolcando en el lodo. Si hasta percibo su hedor».

—¿Qué decisión tomará? ¿De qué va a vivir? De verdad, me sorprende su ingenuidad.

—No es más que lo que siempre he deseado. Una vez conocí en un circo a un malabarista y me contó que había sido médico. «Siempre había soñado con trabajar en el circo», me dijo, «pero mis padres me obligaron a estudiar medicina. Ahora que ya han muerto, me dedico a lo que quiero». Mi caso es exactamente el mismo. No se trata de ideales. Hasta cabe afirmar que me hallo espiritualmente enfermo.

—Le ruego que me perdone, pero en mi opinión así es. Me parece una forma de esquizofrenia. No es preciso ser un gran especialista para llegar a ese diagnóstico. Cuando usted asegura que quiere huir de la sociedad, le parece que aporta una idea original. Sin embargo, le aseguro que existen miles, cientos de miles de casos similares, y todos ellos utilizan argumentos paralelos a los suyos.

—Es posible. Sí, es posible, aunque no puedo ponerme en el lugar de otro.

—Debería usted someterse a un tratamiento, o quizás acudir a un psicoanalista. Pero no lo hará, por supuesto, huirá durante un par de años y también de esto se cansará. Porque no hay adonde escapar. Todo ello esconde una neurosis y toda neurosis es ingenua. De acuerdo: la sociedad es corrupta, sin embargo éste es el planeta en el que nos ha tocado vivir. Tal vez en el futuro mejore, quizás empeore...

—Que sea lo que haya de ser.

—Bueno, necesariamente alguien tenía que sufrir un choque después de todo lo sucedido. Si se tiene en cuenta el suplicio por el que pasaron los judíos, era de esperar

un derrumbamiento psíquico general. No obstante, los judíos son un pueblo sano. A veces me da por pensar que demasiado sano.

—Se refiere usted a que es insensible.

—Llámele como guste. Al modo de vida antiguo ya no resulta posible volver. Lo que está realizándose en Palestina constituye un experimento interesante, a pesar de que allí están confiando de nuevo en milagros. Los árabes no son mejores que los nazis. Además, la clase de judío que está creciendo allí distará del padre de usted tanto como sus propios nietos, a los que aludía antes.

—Allí al menos no se casarán con gentiles.

—Crecerán como gentiles hebreos. Veo que alberga usted las mismas ilusiones que Boris Makaver. La religión ha tocado fondo, todas las religiones. Dios no se ha revelado a nadie ni le ha transmitido a nadie sus deseos. La Biblia es una obra excepcional, mas fue escrita por seres humanos, no por Dios. Toda esa distinción entre judío y gentil es una creación artificial, algo efímero y sin sustancia, como la planta de ricino de Jonás^[63]. En la actualidad los judíos no son más licenciosos de lo que fue el rey David. Los judíos de Polonia que usted conoció representan una excepción, no sólo en el mundo, sino también en el seno del pueblo judío.

—Son las únicas personas a quienes respeto.

—Entonces hágalo. Sólo que no queda ya ninguno a quien respetar. La ortodoxia de hoy en día es mundana, un poco demasiado para constituir una verdadera ortodoxia. ¿Hacia quiénes va a huir usted? Adondequiera que se dirija, se desilusionará. El modo de ser judío, en especial aquel que conocimos, era un intento de vivir de espaldas al mundo, a las leyes de la naturaleza, a la historia. Surgió en el gueto y pereció con el gueto. Los judíos devotos pretenden reconstruirlo en el barrio de Williamsburg de Brooklyn y en el de Me'á Shearim de Jerusalén, pero serán arrasados de nuevo. La cuestión es que no le será posible llevarlo a cabo sin fe, sin creer en el Shulján Aruj y el Zóhar hasta la última coma.

—Lo que está claro es que detesto el mundo.

—Bueno, hay bastante que detestar. Al menos creerá usted en Dios... me refiero a Dios, no a la revelación.

—Sí, creo en Él. Alguien dirige este mundo, un poder que ve y que sabe. Incluso creo en una Divina Providencia que vela por cada criatura individual.

—Vaya, entonces posee usted más fe que la mayoría de los ortodoxos. Sin embargo, ¿qué hará con esa fe? Si Dios prefiere callar, nadie logrará hacerle hablar.

—Hay que descubrirlo, al igual que se han descubierto las leyes de la naturaleza.

—¡Salvando las distancias...! Una cosa es segura: usted y Anna no están hechos el uno para el otro. Usted seguirá buscando a Dios hasta la muerte, y en el último minuto no sabrá más de lo que sabe ahora. ¿Qué hay del profesor Shrage? También él se ha pasado la vida buscando a Dios y al final lo que encontró fue una arpía loca, una mentirosa, una estafadora, con todos los defectos imaginables.

—¡Tiene que haber luz en alguna parte!

—Sí, pero ¿dónde? Bueno, tal vez... También yo necesito un poco de luz.

I

A principios de septiembre se celebró una fiesta de gala en un céntrico hotel de Nueva York para recaudar fondos en beneficio de las víctimas de la guerra en Rusia. En realidad, el dinero se destinaba al Partido Comunista estadounidense, un acomodo que sólo los organizadores conocían. Los actores que trabajaban con Yasha Kotik en la nueva obra de teatro le vendieron dos entradas a veinticinco dólares cada una. Kotik no estaba convencido del todo de asistir a una fiesta de izquierdas: aún no le habían concedido la ciudadanía y apenas si tenía los primeros documentos. No obstante sabía que negarse entrañaba aún más peligro. Todos eran rojos: los actores, el productor, el director, y hasta los adinerados «ángeles» que habían financiado la producción. Kotik se había percatado desde el principio de que en los círculos teatrales y en los ambientes artísticos e intelectuales no convenía pronunciar ni una palabra en contra del régimen de Stalin. Kotik ya leía en inglés y comprobó que en los mismos periódicos que publicaban editoriales anticomunistas, las secciones de espectáculos y cultura apoyaban una política comunista. Los críticos ensalzaban a los dramaturgos y actores rojos y denostaban a los antirrojos. Parecía como si toda la prensa capitalista hubiese alcanzado un acuerdo tácito para atacar en apariencia la política soviética, mientras en Norteamérica apoyaba en lo posible a los rojos y boicoteaba a los antirrojos. En ese caso ¿para qué iba Yasha Kotik a jugarse el pellejo en aras de la verdad? Si eso era lo que ellos querían, a él le parecía bien. Si Broadway era rojo y Hollywood era rojo, Yasha Kotik también lo sería. Incluso había conocido comunistas que tenían cierta influencia en Washington.

Kotik había propuesto a Anna que le acompañara a la gala y ella aceptó. Aunque Anna se oponía a los comunistas, opinaba que era preciso ayudar al pueblo ruso. Además, tenía muchas ganas de conocer a los amigos de Kotik. En el taxi, Kotik la besó y le habló de matrimonio. ¿Cuánto tiempo habían de esperar? ¿Por qué no obtenían la licencia de matrimonio y comenzaban su vida en común? Kotik le juró que nunca había amado a ninguna otra mujer más que a ella. En ese momento ganaba grandes sumas de dinero y su nombre brillaba en los carteles de Broadway. Había firmado contratos en Hollywood. Los críticos se deshacían en alabanzas hacia él. Ya no era ningún muchacho, y precisaba de un hogar. Aún desearía tener un hijo, tal vez dos. ¿Hasta cuándo continuarían aplazándolo? Había llegado el momento. Anna escuchó sus palabras en silencio, sonriendo y mordiéndose el labio inferior.

—Quizá seas sincero, pero ¿cómo voy a creer a un mentiroso?

—A veces los mentirosos también dicen la verdad.

—Nunca he oído de tu boca una palabra que merezca ese nombre.

—Pues ahora la estás oyendo. —De repente exclamó—: ¿Qué debo hacer? ¿Rajarme el corazón para mostrarte lo que pasa dentro de él?

La recepción obtuvo un gran éxito. Asistieron no menos de mil personas. Kotik se paseaba con Anna, saludando a los amigos y presentándola a los invitados distinguidos. Allí casi todos lo conocían, no tanto por la obra de teatro en la que trabajaba como por su película soviética. Algunos desconocidos le abrumaron con cumplidos y le pidieron que describiera, siquiera someramente, los logros del teatro y del cine en Rusia y en Polonia. Algunos incluso recordaban su época en Berlín.

—Ah, el mundo es un pañuelo —comentaba a Anna. Creí que yo estaba más olvidado que un muerto, y sin embargo todos me conocen, todos me recuerdan. ¿Qué clase de ciudad es Nueva York? ¿De dónde sacan los norteamericanos semejante memoria?

En Rusia más de una noche había tenido que dormir en un portal o debajo de un porche, hambriento, piojoso, envuelto en harapos, sobrecogido por el temor de que lo arrestaran, o lo deportaran, o hasta de que lo fusilaran, mientras que en Nueva York conocían y elogiaban su trabajo. Allí lo trataban como si hubiera sido la mano derecha del mismísimo Stalin, para lanzar indirectas contra Estados Unidos. «Ay, muchachitos, ¡si supierais la verdad! —pensaba para sus adentros. Pero ¡qué vais a saber, si de todas formas no queréis enteraros! Vosotros preferís estar en la oposición... jugar a la revolución. Dinero ya tenéis, libres sois, así que os conviene ser “progresistas” y escupir en el pozo de donde bebéis, porque de lo contrario os considerarían “reaccionarios”».

Delante de Kotik y de Anna se habían plantado dos mujeres, una alta y la otra más baja, que les cerraban el paso. La bajita llevaba un turbante rojo cubriéndole el negro cabello y un collar de diamantes que Yasha Kotik, experto en joyas, valoró a simple vista en muchos miles de dólares.

Tenía las facciones poco definidas, unos ojos que parecían un par de aceitunas negras y hablaba con la voz meliflua de una *rébbetsin*. Primero prodigó alabanzas a Kotik y a continuación se dispuso a contarles que era pintora. Dos años atrás había empezado a jugar con los pinceles y la paleta como pasatiempo, a raíz de una crisis nerviosa, pero había mejorado tanto que ya estaba a punto de exponer su obra en una galería. Todas sus amigas se volvían locas por sus lienzos, y hasta su marido, que al principio se había burlado de sus actividades, le había alquilado un estudio en Carnegie Hall. Algunos críticos famosos se habían entusiasmado.

—¿Qué estilo prefiere, clásico o moderno? —preguntó Anna.

—¡Moderno! ¿Quién tiene paciencia para el academicismo? Mi Dios es Picasso.

Me muero por conocer el arte y los artistas soviéticos, pero ¿acaso permiten entrar a nadie aquí, estos malditos? Se han inventado la guerra fría, esos militaristas. No soportan que el pueblo ruso haya roto sus cadenas.

Yasha Kotik entrecerró un ojo.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? ¡Estos reaccionarios, estos cerdos envidiosos!

—Ya les llegará su fin.

—Mientras tanto, usted siga pintando.

—Bueno, hago lo que puedo.

—¡Hay que protestar! ¡Hay que llevar piquetes a la Casa Blanca! —exigió Kotik en un alarde histriónico. ¡Hay que mandar un mensaje al camarada Stalin!

Y le dio un pellizco a Anna en el trasero.

En el gran salón, que habitualmente se utilizaba para celebrar bodas, unos actores y actrices estaban ofreciendo interpretaciones, recitando poesías y cantando tonadas rusas. También había un escritor ruso pontificando. Como en el gran salón no había espacio para todos, la gente deambulaba por los pasillos. Yasha Kotik abrió una puerta y vio a una novia a la que estaban fotografiando. La muchacha llevaba una guirnalda en la cabeza, un vestido blanco de larga cola y con la mano sujetaba un ramo de flores. El fotógrafo se apoyaba en una rodilla. Un rabino, de barba y tirabuzones pelirrojos, llegó de no se sabe dónde, sudando y sonándose la nariz con un enorme pañuelo. Al parecer se había equivocado de fecha. Kotik murmuró para sí mismo, y también a Anna:

—Conque judíos, ¿eh? ¡Qué mal se les trata en Norteamérica! Perciben el olor a revolución. En Birobidzhan estarían mucho mejor... De acuerdo, entre locos hay que fingirse loco. Si todo el mundo se pone cabeza abajo, Yasha Kotik no va a ser el que se quede de pie.

Por entre aquel gentío apareció Justina Kohn, del brazo de un joven bizco y que llevaba los pelos de punta. Kotik la divisó y trató de darse la vuelta junto a Anna, pero Justina, agarrando a su acompañante por la manga, le cerró el paso a Kotik.

—¡Mira quién está aquí! ¡El gran señor Kotik! —Y Justina mostró una radiante sonrisa.

—Anna, te presento a Justina Kohn, una actriz de Polonia.

—Sí, ya nos conocíamos.

Anna enarcó las cejas. Aquella joven le producía cierta aversión y al mismo tiempo la inquietaba. Recordó de pronto las palabras de Grein: aquél era el mundo de los bajos fondos.

—¿Está usted trabajando en el teatro?

—¿Dónde? ¿Aquí? No todos poseemos el talento de Yasha Kotik ni su capacidad de adaptación. Aquí no hay teatro en polaco. En la radio emiten un programa en esa lengua, pero los responsables son un atajo de antisemitas. Me han ofrecido un papel en el teatro en yiddish, pero no sé el idioma.

—No obstante, sabe lo que es un *kúquel* —comentó maliciosamente Kotik.

—Sí, mis padres hablaban yiddish, pero yo no les escuchaba ni malditas las ganas. Ellos mismos me regañaban cuando yo quería hablar en este idioma. La jerga yiddish de Varsovia es ridícula, resulta de lo más cómico la forma en que pronuncian las vocales y todos esos diminutivos tan guturales. Os presento a Dave, Dave Rosenbaum —dijo Justina, refiriéndose al joven que la acompañaba.

«¡Maldita sea! Se acuesta con él, la muy ramera —pensó Kotik. Le voy a dar tal bofetada que le haré saltar los dientes».

Kotik midió al joven con la mirada, de arriba abajo y de abajo arriba. Le pareció muy zafio, en fin, un zoquete y un patán. «De todos modos, ¿cómo puede un hombre juzgar a otro hombre? A ella seguro que le gusta, ¿no? ¡Pues que se pudra!». Kotik contempló a Justina con ojos cargados de rencor:

—Bien, ya nos encontraremos en Birobidzhan.

II

Junto a la mesa del bufé se hallaban Jack Grein con su mujer, Patricia. También estaba allí Anita con su amante alemán, Fritz Genzl. Patricia habría preferido no asistir a la gala. Desde su boda había perdido todo interés en esa clase de eventos. Comenzaba a avergonzarse de su pasado comunista y de haber aspirado con tanto fervor a ser actriz. Además, estaba encinta. No obstante, Jack se había empeñado en conservar los antiguos contactos: todos sus amigos y conocidos se encontraban allí. Debido a su trabajo para el Gobierno federal, Jack había tenido que firmar un documento para certificar que no era comunista, mas no se lo tomaba muy en serio. ¡Había tantos papeles que Washington le hacía firmar a uno! Allí se encontraba como pez en el agua. Iba circulando con Patricia colgada de su brazo: ambos rubios, altos, dos gigantes. A cada paso se encontraba con algún amigo: «¡Hola, Bill! ¡Hola, Al! ¿Qué tal, Pam?». Se detuvieron ante el bufé a tomar un vaso de soda, mientras fumaban un cigarrillo. La mayoría de las parejas jóvenes allí presentes acababa de volver de las vacaciones y destacaban muchos rostros bronceados. Las preguntas eran las de siempre: «¿Dónde habéis estado? ¿En Cape Cod? Este año estuvimos en Martha's Vineyard, a Cape Cod fuimos el año pasado. ¿Qué tal el mar? ¡Estupendo! ¿Cómo se encuentra el pequeñín? ¡Guapísimo!». Las mujeres llevaban los bolsos llenos de entradas para toda clase de acontecimientos benéficos izquierdistas. Un jorobado de ojos negros inflamados por el sagrado fervor revolucionario pasaba entre los invitados recogiendo firmas para un manifiesto. Cada vez que alguien estampaba su rúbrica, movía la cabeza en señal de beneplácito y se apresuraba a poner papel secante sobre la tinta fresca. Se diría que murmuraba en silencio: «¡Que Dios se lo pague!».

De repente Jack descubrió a Anita y la risa invadió su rostro. Jack tenía a su hermana por una criatura tímida, misántropa, antisocial, que siempre estaba encerrada. Aunque habían crecido en la misma casa, nunca llegaron a confraternizar y su madre solía comentar que Anita debería visitar a un psiquiatra. Pero allí estaba ella, del brazo de un hombre con una mata de cabello rubio claro, la nariz chata y respingona y grandes ojos bajo unas cejas del color de la paja, ataviado con una chaqueta amarilla, pantalón negro y camisa roja. Jack ya había oído hablar de Fritz Genzl a su madre, aunque no había llegado a conocerlo. Anita pareció sobresaltarse al ver a Jack y se soltó bruscamente del brazo de Genzl, haciendo un amago de retroceder. En vano: ya era demasiado tarde. También su acompañante reaccionó con

sorpresa.

—¡Anita!

—¡Ah!

—Patricia, ¡mira quién está aquí!

—¡Qué me dices!

Patricia abrazó y besó a Anita, mientras Jack daba la mano a Fritz. Nadie presentó al amante alemán de Anita, pues la joven parecía haber perdido el habla. No obstante, él enseguida empezó a hablar en inglés con un acusado acento alemán. Parecía tartamudo, ya que dejaba largas pausas entre las palabras, y éstas sonaban agudas y estridentes, como extraídas de su interior a la fuerza. En su pronunciación se advertían tonos y matices alemanes, nada frecuentes en Norteamérica.

«Tiene pinta de nazi», pensó Jack, sintiendo un asco instantáneo hacia él. No obstante, se sobrepuso e intentó entablar conversación:

—Un día caluroso para septiembre, ¿no le parece?

—*Ja*. Aquí hace calor. En Alemania ta-ta-también, pero diferente. ¡Aquí el aire es húmedo! ¡Aquí so-so-sofoca!

Y Fritz Genzl apuntó hacia su garganta, soltando un graznido como si le estuvieran estrangulando.

—¿Le apetece una Coca-Cola?

Genzl no respondió inmediatamente.

—Odio esa bebida. Es ma-ma-mala para el estómago. Puro ve-ve-veneno.

—Sin embargo, millones de personas beben Coca-Cola y viven para contarlos —replicó Patricia.

—*Ja*. —Genzl la contempló con hostilidad, como apostillando: «Si a eso se le puede llamar vivir».

—¿Lleva mucho tiempo en Estados Unidos?

—Nu-nu-nueve meses y do-do-dos semanas.

—¿Y ha venido usted directamente desde Alemania?

—*Ja*.

«O sea que ¿ya dejan entrar alemanes en Norteamérica? —reflexionó Jack, asombrado de sus propios pensamientos. ¿Y qué habrá hecho durante la guerra? ¿Exterminar judíos?». A pesar de que Jack distaba de ser chauvinista y de que todo ese galimatías del judaísmo le traía sin cuidado, ese alemán le resultaba sospechoso.

Lanzando una mirada interrogante a Anita, le preguntó a Genzl:

—¿Fuma usted?

—¡De-de-desde luego que no!

La respuesta sonó airada, agresiva, como si la mera mención del tabaco le hubiera sublevado, y la conversación llegó a un punto muerto. No había nada más que decirle. Patricia intentó salvar la situación.

—Seguro que cerveza sí beberá usted.

—N-n-no la americana. ¡La cerveza de aquí es una m-m-mierda!

Patricia se volvió para dirigirse a Anita.

—Tu madre ha pasado unos días en nuestra casa. Ayer volvió a Nueva York.

—Sí, lo sé.

—¿Qué tal tu trabajo?

—Oh, es horrible. —Anita se aferró a la pregunta. Me paso todo el día sentada escribiendo las mismas pocas palabras una y otra vez. Se especializan en enviar citas. Es algo así como una agencia de detectives.

—¿Cómo aceptaste esa clase de trabajo?

—Oh, resulta difícil encontrar empleo. Hay que saber taquigrafía, y yo no la estudié más que unas semanas. Existe un nuevo método de enseñanza para aprender en sólo seis semanas, pero no me fío. En mi trabajo hay un ambiente horrible, literalmente insoportable.

—¿Has alquilado al menos una habitación agradable?

—¿Agradable? Es horrorosa. El sol abrasa todo el día y la propietaria es increíblemente guarra. Y encima, la mujer de la limpieza se ha llevado tres pares de medias mías.

—¡No me digas! ¿Por qué no nos llamas? Tu madre esperaba que nos visitaras tú también. Ni siquiera has telefoneado.

—¿Cuándo iba yo a ir? El sábado tengo que hacer la compra, lavarme el pelo, planchar y hacer mil cosas. Con el calor y el polvo el pelo se me ensucia un horror. También he tenido que ir al dentista porque me había saltado un empaste. Cada día me ocurre alguna desgracia. El otro día perdí la llave de la entrada y tuve que llamar al cerrajero, con todo el lío que supone. Cuando llega el domingo, estoy muerta de cansancio. No me quedan ganas de ir a ninguna parte ni de hablar con nadie.

—Lo siento, de verdad.

—¿Ves alguna vez a nuestro padre? —preguntó Jack.

—No.

—Seguramente sabrás que ha vuelto con nuestra madre —le murmuró Jack, en tono confidencial.

—Ella no quiere aceptarlo de nuevo.

—Con todo, es mejor que haya vuelto.

Jack y Patricia empezaron a despedirse de Anita y de su alemán. Para Jack, los pocos minutos que pasaba con su hermana siempre eran un tormento. Ella no paraba de quejarse, siempre utilizaba palabras como: «espantoso», «fatal», «horrendo», «sucio» y parecía encontrarse en un perpetuo estado de pánico. El alemán aquel encajaba a la perfección con Anita y con su carácter. Jack se despidió, agarró a Patricia por el brazo y se volvió para marcharse, caminando en silencio con ella hasta el final del pasillo. «Imposible, seguro que no es un nazi —iba meditando Jack. No le habrían concedido el visado. Además, tampoco habría elegido a una chica judía ni asistido a una fiesta como ésta. Tiene que ser de izquierdas», concluyó. Sin embargo, advertía en él una aspereza, una hostilidad, una sangre fría que le inquietaban. «Así

serían las tropas de asalto —pensó. Bueno, pero no se puede condenar a todo un pueblo. ¿Acaso no está Alemania Oriental siguiendo un camino progresista? No hay que extraer conclusiones a partir de impresiones y sentimientos».

—¡Qué personaje tan ridículo! —comentó Patricia, interrumpiendo los pensamientos de su marido.

—Mi hermana y él hacen buena pareja.

III

Entre los invitados también se contaba Silvia, la esposa de Herman Makaver. El joven había desaparecido en Rusia sin dejar rastro y ya no cabía duda de que lo habían liquidado. Silvia no dormía por las noches y hubo momentos en los cuales hubiese deseado escupir al comunismo. Si en la misma patria del socialismo aniquilaban a seguidores tan leales como Herman, eso significaba el fin del mundo, no quedaba lugar para la esperanza. Sin embargo, los camaradas de Silvia se esforzaron por animarla. En primer lugar, según ellos no había motivos para suponer que Herman hubiera sido arrestado. ¿Y si lo habían mandado a alguna misión secreta y le habían prohibido escribir? Tal vez estuviera en algún lugar en China, en Corea o quién sabe dónde. Por otra parte, en el caso de que lo hubiesen arrestado, Silvia no debía olvidar una cuestión: que siempre había habido ovejas negras, provocadores y delatores que minaban solapadamente el terreno a la Unión Soviética, por el procedimiento de denunciar a sus más fieles defensores. ¿No había sido Yeshov esa clase de provocador? ¿Y no lo fue Yagoda? No obstante, tarde o temprano se les acababa descubriendo y los comunistas leales que habían sido falsamente acusados eran rehabilitados. La inocencia de Herman pronto sería restablecida y Silvia aún recibiría de él muchas y alegres cartas.

Otros camaradas habían dado a entender que Herman distaba mucho de estar tan entregado a la causa como Silvia imaginaba: había dado muestras de terquedad, y cuando se le metía una idea entre ceja y ceja no daba su brazo a torcer. En cierta ocasión había criticado al Partido Comunista de América e incluso había dejado escapar alguna censura sobre Moscú. Herman siempre había mantenido que la disolución del Partido Comunista de Polonia en 1936 había sido una ligereza por parte del Comintern. Tal opinión equivalía de hecho a afirmar que tanto el partido como el camarada Stalin habían cometido un error. ¿Acaso existía alguna diferencia entre estas ideas, las del trotskismo, y cualquier otra forma de disidencia? Alguien llegó a sugerir la idea de que Herman había perjudicado al partido cuando aún estaba en España. En realidad ¿qué sabía Silvia del pasado de Herman? Si lo habían detenido en Rusia, señal de que no era trigo limpio. Allí tenían todos los expedientes. Sabían secretos que los demás ignoraban. Los camaradas trataban de convencer a Silvia de que se liberara de los pensamientos negros y recuperara su activa y emprendedora actitud de siempre. Ella necesitaba al partido y el partido la necesitaba a ella. ¿Adónde se dirigiría si abandonara su militancia en el partido? ¿A los demócratas? ¿A esos pocos autodenominados socialistas, como Norman Thomas? Aparte del partido comunista, la vida política norteamericana era fascista, idiota, retrógrada, confusa. Toda persona progresista debía permanecer en el partido si deseaba realizarse política, cultural e incluso personalmente.

Sí, en efecto, ¿adónde podía ir Silvia? Por extraño que resultara, hasta su empleo se lo debía al partido comunista. A pesar de que trabajaba para el Gobierno federal, su

jefe y muchos de sus colegas eran «compañeros de viaje». Si Silvia demostrara la menor oposición al partido, perdería su puesto. Los capitalistas norteamericanos carecían del sentido común suficiente como para controlar sus propias instituciones. En todas partes eran los camaradas quienes llevaban las riendas. El capitalismo americano carecía de conciencia de clase y de intereses políticos propios. Vivía al día, por y para el dólar. Era como un cerdo que engordaba cebándose y gruñendo, ignorante de que al día siguiente lo conducirían al matadero. Cuando alguien intentaba despertarle de su inmundo sopor y señalarle el peligro, se abalanzaba sobre él con toda la fuerza de su rabia porcina.

Después de meditarlo mucho, Silvia había decidido asistir a la recepción. Todas sus amistades interpretaron su llegada como una muestra de que había superado las dudas y la depresión y de que su sano instinto había triunfado. Todos la rodearon y abrumaron con sus cumplidos, le contaron toda clase de cotilleos internos, y la animaron con chistes, anécdotas y confidencias. Nadie mencionó el nombre de Herman, e incluso evitaron pronunciar cualquier palabra que se lo recordara. Había sólo un detalle que no agradó en absoluto a la pandilla: Silvia aún llevaba puesta la alianza. Sus amigos pensaban que debería quitársela, aunque confiaban en que con el tiempo llegaría a ello. No era posible vivir en el pasado. Herman ya no estaba, se había acabado para siempre. No era posible saber, desde Nueva York, lo que le habría ocurrido a una persona en el otro extremo del mundo. Los comunistas tenían que dedicarse a resolver los problemas de hoy y del mañana, no los de ayer.

Los hombres rondaban a Silvia como si se tratase de una joven viuda disponible; la miraban a los ojos. Examinaban su atuendo: Silvia no iba de luto, mas tampoco se había engalanado como correspondería a tan festiva ocasión. Vestida con su ropa de diario, llevaba un cigarrillo colgando de los labios casi sin pintar. Llevaba el pelo muy corto y tan despeinado como siempre. En sus grandes ojos negros se percibía una expresión de sorpresa, seriedad y desengaño. «Sí, exactamente así se habrían comportado si hubiera sido yo la que hubiese desaparecido y Herman quien se hubiera quedado —pensaba Silvia. En cuanto alguien cae, enseguida tienen que pisotearlo y olvidarse de él. Pero ¿es ése el comunismo al que yo aspiraba? Mis ideales eran distintos. ¡Y yo que pensaba que precisamente entre los socialistas el individuo tenía su valor! Desde luego, he sido una ingenua». Silvia recordaba unas palabras de Herman: «No es posible prever absolutamente nada. Cada acontecimiento posee su lógica».

Santo Dios, ¿cuántas veces, estando con Herman, había ella protestado porque las purgas en Rusia la horrorizaban?, y Herman lo suavizaba, lo justificaba todo, tratando de demostrar que un partido no debía ceder ante las emociones, sino adaptarse a la dialéctica de los acontecimientos. «El amigo de ayer puede ser el enemigo de mañana —argumentaba Herman. La humanidad y su desarrollo no son agua estancada, sino la corriente de Heráclito que fluye y cambia a cada instante. Con cada cambio en la política o en la economía, se modifican todas las relaciones». Herman le había puesto

un ejemplo de cálculo integral y diferencial: «Cada variación en el valor de x , hace cambiar el valor de ϵ así como de todas las demás funciones de x . Por ejemplo, no existe ninguna contradicción entre la afirmación de Molotov acerca de que el fascismo era cuestión de gustos y el llamamiento de Stalin al proletariado del mundo y a todas las fuerzas progresistas para luchar contra la bestia nazi. El ataque de Hitler a la Unión Soviética había hecho cambiar todos los valores, incluidos los morales».

«¡Todo habría salido bien si Herman no hubiese ido allí! —se decía Silvia. Seguro que le han engañado, le han tendido una trampa. ¿Seguirá con vida? ¿Estará pudriéndose en alguna cárcel? ¿Y qué pensará al verse encerrado en una prisión soviética? ¿Sabrá hallar alguna justificación para eso, o su tragedia personal le llevará a la duda?». Silvia habría dado media vida por poder dirigirle una mirada siquiera, intercambiar con él unas palabras.

«A pesar de todo, ¡hay que seguir viviendo! ¡Hay que vivir! No voy a quedarme sentada, guardando luto hasta el final de mis días. O me pego un tiro en la cabeza o llevo una existencia normal». Sumida en toda esta ansiedad, sorprendentemente Silvia necesitaba un hombre. Algo en su interior burbujeaba, subía como la espuma, vibraba. De vez en cuando le sobrevenía una sofocación. Antes, cuando estaba con Herman, no le había interesado físicamente ningún otro hombre. Sin embargo, en ese momento se había despertado en ella la curiosidad. Los camaradas la observaban con ojos penetrantes, mientras las miradas se deslizaban por sus pechos, por sus caderas. «¿Qué estarán mirando? Los hombres son unos animales, unos auténticos animales». Silvia aspiró profundamente el humo del cigarrillo y durante un rato contuvo el aliento. Un llanto, un grito desgarrador luchaba por salir de su interior: «¿Es esto el ser humano? ¿Es esto la vida? ¿Es esto el comunismo?». Pero Silvia sabía que no debía gritar. De todos modos, tampoco había a quién gritar. No existía Dios, ni justicia, ni plan alguno, ningún objetivo. Y si uno se pone a dar cabezazos en la pared, se lo llevan a un manicomio. Una persona adulta debe saber pisar cadáveres y mantener la sonrisa. Debe saber contemplar la injusticia y callar, por lo menos hasta que llegue el momento en que la sociedad se edifique sobre fundamentos comprensibles.

I

Lea se encontraba de nuevo en casa de Jack, en Long Island, para celebrar allí la fiesta de Rosh Hashaná. De forma inesperada, Patricia había empezado a interesarse por todo lo judío y se pasaba horas enteras hablando del tema con Lea. Pronto daría a luz y se preguntaba qué sería el niño. Puesto que el padre era judío, razonaba Patricia, también el pequeño debería serlo. Jack se reía de aquella idea. «¿Qué clase de judío soy yo?», le preguntaba. ¿Por qué tenían que armar tanto alboroto con el asunto de la religión, cuando ninguno de los dos era devoto?

Pero Patricia volvía al asunto a la menor oportunidad. Casi todos los vecinos eran judíos y en el barrio había un centro comunal judío. Si el bebé fuera niño, habría que circuncidarlo. Patricia citaba a otros matrimonios mixtos, entre los vecinos, que proporcionaban a sus hijos una educación judía. A un niño, afirmaba Patricia, no se le puede dejar colgando en el vacío. Si al crecer decide que quiere ser ateo, pues muy bien, pero mientras fuera pequeño no convenía aislarlo de los demás. Al principio, Lea se mostró de acuerdo con su hijo.

—¿Por qué hacer de él un judío? —objetaba. ¿Para que venga de nuevo un Hitler y lo extermine?

—Hitler está muerto y los judíos viven —respondía Patricia.

Sin embargo, muy pronto Lea se puso de parte de Patricia. En cuanto a Jack, por muy izquierdista que fuera, casi comunista, no estaba hecho para librar una guerra contra su mujer y su madre. Además ¿qué sentido tenía hablar sobre una persona que aún no había nacido? Mientras tanto Patricia se dedicaba a recopilar información. Conversó con otras madres y se informó acerca de cómo preparar la ceremonia de la circuncisión. Una vecina, cuyo esposo también era ingeniero, le prestó un libro en inglés sobre los más importantes principios del judaísmo y de las leyes judías. Jack lo había hojeado de pasada, calificándolo como «basura» y «un camelo». Lea descubrió en él errores. Mucho de lo que se decía allí no coincidía con los conocimientos que ella tenía del judaísmo. No obstante Patricia lo leyó con avidez, como si se tratara de una novela de suspense, e incluso tomó apuntes. Elaboró una lista de todas las festividades y adquirió un calendario judío para saber en qué día caería Rosh Hashaná, así como Yom Kippur, Succot y Shminí Atseret. Bombardeaba a Lea con preguntas y dudas acerca de las leyes. ¿Estaba permitido cocinar en una estufa eléctrica durante el *shabbat*? ¿Se podía conseguir en Nueva York una tabla para salar

la carne? ¿Estaba permitido ducharse en el Yom Kippur? ¿Se podía encontrar jamón *kosher*? Patricia parecía completamente fascinada por estos ritos.

—¿De verdad crees en todo ese sinsentido? —preguntaba Jack.

—Bueno, es interesante.

—Si tan devota eres, ¿por qué no vas a la iglesia?

—Bueno, pues porque quiero pertenecer adonde van a pertenecer mis hijos.

Jack le recriminaba que sus puntos de vista no fueran progresistas, y que sus amigos pudieran reírse de él cuando se enteraran de las actividades a que se dedicaba su mujer. Sin embargo, Patricia seguía en sus trece:

—La señora Goldman también es progresista y de todos modos celebró la Bat Mitzvá de Eleanor.

Jack comprobó lo que todos los hombres acaban descubriendo tarde o temprano: que la mujer no se rige por la razón sino por emociones, instintos, modas o sencillamente por su obstinación, frente a todo lo cual la lógica no sirve de ayuda. Patricia consultó con el rabino de su zona. Tiempo atrás, este rabino había sido actor aficionado y llegó a actuar en pequeños teatros de Greenwich Village. En uno de ellos una compañía ambulante, a la cual había pertenecido Patricia de soltera, llegó a estrenar una obra suya. Incluso podrían haber coincidido sobre el mismo escenario. No obstante, en ese momento él era un rabino al que Patricia acudía para confesarle sus inquietudes. El rabino le ofreció un cigarrillo, escuchó atentamente todas sus palabras y le ofreció una copa de coñac. Le contó a Patricia que había decenas de mujeres cristianas, casadas con judíos, que pensaban como ella.

—Si me preguntaras en privado, como amigo —le respondió a Patricia— te contestaría: «Huye del judaísmo como de la peste. Implica demasiados problemas. El judío no se encuentra en su casa ni siquiera en nuestro país, en Estados Unidos». No obstante, como rabino debo acogerte con los brazos abiertos.

Patricia se sintió intrigada.

—¿A qué tipo de problemas se refiere? En Norteamérica cada uno es libre de servir a Dios como quiera.

—Sí, pero también se permite que el propietario de un club de campo se niegue a aceptar judíos.

—Bueno, también han perseguido a los cuáqueros.

—No como a los judíos.

—El mundo progresa, no retrocede.

—Cuando se trata de los judíos, no existe el progreso.

Patricia se fue descontenta. Finalmente, llegó a la conclusión de que los rabinos reformistas no eran de su agrado. Si era rabino, ¿por qué no llevaba barba? ¿Por qué no se cubría la cabeza? ¿Y por qué hablaba de forma tan coloquial? Patricia había visto otros rabinos en Nueva York, hombres con barbas y tirabuzones, ataviados con largos gabanes negros. Resultaban un tanto anticuados, raros, pero en su opinión había en ellos una cualidad que atraía, que intrigaba. En el libro que le habían dejado,

Patricia había leído acerca de Maimónides, del Baal Shem Tov, del Gaón de Vilna. También sobre algunos rabinos que habían llevado a cabo largos ayunos de penitencia. Un tal rabí Akiva se había prestado a que le arañaran el cuerpo con rastrillos de hierro y había entregado su alma pronunciando las palabras: «Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno»^[64]. Otro, rabí Janania ben Dusa sólo se alimentaba, de un *shabbat* al siguiente, con un puñado de algarrobas. Estos rabinos no eran actores, sino hombres de Dios. ¿Seguían existiendo personas como ellos? Si fuera así, Patricia quería conocerlas.

Entretanto, ante la proximidad de los días solemnes de Rosh Hashaná y Yom Kippur, Patricia había reservado ya dos asientos, para su suegra y para ella, en el templo reformista de su barrio. Decidió comprar la carne en un establecimiento *kosher* y preparar una cena festiva para la víspera del Año Nuevo. De todas partes le llovían consejos. En la panadería le comentaron que le podían proporcionar pan trenzado. Una de sus amigas, la señora Stone, le regaló dos candelabros para que encendiera las velas y recitara la plegaria. Lea también le enseñaba los preceptos del judaísmo y, al mismo tiempo, a cocinar el *guefilte fish*, las bolitas de *matzá*, los pastelillos de carne, el caldo de pollo, con explicaciones sobre las leyes dietéticas y sobre la obligación de separar los productos lácteos de la carne. Le resultaba extraño que la religión judía estuviera tan estrechamente ligada a la cocina y a la alimentación. Jack guardaba la esperanza de que, pasado algún tiempo, Patricia se cansaría de todo esto y volvería a interesarse por otras cosas, pero la curiosidad de ella no conocía límites. Empezó a interrogar a Lea acerca de las leyes de higiene femenina que se mencionaban en el libro. ¿Se observaban esas leyes también en Estados Unidos? Y los baños rituales, ¿existían también allí? ¿Los frecuentaban las mujeres ortodoxas?

—¡Dentro de poco tiempo, te vas a rapar la cabeza y te pondrás un pañuelo! —se reía Lea.

—¿Por qué habría de raparme la cabeza?

Lea intentaba responderle, pero Patricia enseguida comprendió que los conocimientos de su suegra eran muy someros. Aunque sabía las leyes, ignoraba sus motivos, sus fundamentos, sus orígenes. Decidió ir a una librería judía en Nueva York donde vendían obras religiosas, *yármulkes*, candelabros, *tsitsit* y peonzas de Januccá. Allí la propietaria le vendió un Antiguo Testamento y un Shulján Aruj traducidos al inglés, así como una historia del judaísmo, un libro de oraciones para los días ordinarios y otro especial para Rosh Hashaná y Yom Kippur, además de una obra titulada *El espíritu del judaísmo*. Patricia ya no se vería obligada a seguir recurriendo a mujeres ignorantes. Existía una extensa literatura en inglés sobre los fundamentos de esa religión. Si en la universidad había sido capaz de estudiar matemáticas, física, química, historia del arte, no había razón para que no se instruyera en la religión judía.

Al poco tiempo Patricia estaba mejor informada que Jack, más que Lea, más que

sus vecinas judías. Hablaba con todo conocimiento de la Biblia, de la Mishná, del Talmud. Lea escribió a Grein una larga carta donde le comentaba lo satisfecho que podía sentirse de su nuera. Patricia se proponía ir a ver a su suegro y charlar con él largo y tendido, pero antes quería armarse de conocimientos sobre el judaísmo. Entretanto, ella misma no conseguía explicarse lo que le ocurría. ¿Se había vuelto repentinamente religiosa, o sólo se trataba de obstinación? ¿Lo hacía acaso por el niño? Algo la impulsaba a realizar todos aquellos actos, mas no sabía lo que era. Incluso se despertaba en plena noche y se dedicaba a repetir mentalmente las leyes judías.

II

En la mañana de la víspera de Rosh Hashaná sonó el teléfono en el estudio de Grein. Al contestar, Grein oyó la voz de Ester.

—Soy yo. Sin duda pensabas ya que me había muerto, pero siento anunciarte que sigo rodando por este mundo. Como un alma en el mundo de la ilusión.

—¿Cuándo has vuelto?

—Ayer.

—¿Qué tal Europa?

—Europa es Europa, la misma de siempre pero desencantada, empobrecida, oscura. ¡Tendrías que haber visto París! ¡Madre mía, qué pena! Mejor no hablar. En Londres sin embargo, donde calles y manzanas enteras cayeron bajo las bombas, no sabes cómo quieren a los alemanes. Estando yo allí, un soldado alemán, prisionero de guerra, se casó con una muchacha inglesa y toda la prensa se lió a aclamar el evento como si les hubiesen concedido el mayor de los honores. Los pocos judíos que quedan están hundidos en la miseria o negocian en el mercado negro. ¿Cómo te encuentras tú?

—No sé qué decirte.

—Veo que estás en tu casa.

—Sí, es un hecho.

—¿Tu mujer anda por ahí?

—Lea está en casa de Jack.

—¿Cómo se encuentra? Deduzco que estás solo en el apartamento.

—Sí, estoy solo.

—Bien, entonces puedo hablar contigo. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has separado de la hija de Boris Makaver?

—Me he separado de todos.

—Bueno, ya iba siendo hora. Siempre fuiste un misántropo. Tu único deseo era huir de todo y de todos. Te he llamado, antes que nada, porque quería desearte un feliz Año Nuevo, que seas inscrito en el Libro de la Vida por un año más de salud y dicha. Créeme: te lo deseo de todo corazón. Recuerda: en todo el mundo no cuentas con una amiga mejor que yo. Me hago cargo de lo que estás pasando, tan claramente como si estuviera sentada en tu corazón y escuchara tus pensamientos. Aunque nos separaba un océano, ten por seguro que he permanecido todo el tiempo contigo. Y de los sueños, mejor ni hablar. En cuanto cierro los ojos, allí apareces tú. Incluso despierta. ¿Y Lea? ¿Qué dicen los médicos?

—Aún no se sabe nada.

—No te lo crearás, querido mío, pero ruego a Dios por ella, aunque no sé por qué. Por lógica, tendría que ser su enemiga. Sin embargo, en primer lugar, el odio no va con mi carácter y segundo, la lógica tampoco es lo mío. ¿De dónde me iba a venir a mí la lógica? ¿Vas a ir a rezar mañana? ¿Ya tienes un asiento en la sinagoga?

—Sí.

—Qué bien. ¡Que tus oraciones te procuren un buen año! No pienses que los médicos son tan sabios; ni siquiera saben dónde tienen la mano derecha. Si Dios le concede años a uno, se vive. Ese mal tal vez llegue a curarse. Hay más de un médico que, después de desahuciar a un enfermo se ha muerto él, y el paciente ha seguido tan campante y además riéndose. Dime ¿por qué se ha ido Lea a pasar la fiesta en casa de Jack?

—Así lo ha decidido.

—Vaya, en realidad nunca ha sido una verdadera esposa para ti. Si hubieras tenido un poco de sentido común, te habrías separado de ella hace doce años. Ella se habría casado con alguien de su estilo y estaría contenta; mientras tanto, nosotros habríamos sido felices, todo lo felices que pueden ser un hombre y una mujer. Porque lo que yo puedo darte, no lo hallarás en nadie. Te comprendo aún mejor que tú mismo. ¿Cuántas veces habrás jurado y perjurado que con ninguna otra mujer has sido tan feliz como conmigo? En fin, la gente tiende a evitar la felicidad y encuentra toda clase de pretextos para justificarlo. Tú mismo has dicho alguna vez que las personas temen ser felices. ¿Qué les asusta tanto? Yo me baso en mi propia filosofía: si el ser humano aspira a la felicidad, es porque ha nacido para ella. Por cierto, que esta filosofía es tuya, no mía. Yo me limito a repetir tus palabras. Muchas veces me ocurre que de repente pienso en algo y enseguida me digo: «Es Hertz, que está pensando dentro de mí. Como si me hubiese poseído un *dibbuk*». Y ha de ser cierto, pues de lo contrario no se explica lo que me pasa. Claro que ¿dónde se encuentran *dibbuks* hoy en día? Oye, ¿por qué estás tan callado?

—Estás hablando tú. No quisiera interrumpirte.

—Hablo yo porque tú no sueltas prenda. Para ti cada palabra es un ducado de oro, y para mí un ducado carece de valor. ¿Qué tal estás, querido mío? ¿Qué es lo que haces?

—Oh, estoy «sentado solo y en silencio», como dice Jeremías^[65].

—¿De qué te sirve eso?

—¿Cómo te ha ido en Europa?

—Como a un santo en este mundo y a un malhechor en el venidero. Me he pasado todo el tiempo enferma. En el avión de ida, por poco me muero. Me dieron unos espasmos tan fuertes que las manos y los pies se me agitaban sin control. Tenía convulsiones en el estómago. Milagrosamente, había un médico a bordo que llevaba con él el medicamento apropiado. Una vez en París, se armó enseguida tal revuelo alrededor de él, me refiero a Plotkin, tal barullo, que ni te imaginas. París se halla repleta de todo tipo de refugiados de Polonia, Rusia, Alemania... de todo el mundo. Allí tiene él un verdadero mar de conocidos. En cuanto descubrieron que el rico señor Plotkin de América había llegado a París, se produjo una verdadera avalancha. Desde luego creyeron que él era un segundo Rockefeller, un J. P. Morgan. Y él se portó como si hubiera contratado a Rockefeller para que le preparara el baño. El franco

francés está por los suelos, y con un dólar te llenas los bolsillos. Encima, como él cambiaba el dinero en el mercado negro, conseguía casi el doble. En pocas palabras, que aquello se convirtió en un banquete perpetuo. Sin saber de dónde, surgieron un montón de gorriones, aprovechados, postulantes, escritores, artistas y, en resumen, una tropa de desgraciados de toda clase. Todos le tiraban del bolsillo, y en todas las manos que le tendían él colocaba unos billetes. Algunos volvían dos y hasta tres veces, cada vez con un cuento diferente. Si ese hombre no repartió diez mil dólares, no me llamo Ester; pero no importa, la caridad es la caridad. Sin embargo, otra cosa muy diferente es agasajar a mujeres viciosas, cebarlas con caviar y champán, y acompañarlas en taxi a toda clase de locales nocturnos y tugurios. ¡Madre mía! ¡Que un hombre tan viejo ceda a instintos tan bajos! No quisiera pecar de palabra, pero ese hombre no necesita una esposa. Perdona mi franqueza, pero está completamente acabado. Admite tener sesenta y seis años, pero a mí no me cabe la menor duda de que ha pasado ya de los setenta. Entonces ¿por qué se empeña en quemar el mundo? Pero así es él.

»Te diré otra cosa: en París no se ve una mujer guapa ni por asomo. Cada una es más fea que la anterior. Rara vez te encuentras alguna que tenga todos los dientes en su sitio y, sin embargo, eso no quita que vayan por ahí riéndose, emperifolladas y coqueteando de tal forma que se te revuelve el estómago. Plotkin llegó allí como si fuera un vendaval, y pronto ya no había con quién hablar. Parecía embriagado, pero es que además estaba borracho de verdad. Se traga el champán como si fuera agua: botellas enteras, toda una damajuana cabe en su enorme barrigón. Cómo lo aguanta su corazón, es un misterio de Dios. Se abrazaba con todo el mundo, tuteándolos y besándolos como si se tratara de sus propios hermanos. A mí me miraban con tanto odio, que llegué a temer que me clavaran una daga en el corazón. Pronto me dejó tan cansada que ya no podía con mi alma. Al principio intentó arrastrarme a todas sus juergas y banquetes, pero enseguida le advertí que a mí no me quedaban fuerzas. Me metí en la cama y allí permanecí aturdida durante tres días. Y para colmo tampoco en la cama me dejaron tranquila, porque en París no te telefonean sino que te visitan sin que los hayas invitado. Aunque de todos modos los teléfonos tampoco funcionan. Cada tantas horas se te estropean, y se descomponen las ventanas, se atascan las tuberías y hasta, perdona que lo mencione también, se estropea la cadena. Cuando ya estaba dispuesta a darme un baño, de repente resultaba que no salía agua caliente. Y eso que estuvimos en uno de los mayores hoteles, pero en Francia no existe diferencia entre lo grande y lo pequeño. Esta Francia de la posguerra es un auténtico caos. Naturalmente que con dinero todo se consigue, pero hay que pagar sin fijarse en el precio. ¿Te has quedado dormido, o qué te pasa?

—No, Ester, te escucho.

—¿Por qué no me hablas? ¡Quiero oír tu voz!

—¿Qué quieres que diga? Eres tú la que acaba de llegar de Europa, no yo.

—¿Y qué más da eso? Soy la misma Ester. Europa no me ha cambiado.

—No, ya veo que no.

III

—Oye, no seas tan sarcástico. De acuerdo, yo no he cambiado, pero también tú sigues siendo el mismo. Por mucho que te empeñes en decir que eres un arrepentido y todo eso, yo no me lo creo, ni mucho menos. Eres igualito a como eras antes. Mi madre siempre decía: tal como sales de la cuna entrarás en la tumba. La gente no cambia. Siempre has querido saldar cuentas con Dios; ya ves: ¿de qué te ha servido? También yo tengo cuentas pendientes, Hertz, y ¿de qué me vale? Yo me paso el día clamando al cielo, sin embargo no me hace ni caso. Tú al menos me respondes con un gruñido, en cambio Él guarda un silencio total. ¿Para qué, entonces, apelar a Él? Mañana es Rosh Hashaná y los judíos que Hitler no consiguió exterminar y quemar en los hornos acudirán de nuevo a honrar a Dios con sus oraciones, celebrarán la solemne santidad del día y harán sonar el *shofar*. Eso... ¿cómo lo dicen los polacos? *Gadaj do scianny*, es hablar con la pared. Me asombra, Hertz, que te hayas metido en estos asuntos. Ahora no es el momento.

»Sólo en Europa se aprecia la magnitud de la catástrofe. La gente va dando tumbos desconcertada sin saber muy bien adonde dirigirse. Después de escapar de los alemanes, ahora huyen de los bolcheviques y también de los polacos. Ya se ha producido algún pogromo en Polonia; por lo visto pretenden aniquilar a los pocos judíos que han quedado. No existe criatura más devastadora que el ser humano. Los franceses sufrieron lo suyo y no quieren extranjeros. Por otra parte, muchos de ellos colaboraron con los nazis. París está atestada de pordioseros, traidores, nazis disfrazados y vete a saber qué más. Ahora son los comunistas quienes mueven los hilos. Lo que han llegado a hacer en Rusia, la gente tiene miedo de contarlo. Han deportado a los judíos a Siberia, hacinados en trenes de carga, acribillados por los piojos; algunos se morían por el camino, hasta se veían obligados a aliviarse, y perdona que lo diga, por las ventanas, porque no había retretes. Ni siquiera a los animales se les envía en estas condiciones al matadero. La gente cuenta tantos horrores que mejor no escucharlos, pues basta oír esas historias para sentir los tormentos de Job. Me he pasado los días bebiendo y tomando píldoras todo el tiempo, porque de lo contrario me habría derrumbado. Entonces, ¿por qué humillarse y mostrarse servil? ¿Ante quién? ¿Para ayudar a quién?

—¿Qué remedio propones?

—¡No hay remedio! ¡No lo hay! ¡No lo hay! Sólo existe una cura: ¡el olvido! Quien sepa beber que beba; quien pueda tomar drogas que se drogue, y quien tenga una piedra en el pecho en lugar de corazón, que intente ser optimista y que hable de tiempos mejores. No debemos alabar a Dios, ¿me oyes bien? Ése es el peor de los pecados. Hubo un tiempo en el que yo también iba a rezar en el Rosh Hashaná y Yom Kippur, como ya sabes, pero ahora ni hablar. ¡Que recen los nazis! Ellos van corriendo al Papa y él los recibe y los abraza. Después de que han asesinado a los hermanos y hermanas de Jesús, van a besar de nuevo la cruz.

—Ester, querida mía, no es posible vivir desesperado veinticuatro horas al día.

—¿Por qué no? Yo he vivido desesperada desde niña. Siempre lo he estado, incluso cuando yacía entre tus brazos y gritaba de placer. Como tú, que también has estado siempre desesperado; por eso formábamos tan buena pareja. A pesar de toda mi locura, detesto las falsas ilusiones y esconderme tras bonitas palabras de consuelo. Cuando un judío está siendo asesinado y exclama «Escucha, oh Israel», es comprensible. Sin embargo, el que mientras tanto se halla en su casa, comiendo y bebiendo tres veces al día, no tiene derecho a clamar «Escucha, oh Israel», porque a quien están asesinando es al otro, no a él. Lo mismo ocurre con todo. Queman al padre y el hijo habla de lo luminosa que es la mañana. ¿Quién va a disfrutar de la mañana luminosa? El padre desde luego que no.

—Ester, estás hablando de cuestiones trascendentales. No obstante, el desaliento es inútil. Si todo el mundo perdiese la esperanza de la noche a la mañana, Hitler estaría ahora en Nueva York y quemarían judíos aquí también.

—De todas formas los quemarán. El judío nunca hallará reposo, se le gaseará en todas partes. ¡Mira lo que está sucediendo en la tierra de Israel! Llegan barcos con supervivientes de los hornos de Hitler y los británicos disparan sobre ellos y encierran a los refugiados, una vez más, en campos de concentración. Por otra parte, cuando hoy en día dejan en paz a los judíos, son ellos los que empiezan a crear problemas. En todas partes se lanzan los primeros. ¿Para qué necesitan el comunismo judíos que ya son ricos? Negocian en el mercado negro y al mismo tiempo son tan rojos como para echarse a temblar. ¡Deberías ver lo que ocurre en París! Como pueblo, estamos locos de atar.

—De esto es precisamente de lo que quiero huir. Nuestros padres no eran así, tú también lo sabes.

—Nuestros padres ya no están. Ceniza, eso es todo lo que queda de ellos, un montón de ceniza. Hertz, ¡he dejado a Morris Plotkin! —le anunció Ester canturreándolo. ¡Tenía que soltárselo a alguien! ¿A quién, si no a ti? Hagas lo que hagas y aunque te pongas cabeza abajo, eres la persona a quien más unida me siento y seguirás siéndolo hasta que deje escapar mi último suspiro.

Grein guardó silencio durante unos momentos.

—¿Dónde estás? ¿Desde dónde llamas?

—Sigo en su casa de la calle Hicks, pero él se ha trasladado a un hotel. Se acabó lo de ser esposa: he recuperado mi soltería.

—¿Qué ha ocurrido?

—En realidad, nada. He vivido con él como podía haber estado viviendo con una fiera salvaje, o con el demonio. Y lo llevé a un extremo que tampoco él soportó. Es posible que sea yo el demonio, y no él, ¿qué más da? Ha estado de acuerdo en todo. Piensa dejarme una cantidad de dinero. Ya se ha puesto en contacto con su abogado. Si quisiera, podría sacarle una fortuna, pero no soy tan vil. En realidad, he sido yo la que le ha perjudicado, no él a mí. Él no tiene la culpa de mi manera de ser. Para serte

sincera, no debería aceptar ni un centavo, porque a su manera es un gran caballero, aunque a veces se comporte como un gran cerdo. ¿Quién sabe lo que es en realidad?

—Es cierto.

—No temas, no quiero ser una carga para ti. Él pretende cederme la casa y no le importa que otra gente se venga a vivir aquí. En vez de alquilar habitaciones en Brighton Beach, lo haré en la calle Hicks. ¿Qué más da? De hambre no voy a morirme. También me permite quedarme con las joyas y venderlas. Por ahora me mantengo en pie, aunque no sé durante cuánto tiempo. La experiencia con Morris Plotkin y el viaje a Europa han acabado conmigo. Hasta que llegó él, yo aún conservaba un resto de amor propio; ahora hasta eso he perdido. Cada vez que pienso en mí, me entran ganas de escupir. ¿Has oído de alguna persona que quiera escupirse a sí misma? Todos insisten e insisten en que debo ver a un médico, pero ¿cómo va a ayudarme un médico? Mi caso ya ha llegado demasiado lejos. En mi interior todo está quemado, calcinado; no queda más que carbón y humo. Sólo espero una cosa de ti, Hertz: que mientras me queda una chispa de vida, no me abandones. El salmo lo dice: «No me rechaces en mi vejez»^[66]. Precisamente mañana lo leerán a voces en las sinagogas. Aún no soy tan vieja, pero destrozada sí me siento, rota en mil pedazos. Necesito hablar con alguien y sólo puedo hablar contigo. Éste es el problema.

—Bueno, Ester, habla. Siempre tendré tiempo para ti.

—¿De verdad? Qué bien sienta oír eso. Imagínate que existe una persona que sólo habla un idioma, por ejemplo el yiddish, y que no sabe ni una palabra de ningún otro. Supongamos que el yiddish está muerto, y que únicamente ha quedado otra persona más que lo entienda. En un caso así, el que sólo sabe yiddish se desviviría por llegar a la persona capaz de comprenderle y la seguiría por todo el orbe, hasta el fin del mundo. Así somos tú y yo. No puedo hablar con nadie más que contigo. Con los otros me asalta la sensación de que estoy hablando con unos tarugos, por más que finjan entenderme. Tú nunca me contestas directamente, pero sé que me oyes y que lo sabes todo. Entonces, ¿cómo puedo vivir sin ti? Tú andas por ahí, buscando una buena acción que realizar y, sin embargo, sólo has de dirigirme una palabra amistosa para llevar a cabo la mejor de las acciones.

—Esa buena acción la llevo a cabo por mi propio bien.

Ester guardó silencio. A través del auricular se oyó un sollozo ahogado.

—Ay, sólo por oír estas palabras todo ha valido la pena. Temía que me hubieras olvidado por completo.

—No, Ester. Imposible olvidarte.

—Tú... tú... ¡Eres un animal! El amor es lo más grande. Tú buscas a Dios, pero si existe, ha de ser en el amor... Quiero arrodillarme ante ti. Quiero, ¿cómo se dice?, postrarme ante ti. No temas, no me he vuelto loca. No es posible que una persona ame a Dios, porque a Dios no se le ve y porque es todopoderoso y eterno. Un ser humano, ¿cómo va a mantener un romance con el sol? Sería como una aventura amorosa entre un microbio y un elefante, multiplicado por un millón. Una persona

sólo puede amar a otra persona: ésa es la tragedia. Morris Plotkin ama a todo el mundo, en cambio yo sólo puedo quererte a ti. Tú eres mi Dios... Es ridículo, ¿no? ¡Hablar de este modo, a mis años! Pero ésa es la verdad. A tu lado hasta podría rogar a Dios, juntos rezaríamos en el mismo libro de oraciones.

Súbitamente, Ester se echó a reír. Luego se calló de repente.

—¿Sigues ahí?

IV

—¡Ester! —exclamó Grein, asombrado de lo que iba a decir y del rumbo que estaban tomando los acontecimientos. Su voz sonó cautelosa y expectante, con la excitación temblorosa de quien acaba de decidir dar un golpe de timón, sin pararse a pensarlo más. Al otro lado de la línea, Ester parecía haber perdido el habla. El propio Grein tenía la sensación de que alguien hablaba por él desde su interior, pues las palabras le salían de improviso.

—Ester —preguntó. ¿Sigues dispuesta a marcharte conmigo a los confines de la Tierra?

La expresión «a los confines de la Tierra» era una especie de clave, unas palabras que habían utilizado en innumerables ocasiones y que para ambos habían adquirido un significado especial. Al mismo tiempo que encerraban una profunda solemnidad, también representaban una burla de todos los planes que no habían llevado a cabo y de las promesas que no habían cumplido. Sin embargo, en ese momento, el tono de Grein daba fe de una seriedad absoluta. Apenas si consiguió tartamudear esas pocas sílabas, y las palabras se le atragantaron. Ester, nerviosa y alerta, se sintió presa de un pánico incomprensible que le impedía hablar.

—Sí, ¡sabes que sí!

—¿Cuándo? ¿Ahora mismo?

—¡Siempre!

—¿En este instante?

—Sí, en este preciso instante.

—¡Ven, Ester, ha llegado la hora!

Transcurrieron unos segundos antes de que Ester respondiera.

—¿Lo dices en serio, o estás jugando conmigo al gato y al ratón?

—Ester, ¡recoge lo que necesites y ven! —ordenó Grein. Mi lucha es inútil... Me rindo... sea cual sea este poder...

Ester se hallaba al borde de las lágrimas.

—Vaya, si he vivido lo suficiente para ver este día...

Y se calló. Grein rompió el silencio:

—Ester, no quiero obligarte a nada.

—¿Obligarme? ¡Soy más dichosa que en toda mi vida! Si me muriera ahora, moriría feliz.

—No has de morir. Pon algunas cosas en la maleta y ven. Es evidente que Lea no me necesita. Me llevaré sólo lo imprescindible y todo lo demás se lo dejaré.

—¿Y yo? Él había prometido fijarme una pensión.

—No necesitamos ninguna pensión. Recoge lo que tengas ahí. ¡No nos vamos a morir de hambre!

Grein se detenía entre palabra y palabra, como si se atragantara, mientras un estremecimiento le recorría la espalda. El auricular le temblaba en la mano y lo

agarró con fuerza, atónito ante lo repentino de su decisión, tomada después de tan larga espera. Sólo después de haber pronunciado esas palabras, advirtió la intensidad de su anhelo por dar ese paso y el poder de las fuerzas que habían actuado en los rincones más profundos de su subconsciente. Se percataba de que estaba destruyéndose, de que se burlaba de todos sus anteriores pensamientos, de sus propósitos, de la carta que había escrito a Anna, de la conversación que había mantenido con el doctor Margolin. Sin embargo, su deseo de Ester quedaba por encima de todo. De repente le asaltó el temor de que ella se echara atrás. Sintió que se le secaba la boca.

—Ester, ¿dónde estás? —preguntó.

—Estoy aquí, aquí mismo. Soy tuya, sólo tuya. Haz conmigo lo que quieras. Como si fuera la hija de Jefté, puedes ofrecermelo en sacrificio. Dime, mi amo, lo que deseas, y yo cumpliré tu voluntad, porque tú eres mi sacerdote y yo tu ofrenda.

—¡Deja tus florituras retóricas! Mete en la maleta unos vestidos, algo de ropa interior y toma un taxi a la calle Cincuenta con la Octava Avenida. Allí se encuentra la terminal de los autobuses Greyhound.

—¿Adónde pretendes llevarme? Aunque, bien pensado, eso da igual.

—Ni yo mismo lo sé. ¿Qué importancia tiene? A los confines de la Tierra.

—Sí, llévame contigo. Él pensaba entregarme una buena cantidad, pero no necesito su dinero. Me quedan unos cientos de dólares y unas joyas. Debería llevar mi abrigo de piel.

—Sí, se aproxima el invierno.

—¿Cuándo debo estar allí?

—Cuanto antes. Quien llegue primero, que espere al otro. Hay bancos allí y una cafetería.

—Sí, sí, ya lo sé. Bueno, que empiezo a preparar la maleta. ¿Cómo has llegado a esta decisión? No, prefiero no saberlo.

—Te quiero, Ester. No puedo vivir sin ti: ésa es la verdad.

—Oh, después de oírte, siento que Dios me ha recompensado plenamente, ya no me debe nada. Haré todo lo que me mandes. Sólo me resta un deseo: morir antes que tú.

—Tienes que vivir, no morir. Te necesito.

—Si tú lo deseas, viviré. Cada aliento mío te pertenece.

—Nos veremos en la estación.

Grein colgó el auricular.

Permaneció inmóvil un momento, mirando al vacío, como si esperara ver las fuerzas invisibles que le habían conducido a aquel desenlace. Percibía la presencia de los seres ocultos, de las fuerzas que ven sin ser vistas y que controlan el destino de cada individuo. En silencio se dirigió a ellos: «Bien, ahora que se ha revelado todo, ya podéis mostraros también». Sin embargo, al mismo tiempo les temía y les rogaba que no lo asustaran con sus espantosos rostros. Le bastaría, pensaba, con que se

moviera la pluma sobre el escritorio, como señal de que se hallaban presentes. Estos pensamientos no respondían a ninguna formulación clara, sino que brotaban y quedaban suspendidos, como las imágenes difusas que emergen al inicio de un sueño. Aguzó el oído y le pareció que respondían: «No te conviene derribar el muro que separa el acá del más allá. Es mejor que hagas lo que debes». Grein se despabiló con un respingo: «Bien, ¡eso es!».

A pesar de no haber realizado ningún preparativo de antemano, sabía exactamente qué pasos seguir. Le dejaría a Lea un importe de quince mil dólares en acciones y se llevaría el resto, que ascendía a unos seis mil dólares. De los mil setecientos dólares que tenían en la cuenta corriente del banco, tomaría sólo quinientos. Alquilaría con Ester un pequeño apartamento en el Medio Oeste o en California y vivirían humildemente. Siempre encontraría algún empleo de salario modesto. Ni Ester ni él necesitaban grandes lujos. Escribiría a Lea y le explicaría que no había podido ocurrir de otra manera, que había sido más fuerte que él. En lo que respecta a sus cuentas con Dios, con el pueblo de Israel y con todo lo demás, tendrían que quedar congeladas en su *statu quo*. Que Dios le perdonase, si quería, o que le castigase, si ésa era Su voluntad. Grein recordó las palabras que los judíos pronunciarían al día siguiente en las sinagogas: «Tú eres su creador y conoces su naturaleza»^[67].

Grein se dirigió al armario donde guardaba las maletas, murmurando: «Vaya, ¡esto no lo había previsto! Precisamente ahora... Precisamente ahora...». No obstante, también sabía que tras aquella locura subyacía una especie de lógica. La convivencia con Anna carecía de la alegría, de la exaltación que él anhelaba. Por otra parte, Lea había demostrado, al marcharse a casa de su hijo para pasar allí las fiestas, que no necesitaba a su marido ni deseaba su compañía. Evocó unas palabras de la Guemará: «Cuando la mala inclinación se apodere de un hombre, se vestirá de negro, se irá a un lugar donde nadie le conozca y hará lo que su corazón desea». Sí, existían tentaciones tan poderosas que no cabía resistirse. Seguramente nacían en las alturas. Si los cabalistas estaban en lo cierto, las parejas cohabitaban en las más altas esferas. ¿Quién sabía? Quizá no eran los cuerpos, sino las almas las que ansiaban unirse. «La he deseado siempre, ésta es la verdad».

Sonó el teléfono, pero Grein no atendió la llamada. «¡Ya no estoy!», contestó en silencio a quien se encontrara al otro lado de la línea. El timbre continuó sonando mucho tiempo. «¿Será Lea? ¿Será Anna? ¡Que me perdonen las dos!».

Abrió una maleta y empezó a llenarla. Necesitaría una segunda maleta, porque también deseaba llevarse unos libros. Se sentó al escritorio y escribió una carta a Lea. Todavía debía pasar por el banco. El teléfono empezó a sonar de nuevo, pero Grein ya había decidido firmemente no tener más trato con nadie en Nueva York. En la víspera de Año Nuevo empezaba para él una nueva vida.

Hizo examen de conciencia. Sentía un peso en el corazón, pero sólo por el daño que les hacía a otros, a Lea y tal vez a Anna. En lo que se refería a él, a su yo más íntimo, rebosaba confianza, la confianza de un jugador que acababa de arriesgarlo

todo.

V

Se dirigió en un taxi a la terminal de los autobuses Greyhound y, en cuanto entró, descubrió a Ester. Dado que había pocos pasajeros, había ocupado todo el primer banco, colocado las dos maletas delante de ella y doblado su abrigo de piel sobre el respaldo. Vestida con traje gris de cuello de piel, y con los pendientes de diamantes que había heredado de su madre, ofrecía un aspecto magnífico: pálida, de porte europeo, como si el viaje al Viejo Continente le hubiese arrebatado la pátina de americanismo que había acumulado a lo largo de esos años. Cuando distinguió a Grein se levantó para abrazarlo, pero él tenía que pagar al taxista. Cuando hubo terminado, se acercó a ella, le tomó las dos manos y exclamó:

—Bueno, al fin ha sucedido.

—No te imaginas qué ha ocurrido en los últimos minutos —exclamó Ester.

—¿Qué ha sucedido? ¿Adónde nos vamos? Espera, voy a preguntar hacia dónde sale el próximo autobús.

Grein se alejó, tardó un poco y finalmente volvió con dos billetes.

—A Pittsfield, Massachusetts.

—¿Dónde demonios queda eso?

—Ven, el autobús está esperando.

Grein estaba asombrado de sí mismo. ¿Era éste el modo de dar un paso así? ¿Sería todo tan sencillo? Llevó los equipajes al autobús, que bajo la cubierta de la terminal parecía más grande y elegante que en el exterior. Estaba medio vacío y los asientos se hallaban protegidos por fundas blancas. El conductor introdujo las maletas en las entrañas del vehículo, mientras Grein colocaba los bultos menores en la red dispuesta encima de los asientos. Apenas cinco minutos después, el autobús arrancó. Ester le dio la mano a Grein y él la abrazó sujetándola con la confianza de un hombre que ha conseguido lo que se había propuesto. Sabía que Ester enseguida se lanzaría a hablar, pero en ese momento le satisfacía que guardara silencio. En aquella brumosa tarde de vísperas de Rosh Hashaná, Grein contemplaba serenamente el paisaje por la ventanilla. Se sentía totalmente invadido por la calma de quien está haciendo lo que debe y es consciente de que no existe alternativa. Ester le apretó la mano, y este firme contacto, viniendo de una mujer con quien había vivido casi doce años, le reanimó y le excitó como si acabaran de iniciar su aventura amorosa. Había algo insólitamente placentero en el hecho de permanecer ahí sentado junto a esa Ester casi desequilibrada, haciendo caso omiso de todo lo que sabía acerca de ella. Grein se palpó el bolsillo interior de la chaqueta, donde guardaba los cheques de viaje, y pensó: «Al menos nos alcanzará para dos años. Más adelante ya veremos». Le daba la impresión de que cuanto le había sucedido en los últimos meses no había sido más que una larga preparación para ese epílogo, el clímax hacia el cual le conducían todos sus pensamientos, sus pasiones, sus conflictos. «¿Quién sabe? Tal vez con ella me resulte más fácil volver a Dios». Recordó lo que había oído en una ocasión acerca de

alguien que sin querer se había tragado una aguja que se le desplazaba por todo el cuerpo; padecía toda clase de enfermedades y molestias, y todo por una aguja. De alguna manera cabía comparar su pasión por Ester con aquella aguja.

Con la mirada, Grein iba siguiendo a cada persona, cada coche que pasaba. De pronto se compadeció de todos los que se quedaban en la ciudad sin un gran amor, sin una aventura amorosa capaz de trastocarlos todo. Aquel empleado de la tienda, por ejemplo, que iba empujando un perchero cargado de abrigos de mujer, o aquel policía que permanecía allí plantado, haciendo girar su porra. Vio a un rabino que avanzaba por la acera, no uno de los que se ven en Estados Unidos, sino un personaje que parecía recién salido del barco en el que había viajado desde Europa. Era un hombre alto y corpulento, de prominente barriga, vestido con un gabán negro satinado, calcetines blancos, zapatos negros y, en la cabeza, un sombrero de terciopelo negro. Tenía una amplia barba también negra y tirabuzones excepcionalmente espesos, que no le colgaban en rizos ni tampoco en desorden, sino que le tapaban los oídos, casi como las orejeras que se usan en invierno para protegerse del frío. Aunque esos tirabuzones tan densos e intensamente negros constituían para Grein una imagen ya olvidada, en cuanto la vio le resultó familiar. Junto al rabino caminaba su mujer, con la cabeza cubierta por un bonete al modo tradicional. Parecía especialmente menuda y desgarrada en comparación con su gigantesco marido, algo así como una pava al lado del pavo real, cuando éste abre la cola. Les acompañaba una niña regordeta de unos doce años, peinada con dos gruesas trenzas, y que calzaba unas botas de caña alta y cordones, poco comunes en ese ámbito. Grein imaginó que aquellos tres seres estaban a punto de abrir un nuevo capítulo en la historia judía; el rabino era una especie de Abraham que habría abandonado su país, el lugar que le había visto nacer, su hogar paterno, para recomenzar en Nueva York, justamente en vísperas de Rosh Hashaná, como obedeciendo a una moderna versión del mandato divino al patriarca Abraham: «Vete de tu tierra y de tu familia y de la casa paterna a la tierra que te señalaré»^[68]. Grein los había vislumbrado fugazmente, durante apenas unos segundos. ¿Habrían acabado de llegar a Norteamérica? ¿Y de dónde? ¿Cómo se había salvado de los nazis semejante familia? ¿Habrán vivido escondidos en algún lugar? Lo que más vivamente impresionó a Grein fue la fuerza que emanaba de ellos, un coraje extraordinario, el potencial de una nación nueva, el vigor de generaciones futuras. De las entrañas de aquella madre y de su hijita tal vez nacería un nuevo pueblo de Israel. La suya era una fe en estado bruto, una creencia incondicional en la esencia del judaísmo, que no precisaba pruebas ni sofismas, tan primaria como el cuerpo y el sexo, repleta de esos jugos vitales que no se resecan. «Juraría que mañana ese rabino ya estará rezando en alguna sinagoga de Nueva York. Estas personas encuentran enseguida cuanto necesitan: dinero, comida *kosher*, una sinagoga, la Torá».

Grein no se sentía capaz de decidir si los amaba o no. Le resultaban tan ajenos a él como los militares, los animales, las rocas, Como todo aquello que no conoce la

duda. «Yo nunca podré ser como ellos», pensó. En su debate interno por saldar cuentas con el judaísmo, había olvidado el valor, la terquedad, la orgullosa obstinación de los judíos. Una persona como ese rabino estaría dispuesta a entregar la vida por la más pequeña de las enseñanzas de rabí Moshe Isserles.

—Querido, ¿has visto eso? —preguntó Ester.

—¿Al rabino? Sí.

—Mientras existan judíos como ése, no hay que preocuparse por la extinción del pueblo judío —comentó Ester, como si hubiera leído los pensamientos de Grein. Hizo una pausa y luego añadió bruscamente—: Plotkin lo sabe todo.

—¿Cómo se ha enterado?

—Me telefoneó y decidí contárselo.

—¿Qué dijo?

—Sólo cosas amables. Que comprende... que quiere que le escriba y que él se ocupará de todo... Me refiero al divorcio... Iré a Reno y yo sólo tendré que firmar los documentos.

—Bueno, lo que haya de ser será.

Ester esperó un rato.

—Se lo confesé con toda franqueza: teníamos que hacerlo. Tú te has debatido como una fiera enjaulada, has tratado de huir de mí durante estos doce años, y todos tus esfuerzos no te han servido de nada. No vayas a creer, querido mío, que yo lo acepté todo con calma. También dentro de mí se libraba una batalla. Ni te imaginas por lo que he tenido que pasar, eso sólo Dios lo sabe. Ese desafortunado matrimonio con Plotkin por poco me cuesta la vida. Sentía como si me hubiese agarrado el corazón y me lo hubiese arrancado del pecho, exactamente como se hace con la molleja de una gallina. En nuestra granja, allá en el viejo hogar, después de sacrificar las reses el *shojet* arrancaba los pulmones y el hígado de la vaca. Metía la mano en las vísceras y se pasaba un buen rato rebuscando hasta que conseguía extraer esos órganos como prueba de la pureza de la res. Luego escupía sobre ellas para comprobar que aún humeaban. Así arranqué yo mi corazón. Ni yo misma me explico cómo sigo viva. Pero ya no podía seguir adelante, no podía. Una voz gritaba en mi interior, día y noche, cada vez más fuerte. En París gritaba tan alto que empecé a temer que los demás lo oyeran, y me preguntaba cómo los vecinos no protestaban aporreando la pared. Pero, naturalmente, todo era subjetivo. En el camino a Italia le dije: «Morris, esto no funciona. No consigo olvidar a Grein». Me escuchó atentamente y comprendió que no había otra salida. Apenas si vi Roma. Me pasé todo el tiempo metida en la cama. Pero que tú de repente cambiaras de parecer y tomaras semejante decisión, eso sí que no lo esperaba. Ha sido un milagro, o Dios sabe qué. Ya empezaba a pensar que acabaría en un manicomio o ahorcándome.

—No, Ester, ahora estamos juntos.

—No me lo creo, sencillamente no me lo creo. Todavía temo que estés jugando conmigo. Pero ¿qué le voy a hacer? He de seguirte el juego. ¿Cómo llegaste a esta

conclusión?

Grein no respondió y Ester no insistió en su pregunta. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento e intentó conciliar el sueño.

TERCERA PARTE

I

Boris Makaver pasó aquel Rosh Hashaná con su rabino en Williamsburg. En ese barrio acababan de abrir un hotel jasídico, con cocina estrictamente *kosher*, y Boris había reservado, con varias semanas de antelación, una habitación para pasar allí los días del Año Nuevo y Yom Kippur en compañía de Frieda. A Boris ese desplazamiento a Williamsburg para el Rosh Hashaná le traía recuerdos de la época en que su padre, que en paz descansara, viajaba a Narczew con el pequeño Bóruj para pasar esas festividades con el padre de aquel rabino. El viaje a Narczew se hacía en una *kolejka*, un trenecito con una minúscula locomotora que los *jasidim* solían llamar el pequeño samovar. Los vagones iban abarrotados y durante el trayecto atravesaban campos y pueblos. Para ir a Williamsburg, el taxi que tomó Boris atravesaba las concurridas calles de Nueva York. En realidad, ¿existía alguna diferencia? Lo importante era que iba a pasar aquellos días solemnes con un *tsaddik*.

Boris introdujo en su maleta un sombrero negro con reborde de piel, un gabán de seda negra, su taled y las filacterias —que se pondría durante el ayuno de Guedalia^[69], el día después de Año Nuevo—, un libro de oraciones de las fiestas y unas cuantas cosillas más. Frieda se llevó su ropa de vestir, así como los medicamentos y vitaminas que el doctor Margolin le había recetado. El embarazo de Frieda estaba muy avanzado y ya habían reservado una habitación para el parto en el hospital judío. Según sus cálculos, faltaban unas seis semanas. Le había crecido el abdomen y tenía el rostro cubierto de manchas amarillentas. Se trataba de un embarazo problemático. El doctor Margolin les había explicado que para una mujer de su edad el hecho de dar a luz no resultaba nada fácil. Sufría de estreñimiento y jaquecas, le dolían los riñones y padecía náuseas. Por otra parte, a la pudorosa Frieda le resultaba violento que un hombre la sometiera a un reconocimiento médico. Quería que la examinara una mujer, pero Boris sólo confiaba en Solomon Margolin. Frieda insistía en que le cohibía desnudarse delante, de un hombre.

—Según nuestros preceptos, la obligación de salvar una vida predomina por encima de todas las demás —razonaba Boris. Que el pecado sea mío.

Entonces argüía que incluso las más devotas esposas de rabinos acudían al médico cuando caían enfermas.

A pesar de que Reytze ya se había marchado de la casa de Boris, aún no había encontrado otro empleo, y regresó para quedarse con ellos hasta que Frieda diese a

luz, así que dejaron el apartamento a su cuidado durante las fiestas. El taxi bajó por el East Side, cruzó el puente de Williamsburg, y al cabo de unos minutos se detuvo delante del hotel, que más parecía una posada jasídica europea que un hotel moderno. Allí iban y venían judíos con barbas y tirabuzones, con la cabeza cubierta y llevando por fuera los flecos de su *tsitsit*. Desde la cocina emanaban los olores de los manjares que se guisaban para la cena festiva. Los judíos acudían en tropel a los baños rituales que había en el barrio. Aunque aún hacía calor, los días ya eran cortos. En el hotel asignaron a Boris una habitación amplia, con dos camas, una cómoda y un espejo. Frieda enseguida se dispuso a deshacer el equipaje y Boris bajó al comedor a tomar un vaso de té y alguna galleta hecha con huevos. Inmediatamente se le acercaron otros judíos para saludarlo. Allá en el viejo hogar, cuando coincidían en alguna posada, los *jasidim* se conocían entre sí; en el Nuevo Mundo, por el contrario, cada uno tenía su propio rabino. Nadie había oído hablar del de Boris, así que se encogían de hombros y parecían preguntarle con la mirada: «¿Por qué habrá elegido usted a ese rebbe?».

Boris no tenía tiempo ni ganas para entrar en disputas sobre las virtudes de su rabino, quien se encontraba gravemente enfermo y carecía de un posible sucesor. El propio Boris apenas si lograba mantenerse en pie durante un período de tiempo un poco prolongado. Por tanto ¿de qué iban a discutir? Cuando concluyó su desayuno, Boris rezó la bendición abreviada de agradecimiento por los alimentos, se puso el gabán de seda y el sombrero con el borde de piel, y se presentó en el domicilio del rabino en la calle Clymer. En la casa no había una zona reservada para las mujeres, por lo que las pocas que acudían se refugiaban en la cocina para rezar. Aún no había llegado nadie al salón donde se reunían los hombres, mas todo se hallaba dispuesto: un Arca Sagrada con una cortina blanca de seda, una tarima, un atril y unos bancos. En las paredes había algunos estantes con libros sagrados. Las velas ya habían sido colocadas en los candelabros de seis brazos, aunque todavía permanecían apagadas. La luz de una lámpara de techo iluminaba la habitación. En la calle, pegado a la ventana, había un camión aparcado, y Boris corrió el visillo. No, desde luego Norteamérica no era Guer, ni siquiera Aleksandr, pero el Señor del mundo era el mismo en todas partes, y ser un *tzaddik* en América revestía más mérito que en Polonia. De la cocina salió una mujer bajita, ataviada con delantal de hule y un pañuelo en la cabeza.

—¡*Gut Yóntov!*

—¡*Gut Yóntov!* ¡Felices fiestas, Dvóirele! ¿Cómo se encuentra el rebbe?

—Bueno...

—¿Vendrá pronto?

—Sí, vendrá. ¿Y su mujer?

—Debe de estar al llegar. Pensé que habría un *minián* para el servicio de la tarde

—respondió Boris, tras cierta vacilación.

—Será usted un hombre de suerte si se llega a reunir un *minián* para el servicio de

la noche —bromeó Dvóirele.

—Bueno, bueno. Dios siempre tendrá su *minián*.

La mujer salió y Boris comenzó a recitar, mientras deambulaba por la habitación, los pasajes de la oración relativos a los sacrificios que antiguamente se ofrecían en el Templo. Entretanto, recordaba los tiempos del padre de su rabino, cuando llegaba el momento de la oración de la tarde en la víspera de Rosh Hashaná. Tanta gente acudía que el *beit hamidrash* quedaba abarrotado. Los bedeles colocaban alrededor de la tarima una baranda hecha de tablas. La sala se colmaba de sombreros con los bordes de piel, de gabanes de raso, de barbas y tirabuzones, de aromas y voces judíos. Cuando el bedel abría la puerta que comunicaba con el cuarto del rabino, la pugna por abrirse paso para saludarlo personalmente producía tal empuje que muchos pies acababan pisoteados, cuando no aplastados. Más de una vez, algún que otro joven se había desmayado en la aglomeración. «Qué extraño resulta —reflexionó Boris. Allí los judíos estaban en el exilio, temblaban ante los provocadores y los brutos gentiles; sin embargo la corte del rebbe era un reino. En Estados Unidos los judíos son libres, y hoy no han acudido ni diez hombres para tener *quorum* en casa de un *tsaddik* y celebrar así el servicio de la tarde de vísperas del Año Nuevo, mientras que junto a la ventana el motor de un camión no para de dar acelerones. Dentro de un año, por estas mismas fechas, es posible que aquí ya no haya nadie, porque el rebbe...».

Boris sacudió la cabeza para expulsar los pensamientos perturbadores. «Bueno, tampoco en Polonia se vivía eternamente... Sin embargo, entonces no se temía tanto a la muerte». Boris comenzó a orar con fervor, traduciendo las palabras del hebreo al yiddish:

Bienaventurados los que moran en Tu casa; porque siempre Te loarán... Grande es el Eterno, digno de suprema alabanza, y Su grandeza es inescrutable. Transmiten Tu obra de una a otra generación; cuentan Tus acciones poderosas^[70].

Se abrió la puerta y Boris descubrió al rabino: bajito, achaparrado, hinchado. Tenía una barba, entre rubia y canosa, que parecía crecerle de lado, y los tirabuzones tiesos y desordenados. Sobre la alta frente llevaba su *yármulke* aplastado. El rabino vestía una túnica de raso, medias blancas y zapatillas, además de un *tsitsit* cuyos flecos le llegaban hasta las rodillas. Bajo sus pobladas cejas asomaban unos ojos negros e interrogantes, que no parecían reconocer a nadie. Boris interrumpió sus oraciones:

—¡Que la paz sea con usted, rebbe!

Él extendió lentamente su pequeña mano.

—¡Y que la paz sea con usted, reb Bóruj Makaver!

—¿Cómo se encuentra, rebbe? Ya es hora de rezar las oraciones de la tarde.

—¿Dónde está Dvóirele? Hay que encender las velas. El rabino hablaba con voz

titubeante, como quien acaba de despertar de un sueño. Dvóirele apareció enseguida en el umbral.

—¿Por qué no enciendes las velas del candelabro de seis brazos?

—Ahora mismo, papá. Voy a por las cerillas. Dvóirele salió, regresó y encendió las velas. Luego salió otra vez.

—Me temo que no habrá un *minián* para la oración de la tarde —comentó Boris.

El rabino hizo un gesto con la mano.

—Bien, entonces rezaremos sin disponer de *minián*.

II

Aunque en el hotel les habían preparado una cena festiva, el rabino convidó a Boris Makaver y a Frieda a celebrar la primera noche de Rosh Hashaná. Eran los únicos invitados del rabino y de Dvóirele. Todo se desarrolló según las costumbres: la mesa preparada, las velas ardiendo en el candelabro. El rabino y Boris recitaron el *kiddush* y tras la bendición sobre el pan lo repartieron a las mujeres. Comieron el pan trezado y la manzana con miel, la cabeza de una carpa y las zanahorias, aunque el rabino apenas si probó bocado. Tanto su hija como los invitados se percataron del esfuerzo que le suponía tragar incluso el obligado bocado de pan. Permanecieron un largo rato sentados en silencio: Boris al lado del rabino, las mujeres en el otro extremo de la mesa. De vez en cuando el rabino se llevaba la mano a la frente y se la pasaba por la cara y la barba. En Rosh Hashaná no se entonan cánticos alrededor de la mesa, pero el rabino tarareaba en voz baja algo que recordaba vagamente una melodía, en parte un gemido y en parte el balbuceo de un niño que está aprendiendo sus primeras palabras o de un anciano que ya las ha pronunciado todas. Boris escuchaba atentamente cada tono, cada susurro, y reconocía en los murmullos del rabino fragmentos de melodías jasídicas que acompañaban multitud de poemas de súplicas y alabanzas cantados en las festividades. Había un poco de todo, pero aquellas melodías hablaban sin palabras. Era como si el rabino reflexionara: «Bueno, ¿qué importa? Ya he vivido lo mío, ¿no es así? Pero dime, Padre que estás en los cielos, ¿qué he corregido yo aquí? Para algún fin se supone que me habrán necesitado en este mundo, pero ¿para qué? ¿Y adonde iré ahora? ¿Y a quién dejo atrás? ¿Y qué será de los judíos? ¿Cuántos otros Hitlers, Dios no permita lo impensable, arrojará sobre ellos el Señor del mundo? Y los propios judíos, cada día son peores en lugar de mejorar. Entonces, ¿cuál será el fin? ¡Ay, ay, qué camino tan angosto... se hace más angosto a cada instante que pasa!».

Boris permanecía sentado en completo silencio. Ni una sola palabra había salido de la boca del rabino, pero él lo había comprendido todo, como si de repente le hubiese inspirado el espíritu divino. Transcurrido algún rato, en un momento en que Boris cerró los ojos, de pronto los suspiros y gemidos del rabino se transformaron en palabras, y con ellas inició su comentario de versículos de la Torá:

—«A causa de nuestros pecados fuimos exiliados de nuestra tierra». Cuando el alma es pura, no percibe ningún estigma en lo terrenal o físico. En los más elevados grados de espiritualidad, el cielo y la tierra son la misma cosa. Para un hombre verdaderamente íntegro una piedra reviste tanto valor como un libro sagrado. No existe diferencia alguna entre la fruta y la bendición que se pronuncia sobre ella. Igual que Dios es uno, también todo lo demás lo es. Nuestro padre Abraham no tuvo necesidad de subir al cielo; para él el cielo estaba en la tierra. Incluso alimentó a los ángeles. Porque todo es espiritualidad: la tienda de campaña, el sol, el buey, el polvo en los pies. “Y apareciósele el Eterno a Abraham en el encinar de Mamré”^[71]. El

Eterno, bendito sea su nombre, se reveló a Abraham entre los árboles de la tierra. Mas todo esto sólo ocurre mientras el hombre se mantiene cabal. En cuanto pierde ese grado de integridad, la tierra ya sólo significa para él lo físico. El malvado no ve en cuanto le rodea más que vulgaridad, pecado y maldad, porque ve su propio reflejo, su propia imagen. Así pues, a causa de nuestros pecados fuimos expulsados de la tierra. “Y fuimos alejados de nuestra tierra” porque nos alejamos de nuestro apego a la tierra, como si lo espiritual no se encontrase en ella. “No podemos cumplir con nuestras obligaciones”: por la misma razón; el hombre no logra cumplir con su obligación, porque aunque quisiera hacerlo no es capaz de ello, ya que todo le parece mezquino, grosero, oscuro. Permanentemente anhela abandonar la tierra y volar al cielo.

»Entonces, ¿existe algún remedio? Sólo, como está escrito, “en la morada que el Señor ha elegido para ti”^[72]. El hombre debe entender que el Eterno, bendito sea, ha elegido para él la tierra, que es “la grande y santa morada que es llamada por Su nombre”^[73]. La tierra es un aposento de una gran casa, en el palacio del Todopoderoso. Lo que el Señor del mundo puede hacer allá arriba, también lo puede hacer abajo, “por medio de la mano que fue extendida hasta tu Templo”. Su mano se extiende cuanto Él quiere; desde el Trono de la Gloria Él es capaz de alcanzar Nueva York, o incluso la tumba... Éste es el significado del versículo: “Mi alma tiene sed de Ti, así como mi carne te anhela”^[74]. Aunque a menudo parezca que sólo el alma anhela el cielo, la sed también proviene de la carne, de la materia...

De pronto el rabino guardó silencio y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla. Boris tenía los ojos llenos de lágrimas y a través de ellas todo le parecía nebuloso, distorsionado, difuso: las velas en el candelabro, los platos sobre la mesa, el rostro de Frieda. Dvóirele se levantó y se dirigió a la cocina. Boris se secó la cara con un pañuelo. Por la expresión de Frieda dedujo que también ella había entendido las palabras del rabino. Sus ojos parecían más grandes y a sus mejillas había asomado un rubor, como si fuera una novia.

En la segunda noche de Rosh Hashaná, Boris de nuevo cenó en la mesa del rabino y éste volvió a comentar la Torá. Saltaba a la vista que el rabino se iba debilitando de hora en hora, de minuto en minuto. Su voz sonaba cada vez más débil y, al parecer, le resultaba más difícil tragar la comida. Según la costumbre, el honor de oficiar el servicio de la mañana siguiente correspondía al rabino, pero le faltaban fuerzas para mantenerse en pie ante el atril y tuvieron que acercarle una silla. Su voz era tan débil que incluso estando a su lado apenas resultaba audible. Parecía que el rabino se encontraba ya en otro mundo y que lo que se oía no era su voz, sino un eco. Boris le ayudó a cantar las melodías de las plegarias e incluso a pasar las hojas del libro de oraciones.

Mientras permanecía allí de pie, Boris veía discurrir ante sus ojos su vida entera: los años de la infancia, el *jéder* de sus estudios primarios, los juegos con otros niños, los sábados, los días de fiesta, los exámenes orales, su *Bar-Mitzvá*. A la edad de

catorce años se había marchado a la *yeshivá* de Guer, donde conoció a Shlóimele. Juntos habían participado en las comidas de caridad que ofrecían diferentes hogares cada día de la semana; juntos habían pasado las noches en el *beit hamidrash*. Más adelante, Shlóimele había comenzado a traer clandestinamente toda clase de libros profanos, periódicos, folletos, y eso les deterioró espiritualmente. Shlóimele se marchó a estudiar a Berlín mientras Bóruj se convertía en hombre de negocios y se casaba con la hija de una familia adinerada. Después se sucedieron la enfermedad de su esposa, la muerte de ésta y los años de Boris en Berlín. Más tarde llegó el hitlerismo, la fuga a Francia, a Marruecos, la desesperada búsqueda de un visado, el viaje a Cuba y, finalmente, a Estados Unidos. Y entremezclado con esto, toda la pesadumbre que le habían causado Anna y sus repetidos fracasos matrimoniales. Si por un instante le parecía que todo eso había ocurrido el día anterior, a continuación lo imaginaba muy lejano, como si en lugar de tener sesenta y tantos años fuera extraordinariamente anciano, un segundo Matusalén. Durante la época que había vivido en Berlín, había olvidado a Dios. Aunque había guardado las formas del judaísmo, no había reflexionado acerca de su significado. Se había entregado por completo a los negocios, así como a todas aquellas enciclopedias y vanas especulaciones que, con tanta profusión, le proporcionaba el doctor Halperin. Se había convertido en un rico mecenas, un hombre de grandes transacciones, un coleccionista de antigüedades, un personaje que perseguía los honores mundanos. Fue necesario que llegara a Nueva York después de pasar por todos aquellos sufrimientos, para que se acercara de nuevo a la esencia del judaísmo y para que restableciera una comunión espiritual con un *tsaddik*. Precisamente en esa tierra el Señor del mundo le había bendecido con otro matrimonio, y tal vez con un hijo que diría *kaddish* por él. Pero ¿quién sabía si no era demasiado tarde? Sus fuerzas ya no eran las de antes.

Boris recitaba las plegarias, cantaba las melodías y no dejaba de asombrarse. ¿Por qué esas palabras estaban dotadas de tanto sabor, de tanto poder para reanimarlo? Esas oraciones eran lo mejor de este mundo, más embriagadoras que el vino, más dulces que el pan de almendras. Infundían vigor al corazón como un estimulante. Cada expresión estaba colmada de sabiduría, repleta de pureza y claridad.

¿Dónde se hallaría Anna? ¿Cómo estaría pasando el Rosh Hashaná? ¿Sabría al menos que eran las fechas solemnes? Le asaltó un pensamiento profano: ¿y qué ocurriría si, Dios no lo quisiera, los apóstatas tuvieran razón? Según ellos, no existía nada: ni Dios, ni ángeles, ni alma, ni más allá; sólo átomos, electrones, fuerzas ciegas. Se nace a la nada y se muere a la nada. El hombre es menos que el polvo. Si te matan eres un muerto más, y si vives vas rodando por el mundo sin meta alguna. El asesino vale tanto como su víctima. Todo lo que espera esa gente es que llegue también a Norteamérica un Stalin o alguna otra bestia, desperdiciar los pocos años de vida de cada uno, cometer el mal y luego morir como un perro. ¿Sería ésa la verdad? ¡No, imposible! Porque, en ese caso, ¿de dónde procederían el sol, la luna, las

estrellas, todas las criaturas vivas? Nada procedía de la nada. Tenía que existir una inteligencia superior, una sabiduría suprema sobre toda la creación. ¡Y allí donde se hallase la sabiduría había de existir la gracia! ¡La verdadera sabiduría debía ir unida a la bondad!

El rabino había comenzado a recitar la gran plegaria por el perdón: «A Dios que dispone el juicio», y Boris respondía gritando con todas sus fuerzas, con una voz que resonaba por toda la calle Clymer: «¡A Él que muestra misericordia sobre sus criaturas en el Día del Juicio. El que purifica a los que confían en Su Juicio!».

III

Yasha Kotik había fijado la recepción en su casa para la noche del Yom Kippur. Kotik no había oído hablar de las «galas de Yom Kippur» que celebraban los judíos en Estados Unidos años atrás, así que imaginaba que estaba llevando a cabo un acto original. Al principio, Anna se negó a asistir a la fiesta, primero porque se celebraría en Yom Kippur, segundo por ser en el mismo apartamento donde ella había vivido con Stanislaw Luria y, finalmente, por haber participado en su organización Justina Kohn, la amante de Yasha Kotik. Aunque se había jurado a sí misma que no se presentaría a la fiesta, finalmente se dejó convencer por Yasha Kotik. ¿Qué era el Yom Kippur para un no creyente? Una noche como otra cualquiera. ¿Y qué importaba dónde se desarrollaría la fiesta? Stanislaw Luria ya estaba muerto y los muertos no se enteran de lo que hacen los vivos. Un hombre muerto era como un pavo muerto. Y en cuanto a Justina Kohn, Kotik le dio a Anna su palabra de honor de que no estaba liado con ella. Mientras estuviera solo, precisaba de alguien que le echara una mano. Esa Justina era pobre, sin talento, no tenía a nadie en el país, y a él le resultaba de alguna utilidad. En cuanto Anna se casara con él, la mandarían a paseo. Anna sabía que todo aquello era falso y que Kotik era, desde siempre, un mentiroso empedernido. Pero ella desarrollaba sus propios cálculos: Kotik ganaba casi mil dólares por semana, había firmado contratos en Hollywood y, como bien sabía ella, entre sus defectos no figuraba la tacañería. Además, le había prometido que le entregaría todas sus ganancias. Con ese dinero compraría acciones o valores inmobiliarios a nombre de los dos. En unos pocos años de convivencia, acumularía una considerable fortuna. Anna necesitaba dinero, ahora que su padre había perdido parte de su patrimonio y estaba a punto de tener otro hijo. El primer paso consistía en conseguir los primeros cien mil dólares; lo demás vendría por sí solo. Si el matrimonio con Yasha Kotik no funcionaba, él tendría que llegar a un generoso acuerdo con Anna. Nueva York no era Berlín. En América no se permitía un trato injusto a la esposa.

Aparte de todas estas consideraciones, la compañía de Kotik resultaba divertida. Conocía a todo el mundo en Broadway y todos le conocían a él. Los periódicos sólo le dedicaban alabanzas. Le gustaba trasnochar, como a ella, y trasladarse de un local nocturno a otro. Sabía beber, charlar y contar chistes desternillantes. Además, a pesar de todo su cinismo, sabía tratar a una mujer y complacerla; en cambio Grein, un hombre tan mundano, en el fondo seguía siendo un *jasid* que detestaba la modernidad y lo rechazaba todo. Yasha Kotik tenía, a su manera, una visión positiva de la vida. Al ser promiscuo, por lo menos no exigía a la mujer que fuera una santa. Cuando Anna le contó acerca de su aventura en Casablanca ni siquiera se alteró. Ella acababa de recibir una carta de Milán anunciándole que Cesare, el joven italiano que había conocido en Marruecos, viajaba a Nueva York, y Kotik inmediatamente había propuesto que lo invitaran a cenar y a salir con ellos a un club nocturno. Kotik

incluso le había reprochado a Anna que no se mostrara más simpática con sus amigos. No era ningún escándalo que un hombre le diera un beso a una mujer, siempre que no le arrancara nada de un mordisco. Hasta había llegado a manifestar abiertamente que si una mujer tenía un desliz por ahí, tampoco era una tragedia, siempre que no se crearan lazos amorosos serios.

—¿Dónde has estado todos estos años? —le echaba en cara a Anna. La humanidad progresa, no retrocede. Un hombre no puede permanecer aferrado a las faldas de mamá para siempre.

Pesimista por naturaleza, demasiado seria por temperamento, criada por un padre fanático, siempre rodeada de personajes lúgubres, descontentos, resentidos con la humanidad, Anna esperaba que Kotik le abriera las puertas de un mundo nuevo, que la rejuvenecería y le permitiría adaptarse a la generación a la cual pertenecía. Ella no se consideraba mayor, apenas si tenía treinta y cinco años y aparentaba aún menos. Precisamente ahora empezaba a vivir. ¿Qué había de temer? Si Kotik quería irse con otras, pues adelante. Anna le pagaría con la misma moneda. Mientras le resultara conveniente, seguiría con él. No obstante, si la convivencia se convertía en un problema, se desharía de él. Entretanto, arrebataría a la vida algunos años alegres. Y una última cuestión: Yasha Kotik deseaba un hijo. Si ella quería ser madre, había llegado el momento. No deseaba jugarse la vida quedándose encinta a los cuarenta y tantos años, como Frieda. Incluso ya era un poco tarde.

Sólo un problema atormentaba a Anna: su padre. Cuando Boris se enterase de que ella pensaba volver con Yasha Kotik, pondría el grito en el cielo. Pero ¿qué podía hacer él, más que maldecirla y repudiarla como hija, algo que ya había hecho cuando Anna se marchó con Grein? Con Kotik al menos les casaría un rabino. Su hijo no sería considerado bastardo según la ley judía. A su padre le daría lo que siempre había deseado: un nieto, «beneficio neto» como solía decir él.

Anna ya se había enterado de que Grein se había marchado con Ester. Kotik le había comunicado la noticia. Morris Plotkin le había telefoneado para decirle que Grein había abandonado a Lea por Ester. Era evidente que nunca había dejado de quererla, y Anna comprendió que aquélla era una de esas pasiones locas que se niegan a morir. Todo el tiempo que Grein había estado declarando su amor por Anna, la había engañado a ella y también a sí mismo. Su romance había sido una mentira de principio a fin, no en lo que se refería a Anna sino por parte de Grein. Había sido él quien la había arrastrado al escándalo, matado al pobre de Luria, destrozado a su esposa y familia, y todo por nada. A saber cuánto tiempo aguantaría con esa arpía medio loca de Brooklyn, pero en una cuestión no le cabía la menor duda: Grein estaba acabado. Lo perdería todo: la familia, la salud y el poco dinero que le quedaba. Terminaría destruyéndose, como quien se ha enredado en una maraña de hilos y cuanto más lucha por liberarse más le sujeta la trampa. Anna continuaba queriéndole a su manera; no al hombre, sino a su recuerdo, algo parecido al amor que se guarda a alguien que ya está en la tumba. Algunas noches se despertaba y pensaba en Grein,

recordando todo lo que había vivido con él, desde la primera clase que le había impartido cuando era niña hasta su reencuentro en Nueva York, las conversaciones telefónicas, las veladas en casa de su padre, la fuga de aquella noche para terminar en un sórdido hotel en Broadway, el viaje a Miami, su mudanza al apartamento de los Brodsky en la Quinta Avenida, la muerte de Luria, los siete días de *shivá* que ella pasó en su piso, y todas las demás idas y venidas hasta el momento en que recibió la carta donde le comunicaba que regresaba con su esposa. En total la aventura había durado apenas ocho meses, aunque a Anna le parecía que había pasado años con él. Cada jornada les había traído algo nuevo: cambios, estados de ánimo diferentes, complicaciones o graves peligros. Toda su convivencia había constituido una larga crisis, como aquel tropiezo con la señora Katz en el vestíbulo del hotel en Miami Beach, el encuentro con los Gombiner en la cafetería de Lincoln Road, los días pasados en casa de aquella mujer salvaje, Florence Gombiner; los planes para instalarse en Miami Beach a los que siguieron el cambio de parecer de Grein y el vuelo hacia Nueva York en una tarde de tormenta.

Mientras todo eso transcurría, los acontecimientos, en mayor o menor grado, parecían seguir cierta lógica. Sin embargo, contemplado en retrospectiva, para Anna era como una pesadilla o como la alucinación de un perturbado dominado por fantasías, ilusiones e imaginaciones. Se había ido a vivir con un hombre que no había renunciado a su esposa ni a su amante. Había querido comenzar con él una nueva vida mientras él seguía aferrado al pasado. En cuanto Anna cerraba la puerta, él se abalanzaba sobre el teléfono. La había dejado dormir a solas en un apartamento extraño para correr a reunirse con una mujer que debería estar encerrada en un manicomio, y después se había presentado con excusas y explicaciones que ni un niño de diez años hubiese aceptado. Hasta llegó a citarse con esa tal Ester cuando Anna no podía salir por los siete días de luto. Después se produjo la operación de Lea, acompañada del supuesto arrepentimiento de Grein y, para terminar, aquel final tragicómico. ¿Habría creído alguien todo esto, de haberse escrito en un libro? ¿Cómo lograr que otros entendieran toda esta insólita sucesión de acontecimientos?

No obstante, Anna seguía debatiéndose en su dilema, del que empezaba un nuevo capítulo. Su padre estaba enfermo; Frieda seguramente tendría que someterse a una cesárea, o al menos eso opinaba el doctor Margolin. Anna volvía a un hombre cuyos defectos y peculiaridades conocía más que de sobra. Estaba a punto de meter la cabeza en la boca del tigre, a sabiendas de que nunca más conseguiría librarse de sus colmillos.

En plena noche, Anna rompió a reír. Su propio destino le producía risa.

IV

A pesar de que Justina Kohn había advertido a Kotik que no invitara a demasiada gente a su fiesta, él había llamado a todos sus conocidos e incluso les instó a que trajeran a sus más allegados. El plan de Kotik era anunciar en la fiesta su inminente enlace con Anna. Tenía mucho dinero y quería concederse a sí mismo una compensación por las penurias que había padecido en Rusia. Por raro que resultara, Kotik no guardaba el dinero en el banco, sino que andaba por ahí con los bolsillos repletos de cheques y billetes. No le gustaban las entidades financieras, desconfiaba de ellas desde los tiempos en que vivió la angustiada inflación en Alemania. En Rusia, desde luego, no había dispuesto de capital para ingresar en un banco, aunque de todas formas no existía ninguno. Si bien los bancos del Tío Sam sí ofrecían garantías, a Kotik le molestaba manejar libretas de ahorros o talonarios. Además, con ese tipo de transacciones había que ser muy cauteloso, si uno quería evitar los impuestos. Poseía muchos trajes y en el bolsillo interior de las chaquetas guardaba el dinero en efectivo y los cheques. Le gustaba echar mano al bolsillo de atrás y sacar un billete de cincuenta o de cien dólares. Incluso guardaba escondido en algún lugar un billete de quinientos. Anna le había advertido que corría el peligro de perder el dinero o de que se lo robaran.

—*Nichegó*, nada de eso, tengo un ángel de la guarda —contestaba Kotik. De no ser por ese ángel, yo ya estaría criando malvas.

Se había previsto para la fiesta un bufé libre, y Kotik había dado instrucciones a Justina para que no faltara de nada, sin escatimar en gastos. El se ocupó de encargarse, en una tienda de bebidas alcohólicas, cajas enteras de whisky, coñac, ginebra, vodka y champán. Justina había decidido no cocinar ella misma, sino pedir las viandas a un servicio de *catering*, y necesitaba continuamente dinero. Kotik se lo iba entregando una y otra vez, mientras se reía interiormente: con esas cantidades, allá en el Viejo Continente, la gente casaba a una hija. Él sabía que esa mujerzuela le estaba robando, pero ¿qué podía hacer? Pronto habría una señora de la casa, y entonces echaría a esa ramera a patadas.

Kotik no solía beber mucho, pero últimamente empezaba a empinar el codo en exceso. En Nueva York, a cualquier sitio que se fuera, enseguida te ofrecían un coñac. Había quien se emborrachaba fácilmente; no así él. Y si en alguna ocasión llegaba a estar algo achispado, mejor para su trabajo. En el momento en que aparecía sobre el escenario, el público empezaba a reír. Los cómicos tenían carta blanca. La bebida le ponía de un humor jovial y permitía que aflorasen sus talentos más ocultos. A decir verdad, algo embriagado siempre estaba Kotik, de una forma u otra. En cierto modo, había nacido borracho. Sin embargo, nunca había experimentado tanta agitación como en Nueva York. Charlaba con personas a quienes ni siquiera conocía de vista. Hablaba por los codos sin ton ni son. ¿Qué le importaba? Estados Unidos era un país libre. Aún se perdía en Nueva York, como un inmigrante recién llegado, pero

había suficientes taxis para llevarle a donde le apeteciera. Sólo tenía que asegurarse de una cosa: de que el público se riera cada vez que él subía a las tablas, y gracias a Dios eso ocurría indefectiblemente. En los entreactos, acudían a los camerinos a estrecharle la mano toda clase de norteamericanos famosos, y ponían su trabajo por las nubes. Él contestaba lo primero que se le ocurría, no siempre con el mismo acierto. También sabía ser insultante. Daba igual: se reían de todos modos.

Tenía su método, y consistía en «decir la verdad». La verdad era siempre cómica, terriblemente cómica. A la mayoría de las personas les daba reparo decir la verdad, pero Kotik ya hacía mucho que había perdido la vergüenza. Le gustaban las fotos pornográficas, por ejemplo, y no lo disimulaba; sus bolsillos estaban llenos de esa clase de material. Cuando una señora le daba su número de teléfono, él lo anotaba en una de aquellas tarjetas, y si la señora se escandalizaba y protestaba, Kotik le presentaba excusas, esbozaba un guiño pícaro, y empezaba a dar sacudidas con la pierna al modo perruno. Hablaba un argot exclusivamente suyo, una mezcla de yiddish e inglés, salpicada de ruso, polaco, alemán y algunas palabras de su propia cosecha.

Gozaba de una suerte extraordinaria y todos lo sabían. Saboreaba toda clase de platos, grasos o dulces, sin engordar ni un gramo. Trasnocaba un día tras otro, bebía, fornicaba, y sin embargo, al hacerse un chequeo médico, lo encontraban sano como una manzana. Los críticos no hallaban palabras para elogiarlo, el público se mostraba entusiasmado con él y los directores de teatro se desvivían por halagarlo. Aunque rara vez contestaba el correo, cada día el cartero dejaba en su puerta un gran paquete de correspondencia. Pero, en fin, no siempre iba a estar recibiendo. Algo había que dar a cambio, y esa fiesta debía ser digna de convertirse en el tema de conversación de toda Nueva York.

En medio de toda esa vorágine, Kotik realizaba sus propios cálculos. Que una actriz fuera su amante era una cosa, pero casarse con alguien como Justina Kohn, de eso ni hablar. No quería tener a la competencia en su propia casa. No quería una mujer que viviera esperando las reseñas de prensa y quejándose de los críticos. Le gustaban las mujeres con clase y, desde luego, no pensaba tener su hijo con una puta. Además, Anna era una persona práctica. Con el dinero que él ganaba, ella conseguiría aún más. Aunque su padre acababa de perder una enorme suma, todavía dejaría a su heredera un jugoso legado. Ciertamente que el viejo aborrecía a Kotik como si se tratara de un alacrán, aunque si le diera un nietecito sin duda haría las paces con él. Por norma general, los viejos siempre acaban perdonando a los jóvenes, al igual que los pobres a los ricos, y las víctimas a los traidores. Hasta los judíos acabarían perdonando a los alemanes si éstos les echaran unas migajas de tarta. A Stalin, desde luego, se lo perdonaron todo. El muy cabrón les escupía a todos en la cara y ellos decían que llovía. En fin, se estaba haciendo tarde. Kotik salió de la cama. Esa noche había dormido solo, una experiencia nueva para él. Cuando cayó como un muerto en la cama, daban las cuatro de la madrugada, y en ese momento eran ya las once y cuarto.

Aunque aún faltaban tres días para la fiesta, el apartamentó ya andaba revuelto. Justina había preparado la mesa para el bufé, colocado las botellas de vino y coñac, y contratado a un limpiacristales para que dejara las ventanas impecables. Había empleado a dos mujeres negras que debían ayudarla en el trabajo y Kotik las esperaba para las doce del mediodía. «Bueno, será mejor que esconda la pasta, si no, seguro que me dejarán bien limpio». Kotik iba desnudo por la casa, pues nunca dormía con pijama. Abrió el armario ropero y fue registrando en todos los bolsillos de las chaquetas y de los pantalones, hasta que reunió un buen fajo de cheques y billetes. «Hoy mismo debo ocuparme de esto, he de alquilar una caja de seguridad en el banco». Se asomó a la ventana, donde permaneció un rato contemplando el panorama y cavilando sobre el sexo. Pese a que se había acostado con todo tipo de mujeres, rubias, pelirrojas, morenas y con el pelo gris, e incluso había tenido una aventura con una china, extrañamente nunca había estado con una negra. Sencillamente, no se le había presentado la ocasión. Bueno, tendría que probarlo. Si Justina hubiese empleado a una sola asistente, tal vez ésta hubiese sido su oportunidad. Pero dos eran dos, y la propia Justina iba a estar trabajando en casa. Daba igual, ya llegaría el momento.

Sonó el teléfono y Kotik contestó.

—¡Diga!

—¿Ya te has levantado?

—Sí, Anna, ven enseguida.

Anna empezó a contarle algo acerca de Solomon Margolin y Kotik la escuchó atentamente. Había ido a verla para hacerle una confidencia. Le había contado que Lise estaba en Nueva York y que vivía con él. ¿Que si Yasha Kotik se acordaba de Lise?

Kotik soltó un largo silbido.

—¿Cómo no me voy a acordar? La mujer de la *boutique* de alta costura en Kurfürstendamm.

—Sí, tienes una memoria de elefante.

—Pero si se marchó con un nazi.

—El nazi cayó en Rusia.

Kotik silbó otra vez.

—¿Así que la ha aceptado de nuevo?

—Sí, viven juntos.

—Y a mí me daba lecciones de moralidad, ¡será cerdo!

—Yasha, les he invitado a la fiesta.

—¿Cómo? ¿Y piensan venir?

—Es posible. Una mujer necesita tener un círculo social, no puede estar siempre sola. Papá no sabe nada de todo esto. Si llegara a enterarse, sería el fin de Solomon Margolin. Tú sabes qué opina papá de estas cuestiones. He de confesarte que mientras me lo contaba, también yo sentí un escalofrío. Pero si yo te acepto a ti de

nuevo, ya nada ha de sorprenderme. Si me enterara de que una mujer pensaba casarse con su verdugo, también me lo creería.

—Yo no soy un verdugo ni un nazi... ¿La has visto?

—¿A Lise? No. Según Margolin no ha cambiado nada.

—Bueno, pues que vengan. ¿No ha encontrado otra mujer que no fuera esa nazi? ¡Así se pudra, el muy guarro!

V

A la vez que se ocupaba de los preparativos para su recepción, el temor a un castigo divino y el presentimiento de que la fiesta sería un fracaso agobiaban a Yasha Kotik. Se arrepentía de haber elegido la noche del Yom Kippur; no obstante, ya era demasiado tarde para cambiar la fecha. Kotik se asombraba de sí mismo: ¿qué le causaba ese miedo?, ¿se estaría haciendo viejo?

El día antes de Yom Kippur Kotik no permaneció en su apartamento, sino que alquiló una habitación de hotel. Esa noche tenía que actuar y no soportaba el ajetreo de los preparativos en su piso. Tal vez esa aversión procedía de sus tiempos de adolescente cuando, en casa de sus padres, toda la familia vivía en un mismo cuarto y las vísperas del *shabbat* o de las festividades se convertían en un tormento para él. En ese momento, tumbado sobre la cama de la habitación del hotel, mientras fumaba cigarrillos y bebía de vez en cuando un trago de una botella de whisky, Kotik estaba haciendo una especie de examen de conciencia. Como la mayor parte de los artistas, era religioso, incluso supersticioso. Llevaba sus cuentas con Dios, con los poderes supremos, con los demonios. Pese a todos sus pecados, se había impuesto unos límites. Acostarse con mujeres era una cosa, y segar una vida humana, otra muy distinta. En Rusia se cuidaba de no caer en la mayor de las tentaciones: delatar a la gente. Sólo acudía a la NKVD cuando le asaltaba la sospecha de que le estaban sometiendo a una prueba. En asuntos de dinero se consideraba limpio de pecado. Nunca había robado. Al contrario, le habían atracado y timado a él. Sus pecados eran sobre todo los de la carne, pero Kotik consideraba que este asunto no guardaba relación con la moralidad: ¿qué le importaba a Dios quién se acostaba con quién? Por otro lado, ¿qué daño le hacía a Dios que un actor subiera al escenario a ridiculizar a los judíos? ¿Es que no parodiaban también a sus hermanos los actores de otros pueblos? De lo contrario, ¿cómo sería posible el humor? En lo más profundo de su ser, Kotik se consideraba un hombre decente. Si alguna vez había traicionado sus convicciones, siempre había intentado compensarlo por medio de obras de caridad. Iba por la calle repartiendo limosnas y se detenía a escuchar los buenos deseos que le dirigían los pobres, en la seguridad de que Dios atendería sus oraciones y llevaría cuenta de las buenas acciones de Yasha Kotik.

Entre sus creencias no figuraban observar el *shabbat*, ayunar en el Yom Kippur o comer *matzá* durante el Pésaj. En Berlín había visto que los rabinos reformistas transgredían todas las leyes judías. En Estados Unidos, algunos también iban los viernes por la noche o los sábados después de la sesión de la tarde para verle tras los bastidores. ¿Por qué tenía que mostrarse más piadoso que ellos? Sin embargo, la recepción que estaba preparando para la noche del Yom Kippur le inquietaba. ¿Qué sentido tenía? ¿A quién quería contrariar? Además, nunca se sabía. Tal vez a Dios se le ocurriera castigarle precisamente en esa ocasión.

Aquella noche, poco público fue al teatro y la mitad de la sala se había quedado

desocupada. Desde el escenario, Kotik observaba los asientos vacíos y se sintió invadido por la tristeza. Por primera vez en toda su carrera sintió que su estado de ánimo decaía cuando ya estaba sobre las tablas. El público lo captó enseguida y los aplausos fueron escasos y poco entusiastas. Kotik empezó a desplegar su repertorio, pero nadie se reía. Exasperado, se dedicó a improvisar y a recurrir a todas las archiconocidas secuencias cómicas que siempre provocaban la risa. Sin embargo, aquel público guardaba un místico silencio de muerte. Kotik se puso nervioso: «¡Eso es, comienza el castigo!». Se sintió acalorado y en unos minutos su camisa quedó empapada de sudor. Comenzó a hacer gestos vulgares y a hablar a los espectadores directamente en yiddish, un recurso que provocaba la risa infaliblemente, pero ese público no era tal, sino una banda de enemigos que habían ido a refocilarse con su fracaso. Al cabo de un rato, Kotik se percató de que había agotado todos sus recursos humorísticos y de que tendría que aguantar esta actuación como se soporta una enfermedad, una operación o un infortunio. Al llegar al tercer acto, se oyeron algunas risas dispersas, pero sólo procedían de unas pocas señoras. Los actores que acompañaban a Kotik se encogían de hombros. Uno de ellos le murmuró: «¡Es Dios, que te está castigando!» Kotik asintió con un gesto.

Broadway era una aldea y Kotik sabía que la noticia se propagaría como la pólvora. Los periodistas de los ecos de sociedad apostaban espías por todas partes. No resultaba posible ocultar este tipo de sucesos. Tras aquel sonado fracaso —el primero de toda su carrera—, dirigirse a su fiesta para desempeñar allí el papel de gran anfitrión se le hacía muy cuesta arriba. En ese momento Kotik albergaba un único deseo: estar solo. Pero él había invitado a todos los actores de su compañía, que pensaban trasladarse a su casa directamente desde el teatro. Le quedaba un recurso: emborracharse, agarrar una trompa tal que nada le importara un pimiento. Por desgracia, en el camerino no disponía de bebida alguna y se vio obligado a permanecer sobrio en el peor trance de su vida. Sudaba y le temblaban las manos, tenía la boca seca y ni siquiera se atrevía a mirar a los demás actores a la cara. Ya no les gastaba bromas, sino que hablaba en tono serio y con voz alterada. «Bueno, éste es el fin —se repetía Kotik. ¿Cómo lo llaman? El principio del fin». Siempre había sabido que ese día acabaría por llegar. A lo largo de todos aquellos años de éxito, el fracaso había acechado en silencio, aguardando su turno. Más de una vez Kotik había percibido su presencia, cual enemigo invisible que lo acompañara a todas partes: callado, malévolo, siempre atento y dispuesto a demostrar su fuerza. A menudo Kotik había tenido que ahuyentarlo airadamente, agitando los brazos con brusquedad, elevando la voz, pero nunca lograba echarlo del todo, sino que tan sólo se apartaba hacia un lado, como un perro rabioso. Por otra parte, aquel enemigo jurado no sólo le tendía emboscadas sobre el escenario; en su vida amorosa, además, le amenazaba con la impotencia. Le perseguía, desde las tablas hasta la cama.

Y por fin había conseguido su objetivo. Ya no guardaba las distancias, sino que había entrado en Kotik como un *dibbuk*. Había expulsado a alguien y ocupado su

lugar. «Ahora bien, ¿cómo explicárselo a los demás? —se preguntaba Kotik. Sólo quien estuviera poseído me entendería». Un momento antes pasaba calor y ahora sentía frío. Uno de los actores se le acercó y le dijo:

—No te desespere, Kotik. Eso nos ha pasado a todos —le consoló.

—Yes —respondió Kotik, que no reconoció su propia voz, como si fuera el «otro» quien estuviera hablando por su boca. Kotik quedó aterrado y se dio cuenta de que los demás también se habían sorprendido.

En el coche, donde iba sentado con otros actores y actrices, Kotik guardó un silencio sepulcral. No se le ocurría nada que decir. Las palabras que acudían a su mente eran tediosas, inoportunas y tontas. Aunque fumaba, no saboreaba el tabaco. Sentía una constante necesidad de carraspear, de toser, de expectorar. Le avergonzaba asistir a su propia fiesta, como si se tratara de un novio pueblerino intimidado por la boda. En ese momento tenía miedo de Anna, de Justina Kohn, del doctor Margolin, de todo el mundo. Al parecer, su mutismo había contagiado a los otros. En el coche reinaba el silencio, como si estuvieran de camino a un entierro.

Kotik trataba de infundirse valor: «¡He de animarme! ¡No debo convertir esta noche en un fracaso total! Si soy actor, éste es el momento de demostrar que soy capaz de representar un papel». Sin embargo, depositaba todas sus esperanzas en la bebida. «Voy a empinar el codo hasta que el “otro” se ahogue», se prometió.

Todavía aguardaba a Kotik un encuentro doloroso. En el pasillo, al salir del ascensor, su vecina la señora Katz, aquella cotilla con la que Anna y Grein habían tropezado en el hotel de Miami Beach, abrió la puerta. Durante los días solemnes de Rosh Hashaná y Yom Kippur, la señora Katz asistía a los servicios religiosos en la sinagoga a la que pertenecía. En la jamba de su puerta incluso había clavado una pequeña *mezuzá*. Lanzó una mirada venenosa a Kotik y a sus acompañantes y dijo en yiddish:

—*Gut Yóntov*.

En lugar de contestarle con alguna agudeza o cualquier salida graciosa, como hubiera hecho habitualmente, Kotik calló. Se quedó mirándola fijamente, con gravedad hostil y resentimiento. La señora Katz esbozó una mueca.

—¿No me reconoce usted?

—Sí. La reconozco —respondió Yasha Kotik. Sin embargo su tono de voz no era el de siempre.

VI

Kotik había hecho saber en la invitación que él mismo había diseñado, plagada de bromas y de pícaras insinuaciones, que aunque en la misma noche de la recepción él debía actuar, no existía impedimento alguno para que los invitados llegasen antes que él: dos bellas mujeres harían de anfitrionas y se encargarían de que cada uno se sintiera en casa. Cuando Kotik y sus compañeros de reparto entraron en el apartamento, la fiesta ya estaba en pleno apogeo. Lo recibieron con gritos, aplausos y toda clase de chanzas. Anna le dio un beso delante de todos. Si debía fiarse de las apariencias, allí no sabían nada de lo sucedido en el teatro y Kotik recobró, por un breve instante, la confianza. Pero cuando Anna le preguntó cómo había ido la actuación y si el público se había reído, Kotik respondió, enarcando las cejas:

—¡Se acabó la risa!

Anna se quedó perpleja.

—¿Qué ha pasado?

—Que para los gentiles también es Yom Kippur.

—Bueno, no te lo tomes tan a pecho. Ya se reirán y no pararán de reír.

—Por mí, que lloren sin parar.

Kotik se acercó a la mesa de las bebidas, llenó un vaso de whisky y lo vació de un trago. Mordisqueó una galletita salada y, a continuación, apuró una copa de coñac. La cabeza se le nubló enseguida, pero su estado de ánimo no mejoró. Volvió a tomar otra copa. Anna se le acercó.

—¿Por qué bebes tanto? ¿Es que quieres ahogar tus penas?

A Kotik le molestó que Anna lo controlara y que supiera lo que le atormentaba. Quiso replicarle mordazmente, mas no contestó nada. En lugar de ello, le volvió la espalda y se marchó zigzagueando entre los invitados. Éstos le rodeaban, esperando que gastara sus bromas, que contara chistes, pero él se limitaba a murmurar entre dientes y les dirigía un gesto como rogando que no le detuvieran. Sabía muy bien que los demás actores de su compañía ya estarían poniendo al corriente a toda la sala de lo ocurrido en el teatro. Al abrir la puerta del dormitorio, vio a Justina Kohn en pie, besándose apasionadamente en la penumbra con un hombre de pelo rizado, a quien él ni conocía ni recordaba haber invitado. Kotik notó que palidecía: «¡Así que a esto se dedica!». Justina se separó de su acompañante bruscamente y empezó a decirle algo a Kotik mientras iba a su encuentro, pero él le cerró la puerta en las narices. «Está bien, ¡la pondré de patitas en la calle! ¡Se acabó!». Buscaba un lugar donde estar a solas, mas en todas partes había gente apiñada en grupos o en parejas. Así como él se sentía abatido, los demás le parecían animados y parlanchines. La gente bebía, fumaba, comía, soltaba chillidos. Al parecer, habían percibido que él no se hallaba de humor para diversiones y se las arreglaban para evitarle. Cuando volvió a la mesa de las bebidas, encontró a Anna, que preparaba cócteles a los invitados como la anfitriona perfecta. Al ver que Yasha Kotik se acercaba, se le iluminó la expresión.

—¡No te vayas a emborrachar! —le dijo.

—¿Qué quieres de mí? ¡Déjame tomar un trago! —replicó Kotik, entre suplicante y enfadado.

Llenó una copa de vodka y empezó a dar pequeños sorbos. Sin embargo, era consciente de que se sentía más furioso a cada trago. Se prevenía a sí mismo: «¡No vayas a montar un espectáculo!». Tenía ganas de buscar una botella y largarse, pero Anna lo vigilaba con el rabillo del ojo. Kotik estaba consternado: «¡Hay que fastidiarse! ¡No es posible ocultar nada a nadie! ¿Qué clase de actor soy, si ni siquiera sé disimular mi rabia?». Bebió un sorbo de vodka, pero en vez de tragarlo pasaba el líquido de un carrillo a otro, como quien intenta calmar con alcohol un dolor de muelas. Le apetecía picar alguna de las muchas exquisiteces que allí estaban a la vista —canapés de hígado picado, pastelillos de carne, pan con mantequilla y arenque marinado en vino, galletas saladas con anchoas y huevo duro, panecillos con salchichón y toda clase de quesos—, pero Kotik no acababa de decidirse. Estaba atolondrado por su propia vacilación. ¿Valía la pena pensarlo tanto? ¿Tenía alguna importancia comer una cosa u otra? Sin embargo, el hecho era que se sentía incapaz de decidir qué tomar. «¿Me estaré volviendo loco?», se preguntaba. Se armó de valor y con mano temblorosa fue a elegir lo que menos le gustaba: un canapé de queso roquefort. Anna se percató de su indecisión y de esa súbita falta de atrevimiento.

—Eso no es para ti —le dijo. Toma otra cosa mejor. —Y le alcanzó un platito con canapés de hueva de arenque.

Kotik se dijo para sí: «Vaya, ¡todo el mundo ve que estoy acabado! Voy dando vueltas como un tonto. ¿Qué pasará ahora? Ojalá hubiese ahorrado un poco más de dinero. Ahora no me queda nada».

De repente se acordó del fajo de billetes y cheques que había sacado de todos sus bolsillos, antes de la recepción. Había pensado llevarlo todo a una caja fuerte en el banco, pero no lo había hecho. «¿Lo habré escondido en algún lugar? ¿Pero dónde? ¡Esa ramera ya me lo habrá birlado! ¿Dónde lo habré metido? ¡Es cuanto poseo! ¡Habría allí unos cinco mil dólares!». Empezó a mirar a su alrededor: «Seguro que los metí en un cajón... Pero ¿en cuál? Además, todos los cajones están abiertos. No hay ninguno con cerradura». Quería ponerse a buscar, pero no se atrevía a hacerlo delante de los invitados. Por otra parte, eso mismo podría incitar a alguien a robarle, si aún no lo habían hecho. «¿Dónde está mi cabeza, mi memoria? ¡Las mujeres de la limpieza han estado trabajando aquí todo el día! ¡No me queda nada! ¡Nada! Será mejor que mañana mismo empiece a mendigar de puerta en puerta». Le embargaba un sentimiento de odio hacia Justina Kohn: «¡Es una ladrona, una ladrona! ¡No existe peor basura en el mundo entero!». Se arrepentía de su relación con ella. Desearía pegarle, tirarle del pelo, echarla a la calle delante de todos. «¿Y si aviso a la policía?».

De pronto Kotik oyó que Anna le llamaba. Solomon Margolin había llegado, acompañado de su mujer alemana. Kotik lo veía todo a través de una especie de

neblina. Se había hecho el silencio entre los invitados. Margolin no daba la impresión de haber frecuentado fiestas de actores: vestido de esmoquin, era el único invitado con atuendo de gala, y ofrecía un aspecto impecable: alto, erguido, excepcionalmente formal. Lise, la alemana, iba de largo con un vestido de noche negro profundamente escotado. Según Anna, Lise no había cambiado, sin embargo ésa no era la Lise que Kotik había conocido en Berlín, sino una señora de mediana edad. Yasha Kotik salió al encuentro de los invitados. Era consciente de que debía hablar con Lise en alemán, pero ya había olvidado completamente los rudimentos que alguna vez había sabido. En lugar de rebuscar en su memoria, se inclinó, tendió la mano a Lise y exclamó en voz alta:

—¡Heil Hitler!

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, comprendió que había cometido un error descomunal. La fórmula parecía haber salido por sí sola, como si un *dibbuk* hubiese voceado desde su interior. Le sobrecogió el horror de su propio descaro. Anna sofocó un grito. Los invitados callaron. Solomon Margolin se puso blanco como el papel, se ruborizó y de nuevo palideció. Lise le soltó la mano con brusquedad. Kotik quiso pedir disculpas, pero no sabía qué decir y de todas formas no podía expresarlo en alemán. Se quedó allí, alelado.

—¡Oh, estoy borracho, borracho! —empezó a balbucir en yiddish. ¡Estoy completamente borracho!

—¡Sí, salta a la vista! —replicó Margolin.

Anna inició una conversación con Lise y con Margolin, intentando reparar la ofensa, distraerles, borrar el insulto. Llamó a otros invitados y les presentó al médico y su esposa. Yasha Kotik permaneció un rato a su lado y luego dio media vuelta, corrió a la mesa de las bebidas, agarró una botella y se abrió paso hacia el dormitorio, dando traspiés. Ante sus ojos giraban anillos de fuego. «Bueno, ¡estoy acabado! ¡Kaput! ¡Kaput!», se repetía. Quería abrir la puerta del dormitorio, pero alguien debía de haber arrojado una silla al otro lado de la hoja. «¿Será Justina Kohn?». Kotik aporreó la puerta, gritando:

—¡Abre, maldita puta!

Oyó susurros en el interior y enseguida dedujo que no era Justina la que estaba dentro, sino algún otro invitado. Mascullando unas palabras, se fue al cuarto de baño. Se encerró y empezó a beber de la botella con la avidez frenética de un alcohólico, como esos indigentes a quienes se ve beber en los servicios del metro. A medida que bebía, la cabeza parecía llenársele de plomo y las piernas se doblegaban bajo su peso. Era consciente de que nunca había bebido como ese día. No se estaba emborrachando, se trataba más bien de un suicidio.

VII

Yasha Kotik permaneció sentado sobre la tapa del retrete durante un largo rato, con la cabeza gacha, pues ni siquiera era capaz de mantenerla erguida. No había conseguido ahuyentar su angustia, sino que la había ahogado en alcohol. Su mente se encontraba vacía y al mismo tiempo llena; por un lado se encogía de dolor, pero por otro también reía. «Bien, ¡ahora no me importa nada! —se decía. Ahora ya pueden robarme, atracarme y estafarme cuanto les dé la gana. ¡No necesito ya que los críticos me elogien!». Como en un sueño, en su interior se murmuraba algo. Había dos Yasha Kotik ahí dentro: uno sobrio y otro borracho, y el sobrio se consolaba: «¿Por qué tengo miedo? Si he sido capaz de dormir en las calles de Moscú, realizaré la misma hazaña en Nueva York. ¡Los tipos como yo ya no temen nada!». Sentía la necesidad de acostarse, así que intentó levantarse para regresar al dormitorio, mas las piernas no le sostenían. El suelo oscilaba bajo sus pies como un barco en una tempestad. «¡Menuda borrachera has pillado! —le decía el sobrio al ebrio. ¡Estás como una cuba! ¡Qué espectáculo para tus invitados! Decir ¡*Heil Hitler!* a esa Lise ha sido un disparate». Tras un arduo esfuerzo se puso en pie. Agarrándose a la pared fue dando tumbos hasta la puerta del dormitorio, pero la hoja seguía atrancada. En un repentino ataque de ira, gritó: «¿Qué es esto? ¿Un burdel?», y se lanzó con todo su peso contra la puerta, apartando la silla que la mantenía bloqueada por dentro. En la penumbra vio una pareja que se incorporaba y saltaba de la cama; él se compuso la ropa a toda prisa, ella soltó un chillido. El hombre lanzaba maldiciones a Kotik, mitad en inglés mitad en yiddish, sin que Kotik consiguiera identificarle, aunque la voz le sonaba familiar.

—¡Esto no es un prostíbulo! —gritó.

La pareja salió y Yasha Kotik se desplomó sobre la cama. Permaneció acostado, desfallecido y con la sensación de alivio propia de un enfermo que apenas ha podido arrastrarse hasta el lecho. «¡Oh, nunca imaginé el placer que podía representar estar tumbado!», exclamó el Kotik sobrio. La cama se mecía debajo de él como si se tratara de una barca. «Bueno, ésta ha sido mi última noche sobre el escenario. A partir de hoy seré un buen borracho... Beberé hasta la muerte, siempre que consiga algo para beber».

Su mente se quedó en blanco durante largo tiempo. Empezaba a adormecerse con los ojos abiertos. Parecía haberse fundido con la cama, con las paredes, con las voces procedentes de las otras habitaciones. Más de una vez ocurrió que alguien abrió la puerta, se asomó, y tras detenerse desconcertado, la volvió a cerrar. Eran invitados que intentaban entrar para hacer el amor. «¡Qué cerdos, qué puercos! —se decía Kotik. Ni pueden esperar a llegar a un hotel». De nuevo se abrió la puerta, pero en esta ocasión la cerraron dentro. La silueta de una mujer emergió de la oscuridad. Era Anna. Se quedó en pie, erguida e inmóvil.

—Yasha, ¿qué tienes? —dijo al cabo.

Pese a su voluntad de responderle, no conseguía articular ni una palabra.

—Yasha, ¿qué ha pasado? —insistió Anna.

Los labios de Kotik empezaron a temblar sin control.

—¡Déjame en paz!

—Yasha, ¡no puedes dejar a todo el mundo sin más y quedarte aquí tirado! ¡Es una afrenta y una vergüenza!

El habría deseado explicarse, pero para eso hacían falta muchas palabras.

—¡*Shuddup!* ¡Cierra el pico! —se limitó a decir.

—Estás completamente borracho, ¿no es así?

Kotik no contestó. Tenía un solo deseo: que Anna se marchara cuanto antes.

—¿Qué ha pasado en el teatro? ¿Saliste a escena bebido?

«¡Ojalá!», pensó el Kotik sobrio. El borracho sólo gruñó:

—¡Vete!

—Yasha, ¡estás matándote! —empezó a advertirle Anna. Aseguras que me quieres... ¿es así como lo demuestras? Todos se están riendo de nosotros a nuestras espaldas. Hasta me da vergüenza que me vean la cara.

—¡Vete a casa!

—Muy bien, me voy. Pero recuerda, nunca más te dirigiré la palabra. Con lo mucho que me costó convencer al doctor Margolin para que viniera, y ¡mira cómo los has recibido! No sabía que eras tan borracho. Bueno, debía haberlo imaginado. Ya me diste una buena lección la primera vez.

—¡Vete! ¡Largo de aquí!

—Está bien, buenas noches. No te atrevas a telefonarme nunca más. ¡Ahora sí estoy curada! ¡Curada! Hasta la locura tiene un límite. ¡Te estás destruyendo, pero ésa es tu tragedia!

Anna salió y cerró la puerta a sus espaldas.

«¡Que se vaya al diablo! —dijo el Yasha Kotik sobrio. No la necesito! No necesito a nadie... No quiero hacer reír a la gente nunca más. ¿Durante cuánto tiempo se puede ser un payaso? No hay nada de qué reírse. Más bien hay motivos para llorar. Es mejor ser un vagabundo en el Bowery. El Tío Sam me concederá algún subsidio. El esfuerzo era excesivo; más de una vez quise bajar corriendo del escenario. No se puede ser un cómico eternamente. ¡Basta! Rescindo todos mis contratos. ¡Yasha Kotik ha tocado fondo!». Cerró los ojos y siguió acostado en un duermevela. Oía hablar como si fuera un niño que escuchara las conversaciones de los adultos: no distinguía las palabras. Se quedó absolutamente aturdido. La puerta continuaba abriéndose y la gente entraba a verle, a hablar con él, mas Kotik había cortado todo contacto con el exterior, había roto los hilos que vinculan a las personas. Sus intestinos producían un ruido de chapoteo. Del estómago le subían fuertes vapores al cerebro y su mente iba quedando progresivamente sumida en la vacilación, en la oscuridad, en el desmayo. El Kotik sobrio también comenzaba a emborracharse, a quedarse dormido mientras pensaba: «¿Quién sabe? ¿Será éste el final? ¿Habré

bebido hasta matarme?». Y respondía: «Bueno ¿y qué? ¡Mejor así!».

Debió de quedarse dormido. Cuando abrió los ojos todo estaba en silencio. Durante un buen rato no fue capaz de recordar nada, hasta que recordó la fiesta. Aunque la persiana estaba echada, entre las lamas ya empezaba a asomar la aurora. A pesar de que sentía en la cabeza un dolor sordo y todos los miembros anquilosados, las escasas horas de sueño le habían aliviado la embriaguez, no por completo pero sí en gran medida. Era como un enfermo que se hubiese despertado y, dentro de su gravedad, recobrase por algunos momentos la lucidez. En fin, todo estaba perdido: el teatro, Anna. ¿Qué habrían pensado de él los invitados? Sería el hazmerreír de todo el mundo.

Sin embargo, pensándolo bien, ¿qué había ocurrido realmente? ¿En qué disparatado libro de leyes estaba escrito que a Yasha Kotik le estuviera prohibido emborracharse o incluso fracasar una vez en un siglo? En ese instante Kotik recordó que era Yom Kippur. Se quedó inmóvil, paralizado. ¡Sí, ése era el castigo! Dios comenzaba a mostrar su fuerza. Durante toda su vida Kotik le había temido en secreto, tanto a Él como a su venganza. En realidad, siempre había sentido que Dios le acechaba en el cielo y esperaba, demoraba y aplazaba el día del castigo. Recordó con absoluta claridad la cita bíblica de sus días de alumno del *jéder*. «Dios es tardo en la ira y grande en la misericordia»^[75].

I

Después de Rosh Hashaná, Grein y Ester abandonaron Pittsfield, Massachusetts, y viajaron a una pequeña ciudad en New Hampshire, donde trabaron conocimiento con una tal señora Smythe. Esta señora y su cuarto marido vivían junto con la hija de este último y el yerno, en un valle de las afueras de la ciudad, y poseían una granja en la ladera de un monte cercano. Dado que las relaciones entre madrastra e hijastra eran pésimas, la señora Smythe había abierto un pequeño negocio inmobiliario en la ciudad. De origen francés, era una de esas mujeres norteamericanas que pese a haber vivido siempre en ciudades pequeñas, aguantado maridos rústicos y desarrollado toda clase de tareas pesadas, siguen leyendo libros y periódicos, juegan al bridge y conservan la inteligencia y la vitalidad de las mujeres de la gran ciudad. Cuando Grein fue a verla en busca de alojamiento, enseguida congeniaron. Como ocurre a menudo con las personas calladas y retraídas, Grein entablaba relaciones con mayor facilidad que lo haría alguien más extrovertido. En el rostro de esa mujer acertó a ver una comprensión innata hacia los avatares humanos y, hablando de una cosa y otra, le confesó que buscaba un lugar donde aislarse él y su compañera. La señora Smythe lo entendió enseguida y, asintiendo con un gesto, le dijo:

—Durante muchos años yo también estuve buscando algo así. Ésa es la razón por la que me fui a vivir a la granja del monte.

Ester simpatizó de inmediato con ella, y la señora Smythe le propuso un plan a Grein: no muy lejos de Bethel, en Maine, había una granja en venta. No ofrecía perspectivas de hacer negocio —«desde luego, no para alguien como usted, señor Grein»— pero parecía hecha a la medida de quien buscara un retiro. La granja estaba compuesta de unas treinta hectáreas de tierras, una casa vieja, talleres de toda clase, establos, otras dependencias y también tenía un campo de manzanos y un pozo. En invierno la casa se caldeaba con estufas de carbón o de leña, y el terreno bastaba para plantar un jardín, sembrar el pasto necesario para unas cuantas vacas y hasta instalar un corral de gallinas. La principal virtud de la finca era su belleza y para un precio total de dos mil quinientos dólares por toda la hacienda sólo pedían una entrada de mil dólares. ¿Qué podía perder? Si él y su amiga estaban interesados, les acompañaría en su coche, ya que sólo quedaba a una hora y media de allí.

Grein aceptó en el acto y durante el viaje la señora Smythe les contó la historia de la granja. Había pertenecido a un solterón ya mayor, una especie de ermitaño que

vivía allí con la única compañía de un criado indio que trabajaba como un esclavo y en realidad mantenía a su amo, ya que éste había caído enfermo en sus últimos años. El indio, además de atender el jardín y la huerta, ordeñar las vacas y ocuparse de las aves, también le daba friegas de trementina a su amo, le hacía masajes, le bañaba y le peinaba y arreglaba. Todo el mundo esperaba que el viejo propietario, que no tenía hijos, legaría la propiedad al indio, pero al final se murió sin dejar testamento y la finca pasó a manos de su sobrina, casada con un médico. En cuanto al indio, desapareció sin dejar rastro. En la granja todo había quedado tal como estaba: los muebles, los libros, los utensilios de cocina, así como la vajilla y los cubiertos.

Se podía entrar directamente a vivir allí. La señora Lockyer, la esposa del médico, había vendido las vacas, pero el establo seguía en el mismo lugar y Grein podría adquirir una vaca joven y criar terneros, una actividad que no exigía ningún esfuerzo. Si era verdad lo que había dicho —que no necesitaba más que patatas, leche y un libro—, en aquella granja dispondría de todo sin el menor trabajo.

La señora Smythe hablaba y conducía a gran velocidad. A pesar de estar a comienzos de octubre, hacía un día tan cálido como en el mes de julio. A ambos lados de la carretera la extensión de prados y granjas evocaba Polonia, y los olores traían recuerdos del estiércol de los alrededores de los pueblos polacos. Hasta las nubes adoptaban formas europeas. Acá y allá, delante de las casas, se veía montones de leña cortada para el invierno, mientras los patos y los gansos nadaban en charcas poco profundas. ¡Alabado fuera Dios! A lo largo de todos esos años en los que Grein vivió luchando en Nueva York, había llegado a olvidarse de la naturaleza creada por el Altísimo. Incluso cuando salía a veranear, siempre se hospedaba en un hotel. Ahí, en el anchuroso estado de Maine, el antiguo y entrañable ambiente campestre se conservaba intacto. Allí cabía olvidarse de la civilización y sus complejidades. En aquella soleada mañana otoñal, la granja parecía el jardín del Edén. Ciertamente, la casa era vieja, los muebles se habían deformado y se rompían con facilidad, las alfombras estaban gastadas y descoloridas, la tarima del suelo se apreciaba agrietada y rota en algunos sitios, pero ¿para qué necesitaban él y Ester el lujo? La biblioteca le llamó la atención enseguida: se veía que aquel ermitaño había sido lector de libros serios, y también cristiano devoto, ya que los estantes estaban repletos de obras sobre trabajos científicos, en general algo obsoletos, así como sobre religión.

El terreno alrededor de la casa era duro y rocoso, pero crecían en él toda clase de flores silvestres y, esparcidas por el manzanal, se veía un buen número de pequeñas manzanas, caídas de los árboles al no haber nadie que las recolectara. Se oía cantar y gorjear a bandadas de pajaritos y la señora Smythe les advirtió que a menudo se extraviaban por allí ciervos y otros animales, por lo que Grein debería conseguir un rifle.

Tras haber visto la granja, Ester se puso a reír y a bailar, y a gritar de contento.

—¡Madre mía! ¡Llevo toda mi vida soñando con esto!

El propio Grein no podía creer que todo aquello podía conseguirse por sólo dos

mil quinientos dólares, aunque recordó lo que había leído en muchas ocasiones acerca de tales gangas: las tierras improductivas carecían de valor en el mercado. La señora Smythe, por su parte, como si sintiera un cierto remordimiento, comentó:

—Mis queridos señores, yo no quiero engañarles. En el invierno una granja como ésta puede causar una sensación de extrema soledad. Cuando hay nieve, estás solo en medio del desierto. Ahora bien, hay corriente eléctrica y se puede volver a instalar el teléfono. Naturalmente, necesitarán un coche. Por carretera están a tan sólo treinta y cinco minutos del pueblo más cercano.

—No entiendo por qué no has traído el coche —le dijo Ester a Grein.

—Se lo he dejado a Lea.

—Pueden comprar un coche usado —intervino la señora Smythe. Miren: les ofrezco el mío por doscientos dólares. Si lo cuidan bien, aún pueden sacarle otros cinco buenos años de provecho.

Aquel mismo día se cerró el acuerdo. La señora Smythe acompañó a Grein y Ester a casa de la propietaria, la señora Lockyer, y Grein le firmó un cheque por mil dólares. Formalizaron una escritura de traspaso de propiedad de la granja y de todo lo que en ella se encontraba a nombre de Grein, con la condición de que los restantes mil quinientos dólares los pagaría a lo largo de diez años. A continuación Grein le compró a la señora Smythe su viejo Ford y ella le pidió a la señora Lockyer que le prestara un coche.

Estuvieron allí de charla todo el día hasta el atardecer. Después de despedirse de la señora Smythe y de la señora Lockyer, Grein compró en la tienda de comestibles pan, queso, manzanas, naranjas, y muchas latas de verduras, sopas y zumos de fruta. Luego emprendió el regreso a su nueva propiedad en compañía de Ester, con la sensación de haber dado un gran paso... aunque todavía no se lo creía ni él mismo.

II

En aquellos parajes, la media luz del crepúsculo duraba más que en Nueva York. Las ventanas iban adquiriendo lentamente una tonalidad azul, mientras en el exterior vibraba el silencio. Se oía el zumbido de una mosca solitaria rozando los cristales al pasar. Aún no habían conectado la electricidad, pero Grein no tenía ninguna prisa por encender las velas que había comprado en la tienda. Ester se había tumbado en el sofá y Grein se acomodó en un viejo sillón. El sol ya se había puesto, pero aún se mantenía en el cielo un arrebol púrpura. Aunque la casa se encontraba cerca de una carretera, podían transcurrir horas sin que se oyera pasar un coche. En contra de su costumbre, Ester guardaba silencio mientras Grein meditaba. Recordó un verso de los Salmos: «¡Aquí moraré porque lo he deseado!»^[77] «¡Esto es! ¡Aquí me quedaré! Hay que poner fin a tanto vagabundeo».

Faltaban dos días para el Yom Kippur. Había metido una pequeña Biblia en su maleta. ¿Acaso no provenían de allí todas las oraciones? Todos los años había respetado el ayuno y éste no iba a constituir una excepción. Si Dios escuchaba las plegarias, también las oiría desde ese lugar. Entre los libros que había dejado el ermitaño, Grein encontró *La vida de santa Teresa* y empezó a leerlo. ¡Hasta qué punto se parecían las personas religiosas! ¡Todo era igual: el sentimiento de culpa, la humildad ante Dios, el temor al pecado, la capacidad de ver a Dios en cada objeto, en cada pensamiento! Pero ¿como iba él a compararse con esa mujer? Mientras ella hablaba de pecados, él los cometía. Sólo por encontrarse en ese lugar ya estaba viviendo, como dirían los católicos, en «pecado mortal»: había abandonado a Lea y había tomado a la mujer de otro. Sin embargo, cuando una persona cae presa de una pasión de la cual no se puede librar, ¿no constituye eso un hecho divino? Sin duda existía un límite para el libre albedrío de los seres humanos.

Grein se encontraba dispuesto a vivir allí el resto de sus años con Ester. Pero ella ¿no se arrepentiría? Ester cambiaba de estado de ánimo como una veleta. Sin embargo, también para esta eventualidad estaba preparado Grein... Si Ester le abandonase, viviría allí a solas. Él ya no deseaba irse a ningún otro lugar. Había fracasado en sus relaciones con los demás y esto significaba que debía permanecer solo. Posiblemente existen almas para las cuales la soledad constituye el bien supremo. De nuevo recordó el lamento de Jeremías: «Se sienta solo y calla, porque se lo impuso a sí mismo»^[77]. La soledad es un destino, una fatalidad.

Un repentino rumor de pasos se oyó desde fuera, como si alguien anduviera por allí, pero enseguida reinó de nuevo el silencio. En el cielo, tras la media luna aparecieron las primeras estrellas. Aunque había huido lejos de Nueva York, el cosmos entero le acompañaba. Contempló a Ester, que permanecía tendida sobre el viejo sofá, envuelta en sombras. Pese a que no le distinguía los ojos, presentía que había una sonrisa en ellos.

—Ester, éste es nuestro propio monasterio.

—Sí. Tú siempre decías que envidiabas a los monjes.

—¿Por qué no ha de existir un monasterio para un monje y una monja juntos?

—Sí, todo es posible.

Le resultó extraño que las respuestas de Ester fueran tan lacónicas, ya que por lo general solía expresarse en largos monólogos. Ambos estaban aturcidos por lo que les había sucedido, todo un compendio de extravagancias: la impulsiva fuga con ella en el último minuto, el viaje a New Hampshire así como el establecimiento en aquella granja casi ruinosa, apartados de la gente, sin ningún contacto con el mundo exterior. En algunos libros había leído sobre casos parecidos: parejas que se habían instalado en Alaska, en las selvas de Suramérica o en los bosques de la Columbia británica. Pero aquéllos eran gentiles, no judíos, gente amante de la caza y la pesca, que había heredado el espíritu pionero de generaciones de antepasados. No hay hombres de negocios judíos que abandonen sus familias y su fuente de ingresos y se marchen con una mujer a la jungla. Porque tanto para Grein como para Ester, una granja solitaria en Maine equivalía prácticamente a una choza en las selvas de Brasil.

Una cosa estaba clara: que no debía quedarse allí sentado sin hacer nada. Tendría que trabajar: ésa era la única justificación para ese modo de vida. Pero ¿qué hacer? ¿Convertirse en granjero? ¿Buscarse alguna afición? ¿Empezar el libro que siempre había deseado escribir? No, se sentía más ajeno que nunca a ese proyecto. No tenía nada que decir a la especie humana. La experiencia que estaba viviendo era un tema estrictamente privado; nadie podía aprender de su vivencia. De hecho, todo pensador crea su filosofía exclusivamente para sí mismo. El principio de la individualidad era tan poderoso que el sistema ideológico que resulta válido para una persona no lo es para nadie más. La filosofía de Nietzsche estaba elaborada sólo para Nietzsche, así como la de Schopenhauer para Schopenhauer y la de Spinoza para Spinoza. Cuando un mismo pensamiento se le ocurre a dos personas, se convierte en dos pensamientos separados. ¿Cómo lo había expresado Leibniz? Las mónadas carecen de ventanas. ¿Cómo puede una de ellas mirar en el interior de otra? El verdadero conocimiento sólo existe en Dios, al que Leibniz llama la mónada de todas las mónadas.

Había caído la noche. Ester encendió una vela y se dispuso a trabajar, pues había que preparar la cena. En el dormitorio encontró una almohada, una manta y ropa de cama vieja y amarillenta. Había que barrer, ventilar las habitaciones y preparar el mínimo que dos personas necesitan para subsistir. ¡Qué pálida resultaba la llamita de la vela en esas viejas habitaciones! Era difícil creer que en el pasado aquélla fue la iluminación habitual en los hogares. A la débil luz de la vela todo parecía místico, incorpóreo, sumido en un recogimiento primigenio. La sombra de Ester se derramaba sobre las paredes y el techo. Sonaba el canto de un grillo, pero no en el campo, sino de uno de esos grillos domésticos que a veces se oían detrás de la estufa en Europa. Grein estaba sentado, ensimismado como si escuchara el silencio de su interior, donde se articulaban pensamientos sin palabras. De algún modo misterioso aquella noche en especial se entrelazaba con las veladas de su infancia en casa de sus padres,

en la calle Smocza de Varsovia. El grillo entonaba la misma melodía que por entonces, un estribillo que reiteraba obsesivamente una idea que no se podía expresar, ni siquiera concebir. Únicamente podía ser oída y la suma de lo que se percibía era que todo existía: un Dios, la Providencia, el castigo por el pecado, la recompensa por las buenas acciones, la muerte, la resurrección, la transmigración del alma, los espíritus y, por encima de todo, una eternidad divina. A Grein le parecía que el grillo le comunicaba sin palabras: «No te aflijas tanto, también existe un lugar para personas como tú... Formas parte del plan; eres una parte de la historia del cosmos... Un ojo te observa y contempla todas tus vicisitudes, toda tu pena, toda tu desorientación...». Recordó la oración de la tarde, la lectura de la *shemá*, y experimentó el impulso de rezar. Empezó a murmurar una plegaria por Lea.

I

El Yom Kippur había finalizado y esa misma noche Yasha Kotik subió al escenario en la seguridad de que lo haría por última vez. Había jurado que si en esta ocasión el público no se reía, nunca más volvería a actuar. No obstante, el público rió con las ganas de siempre. Además, finalmente Kotik había encontrado el dinero y los cheques que el día anterior había metido en un cajón. Por lo visto Dios no pretendía eliminar aún a Yasha Kotik: se trataba sólo de una advertencia.

Anna se encontraba en el teatro, pues le había perdonado su comportamiento: tanto su embriaguez como el hecho de haber insultado a la esposa alemana de Solomon Margolin. Kotik y Anna habían acordado ir a la mañana siguiente a obtener la licencia de matrimonio en el Ayuntamiento. Temiendo que semejante noticia le provocara otro infarto a su padre, Anna decidió guardar el secreto mientras le fuera posible. Después de la representación, en lugar de volver «a casa», al apartamento de los Brodsky que Grein alquiló para ella en la Quinta Avenida, Anna se marchó con Yasha Kotik a su antiguo hogar de la avenida Lexington. Kotik ya había echado a Justina Kohn. Anna se había ocupado de que todo quedase limpio y ordenado después de la fiesta. Sólo quedaba una mesa cubierta de botellas de bebidas alcohólicas, algunas llenas y otras a medio consumir, además de un pequeño montón de paquetes sin abrir, regalos de los invitados. Aunque las dos mujeres negras se habían pasado el día limpiando, aún se veían aquí y allí cenizas de cigarrillos, así como una quemadura que alguien había dejado en la tapicería del sofá. En el transcurso de esas veinticuatro horas, a Kotik se le habían acentuado las ojeras y las arrugas alrededor de la boca, pero Anna ya se había apresurado a disponer lo necesario para ir de vacaciones y descansar. Luria había muerto. Grein, como si lo estuviera también. Su padre tenía una esposa a punto de dar a luz cualquier día de éstos. Yasha Kotik representaba ahora su único punto de apoyo.

Anna había decidido no mantener relaciones sexuales con él hasta después de estar legalmente casados, mas le dio pereza volver a su casa a esas horas de la noche. Por otra parte, ¿qué importancia tenía, si de todas formas ya había sido su marido? Se desnudó y se acostó en la misma cama donde había dormido cuando era la señora Luria. En la cama de al lado yacía Yasha, demasiado agotado para acercarse a ella. Habían apagado las lamparillas y se acostaron en camas separadas como un matrimonio de ancianos. Kotik murmuró algo y enseguida se sumió en un sueño

profundo. Su respiración era peculiar: le salía un ronquido y guardaba un largo silencio, después roncaba de nuevo y otra vez el silencio, como si estuviera haciendo pruebas con el sueño. A Anna le parecía que estaba despierto y se escuchaba a sí mismo y luego a ella. Mientras se cubría con la manta, advirtió que debería sentirse alterada; en cambio, una desconocida sensación de indiferencia se había apoderado de ella. Ya no se asustaba de nada. ¿Arrepentirse? Que se arrepintiera Grein. Incluso la posibilidad de que su padre sufriera un nuevo infarto y falleciera no se le antojaba tan terrible. Boris ya no era joven y había vivido su vida. De todas maneras, ¿acaso se encontraba ella en disposición de decidir, si todo en su vida estaba determinado por la fatalidad? Existían, al parecer, fuerzas que jugueteaban con los seres humanos y les obligaban a comportarse como tontos.

Anna se quedó dormida y soñó con Stanislaw Luria. Su segundo marido salía de un callejón, vestido con un abrigo de piel y enormes chanclos. Su cara mostraba un tono amarillento y junto a los oídos le colgaban unos mechones que parecían tirabuzones de paja. «¿Qué significará esto? —se extrañó Anna. ¿Se habrá vuelto religioso en el otro mundo?». Él se le acercó y le dijo: «¡*Mázel Tov!*!», mientras se reía mostrando una boca desdentada, llena de podredumbre, y de la que emanaba un hedor ajeno a este mundo.

Anna se despertó temblando, sin poder librarse de aquella fetidez. «Bueno, sólo ha sido un sueño —se consoló. Allá no se llevan tirabuzones de paja ni se felicita a la propia viuda». Aunque seguía bien tapada, sintió frío. Aguzó el oído, pero ni siquiera percibió la respiración de Yasha Kotik. «¿Y si ha muerto?», se le ocurrió, y en ese momento se percató de que todos sus pensamientos giraban alrededor de la muerte. Pero ¿por qué, si aún era una mujer joven?

Empezó a hablar mentalmente con Grein, en el convencimiento de que llegaría a él por telepatía. «Qué, ¿ya eres feliz con tu Ester? —le preguntó. Lo que no entiendo es por qué la abandonaste si tanto la amabas. ¿Y qué estás haciendo ahora? ¿Duermes? ¿Estás desvelado? Quiero que sepas que no tengo nada contra ti. A pesar de que me has complicado la vida, de todos modos yo ya estaba hecha un lío antes. A decir verdad, ni siquiera me arrepiento. Por lo visto, uno no se arrepiente nunca de haber amado. Ni siquiera lamento lo que hice con Cesare. No siento nada ni espero nada; sólo deseo una pizca de tranquilidad».

De pronto Kotik rebulló.

—No duermes, ¿eh?

—Acabo de despertarme.

—He soñado con tu marido —exclamó Kotik, tras cierta vacilación.

Anna se puso tensa.

—¿Qué has soñado?

—No lo sé, no lo recuerdo. Me felicitó y luego quiso pegarme.

Anna experimentó una súbita opresión en el cráneo.

—¿Te felicitó?

—Sí. Dijo: «*Mázel Tov*».

Ella no añadió más y Kotik cayó dormido de nuevo. Anna ya no pegó ojo en toda la noche. La negra oscuridad se iba tomando gris y, pasado algún tiempo, la salida del sol tiñó el dormitorio de un tono rojo sangre. Anna recordó la mañana en que juró a su padre que se quedaría con Luria. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Menos de un año. No más de diez meses, sin embargo ese día se le antojaba extraordinariamente lejano. Si alguien le hubiese dicho en aquel entonces que al cabo de diez meses se encontraría acostada allí, y que en la cama de al lado dormiría Yasha Kotik, le habría tomado por algo peor que un loco. Si tal situación se había producido, acaso fuera cierto que existía un más allá y que Stanislaw Luria realmente la estaba felicitando. Todo podía ser. ¡Hasta lo más imposible se hacía realidad!

Pese a que estaban a comienzos de octubre, en la calle hacía frío y Anna se sentía aterida debajo de la manta. Aunque fingía dormir, con un ojo observaba a Yasha Kotik, cuyo rostro parecía cubierto de sangre y que fruncía las cejas en un gesto extraño, como si en su sueño se esforzara por distinguir algo. Un surco torcido le dividía la frente y los ojos se hallaban rodeados de profundas arrugas. Durante la noche le había crecido la barba, parcheada aquí y allá por islotes canosos. Anna no sabía por qué, pero le recordaba a un hombre asesinado. Seguramente ese mismo aspecto habrían mostrado los judíos que Hitler había exterminado. Recordó el reportaje aparecido en un periódico en yiddish en el que se describía a un numeroso grupo de judíos que los nazis rumanos habían amontonado en un matadero antes de perpetrar la carnicería. Sí, eso había sucedido en este mundo y, ocurriera lo que ocurriese en el futuro, ese acontecimiento se mantendría a perpetuidad. Ninguna fuerza lograría borrar esa vergüenza, ni siquiera Dios.

Anna dio la vuelta en la cama y se cubrió la cara con la sábana. ¡Tenía que dormir! ¿Acaso le quedaba algo más, aparte de un ratito de sueño?

II

Dado que el administrador del edificio de Boris Makaver no permitiría que se construyera una *succá* en la azotea, y puesto que su apartamento no disponía de un balcón, Boris decidió pasar los ocho días de la fiesta de los Tabernáculos en casa de su rabino. En su pequeño patio, el rabino había levantado una destartalada *succá*, montada con cuatro tablas, colocando unas oxidadas hojalatas como pared y una sábana por puerta. ¿Acaso importaba eso? La *succá* se había hecho siguiendo las especificaciones de la Torá y Dvóirele, la hija del rabino, había decorado las paredes con una manta y un florido chal, y había colgado racimos de uvas del techo, cubierto a medias con ramajes.

Era la primera noche de la festividad. Hacía fresco y hasta amenazaba lluvia, pero después de la oración de la tarde el cielo quedó despejado. Dvóirele extendió un mantel sobre la mesa y rezó la bendición del encendido de las velas, colocadas en candelabros de cristal, ya que los de plata se los habían robado los nazis. El rabino recitó el *kiddush* y mientras sujetaba la copa de vino le temblaba tanto la mano que el líquido se derramaba. Se escuchaba el estruendo de una radio desde un patio vecino, el ladrido de un perro en algún lugar y mientras, el rabino, con voz ronca, canturreaba la melodía de la bendición: «Bendito seas Tú, oh Eterno, Rey del Universo, que nos elegiste y exaltaste entre todas las naciones al santificarnos con Tus mandamientos»^[78].

Los grandes ojos negros de Boris se llenaron de lágrimas. El doctor Solomon Margolin, tras examinar las radiografías abdominales del rabino, no había dado al enfermo más de tres meses de vida, quizás incluso menos. Desde el punto de vista médico, el rabino ya era prácticamente un cadáver. Pero ¿acaso no eran todos los seres humanos candidatos a cadáveres?, consideró Boris. Él mismo, ¿cuánto tiempo seguiría deambulando por este mundo? No obstante, antes de que ocurriera lo inevitable, iba a convertirse de nuevo en padre. De hora en hora, la barriga de su esposa se hacía más prominente. Al igual que Dvóirele, Frieda había rezado en la *succá* la bendición sobre las velas y en ese momento esperaba junto a la puerta a que Boris recitara a su vez la bendición sobre el vino, con lo cual señalaría el inicio de la festividad.

El rabino apenas probaba bocado. Masticó largamente con sus encías desdentadas un pellizco del pan trenzado, probó un poquito de pescado, y del caldo de gallina no tragó más de media cucharada, mientras se estremecía como si se viera sacudido por el temor divino. A Boris no le cabía la menor duda de que aquel hombre se encontraba ya en el mundo de las alturas. En él parecía cobrar realidad el versículo bíblico: «Todos mis huesos dirán: Oh Señor, ¿quién es como Tú, que libras al débil del que es mucho más fuerte que él?»^[79]. Daba la impresión de que cada uno de sus miembros se agitaba con un temblor diferente. La cabeza oscilaba como diciendo: «No, esto no me lo esperaba». Al encoger los hombros de vez en cuando parecía

preguntar: «¿Dónde va uno a esconderse de tanta santidad?». Las manos, con movimientos espasmódicos, parecían desear asir algo, sin atreverse a hacerlo. Los ojos del rabino, con la mirada entre severa y asustada, se fijaban furtivamente en las figuras que le rodeaban como si le aterrorizaran. «¡No cabe duda de que están todos aquí! —reflexionaba Boris. Se percibe la presencia de los siete fieles pastores que, según la tradición, están invitados a la *succá* durante la fiesta de los Tabernáculos: Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Aarón y David... El rabino seguramente los ve... Le estarán revelando los secretos de la Torá. Semejante agitación no ha de proceder del cuerpo, sino del alma».

—Rebbe, tome un poquito más de caldo —le rogó Boris, mas no obtuvo respuesta. Boris levantó la vista—: Parece que se ha despejado algo.

Pese a que el gesto del rabino parecía indicar que deseaba mirar al cielo, no consiguió levantar la cabeza. Su cuerpo no cesaba de encorvarse y cada vez le costaba más mantenerse erguido. Los párpados se le cerraban y lentamente los volvía a abrir. Hablaba tan bajito que Boris había de aguzar el oído para captar sus palabras.

—¿Cómo se encuentra Jáannele? —preguntó de repente.

Por un momento Boris se quedó petrificado.

—¿Quién sabe? Yo, desde luego, ya no sé nada.

—¿Qué fue del otro hombre? —preguntó el rabino con voz clara, más propia de una persona sana.

Boris frunció el ceño.

—Ay, rebbe, además de ofender a Israel, esa gente está completamente loca.

—En qué sentido.

Boris empezó a relatarle las andanzas de Anna y Grein. Vacilaba ante cada frase, pero el rabino le iba indicando con gestos que quería oírlo todo. Antes de Rosh Hashaná, Boris se había enterado de que Grein había abandonado a su esposa para fugarse con Ester y este final también se lo contó al rabino. Mesándose la barba, el anciano le preguntó:

—¿Adonde se marchó?

—Sólo el diablo lo sabe.

—¡Chsss...! —exclamó el rabino, indicándole que no se debía maldecir.

—¿Qué sentido tiene correr de la una a la otra como un gallo de corral?

El rabino observó a Boris de soslayo, dando a entender que tampoco estaba de acuerdo con esas palabras.

—¿Adonde conduce toda esa locura? —insistió Boris, levantando ligeramente la voz.

—La pasión existe —replicó con esfuerzo el rabino.

—Incluso la pasión debe someterse a algún tipo de orden.

—Bueno, bueno...

Boris esperaba algún comentario más por parte del rabino, pero éste guardó silencio y se limitaba a mover la cabeza una y otra vez, negativamente, cual si el

relato de Boris hubiese aumentado su temor a Dios y pensara: «Si la unión a una criatura de carne y hueso puede resultar tan estrecha, ¿cuánto más fuertes deberían ser los vínculos con el Creador del universo?». Boris abrió el libro de oraciones. «¿Dónde pasará Anna esta fiesta? ¿Por dónde andará mi pobre niña? ¿Echará de menos a Grein? ¿O ya se habrá buscado otro?». Recordó a Yasha Kotik. «Ese perro la desvió del buen camino. De no haber sido por él, Anna se habría convertido en una madre de familia en vez de preocuparse por todas esas tonterías». No debió haberle permitido que se casara con aquella escoria en Berlín. ¡Borrado fuera su nombre! Sin embargo ¿acaso le quedó alternativa? Anna llegó a amenazarle con el suicidio. Las personas son capaces de cualquier cosa en situaciones como ésta.

Boris observó a Dvóirele, que acababa de entrar trayendo la carne, las verduras y las zanahorias en dulce. También ella había tenido un marido que pereció a manos de los nazis. En los años que llevaba de viuda, no se le había ocurrido volver a casarse. Nieta del santo reb Yejéskel, el rabino de Zhiritzover, se había sacrificado por su padre. Para que ella trajera en ese momento la vajilla a la succá, habían tenido que unirse hombres santos con mujeres virtuosas. Boris sintió que le invadía un sentimiento de amor y de compasión hacia Dvóirele. «¡Qué raro que nunca la haya pretendido! —meditó Boris. Nunca se me ocurrió siquiera. Cuando algo no está predestinado, ni se piensa en ello.»

—¿Por qué no ha comido usted la carne? —le preguntó Dvóirele.

—Ya tenía bastante con el pollo.

—La carne de vaca proporciona más fuerzas —señaló Dvóirele, medio en serio, medio en broma. En su sonrisa se advertía una mezcla de desesperanza y de delicada burla, mientras sus ojos transmitían: «Ya todo me da igual. He dicho esto sólo por no estar siempre callada».

III

A mediados de octubre salió de la imprenta el libro del doctor Zadok Halperin. En cuanto recibió la primera copia, se encerró con ella en su habitación. Al principio la hojeó con manos temblorosas, luego la empezó a revisar. Mientras leía, no dejaba de fumar, gruñir y resoplar. Le temblaba el bigote y enarcaba sus espesas cejas. A medida que avanzaba en la lectura, percibía con mayor claridad el desastre que habían cometido con su obra. El editor había cortado trozos enteros sin pedirle permiso, y precisamente en el lugar donde exponía el núcleo de su pensamiento. A pesar de que él mismo había revisado las pruebas dos veces, se habían deslizado muchos fallos; no sólo errores tipográficos ordinarios, sino también citas inexactas y una serie de flagrantes lapsus que provocarían la risa de los entendidos. Además, acababa de darse cuenta de que la traducción era mala y a menudo poco fiel. Ésa no era la obra de un erudito, sino simple basura. Una y otra vez, el doctor Halperin exclamaba:

—¡Esto es un caos! ¡Un auténtico caos!

Tenía frío y al mismo tiempo sudaba, y sintió el corazón en un puño. En vez de publicar un libro que debía sacudir los cimientos de la filosofía, había salido a la luz un puñado de fragmentos inconexos, mal traducidos y plagados de erratas. Hasta la cubierta era barata, como si de una novelucha sensacionalista se tratara, y en la corta biografía que aparecía en ella, le habían añadido ocho años de vida presentándole ya como un anciano de setenta y seis años.

Por un momento Halperin estuvo tentado de agarrar el teléfono y soltar una bronca al editor por incompetente, sin embargo en el último instante se contuvo. ¿De qué serviría? El daño ya estaba hecho. Era como si a alguien le hubiesen cortado el cuello: por mucho que la víctima se retorciera y resoplara, seguiría siendo un degollado. «Vaya, ¡me lo merezco! ¡me lo merezco! —se decía Halperin. Esto es Nueva York, no Berna ni Zúrich. No hay que pedir peras al olmo... Lo único que voy a sacar de todo esto es pena y vergüenza... ¿Cómo lo expresa el Eclesiastés?: “¿Qué provecho saca el que ha trabajado para el viento?”^[80]. De toda la montaña, lo que nació fue un ratón».

Halperin agarró el libro y lo lanzó lejos. Cayó abierto con las hojas hacia abajo y allí se quedó, en un rincón de la habitación, un amasijo de papel y tinta, una acumulación de moléculas y átomos que habían adquirido existencia propia, ajenos a que deberían haber sido los portadores de un nuevo sistema filosófico. Hubiese deseado librarse cuanto antes de esa monstruosidad, pero ¿cómo? ¿Lanzándolo por la ventana? ¿Saliendo al pasillo y tirándolo al cubo de la basura? ¿Y si lo recogía algún vecino? Poco a poco fue inclinando la cabeza y todo él se encogió en un penoso silencio. De repente se percató de su error, el error de su pensamiento y de toda su existencia. Había basado su obra en el mundo material, en las personas, en las debilidades humanas. ¿En qué consistía, de hecho, toda su filosofía, si no en una

mera justificación del hedonismo, en la creencia de que el hombre, si así lo quería, estaba en disposición de alcanzar la verdad mediante la felicidad, mediante la acumulación de la mayor variedad de experiencias en el menor tiempo posible, sacando el máximo partido a su inteligencia, a los sentidos, a las relaciones humanas? En más de una ocasión el profesor Shrage le había señalado que no era posible construir una filosofía apoyándose en el hombre, y citaba el versículo de los Salmos: «No deposites tu confianza en el hombre»^[81]. En ese caso, ¿en qué debía basarse? ¿En los dioses que aquellos mismos hombres inventaban? También cabía la posibilidad de no construir nada: el mundo pertenecía a los Hitler y a los Stalin, y no a los pensadores y filósofos. En el mejor de los casos, sólo se conseguiría añadir otro nombre a la historia de la filosofía. El mundo no cambiaría por ello.

El doctor Halperin encendió un puro, pero en cuanto aspiró la primera bocanada sufrió un ataque de tos. El humo era amargo como la hiel y le irritó la tráquea, produciéndole tos y ahogo. Agarró el cigarro y se encaminó al cuarto de baño, lo arrojó al retrete y tiró de la cadena. «¡Ojalá pudiera hacer lo mismo con toda la cultura humana! —pensó. ¡Si existiera un retrete para arrojar civilizaciones enteras! Bueno, la naturaleza se encarga de ello a su manera. Lo arrasa todo, lo borra todo, lo convierte todo en barro y fango. Sólo que su acción es lenta... dispone de mucho tiempo. ¿Y el cigarro? ¿Dónde estará ahora? Tirado en algún lugar de las alcantarillas. Ya nunca más será un cigarro. En realidad nunca había existido como tal, sino siempre unido a su entorno y definido por él».

Zadok Halperin se inclinó, presa de las náuseas. De repente una desagradable bocanada agria le llenó la boca. ¿Corregir? Ya no cabía corregir nada, ni siquiera la fecha de su nacimiento. ¿Y a quién le importaba su edad? No existía para nadie. Frieda estaba encinta. Pronto daría a luz, traería una nueva criaturita al mundo. Boris Makaver se había entrampado hasta el cuello con los barcos y no hallaba manera de salir del lío. Solomon Margolin nunca había sido un amigo para él. El profesor Shrage ya estaba senil.

—Bueno, ¡ya es hora de morir! —dijo Halperin en voz alta. ¡Estoy harto de toda esta pestilencia! Algo me sobrevendrá, un infarto o un cáncer... Si Shrage se halla en lo cierto y existe un mundo venidero y todo lo demás, me alegraré de echarle un vistazo a toda esa bazofia. Y si no es así, entonces simplemente ha llegado la hora de cerrar los ojos.

Cuando sonó el teléfono, Halperin no contestó. ¿Quién podía llamarle? ¿Y qué es lo que podían decirle?

—¡No estoy en casa! —gritó al aire.

Aquel libro tirado en el rincón le causaba un dolor físico, un vacío en el corazón, una opresión en la garganta, un cólico en el vientre, no obstante, al mismo tiempo le producía risa. «Vaya, era mi última carta. La he jugado y he perdido. El destino no quiso que Zadok Halperin alcanzara la gloria antes de morir. ¿Acaso se la merecía? ¿Qué bien había hecho a los demás? Y si hubiese sido bueno, ¿alguien le habría

quedado debiendo algo?».

En aquel momento acudieron a su mente las masacres de Hitler, las purgas y liquidaciones de Stalin. Ante sus ojos, unas bestias humanas habían sometido a veinte millones de personas a inimaginables torturas sádicas y feroces carnicerías, mientras él, Zadok Halperin, vivía poseído por un solo deseo: conseguir honores, leer elogios en periódicos y revistas, convertirse en un respetado gigante intelectual. No obstante, los poderes que rigen el mundo, o el puro azar, decidieron que no, que su sueño no se cumpliría, que él no tenía ningún privilegio sobre los demás.

El teléfono dejó de sonar y Halperin se desplomó sobre la cama con el traje y los zapatos puestos. Recordó que en una ocasión había leído algo relativo a africanos e hindúes que morían en cuanto así lo decidían. ¿Sería verdad? ¿Era posible que una persona muriera tan sólo con desearlo? En ese caso, Halperin querría que le llegara el final allí, en ese momento, acostado en su lecho.

Cerró los ojos y aguzó el oído. «¡Sí, ven, muerte, acude a mí! —suplicaba. ¡Si eres materia, muestra tu asqueroso rostro!». El teléfono empezó a sonar otra vez. «¿Quién demonios estará llamando? ¿Qué más quieren de mí?». Se levantó y agarró el auricular.

—¡Diga!

Era su editor.

—Doctor Halperin, ¡he de comunicarle una buena noticia!

Él no respondió.

—¿Me oye usted?

—¿De qué se trata?

El editor le explicó entusiasmado que cierto profesor no había dormido en toda la noche, prendido en la lectura del libro de Halperin, estaba escribiendo una elogiosa reseña que se iba a publicar en una revista cuyo nombre el editor mencionó con admiración. El propio editor estaba a punto de llegara un acuerdo con algún club de lectores para distribuir la obra del doctor Halperin en decenas de miles de copias. Ya estaban ultimando las negociaciones. Únicamente se precisaba el visto bueno del director jefe del club.

El doctor Halperin oía, pero las palabras no le causaban ninguna alegría. Tan sólo dejó escapar:

—El director jefe dirá que no.

I

El profesor Shrage yacía en su cama, enfermo. Había pillado un catarro y no había manera de quitárselo de encima. Tenía la garganta inflamada, diarrea, dolores punzantes en la ingle y detrás de las rodillas, y le había salido un absceso en un oído. El profesor Shrage había sugerido a la señora Clark que llamara a un médico, pero ella no le hizo el menor caso. «¿Cómo es posible que una persona caiga tan bajo? — se preguntaba, indignada. Está claro que ha perdido toda su fe en los poderes supremos».

Desde que, tras el fallecimiento de Edwin, ella consiguiera recuperar su confianza cuando ya la habían desahuciado los médicos, en un proceso en el que reconstruyó sus órganos y glándulas, llenó sus arterias de sangre fresca y sus huesos con médula nueva mediante el poder de la voluntad y la oración, la señora Clark había repudiado a los médicos. Si todo era espíritu, ¿de qué servía un médico? La señora Clark prefirió telefonar a su amiga, una tal señora Bailey, para rogarle que rezara por el profesor. Poco después, la señora Bailey le devolvió la llamada y le comunicó que a pesar de haber orado, percibía que sus plegarias habían tropezado con un obstáculo: el mismo enfermo producía interferencias. Por otra parte, la señora Bailey insinuó que el profesor ya había cumplido su misión sobre la tierra y que los Maestros lo necesitaban en el otro mundo. Aunque no se lo dijo explícitamente, sino envolviendo su mensaje en una fraseología teosófico-profesional, la señora Clark lo comprendió y se sintió sobrecogida por el miedo. Sabía que la señora Bailey no hablaba por hablar. Tenía contactos y desempeñaba un importante papel en la «jerarquía». El profesor debía cruzar el umbral entre el más acá y el más allá.

Por muy convencida que estuviera la señora Clark de que no existía tal cosa como la muerte y que eso que la gente común denominaba «muerte» no era más que una ilusión, un paso de un grado a otro, de una esfera de actividad a otra, no obstante sentía pavor. Ni el profesor estaba preparado para llevar a cabo ese viaje ni ella lo deseaba de momento. En los últimos tiempos, el pobre se hallaba sumido en la duda y su fe se había desvanecido por completo. De vez en cuando se le escapaban palabras propias de un materialista. Por su parte, ella ya se había acostumbrado a aquel hombre. A pesar de todos sus caprichos y de su carácter voluble, le agradaba volver a casa por la noche, tras haber pasado un largo día en pie, inclinada sobre la silla de dentista, y encontrarlo allí. Por mucho que se hubiera dejado dominar por el

escepticismo, seguía siendo el profesor David Shrage. Más de una vez la señora Clark había distinguido una aureola sobre su cabeza. De sus ojos irradiaban rayos de luz, y los objetos inanimados parecían adquirir un aliento de vida en su presencia. En cuanto él se olvidaba momentáneamente de sus dudas y de los parásitos que le estaban devorando, de pronto se llenaba de bondad celestial y de armonía. Cuando se trasladase a una esfera superior, ¿quién sabía si se comunicaría con ella? Acaso volviera con su primera mujer, esa Edzhe a la cual nunca había dejado de añorar. Ella quedaría abandonada y pasaría sus últimos años sola.

A la señora Clark no le resultaba posible librarse de sus compromisos profesionales. Algunos pacientes estaban citados con varias semanas de antelación. Además, tenía obligaciones financieras y deudas, contribuía económicamente a una serie de instituciones y había encargado que le fundieran en bronce sus esculturas, lo cual suponía un dispendio considerable. Sin embargo, dejar solo al profesor o, Dios no lo quisiera, ingresarlo en un hospital, era una solución impensable. En consecuencia, la señora Clark había contratado a una enfermera recomendada por la señora Bailey, una viuda llamada Wolinsky. No obstante, la señora Wolinsky se quejaba de que el enfermo no quería comer y de que ni siquiera le dejaba arreglar la cama. En cuanto ella abría la puerta de la habitación, el profesor le indicaba que la volviera a cerrar y le dejara en paz. La señora Wolinsky insistía también en que no podía quedarse sentada y sola todo el día. Por la casa circulaban corrientes frías; los cuadros y las esculturas se movían y daban golpes; el aire arrastraba susurros, chirridos y tenues suspiros que procedían del techo, de los rincones, del cuarto de baño. A fin de cuentas, tampoco ella se encontraba muy bien y aquel ambiente perjudicaba su salud.

Henrietta Clark sabía que la señora Wolinsky no mentía. En los últimos tiempos el profesor se había vuelto cada vez más testarudo. Cuando ella volvía a casa del trabajo y le hablaba, él nunca respondía. Le solía llevar un vaso de té, unos cereales, una tostada, mas él no tocaba nada. Le había ofrecido hacerle un masaje, y tampoco eso lo aceptó. Permanecía acostado en la cama, con la barba desarreglada, la tez ruborizada por la fiebre y las mejillas hundidas. Había perdido su dentadura postiza en algún lugar y por mucho que la señora Clark había revuelto la casa, no consiguió hallarla. Sospechaba que el profesor la había tirado al retrete y había descargado la cisterna. Su cara, sin la dentadura, se había vuelto extrañamente pequeña y encogida, casi como esas cabezas reducidas que exponían en algunos museos. Las cejas le habían crecido de forma anárquica y le cubrían los ojos como si fueran los de un erizo. Mientras, él seguía tumbado, totalmente absorto, sin el menor deseo de intercambiar una palabra, una sonrisa, siquiera un pensamiento. El contacto telepático que en un tiempo la señora Clark mantenía con él se había interrumpido totalmente.

Durante las tardes, la señora Clark se sentaba en el cuarto de estar y probaba la escritura automática, la pintura automática y la música al piano, también automática. Colocaba a su derecha una hoja de papel y un lápiz, y a su izquierda un bloc de

dibujo con un estuche de lápices de colores. Con una mano escribía mientras con la otra dibujaba, todo ello con los ojos cerrados para conseguir entrar en trance. En las páginas del bloc de dibujo se esbozaban figuras altas, cabezas con gorras puntiagudas, cuerpos ataviados con largas vestiduras amontonados unos sobre otros, una pandilla de bufones o payasos del otro mundo con los brazos extendidos y las piernas separadas. Las mujeres mostraban los cabellos de punta, caderas de una opulencia desmesurada y pechos que colgaban hasta el ombligo. Los varones aparecían dotados de órganos sexuales exagerados, barbas mefistofélicas y nudosos cuernos cabrunos. El lápiz de la derecha escribía palabras inconexas y nombres desconocidos, en una extraña mezcolanza de inglés, yiddish y alemán. Un tal señor Ghoreyaux había intentado establecer contacto con ella, mas nunca llegó a averiguar quién era ni qué pretendía.

Al cabo de un rato, la señora Clark dejó caer los brazos. En vez de entrar en trance, se había quedado sencillamente dormida. Soñó que estaba extrayéndole una muela al pope ruso, pero era un diente tan largo que no le parecía humano. «¿Este paciente es un pope o un elefante? —se preguntaba en su sueño. ¿Acaso hay sitio para un diente así en una boca humana? A menos que sea de goma. Pero ¿cuál puede ser la finalidad de ese diente? ¡Alguna función biológica debe desempeñar!». Al despertar se estremeció de frío. El reloj señalaba las doce y cuarto. La señora Clark entró a echar un vistazo al profesor.

—¿Cómo se encuentra?

El profesor movió las mandíbulas como si estuviera masticando.

—No muy bien.

II

La señora Clark se había marchado a su consulta. La señora Wolinsky, la enfermera, trajinaba en la cocina, preparando un poco de caldo de pollo para el profesor. El invierno había llegado pronto. Era mediados de noviembre y caía una llovizna de aguanieve que no llegaba a cuajar. El dormitorio permanecía sumido en una penumbra otoñal. Los copos de nieve se quedaban pegados al cristal por unos instantes y enseguida se fundían. Aunque ya habían encendido la calefacción y se oía el bisbiseo del radiador, el ambiente del apartamento seguía frío. El profesor se encontraba en la cama, vestido con bata y calcetines de lana, ya que no conseguía calentarse los pies. Se había pasado la noche tosiendo y respirando trabajosamente. Se quedaba adormecido, pero enseguida despertaba de nuevo. Deseaba con todas sus fuerzas —y realmente se lo suplicaba a los poderes supremos— tener sueños que le revelaran algo, pero lo que soñaba era una sarta de insensateces. Había comprado un paraguas que, al abrirlo, se convertía en una silla. Se encontraba en el metro y de pronto se le antojaba absurdo entrar en un tren con una silla. Entonces, decidía dejarla en el andén. Entraba en el tren pero éste no arrancaba. Por la ventana veía que el maquinista se acercaba a la silla y le limpiaba el polvo con un plumero. El profesor estaba asombrado. ¿Acaso formaba parte de las obligaciones del maquinista quitar el polvo a una silla que un pasajero había dejado? El profesor abrió los ojos. ¿Qué significarían estas visiones? ¿Qué habría dicho Freud acerca de semejante sueño? Era un sinsentido, nada más; una combinación aleatoria de imágenes e ideas. ¿Cómo lo llamaban los polacos? *Marzenie S'cietej glowy*, «el sueño de la cabeza cortada». ¿Implicaba esto que existía en la naturaleza algo sin finalidad? En ese caso, cabía en lo posible que todo lo demás careciera de finalidad.

Desde la cama en la que yacía, el profesor pedía una revelación, un rayo de luz desde el otro lado del telón, una señal de que había algo más allá de lo tangible. Sin embargo, aparte de dolores y de vanas ideas, no le mandaban nada. «¡Maldita la gracia si los materialistas tienen razón! Bueno, al menos el fin sí que llega. Si no hay nada, pues no hay nada. Por lo menos hallaremos descanso en el sepulcro...». Pero ¿qué significaba que no había nada? ¿Era siquiera concebible que el cosmos se debiera al azar? ¿Qué papel desempeñaba el azar en relación con el universo? ¿Cabía aceptar que los mismos poderes que habían producido a Platón, Newton o Pascal fueran sordos y ciegos? Si un puñado de tierra daba vida a una rosa, y la matriz de una mujer engendraba a un ser humano como Dostoievski, ¿cómo concebir que millones, billones, trillones de mundos no fueran más que materia insensible? Una cosa sí que era posible: que el hombre se quedara tan limitado después como lo había sido antes. Tenía un cuerpo pequeño y un alma insignificante. El pequeño cuerpo se pudriría y la diminuta alma estallaría como una pompa de jabón.

En fin, ya se encontraba más cerca que lejos. Si había algo que ver, lo vería, si Dios así lo disponía; y si había que convertirse en nada, sería la nada. El profesor se

dirigía a su propia alma: «Ten paciencia, alma mía, que no te hallas sola. Miles como tú están a punto de abandonar los cuerpos. “Muchos son los que han bebido, y muchos los que beberán”. Si has sido capaz de esperar tanto, aguarda un poquito más. ¿Un médico? Ella tiene razón: no preciso un médico. ¿Sufrimientos? Edzhe los padeció mayores en Majdanek o en Auschwitz».

El profesor miraba a la ventana y observaba los copos de nieve que caían lenta y continuamente. De vez en cuando un pequeño copo se rebelaba contra la ley de la gravedad e intentaba revolotear, aunque no por mucho tiempo. La ley era más fuerte que un copito de nieve. «En este mundo no se producen revoluciones. Si se ha mandado caer, hay que caer; si se ha mandado adoptar la forma hexagonal, hay que ser un hexágono. Si se ha mandado morir, hay que cumplir el designio. Todo parece predeterminado. En el fondo, los fatalistas tenían razón, aunque el hombre no está hecho para aceptar el fatalismo. Por más que se le empuje, él necesita hacerse la ilusión de que anda por sí solo. Así lo exige la fatalidad».

El profesor cerró los ojos y vio a Edzhe. Permanecía de pie junto a su cama, la misma Edzhe que en aquellos tiempos, pero más luminosa, bañada en dorados y verdes radiantes. Su cabello despedía un brillo semejante al de los rayos de luz que persisten en el horizonte cuando ya se ha puesto el sol. Sonreía y le tendía los brazos, y emanaban de ella una alegría, una satisfacción y una seguridad ajenas a este mundo. «¿Estoy soñando? —se preguntaba el profesor. No, no estoy dormido». Con gran esfuerzo, abrió los ojos. La visión se desvaneció, pero no de golpe. Durante unos momentos, una especie de sobrio y luminoso contorno permaneció flotando en el aire, como un cuadro que se hubiese fundido con la pared, dejando sólo el marco. Pronto todo se volvió de nuevo gris y tenebroso. Pero el profesor conservó la sensación de frescor, de deleite, de un sabor a toronjas en el paladar, a confitura... no, no se trataba exactamente de eso.

«¿Habrà sido una alucinación?», se preguntó. Se tomó el pulso para averiguar si tenía fiebre. Sí, el latido era rápido, tal vez cien pulsaciones por minuto. Cerró los ojos, por si regresaba la visión, pero fue en vano. Sólo distinguió una rosada oscuridad moteada de gris. Pronto se adormeció y otra vez se encontró en el metro, donde de nuevo estaba enredado con el paraguas que se había convertido en silla. A medida que soñaba, el profesor analizaba su propio sueño. «¿Qué es esto? ¿Una misma sinfonía con variaciones? ¿Acaso es éste el tema central de mi vida? ¿No he sido capaz de hallar nada mejor que esta idiotez?».

De repente se encontraba en un pueblecito. Sentía la apremiante necesidad de ir al baño, pero el camino le obligaba a atravesar un lodazal, así que tuvo que cruzar el fango que le llegaba hasta los tobillos. Todo a su alrededor era inmundicia, acumulada por la ausencia de limpieza de muchos años. «¡Ay de mí! Me estoy hundiendo en el cieno. ¡Qué horrible final: ahogarse en excrementos!». Entró en el retrete, pero el cubículo carecía de puerta. Cuando estaba a punto de sentarse, descubrió que alguien más ya estaba sentado. Le asaltó un sentimiento de vergüenza

y el deseo de huir, pero se hallaba confinado por las heces. «¿Cómo diablos habré llegado aquí?», se preguntó cuando se despertó sobresaltado, con la frente empapada de sudor y con una urgencia real de hacer sus necesidades. Se levantó lentamente de la cama y sintió la frialdad de las zapatillas al introducir en ellas sus débiles pies. Cuando empezó a andar, el suelo desapareció súbitamente y el profesor se cayó.

La señora Wolinsky oyó el golpe, entró corriendo y ayudó al profesor a ponerse en pie. Él quería decirle que le llevase al cuarto de baño, pero había perdido el habla. Moviendo los labios como un mudo, se preguntó a sí mismo: «¿Acaso estoy ya agonizando?».

III

Ya habían pasado los días cálidos, habían llegado las lluvias, y en la granja adonde se habían retirado Grein y Ester imperaba el frío. Grein había cortado leña suficiente para mantener la chimenea encendida, pero sólo se apreciaba el calor si se sentaban delante mismo del fuego y, por otra parte, mientras la cara se les calentaba, por la espalda sentían escalofríos. Aunque ya habían decidido pasar allí el invierno, Ester empezaba a comentar que eso sería imposible. ¿Qué iban a hacer durante todo el invierno? En ese lugar cualquiera perdería el juicio. Ella se había comprado una radio, Grein había encargado libros a Boston y ya funcionaba el teléfono, la electricidad y el frigorífico. Sin embargo, pese a que Grein ya había invertido dos mil dólares en la casa y en diversos gastos, aparte de los mil de entrada, Ester no paraba de quejarse. Cuando Grein le recordaba que ella siempre había hablado de marcharse a vivir con él a una isla, Ester le replicaba:

—Me refería a una isla con palmeras, no a un agujero como éste.

Se mostraba tan inconstante, que en un momento podía estar cubriéndole de besos y al siguiente llenarle de reproches. ¿Por qué tenía que ser él distinto a los demás? ¿Por qué no habían alquilado un apartamento en Nueva York, o al menos en Boston? ¿Por qué se habían instalado entre las mofetas y las serpientes que anidaban en la hierba? A su edad no estaba dispuesta a convertirse en una campesina. Necesitaba disponer de calefacción, de la posibilidad de ir al cine, al teatro, a alguna reunión. Y también precisaba tener gente cerca. Por mucho que se quisieran dos personas, no iban a estar pegadas una a la otra las veinticuatro horas del día. Había que vivir en un entorno social, de lo contrario acababa uno volviéndose loco.

Grein palideció.

—¿Dónde te consigo yo un entorno social, si yo mismo no lo tengo?

—Sin embargo, es posible encontrarlo. En una gran ciudad hay de todo.

Grein intentó leer, escribir. Se había elaborado un programa: a tal hora leería filosofía, a tal otra estudiaría física, a la siguiente matemáticas. Había pensado ocupar el invierno dedicándose a las materias que había descuidado a lo largo de sus años de trabajo, primero como maestro en el Talmud Torá y después como agente del fondo de inversiones. Hasta intentó estudiar con Ester, pero ella enseguida perdía la paciencia. Además sufría de dolores de cabeza y, sobre todo, no conseguía relajarse. Se tumbaba, y enseguida se levantaba; encendía la radio y a continuación la apagaba; si en un momento dado se sentaba a escribir una carta, de pronto se levantaba para ocuparse de la cocina. Grein se asombraba al comprobar que, consciente o inconscientemente, Ester sabotaba todos sus planes. Cuando preparaba la comida, o bien se le quemaba o bien se le derramaba; se le rompían los platos, se cortaba pelando las patatas y, cuando le servía un plato de cereales o un vaso de té, siempre conseguía colocarlo de tal modo que caían unas gotas sobre el libro o sobre lo que estaba escribiendo. De pronto un día se quejaba de que tenía fiebre y agarraba el

termómetro, y al día siguiente declaraba que el corazón le latía demasiado despacio y que se encontraba al borde de la muerte. Le había entrado miedo a salir incluso durante el día, y él se veía obligado a hacer guardia delante del retrete cuando ella iba a hacer sus necesidades. En una ocasión en que Ester salió a tirar el agua sucia de los platos, Grein oyó un estridente chillido. Un ciervo se había extraviado en los alrededores de la casa. En otra ocasión, se trataba de un perro vagabundo que merodeaba por allí. Grein intentó ganarse su confianza para hacer que entrara en la casa, pero el perro no se mostró dispuesto a aproximarse, y ladraba y gruñía con el comportamiento de un animal salvaje. Ester aseguró que el bicho o estaba rabioso o bien se hallaba poseído por un *dibbuk*.

Los días eran húmedos, brumosos, oscuros. El coche que Grein había comprado a la señora Smythe siempre tenía alguna avería, y resultaba peligroso circular con él por el embarrado camino que llevaba al pueblo, aunque de todos modos tampoco había gran cosa que hacer allí. En la sala de cine, las películas eran casi todas de gánsteres o de vaqueros e indios. Los lugareños desconfiaban de aquella pareja judía que había llegado de Nueva York para pasar el invierno en una granja abandonada. Por otra parte, alguien le había advertido a Ester que su marido debería tener a mano un rifle, porque había criminales rondando por la zona.

—No, si encima aquí acabarán matándonos —comentó ella. Éste será el final.

La noche caía muy pronto. Arreciaban las lluvias, el viento aullaba, y una tétrica oscuridad asomaba por la ventana. Ester fumaba sin pausa, encendiendo un cigarrillo tras otro. Guardaba una botella de coñac en el armario y se llenaba una copita de vez en cuando, y en ocasiones hasta echaba un trago directamente de la botella. Al principio se había prometido limpiar a fondo la casa, cambiar muebles, colgar visillos y cortinas en las ventanas, pero todos esos buenos propósitos se habían quedado en nada. Era tal su pereza que ni siquiera cocinaba, y se alimentaban de conservas cuando Grein no freía unos huevos en la sartén. Aunque el polvo y la basura se acumulaban por los rincones, ella no se sentía con ganas de barrerlo. Ya que le daba miedo salir por la noche al retrete, empezó a utilizar un viejo orinal que había encontrado por allí, tirado desde tiempos inmemoriales. Durante el día andaba por la casa en bata, sin tomarse la molestia de peinarse ni lavarse y, lo peor de todo, de repente se había vuelto frígida. La pasión por Grein, que durante todos aquellos años la había consumido, había desaparecido y ya no deseaba sus caricias. Se convirtió en una réplica exacta de Lea. Cuando Grein le preguntaba qué le había ocurrido, le respondía:

—He entrado en un túnel... No veo más que sombras.

—Vamos a marcharnos de aquí.

—Sí, vamos a marcharnos. Pero ¿adonde? A menos que quieras ir a Miami...

Y al cabo de un rato añadía:

—Lo de esta granja ha sido una locura... desde el principio. Véndela, si puedes. Todo lo que saques por ella, será dinero recuperado.

Grein se callaba. Ya no se trataba de dinero. Había depositado muchas esperanzas en aquella granja, pensando que con Ester sería feliz, cualquiera que fuese la circunstancia. Había programado cuidadosamente cuándo iba a estudiar e incluso qué iba a escribir, y ahora todo se había derrumbado. Ahora echaba de menos a Lea, a los hijos, a Anna, Nueva York.

Algo había comenzado a tomar cuerpo en su interior y él sabía bien qué era: los ingredientes para una confrontación.

I

Más de un año había transcurrido y en casa de Boris Makaver se estaba organizando una fiesta de cumpleaños. La verdad era que Boris carecía de la paciencia y las fuerzas necesarias para ello. Por otra parte, festejar los cumpleaños no era una costumbre judía. ¿Acaso el hecho de haber nacido era un motivo de alegría? Según la Guemará: «Sometido a votación, se ha resuelto que está mejor el nonato que el nacido» y, por su lado, el Eclesiastés decía: «Entonces alabé a los que ya murieron más que a los que todavía, viven»^[82].

No obstante, Frieda se había empeñado en invitar a mucha gente, aunque no había a quién convidar. El profesor Shrage ya estaba en el otro mundo. A Herman lo habían liquidado en la Rusia de Stalin. Anna se encontraba en Hollywood, dando tumbos con ese charlatán de Yasha Kotik. Grein había desaparecido. Algunos decían que, tras marcharse a la tierra de Israel, se había instalado en el barrio de Mea Shearim de Jerusalén y había regresado a la observancia estricta de la religión. De los visitantes de otros tiempos sólo quedaban el doctor Zadok Halperin y el doctor Solomon Margolin. El hermano de Frieda no sólo había superado el sonado fracaso de su libro, sino que había recuperado los ánimos de los viejos tiempos. Seguía comiendo en exceso, fumando gruesos cigarros y repitiendo hasta la saciedad sus paradojas radicales. El único cambio consistía en que el color de su bigote había pasado de negro a un blanco sucio. Se hallaba escribiendo un nuevo libro, y Boris seguía manteniéndole. En esta ocasión, había establecido contacto con un editor de Suiza que se comprometía a la publicación, siempre y cuando Halperin pagara el coste del papel y de la impresión, alegando que el mercado del libro alemán se había reducido considerablemente y en Suiza no existía mercado para obras filosóficas.

Entre Solomon Margolin y Boris Makaver se produjo una airada ruptura, que se mantuvo durante meses, cuando se difundió la noticia de la presencia de Lise en Nueva York. En efecto, Boris le insultó, le tildó de pestilente carroña apóstata, le escupió en la cara y borró su nombre como amigo. Sin embargo, cuando a Frieda le salió un quiste en el pecho después del parto y se planteó la necesidad de intervenirla, Boris se opuso a que su esposa diera un paso sin antes haber consultado con el doctor Margolin. Previamente le había enviado a éste un cheque, que fue devuelto de inmediato. En realidad, Boris continuaba debiéndole cinco mil dólares y aún no estaba en situación de obtener dinero líquido de su negocio, a pesar de la habilidad

con la que había conseguido escapar de la ruina total después de su revés con el asunto de los barcos. La cuestión llegó a su punto culminante cuando, en un encuentro que se fijó entre ambos, Margolin le prometió que Lise se convertiría al judaísmo, por convicción y no sólo sobre el papel, acudiría con regularidad al baño ritual y cumpliría al pie de la letra cuanto las leyes judías exigen a una conversa. Y así fue. Lise respetaba el baño ritual y añadió a su nombre el de Sara, siguiendo la costumbre en los casos de conversión de una mujer. Boris no podía pedir más, pese a que en el fondo sabía que aquello no se había llevado a cabo desinteresadamente, sino sólo para tranquilizarle a él, y que aquel moderno rabino norteamericano que había dirigido la conversión no debería haber admitido en la religión judía a una persona como Lise. Ahora bien, ¿cómo iba a exigir de una alemana la debida obediencia a la ley judía cuando él mismo había criado una hija depravada? La predicción de la Mishná se cumplía: «El rostro de la generación se asemeja al de un perro. Todos son realmente culpables».

Aparte de a Halperin, Margolin y su mujer, Boris también invitó al doctor Alswanger, los socios con sus respectivas esposas y a un delegado del recién creado y soberano Estado de Israel, un hombre llamado Ben Tsémaj. Frieda, por su parte, había invitado a un rabino al que conocía de Alemania y que en Nueva York había reconstruido su congregación reuniendo a antiguos miembros de su sinagoga, supervivientes como él mismo. Boris disentía de este rabino porque oficiaba en un templo reformista, pero el hombre había sido amigo íntimo del doctor Tamar, el primer marido de Frieda, y ella estaba empeñada en que asistiera. Boris accedió, pues no tenía la menor intención de enfrentarse a su mujer, después de que en su vejez ella le había dado un hijo casi a costa de su vida.

No era una fiesta como las que se celebraban en los viejos tiempos. No había una Anna que aportara belleza y alegría. El profesor Shrage y Stanislaw Luria ya estaban en el mundo de la verdad y quizá también Herman se había librado de esta vida engañosa. Faltaba Grein, que durante años y en todas las ocasiones había sido un invitado fijo. Extrañamente, a pesar del mucho daño que le había causado y de que fue él quien condujo a Anna a la deplorable situación en que se encontraba, Boris le echaba de menos más que a ningún otro. Incluso llegaba a reprocharse su propia conducta para con él. Grein había querido a Anna y Anna le había correspondido. Habían nacido el uno para el otro. En lugar de haber borrado a Anna como hija, profiriendo contra ella injurias, maldiciones y anatemas, mejor habría hecho ayudando a Grein a divorciarse de su mujer. Además, debería haber ofrecido a Stanislaw Luria una compensación económica para que concediera el divorcio a Anna. Tendría que haber abordado en su día el asunto con inteligencia y talante positivo, en lugar de enfrentarse al problema con todo el peso de la ley judía. ¿Quién sabía? Tal vez Luria seguiría con vida si Boris le hubiese ayudado con dinero y buenas palabras, razonando con él como un padre y un buen amigo, a fin de hacerle entender la situación. Boris pensaba que si en ese momento se encontrara en la misma

situación, actuaría más sabiamente. Trazaría un plan, enfocaría el problema de un modo ordenado y midiendo sus pasos. Sí, siempre se vuelve uno prudente cuando el desastre ya ha ocurrido y no existe remedio posible. ¿Cómo lo expresaba el viejo dicho? *Madry Polak po szkodzie*, «el polaco se hace sabio cuando el daño ya está hecho».

Cuando Boris se despertaba durante la noche, no dejaba de pensar en Grein y en todo lo sucedido: la fuga con Anna, el regreso a su esposa, después su marcha a una granja con Ester y, finalmente, su desaparición para transformarse en vecino de Mea Shearim. Cada uno de estos pasos poseía su trascendencia. Una persona corriente no se comportaba así. Boris siempre había considerado que Grein era un hombre especial, todo un personaje, como suele decirse. Naturalmente, había cometido errores, pero ya estaba pagando por ellos. ¡Qué no habría dado Boris por encontrarse con Grein, hablar con él, oír lo que tuviese que contar! ¡Una verdadera hazaña: volver de verdad a la religión! Por otra parte, no le cabía la menor duda de su sinceridad. ¿Qué iba a conseguir mintiendo? Shlóimele había descrito a Boris con todo lujo de detalles el intercambio de ideas que había mantenido con Grein, las palabras que había pronunciado, su afirmación de que la vida moderna se halla sumida en un mundo de bajos fondos. Boris no olvidaba aquellas palabras, que ponían el dedo en la llaga. Cada día, y diez veces cada día, Boris se veía empujado a recordar esta consideración. En su opinión, había que ser un verdadero genio para expresar con palabras tan sencillas exactamente lo que caracteriza al hombre moderno, todos sus deseos y sus actos.

II

Frieda Makaver llevaba algún tiempo tratando de localizar en vano a Jacob Anfang, el hombre de quien había estado enamorada. Había telefonado a un colega del pintor, pero tampoco él tenía noticias suyas. Se había mudado de su estudio en Greenwich Village. De repente, una tarde, Frieda entró en el ascensor de la biblioteca pública, en la calle Cuarenta y dos esquina con la Quinta Avenida, y se encontró con Jacob Anfang. Le pareció algo más bajo y bastante envejecido: en sus sienes los rizos se habían vuelto canosos, y sus ojos, brillantes, se hallaban hundidos en una malla de finas arrugas. Vestía un abrigo de pelo de camello y un pañuelo de seda negra, que le colgaba alrededor del cuello, al estilo de los artistas. Se ruborizó al verla y, tartamudeando, se inclinó para saludarla al modo europeo. Frieda también enrojeció y por un momento se quedó sin habla.

—¿Va usted también a la segunda planta? —le preguntó al cabo.

—No, a la tercera.

—¿Dispondría usted de un momento libre?

—Sí, desde luego. Para usted, siempre.

—¿Quizá podíamos tomar un té en algún lugar?

—¡Naturalmente! Con mucho gusto.

Bajaron de nuevo en ascensor. Salieron a la calle a buscar un establecimiento donde tomar un té y entraron en un restaurante en la Quinta Avenida. Anfang se quitó el sombrero de ala ancha y el abrigo. Frieda observó que la calva del pintor había aumentado hasta alcanzar el tamaño de un plato. Llevaba un traje negro, desgastado, que no era de su talla.

—¡Llevo tiempo buscándole! —empezó Frieda.

—¿Usted buscándome a mí? Yo pensaba que estaba esperando un hijo. —Anfang hablaba con frases inconexas y algo titubeante.

Los ojos de Frieda se iluminaron.

—¡Soy madre de un niño!

—¿De verdad? Enhorabuena. Vaya, ha hecho usted bien, muy bien hecho. Ya que Dios desea que la especie humana siga existiendo, alguien ha de ocuparse de ello. Después de todo, Dios no puede dedicarse a lavar pañales.

—¡Oh, qué forma de hablar! Él es omnipotente.

—Naturalmente. Sin embargo ha concebido una división del trabajo, al igual que los empresarios de la industria norteamericana. Como Ford, por ejemplo.

—¡Menuda comparación! ¿Cómo se encuentra usted? Pregunté en su antiguo apartamento, pero se había usted trasladado.

—No me trasladé, sino que sencillamente me echaron. De hecho, tenían razón. Hay que pagar el alquiler.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Dónde vive usted ahora? ¿Por qué no hemos recibido noticias suyas?

—He alquilado una habitación en la calle Setenta, no muy lejos del río Hudson.

—En ese caso, es usted vecino nuestro.

—¿Cómo? Vaya, nunca se me había ocurrido.

—¿Ha dejado usted la pintura?

—Sí, lo he dejado.

Frieda hizo un gesto, como si tragara algo.

—¿A qué se dedica, si puedo preguntarlo?

—Oh, no hago nada. Un conocido me consiguió algunas clases: dos señoras que habían decidido hacerse pintoras. Que lleguen a aprender algo ya es otra cuestión.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. Me he entrenado para precisar muy poco. La casera es una mujer entrañable y se porta bien conmigo. Me permite que guarde en su nevera una botella de leche, y me prepara arroz o cereales. He pintado retratos de ella y de los niños. En fin, eso es todo.

—Me parece una vida vacía.

—¿Por qué? No paso hambre y duermo en una cama. ¿Qué más necesita una persona?

—Mucha gente necesita muchísimo más.

—Yo no. ¿Qué es de Anna?

Frieda empezó a contarle todo lo que había ocurrido con su hijastra. De vez en cuando le temblaba el labio superior, se le formaba un nudo en la garganta y se veía obligada a toser para seguir hablando. El camarero le había servido té, pero ella lo había dejado enfriar. De repente se acordó de aquella mañana, cuando visitó a Jacob Anfang en su casa para proponerle que se casara con ella, y él la rechazó. «¿Cómo pude hacer una cosa así? —se preguntó. Con lo tímida que soy». Una oleada de calor le cubrió el rostro y sintió temblores y vibraciones como si se hallara navegando. Le costaba esfuerzo articular las palabras, como si de algún modo la tragedia de Anna guardase relación con su propia vergüenza y deshonor. Cuando Frieda aludió a Grein y a los últimos avatares de su vida, Anfang entornó los ojos al tiempo que, ensimismado, su mirada se enternecía. Parecía avergonzado por el relato de Frieda.

—Sí, cada uno busca su propio camino —comentó.

—Usted también es una persona religiosa —observó Frieda, en un tono entre la afirmación y la pregunta.

—Sí, pero yo he tomado otro sendero.

—¿Le molesta si le preguntó cuál?

Jacob Anfang vaciló un momento antes de responder.

—Si sé lo contara, huiría usted de mí. —Una chispa de burla asomó a sus pupilas. O tal vez algo peor que eso.

—¿Por qué iba a huir? Cada uno es responsable de sí mismo.

La expresión de Anfang se hizo severa y sus ojos se llenaron de pena.

—He abandonado el judaísmo. Ya no soy judío —espetó.

Frieda tuvo la sensación de que dentro del cráneo su cerebro sufría una sacudida, como una nuez en su cáscara. Sintió un escalofrío. Permaneció sentada, tensa, desamparada, con un nudo en el estómago y sin saber qué decir.

—¿Y por qué? —logró articular finalmente.

—La he asustado, ¿no es así? —preguntó a su vez Anfang. Ocurrió sin más. Me hallaba leyendo, y cayó en mis manos el Nuevo Testamento. Allí encontré la respuesta a mis preguntas.

—¿Qué se dice en él que no se encuentre en nuestros libros sagrados?

—No lo sé. Pero allí no está el sacrificio animal para expiar los pecados a través de la «vaca bermeja»^[83] y la «becerra desnucada»^[84].

Los ojos de Frieda se llenaron de lágrimas.

—Tal vez, pero seis millones de judíos fueron asesinados mientras los cristianos callaban. Los asesinos llevaban a cabo su masacre y los curas se quedaban mirando.

—Ésos no eran verdaderos cristianos.

—Entonces ¿quiénes son los verdaderos cristianos?

—Nosotros, los judíos.

—¿Por qué vamos a llamarnos cristianos? Dios no es ninguna trinidad ni tiene un hijo.

—Eso es puro simbolismo.

—La Inquisición no era simbólica.

Jacob Anfang permaneció en silencio. Frieda lo observó fijamente; a través de sus ojos empañados por las lágrimas el rostro de él aparecía borroso, distorsionado, impreciso. Su sonrisa era triste. Frieda se secó la cara. «¡Dios bendito, apiádate de él! —rogó. ¡Este pobre hombre vive atormentado por grandes sufrimientos!».

III

Aún se mantenía en secreto, pero Ester había contraído matrimonio con el doctor Alswanger. Los hechos se desarrollaron de la siguiente manera:

Ester había abandonado a Grein, a quien dejó solo en la granja de Maine. Ocurrió a raíz de una terrible discusión, a principios de diciembre. Ester hizo sus dos maletas y se las llevó a rastras hasta la carretera. Allí detuvo a un vehículo que circulaba en dirección a Bethel, y a continuación tomó el autobús que iba a Nueva York. Llegó a la ciudad un día después del entierro de Morris Plotkin. Por lo visto, éste se había comido para cenar un pato entero que Sam, su amigo íntimo, había preparado para él, y en el transcurso de esa misma noche sufrió un infarto. Aunque Plotkin había hablado de sus testamentos a lo largo de aquellos años, extrañamente murió sin dejar ninguno escrito. Los hijos intentaron quedarse con toda la herencia, por lo que Ester contrató a un abogado. Sin embargo, el letrado debía de estar conchabado con la otra parte en litigio, porque finalmente convenció a Ester para que llegara a un «acuerdo» a cambio de una miseria. Por otro lado, resultó que la fortuna de Plotkin era bastante menor de lo que él presumía de poseer. Incluso había dejado importantes deudas.

En aquel preciso momento apareció de nuevo el doctor Alswanger, quien hizo una proposición de matrimonio a Ester, y ella se apresuró a aceptar.

—Con las debidas disculpas, doctor, estaría dispuesta a pasar por el palio nupcial incluso con un gato.

Era una ofensa; no obstante el doctor Alswanger estaba acostumbrado a este tipo de trato. Además, aparte de que necesitaba una esposa, al casarse con Ester conseguiría la ciudadanía americana. Ya no estaba en condiciones de volver a Israel, donde sus enemigos le estarían esperando para «despedazarlo», según afirmaba.

El doctor Alswanger, debido a su condición de creyente, no se conformaba con una ceremonia civil. Hizo las gestiones para que les casara un rabino y después se llevó a Ester a pasar una semana en el pueblo de Lakewood, en Nueva Jersey. Ester se pasó toda aquella semana, en que no paró de llover, acostada en la cama y hablando continuamente de Grein.

—Me he convertido en su enemiga, ¿me oye usted? —se desahogaba ante Alswanger. Nunca pensé que el amor podía transformarse en odio.

—La pasión es odio —replicaba Alswanger.

—Ya lo creo. Usted es un hombre muy sabio. ¡Ay, si yo lo hubiera imaginado hace doce años. No habría caído en sus garras!

—En esta vida todo tiene remedio. Nosotros aún seremos felices.

—Sí, claro, por supuesto. ¡Hábleme con palabras sabias! Yo amo la sabiduría.

—Me parece que ya iría siendo hora de que nos tuteáramos.

—Desde luego. Sólo que me resulta difícil.

Alswanger no tenía trabajo, y en el hotel no había más huéspedes que unas pocas ancianas, así que propuso a Ester que se embarcaran en un «viaje al alma», lo que

pretendía ser su método especial de psicoanálisis. La animó a hablar con franqueza, mientras él se sentaba a tomar apuntes con un bloc de notas y una pluma estilográfica. Ester se lo contó todo, sin ocultar detalle: sus deseos de jovencuela, sus pecados de mujer, sus problemas con el primer marido, aquel pobre desgraciado de quien se había divorciado y que se trasladó a Israel, y finalmente sus enredos con Grein. Ester reía y lloraba a la vez. Relataba hechos tan estrafalarios que el doctor Alswanger no los consideraba como verídicos. No concebía que una persona cometiera tal variedad de locuras y pecados como los que ella se atribuía. Sin embargo, Alswanger era consciente de que no hay mentiras en el alma humana. ¿Acaso existe diferencia alguna entre llevar a cabo y desear? En tanto que el hombre forma parte de la naturaleza, cada palabra y hasta el último pensamiento forma parte del cosmos. Sólo era preciso distinguir entre lo esencial y lo accesorio; entre el sueño y su interpretación. El doctor Alswanger no tenía en gran estima a Freud, ni a Adler, ni a Jung. Naturalmente, cada uno de ellos había abordado la verdad, aunque se habían limitado a rozarla. Habían exagerado, habían destacado lo secundario y habían confundido unas cosas con otras. Naturalmente que el sexo era importante, pero desde luego no lo era todo. Naturalmente que el hombre deseaba alcanzar el éxito y el poder, mas esto era un síntoma y no una causa. Naturalmente que el individuo formaba parte de un colectivo, de la especie, sin embargo esta explicación tampoco era completa. El doctor Alswanger comparaba a Freud, Adler y Jung con Copérnico, Galileo y Kepler. Pese a que cada uno de ellos había descubierto parte de la verdad acerca del sistema solar, solamente Newton articuló los fragmentos en un todo científico.

Según el doctor Alswanger, todas las fuerzas y las luchas que se agitaban en el interior del alma humana giraban alrededor de la esclavitud y la libertad. Él había introducido en la psicología analítica los antiguos conceptos judíos de la inclinación al bien y al mal. La inclinación al mal era la causalidad: la naturaleza al desnudo, el caos y el vacío que se esconde detrás de todas las leyes físicas y cuya finalidad, aunque lejana e imperceptible, existe en algún lugar. La causalidad y la teleología — el designio y el propósito de la naturaleza — llegaban a encontrarse, mas sólo en el infinito, como dos líneas paralelas. El alma humana, sin embargo, intentaba reducir por todos los medios posibles el largo camino hasta ese encuentro. Anhelaba atravesar la causalidad, descubrir un atajo. Puesto que el hombre no puede ser libre en todos los ámbitos, cada uno busca sus propias formas de libertad, se esfuerza a su modo por alcanzarla y, en opinión del doctor Alswanger, mediante el examen de esos esfuerzos cabía establecer una valoración de la personalidad humana para hallar respuesta a todos sus temores y ansiedades. El punto decisivo radicaba en averiguar en qué medida y de qué manera está dispuesta una persona a sufrir por el privilegio del libre albedrío, y hasta qué punto su entendimiento le capacita para distinguir entre libertad y esclavitud. El malvado es un necio, porque ignora lo que es la libertad y se niega a luchar por ella. Y también cabe considerarlo un enfermo psíquico, porque la

locura no es más que la absoluta renuncia a la libertad. El neurótico es aquel que ni puede reconciliarse con la esclavitud ni dispone de fuerza suficiente para ganarse la libertad. Siempre se encuentra en la frontera, en tierra de nadie, entre dos fuegos cruzados, y por ello recibe los golpes de ambos lados.

Las palabras de Ester, sus insólitas afirmaciones, sus digresiones e imaginaciones, todo ello confirmaba las teorías de Alswanger. Desde las tormentosas interioridades de Ester gritaban, por una parte, la conciencia y el temor a Dios de generaciones de rabinos, de judíos santos, y por otra, el deseo sexual de generaciones de hijas judías, a las que se sometía a la castidad por la fuerza, en lugar de mostrarles las virtudes y ventajas de la misma. Alswanger opinaba que muchas de las desgracias del hombre moderno en general, y del judío moderno en particular, obedecían al hecho de haber mantenido a la mujer en situación de esclavitud espiritual, de no haberle concedido la posibilidad de pensar y de estar en la primera línea de la lucha contra el mal. La mujer había sido tratada injustamente tanto por la naturaleza como por la sociedad. Los judíos incluso le habían robado el derecho de estudiar la Torá, la habían privado de la obligación de cumplir numerosos preceptos, con lo cual la habían convertido en portadora de la asimilación, en sí misma una grotesca forma de esclavitud. Sólo quedaba una solución: devolver la Torá a la mujer, convertirla en socio de pleno derecho del Pacto del monte Sinaí. En cuanto a los gentiles, según Alswanger, su salvación pasaba por la aceptación del judaísmo, ya que todas las demás religiones eran sólo un compromiso entre la libertad y la esclavitud, no una guerra abierta y unívoca contra Satanás.

IV

En el transcurso de la fiesta, Frieda se dirigió en un aparte al doctor Margolin:

—Quisiera que echase usted una mirada al niño.

—¿Es que no está dormido?

—Sólo será un momento.

—¿Qué le pasa? Le lleva usted con regularidad al pediatra, ¿no es así?

—Sí, pero hay algo que no entiendo. Un niño de un año ya debería decir algunas palabras. Percibo algo extraño en su mirada.

—¡Ay, las madres, las madres! —replicó Margolin. No hacen más que temblar y atosigar a los hijos. Y luego, cuando los niños crecen, los muy golfantes meten a sus padres en un asilo.

—¡Hay que ver cómo habla usted! No todos los hijos son iguales. «Honrarás a tu padre y a tu madre» es uno de los Diez Mandamientos.

—¡Oh, si la gente acatara los Diez Mandamientos! —replicó Margolin. Continuamente buscamos nuevas ideas, nuevos fundamentos para la ética, toda clase de ideologías innovadoras, y he aquí que nuestro maestro Moisés dejó grabados en piedra Diez Mandamientos, que hoy en día siguen siendo tan vigentes y tan necesarios como hace cuatro mil años. Si la humanidad cumpliera los Diez Mandamientos, no haría falta policía, ni ejércitos, ni bombas atómicas, ni todas esas despreciables medidas de control social. Sin embargo la especie humana prefiere leer diez mil nuevos libros, escritos por profesores idiotas, antes que atenerse a las antiguas y eternas verdades.

—Exacto. Exacto. Nunca ha dicho usted nada más acertado.

—¿De qué sirven las palabras? Me olvido de todas en cuanto veo una mujer guapa... Venga, ¡vamos a echarle un vistazo al futuro novio!

Frieda condujo al doctor Margolin al cuarto del niño, la misma habitación que antaño había pertenecido a Anna. El retrato de la hija de Boris, obra de Jacob Anfang, seguía allí colgado. Frieda encendió la luz. En una cuna niquelada, la mejor del mercado, estaba acostado el niño, y una blancura deslumbrante brotaba de la pequeña almohada y de la colcha. Margolin movió la cabeza.

—Nosotros no disfrutamos de estas comodidades. En nuestra casa, la cuna colgaba de una cuerda y las criaturas permanecían allí, y perdóneme la expresión, acostadas en sus propias heces.

—Bueno, así y todo crecimos.

—El que creció, creció. En nuestra casa, hasta cinco niños fueron a dormir para no despertarse más. Mi pobre madre siempre estaba encinta y el guardián del gehena se encargaba de llevárselos a todos al cementerio. Espere aquí, que le echaré un vistazo.

Margolin se acercó al niño, sacó un monóculo del bolsillo de su chaleco y se lo ajustó en el ojo izquierdo. Permaneció largo rato en pie al lado de la cunita sin mover

un músculo, completamente absorto en la inspección médica. Cuanto más examinaba al bebé, más grave parecía su semblante. Le asaltó la sombra de una sospecha, a pesar de que ningún síntoma la fundamentaba. Consideró la edad de Frieda cuando dio a luz. El niño parecía sano, pero en su carita asomaba un embotamiento, una expresión insulsa difícil de identificar o definir. Los labios del bebé eran demasiado gruesos y modelaban una sonrisa que inquietó al doctor Margolin. El niño parecía sumido en esa anormal autocomplacencia de los pequeños que muestran cierto retraso en el desarrollo mental. Sus pequeños párpados eran gruesos y oblicuos. En la mente de Margolin estalló un grito: «¡Un bebé mongólico!». Se le encogió el corazón como si alguien lo estuviera oprimiendo con un puño. Quería decir algo, formular algunas preguntas, pero prefirió no amargarles la fiesta. Por el contrario, inquirió:

—¿Y qué le pasa al niño?

—Nada, pero hay algo... Otros bebés de su edad se muestran más vivaces, más activos...

—Eso son imaginaciones tuyas.

—No, nada de eso.

—No existe ningún medio seguro para medir la inteligencia de criaturas de tan corta edad. Habrá que esperar.

—Doctor Margolin, ¡el niño no es normal! —gritó Frieda.

Margolin parpadeó y se le desprendió el monóculo.

Lo atrapó hábilmente al vuelo, mientras un escalofrío le recorría la espalda.

—¡Hipocondría maternal! Algunos niños no pronuncian ni una sola palabra hasta los cuatro años, y luego, cuando empiezan a parlotear, no hay quien los pare. El muchacho crecerá y será un segundo Boris Makaver, y sin los defectos de su padre.

—Doctor Margolin, ¿a quién debo acudir? ¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Frieda con voz ronca y ahogada por la pena.

—No lo sé. No es mi especialidad, aunque si lo desea me informaré. Estoy absolutamente convencido de que son imaginaciones tuyas... Las madres judías se preocupan demasiado... ¿Pero qué esperaba usted, que ya fuera un Aristóteles?

—Se lo ruego, doctor Margolin, no bromea. No soy médico, pero tampoco estoy ciega.

—Si menciona una palabra de esto a su marido, será su fin, Dios no lo quiera —le advirtió Margolin.

—Guardaré el secreto. Pero yo, al menos, quiero saber la verdad.

—Consultaré con un especialista de mi hospital.

—¿Cuándo?

—Pronto; mañana.

—Gracias. ¡No debí haber tenido un hijo a mi edad! ¡Ahora me encuentro en un pozo de oscuridad!

—Ya llegará la luz. Es todo producto de su mente.

—No. ¿Cuánto tiempo podremos ocultárselo a Bóruj? Está loco por el niño.

Nunca en la vida había visto yo nada parecido.

Solomon Margolin inclinó la cabeza. Se mantuvo en pie, cabizbajo, apenado, con la sensación de estar sufriendo una tragedia personal. «No sabía hasta qué punto llegaba mi amistad hacia él», pensó. Pese a que los síntomas del niño no bastaban para emitir un diagnóstico, Margolin percibió que Frieda, mujer culta, sabía de qué hablaba.

La había visto leer serios tratados acerca de salud infantil. Probablemente ya estaría tan informada del tema como un médico, y además se hallaba en disposición de observar al niño día y noche. Un extraño cambio se había operado en el aspecto de Frieda en el escaso tiempo que llevaban allí. Parecía haber envejecido de repente, bajo sus ojos se habían formado unas oscuras ojeras y su tez había adquirido un tono grisáceo. Margolin incluso observó que le habían salido unos pelillos en el mentón. Se aproximó a ella.

—*Madame*, usted conoce bien la Guemará y sabe que «donde exista certeza y duda, hay que preferir la certeza». Lo más probable es que el niño sea normal, pero la más ligera sospecha de lo contrario podría matar a su esposo. Su primer deber es para con él.

—¿Cómo? Sí. Seguramente, yo no merecía nada mejor. Pero él... ¿qué ha hecho él?

EPÍLOGO

Carta de Hertz Dovid Grein a Morris Gombiner

Querido Moshe:

Gracias por tu carta. Eres la única persona a quien escribo desde aquí. He cortado con todo el mundo, incluso con mis hijos. Me preguntas por mis razones y te interesan los detalles. La razón es muy sencilla. He llegado al convencimiento, tan claro como que uno más uno son dos, de que todo lo que yo había considerado secundario en realidad era lo principal. Yo siempre interrogaba a mi padre, que en paz descansa, acerca de mis dudas: ¿dónde está escrito en la Torá que un judío no puede afeitarse la barba?, ¿dónde se prohíbe usar chaqueta corta y sombrero hongo? Recuerdo que en una ocasión mi padre me contestó escuetamente: «No se halla escrito en ningún sitio, pero si uno se pone una chaqueta moderna hoy, mañana pecará con una mujer casada». En aquel entonces yo no comprendí aquellas palabras, sin embargo eran una enorme profecía. No es posible cumplir los Diez Mandamientos mientras uno se desenvuelve en una sociedad que los transgrede. Un soldado ha de llevar uniforme y vivir en un cuartel. Quien quiera servir a Dios debe ponerse las insignias de Dios, su escudo, y alejarse de quienes sólo se sirven a sí mismos. La barba, los tirabuzones, el fajín durante la oración, el *tsitsit*, son el uniforme del judío, los signos distintivos de que pertenece al mundo de Dios y no al de los bajos fondos.

Sí, los bajos fondos. He pasado revista a toda mi vida y he comprendido que he aceptado ese mundo y me he comportado como uno de sus personajes. En cuanto un amigo mío volvía la cabeza, me faltaba tiempo para empezar una aventura con su mujer. Mis más solemnes propósitos nunca sirvieron para nada. Sin embargo, me da la impresión de que ni siquiera nuestros santos se habrían comportado mejor que yo, si siempre hubiesen convivido con malvados. Lo que venimos llamando cultura europea o cultura americana, de hecho, es la cultura de los bajos fondos. Se asienta en el principio del «toma y come», la gratificación instantánea. Por muy bello que sea su lenguaje, esa cultura reconoce un solo poder: la fuerza. Yo he vivido con las esposas de otros, me he burlado de las personas, he causado a otros la enfermedad, el sufrimiento, la muerte. Sí, también he sido un asesino. No he matado de golpe, sino poco a poco. Mis hijos se han casado con gentiles. Mi hija eligió un alemán, cuyos hermanos seguramente fueron nazis y mandaron a los judíos cavar sus propias tumbas. Entre cortarte los tirabuzones y ponerte una corbata, e incumplir las leyes divinas y mezclar tu semilla con la de Amalek no existe más que un paso. Esto no se aplica únicamente a mi caso. El judío moderno es y tiene que ser asimilacionista. Su camino le lleva a la conversión.

Me encuentro ahora en Israel y he observado durante algún tiempo a los judíos

progresistas que viven aquí. Aunque en apariencia llegaron huyendo de la asimilación, en realidad la trajeron con ellos. Si bien se habla el hebreo, a cada paso se imita al gentil. El país se halla atestado de libros gentiles y en los teatros se representan obras gentiles con gran éxito de público. Por lo general, aquí los judíos se lamentan de no poder imitar a los gentiles incluso con mayor exactitud. En cuanto a la vida familiar, prefiero no hablar. Se llaman judíos pero ¿en qué sentido lo son? También en Moab y en otros países vecinos de Canaán se hablaba hebreo, o una lengua que se le parecía mucho. En algún momento examiné sus periódicos, sus libros, asistí a sus obras de teatro. Todo ello sólo contiene idolatría, fornicación y violencia sangrienta, por no hablar de la calumnia, la maledicencia, la obscenidad, las bufonadas y palabras vanas.

Un día fui a Mea Shearim y vi que allí aún había judíos. Llevan ropajes que desde lejos dan testimonio de que son servidores de Dios. Cuando un hombre se pone un gabán negro, un *tsitsit* y un fajín, se deja crecer la barba y los tirabuzones, y estudia la Guemará (sí, la Guemará de verdad), luego no lee los libros laicos, ni va a teatros profanos ni se cita con otras mujeres. De acuerdo: también así se puede ser un timador, o tocar fondo en lo moral. La garantía total no existe.

Sin embargo, no es posible ser judío si no se pertenece al ejército de Dios y no se lleva Su sello encima. El aspecto de ese sello carece de importancia. Es posible que en otros tiempos los judíos devotos llevaran otras prendas. Lo esencial es que ha de haber un sello. La afirmación chistosa de que «es mejor un judío sin barba que una barba sin judío» no es más que un juego de palabras. No existe tal cosa como un judío sin barba y sin tirabuzones y sin *tsitsit* y sin la Guemará. Si uno se desvía sólo un ápice del antiguo judaísmo, se encuentra metido de lleno entre los idólatras y los asesinos, y luego cría hijos que se casan con nazis. (Los hijos son la mejor prueba. ¡Son la piedra de toque!). No hay ni puede haber compromiso alguno, ni ningún camino medio o reforma. Todas las restricciones o barreras alrededor de la Torá y sus rigurosas prohibiciones eran imprescindibles, tan necesarias como lo es alejar y proteger a las personas de mortíferos rayos o de la lepra. No se puede llevar la indumentaria de los gentiles, disfrutar de su literatura, divertirse en sus teatros, deleitarse en sus restaurantes, y al mismo tiempo observar los Diez Mandamientos. ¡Es imposible! Por eso Tolstói adoptó el blusón de los campesinos. Aquel atuendo representaba su forma de aislarse de los destructores del mundo. Si no le sirvió para nada fue porque el mujik ruso no era lo que Tolstói se había imaginado. De haber vivido más tiempo, sin duda Tolstói habría llegado al judaísmo, es decir, al taled y las filacterias y el *tsitsit* y la comida *kosher*. Otra clase de judaísmo ni lo hay ni puede haberlo.

Si me vieras seguramente no me reconocerías. Me parezco a mi padre, en paz descanse. No lo creerás, pero tengo una barba blanca. Aún me hallo lejos, muy lejos, de ser como mi padre. A causa de haber llevado durante tantos años la vida que he llevado, mi mente se ha envenenado. Me siento delante de la Guemará y pienso en

toda clase de abominaciones. Continúo siendo, en un noventa y nueve por ciento, una alimaña, un personaje de los bajos fondos. No obstante, ahora he atado a la bestia con las cintas de las filacterias y los flecos del *tsitsit*. Ni siquiera un tigre puede morder cuando lo han atado y confinado. Ésa es la esencia del judaísmo.

Me preguntas acerca de la fe. ¿Qué puedo decirte? Quienquiera que haya leído a los modernos estudiosos de la Biblia, a los arqueólogos e historiadores y todo lo demás, ya no será íntegro en su fe. La fe existe a un nivel inmensamente elevado y se llega a ella sólo tras muchos sufrimientos y muchas buenas acciones. Cuando me envuelvo las cintas de las filacterias alrededor del brazo y beso las cajitas que contienen las palabras sagradas, en ese preciso momento me asalta la idea de que la Torá es fruto de la imaginación humana y que Moisés no estuvo en el monte Sinaí; en pocas palabras, como dijo Rashi refiriéndose a la historia bíblica de Elisha, que «no hay ni bosque ni osos», o sea, que todo es un invento. Pero entonces pienso: en tanto que con las filacterias se ata al tigre, debo ponérmelas. Hay un principio esencial de la fe que nunca he perdido: la creencia en la realidad y en la unidad del Creador. Y también me siento inclinado a creer que la divina providencia vela por cada individuo. ¿Qué importancia reviste quién entregó la Torá? Es la única enseñanza eficaz de que disponemos sobre cómo embridar y contener a la bestia humana. Nadie ha atado mejor al tigre que el judío. Me refiero al verdadero judío, el judío de las Sagradas Escrituras, el de la Guemará, el del Shulján Aruj, el de los libros de la enseñanza ética. Los cristianos tienen sólo un puñado de monjes y monjas. Nosotros creamos toda una nación que servía a Dios. Una vez fuimos el pueblo santo. Gracias a Dios, aún permanecen vestigios de ello.

El mismo Dios que había creado el tigre creó la cuerda, e infundió en el tigre humano la voluntad de sujetarse a sí mismo... El primer pueblo que ató a la bestia que llevaba dentro y enseñó la forma de hacerlo a las demás naciones fue el Pueblo Elegido. Mientras los otros pueblos continúen acudiendo por la mañana a la iglesia y por la tarde salgan de caza, seguirán siendo bestias desenfrenadas y produciendo Hitlers y otras monstruosidades. Lo veo más claro que el día.

En fin, eso es más o menos todo. De momento vivo de mis ahorros, pero gasto tan poco que me alcanzará para vivir durante años. Naturalmente, hay que dar una décima parte de los ingresos a la beneficencia, e incluso es mejor dar una quinta parte. Sin esos donativos no se puede ser judío. Huelga decir que cada día es para mí una lucha. A menudo se me ocurre que debería afeitarme de nuevo la barba, dejarlo todo y volver corriendo a la selva. Cada día está erizado de pruebas. Lo que más me atormenta es el aburrimiento. Desde el punto de vista del hombre moderno, nuestra vida aquí es una existencia congelada. A veces se me hace tan cuesta arriba que quisiera matarme. Sin embargo, cada día tiene también sus minutos, y a veces incluso sus horas, de elevación. Encuentro un gran placer en la oración y empiezo a disfrutar de nuevo del verdadero sabor de una página de la Guemará.

En cuanto a la posibilidad de que vengas tú también aquí, ¿por qué no? Pero de

antemano te advierto que si no vuelves por completo a la vida judía, no querré saber nada de ti. Créeme, no es porque yo sea un fanático. En mi situación, debo mantenerme en guardia. Un nudo flojo, y la bestia feroz saltará libre.

No, prefiero que no transmitas saludos de mi parte a la gente. En el fondo de mi corazón me siento unido a mi familia y hasta a los buenos amigos. Pese a ello, debo permanecer aislado. Aparte de Lea, en paz descansa, ya no tengo a nadie más. Todo el sentido del judaísmo, en esencia, consiste en el aislamiento: «Bienaventurado el hombre que no anduvo en compañía de los transgresores»^[85]. La palabra clave es «no». No puede haber ningún vínculo entre un animal atado y el que corre suelto.

Que sigas bien y que el Todopoderoso te ayude.

Dovid

GLOSARIO

Bar Mitzvá. Ceremonia de la mayoría de edad de un muchacho al cumplir trece años, en la que asume la responsabilidad de seguir los preceptos.

Bat Mitzvá. Ceremonia de la mayoría de edad de una muchacha al cumplir doce años.

Beit Din. Tribunal rabínico.

Beit hamidrash. Escuela Superior para los estudios del Talmud y centro de estudios individuales religiosos.

Blintzes. (Del ruso *blini*). Crepes rellenos de queso, enrollados y horneados.

Bóruj Habbo. (Del hebreo *Baruj Habbá*). ¡Bienvenido!

Cohen. (Plural *cohanim*). Miembros de la clase de los sacerdotes, descendientes de Aarón. En la actualidad, tienen obligaciones y privilegios de carácter honorífico en la sinagoga.

Chólent. Estofado que se sirve el sábado, preparado y mantenido caliente desde la víspera.

Dibbuk. En el folclore judío, demonio o alma de un muerto que entra en el cuerpo de una persona viva y dirige su conducta, y cuyo exorcismo es posible a través de una ceremonia religiosa.

Gaón. Eminencia. Título dado a los rabinos que dirigían las academias postalmúdicas, especialmente en Babilonia, entre los siglos VI y XI de nuestra era. Por extensión, cualquier destacado sabio versado en el Talmud. En el siglo XVIII goza del título Gaón de Vilna el rabí Elias ben Shlomo Zalman, prolífico exégeta y educador, versado en astronomía, anatomía y música. Acérrimo oponente al jasidismo.

Gehena. (Del hebreo *Gehinnom*). Infierno de los condenados.

Gentil. No judío.

Guefilte fish. Pescado, preferiblemente carpa, deshuesado, picado y mezclado con harina de *matzá* y verduras, hervido en forma de hamburguesas. Se come frío, en especial en el *shabbat*.

Guemará. Sección del Talmud que consiste, esencialmente, en comentarios sobre la Mishná.

Gut Yóntov. ¡Felices Fiestas!

Havdalá. Ceremonia que señala el fin del *shabbat* o de las festividades.

Haggadá. Libro que contiene la liturgia del Séder y que narra la liberación del pueblo de Israel de su esclavitud en Egipto.

Hoshaná Rabbá. Séptimo día de la fiesta de los Tabernáculos (Succot) que se celebra a principios de otoño.

Januccá. Fiesta de las Luminarias, que se celebra a principios de invierno durante ocho días, y que conmemora la reinauguración del templo de Jerusalén por los macabeos tras su victoria sobre los ocupantes sirios bajo Antíoco IV caracterizada por el encendido de velas cada noche.

Jaróset. Mezcla de fruta y especias, machacada y mojada en vino, que simboliza la argamasa con la que trabajaron los judíos durante la esclavitud. Se come en el Séder del Pésaj para endulzar las hierbas amargas.

Jasid. (Plural *jasidim*). Seguidor de un movimiento dentro del judaísmo creado en Polonia a mediados del siglo XVIII por el rabino Israel Baal Shem Tov, y caracterizado por su énfasis en el fervor religioso más que en el estudio, así como en el misticismo y la alegría. Se agrupaban alrededor de diferentes rebbes, atribuyéndoles gran sabiduría y poderes milagrosos.

Jéder. Escuela que constaba de una estancia en la que se enseñaba a los niños a partir de los cuatro años a leer y escribir en hebreo, así como la Biblia y las oraciones.

Kaddish. Oración por los muertos.

Kibbutz. En Israel, colonia agrícola de producción y consumo comunitarios.

Kiddush. Oración sobre el vino que se recita en vísperas del *shabbat* o de festividades.

Kosher. (Del hebreo *kasher*, literalmente: «apto», «correcto»). Lo que se ajusta estrictamente a las leyes, sobre todo a las leyes religiosas sobre alimentación.

Kréplej. Triángulos de pasta, rellenos de carne, que se toman hervidos con la sopa.

Kúguel. Pastel de fideos o de arroz con manzanas y huevos.

Lejaim. (Literalmente «a la vida»). ¡A la salud!

Maskil. (Literalmente «ilustrado»). Perteneciente al movimiento de la ilustración judía, o Haskalá, que comienza en Alemania y se extiende por Europa del Este en los siglos XVIII y XIX. Liderado por Moisés Mendelssohn, abogaba por la salida de los judíos del gueto y por su adaptación, que no asimilación, a la sociedad, así como su contribución a las artes y ciencias laicas.

Matzá. Pan ázimo que se come durante los ocho días de Pésaj.

Mázel Tov. ¡Enhorabuena!

Meguilá. Rollo de pergamino que contiene en especial el Libro de Ester, o también el Eclesiastés, el Cantar de los Cantares, el Libro de Rut o el Libro de las Lamentaciones.

Menorá. Candelabro.

Mezuzá. Pequeño estuche de metal o madera que contiene un pergamino con los versículos correspondientes a Deuteronomio 6:4-9 en una cara y Deuteronomio 11:13-21 en la otra, dejando visible el nombre de Dios, y que los judíos clavan en la jamba de la puerta de su casa.

Minián. *Quorum*, número mínimo necesario para hacer posible un servicio religioso público. La religión judía exige que sean diez varones mayores de 13 años.

Mishná. Sección del Talmud que consiste en una colección de leyes orales editadas en el año 200 de nuestra era por el rabino Yehudá Ha-Nasí. Es la primera codificación de la ley oral judía.

Pésaj. Pascua judía que se celebra en primavera y conmemora el éxodo tras la esclavitud en Egipto. Dura siete días (en la Diáspora, ocho) durante los cuales

se consume el pan ázimo y se celebra el Séder. El significado etimológico alude a que Dios pasó de largo ante las casas de los judíos al imponer los castigos a Egipto.

Purim. Fiesta carnavalesca que celebra la salvación de los judíos de Persia de la destrucción a manos de Amán, ministro del rey Asueros, tal como se narra en el Libro de Ester.

Rebbe. Título de respeto a un rabino que lidera un grupo jasídico o también maestro en la escuela judía primaria en Europa.

Rébbetsin. Esposa del rebbe.

Rosh Hashaná. Solemne fiesta del Año Nuevo según el calendario judío, que cae a principios de otoño.

Séder. Cena ceremonial de la primera noche (en la Diáspora también la segunda) del Pésaj en la cual, antes y después de la comida, se lee la Haggadá, que relata la esclavitud en Egipto, la liberación y el éxodo de los judíos.

Shabbat. Sábado, día de descanso y devoción religiosa.

Shavuot. Festividad conmemorativa de la entrega de los Diez Mandamientos a Moisés en el monte Sinaí. También fiesta de las Primicias de la cosecha.

Shemá. Profesión de fe del judaísmo que proclama la absoluta unidad de Dios y está contenida en Deuteronomio 6:4.

Shivá. Período de siete días que comienza el día del entierro y durante el cual los parientes más cercanos permanecen en la casa, sentados en asientos bajos.

Shmeguegue. (Coloquial). Holgazán, vago, inútil.

Shminí Atseret. Octavo día de la fiesta de Succot.

Shofar. Cuerno de carnero que se toca en la sinagoga en los servicios religiosos de Rosh Hashaná y cuando concluye el Yom Kippur.

Shojet. Persona cualificada y con licencia para ejercer de matarife según el rito judío.

Shólem Aléijem. (Del hebreo *Shalom Aleijem*, literalmente: «que la paz sea contigo»). Saludo equivalente a ¡Hola!

Shtetl. (Diminutivo de *shtot*: «ciudad»). Pequeña ciudad en Europa Oriental, perteneciente a la nobleza y poblada mayormente por judíos que llevaban un modo de vida tradicional, centrado alrededor del hogar, la sinagoga y el mercadillo, donde se encontraban con la población local y servían de intermediarios entre los agricultores y la ciudad.

Shtibl. (Literalmente, «casita»). En Europa Oriental, pequeña casa que servía a los judíos como centro de estudios y sinagoga.

Shulján Aruj. Código de la ley y costumbres judías, recopilado y sistematizado por el talmudista sefardí Yosef Caro (Toledo, 1488-1575) quien tras la expulsión se asentó en Safed (Palestina), donde escribió esta obra, publicada en Venecia en 1565.

Simjat Torá. Festividad alegre del noveno día de Succot en la cual se finaliza la lectura anual de la Torá y comienza su repetición.

Succot. Fiesta que coincide con las fechas de la cosecha en otoño y que se distingue por la construcción de una *succá* («cabaña») para conmemorar el deambular del pueblo de Israel por el desierto, tras su liberación de Egipto.

Taled. (Del hebreo *tal-lit*). Chal litúrgico que utilizan los judíos en sus oraciones.

Talmud. Recopilación de las leyes y tradiciones judías, compuesta por la Mishná y la Guemará, producida en Babilonia en el año 500 de nuestra era, aunque existe una versión anterior y más reducida, producida en Palestina en el año 400.

Talmud Torá. Escuela judía primaria mantenida por la comunidad para la enseñanza del hebreo, la Biblia y la liturgia, a los niños que no podían pagar por ello. También, en especial en Estados Unidos, para impartir dichas clases por las tardes a los niños, después de asistir a la escuela pública.

Tishá B'Av. (En hebreo, «nueve del mes de Av»). Fecha de la destrucción del primero y del segundo templos de Jerusalén, que se conmemora como día de ayuno. Cae a principios de verano.

Torá. (Literalmente «enseñanza, Ley»). Denominación hebrea de los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, que contiene el cuerpo entero de la Ley judía. Pentateuco.

Tsitsit. Taled pequeño, con un fleco en cada una de las cuatro esquinas, que los judíos ortodoxos llevan puesto debajo de la camisa.

Tsaddik. Hombre de excepcional virtud, piadoso, santo. Rabino que encabeza y lidera un grupo jasídico.

Yármulke. Bonete o gorro que deben llevar los hombres, especialmente en los lugares sagrados y durante los servicios religiosos.

Yeshivá. Seminario rabínico donde se estudia el Talmud. Antiguamente, las Academias que lo produjeron.

Yom Kippur. (Literalmente «día del Perdón»). Día de ayuno y de plegarias de arrepentimiento, que se celebra el décimo día del Año Nuevo.

Zóhar. Libro del Esplendor. Obra teosófica central de la Cábala, compuesta por varios volúmenes y consistente en interpretaciones místicas y comentarios de la Torá. Escrita principalmente por el cabalista español Moisés Ben Shem Tov de León a principios del siglo XIV, es difundida y comentada por el rabí Isaac Luria (1534-1572).



ISAAC BASHEVIS SINGER (Radzymin, Polonia, 14 de julio 1904 - Surfside, Fl., USA, 24 julio 1991). Escritor estadounidense de origen polaco.

Singer emigró en 1935 a los Estados Unidos, separándose de su primera esposa Rachel y su hijo, Israel, quienes migraron a Moscú y posteriormente a Palestina. Al poco tiempo de su llegada se incorporó al periódico neoyorquino en lengua yiddish *Vorverts* (*Jewish Daily Forward*) en el que comenzó a publicar, dedicándose desde entonces a la literatura, escribiendo regularmente en yiddish.

Su primera novela, *Satán en Goray* (1935) trata de la histeria religiosa y los pogromos del siglo XVII. Otras novelas famosas son *La familia Moskat* (1950), la única de sus obras literarias en las que el elemento ficticio está ausente; *La casa de Jampol* (1967) y *Los herederos* (1969). *En el patio de mi padre*, autobiográfica, se publicó en 1966. Singer también escribió relatos muy imaginativos, como los publicados en *Gimpel el tonto y otros relatos* (1957).

En 1940 Singer se casó con Alma Haimann, con quien vivió hasta su muerte.

Fue galardonado con el National Book Award (Premio Nacional del Libro) por *Un día placentero: Relatos de un niño que se crió en Varsovia* (1973), uno de sus libros de literatura infantil. En 1978 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura por su «apasionado arte narrativo» que tiene sus raíces en la cultura polaco-judía. En 1982 publicó *Relatos completos* y en 1984 *Relatos para niños*. La famosa película, *Yentl*, se basó en su relato *Yentl the Yeshiva Boy* (1983). *Meshugah*, una novela corta sobre un grupo de sobrevivientes del holocausto que viven en Nueva York, se publicó en

1994, después de su muerte.

La obra de Singer se caracteriza por la fuerza de su argumento, lleno de pasión por la vida y desesperación por las tradiciones que se pierden. Todos sus libros están ambientados en su pasado polaco y en las leyendas de los judíos y del folclore de la edad media europea. Él mismo tradujo muchas de sus obras al inglés. En 1984 se publicó su autobiografía, *Amor y exilio: Memorias*.

Notas

[1] Elías oyó al Señor no en medio del fuerte viento ni del terremoto, sino «en una débil, silenciosa voz». [I Reyes 19:9-13]. (*N. de la T.*). <<

[2] GPU: Policía secreta rusa anterior al NKVD. (*N. de la T.*) <<

[3] Acrónimo del rabí Shlomo ben Adret (Barcelona, 1235-1310), destacado exégeta de la Guemará, fue discípulo de Najmánides y llegó a ser considerado «el rabino de Sefarad» por las comunidades de tres continentes. (*N. de la T.*) <<

[4] Ley aprobada en Estados Unidos en 1941 para apoyar económicamente a los países aliados durante la Segunda Guerra Mundial. (*N. de la T.*) <<

[5] Nombre dado a los aristócratas hacendados que componían una clase conservadora y nacionalista y ostentaban el poder en la antigua Prusia oriental. (*N. de la T.*). <<

[6] Eclesiastés 9:5. (*N. de la T.*) <<

[7] Obra original de rabí Levi Isaac ben Meir de Berdichev, Ucrania (1740-1810), publicada en 1798. Este fundador del jasidismo en Polonia central pone el énfasis en la alegría y el fervor que eleva al hombre de lo mundano. (*N. de la T.*) <<

[8] Proverbios 31:14,24. (*N. de la T.*) <<

[9] Eclesiastés 11:1. (*N. de la T.*) <<

[10] Daniel 3:23. (*N. de la T.*). <<

[11] Deuteronomio 21:10. (*N. de la T.*) <<

[12] Números 24:5. (*N. de la T.*) <<

[13] Job 3:13. (*N. de la T.*). <<

[14] Eclesiastés 1:8:11. (*N. de la T.*). <<

[15] Proverbios 30:20. (*N. de la T.*) <<

[16] Las lamentaciones 3:28. (*N. de la T.*) <<

[17] La tempestad, Acto III, escena 2. (*N. de la T.*). <<

[18] Samuel 2:12-17 (*N. de la T.*). <<

[19] Génesis48:11. (*N. de la T.*) <<

[20] Las lamentaciones 3:1. (*N. de la T.*) <<

[21] Génesis 49:15. (*N. de la T.*) <<

[22] Alude a la historia narrada en el Libro de Ester. (*N. de la T.*) <<

[23] Alude al pasaje bíblico: Génesis 27:22. (*N. de la T.*) <<

[24] Alude a la historia narrada en el Libro de Ester. (N. de la T.). <<

[25] Eclesiastés 8:4. (*N. de la T.*) <<

[26] En el libro de Ester, Mardoqueo era el tío de ésta. (*N. de la T.*). <<

[27] Respectivamente, Jueces4:17; I Reyes 1:3. (*N. de la T.*) <<

[28] Génesis 25:32. (*N. de la T.*) <<

[29] Oseas 2:21-22. (*N. de la T.*) <<

[30] Salmos 90:15. (*N. de la T.*). <<

[31] Salmos 40:12. (*N. de la T.*). <<

[32] Un viejo encorvado, gastado y frágil/había regresado de buscar el Santo Grial; / poco le importaba la pérdida de su condado, / ya no relucía en su manto la Cruz, / pero en lo hondo de su corazón llevaba la señal, / la insignia de los afligidos y los pobres... (*N. de la T.*). <<

[33] Shambhala, Ashram, Sanat, Kumara, son palabras que se utilizan en la literatura teosófica para designar los nombres de los gobernantes celestiales. (*N. de la T.*). <<

[34] Números 19:11. (*N. de la T.*) <<

[35] I Reyes 21:19 (*N. de la T.*). <<

[36] Génesis 4:1 (*N. de la T.*) <<

[37] Rabí Israel Meir Ha-Cohen (1838-1933, Radun, Bielorrusia). De origen humilde, difundía el saber entre la gente sencilla. Su obra principal, *Jafets Jaim* (El que ansia la vida) exhorta a respetar las leyes contra la calumnia. (N. de la T.). <<

[38] Proverbios 14:10 (*N. de la T.*) <<

[39] Génesis 1:5 (*N. de la T.*). <<

[40] Proverbios 21:30 (*N. de la T.*) <<

[41] Eclesiastés 5:15. (*N. de la T.*) <<

[42] Salmos 49:11. (*N. de la T.*) <<

[43] Génesis 41:21 (*N. de la T.*). <<

[44] Deuteronomio 30:15. (*N. de la T.*) <<

[45] Acrónimo del rabí Shlomo Itshaki (Troyes, 1040-1105), el más popular y prolífico exégeta de la Biblia, la Mishná y el Talmud, gracias a su lenguaje sencillo, ilustrado por medio de cuentos. Creó una escritura hebrea cursiva. (*N. de la T.*). <<

[46] Deuteronomio 6:8. (*N. de la T.*) <<

[47] Proverbios 15:30. (*N. de la T.*) <<

[48] Proverbios 15:30. (*N. de la T.*) <<

[49] Levítico 21:9 (*N. de la T.*). <<

[50] Jueces 1:7 (*N. de la T.*). <<

[51] Números 25:1-15 (*N. de la T.*). <<

[52] Éxodo 13:11-13 (*N. de la T.*) <<

[53] Salmos 145:8-9 (*N. de la T.*). <<

[54] Salmos 145:14. (*N. de la T.*). <<

[55] Salmos 34:14. (*N. de la T.*) <<

[56] Éxodo 35:3. (*N. de la T.*). <<

[57] Obra del cabalista de Safed, Yeshayahu Ha-Levi Horovitz (Praga, 1556-1630), publicada en Amsterdam en 1649, que indaga en los principios de la vida ética. (*N. de la T.*). <<

[58] Salmos 5:7. (*N. de la T.*) <<

[59] Lamentaciones 3:38. (*N. de la T.*) <<

[60] Deuteronomio 6:7. (*N. de la T.*) <<

[61] I Samuel 1:1. (*N. de la T.*). <<

[62] Salmos 145:9. (*N. de la T.*). <<

[63] Jonás 4:6. (*N. de la T.*) <<

[64] Deuteronomio 6:4. (*N. de la T.*) <<

[65] Lamentaciones 3:28. (*N. de la T.*) <<

[66] Salmos 71:9. (*N. de la T.*) <<

[67] Salmos 103:14. (*N. de la T.*). <<

[68] Génesis 12:1. (*N. de la T.*) <<

[69] I Reyes 25:22. (*N. de la T.*). <<

[70] Salmos 84:5,145:3-4. (*N. de la T.*). <<

[71] Génesis 18:1. (*N. de la T.*) <<

[72] Deuteronomio 12:18. (*N. de la T.*) <<

[73] II Crónicas 2:4. (*N. de la T.*). <<

[74] Salmos 63:2. (*N. de la T.*). <<

[75] Éxodo 34:6. (*N. de la T.*). <<

[76] Salmos 132:14. (*N. de la T.*). <<

[77] Lamentaciones 3:28. (*N. de la T.*) <<

[78] Deuteronomio 14:2. (*N. de la T.*) <<

[79] Salmos 35:10. (*N. de la T.*). <<

[80] Eclesiastés 5:15. (*N. de la T.*) <<

[81] Salmos 146:3. (*N. de la T.*). <<

[82] Eclesiastés 4:2. (*N. de la T.*). <<

[83] Números 19:2. (*N. de la T.*). <<

[84] Deuteronomio 21:6. (*N. de la T.*) <<

[85] Salmos 1:1. (*N. de la T.*). <<